

A woman with long dark hair and striking yellow eyes is the central focus. She wears a vibrant red headscarf that partially covers her face. Her hands are positioned near her chest. The background is a misty, atmospheric landscape with dark, forested hills and a body of water. In the lower right, a small wooden boat with a single mast and sail is visible on the water. The overall mood is mysterious and ethereal.

LOS TRES  
NOMBRES  
DEL LOBO

LOLA P. NIEVA

VESTALES



**Los tres nombres del lobo**

Lola P. Nieva



VESTALES

P. Nieva, Lola  
Los tres nombres del lobo. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2013.  
E-Book.

ISBN 978-987-1405-61-9

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título  
CDD 863

© Editorial Vestales, 2013  
© de esta edición: Editorial Vestales.

[info@vestales.com.ar](mailto:info@vestales.com.ar)  
[www.vestales.com.ar](http://www.vestales.com.ar)

ISBN: 978-987-1405-61-9

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

~

En el mes de julio de 2013, un jurado compuesto por las escritoras Andrea Milano y Olivia Ardey, junto a representantes de Escribe Romántica y de Editorial Vestales seleccionó en un fallo unánime esta obra como la ganadora del Primer Premio de Novela Leer y Leer, convocado por Editorial Vestales.

~

*A mi amado esposo, Lorenzo,  
y a mis dos pequeños tesoros, Lucía y Loren,  
por sufrir con admirable paciencia  
los numerosos secuestros  
de los que fui víctima  
en manos de mis musas.*

# Capítulo 1

## Retazos del pasado

*Relinchos de caballo, alaridos de dolor infrahumano, entrechocar de metales, demonios de pelo largo y ensangrentado despedazándose entre sí. Cuerpos mutilados, retorcidos, amontonados. Oscuridad rota por hebras rojizas, y una lluvia fina pero persistente.*

*Podía sentir las gotas que me golpeaban la piel, al igual que sentía el terror que me paralizaba, me sobrecogía.*

*Tirada en un charco maloliente, aterida y sin aliento, miré en derredor.*

*De entre aquella caótica masa de guerreros enfurecidos, surgió una figura amenazadora que se aproximaba con calculada lentitud, mientras saboreaba el pavor de su presa y se deleitaba con aquel macabro preámbulo que precede al placer de matar.*

*Pude ver el gozo en sus crueles ojos y, por su peculiar brillo, adiviné que aquel prelude sería breve.*

*Mis sentidos, antes abotargados por el horror, despertaron a la vida con dolorosa agudeza. Iba a morir, y aquella certeza arrancó un grito de mi interior, un “no” tan desgarrador que me quemó la garganta sin haberse hecho voz. No podía morir, no debía morir.*

*Jadeante, intenté incorporarme. En mi desesperación por escapar de la espalda a mi verdugo. Un silbido escalofriante me persiguió e instintivamente me lancé de nuevo al lodo para esquivar, en el último momento, una estocada mortal. Giré la cabeza con rapidez, pero solo vi un gigante abalanzarse sobre mí. El impacto me dejó sin respiración; no pude pensar en nada más, solo en las manos que me envolvían. Aquel rostro se acercó al mío y me susurró algo en un idioma extraño al tiempo que alzaba su puñal. No lo acercó a mi garganta; lo apoyó contra mi vientre. Al instante sentí la gélida hoja invadir mis entrañas; el dolor acudió envuelto en llamaradas devastadoras. Grité y grité, pero él no sacó el puñal; solo susurraba: susurraba y sonreía.*

\* \* \*

Mi propio grito me despertó y, como impulsada por un resorte, me incorporé de la cama. Un sudor frío perlaba mi frente. Me abracé en un intento por aplacar los temblores que me sacudían.

Aquella pesadilla había sido más vívida que las anteriores, más aterradora. De alguna forma, todavía sentía la piel manchada de barro y sangre, y un hormigueo en el abdomen.

Me levanté y casi corrí a la ducha; el agua caliente no alivió el malestar. Cerré los ojos y acompasé la respiración; intenté relajarme pensando en cosas gratas que ahuyentaran el terror que todavía me ahogaba, pero de nada sirvió. La mente me traicionó: las minúsculas gotas que caían sobre mi cabeza se me antojaron una molesta lluvia fina. No tardé en escuchar un fragor belicoso, y el caos volvió a mí de alguna incomprensible manera. De nuevo vi aquel rostro siniestro y sórdido frente a mí, de nuevo aquella voz gutural susurrándome y aquel puñal en mi vientre entrando y saliendo de mi carne.

Aullé de dolor, supliqué con el alma desgarrada, pataleé, arañé y golpeé hasta que un estruendo me paralizó. Abrí los ojos: puntiagudos trozos de cristal de la maltrecha mampara me rodeaban los pies.

Aturdida y asustada alcé las manos. El agua empujaba la sangre que brotaba de los numerosos cortes y formaba pequeñas hileras rojas que descendían sinuosas por mi cuerpo.

Temblorosa salí de la ducha. Envolví las manos en una toalla y, como en trance, volví a la habitación. Me acurruqué en un sillón: debía esperar a que la hemorragia cesara. Mi mente era incapaz de racionalizar aquella experiencia, aquel delirio aterrador.

No podía dejar de tiritar.

Tardé un buen rato en darme cuenta de que lloraba y me mecía. ¿Qué me estaba pasando? ¡Había reanudado una pesadilla estando despierta! Aquello estaba llegando demasiado lejos. Mi vida se estaba derrumbando como un castillo de naipes. Nada era



normal ya, ni siquiera yo misma.

Hacia cinco meses que las pesadillas habían aparecido, todas similares, cada una más real que la anterior. Había leído que, cuando un sueño se reitera, es signo de que el subconsciente trata de advertir algo. Eso me angustiaba, pues el único mensaje que lograba extraer era el de una muerte violenta.

La primera pesadilla surgió el mismo día que encontré por casualidad un anillo bastante peculiar. Estaba en mi buzón y, aunque obviamente no era para mí, no pude ubicar al propietario, ya que no adjuntaba ninguna nota. Por lo tanto, lo guardé en mi cómoda a la espera de que alguien lo reclamara. Aquella primera noche lo tuve entre mis manos, maravillada por la habilidad del artesano. Se trataba de dos serpientes entrelazadas con las cabezas enfrentadas y el realismo de los detalles resultaba sorprendente: minúsculas escamas, expresiones feroces en los rostros, bocas abiertas de dientes afilados y lenguas bífidas. Los ojos de una eran dos pequeñas esmeraldas refulgentes y, los de la otra, dos piedras ambarinas. Parecía muy antiguo y, dados mis conocimientos en historia del arte, podía datar perfectamente de la era vikinga: el emblema no dejaba lugar a dudas. Lógicamente se trataba de una imitación, porque, de otro modo, ¿quién podía ser tan inconsciente de meter una reliquia tan valiosa en un buzón? Lo giré entre los dedos para examinarlo, fascinada. Ejercía un magnetismo en mí. Tanto que, cuando decidí guardarlo en el cajón, me sorprendí incapaz de moverme. Tuve que apelar a toda mi voluntad para poder hacerlo. Y, aun así, miraba subrepticamente el mueble para descubrir un inquietante anhelo por volver a tocarlo.

Esa noche comenzó todo e incluso llegué a pensar que estaba maldito. Aquella idea estuvo a punto de obligarme a deshacerme de él, pero un impulso mucho más fuerte me lo impidió. Además, mi pragmatismo se opuso a aquella absurda idea e instaló en mi mente que no había sido la casualidad la que había hecho coincidir ambas apariciones.

Desenrollé la toalla y examiné los cortes: a excepción de uno bastante profundo, los demás, aunque numerosos, no pasaban de rasguños.

Fijé la mirada en el oscuro y tierno tajo que me cruzaba la palma de la mano derecha y una idea no menos oscura me ensombreció. Tal vez fuera un tumor lo que provocaba los sueños y las visiones. Era la única explicación razonable, aunque no la más tranquilizadora. Las lágrimas, apenas contenidas, afloraron con amargura y desesperación.

Iba a ser una noche muy larga en la que esperaría al alba con ansiosa impaciencia con el anhelo de que los tempranos rayos de sol imprimieran un destello a mi casi desaparecido optimismo habitual.

Llegaba con diez minutos de retraso a mi cita con Elena, aunque, cuando abrí la puerta de la cafetería, no temí encontrarme con un semblante contrariado: sabía que ella no estaría: su impuntualidad era ampliamente conocida.

Me senté en una mesa apartada y miré pensativa por el ventanal. Llovía. A mi alrededor oía comentarios respecto del tiempo, sin embargo, yo adoraba la lluvia, las tormentas, los días nublados y el viento. También me fascinaban la naturaleza, los parajes verdes, el mar. Anhelaba poder viajar por el mundo, vivir una vida bohemia y despreocupada allí donde quisiera, desligarme de lo material, de los compromisos, de la hipocresía, del tumulto de las ciudades, de la contaminación. Algo casi imposible.

—¡Jamás adivinarías lo que acaba de ocurrirme!

Elena me rodeó y ocupó la silla de enfrente. Una sonrisa radiante le iluminaba el semblante. Aquellos ojos avellana emitían un fulgor fácilmente reconocible.

—Acabas de conocer al hombre de tu vida —contesté.

Ella soltó una carcajada y meneó la cabeza.

Aquella esplendorosa cabellera roja reverberó bajo la luz y convirtió su melena en un halo cobrizo que atrajo más de una mirada masculina.

—Este es el definitivo, lo sé —musitó soñadora.

—Siempre es el definitivo —repliqué con ironía.

—Esta vez estoy segura. Espera a conocerlo, te va a encantar. ¡Me mira de una forma que...! Aún tengo el corazón en la boca.

Observé atentamente su fascinada expresión e intenté sentir curiosidad, no obstante, me fue imposible. Estaba demasiado acostumbrada a sus repentinos y breves encandilamientos. A pesar de eso, fingí interés.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

Miró el reloj. Esta vez fui yo quien soltó una carcajada.

—Tú y tus conquistas...

—Al menos yo intento encontrar a mi media naranja y puedo asegurarte que, cuando eso suceda, no lo dejaré escapar. Hay gente que no valora lo que tiene.

—No quiero hablar de Alex.

Imprimí en la voz una clara advertencia que, como siempre, ignoró.

—Pero algún día tendrás que darle una respuesta. ¿O crees que va a esperarla toda la vida?

Alex; el dulce, gentil y paciente Alex. El muchacho que supo conquistarme con tierna perseverancia y almibarada tozudez. Jamás imaginé que aquel hombre de tímida sonrisa y audaz mirada resistiera tantas negativas, plantones y continuas inseguridades. Pero resistió. Llevábamos dos años comprometidos. Y, aunque lo quería, me mostraba reticente a fijar fecha para la boda. Ni yo misma sabía por qué. Era como si una voz interior me frenara y lo peor era que aquella voz no era la mía.

Aquellas reservas habían comenzado con las pesadillas. No solo estaban trastocando mi vida: estaban cambiándome. Lo notaba en cada pensamiento, en cada predilección. Por las noches, en vez de encender la lámpara de mesa como acostumbraba, gustaba de iluminar con un par de velas para leer. Aquella titilante luz me reconfortaba. También leía historia, a pesar de que siempre me había aburrido.

Incluso mis preferencias en la ropa se habían modificado. Ya no me decantaba por un vestuario informal, desenfadado, actual. Prefería prendas largas, sobre todo faldas amplias. Apenas me maquillaba y estaba dejándome el pelo largo. Ya casi me llegaba a la cintura cuando nunca había crecido más allá de los hombros.

Un día me descubrí haciéndome una trenza que dispuse en extraño y complicado moño. Actuaba como si aquel rocambolesco peinado fuera la rutina de cada mañana. Mis dedos disponían con desenvoltura cada mechón y no vacilaban en sus movimientos. Tampoco reconocí el gesto satisfecho que me dirigí a mí misma en el espejo al terminar. Aquello me asustó tanto que a punto estuve de cortarme el pelo.

A menudo me observaba. Miraba mis ojos e intentaba penetrar en los confines de ese iris ámbar para buscar en mi interior una respuesta.

Yo, una persona realista, poco amiga de las supersticiones, fiel defensora de la ciencia y la razón, dejaba caer el escudo de la lógica para ceder ante suposiciones esotéricas.

—Siguen atormentándote, ¿verdad?

Elena me miró con pesar. Alargó una mano y cubrió la mía.

—Esto se me está yendo de las manos. —Mi voz sonó temblorosa.

Le conté sobre la pesadilla y lo ocurrido en la ducha.

—Eso no es normal. Nadie tiene ese tipo de sueños estando despierta. Tal vez estás demasiado sugestionada.

—He pensado en hacer una consulta médica. Quizá el problema esté en mi cabeza.

La mirada de mi amiga se oscureció. Pude ver el temor en sus ojos. Sin embargo, ocultó la preocupación en una sonrisa traviesa.

—Yo que tú, iría a un psiquiatra. No me extrañaría nada que estuvieras como una cabra —bromeó.

Bajé la mirada hacia la mano herida. Sentí una opresión en el pecho.

—¡Eh! ¿Qué pasa? Era una de broma. Vicky, eres la persona más cuerda que conozco.

—Lo que no es un gran consuelo.

Elena se pasó los dedos entre los revueltos rizos del cabello y fijó en mí su mirada.

—No te dejes vencer.

—Lo intento, de veras, pero a veces es tan difícil, tan aterrador.

Un camarero alto y bastante atractivo se acercó a nosotras.

—¿Algo para tomar?

Mi amiga sonrió seductora y observó con descaro el apuesto rostro del joven.

—Sí. A ti, totalmente desnudo, encima de una bandeja y rodeado de lechuga. Me gustan los platos decorados.

Solté una carcajada. El descaro de la respuesta había terminado por mandar al diablo mi remilgo inicial. Finalmente me había acostumbrado a sus pícaras maneras y, aunque alguna vez la sermoneaba, comprendí que era imposible hacerle sentar esa cabezota alocada e impulsiva.

El asombro del camarero dio paso a una sonrisa. Inclino la cabeza y replicó:

—Como desee. Pero ese plato se sirve en privado. Solo tiene que decirme cuándo y dónde lo quiere.

Elena me guiñó un ojo.

—¿Qué tal esta noche?

El hombre asintió con una sonrisa luminosa.

—Salgo a las diez.

—Estupendo.

Fingí escandalizarme y repuse divertida:

—Creí que habías conocido al “definitivo” hombre de tu vida.

—Sí —contestó—, pero todavía no hemos formalizado nada. Así que supongo que no le importará que me dé un capricho.

El joven rio complacido.

—¡Elena!

—¿Qué? ¿He dicho algo incorrecto?

—Olvídalo. Es inútil hacerte sentir un mínimo de pudor.

Frunció el ceño y arrugó la nariz.

—Sabes de sobra que nací sin eso. Creo que será mejor que nos vayamos. —Se dirigió hacia el muchacho y añadió—: y tú, encanto, no olvides la lechuga.

\* \* \*

Crucé por enésima vez las piernas y miré el cuadro de Monet que decoraba el recibidor de la clínica. Naturalmente no era el auténtico, sin embargo, estaba bastante logrado. Aquella primavera de flores de colores pastel me serenaba y, cada vez que mis pensamientos se tornaban funestos, buscaba con la mirada aquella espléndida mezcla de tonos que, por alguna extraña razón, imprimían en mí un optimismo refrescante.

Esperaba el resultado de las pruebas médicas a las que me había sometido días atrás. Cada minuto que pasaba sentada en aquel mullido sillón era una lucha continua por evitar salir corriendo.

Una voz seca y atonal puso fin a mi suplicio.

—Victoria Montalbán.

Me levanté y fui hasta la puerta que la enfermera había dejado entreabierta. Me detuve apenas en el umbral, tragué saliva e hice acopio de valor. Entré.

—Siéntese, por favor.

Observé con atención el ajado rostro del doctor que leía los exámenes con rapidez e intenté descifrar su expresión. Su faz, sin embargo, no reflejaba nada que pudiera alertarme. Por fin, levantó la mirada.

—Me alegra comunicarle que sus temores son del todo infundados.

Solté el aire contenido y sonreí.

—Entonces ¿no hay nada raro en mi cerebro? ¿Nada que pueda producir alteraciones en el sueño, visiones?

—Nada físico. Tal vez el problema sea psíquico.

—¿Me aconseja, entonces, que acuda a un psiquiatra?

—Sería lo más conveniente. En ocasiones existen problemas emocionales que se manifiestan de esa forma.

—No tengo problemas, mi vida es bastante tranquila y segura. No he pasado por ningún tipo de crisis —repuse lacónica.

—Señorita, hay dificultades que se esconden en el subconsciente y que emergen a través de pesadillas, al parecer, dantescas y que muestran el conflicto emocional que se está sufriendo. Un buen profesional sabrá descifrarlas y, una vez resuelto el dilema, los sueños aterradores, con toda seguridad, desaparecerán.

Me dedicó una mirada paternalista y sonrió con despreocupación.

—Anímese. Es joven, guapa y está sana; ¿qué más puede pedir?

Una noche tranquila, pensé, y ahuyentar el terror que me producía ir a la cama. Me levanté y le estreché la mano.

—Agradezco sus consejos.

—Espero que, además de agradecerlos, también los siga.

—Lo haré.

Salí de la consulta algo más animada.

\* \* \*

—¿Un psiquiatra? —inquirió Alex asombrado.

—Sí, es mi último recurso.

Frunció el entrecejo y me observó con atención.

—Creo que estás excediéndote. Todos tenemos pesadillas.

—No como las mías. Tú mejor que nadie deberías saber que me están destrozando.

—Estás muy afectada, cariño. Cada vez te sientes más tensa, más nerviosa; tal vez, si te relajaras esos sueños desaparecerían.

—¿Y qué me aconsejas? —inquirí burlona—. ¿Un balneario o quizá un relajante y pacífico centro de salud mental?

Bajó la mirada y giró hacia la ventana. Permaneció en silencio, molesto por mi desdén.

—Lo siento, no debí hablarte así, sé que solo pretendes ayudarme. Últimamente me altero con facilidad. Me aterran las noches, eso está destrozando mis nervios.

Me acerqué y me cobijé en sus brazos.

—Si ese psiquiatra puede ayudarte, adelante, yo mismo te acompañaré.

Me alzó el rostro entre las manos y clavó en mí sus tiernos ojos color zafiro.

—Te quiero, Victoria, no soporto verte así. Me siento tan impotente. Si pudiera serte de utilidad, yo...

—Hay algo que puedes hacer —sugerí.

Miré insinuante su boca y él sonrió.

—¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Me besó con dulzura y yo me dejé llevar. Por un delicioso momento, no pensé en nada que no fueran sus caricias, sus labios, sus ardientes susurros.

Entró en mí con ternura, con extrema delicadeza y comenzó a moverse con languidez, como siempre hacía. Sin embargo, aquella suavidad que siempre me había deleitado, no satisfacía mi ansia. Me mostré audaz, lo urgí a mostrarse más apasionado. Sus ojos me miraron extrañados y encontraron en los míos una lujuria desconocida que lo desquició. Abandonó su mansedumbre para convertirse en la fiera que yo buscaba.

Me entregué al placer como nunca lo había hecho, gemí con delirio, enloquecí y lo enloquecí a él.

Mis dedos buscaron una larga melena en la que enredarse, pero encontraron tan solo un cabello corto. Busqué unos ojos verdes, flamígeros, salvajes y hallé una mirada azul, entregada, enamorada y un tanto sorprendida. El placer se mezcló con la confusión, sin embargo, mi cuerpo gobernaba mi razón para exigir más y más.

Mi delirio crecía.

Llegó el clímax rodeado de jadeos entrecortados; nuestras bocas se fundieron mientras nuestros cuerpos todavía temblaban sacudidos por el éxtasis vivido.

—Oh, Gunnar...

—¿Gunnar? —inquirió Alex—. ¿Qué demonios significa eso?



—¿Qu... qué? —balbuceé.

—Acabas de pronunciar esa palabra.

—Yo... no sé qué significa.

—¿Cómo puedes decir algo sin saber qué es?

—¡No lo sé! —repliqué aturdida—. Te juro que ni yo misma sé por qué lo he dicho.

Alex se separó de mí, aparentaba estar más ofendido que asombrado.

—Parecía un nombre. Un nombre extraño en un idioma extraño. Todo ha sido muy raro, nunca te habías comportado así. He tenido la impresión de estar haciendo el amor con otra persona.

—Tal vez ha sido así —musité con pesadumbre.

Frunció el entrecejo. Contrariado, me observó con detenimiento intentado descifrar el enigma de mi comportamiento.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué te está pasando?

—Eso es lo que intento averiguar. Es como si me estuviera transformando en otra persona o como si alguien entrara en mí. Yo misma me sorprendo haciendo con una desenvoltura apabullante cosas que nunca antes había hecho. Hasta me asusta mirarme al espejo, tengo miedo de descubrir qué hay detrás de mis ojos o, mejor, quién hay.

Se pasó las manos por la cabeza, aquello era demasiado para él, para su inquebrantable lógica.

—Eso es una locura, no atiende a razones, no es normal. No tiene sentido, es imposible que te esté sucediendo.

—Pues está pasando y está acabando conmigo. Acéptalo, es inútil negar la evidencia. Mañana mismo pediré cita con el psiquiatra. ¿Sigues queriendo acompañarme?

—Por supuesto, ahora más que nunca.

Por segunda vez en una semana, escuché mi nombre en boca de una insulsa enfermera.

Alex me tomó la mano. Sus ojos me transmitieron confianza. Hice una mueca parecida a una sonrisa y tragué saliva.

Entramos en una consulta con un inconfundible toque masculino, elegante y sobria, decorada con sillones de piel, paredes forradas de madera y numerosos títulos enmarcados. No me resultó un sitio propicio para abrir las emociones.

El doctor Valmoral era una eminencia. Su prestigio había traspasado fronteras y, en numerosas ocasiones, era solicitada su opinión en otros países. Había sido un verdadero golpe de suerte encontrarlo y que me atendiera tan pronto. Al parecer, en el último, momento uno de sus pacientes había cancelado una cita.

Al verlo, comprendí que no necesitaba crear un ambiente familiar y cómodo para hacer sentir bien a sus pacientes. Era de esa clase de personas a la que se les podía confiar cualquier secreto, cualquier preocupación. Desprendía tal aura de sabiduría que daba la impresión de tener la solución a todos los problemas.

—Siéntense, por favor.

Su voz no hacía más que incrementar aquella grata impresión de estar con alguien familiar. Era cálida y envolvente, con una extraña musicalidad que invitaba a relajarse.

Era un hombre menudo, de unos cincuenta años, delgado, de rostro vivaz y alegre sonrisa. Carecía de pelo, aunque daba la impresión de haber sido rubio. Lo único destacable de su físico eran unos luminosos ojos celestes que miraban con dulzura.

Llevaba unas gafas cuadradas y pequeñas que se deslizaban ligeramente sobre su nariz y dejaban su vista sin el amparo de las lentes, lo que hacía pensar que realmente no las necesitaba.

Me miró con detenimiento. Pareció querer indagar en mi alma, como buscando el problema que me atormentaba.

—¿Puedo tutearla, señorita? —preguntó.

—Sí, en realidad, lo prefiero.

—Estupendo, me es más fácil conversar sin tantos tratamientos inútiles que más bien impiden un acercamiento, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo con usted, doctor.

—Supongo que esperas que te pregunte por tus inquietudes, sin embargo, antes de conocer tu problema, preferiría hacerte unas cuantas preguntas, si no te importa, por supuesto.

—Adelante, no tengo inconveniente.

Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un magnetófono.

—No te cohíbas por este artilugio, podría tomar notas, pero no hay nada más revelador que la voz. No temas, nada de lo que digas saldrá de esta habitación, está protegida por el secreto profesional.

—¿Qué edad tienes?

—Veintinueve.

—¿Vives con tus padres?

—No.

—¿Cuánto hace que te independizaste y por qué?

—Hace tres años, me ofrecieron un trabajo aquí en Toledo y tuve que trasladarme. Mi familia está en León.

—¿A qué te dedicas, Victoria?

—Soy restauradora de antigüedades. Ahora estoy trabajando en la catedral.

—¿Qué es exactamente lo que haces?

—Abarcamos todos los campos, desde sellar fisuras en las piedras hasta resucitar pinturas del románico.

—¿Es lo que siempre has querido hacer?

—Sí.

—¿Cuál es la relación actual con tus padres?

—Ellos murieron en un accidente de coche cuando yo tenía cinco años. Mi tía Rosa se hizo cargo de mí. Soy hija única. Es la mejor madre que he podido tener.

—¿Tu tía tiene hijos?

—Dos: mi prima Ana y mi primo Dani.

—¿Alguna vez te has sentido desplazada?

—Nunca, al contrario, he recibido más atenciones. Siempre me sentí querida.

—¿Estás involucrada sentimentalmente con alguien?

—Sí, estoy prometida a Alex.

—Felicitaciones, Alex.

Sonrió y me tomó la mano.

—Gracias. Soy un hombre afortunado —contestó.

—Una última pregunta, Victoria: ¿has sido alguna vez traicionada por alguien querido, una amiga, algún hombre?

—No, nunca.

El doctor Valmoral se quitó las gafas y las frotó con un pañuelo que sacó de un bolsillo del chaleco.

—Parecería que el problema no está en la superficie. Probablemente tu subconsciente lo ha enterrado tan bien que la memoria no lo tiene almacenado. Hay personas que pasan por cosas terribles, tan traumáticas que la mente opta por borrarlas. Es un mecanismo de defensa: una forma de seguir adelante sin huellas, sin recuerdos. Una magnífica manera de comenzar de nuevo, si no fuera por un pequeño error. Tarde o temprano aquella cosa horrible se manifestará de una manera extraña; luchará por salir a la luz y se valdrá de curiosas estratagemas. Y es que los problemas no deben ocultarse, hay que enfrentarlos por mucho que duelan, solo así desaparecen.

Hizo una pausa y se puso las gafas.

—Victoria, dime cuál ha sido el primer síntoma de este fatídico resurgimiento.

—Unas pesadillas.

Le conté todo con detalle. No podía dejar de hablar y, a medida que lo hacía, crecía mi ansiedad, mi miedo. Acabé con una súplica, con un ruego desesperado.

Fue entonces cuando comprendí que me encontraba al límite, que no podría aguantar mucho más sin perder la cordura.

También Alex comprendió la gravedad de mi estado. Lo noté tenso. La preocupación oscurecía su semblante.

Tras mi relato, el doctor guardó silencio. Tenía el ceño fruncido y parecía reflexionar. No pude esperar más una respuesta y pregunté:

—¿Podrá ayudarme?

—Las pesadillas son el medio por excelencia para la manifestación de problemas emocionales. Sin embargo, el contenido me desconcierta. Parecen premonitorias, pero llevas meses sufriendolas y nada te ha ocurrido. Por lo general, las premoniciones son a corto plazo; advierten de un peligro inmediato. Por lo tanto, habremos de desechar esa idea. La otra alternativa es pensar que, a través de escenas dantescas, emerge una culpa tan dolorosa que deseas un castigo. Intentas autocastigarte por algo que crees haber hecho. No obstante, hay algo que desmorona esa teoría: tu cambio gradual de personalidad. Han variado tus gustos, te sorprendes haciendo cosas que no deberías saber hacer. Esa mención al extraño peinado, la forma en que te vistes, todo eso me confunde. Y, desde luego, ese nombre que pronunciaste. ¿Cómo era? ¿Gunnar?

Asentí.

—Investigaré acerca del origen de un nombre así, me suena escandinavo. Todo ese cúmulo de circunstancias me lleva a pensar en una posible respuesta, aunque no una solución.

—¿Qué piensa que me sucede? —inquirí temblorosa.

El doctor se levantó y se acercó a una biblioteca empotrada en la pared. Permaneció allí buscando un volumen en particular. Chasqueó la lengua cuando lo encontró y lo abrió por la mitad. Pasó unas cuantas páginas y por fin se sentó de nuevo sin dejar de leer con atención.

—Su caso no es muy común; a decir verdad, pueden contarse con los dedos de una mano, pero hay precedentes que tal vez puedan ayudarnos. Es un tema que siempre me ha fascinado. Y he intervenido en alguna que otra sesión, es por eso que puedo contar con especialistas en el tema. Tal vez haya sido el destino, pero ha acudido al hombre indicado.

—Doctor... —urgí.

—No se impaciente. Creo sin temor a equivocarme que el motivo de esas pesadillas y de su comportamiento se debe a un resurgimiento, como ya le indiqué, pero no de un trauma, sino de otra vida. Una vida anterior que, por alguna razón, está invadiendo su presente. Tenemos que dar con esa razón.

—¿Una vida anterior? ¿De qué está hablando? —repuso Alex contrariado.

—Sé que es difícil de creer, pero confíe en mí. He visto algunos casos realmente extraordinarios. Personas que, mediante una hipnosis regresiva, han hablado hebreo, castellano antiguo, toda clase de lenguas muertas. Personas corrientes, con vidas corrientes. He escuchado historias increíbles que historiadores célebres han corroborado. Y créame si le digo que la mayoría de esas personas no tenían modo de saber cosas tan concretas de la historia sin haber vivido en la época en cuestión. No es algo común. Yo tampoco creía en la reencarnación; no creí hasta que presencié una de aquellas sesiones. Desde entonces, me interesé por el tema, lo estudié a fondo y puedo decirle que incluso ha cambiado mi vida, mi forma de ver las cosas, mi filosofía. Ahora comprendo cosas que antes no entendía. Jamás creí en la justicia divina. ¿Cómo iba a creer en ella cuando personas mezquinas recibían lo mejor de la vida, mientras que gente de buen corazón era víctima de continuos mazazos? Párense a pensar un instante. La iglesia nos dice que la recompensa a nuestras acciones está en el cielo. Pero ¿qué sentido tiene que un hombre bueno sufra? ¿Por qué no se lo recompensa en vida por cada acción? De esa manera, todos veríamos que hacer el bien tiene un sentido, una gratificación. Eso incitaría a los demás y finalmente se erradicaría la maldad. En cambio, no es así. La gente no cree realmente en una recompensa divina, y nadie ha vuelto de la muerte para asegurarnos que existe el cielo de los bienaventurados. No, mis queridos amigos. No tiene ningún sentido. Sin embargo, la teoría de la reencarnación sí justifica la injusticia. Se basa en la purificación de uno mismo a través de una serie de vidas hasta convertirnos en seres supremos. Si en una vida hemos sido asesinos, en la otra seremos víctimas. De ese modo, y sabiendo que en la siguiente reencarnación recibiremos lo sembrado en la anterior, nuestra conducta será diferente. Nosotros somos los dueños de nuestro propio destino.

Otra vida, pensé; otra vida. Parecía increíble, algo descabellado, pero no imposible. Todo encajaba. Alguna vez había leído algo sobre el tema, me había parecido interesante, pero ni por un instante imaginé que podría descubrir en carne propia la veracidad de esa filosofía.

Y ahí estaba, sentada frente a un prestigioso psiquiatra que hablaba con pasión sobre otra vida. Una vida que estaba intentando decirme algo, pero ¿qué?

—¿Por qué esa otra vida intenta regresar? —inquirí.

—Tal vez, porque dejaste algo por hacer, un cabo suelto, y es quizá en esta nueva vida en la que has de atarlo. Por lo general, nuestras vidas pasadas están enterradas en nuestro subconsciente. Muchas personas han tenido la sensación de estar en un lugar que nunca habían visitado. O les parece familiar cierto objeto o cierta vestimenta. También ocurre en nuestras preferencias. Hay personas que nos caen mejor sin saber el motivo, o incluso, sin conocerlas, tienen un algo que nos agrada. También puede pasar a la inversa: podemos detestar a individuos sin ninguna razón. Solemos llamar “manías” a ciertos rechazos, por ejemplo, hay quien padece hidrofobia o claustrofobia. Todas las fobias tienen un motivo y, si no está en esta vida, tengan por seguro que está en la anterior. Hace unos años, en Inglaterra, descubrimos que la claustrofobia de una granjera que vivía en el condado de York provenía de que, en una vida anterior, su marido la había emparedado en el salón de una de sus mansiones. Aquello había ocurrido en el año 1725 en Francia. La mujer dio nombres, narró con detalle la situación del país en aquel momento, explicó con amargura lo desdichada que se sentía por haber descubierto a su esposo en brazos de otra mujer, incluso describió la decoración del mencionado salón y la vida que llevaba, todo ello en francés, y puedo asegurarles que era semianalfabeta. Por lo tanto, Victoria, dispondré todo para una sesión de hipnosis regresiva, ¿te parece bien?

—Si eso me ayuda, no tengo inconveniente —respondí.

El doctor llevó de nuevo el libro a la biblioteca y regresó al sillón. Parecía inmerso en sus pensamientos. Al cabo de un rato, habló de nuevo, su voz era apagada y translucía gravedad.

—Antes que nada, es mi deber aclarar que nunca he visto un caso de *estas* características.

—¡Pero si acaba de decir que...! —interrumpió Alex.

—Repito: de estas características —continuó, un tanto molesto—. Me refiero a que es la primera vez que la persona en cuestión se deja arrastrar de manera tan contundente por sus antiguas costumbres. Tengo la sensación de que tu otro yo quiere tomar posesión de manera definitiva. No va a utilizarte para sus fines, quiere transformarse en ti, robarte el presente. He de suponer que es de vital importancia lo que debe hacer.

Hizo una pausa.

—Quiero decirles con esto que no hay garantía alguna sobre el resultado. No sé si ayudará el conocer esa vida anterior. Existe la posibilidad de que el pasado prevalezca sobre el presente. Ahora necesito saber si estás dispuesta a correr ese riesgo.

—Tal vez no merezca la pena —opinó Alex.

Lo miré. Vi temor en sus ojos. O tal vez era el reflejo del miedo de los míos. Pensar que podía dejar de ser yo, que desaparecería para convertirme en un fantasma del pasado hacía que se me secara la garganta. Era como dejar de existir. Era como dejar que un espíritu me arrebatara el cuerpo. ¿O éramos el mismo espíritu con recuerdos distintos?

Aquello era demasiado para mí. Sin embargo, debía arriesgarme, pues estaba segura de acabar enloqueciendo si las pesadillas no cesaban. Ya ni siquiera hacía falta estar dormida para vivirlas, me acechaban incluso al despertarme. No solo la noche era mi enemiga, ahora también el amanecer. ¿Y después?

—Estoy decidida, doctor. No tengo otra opción.

—Piénsalo bien. No quiero que te arrepientas.

—No, ya lo he pensado. Sea lo que sea, sé que es mi destino.

Lo dije con seguridad, lo que no impidió sentirme al borde de un precipicio. Busqué la mano de Alex y me aferré a ella. Necesitaba un poco de estabilidad antes de tirarme al vacío.

—Bien, he de consultar el caso con algunos colegas, pero con toda seguridad la sesión no pasará de esta semana. Ya te avisaré. Intenta no preocuparte, ¿de acuerdo?

Asentí, aunque aquello sería imposible.

Salimos de la consulta aturridos y asustados. Me sentía como un enfermo en la fase terminal.

\* \* \*

Sostuve el teléfono en la mano, incapaz de colgarlo; los latidos de mi corazón se mezclaban con el tono que manaba aburrido del auricular. Inmersa en mil pensamientos confusos, sentí una acuciante necesidad de despedida. Al día siguiente sería la sesión de hipnosis.



Pensé en Alex, en Elena, en los amigos, en mi familia y por un instante decidí no arriesgarme.

No obstante, aquel endemoniado sentido común que me caracterizaba barrió la duda con la fuerza de un huracán para sembrar en mí una esperanza débil, pero reconfortante.

Colgué el auricular y miré a mi alrededor.

Ví ilusiones, alegrías, paz, confianza, amistad, risas, también preocupaciones, pero sobre todo satisfacción. Esos tres años que había estado en Toledo habían sido dichosos, productivos. Me enorgullecía mi independencia. Me había labrado un futuro, una vida segura y estable. Había cumplido los objetivos que me había trazado. Había conseguido realizarme con éxito. En resumen, me sentía afortunada.

Ahora que todo eso se veía amenazado, no permitiría que se esfumara. Sin embargo, y, siendo por completo sincera conmigo misma, debía reconocer que, a pesar de todo, siempre me había acompañado un halo de tristeza. Una tristeza que achaqué a la muerte prematura de mis padres. Comprendí que la determinación de triunfar en mis metas no era más que la esperanza de alejar de mí esa apatía extraña y oscura.

Asombrosamente descubrí que me había sentido sola a pesar del cariño, del apoyo, de la fortuna. Y, tal vez, por mucho que lograra triunfar en la vida, por mucho que llegara a conseguir, jamás sería del todo feliz.

Era como si me faltara algo, como si mi vida estuviera incompleta. Cada vez estaba más segura de que la clave podía estar en mi otra vida.

Y, por primera vez, empecé a creer que quizá las pesadillas me estaban ayudando, que eran parte de mi destino. Porque, ¿de qué valían los éxitos, la seguridad, la satisfacción si no ayudaban a conseguir la auténtica felicidad?

Esa era la verdadera meta: la felicidad plena y absoluta. Y yo la deseaba por encima de todo. Haría lo que fuera con tal de conseguirla, barrería cualquier obstáculo por muy intrincado que fuera o, por muy lejos que estuviera, viajaría hasta el fin del mundo o hasta la más ignota de mis vidas. Cualquier cosa con tal de transformar el gris de mi existencia en un arcoíris de colores. Ya era hora de que mi corazón comenzara a latir y tenía la certeza de que mi vida aparentemente perfecta iba a cambiar. No podía ser de otro modo.

# Capítulo 2

## El viaje a mi interior

Un haz de luz dorada atravesó el estor de la ventana y se derramó sobre el diván y le confirió un aspecto mágico, como si en verdad fuera la puerta hacia otro mundo.

—Recuéstate, querida, intenta relajarte.

Miré al doctor y asentí.

Alex todavía me sujetaba la mano y noté su reticencia a soltarla. Pensé que sería él quien intentaría tranquilizarme, sin embargo, fui yo quien le sonrió en un vano intento por apagar el temor de su mirada.

Acomodada en el suave diván, cerré los ojos y sentí la agradable tibieza de aquel tenue rayo que acariciaba mi rostro. Por un momento, no escuché nada y me pregunté si habría empezado ya mi viaje al pasado. Sin embargo, escuché la cálida voz del doctor que pronunciaba la fecha y mi nombre.

—Bien, querida, empezaré indagando unos cuantos años atrás e iré retrocediendo gradualmente. Puede que lleve un tiempo, pero es necesaria la minuciosidad si queremos encontrar la raíz del problema. Ahora, cierra los ojos e intenta no pensar en nada, solo presta atención a mi voz; ella te guiará; solo obedecerás a mi voz, ella te arrastrará, te acompañará a donde tú quieras llevarla. Estás cansada, muy cansada, el sol baña tu cuerpo y la brisa mece tus cabellos; te sientes flotar, puedes oler la dulce fragancia de las flores que danzan a tu alrededor. Estás en un paraje único, de una belleza sobrecogedora; la naturaleza te rodea, puedes escuchar el refrescante murmullo de un arroyo, el canto celestial de un pajarillo que revolotea a tu alrededor, puedes ver la magnificencia de un cielo brillante, despejado y sentir que la vida brota a tu alrededor. Déjate llevar por el viento, eleva tu espíritu y flota, deja que tu alma vuele, abandona el cuerpo y sube, sube y siente el viento elevándote, meciéndote, acariciándote. Retrocede con el viento, él te arrastra, te lleva hacia atrás, cada vez más lejos, más y más lejos...

Se sentía el frío. El viento hacía bailar los coloridos toldos del mercado y silbaba misterioso entre la muchedumbre que se cobijaba en sus raídas capas mientras ojeaban interesados la variopinta mezcolanza de productos que los mercachifles alababan vociferantes.

Mi madre se detuvo en un puesto de telas y preguntó a la vendedora por un rollo de seda color marfil; al tiempo, lo acariciaba pensativa y fruncía el entrecejo ante el precio que le exigía.

—Demasiados dinares, no es de tan buena calidad —rezongó ceñuda.

Mientras regateaba, observé con curiosidad a mi alrededor. No solía salir demasiado y me maravillaba el bullicio que me rodeaba. Todo me sorprendía, el intenso aroma de las especias, el colorido de las túnicas de los musulmanes que se destacaban por sobre la sobriedad de los ropajes cristianos de colores oscuros y tacto rudo, el correr de los chiquillos inmersos en juegos y las conversaciones que flotaban, unas en castellano y otras en árabe.

Yo entendía ambas lenguas, pues gozábamos de amistades de infieles, como las llamaba mi madre, la mayoría mercaderes ricos que mi tío Rodrigo presentaba como amigos leales y que mi madre miraba con desconfianza.

Yo también gozaba de la amistad de una infiel, mi mejor y más querida amiga: Ruth.

Ruth era judía y, aunque nuestras religiones fueran totalmente distintas, aquello nunca había sido motivo de discusión; ambas respetábamos las creencias de la otra sin imponer ni cuestionar nada. ¿Acaso era importante que ella celebrara el *sabbat* en honor a Yahvé o que yo el domingo asistiera a la iglesia para escuchar la palabra de Dios? No, para nosotras lo único importante era estar juntas disfrutando de nuestra compañía, reírnos con juegos de palabras e imaginarnos nuestro futuro con el perfecto esposo apuesto y comprensivo.

Aunque yo poco podía imaginar, pues conocía a la perfección a mi futuro marido. Su nombre era Rashid ibn Taliq y era musulmán. Su familia era de Damasco, pero él había nacido en Toledo y poseía propiedades y tierras, que administraba desde que había cumplido los doce años. Tenía una mente privilegiada para los asuntos comerciales y, según decían, iba camino a convertirse en uno de los terratenientes más respetados de la región. Poseía un pequeño palacete frente a la plaza del zoco en plena Medina, que compartiría conmigo en cuanto estuvieran listos los esponsales, pues yo estaba a punto de cumplir los dieciséis años. Él ya tenía veinte y gozaba del favor de las féminas por su apostura.

Aquello me halagaba, y más cuando mi ama de cría, doña Flora, me reveló que había sido él, en persona, quien había insistido a su padre para formalizar el contrato en cuanto me vio, a pesar de que mi dote era superada con creces por otras candidatas.

—Eres afortunada, muchacha, no habrías podido desear un matrimonio mejor.

Y así me sentía yo: feliz con mi destino.

Volvimos a casa cuando comenzó a llover. Mi madre me agarró del brazo y corrió protegiendo con su capa el paquete de seda que finalmente había comprado.

El mercado comenzaba a embarrarse en las afueras, y los vendedores se afanaban por proteger sus mercancías mientras apuraban las últimas ventas. Otros miraban al cielo maldiciendo su suerte. La gente empezaba a dispersarse, unos buscando cobijo, otros regresando a sus hogares.

Nosotras subíamos con rapidez las empedradas callejuelas hasta que nos detuvimos en un soportal.

Mi madre sacudió su capa y me sonrió.

—Finalmente conseguí un buen precio por la tela. Estarás preciosa con ella puesta.

—¿Hemos sido invitadas a alguna celebración?

—Sí, Leonora, a la más importante de tu vida. Esta tela se convertirá en tu traje de novia.

La miré perpleja. Sabía que era algo inminente y que mi prometido era el adecuado, sin embargo, aquello no impidió que se me secara la garganta y que el corazón me golpeará con violencia el pecho.

—¿Cu... cuándo será?

—Este año, al finalizar el Rabadán; así lo ha dispuesto tu prometido.

Solo faltaban dos meses. Tragué saliva y me froté las manos.

—Sé perfectamente lo que estás sintiendo, no solo porque lo veo en tus mirada, sino porque yo sentí lo mismo. —Sus tiernos ojos mostraban comprensión, y su sonrisa intentó tranquilizarme, pero yo aún temblaba—. Cielo, a todas nos entra el pánico ante la responsabilidad de gobernar una casa, de responder acertadamente a las exigencias del esposo, de traer al mundo hijos sanos y fuertes, pero el secreto es muy sencillo, solo tienes que mostrar respeto y obediencia y solventar los problemas con

tranquilidad conforme vayan llegando. Sabrás qué hacer en cada momento, la vida te moldeará para ello. Además, sé que serás una buena esposa, se te ha educado para ello. No te preocupes y da gracias a Dios por el elegido, serás la dueña de una casa de bien, acomodada y respetada en la comunidad.

Asentí e intenté sonreír. El gesto desdibujó mis labios convirtiendo mi rostro en una mueca estúpida.

—Espero honrar el buen nombre de mi familia y ser la esposa que se espera de mí.

Cuando llegamos a la puerta de casa, la lluvia arreció con fuerza, amenazando tormenta. El cielo se oscureció de repente y las nubes, hasta ese momento blancas y esponjosas, se tornaron de un gris metálico.

Penetramos en el zaguán de entrada acompañadas de una furiosa ráfaga de viento. Ahmed, nuestro sirviente nubio, recogió las capas que llevábamos encima y las sacudió con vehemencia. El muchacho llevaba con nosotras apenas tres años y, como guardián, no tenía precio: su enorme cuerpo de ébano amedrentaba a los visitantes. De pequeño había sido capturado y torturado en Bizancio, le habían arrancado la lengua para convertirlo en un dócil esclavo hasta que lo pusieron a la venta en el gran zoco de Constantinopla. Mi tío Rodrigo pagó una suma ridícula por él y lo convirtió en su más fiel protector. Tener las espaldas cubiertas era una prioridad vital y más él, que negociaba con todo tipo de gente, tanto maleantes como nobles señores. Comerció con especias, sedas, vino y todo tipo de artículos que se demandaban en al-Andalus. Se preciaba de abastecer al mismísimo emir Abderramán II, quien lo requería en su corte con frecuencia y lo agasajaba con todo tipo de obsequios. Aquel vínculo, aunque comercial, no era bien visto por la comunidad cristiana, que desconfiaba del influjo musulmán a pesar de estar rodeada de él.

Toledo era considerada el punto neurálgico de la confrontación entre el dominio moro y la resistencia de la raza visigoda. Era una Toledo rebelde e inconformista que no se contentaba con pagar la *chyza*, sino que aprovechaba cualquier situación inestable del gobierno infiel para amotinarse y luchar sin cuartel por liberarse del yugo opresor.

Sin embargo, había que reconocer que el dominio árabe había enriquecido a la mayoría de las ciudades conquistadas y que su cultura y su refinamiento artístico habían librado a la Hispania infiel de la rudeza y el estancamiento del reino visigodo.

La agricultura había prosperado de manera asombrosa gracias a nuevos sistemas de riego, innovadoras técnicas de labranza y nuevos cultivos con productos hasta ese momento desconocidos. Las tierras estaban plagadas de olivos, higueras, arrozales, naranjos, limoneros, membrillos, cañas de azúcar, dátiles, granadas, azafrán, algodón,

incluso productos de lujo como especias, plantas para la extracción de tintes, moreras para los gusanos de seda, hierbas aromáticas con las que confeccionaban perfumes maravillosos y otras muchas cosas completamente nuevas.

También habían traído la cultura del agua; no solo habían conseguido fertilizar terrenos yermos con ingeniosas norias y batanes, sino que habían canalizado ciudades y construido baños, incluso tenían una normativa en cuanto a la seguridad e higiene, el *hisba*.

Todos esos cambios habían pulido a la sociedad hispana y habían mejorado ostensiblemente la calidad de vida.

Y nosotros no hacíamos más que quejarnos y rebelarnos contra un régimen que nos beneficiaba en todo y que además permitía a judíos y cristianos conservar sus leyes y su religión por tan solo unos impuestos.

Eso nos inculcaba Rodrigo, y yo me embebía de su sabiduría y rezaba para que se aplacaran los continuos brotes de rebeldía, porque temía que el emir endureciera las leyes y convirtiera nuestra comunidad en un infierno. Y, aunque yo iba a formar parte de una familia islámica, mi corazón siempre sería cristiano y mi gente seguiría siendo la misma.

Aquellos pensamientos frunció mi ceño y plantaron en mi alma una inquietud. Y, de pronto, no me sentí tan afortunada, pues, sabiendo la fecha de mi partida, no quería que llegara el momento de dejar esa casa en los arrabales ni quería dejar de sonreír a mi madre cuando me revolvía el cabello al despertarme. No quería dejar de asistir a misa junto a los vecinos, no quería perderme los fabulosos relatos de mi tío acerca de sus viajes a tierras lejanas, ni dejar la vida que llevaba, rodeada de amor y respeto, de amistad y calor.

No, no quería. Pero lo haría, aunque esa inquietud se convirtiera en auténtico terror.

\* \* \*

Entreabrí los ojos y esperé ver la suave luz del alba entrando por las rendijas de las contraventanas, sin embargo, tan solo noté un leve resplandor.

Extrañada, me incorporé.

Apenas comenzaba a amanecer, sin embargo, la casa bullía de actividad. Me había despertado el tintineo de ollas, el canturreo de Flora mientras preparaba sus deliciosas viandas y las explicaciones pausadas e insistentes que mi madre derramaba sobre Ahmed para que ejecutara las labores con eficacia.

Llegó a mi olfato el embriagador perfume del pan de cereales y pasas que solo se preparaba en ocasiones especiales, el inconfundible aroma de ricas especias con las que bañaban carnes y verduras, y mi estómago se agitó. ¿Por qué tanto alboroto a horas tan tempranas? Intenté recordar alguna fecha importante. Pero no, tendría que ser otra cosa. Eran los primeros días de agosto, un mes caluroso, seco y tedioso.

Cuando era niña, adoraba el verano, pues se me permitía chapotear en las orillas del Tajo junto a otros niños. Pero ahora, como ya era una mujer, esas cosas me estaban vedadas. Y lo curioso era que yo todavía sentía en mí la espontaneidad, la inocencia, la curiosidad y la sonrisa infantil, con la diferencia de saberlas prohibidas y de aprender a reprimirlas.

Agosto se había convertido entonces en un mes de encierro, en el que la agradable frescura de los patios interiores alejaba el bochorno de las callejuelas y de las polvorientas y calurosas plazas. Tan solo salíamos lo imprescindible: a misa y a las reuniones semanales de la congregación cristiana en las que la vecindad intercambiaba con avidez noticias de la Hispania cristiana con sede en Burgos, de las confrontaciones del conde de Barcelona con el emir y de los planes del rey para reconquistar paso a paso la península ibérica. En esas ocasiones se exponían sutilmente quejas de los conciudadanos musulmanes. Problemas de convivencia en los que, a pesar de estar envueltos en un clima de normalidad y tolerancia, siempre emergía, aunque con cierto recelo, la figura de conquistador y el conquistado. Eran pequeñas vetas de rebeldía, de inconformismo, de deseo incontrolable de recuperar la tierra de los antepasados para los descendientes. Nosotros teníamos nuestras costumbres, acertadas o no, pero nuestras, y nuestras convicciones religiosas, por lo que no tomábamos de buen grado tener que pagar al emir para disfrutar de una limitada y engañosa libertad. Y, si bien yo sentía lo mismo que mi comunidad, estaba entre dos mundos y a un paso de cruzar definitivamente la frontera de uno de ellos, el que no me pertenecía.

Mi familia no deseaba que yo asistiera a aquellas reuniones, pero temían que nuestra congregación nos mirara todavía con mayor recelo del que ya lo hacían y mucho temía que evitaran extender su disgusto ante nosotros por miedo a ser delatados. Éramos considerados demasiado cercanos al opresor infiel y aguardaban nuestra despedida para dar rienda suelta a sentimientos hostiles. Mi tío al llegar a casa sacudía la cabeza y rezaba para que el sentido común les evitara un mal mayor.

Aquellos pensamientos me apesadumbraron y nuevamente me hundí en el jergón, sin embargo, el incitante aroma de las especias avivó mi curiosidad.

Me levanté y fui hasta la puerta.

En el patio, Ahmed, sacudía con vigor los tapices, y mi madre deambulaba pensativa de un lado a otro, visiblemente nerviosa, hablando para sus adentros.

Me vestí con rapidez y bajé la escalera.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene tanto ajeteo?

Los claros ojos de mi madre, de un azul cerúleo, me miraron inquietos. Al instante, su sonrisa me reconfortó, aunque no logró borrar esa chispa un tanto preocupada que asomaba.

—Vienen a confirmar el contrato prenupcial.

Tragué saliva, no era normal que se presentaran sin avisar.

Por lo general, la cita se concertaba con antelación: en la ceremonia se legalizaba el acuerdo, se entregaba la carta de arras y se culminaba con un ágape. Caí en la cuenta de que mi tío, único miembro varón de mi familia, estaba ausente; en tanto hombre solo él podía entregarme.

—Algo anda mal —susurré meditabunda.

—No, querida, la criada que trajo el recado lo dejó muy claro: dijo que venían a ratificar los esponsales. Tampoco yo comprendo el motivo de tanta premura. Además es una falta de educación, pero qué se puede esperar de esos...

Debía de estar más nerviosa de lo que imaginaba, ella casi nunca perdía el control. Eran contadas las ocasiones en las que mostraba algún tipo de rencor contra los musulmanes. Ya había presenciado algunos arrebatos, sin embargo, y, aunque yo sabía que no eran de su agrado, jamás me había inculcado ningún tipo de animadversión hacia ellos. Tal vez, algo habría sucedido en el pasado que le habría implantado desconfianza en el corazón.

—Vamos, cielo, tenemos el tiempo justo para arreglarte —agregó molesta—. Su padre es el imán y no dejará escapar la oportunidad de criticar cada uno de nuestros desatinos.

Me arrastró a la habitación y me sentó en un pequeño taburete. Se agachó sobre el baúl que tenía a los pies del jergón y lo abrió. Con delicadeza sacó varias prendas.

—Tu tío lo trajo de Bizancio —explicó—. Creo que es la última moda allí.



Desplegó la larga camisola blanca de seda con largas y voluminosas mangas y una túnica de un azul intenso con escote cuadrado bordeado de gemas doradas. Las mangas, cortas y ahuecadas, terminaban en ricos bordados con hilo de oro y plata, al igual que los bajos de la túnica. Se ceñía al cuerpo con cordones cruzados en la espalda.

Cuando estuve lista, mi madre me miró orgullosa. Había trenzado mi largo cabello oscuro y sobre el velo de seda que cubría mi cabeza colocó un hermoso y resplandeciente tocado con zafiros.

Sentí el peso de aquella joya como sentía el peso de aquel compromiso, conocedora de su valor y, sin embargo, con temor de perderlo o dañarlo.

—¡Oh, mi pequeña Leonora! Estás tan hermosa... —Su voz pareció quebrarse y casi al instante se volvió para que no pudiera verle el rostro—. Voy a echarte tanto de menos. Pensarás que soy una egoísta, pero tengo miedo de estar sola.

Me acerqué a ella y la abracé.

Doña Elvira de Casto y Villarejo, hija de Leocadia y Álvaro Casto, era más menuda que yo, pero a pesar de su constitución delicada siempre había demostrado un valor y una entereza dignas de un gigante. No nos parecíamos en casi nada, solo en el carácter, en la forma tan peculiar que teníamos de arrugar la nariz cuando algo no nos gustaba y en el hoyuelo que se nos formaba en las mejillas al sonreír. Ahí acababa todo parecido.

Su cabello dorado como la luz del sol le caía lacio sobre los hombros. El rostro delgado y elegante de pómulos altos era adornado por unos grandes ojos claros que cautivaban todavía las miradas masculinas. Poseía una belleza sobria, clásica, poco común, más celta que visigoda. Yo, en cambio, era más alta y voluptuosa, de cabello oscuro ondulado y abundante, de tez olivácea y ojos grandes, almendrados y de color ámbar. Prácticamente, era la antítesis de mi progenitora. Me habría gustado haberme parecido más a ella.

Suspiré y pensé en mi padre; no lo conocí. Don Diego de Antúnez, fiel caballero del rey Alfonso II de Asturias, era natural del condado de Oviedo y había sido enemigo acérrimo de los musulmanes. Junto a su rey, había saqueado Lisboa y había cargado contra los infieles en Narón y en Anceo. Hacía ya dieciocho años de su hazaña y aún se recordaba. ¿Qué pensaría de su hija rindiéndose ante sus enemigos? Pero él ya no estaba para ver su vergüenza. Había caído en una refriega en la frontera de Navarra. Apenas contaba yo con tres meses de edad, y mi madre sola y desolada huyó de Oviedo.

Los enemigos, todos nobles de la corte que habían sido descubiertos por mi padre en sus sucios tratos a espaldas del rey, tomaron venganza. La emboscada salió a la perfección. Y, libres del asedio de tan fiero guardián, continuaron sus intrigas sin que ningún paladín entrometido estorbara.

Mi tío, Rodrigo, nos acogió bajo su protección y nos cobijó en su hogar toledano con la seguridad de que los cortesanos de Asturias no osarían entrar en los dominios del emir.

Mi madre apenas hablaba de él, y yo, por no disgustarla, tampoco lo mencionaba.

Solo una frase acudía ahora a mi mente: “Perdón, padre”.

\* \* \*

Caía la noche, el manto azulado se tendía perezoso y hacía retroceder el dorado atardecer que apenas rozaba las colinas de la sierra toledana. El día había sido caluroso y seco. Por fortuna, a través de la celosía de las ventanas superiores, se filtraba una brisa agradable que ondeaba mi velo y me acariciaba las mejillas. Cerré los ojos.

La paz duró poco. Unos golpes secos en el aldabón envararon mi espalda. Bajé como un rayo, entré en el pequeño salón y me senté junto a mi madre.

Flora los guió hasta la puerta y se retiró.

Rashid iba acompañado por su padre. Cuando nuestros ojos se encontraron, sentí que se me secaba la garganta. Su mirada gatuna y negra como una noche sin luna me recorrió con lentitud para absorber cada detalle de mi cuerpo. Su insolencia me encontró desprevenida: sentí un creciente desagrado y bajé la mirada.

—*Nsala malekun* —saludó el imán.

—*Malekun nsala* —nos apresuramos a responder.

Mi madre sirvió el té de menta y acercó una bandeja con dulces que Flora tan prestamente había preparado.

Había *al-Faliüday* hechos con miel y almidón, *al-Jabis* a los que además se les añadía manteca y *al-Gabit*, que era una especie de pan relleno de azúcar, almendras y pistachos. En otra bandeja se alineaban dátiles e higos.

—Espero sepan disculpar lo precario del banquete, pero con tan poco tiempo...  
—se excusó mi madre.

—No hemos venido a comer, doña Elvira —rezongó ceñudo el imán.

Era un hombre alto y algo encorvado, más por las preocupaciones que por la edad. Su ojillos inquietos parecían malhumorados. Incómodo se rascó la hirsuta barba cana y sus labios se fruncieron cuando miró a su hijo.

—Estamos aquí porque la impaciencia de Rashid estaba sacándome de las casillas.

Miré sorprendida a mi prometido. Estaba más que apuesto. Iba ataviado con zaragüelles de seda abombados hasta los tobillos en color vino, babuchas de suave piel marrón, túnica corta de seda negra con damascos en oro, turbante de lino negro y un fajín dorado que le ceñía la cintura y del que sobresalía una daga curva.

La sonrisa que brilló en su semblante me desarmó y me arrancó otra casi sin darme cuenta.

—Desde que vi a su hija, sus ojos me han perseguido hasta la locura. Su belleza me perturba y no pienso en otra cosa más que en hacerla mi esposa.

Su voz grave pero suave fue casi un murmullo.

Mi madre reprimió un mohín de disgusto y se obligó a sonreír.

—Las prisas, señores, no solo son malas consejeras, sino que, a menudo, son causantes de infortunios. Como ya sabrán, mi hermano no ha llegado todavía de su largo viaje a Norteumbría. Así que este evento no puede hacerse oficial —adujo mirando significativamente a Rashid.

—Se equivoca, señora —replicó el interesado—. Acabo de recibir la autorización por escrito junto con el contrato matrimonial que le envié. Puede leerlo con tranquilidad y comprobar las inmejorables condiciones que le otorgo a su hija y...

—Perdón, mi señor, ¿dice que Rodrigo le ha escrito?

Él de nuevo sonrió triunfal y del fajín sacó un manuscrito pulcramente doblado. Lo entregó a mi madre, que lo leyó circunspecta.

La tenacidad, ese era el secreto de su éxito en los negocios. Y eso era yo en esos momentos. Lo miré intrigada. Me encontré de nuevo con esos ojos que ahora, ya tan cerca de su objetivo, se mostraron ávidos.

Tragué saliva.

—Como ve, doña Elvira, mi hijo ha estipulado la entrega de la décima parte de todas sus posesiones y de las que se creen durante el matrimonio. Además —se aclaró la garganta bastante molesto—, como dote le regala su *al-munya* de al-subd en las afueras de la ciudad con toda la dotación de sirvientes, así como joyas de gran valor.

Mi madre lo miró pensativa nada impresionada con la exposición.

—Mi señor, gran imán Taliq ibn Zaquid: lo que yo le entrego a su hijo no es comparable con ningún bien terrenal ni joya mundana. —Me miró con ternura y añadió—: yo entrego una gran parte de mí y he de confesar que es la parte más pura, la que no ha tocado la maldad ni el dolor, la que no sabe de penurias ni de tretas. Una parte de mi corazón y mi alma. Un ser noble, lleno de luz, que dejará mi vida a oscuras para iluminar la de su hijo. ¿Tiene eso comparación? Aunque, sin duda, lo que verá más provechoso es el contrato de mercadeo que ha adquirido con mi hermano Rodrigo. Permítame decirle que, sin duda, son ustedes los más beneficiados con este acuerdo.

Sonreí al tiempo que contuve las lágrimas. Nada ni nadie sometería a mi madre. El orgullo herido de los invitados, sobre todo el del imán, prolongó un silencio incómodo que aproveché para deleitarme con mi té.

—Créame, señora, que, si conformo con este compromiso, es por no desairar a mi único hijo. Habría preferido una candidata de nuestro mismo linaje y religión. Pero el ímpetu juvenil... ya sabe: es difícilmente controlable.

De repente, Rashid se levantó, se puso frente a mí y me tomó de la mano.

—Hablando del ímpetu —intervino con su sempiterna sonrisa—. Doña Leonora de Antúnez y Casto —su voz se hizo profunda y con tono formal añadió—: si está de acuerdo con lo estipulado y lo conferenciado en esta sala, celebraremos nuestras nupcias en siete días.

Necesitaba ver la expresión de mi madre, pero él, astuto hasta lo impensable, se interpuso entre nosotras y me obligó a sostener su mirada inquisidora.

Asentí levemente, y llevándose mi mano a los labios, la detuvo allí al tiempo que sus ojos me devoraron.

Percibí su cálido aliento y la suavidad de su boca generosa me erizó la piel. Me sentía como un cordero ante un lobo hambriento. Solo quedaba esperar el sacrificio.

\* \* \*

La tarde anterior a la boda se había esparcido sal por toda la casa para bendecirme. Para mí era lo mismo que haberla echado sobre una herida abierta. Apenas podía pensar en ello. No había dormido en toda la noche y, sin embargo, estaba alerta, expectante y muerta de miedo.

Ya estaba vestida y envuelta en sedas y brocados de color carmesí con dibujos geométricos. Cubierta con collares, colgantes, aretes y pulseras aguardé el comienzo de mi nueva vida.

Una mano pequeña y suave se enlazó con la mía. Me así a ella como un náufrago al único tablón en el océano.

—Iré a visitarte tan a menudo como lo permitan —susurró mi madre—. Y ¡qué diantres!, aunque no lo permitan también. No les va a ser tan fácil separarme de mi pequeña.

Solté una carcajada, ¿por qué me preocupaba? Conociéndola, sabía que siempre estaría a mi lado.

\* \* \*

Me convertí al islamismo, y el nombre elegido para mí fue Shahlaa, ojos maravillosos.

En mi fuero interno sabía que ni mi nombre, ni mi credo serían arrancados de mi alma por mucha ceremonia que me impusieran.

El rito fue breve, conciso y concluyó con un velo rojo y blanco sobre la cabeza de ambos contrayentes. Finalmente, firmamos el contrato redactado en árabe junto a dos testigos y salimos de la mezquita rumbo a mi nuevo hogar.

Caminé junto a mi esposo que, henchido de orgullo, sonreía a su alrededor mostrando su reciente adquisición.

Los adoquines resonaban bajo nuestros pies, polvorientos y envejecidos mudos testigos de la historia de una ciudad rebelde. Las estrechas callejuelas se entrecruzaban entre ascensos y descensos como un laberinto enloquecido. Traspasamos la puerta de Mohaguía y, junto al río Tajo, encontré una figura amiga que esperaba sonriente la comitiva nupcial.

—¡Ruth! —exclamé sorprendida. Me detuve y nos abrazamos.

Los ojillos aviesos de mi amiga me contemplaron.

—No pareces tú —espetó.

—Pero siempre seré yo.

Sonrió. Había captado el mensaje. Nada había cambiado; nuestra amistad seguiría en mi corazón y como para firmar ese pacto levanté el meñique. Inmediatamente ella enlazó el suyo al mío como tantas otras veces en las que los juramentos infantiles necesitaron un sello especial.

—Pediré a Yahvé por tu felicidad.

Rashid se acercó para tomarme la mano de nuevo y conducirme por la ribera del río.

Giré la cabeza y me despedí de la dulce Ruth.

Su melena negra y ensortijada fue sacudida por la brisa, y en su semblante algo pálido se dibujó una expresión de tristeza. En sus pequeños ojos pardos, siempre alegres y vivarachos, brilló un atisbo de preocupación.

De repente recordé una conversación en su casa mientras cenábamos una de nuestras tantas noches estivales. Su padre, orfebre de profesión y vocación, Isaac ibn Ibrahim, se jactaba de tener una hija con un talento especial.

—Es capaz de predecir con bastante acierto el porvenir. Es, más bien, como si percibiera el aura de la gente y supiera si tal o cual persona traerá desgracias o, por el contrario, bondades. Cuando algo me da mala espina, recurro a ella. Y, debo decirte, Leonora, que me ha librado de algún que otro litigio con los clientes. No dudes en recurrir a ella; sin duda, ha sido bendecida con ese don.

Por el desasosiego de su mirada, fue fácil para mí adivinar que eran sinsabores lo que me esperaba.

# Capítulo 3

## El dulce néctar de la pasión

La celebración estuvo plagada de danzas, buena comida, algarabía y risas.

Los miembros de la casa de mi esposo me miraban con recelo y más de una mujer con envidia.

A un gesto de Rashid, dos mujeres me levantaron de mi cómodo refugio entre almohadones y me llevaron por un largo y oscuro pasillo.

Traspasamos un doble arco de herradura. En uno de ellos habían cincelado las manos de Fátima para alejar la enfermedad y atraer la buena suerte y, en el otro, unos colibríes en alegre danza. Abrieron las pesadas puertas dobles de la alcoba principal y me adentraron en un sueño de opulencia y color. De las ventanas cubiertas por celosías pendía ondeante una tela vaporosa de color azafrán ribeteada en oro. En cada rincón de la estancia se hallaban encendidos faroles de metal dorado con formas geométricas calados con estrellas y lunas que plagaban de esas formas paredes y techos.

En un robusto aparador ardían, dentro de un recipiente de barro, hojas y ramas secas que elevaban volutas de fragante humo. No supe reconocer el aroma, pero era subyugador.

El en suelo, y sobre una gran alfombra persa con motivos florales, se disponían multitud de cojines de colores brillantes en torno a una mesa baja redonda y ricamente tallada. Sobre ella, una jarra de cristal verde con adornos dorados y dos copas pequeñas.

Finalmente, y al fondo de la sala, se hallaba la cama. Acotada por cuatro grandes postes sobre los que colgaba un gran velo azul, dominaba la estancia. Jamás había visto algo así. No solo invitaba a entrar en ella, sino que, además, estaba segura de que no sería sencillo salir. Alta y mullida, vestida de sedas y fino algodón turquesa con estampados en plata, bien parecía la entrada al paraíso.

Las mujeres me sentaron en una silla frente a una cómoda de madera oscura, sobre la que habían dispuesto toda clase de elementos para embellecer: afeites, jabones, cepillos, peines y complementos para recoger el cabello.



Me dejé hacer. Soltaron y cepillaron mi cabello, me desnudaron y me untaron el cuerpo con aceites perfumados de romero y tomillo. Colorearon con henna mis pezones, las palmas y los dedos de mis manos y pies, y me frotaron los dientes con una mezcla de nácar y cáscara de huevo molida. Finalmente, me cubrieron con una larga camisola de gasa blanca que translucía con cierta sutileza mi desnudez.

—Sin duda, es muy bella —comentó la mayor de las mujeres—. Parece una de las nuestras, nadie diría que es cristiana.

—Pues lo soy —repliqué airada. Odiaba que hablaran como si no estuviera presente. Ya había oído antes ese comentario y, por alguna razón, me desquiciaba.

—Tus rasgos son más árabes que otra cosa. Sin duda, algún antepasado tuyo tuvo algo más que palabras con los nuestros.

Ambas estallaron en carcajadas.

—No oses mancillar el nombre de mi familia. Ahora soy tu ama y me debes respeto.

La más joven, Nadwa se llamaba, cerró la boca y miró al suelo, pero la otra no se amilanó.

—El respeto se gana, señora. Y créame si le digo que le queda un largo camino por recorrer. La primera luna tras el matrimonio es de miel; las que le siguen, de amargura.

—Es mejor encender la luz que maldecir la oscuridad —contesté con otro proverbio.

No tuvo tiempo de responderme, pues en ese momento apareció Rashid y, cabizbajas, se apresuraron a salir.

Mi esposo me contempló con admiración, no pasó por alto la indignación de mi semblante y murmuró:

—Castiga a los que te envidian haciéndoles el bien.

Empezaba a estar harta de tanto proverbio.

Se acercó lentamente, como un gato. Su mirada de ébano me estremeció.

Nadie me había hablado de la intimidad entre un hombre y una mujer. Supuse que él estaría ducho en esa materia y mi única misión sería intentar serenarme y dejar que él hiciera cuanto quisiera. Pero ¿cómo tranquilizarme cuando sus ojos penetrantes

como la noche me erizaban la piel?

—No imaginas las veces que he soñado con este momento, los desvelos al imaginarte desnuda y entre mis brazos. Pero ni en el mejor de mis sueños te vi así. Me cortas el aliento.

Su mano acarició mi mejilla y deslizó el dedo índice por mis labios con extrema suavidad.

—Nada has de temer —susurró—. Te enseñaré todo lo que necesitas saber para satisfacer a tu esposo, descubrirás el gozo del amor, pero tendrás que olvidar los estúpidos tabúes que tu religión con su necedad te ha inculcado. ¿Estas dispuesta a aprender?

Aquella voz melodiosa me envolvió con una calidez inquietante.

—Sí, lo estoy.

Su rostro se cernió sobre mí. Su boca atrapó la mía. Un agradable cosquilleo me inundó cuando nuestras lenguas se enlazaron. Sentí sus manos acariciándome la espalda, descendiendo hasta mis nalgas. Un suspiro ahogado salió de mi garganta. El beso se volvió más exigente, sus manos más inquietas. Sentía cómo caía en un pozo oscuro, sin fondo; mi piel despertaba bajo sus caricias, que encendían una hoguera en mi interior. No sabía si era decoroso que me mostrara tan receptiva en nuestro primer encuentro, solo sabía que estaba disfrutando de cada sensación. ¿Qué importaba todo lo demás?

De repente, él se apartó. Lo miré intrigada, jadeando y con los ojos nublados por la pasión.

—Desnúdate.

Deslicé la tenue camisola por los hombros y esperé.

Sus ojos ardían mientras se deleitaban con mi cuerpo. Se posaron en mis pechos, en mi vientre plano, en mis piernas largas y bien torneadas y en la pronunciada curva de mis caderas para acabar su mirada en mi pubis.

Por algún motivo, no sentí ningún pudor ante tal escrutinio.

—Hoy creo que no podré enseñarte mucho —musitó con voz ronca—. Apenas puedo contenerme.

En un instante, se liberó de sus vestiduras y me arrastró al lecho.

—Que Alá me ayude, ninguna mujer me había encendido tanto.

Volvió a besarme, esta vez, con frenesí. Sus manos no dejaron un solo rincón sin conquistar. Su boca tomó uno de mis pezones arrancando de mi garganta jadeos asombrados. De pronto, sentí una humedad extraña en mi entrepierna, acompañada de un hormigueo. Percibí la incursión en mi interior de uno de sus dedos y, como por reflejo, junté las rodillas.

—Ábrete al placer, mi amor, déjame llevarte al paraíso.

Nos miramos a los ojos. Acaricié su nuca y por impulso lo besé.

Fue mi total rendición.

Sus dedos acabaron con mi cordura. Fue como si todo mi cuerpo ardiera. Mis gemidos inundaron la estancia. Súbitamente, un estremecimiento arqueó mi cuerpo, algo vibró y estalló en un placer inmenso. Abrí los ojos sorprendida.

Su rostro, a escasos centímetros del mío, me observaba satisfecho. Sonrió y nuevamente me besó. Se colocó sobre mí y me penetró con toda la lentitud que pudo. Su expresión fue contenida, concentrada. Noté su dureza acompañada de un pinchazo agudo.

—Me duele —confesé algo asustada.

—Es solo al principio; cuando te acostumbres, volverás a gozar. —Su voz tirante y algo temblorosa confirmó el fuerte control que ejercía sobre sí mismo. La contención iba cediendo al ritmo de sus empujones.

Cerró los ojos y me besó.

Con cada sacudida, mi cuerpo despertaba de nuevo al placer. Mis manos se aferraron a su espalda, y mis caderas bailaron con las de él. Sus jadeos se mezclaron con los míos hasta que un grito ahogado escapó de su boca derramando en mi interior su semilla.

Se desplomó sobre mí.

Su respiración fuerte se fue calmando bajo mis caricias. Enredé mis manos en su cabello y sonreí feliz. ¿Cómo algo tan hermoso podía considerarse pecado?

Me miró asombrado y sonrió; solo entonces caí en la cuenta de que el pensamiento había salido de mi boca.

—Solo en tu religión, amor mío.

Lo miré. Era un hombre guapo: su piel canela, sus profundos ojos negros y su blanca sonrisa, imaginé, habrían derretido más de un corazón. Pero yo era la elegida. Me vanaglorié de ello.

—¿De veras me amas o es solo una expresión cariñosa?

Me observó largamente antes de contestar.

—Supe que serías mía nada más verte. Y sí, te amo; de otra forma, no estarías aquí.

—¿Cómo puedes amar a alguien que no conoces?

—Digamos que caí dentro de esos ojos tuyos. Por eso elegí tu nombre. Son como dos astros de oro que hechizan a quien los mira demasiado tiempo. Nunca en mi vida contemplé nada más hermoso. Es como mirar un amanecer. Podría morir mirándote. Tus labios, tu rostro, todo tu cuerpo me enloquece. Y sí, te conozco. Sé todo de ti.

Era mi físico el que lo había cautivado, yo querría algo más en el futuro.

—No sabes nada de mi alma, de mis pensamientos ni de mis defectos. No se puede amar sin conocer todo eso.

—Sí se puede. —Retiró un mechón de mi frente—. Cuando alguien te mira y sientes un cosquilleo en el estómago, cuando esa persona no está a tu lado y sientes una piedra en el pecho, cuando cierras los ojos y solo puedes ver su rostro y no se puede pensar en nada más, ¿qué crees que es?

—No lo sé, todavía no lo he sentido.

Temí que mi confesión le molestara, y así fue, como demostró su semblante. Sin embargo, me sonrió.

—Eres franca y directa, Shahlaa, eso me gusta de ti. Prometo hacerte sentir todas esas cosas. Solo necesito tiempo y eso creo que nos sobra.

En ese instante, sentí que ya lo quería un poquito. Delicado, tierno, comprensivo y honesto. Nadie habría deseado un esposo mejor.

Los días pasaban largos y tediosos y solo en las noches, cuando regresaba de sus constantes reuniones mercantiles, era cuando realmente vivíamos con dicha nuestra unión.

Me convertí en una alumna aventajada en las artes amatorias. Disfrutábamos de la pasión hasta caer desfallecidos. Yo siempre quería saber más, y él, atento, accedía de buena gana.

Mi amante gozaba con mi iniciativa y predisposición a toda clase de posturas y juegos sensuales. Incluso ordenó a una bailarina de su casa que me instruyera en la danza oriental de Bagdad.

La noche que, por fin aprendida la lección, bailé para él fue inolvidable para ambos. Hicimos el amor con tal pasión que pensamos que toda la casa nos había escuchado.

—Serías la favorita de cualquier emir del mundo.

—Solo quiero ser tuya, Rashid.

Bajó los ojos y me tomó la mano. Cuando alzó de nuevo la vista, brillaba en ella un dejo de tristeza.

—¿Cuándo lo dirás?

Supe instintivamente a lo que se refería.

—No lo sé. Eres maravilloso y cuando estoy a tu lado me siento feliz; quizá todavía sea pronto.

—Sí, tal vez.

Deseé poder decirle que lo amaba y no entendía por qué no sentía lo mismo que él. Estaba segura de tener el mejor esposo. Lo tenía todo y, sin embargo, mi corazón no vibraba de ningún modo especial.

Observé cómo se vestía; la preocupación enturbiaba su semblante.

Se volvió hacia la ventana y permaneció de espaldas aspirando el fragante aroma de las rosas del patio; una suave brisa se filtró por la celosía.

Movida por un impulso, me acerqué a él y me abracé a su espalda.

—No sabes cómo necesito que me ames, Shahlaa.

Su súplica me rompió el corazón. Y se volvió hacia mí. Su mirada húmeda me conmovió.

—Perdóname.

Alcé el rostro, lo besé con ternura y murmuré:

—La paciencia es un árbol de raíz muy amarga, pero de frutos muy dulces.

—Carezco de ella —adujo todavía sombrío—. Y ya que te gustan las citas árabes, te diré: “La verdad que daña es mejor que la mentira que alegra”, sin embargo, el daño no se borra con un beso.

—Tal vez con dos.

Volví a besarlo, esta vez, con más firmeza. Me ceñí a él para acariciarle el cabello, la nuca, los hombros, el pecho. Me aparté apenas para volver a mirarlo y nuevamente atrapé sus labios. Él respondió con ferocidad y me tomó en brazos.

—Sabes cómo enloquecer a un hombre. Temo haberte enseñado demasiado. Dominas mi voluntad a tu antojo.

Sonreí y lo miré insinuante.

—Solo quiero aliviar tu pena, ¿hay algo malo en eso?

—No, mi bella y ardiente esposa. Pero todos dicen que estoy más flaco. Acabarás consumiéndome.

—Tú me enseñaste estas mieles, carga ahora con la culpa.

Su mirada zaina me sobrecogió.

—El amor está oculto como el fuego en la piedra —musitó—. He de rascar en tu superficie para que salga. Eso pretendes, ¿no?

Solté una carcajada que él apagó con su boca.

La conversación cesó. Era el turno de los sentidos.

Pasaron los meses.

Mi madre me visitaba asiduamente y conversábamos durante horas; como me veía feliz, se marchaba orgullosa y complacida.

Apenas salía. Deambulaba por el patio interior del palacete entre naranjos e higueras. Me sentaba en un banco de piedra frente a la fuente y disfrutaba de la lectura. La frescura del lugar y el ronroneo del agua que discurría entre los pequeños canales que bifurcaban el suelo eran tan relajantes, que en más de una ocasión me habían descubierto dormida. Sin embargo, la flemática placidez de mi existencia llegó a su fin el día que entró en mis dominios aquella mujer.

Fui llamada por Latifa, la sierva que se había encarado conmigo en mi primera noche, y ella me condujo al gran salón.

—Siéntate, Shahlaa.

Rashid, cómodamente acomodado junto a su padre y uno de sus muchos tíos, me indicó dónde hacerlo. Parecía algo nervioso y miraba inquieto a su alrededor.

—Bien, hijo, ya que has tomado la decisión, ahora debes informar a tu primera esposa.

¿Primera esposa? Mis ojos se clavaron en él. ¿Qué estaba pasando?

—Bueno, yo... —Se aclaró la garganta y continuó—: acabo de tomar una segunda esposa.

Fue como un puñetazo en la boca del estómago. No podía creerlo. Mi estupefacción fue tal que apenas pude articular palabra.

Rashid contemplaba atentamente mi reacción. Atónita, descubrí un amago de sonrisa complacida en su rostro.

—Creí que me amabas —logré articular.

—Y te amo —respondió.

Me ahogaba. ¿Compartirlo con otra mujer? Sabía que era algo habitual entre los musulmanes ricos. Pero ¿tan pronto? No, yo no sería capaz, no en el momento en el que empezaba a amarlo. La sola idea me repugnaba. Me levanté algo mareada, clavé una mirada acusatoria en mi esposo y me volví. Negué con la cabeza.

—¿No es posible amar a dos mujeres a la vez! El amor es uno, ¿me oyes?

Las lágrimas se agolparon en mis ojos.

—A ella no la amo. Solo te amo a ti. Pero mi casa necesita un varón que, de momento, tú no me das. Ellos creen que tal vez tú...

Dejó la frase en el aire, aunque la entendí a la perfección.

—Si en este momento estuviera gestando, ¿te desharías de ella?

Fue su padre el que habló.

—El matrimonio ya es un hecho, muchacha. Además es un muy buen acuerdo comercial el que hemos ganado. Nuestra fortuna ha recibido un incremento importante del que tú también te beneficiarás; tendrás más joyas y oro de lo que habrías soñado nunca. No lamentes tu suerte, Rashid podría repudiarte y no lo ha hecho. No entiendo por qué desea a una mujer seca a su lado.

—¿No estoy seca!

Salí entre un mar de lágrimas y corrí hacia mi habitación. Necesitaba aire y me decidí por el patio.

La luna ya asomaba su silueta en el ocaso del atardecer frío. Algunos hilos nubosos surcaban el firmamento sin decidir su rumbo. Inhalé profundas bocanadas de aire e intenté serenarme. Me senté en un banco y apoyé los codos sobre las rodillas; la cabeza, abotargada por la noticia, descansaba en mis manos.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Solo sé que mi corazón sangraba y que no encontraba la forma de aliviarlo. Escuché pisadas sobre las losas del patio y levanté la mirada.

Rashid me sonreía abiertamente.

—¿Me amas! —exclamó.

Deseé lanzarle algo, pero nada a mi alrededor cumplía mis expectativas.

—Te amaba —rectifiqué.



—Me amas —repitió—. Mi tío tenía razón. No hay nada como un poco de celos para avivar un corazón en letargo.

Lo miré con fijeza.

—Por eso la has tomado, ¿no? Deseabas darme un pequeño empujón.

—Me obligaron —se disculpó—. Desean un varón, yo también, claro, pero quiero que seas tú quien me lo dé. Ella solo es riqueza y posición, nada más.

Me froté la frente. El maldito dolor seguía en mi pecho. Él parecía tan satisfecho que deseé que sintiera lo mismo que yo.

—Quiero que me repudies. —Me levanté y lo encaré.

Sus ojos se abrieron desmesurados. La sola idea lo desencajó.

—¡Jamás!

—No pienso competir con ella, no pienso compartirte. Tú no lo harías, ¿verdad?

—No —confirmó—, pero así es mi mundo.

Apreté los dientes, tenía ganas de gritar.

—Pues quédate en él. Yo me voy.

Me levanté dispuesta a marcharme, pero al pasar a su lado me detuvo.

—No irás a ningún lado. Eres mía.

Se aferró a mi cintura y me besó con pasión. Al principio me negué, intenté zafarme, pero fue inútil. No iba a ceder ni un ápice, así que volqué mi furia en el beso. Parecía una pelea, cada uno buscando la rendición del otro.

Al fin me soltó. Ambos respirábamos entrecortadamente.

—Tantos deseos de que te amara y ahora que lo hago me rompes el corazón.

Se me quebró la voz. Un llanto amargo brotó de nuevo.

Me abrazó para ofrecerme consuelo.

—Solo te amaré a ti. Ninguna mujer tendrá jamás poder sobre mí, ninguna. —Me alzó el rostro y me besó las lágrimas—. ¿Cómo puede una diosa compararse a una humana? ¿Acaso el sol pide permiso cuando sale? Tú, mi dulce Shahlaa, eres mi sol; no hay sombra que te oculte a mis ojos.

—Pero yacerás con ella.

—Es mi obligación, el compromiso debe sellarse. Pero, tras esa noche, no habrá otra, te lo juro por el profeta.

Me separé de él.

—Ella está aquí, ¿verdad?

Él asintió, su mirada profunda indagó en la mía buscando tal vez perdón o tal vez permiso. No pensaba dárselo.

—Un hombre no debe golpear a una mujer ni siquiera con una flor. Y tú lo has hecho clavándome las espinas. No me busques hasta que la herida sane.

Me alejé corriendo. Esta vez no me detuvo.

\* \* \*

No sé cuánto tiempo estuve llorando ni cuándo me quedé dormida; solo sé que desperté con un nudo en la garganta y con ese ya familiar dolor que anidaba en mi interior. Salí de la cama y me miré en el espejo. Ahí estaba, en lo más profundo de mis ojos, la tristeza, la desilusión, la amargura. ¿Cómo haría para borrar todo aquello?

Me cepillé el cabello y lo dispuse hacia atrás con varios giros y algunas horquillas. Me puse el vestido azafrán, el que más gustaba a Rashid, y salí del cuarto.

Una idea bullía en mi cabeza.

Escuché el trajín de cacerolas y platos. Preparaban el desayuno. Me dirigí al comedor y entré. Allí estaba ella.

Rashid me contempló admirado. Sabía que me encontraba hermosa y, al ver a su nueva esposa, me sentí más radiante.

Era alta, casi tanto como yo, algo más robusta; sin embargo, su rostro era vulgar, aunque habría llegado a ser bonita si sus pequeños ojos no hubieran estado tan juntos. No era agraciada, pero poseía una inteligencia vivaz que brillaba en su mirada. Sentí cómo mi presencia agujijoneaba a aquella mujer que me miraba absorta.

—Te estábamos esperando —comentó Rashid.

En su mirada percibí alivio por mi presencia. Pensó que no acudiría. Seguramente imaginaba que ya habría olvidado mi rabieta y que aceptaba la nueva situación. No podía estar más equivocado.

—Estoy muerta de hambre. —Miré a su otra esposa y añadí—: ¿n o vas a presentarnos?

Él se levantó y se plantó frente a nosotras.

—Shahlaa, ella es Amina. Espero que haya paz por el bien de todos.

Esa advertencia era para mí. Bien, pensé, quería paz, pues la tendría.

—Yo pondré de mi parte lo necesario para que así sea. Sé bienvenida y no dudes en acudir a mí para lo que quieras.

Rashid me estudió asombrado. Apenas podía creer mi cambio.

—¡Que Alá te bendiga por tus buenos deseos y que estos se vuelvan para ti también! —exclamó Amina.

No me equivocaba. Era astuta como un zorro hambriento. Tal vez yo había engañado a Rashid, pero no a ella. Debía andar con cuidado.

Durante la comida, mi esposo no apartó los ojos de mí. Amina habló de su familia, intentando en vano aliviar la tensión que flotaba entre los tres, aunque el desagrado por la excesiva atención que él me procuraba iba haciendo mella en su locuacidad.

Yo ignoraba a ambos, comía absorta en mis pensamientos, deseosa por escapar del allí.

Aproveché la aparición de Taliq para internarme en mi cuarto. Me estaba despojando del velo y de las horquillas en el momento en el que Rashid entró en la alcoba. Me miró con deseo y se me acercó.

—Durante el almuerzo, he estado a punto varias veces de arrastrarte hacia aquí.

No lo miré; continué cepillándome el cabello. Vi por el espejo su expresión. Tuve que controlarme para no echarme a sus brazos.

—¡Tu belleza me estremece, pero es tu ingenio el que me atrapa, tu sensualidad la que me desespera y tu mirada la que me condena al infierno de los impíos! Ni rezar puedo sin que me asalten pensamientos impuros.

Me tomó el cabello entre las manos y aspiró su perfume. Cayó de rodillas tras de mí y me abrazó.

—Ahora puedes compartir tu fogosidad con otra. Ve y déjame, quiero dormir un rato.

Me contempló como si fuera la mujer más cruel del mundo.

—No me hagas esto —suplicó—. Te necesito.

—¿De veras? ¿Acaso no gozaste anoche?

—No, no gocé. —Su mirada angustiada me sobrecogió—. ¡Que Alá ciegue mis ojos y cosa mi boca si miento! Anoche deseé no haberte conocido nunca.

Tragué saliva ante su vehemencia. Parecía sufrir.

—No podía tocarla, era incapaz de besarla y, sin embargo, debía hacerlo. Me obligaba a cerrar los ojos e imaginar que eras tú, pero mis manos sabias no dejaron que las engañara. Tuve que beber y beber para soportarlo. En contra de mi religión, dejé que el alcohol confundiera mis sentidos, borrara el dolor y tomé a una mujer que no deseaba, que no amaba. Ella me vio sufrir, debatirme entre las ganas de marcharme y la obligación de cumplir con mi deber. Y nada dijo, nada me recriminó. Consumamos, y me marché del cuarto. —Hizo una pausa, sus ojos llorosos me miraron con rencor—. Me encaminé hacia el tuyo; la luna seguía alta, y te imaginé durmiendo. Me moría por estar a tu lado; recorrí el pasillo unas diez veces. Finalmente, me decidí por el cuarto que hay en el tejadillo. Sabía que no me aceptarías en tu lecho.

Aunque el relato había ablandado mi corazón, aunque luchaba por que las lágrimas no arrasaran mis ojos, le espeté:

—¿Qué te hace pensar que te aceptaré hoy?

—Hoy no importa que no me aceptes. Hoy —repitió con furor— serás mía quieras o no.

Se levantó, me arrancó del taburete y me lanzó contra la cama. Pensé en rechazarlo, pero su determinación era tal, que sabía que de nada valdría. Yo también lo deseaba, tanto que me dolía.

Hicimos el amor como poseídos. Mezclados todos los sentimientos posibles. Amor, odio, rabia, rencor, desesperación, ansia y dulzura.

Él me devoraba con cada beso, con cada caricia, como si hubiera pasado años sin verme. Y yo le devolví su entrega con la misma intensidad. Cuando terminamos, lloramos abrazados.

—¡Dímelo!

Mi ojos se clavaron en los suyos para dejar que contemplara la magnitud de aquel sentimiento.

—Te amo —susurré—. El verdadero amor es como los espíritus, todos hablan de ellos, pero pocos los han visto. Yo los veo con tanta fuerza que me dan miedo.

Me estrechó entre sus brazos, lleno de dicha.

—Nuestro amor es tan fuerte que a mí también me asusta. De solo pensar que te puedes alejar de mí, me siento desfallecer. No me dejes nunca, amor mío.

—Nunca —prometí embriagada por ese sentimiento.

Pensé en cómo serían las cosas con una extraña entre nosotros, ¿resistiríamos ese envite? Recé para que así fuera.

\* \* \*

Solo faltaba una cosa para que nuestra felicidad fuera completa. Un vástago. Pero no llegaba. Mi madre decía que no debía preocuparme, que algunas mujeres tardaban incluso más de un año en quedar encintas. Que, cuanto más nerviosa me hallara, menos posibilidad tendría de fecundar. Me recordó que quizá y solo quizá el problema

no radicara en mí. Sin embargo, y aunque yo intentaba relajarme, temía que Amina me ganara en aquella carrera, aunque partía con desventaja, pues Rashid solo estaba con ella una noche a la semana.

Aquello trajo otra pelea entre nosotros. Él me había prometido no volver con ella tras su primera noche, pero la astuta mujer acudió al contrato matrimonial en el que constaba que, como mínimo, debía yacer con ella una vez a la semana.

Rashid me juró que no conocía esa cláusula, que, cuando firmó, no había reparado en ella. Así que tuvo que transigir. Y, aunque cumplía a rajatabla el contrato, me juraba que se limitaba a dormir arguyendo alguna excusa.

Yo prefería creerle, aunque todos los martes permanecía en vela presa de inquietudes y desasosiegos.

Aquella noche había una fiesta. Las mujeres disponían comida y preparaban el gran salón para la celebración.

Unos ricos mercaderes provenientes de Oriente venían a zanjar un jugoso negocio. Mi tío Rodrigo acudiría con ellos para cerrar el trato y ayudar a Rashid a incluirlos en su lista de clientes.

Decidí ayudar en la cocina. Latifa me miró ceñuda.

—Lo único que harás aquí es estorbar, ya somos demasiadas.

—Por favor —insistí—; seguro que hay algo que pueda hacer.

Latifa se quedó pensativa un instante.

—Bueno, puedes ir al jardín, cortar algunas rosas y buscar un jarrón bonito en el que ponerlas —rezongó.

Asentí y le dediqué una ancha sonrisa.

—Sí, mi ama.

Ella bufó y giró, pero supe que estaba sonriendo. Me había costado un poco, pero me la había ganado bromas y bravuconadas; le había arrancado más de una carcajada y, aunque nunca igualaría el cariño de mi buena Flora, yo también había aprendido a quererla.

Ya en el jardín, elegí las flores más hermosas. Era primavera y los colores que adornaban el patio alegraban los sentidos. El perfume del azahar y del jazmín inundaba toda la casa. Había adquirido en el zoco unos cuantos recipientes con plantas

aromáticas y los dispuse en cada esquina, además de unos farolillos que encendíamos las noches que disertábamos felices junto a la fuente. A Rashid le encantaba tumbarse en mi regazo mientras yo le leía un libro de poemas al tiempo que enredaba mi mano en su cabello.

—¿Qué haces cortando flores?

Amina apareció junto a mí. Últimamente había intentado un acercamiento conmigo, pero yo siempre procuraba evitarla. No era solo por ser mi rival; había algo en ella que no terminaba de gustarme. Era aquella mirada suya siempre tan atenta, que observaba en silencio sin perder detalle. Era la forma de controlar todas sus emociones, nunca demostraba nada, jamás estaba fuera de lugar, sus palabras siempre eran las correctas, como si lo tuviera todo estudiado de antemano. Su frialdad me erizaba la piel, su cortesía me imprimía desconfianza. Se asemejaba a un halcón quieto, expectante, esperando un paso en falso de la presa para abalanzarse sobre ella.

—Latifa me pidió que adornara el salón —contesté.

—Esas son funciones de las sirvientas, no deberías perder tu posición.

Tomó una de las rosas de mi cesto y se la acercó a la nariz.

—No creo que pierda mi posición por ayudar a los demás.

Clavó en mí sus ojos castaños.

—Se empieza adornando un salón y se acaba limpiando el suelo. Escucha mi consejo: solo te respetarán si te respetas.

Decidí no seguir la conversación y continué con mi tarea. Ella me sonrió y de pronto acarició mi cabello. Giré sorprendida.

—Tienes un pelo tan bonito —musitó—. Seguro que a Rashid también le gusta hundir su rostro en él. ¡Oh, tenemos tanta suerte de tenerlo!

Parpadeé asombrada, instintivamente retrocedí.

—Deberíamos ser como hermanas —continuó—, compartir todos nuestros pensamientos y experiencias. Ambas podríamos ayudarnos. Para que veas que obro de buena fe, te diré que te envidio. —Hizo una pausa para sonreírme—. Sé perfectamente cuánto te ama Rashid, te adora. Yo solo puedo aspirar a tener un poquito de su cariño y con eso me conformo.

Recé para que se callara, pero mis oraciones no fueron escuchadas.

—Sí, me conformo, ¿qué otra cosa me queda? Doy gracias a Alá por tenerlo, no hay en el mundo hombre más atento y cariñoso que él. Me encantan sus besos cada mañana, sus dulces palabras y su fogosidad en el lecho. —Soltó una risita avergonzada y añadió—: no sabía que se pudieran hacer tantas cosas, tantas... posturas. ¿No es fantástico cuando te agarra el pelo, echa tu cabeza hacia atrás y te besa el cuello? Es como si te devorara un perro salvaje. Y, cuando se pone detrás de ti y agarra tus senos mientras te posee a la vez que te gira la cabeza para besarte, por Mahoma que...

—¡Basta! —le grité.

Me martilleaba la cabeza, sentí un aguijón en el pecho que me taladraba sin piedad. No podía creerlo. Me había mentido. A ella la trataba igual que a mí.

—¿Te ocurre algo? Se te ha demudado el semblante. ¿Quieres un vaso de agua?

La miré. Estaba disfrutando. El halcón por fin había atrapado al ratón. Lo había estado esperando y, sin embargo, nada pude hacer.

El dolor crecía, la traición me encontró desprevenida. ¿Cómo podía decir que me amaba por sobre todas las cosas y mostrarse igual de apasionado con otra mujer? Solo imaginar que nuestros momentos más ardientes, momentos que creía que solo yo podía provocar, eran recreados con ella me asqueaba. ¡Qué estúpida había sido!

—Yo empiezo a estar algo cansada, así que posiblemente te lo regale toda la semana.

Tú ganas, pensé destrozada, todo para ti. Me volví justo a tiempo de evitar que aquella arpía viera mis lágrimas y corrí a mi cuarto.

\* \* \*

La tarde pereció lánguida y las estrellas asomaron tímidas en un cielo todavía añil.

Cansada de llorar, pensaba si enfrentarlo o escapar de aquella gran mentira. No podía engañarme más: él no me amaba, al menos no tanto como decía; y yo me veía incapaz de convivir con esa víbora. No deseaba estar allí, pero él no me dejaría



escapar, de eso estaba segura. Así, pues, solo quedaba una opción para irme de allí: lograr que me repudiara.

Se me ocurrieron varias ideas con motivo de la fiesta, así que me levanté y escogí el vestido más atrevido de todos. Uno que solo usaba en mi intimidad con él. Era de ricas sedas y brocados de un azul tan intenso como el mar. El corpiño se ajustaba a mis formas y dejaba un escote generoso a la vista. La falda liviana, aunque larga, solo estaba compuesta por gasas sujetas a un ancho fajín repleto de pedrería que dejaba entrever mis piernas. Mi vientre estaba al descubierto y, para finalizar el conjunto, maquillé mis ojos con *kohl* para resaltar su color dorado. Luego cepillé mi largo cabello negro que casi me llegaba a la cintura y lo dejé suelto; sobre él coloqué un velo azul que me cubría la espalda hasta casi los tobillos. Por fin me miré al espejo. Parecía una concubina de la corte de Abderramán. Con ese atuendo había bailado para Rashid en ese mismo cuarto; ¿por qué no hacerlo delante de todos? No tendría más remedio que repudiar me por esa ofensa. Su familia lo obligaría.

Decidida, salí de la habitación. Con cada paso que daba, el dolor que me oprimía el pecho se acrecentaba. Lo que iba a hacer me separaría irremediabilmente de él, y yo lo amaba. ¿Pero no era mejor una muerte rápida que una agonía lenta? De un modo u otro, el desenlace sería el mismo.

Aspiré profundamente y entré en el salón. No esperaba encontrar tanta gente. Miré en derredor y no encontré a mi tío; con él allí no me habría atrevido y, aun así, sentí el impulso de regresar a mi cuarto. Pero, cuando localice a Rashid, un fuego súbito me recorrió las venas y apagó la última chispa de lucidez. Amina estaba sentada junto a él, le susurraba algo en el oído y él reía por la ocurrencia. Ella le había posado una de sus manos en un hombro y con la punta de los dedos le acariciaba la nuca.

Eras mío, Rashid, mío, pensé desolada, y dejaste que nos separaran. Reprimí el llanto y me volví, todavía nadie me había visto.

En ese momento, la banda de músicos recién llegados de Córdoba entonaron los instrumentos y comenzaron a tocar. Las notas del laúd de cinco cuerdas, descubrimiento del gran Ziryab, inundaron la sala. Conocía la melodía y, como llevada por la música, me expuse ante todos y comencé mi danza. A excepción de los acordes musicales, un silencio sepulcral se extendió por toda la estancia. Sentí fijos en mí todos los ojos. Mis caderas se contoneaban sensuales al ritmo impuesto, los brazos me ondeaban en gráciles movimientos y mis piernas giraban sin cesar. No en vano había sido entrenada por una experta. Arqueé la espalda lentamente hasta que el cabello me rozó el suelo, moví las caderas en cada compás con movimientos secos y repetitivos, y mis ojos, seductores, miraron con descaro a los hombres.

No me atreví a mirarlo a él. Pero, cuando acabó la danza y lo hice, sentí que el mundo se abría bajo mis pies. Su rostro, demudado, era un torbellino de emociones cambiantes. Incredulidad, confusión, desesperación, vergüenza, impotencia y, sobre

todo, dolor.

Un rumor creció, y yo igual de altiva me senté en una esquina de la mesa. Entre almohadones me recosté aparentando normalidad.

Rashid parecía paralizado; congelado por mi extraño comportamiento, imaginé que se debatía entre sacarme a empellones o ignorarme. Por no causar aun mas revuelo, seguramente optó por la última opción.

Intenté comer algo, pero la garganta se me había cerrado. Sus ojos llenos de ira y dolor me miraban inquisitivos. Amina, en cambio, sonreía: todo salía tal y como lo había planeado, incluso mejor.

Me sentí como una tonta. Lo odiaba, todo había sido culpa suya.

Un hombre se sentó a mi lado. Era joven y parecía extranjero.

—Su belleza me ha deslumbrado, joven dama. Querría conocer el nombre de joya tan magnífica.

Deseé dejarlo con la palabra en la boca, pero, al ver la expresión celosa de Rashid, decidí asegurarme el futuro.

—Ahora creo que vuelvo a ser Leonora.

El caballero tomó mi mano y la besó. Sus ojos de un azul oscuro me hicieron promesas indecentes.

—Soy hombre viajado, bella Leonora, y créame si le digo que flor tan hermosa no se encuentra con facilidad. Cuando la contemplé mientras bailaba, me secó la garganta.

Pestañeeé coqueta, y él complacido se acercó más a mí.

—Daría cuanto poseo por tenerla conmigo —me susurró en el oído al tiempo que me acariciaba la mejilla con la mano y la deslizaba por el cuello hasta posarla en mi clavícula. Allí retiró un mechón de pelo y, muy lentamente, acercó su boca a la mía.

Espantada, atiné a retirarme cuando, por el rabillo del ojo, vi a Rashid acercarse como un demonio. Había estallado en cólera y se abalanzó sobre aquel hombre. No tuvo tiempo de esquivarlo; recibió el impacto del puño de mi esposo en la mandíbula. Pero no se conformó con eso y siguió golpeándolo hasta que lograron separarlo.

Horrorizada por las dimensiones de mi conducta, me levanté y retrocedí asustada.

—Es mía, ¿me oyes, maldito? —vociferó perdido ya todo el control—. Solo mía y, como oses volver a poner tus ojos sobre ella, juro por la palabra del profeta que te mataré. ¡Sal de mi casa y jamás pongas los pies en ella si en algo estimas tu vida!

Una voz se alzó entre las demás. Era el imán.

—No es el único que debe abandonar esta casa, hijo. La afrenta a la que te ha sometido tu esposa es tan grave que no hay compensación posible.

Rashid entonces se volvió hacia mí. La furia se le transformó en un dolor tan grande que me sentí morir.

—¿Por qué? —me gritó.

Bajé la mirada, los sollozos me sacudieron.

—¡Llévensela! —intervino el imán—. No es digna de estar entre nosotros.

Mi esposo me tomó del brazo toscamente y me entregó a Latifa.

—Enciérrala en su habitación —ordenó con brusquedad—. He de disculparme con los invitados. —No me miró; solo giró y desapareció entre la gente.

Lo había hecho. Ya no había vuelta atrás. Fue la noche más larga de mi vida. Me arrepentí de todo, pero ya era tarde para lamentaciones. Mi vida descansaba en ruinas a mis pies. Amaba a un hombre que ahora me odiaba y, después del espectáculo, mi historia circularía por toda la ciudad como el fuego recorre una rama seca. ¿Qué sería de mí? Repudiada y sola. No pensé que la vergüenza también afectaría a mi familia. Sentía los ojos secos y el alma vacía.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Latifa entró en mis aposentos con el desayuno. Su mirada apesadumbrada me encogió el corazón.

—¿Dónde está Rashid?

—Está reunido con los suyos —contestó circunspecta. Su mirada acusatoria me paralizó—. Lo que ha hecho no tiene nombre.

—Todo tiene un porqué —fue cuanto pude decir.

Latifa me miró indignada.

—Yo solo veo a un hombre enamorado hasta la locura que en estos momentos pelea como un león por evitar tu expulsión. Ya ha ingeniado varios argumentos para disculparte, ha suplicado y hasta ha llorado impotente a sabiendas de que los hombres mayores de su familia no aceptarán tu perdón ni nada que venga de ti. Jamás he visto a nadie más hundido, más destrozado que tu esposo. Lleva en pie toda la noche intentando llegar a un acuerdo para evitar el desastre, pero me temo que Alá no está de su parte.

—Dile que deje de pelear, si he hecho esto, es porque quiero irme de aquí. Le queda Amina, y seguro que no tardará en buscar otra esposa más; no entiendo por qué se aferra a mí.

Latifa se me acercó; su semblante se contrajo.

—¿No entiendes por qué? No imaginé que fueras tan necia. En todos mis años nunca vi un amor tan fuerte como el que ese muchacho te profesa. —Su voz se apagó. Me miró con tristeza—. Yo lo he criado y sé que, si te vas, perderá la cordura. ¿Sabes que te observaba cuando eras una niña y jugabas en el río con esa amiga tuya hebrea? ¿Sabías que, cuando le toca estar con Amina, espera a que se duerma y sale del cuarto para pasar la noche a los pies de tu puerta? ¡Por Mahoma! ¿Acaso no ves en sus ojos todo el amor que te tiene?

Me sentí desfallecer. Rompí en llanto. Latifa me abrazó con fuerza y me acarició la espalda.

—¿Cómo has cometido tal desatino?

Le conté entre lágrimas mi conversación con Amina.

—¡Esa serpiente! —exclamó furiosa—. Nunca me gustó.

—Tampoco te gusté yo —le recordé.

—Tú sí me gustaste, por eso te puse a prueba.

Me sonrió al tiempo que me acarició el pelo.

—Amina es más lista de lo que parece. Te agujoneó en el momento justo, y tú, estúpida, caíste en la trampa. ¿No pensaste que todo era mentira?

—Pero... —Me avergonzaba explicar mis intimidades, no obstante, tenía que desentrañar lo que estaba sucediendo—. Es que todo lo que me contó es lo que me hace a mí, y la única manera de saberlo con tanto detalle es haberlo probado.

Latifa suspiró.

—Si me lo hubieras contado antes, todo esto no habría ocurrido. Yo sé por qué sabe tantas cosas de tu intimidad.

Alcé el rostro, impávida.

—Te ha estado espiando.

La sola idea me paralizó. No podía creerlo.

—La descubrí un par de veces junto a tu puerta y, en una ocasión, encontré uno de sus aretes tras las cortinas justo en la esquina en la que está ese mueble alto. Es fácil deducir que, en alguna ocasión, incluso se agazapaba en el rincón y observaba.

Un escalofrío me recorrió: sentí asco y terror. Debía de estar desquiciada.

—Pero ¿por qué?

—Has de saber todo de tu enemigo si quieres derrotarlo. Ella era la relegada en esta historia, probablemente vivía a través de ti. O quizá querría saber cómo atraer a Rashid. De cualquier modo, le ha funcionado. Es metódica y constante; y tú, impulsiva y espontánea. No has sido una presa difícil, a decir verdad. En este momento, se estará regocijando solo de imaginar que todas esas posturas sexuales que te veía hacer pronto las protagonizará ella.

Sentí deseos de matarla. Pero antes debía buscar una solución con respecto a mi esposo.

—Debemos contárselo todo a Rashid: de ese modo, los mayores verán que fue un ofuscamiento provocado por ella y...

—Muchacha, el daño ya está hecho. Tu única oportunidad está en la tenacidad de tu marido. Solo te queda esperar tu destino.

Maldije a Amina para mis adentros. De un modo u otro cobraría venganza.

Latifa se marchó y a mi dolor se unió el cargo de conciencia por el sufrimiento de mi esposo. Fui una estúpida. ¿Cómo pude permitir que las palabras de Amina borraran de un plumazo las constantes pruebas de amor?

Merecía mi castigo. Pero no sabía cuánto iba a pagar.

\* \* \*

Cuando la puerta se abrió, era ya de noche. Rashid entró despacio. Estaba ojeroso y pálido. Su mirada sombría se cernió sobre mí. Supe que lo que tenía no eran buenas noticias. Deseé correr hacia él y abrazarlo, colmarlo de besos y suplicarle perdón, sin embargo, permanecí inmóvil. El miedo me atenazaba.

—Deberás recoger tus cosas y marcharte con tu madre.

Su voz rota, desgastada, mostró todo el pesar que lo embargaba.

—Perdóname —supliqué compungida—. Sé que merezco esto. Yo misma lo busqué. Lo que no puedo soportar es toda la agonía que te he causado.

Permaneció en silencio, la expresión tirante, los hombros tensos.

—Yo creí que no me amabas, que me engañabas y...

Levantó una mano, y me detuve.

—Latifa me lo ha contado —replicó con frialdad.

Sus ojos empañados como un velo funerario se clavaron en mí.

—Si hubieras creído en mi amor, habrías al menos sospechado algo. Aunque sus comentarios te hicieran dudar por lo exactos, debiste acudir a mí. Debiste enfrentarme antes de faltar el respeto a mi apellido. Has destrozado mi honorabilidad al danzar como una concubina y coquetear descaradamente con otro hombre en mi presencia y ante los míos. Todo es imperdonable, además de inevitable. Tu impulsividad nos ha destrozado a ambos, tu falta de fe en mí.

Aunque su voz todavía era firme, sus ojos no pudieron controlar las lágrimas que ya le recorrían las mejillas.

—Cuando te vi por primera vez, estabas en el zoco con tu madre; te acompañaba un negro gigante, tendrías nueve años y yo trece. Llevabas en la mano una tela arrugada con forma de muñeca. Mientras observabas los puestos, la muñeca se te cayó. Yo la recogí y pensé en devolvértela: te toqué un hombro y, cuando giraste y me miraste, sentí caer en un abismo; no sabía bien qué me ocurría, pero no pude hablar. Tu madre te llevó a rastras por una estrecha callejuela y desapareciste de mi vista. Permanecí ahí paralizado por algo que no sabía describir. Averigüé quién eras y dónde vivías y, cuando tenía ocasión, iba a verte a escondidas. Necesitaba sumergirme de nuevo en esos extraños ojos. Cuando crecí, supe que era amor y que no descansaría hasta convertirme en mi esposa. Con los años, tu belleza aumentó y temí que algún otro se me adelantara, por eso precipité cuanto pude tu pedida.

Preferí la muerte mil veces a aquel dolor que me golpeaba en oleadas. Él abrió la mano y de ella cayó un trozo de tela. Era mi muñeca de la infancia.

—Rashid. —Caí de rodillas. Mis hombros se convulsionaron entre sollozos.

—Nadie habría podido separarnos, solo tú, y lo has hecho.

Se acercó, pero todavía lejos de mí se detuvo.

Levanté la mirada: era una sombra lo que veía ante mí.

—Te amo —musité—, pero no merezco tu amor. Te he fallado y pasaré mis días lamentándolo. Olvídame y sé feliz.

—¿Olvidarte? —El dolor le contraía las facciones—. Estás cincelada en lo más profundo de mi alma. Nunca te olvidaré. Jamás seré feliz sin ti.

No podía aguantar más, me levanté y corrí hacia él. No me rechazó: me asió con fuerza como si temiera caerse si me soltaba. Busqué su boca y la encontré dando cobijo al desespero. El beso nos fundió como la cera al pergamino. Buscamos consuelo con ahínco, con frenesí. Cuando nos separamos, nuestros ojos gritaron todo el amor que sentíamos. Rashid hizo una mueca que parecía querer convertirse en sonrisa sin apenas conseguirlo. El sufrimiento pesaba demasiado.

—Tu expulsión no es definitiva.

Lo miré esperanzada.

—He conseguido que se postergue la decisión definitiva hasta dentro de tres meses con la condición de que en ese tiempo no vivas conmigo. Esperan que me despegue algo de ti y les sea más fácil convencerme para que solicite el divorcio. Y yo espero que los ánimos se solivianten y lo sucedido pierda fuerza. Soy un duro negociante.

—¿Tú... podrás perdonarme?

—Yo, por ahora, solo sé que ni loco quiero perderte.

Le borré las lágrimas con besos. Sus labios cayeron sobre los míos. Deseé no soltarlo nunca.

Rashid me abrazó y me tendió en el lecho. Todavía lloraba.

—Cuando bailabas y vi cómo te miraban todos los hombres de la sala, enloquecí. Parecías una aparición, una beldad de otro mundo. Y, cuando ese maldito extranjero se acercó a ti y te acarició, la locura que ya me dominaba nubló mi entendimiento. Deseé matarlo. No soy un hombre violento, Shahlaa, y, sin embargo, lo habría hecho. Una sola mirada tuya es capaz de perturbar al hombre más sereno. No tienes idea del poder que tienes.

Lo miré impresionada; su amor era tan grande, tan puro, que lucharía por lograr su perdón, por compensar todo aquel sufrimiento haciéndolo el hombre más feliz del mundo. Siempre que nos dieran otra oportunidad. Acaricié la dura línea de su mandíbula y deslicé los dedos hasta sus labios. Él me contemplaba absorto, embebiéndose de mi rostro.

—He de tomarte con la intensidad suficiente para que esta noche se grabe a fuego en tu piel y la recuerdes en este tiempo que estaremos separados.

—Tal vez sea la última —susurré angustiada. Aquella posibilidad era más real de lo que ambos nos atrevíamos a imaginar.

Él negó con la cabeza. Era incapaz de considerarlo siquiera.

—Si no te aceptan, nos fugaremos a Damasco.

Vi determinación en su semblante. Era capaz de dejarlo todo por mí. Ni por un momento contempló la posibilidad de dejarme. Aquello me hizo preguntarme por primera vez si yo sería un inconveniente en su vida, si no sería un estorbo, una cadena que lo arrastraría a la desgracia. ¿Podía un amor tan grande traer tantos sinsabores?

—Perderías todo por lo que tanto has trabajado, tu hogar, tu mundo.

Sus ojos penetrantes, brillantes, compungidos se clavaron en mi alma.



—Nada de eso me importa si no estás conmigo, Shahlaa. —Me acarició la mejilla y me miró con anhelo—. Y, ahora, muéstrame tu arrepentimiento y cura mi herida.

\* \* \*

La noche dio paso al alba. Desperté entre sus brazos colmada de una dicha que llegaba a su fin. Nos habíamos amado hasta desfallecer; aquel deseo que nos consumía parecía no tener fin. Nuestros cuerpos se rindieron al cansancio, pero nuestras almas todavía clamaban hambrientas. Miríadas de haces solares con forma de diminutas estrellas brotaban por el calado de las celosías de los ventanales cubriendo el frío suelo de azulejo cocido. Daba la impresión de tener el cielo a nuestros pies. La penumbra aún dominaba los rincones de la estancia y negaba su rendición ante astro rey. Una fresca brisa ondeaba las livianas cortinas para aligerar el pesado ambiente de la alcoba todavía abotargado por los efluvios del amor.

Giré la cabeza y contemplé al hombre que dormía a mi lado: el rostro delgado, anguloso, la nariz recta, los labios llenos, los ojos alargados y penetrantes, el cabello negro, abundante y el cuerpo fibroso y proporcionado.

Y toda esa apostura no podía compararse a la belleza que albergaba su interior. Lo iba a echar tanto de menos... Sentí deseos de besarlo una vez más. Me acerqué con cautela, no quería despertarlo. Apenas le rocé la boca, él abrió los ojos. Todavía aletargado, sonrió.

—No te detengas —suplicó.

Lo besé con extrema suavidad. Quise imprimir dulzura hasta que él abrió los labios para dar paso a su lengua. Jugueteeé con ella y saqué de su garganta gemidos ahogados. Sus manos agarraron mi cabeza para apartar mi melena de su rostro. Saboreé cada rincón de su boca y, ya satisfecha, lo miré sonriente.

—*Saba'a AlKair* —susurré.

—Esos son los buenos días que querré de ti cada mañana.

—Los tendrás —aseguré obediente.

Unos golpes en la puerta rompieron la promesa de algo más. Rashid recordó lo que esa mañana nos deparaba, y su expresión hechizada y enamorada se tornó sombría. No pudo evitar clavarme una mirada recriminatoria.

—Vuelta a la realidad —gruñó.

Se levantó, se cubrió con una túnica y abrió la puerta. Yo me limité a permanecer sentada en la cama cubierta por las sábanas de suave lino egipcio. Latifa apareció con un succulento desayuno; su mirada no traía buenas nuevas.

—Los mayores aguardan abajo —fue cuanto dijo. Sus ojos preocupados miraron a Rashid. Él tomó la bandeja y con seriedad espetó:

—Cuando terminemos el desayuno, yo mismo la acompañaré a casa de su madre.

Quería estar junto a mi vergüenza para asegurar a todo el mundo que seguía siendo su esposa, para evitar chanzas y agravios. Saberlo ahí en un momento tan difícil me tranquilizó, pero no dejaría que se humillara más de lo ya lo había humillado yo.

Latifa desapareció para dar el recado.

—No es necesario que me acompañes. No me importa lo que digan los demás; sé que habrá toda clase de comentarios y miradas ofensivas, pero nada podrá hacerme daño: saber que te tengo es lo único que me importa. No quiero que sufras mi vergüenza.

Suspiró y volvió a la cama. Me acercó un poco de té y una tierna rebanada de pan de pasas.

—Quiero pasar hasta el último instante contigo —confesó.

De repente, se me ocurrió algo.

—Tal vez puedas visitarme en plena noche sin que nadie te descubra.

Sonrió complacido: un brillo peculiar asomó a sus ojos.

—No creas que no lo he barruntado, pero he dado mi palabra y he de cumplirla. Sin embargo, me encanta saber que también será difícil para ti aguantar tantos días lejos de mí.

Dejé el pan que había empezado a mordisquear y lo miré contrariada.

—Sé que te he dado más que motivos para que dudes de mi amor, pero, si hay un Dios, se llame Alá, Yahvé o Cristo, te juro que estos meses sin ti serán como caminar sobre las brasas del infierno.

Su mirada afectada aguantó el asomo de tímidas lágrimas. Logró sonreír sin derramarlas.

—Escuchar eso de tus labios bien merece todo el sufrimiento pasado.

Nos miramos largamente. Ninguno pudo probar bocado. Rashid apartó la bandeja y me atrajo hacia él.

—¿No vas a comer nada? —inquirí conociendo la respuesta.

—El único alimento que preciso ahora solo puedes dármelo tú.

—¿Tenemos tiempo?

—El pasado ha huido, lo que nos espera está ausente, pero el ahora es nuestro.

\* \* \*

Todavía sentía sobre mí las miradas reprobatorias de su familia. El gran imán Taliq se atusó la punta de la barba y, con el ceño fruncido, me dedicó un discurso lleno de recriminaciones sobre la virtud de la mujer casada. La reprimenda fue peor que la letanía de un monje, y yo, cabizbaja, aguanté la regañina sabiéndome merecedora de ella.

Decidieron que, puesto que continuaba estando casada, debía llevar un acompañante adonde quiera que fuera, incluso a mi internamiento. Afortunadamente, Latifa fue elegida como mi guardiana hasta la reunión definitiva dentro de tres meses.

Ya traspasaba la puerta cuando vislumbré el rostro triunfal de Amina que, agazapada en el recodo de un pasillo, atisbaba curiosa. La maldije para mis adentros.

Una vez en la calle, me volví hacia Rashid.

—Amina no puede quedar impune —aduje con furia.

Me miró meditabundo y, paciente, contestó:

—Tendré una conversación con ella y le restringiré los derechos que tiene.

—¿Solo eso? ¿Ha intentado destruirnos y no vas a divorciarte? —proferí incrédula.

—¿Acaso crees que no deseo librarme de ella? Antes de esto ya se me hacía insoportable —replicó airado—. ¿Por qué crees que accedí a casarme con ella? Por el acidaque, única y exclusivamente. Si me divorcio de ella, tendré que devolver hasta el último dírham de oro. No poseo tanto dinero, y menos ahora que lo he invertido en una flota para el transporte desde Oriente. Cuando el comercio marítimo dé sus frutos, me libraré de ella; hasta entonces tendré que aguantarla. Pero, eso sí, ahora que sé quién es, la tendré vigilada y, por supuesto, como castigo a su vileza los martes desaparecerán.

No podía creer que su maldad no tuviera su justo castigo. Ella seguía junto a él, y yo no.

A pesar de todo, tuve que admitir que los argumentos de Rashid eran incuestionables y que gran parte de mi desgracia se debía a mi completa necesidad. Aun así, no pude dejar de sentir impotencia y rabia. Recordé una cita: “Espera sentado y verás pasar el cadáver de tu enemigo”. Tal vez ella solita cavara su tumba. Por lo general, la perfidia suele acabar por consumir a su creador. Resoplé y miré a Latifa: caminaba tras nosotros sin decir palabra. Llevaba un hatillo con algunas pertenencias. Me mostró una sonrisa de ánimo.

—La has conquistado al igual que a mí —comentó Rashid sonriente.

—Por desgracia, no he tenido tanta suerte con el resto de tu familia.

Me apretó la mano y me miró con fijeza.

—Ellos ven dinero y linajes, no les importa nada más. Si solo te dieran una oportunidad, sé que acabarían queriéndote.

Caminamos junto a la ribera del río descendiendo por los extramuros. Rashid astutamente había elegido el camino menos concurrido.

Contemplamos los juncos y cañaverales que se mecían lánguidamente junto a las tranquilas aguas del Tajo. En la superficie espejada se dibujaban temblorosas las nubes que cubrían parcialmente el cielo y las copas de los árboles más cercanos, además de

partes de la muralla medio derruida por la que los chiquillos saltaban al río en verano. Era como contemplar un paisaje al revés.

—Seguro que ella ingenia una nueva forma para obligarte a acudir a su lecho.

No podía dejar de pensar en que tenía el campo libre y que tres meses para un hombre podían hacerse demasiado largos.

Rashid, con un mohín de disgusto, se detuvo y me tomó de las manos.

—Nada has de temer en lo que a mí se refiere. No podrá obligarme. Preferiría besar a un camello antes que tocarla a ella. Además, sabe que no la perdonaré por habernos separado; dudo incluso de que se atreva a dirigirme la palabra. Si es tan lista como ha demostrado, se mantendrá alejada de mí.

Miró a ambos lados para cerciorarse de que estábamos solos, aparte de Latifa, y con una sonrisa me susurró al oído:

—Solo tú enciendes mi pasión. Soñaré cada noche contigo, miraré la luna y te imaginaré tendida en mi lecho desnuda con el cabello alborotado cubriéndote parcialmente los senos y el rostro arrebolado por el deseo. Van a ser tres meses demasiado largos —suspiró.

Sentí su cálido aliento en el cuello y me ruboricé. Nuestros labios estaban demasiado cerca para resistirse. Nos besamos lentamente. Ahí estaba de nuevo ese deseo que nos consumía. Rashid se obligó a separarse, aunque a regañadientes. Se mordió el labio inferior y apartó los ojos de mí.

Lo miré divertida, me tomé de su brazo y aceleramos el paso. Nadie iba a separarnos, nuestro amor era demasiado fuerte. Ahora lo sabía. Más tranquila, vislumbré en el último recodo una de las entradas a la ciudad: faltaba poco para llegar a mi casa.

Mi madre había sido puesta al corriente de la situación y me esperaba. Deseaba tanto abrazarla.

Llegamos hasta la puerta. Sentí un nudo en la garganta. La expresión de Rashid me conmovió, no despegaba los ojos de los míos con tal intensidad que se me secó la boca. Quería plasmarme en su memoria como si aquellos meses pasaran a ser años.

Latifa llamó a la puerta, y Ahmed le abrió. Ella le murmuró algo en el oído, y el nubio cerró dejándonos en el zaguán para despedirnos con total intimidad.

Alcé una mano y acaricié su mejilla; la sombra de una barba incipiente cosquilleó suavemente mis dedos, sus labios plenos y suaves eran una tentación que no pude aguantar.

Nos besamos nuevamente, esta vez con dulzura. Él apresó mi cintura y me ciñó posesivo contra su pecho, sentí cada músculo de su cuerpo adherido al mío como si quisiera fundirme en su interior.

—No te atrevas a olvidarme, Shahlaa. —Él también manifestaba sus miedos.

—Antes, me olvidaría de respirar.

Sonrió satisfecho con mi respuesta. Me volví para entrar a la casa, pero él me detuvo.

—Recuerda: sea cual sea el resultado de la reunión, vendré a buscarte.

—Yo siempre te esperaré, amor mío.

—Te amaré hasta el fin de mis días.

Esa voz profunda, la mirada sincera y la expresión compungida subrayaron sus palabras.

Entré en la casa. Cuando cerré la puerta, me flaquearon las rodillas. Apoyé la espalda en la gruesa madera de nogal y sentí que él estaba allí, del otro lado, inmóvil todavía. Podía escuchar los latidos de mi corazón golpeándome contra el pecho. Era suya en cuerpo y alma. Me juré que, una vez pagado el castigo, nadie me separaría de él.

# Capítulo 4

## Pérdidas

Los días corrían lentos y aburridos, pero las noches... las noches eran un infierno. Añoraba sus besos, sus caricias, su risa, su pasión, su mirada enamorada, su conversación. Cuando despertaba, me encontraba mal, cansada, apática, enferma. Apenas podía probar bocado; todo me causaba repulsa, solo me aliviaba pasear junto al río acompañada de la fiel Latifa.

Estaba atardeciendo, el verano alargaba los días y era a esa hora cuando se podía salir de la casa sin temor de languidecer bajo el ardiente sol estival. El frescor que manaba del río invitaba a bañarse en él para alejar el sofoco de un día tan caluroso.

Me acerqué a la orilla y me descalcé. Alargué la pierna y me remangué ligeramente el vestido. Sumergí la punta del pie para tantear la temperatura del agua.

—Ni se te ocurra —advirtió Latifa al adivinar mis intenciones.

—¡Oh, vamos! —exclamé—. No hay nadie por los alrededores y, además, está estupenda. —Contemplé anhelante la quieta superficie—. Hace tanto que no nado. Me muero por sumergirme en las aguas y disfrutar, aunque solo sea un poquito.

Le dediqué una mirada suplicante. Ella permaneció impasible. Me puse de rodillas y junté las manos en actitud oratoria. Imprimí en mi mirada todo el candor que pude y finalmente accedió.

—Pero, al primer aviso, saldrás del agua sin rechistar. Vigilaré desde arriba por si se acerca alguien.

—¡Que Alá te bendiga! Eres la mejor mujer del mundo, yo...

—Bla, bla, bla... —Sacudió la mano para detenerme—. Ya está bien, siempre consigues tus propósitos con zalamerías. Algún día vas a meterme en problemas. Sí, ya lo estoy viendo: consigues ablandar el corazón de esta pobre vieja y ni siquiera piensas en las consecuencias. Pues no, señor, no pienso consentirte en nada más. Esta será la última vez que me convencerás. Como que el profeta se llama Mahoma que...

Esta vez fui yo quien detuvo su palabrería al estamparle un sonoro beso en la mejilla.

—Muchacha alocada —replicó fingiendo enfado.

Me desvestí aprisa y me adentré en el río. Contuve el aliento cuando el agua llegó a mis pechos. Estaba algo más fría de lo que parecía, pero cuando me adapté a la temperatura disfruté a lo grande: braceé y nadé, me sumergí y emergí recordando mi niñez. Notaba en mis pies el fango del fondo. El roce de las algas en mis piernas despertó recuerdos de caricias. Mi piel pareció despertar. Cerré los ojos y suspiré. Ya habían pasado dos meses y la necesidad de verlo me estaba matando. Pensaba en él constantemente e imaginarlo con Amina me ponía la piel de gallina. Confiaba en él ciegamente. Pero esa horrible mujer era capaz de cualquier cosa. ¿Qué estaría pasando en el palacete?

De repente, oí el crujir de una rama justo donde había dejado mis ropas. Miré alertada hacia allí, pero no vi nada fuera de lo normal. Mi vestido seguía sobre el peñasco que flanqueaba la orilla. Busqué a Latifa en lo alto de la colina vigilando el camino: parecía tranquila. Posiblemente había sido un animal.

Decidí salir. Cuando el agua me llegó a la cintura volví a escuchar un susurro de hojarasca. Deslicé la vista a mi alrededor sin ver nada, tan solo el suave movimiento de un árbol junto al peñasco; seguramente había sido la brisa, pero por alguna razón sentí unos ojos observándome. Había alguien allí, estaba segura. Me apresuré a salir y corrí hacia la roca. Escurrí mi largo cabello mientras vigilaba atenta y, cuando tomé el vestido, algo cayó al suelo. Observé atentamente. Era un pedazo de tela. Era mi muñeca.

—¡Rashid! —exclamé.

Miré esperanzada cada arbusto, lo busqué tras los árboles cercanos, pero no apareció.

Sin embargo, el saber que había estado allí observándome me llenó de dicha el corazón. Agarré la muñeca de mi infancia y la sostuve contra el pecho, cerré los ojos para sentirlo, la acerqué a mi nariz y aspiré embriagada, olía a él. Sonreí feliz. Me había dejado una señal de su presencia sin faltar a su palabra. Lo amaba y no veía el momento de volver a demostrárselo. Caí en la cuenta de que seguía desnuda. Me vestí aprisa y guardé la tela en el escote.

Aquella noche no pude dormir, lo necesitaba tanto que su ausencia me dolía. Deseaba correr en su busca y olvidarme de todo. Aún quedaba un mes para estar en sus brazos y para mí era una eternidad. Me levanté del estrecho jergón y me acerqué a la ventana. Ahí estaba la luna con su media sonrisa, como la de Rashid. ¿Estaría él pensando en mí? Supuse que sí. Dejé que el viento me meciera los cabellos. Cerré los ojos y saboreé la agradable sensación de ser acariciada. Casi sentí sus manos en mi rostro. Lo sentía tan cerca que mi corazón dio un vuelco. Abrí los ojos y miré hacia



abajo. De algún modo supe que él estaba ahí observándome de nuevo. Lo intuía. Cerré de nuevo los ojos, fruncí los labios y le di un beso a la noche. Sabía que el viento se lo llevaría.

\* \* \*

La noche siguiente, la luna no hizo acto de presencia. Pesadas nubes la ocultaban. Amenazaba tormenta; se podía oler en el aire. Una ráfaga se me arremolinó entre las faldas y las levantó. Dejé el patio justo a tiempo de evitar las primeras gotas de lluvia. Todos dormían.

Una vela titilaba en la sala; su resplandor amarillento tan solo abarcaba el pequeño círculo en el que se encontraba la silla un tanto desvencijada en la que mi madre hacía su labor y el pequeño arcón que siempre llevaba consigo lleno de madejas de coloridos hilos, agujas y patrones de brocados que Rodrigo le traía de sus viajes.

Acababa de llegar de Norteumbria al norte de la isla de Bretaña. Y, como siempre hacía, nos relataba las travesías con lujo de detalles. Casi siempre, se mostraba entusiasmado al describir los hermosos paisajes que había descubierto, las ciudades, las gentes. Nos divertía con las costumbres de cada lugar. Pero, esa vez, lo que nos contó le oscureció la mirada con un velo de preocupación. Durante una recepción en la corte, había escuchado que los temibles hombres del Norte, los *mayus*, magos por su religión pagana, como los llamaban los árabes, habían establecido un campamento en una pequeña isla frente a Irlanda. Y, desde allí, organizaban incursiones a los reinos vecinos para saquear y devastar ciudades.

Hacía apenas casi cuatro años, en 840, habían incendiado la pequeña aldea a los pies del gran Farum Brigantium. El joven Ordoño, gobernador provisional de Galicia, hijo del rey de Asturias, Ramiro I, flamante sucesor de Alfonso II, había convocado a su ejército y había hecho frente a la incursión. Había logrado recuperar buena parte del botín, además de hundir casi setenta de sus naves. Sin embargo, las bestias del Norte continuaron sembrando el terror: saqueaban, violaban y asesinaban. Los pocos sobrevivientes, en su opinión los menos afortunados, habían sido convertidos en esclavos y llevados como siervos a su tierra para posteriormente trocarlos por especias, armas y oro.

En el viaje de vuelta, Rodrigo se topó con más de cincuenta bajeles que se dirigían hacia las costas asturianas. Mandó un recado al rey Ramiro I y al cadí de Córdoba, Muhammad ibn Ziyad, porque temió un ataque a gran escala. Si los *mayus* entraban por las principales vías fluviales como deseaban, saquearían las ciudades más importantes de la península. Si no los detenían en Asturias, podían incluso llegar a Toledo.

Aquello nos aterró a todos. Rodrigo dijo que eran hombres salvajes, de gigantescas dimensiones, de cabellos claros y fiera mirada que asesinaban y violaban sembrando solo destrucción.

Esa era otra de las razones por las que no podía dormir. Esa noche necesitaba más que nunca cobijo en los protectores brazos de Rashid. Me senté en la silla y, al inclinarme para dejar el pequeño arcón de marfil en el suelo, se me resbaló y cayó desparramando su interior. Me apresuré a recoger los útiles de costura y, extrañada, me fijé en un pergamino amarillento doblado por la mitad y gastado por el uso. Las palabras en tinta desvaída se inclinaban en elegante escritura. Lo recogí intrigada y, respetando la intimidad de mi madre, fui a devolverlo a su lugar; sin embargo, algo me detuvo. No pude reprimir la curiosidad. Desdoblé con cuidado aquella carta y comencé a leerla: estaba escrita en árabe.

"Elvira, parto mañana con todo el dolor de mi corazón. Pudiste seguirme, pero tu conciencia no te lo permitió. Te debes a tu esposo, aunque no te merece por abandonarte, inmerso en sus trifulcas e intrigas palaciegas. Si fueras mía, no me despegaría de ti ni un instante.

No sé si podré olvidar el candor de tu sonrisa, tu cabello trigueño entre mis manos, tus ojos tan azules como el océano que me trajo hasta ti.

Atesoro el recuerdo de nuestras noches robadas, de tus labios sobre los míos. No, no podré olvidarte. Solo espero aun así poder encontrar algo de felicidad.

Khaled"

La carta se deslizó de mis manos. Atónita, permanecí inmóvil. Mi madre había tenido una aventura. No podía creerlo. Tal vez por eso nunca me hablaba de mi padre, tal vez ella seguía enamorada de ese hombre. Una inquietud creciente me invadió. Era árabe. A mi mente acudieron las continuas referencias sobre mi parecido con los musulmanes. ¿Y si yo...?

—¿Qué ha sido ese ruido?

Mi madre entró en la habitación; me miró intrigada. Comenzaba a sonreír cuando reparó en la carta que descansaba a mis pies. Visiblemente nerviosa se acercó con premura y la tomó del suelo como si recogiera un tesoro. Miró mi semblante confundido y se arrodilló a mi lado.

—Tarde o temprano tenía que decírtelo.

Sentí un martilleo en la frente. Tragué saliva e intenté prepararme para su confesión.

—Me enamoré de otro hombre estando casada. —Bajó la mirada azorada.

—No debes arrepentirte por amar.

Ella negó con la cabeza; en su pálida tez parpadeaba el resplandor de la vela. Sus ojos acuosos me miraron con atención.

—¿Cómo voy a arrepentirme si fruto de ese amor naciste tú?

Ahí estaba ante mí la verdad de mi existencia. Algo que quizá siempre había intuido. Mi supuesto padre había sido un noble caballero del Norte. Era poco probable que su cabello fuera tan negro como la noche, su piel aceitunada y sus ojos dorados.

—Eres idéntica a él. A Khaled abd al-Yaced: tu padre —confirmó—. Era el hombre más hermoso que jamás haya visto. Su mirada cautivadora derretía al corazón más frío. Era alto y fuerte y con una personalidad arrolladora. Culto, amante de las letras, poeta y músico. Nació en Alepo al noroeste de Siria, pero viajó por todo el mundo hasta que conoció a Rodrigo. Se hicieron grandes amigos y, como tal, llegó a mi casa. —Hizo una pausa y suspiró—. Cuando lo vi por primera vez, me dio un vuelco el estómago. —Se estremeció ante el recuerdo—. Fui débil, apenas luché contra la moral, traicioné mis votos, pero estaba tan sola. Diego batallaba junto a su rey, pasaba meses sin verlo y yo... me enamoré perdidamente de Khaled.

Le acaricié comprensiva el cabello; ella, todavía arrodillada, apoyó la cabeza en mi regazo.

—¿Por qué no te fuiste con él?

Volvió a mirarme, sus ojos ausentes en el pasado brillaron con tristeza.

—Iba a hacerlo, pero llegó una carta de la corte. Diego había sido herido en una reyerta y me necesitaba a su lado. Yo acudí y, al verlo tan mal, no tuve corazón para dejarlo. Y así se lo dije a Khaled.

—Pero poco después enviudaste y tú ya estabas encinta. ¿Por qué no lo buscaste?

—Lo hice, pero no lo encontramos. Rodrigo movió cielo y tierra sin ningún resultado. Hasta cuatro años después. Apareció en Sevilla, pero casado y con dos hijos. Al parecer, no le había costado mucho olvidarme. —La amargura le tiñó la voz.

—¿No pensaste en decirle que tenía otra hija?

Los ojos se le oscurecieron, los labios se le tensaron ligeramente.

—Tras la muerte de mi esposo, Rodrigo me trajo a Toledo. Aquí fuimos acogidos por una comunidad cristiana desconfiada y alerta, llena de rencor hacia el opresor. Todos te creían hija de mi marido, un valeroso azote de los herejes. ¿Qué crees que habría pasado si hubieran sabido que eras hija de uno de ellos? Nos habrían dado la espalda y, aunque gozábamos de la protección de mi hermano, él casi nunca estaba en casa. Así, todo habría sido demasiado difícil para nosotras. La sola idea de que te rechazaran me era insostenible. Tu apariencia ya creaba comentarios a mi alrededor, pero nadie se atrevía a afirmarlos. Nadie podía comprobar si tu origen era cierto, así que los rumores quedaban ahí.

—¿Él vive en Sevilla?

—Creo que sí. Al menos, la última vez que lo vi fue allí.

Boquiabierta, contemplé su expresión soñadora.

—¿Y no le dijiste nada?

—No hablé con él. Solo lo vi —aclaró—. Viajé yo sola. Tú tenías cinco años y te quedaste en casa de Ruth. Había soñado tanto con él que sentí la necesidad de verlo. En mi fuero interno deseaba encontrarlo solo y atreverme a contárselo todo, aunque dada su situación y la mía no habría valido de mucho. Lo encontré en un puesto que él regentaba junto al río. Bromeaba con una mujer que supuse la suya por la cercanía que manifestaban. Vi esos hermosos ojos mirarla a ella, y vi amor en ellos. La mujer levantaba a un chiquillo del suelo y se lo depositaba en el regazo. Otro poco más mayor me miraba a través de un estrecho mostrador. Ninguno de los pequeños había heredado esos extraños ojos ámbar, solo tú. El chico mayor tendría tu edad. ¿Qué mejor prueba de lo poco que había significado para él? Ya me había dado vuelta cuando lo escuché preguntarme qué deseaba. No lo miré siquiera: escapé de allí envuelta en lágrimas. Nunca lo olvidé. ¿Cómo podría teniendo un réplica suya tan cerca?

La abracé tan fuerte como pude. Lloré desconsolada como nunca la había visto hacerlo. Todavía amaba a mi padre. Ahora, que sabía lo que era el amor, la compadecí.

Me imaginaba vivir para siempre sin Rashid, y la sola idea me quebraba el alma. Aquella confesión me dejó con demasiadas inquietudes. Tenía dos medio hermanos, o quizá más, y mi padre estaba vivo y no tan lejos de mí.

¿Resistiría yo la tentación?

\* \* \*

Amanecí con unas náuseas tremendas. La cabeza me daba vueltas y me mareé cuando intenté ponerme en pie. Volví a recostarme. ¿Era posible enfermarse de melancolía? Tan solo restaba una semana para verlo. Debía encontrarme más animada, sin embargo, mi apatía persistía, mi permanente cansancio me relegaba al lecho y pasaba gran parte del día dormida.

Mi madre subió a verme preocupada.

—Hoy tampoco has bajado a desayunar, Leonora. Voy a tener que avisar al médico, esto empieza a no gustarme.

Se inclinó y me tocó la frente. Negó con la cabeza.

—Te traeré algo de comer. Flora y Latifa han preparado tus dulces favoritos, seguro que...

Reprimí una arcada, mi cuerpo se convulsionó.

—Por favor, ten piedad y no me nombres la comida —rogué.

Ella me miró boquiabierta, un extraño brillo le asomó a los ojos.

—Leonora, ¿cuándo fue la última vez que sangraste?

Pensé un instante y de pronto recordé que no lo había hecho desde que había llegado. Abrí los ojos.

—¡Dios mío! ¿Crees que...?

—Tienes todos los síntomas.

Una sonrisa resplandeciente emergió de sus labios. Me abrazó alborozada y corrió a dar la noticia.

Apenas podía creer tanta felicidad. Esperaba un hijo del hombre al que amaba. No veía el momento de decírselo. Me acaricié el vientre todavía plano. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Ahí estaba su semilla, un pequeño ser que nos uniría todavía más. Las lágrimas me asomaron a los ojos. Iba a ser madre. Me recosté plena de dicha; abajo oí la algarabía de mis dos fieles protectoras: Flora y Latifa irrumpieron en el cuarto y me llenaron de besos. Ambas lloraban de alegría.

—¡Rashid morirá de felicidad!

Latifa me tomó la mano. Su cara redonda y risueña, surcada de pequeñas arrugas, mostró el cariño que me tenía.

—Criaré a ese niño con la ayuda de Alá.

—Ya basta, está embarazada y tiene que descansar —les recriminó con sorna mi madre.

—¿Más? —inquirió Flora—. Lleva descansando casi tres meses.

Cerré los ojos, no podía dejar de sonreír.

\* \* \*

Faltaban solo dos días para que se celebrara la reunión, y Latifa subió a verme con una propuesta.

—Pido tu permiso para contarle a Rashid la buena nueva.

La miré boquiabierta, no pensaba dejar que nadie me arrebatara ese momento.

—Sé que ardes en deseos de decírselo en persona —continuó—, pero no has contemplado la posibilidad de que en la reunión lo obliguen a divorciarse. En tal caso, un argumento de peso y contra el que no podrán ser este hijo que viene en camino. Si él sabe que estás encinta, tendrá ganada la batalla de antemano.

Tenía razón. La miré pensativa. Si me rechazaban definitivamente, no estaba en las mejores condiciones para fugarme y menos a un lugar tan lejano.

Le confesé a Latifa nuestros planes de huida.

—¡Ah, no! Ni hablar. Sería una locura emprender un viaje tan arriesgado. Creo que mi idea es la más sensata.

Asentí entristecida. Me perdería su reacción, pero lo importante sin duda era aquella maldita reunión.

—Te contaré con lujo de detalles el encuentro —prometió.

Se acercó y me besó la frente.

—Dile cuánto lo amo —le pedí.

—Sé de sobra cuánto has sufrido su ausencia, pequeña. Ya es tiempo de felicidad.

Abandonó el cuarto. Dichosa ella que lo vería.

\* \* \*

Llegaba la noche, y Latifa no regresaba. Un creciente nerviosismo se apoderó de mí. Paseé de un lado a otro del patio inquieta; me apoyé en el viejo pozo para intentar serenarme y acompasar mi respiración. Llené de aire los pulmones y, de nuevo, caminé como un animal acorralado.

Ahmed me miraba con preocupación. Yo le sonreí para tranquilizarlo; él me miró extrañado, alzó las cejas y negó con la cabeza como si hubiera perdido el juicio. Y es lo que pasaría si no recibía noticias.

El aldabón sacudió vigorosamente la puerta. Los golpes me hicieron dar un respingo. Ahmed corrió a la entrada. Me obligué a permanecer inmóvil deseando escuchar los rápidos pasos de Latifa, pero no eran los pies de ella los que se acercaban.

Rashid irrumpió en el umbral del patio.

Sentí que el corazón se me desbocaba. Me contempló durante lo que me pareció un siglo. Sus ojos me recorrieron despacio y se detuvieron en mi vientre. Instintivamente lo acaricié. De nuevo se sumergió en mis ojos.

Su respiración era agitada como si hubiese venido a la carrera. En su semblante asomó una sonrisa triunfal. El amor que me tenía le brotó de todos los poros y ya sin aguantar más la distancia se abalanzó sobre mí.

Nos abrazamos henchidos de dicha. Su boca hambrienta tomó la mía con desesperación. Me tomó el rostro entre las manos y con ojos llorosos susurró:

—Te amo, Shahlaa, mi bella Shahlaa. —La voz se le entrecortó—. Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo. Todavía estoy temblando.

—¡Bésame, tócame, abrázame! —rogué impaciente.

Obediente, me besó de nuevo. Fue un beso largo, conmovedor, que puso de manifiesto el anhelo contenido, el amor latente, el sufrimiento por la separación, la hiriente necesidad de sentirnos, de abandonarnos al deseo. Sus manos recorrieron cada curva de mi cuerpo y me apretaron contra él.

Los gemidos escaparon de nuestras bocas, a la vez que nos devoramos, queríamos recuperar todo el tiempo perdido con un solo beso.

—He venido a llevarte conmigo —explicó.

Me separé lo suficiente para mirarlo.

—Pero ¿y la reunión? No me han dado permiso para entrar y...

—No habrá reunión.

Lo miré intrigada.

—Cuando Latifa me dio la noticia, yo mismo la anulé. No hay discusión posible cuando es mi hijo el que llevas en tu vientre. Serás mi esposa les guste o no.



Sonrió orgulloso. ¡Cómo había echado de menos aquella voz suave, melodiosa como el rumor del viento! Me abrace a él, mi cuerpo libre ya de tensiones se relajó, tanto que sentí que me desvanecía. Lo último que vi fue la expresión alarmada de Rashid.

Desperté en el jergón. Junto a mí, en una silla, dormía él con la cabeza colgando y las largas piernas apoyadas en un taburete trastabillado. Todavía no amanecía. Le sacudí ligeramente una pierna y se incorporó aturdido.

—¿Qué... ocurre algo?

Sonreí. Tenía una expresión muy graciosa.

—Ven a mi lado —le pedí. Abrí las mantas para dejarle paso.

No puso objeción alguna. El espacio era demasiado estrecho, pero no necesitábamos más. Nos abrazamos adormilados.

—Me has dado un susto de muerte —espetó.

—Estaba tan nerviosa y luego tan emocionada que...

Me acarició el cabello mientras me besaba la frente.

—Tu madre dijo que era por el embarazo. Dice que es algo normal. Voy a tener que tratarte como a una reina.

Lo miré encandilada por sus mimos.

—Siempre lo has hecho.

Sonrió y volvió a besarme, esa vez, en la punta de la nariz.

—Creo que tendremos problemas para dormir aquí —adujo moviéndose incómodo.

—Bueno, es muy pequeño, pero nos apretaremos.

—Ese es precisamente el problema, que estamos muy apretados y yo... llevo tres meses de abstinencia y noto tus pechos apretados contra mí...

De repente, noté la dureza de su miembro que me presionaba la cadera.

—Tómame.

—No creo que sea lo más indicado, no sé si...

—No debes temer por el niño, es demasiado pequeño, ni siquiera me abulta el vientre, además en mi estado no debes contrariarme.

Me saqué la camisola por la cabeza y dejé que me contemplara.

—Pensé que era imposible que estuvieras más hermosa, pero lo estás. Tus pechos son aun mas turgentes y los pezones son ahora un poco más oscuros. Sin duda, no podremos dormir. —En su voz se quebró el deseo contenido.

Tomó entre sus manos mis pechos y los acarició con frenesí. Bajó la cabeza para cubrir con la boca los erectos pezones. Gemí ante el húmedo contacto. Arquee ligeramente la espalda y me abandoné al placer. Sus manos aletearon inquietas por mi cuerpo y acabaron con mi cordura. Incapaz de contenerse, se colocó sobre mí y me poseyó. Sus movimientos lentos, delicados elevaron mis gemidos. Tuvo que sofocarlos con su boca que caía sobre la mía con delirio. Tomé sus nalgas con las manos y lo urgí a intensificar la pasión. Su mirada turbia era un pozo de contención que pensaba derribar alzando indolente las caderas. Se rindió ante mi urgencia. Y, como yo deseaba, se abandonó al placer acelerando los embistes. No tardó en culminar. Sudorosos y felices nos fundimos en un abrazo.

—Te he echado tanto de menos que pensé que iba a volverme loco.

—Por eso me espiabas, ¿no?

Sonrió; sus negros ojos se sumergieron en los míos.

—Llevaba ya un tiempo viéndote pasear por la alameda. Verte me reconfortaba y, aunque me moría por acercarme a ti, lograba permanecer oculto a tu vista. Sin embargo, te veía tan triste, tu semblante antes radiante estaba pálido y tus ojos apagados; quería dejarte una prueba de que estaba muy cerca de ti, de que te añoraba tanto como tú a mí. Y, cuando te adentraste en el río, no lo pensé. —Suspiró al recordarlo—. Parecías una ninfa saliendo del agua. Ver tu cuerpo desnudo brillando bajo el sol fue una dura prueba para mí. A punto estuve de salir de mi escondrijo y tomarte allí mismo. Esa noche no pude dormir, ni siquiera lo intenté.

Lo miré enamorada. Le retiré un mechón negro de la frente.

—Por eso permaneciste bajo mi ventana.

—Sí —confesó—. Te asomaste y miraste la noche como buscándome. Sabías que estaba ahí, ¿verdad, Shahlaa?

Asentí. Sus manos se deslizaron por mis labios.

—Recibí tu beso, el viento me lo trajo.

\* \* \*

Traspasé el arco de herradura que adornaba el portalón de entrada al palacete en compañía de Rashid. Caminamos por el pasillo flanqueado de columnas y entramos en el salón. Allí, frente a mí, se encontraba toda la familia. No vi a Amina y lo agradecí.

—Mi esposa ha regresado —comenzó Rashid—. Trae en su vientre el regalo máspreciado para mí. Alá nos ha bendecido. Atrás queda el pasado; la he perdonado como recomienda el Corán y exigiré el respeto que merece. No toleraré ningún desaire para con ella.

—Mientras respete esta casa, ningún problema ha de haber.

Taliq clavó sus ojillos desconfiados en mí.

—La respetará —aseveró Rashid—. Y ahora se retirará a descansar.

La firmeza con la que había hablado no dejaba dudas de su imposición y poder dentro de la familia. Era respetado y querido por todos, nadie se habría atrevido a contrariarlo. Había cumplido mi castigo: nada ya tenían que objetar.

Nos retirábamos cuando Amina ingresó al salón y con sangre fría se plantó frente a nosotros.

—Celebro tu regreso. Espero de corazón que no haya más malos entendidos entre nosotras.

Deseé estrangularla.

—Entiendo perfectamente cuanto me dicen. Lo único que no comprendo es la lengua de las serpientes.

Ella cerró la boca y simuló una expresión apenada. Rashid, amenazante, le espetó:

—Te avisé que te apartaras. No volveré a consentir que la molestes y ahora menos.

Su voz cortante como un cuchillo la paralizó y nos dedicó una extraña mirada cargada de odio. Sin embargo, sus finos labios se curvaron en una sonrisa escalofriante. “Si el león te muestra los dientes, no creas que te está sonriendo.”

—Recuerda, Rashid, que yo también puedo estar embarazada.

La miré atónita. El semblante de mi esposo se contrajo como si hubiera recibido un puñetazo.

—No puedo creer tanta maldad. Voy a acudir a un prestamista para devolver tu dote; saldrás de esta casa cuanto antes. ¡Lárgate y no oses volver a enfrentarte a nosotros!

Mi esposo me agarró del brazo y nervioso me llevó a la habitación.

Aturdida me senté frente al espejo, busqué en el reflejo sus ojos y no los encontré. Evitaba mirarme. Supe al instante que algo había pasado.

—Yo no confié en ti y a punto estuvimos de separarnos. Confía tú en mí y cuéntame qué urdió esa arpía para llevarte a su lecho. Porque estuviste con ella, ¿no?

Aquella certeza me carcomía por dentro y me obligué a serenarme lo suficiente para escucharlo. Necesitaba una explicación.

Él deambulaba de un lado para otro y se pasaba las manos por el pelo sin cesar.

—Fue poco después de que te marcharas —empezó angustiado—. Habíamos discutido; me había encarado con ella furioso por la situación. Le dejé claro que no volvería a tocarla y que ni siquiera quería que se cruzara conmigo. Aquella noche estaba recostado en el banco del patio. Pensaba en ti. La melancolía me abrumaba, era como una piedra en el pecho que equivocadamente intenté aligerar con algunas copas de licor. ¡Alá es sabio al alejarnos del alcohol! Cuando mi cabeza se embotó lo suficiente, me arrastré a la habitación y me dispuse a dormir. Soñé contigo, que me besabas, olí tu perfume a jazmín, pero no eras tú. No recuerdo absolutamente nada, solo que desperté aturdido y a mi lado dormía Amina vestida con tu camisola. La desperté horrorizado y la eché del cuarto a empujones, ella me juró que habíamos consumado. Creo que miente, pero no puedo estar seguro.

Se arrodilló frente a mí esperando mi reacción. Enterré mis dedos en su cabello y le sonreí.

—Estoy segura de que miente. Pero esta vez sus engaños no darán resultado. La creía más lista.

—Te juro que antes de que acabe la semana estará lejos de nosotros.

Continué acariciándole el espeso cabello, le deslicé los dedos por el cuello y dibujé invisibles círculos. Clavé mis ojos en los suyos.

—Me secas la garganta cuando me miras así, Shahlaa.

Me levanté muy despacio sin parar de mirarlo. Parecía hechizado, hipnotizado con cada uno de mis movimientos. Me sentía poderosa, con ganas de jugar. Levanté los brazos y me liberé el cabello que tenía recogido en un moño, lo ahuequé y le sonreí. Lentamente me acaricié el contorno y tiré de los cordones delanteros de la túnica verde. Encogí los hombros y la deslicé con ligeras sacudidas. Abrí el escote fruncido de la camisola de lino que llevaba debajo y hundí una mano entre mis pechos. Eché la cabeza hacia atrás y gemí. Con la otra mano subí la tela y le mostré mis piernas, las acaricié mientras lo miraba. Terminé de quitarme la ropa. Él se levantó, sus ojos refulgían locos de deseo.

—Vas a pagar caro tu osadía.

Se abalanzó sobre mí apresándome la boca.

—Me vuelves loco, Shahlaa. Tan loco que creo que voy a estallar en llamas.

—Entonces deja que apague tu fuego.

Era mío y no solo esa noche, era mío para toda la eternidad.

\* \* \*

Saciados, pasamos la mañana en la cama abrazados.

Rashid no apartaba las manos de mi vientre y hacía conjeturas sobre el sexo del bebé, sobre cuál sería su nombre o a quién se parecería. Me contó todo lo sucedido en la casa hasta mi regreso, me habló del auge de su comercio por mar y del talante de algunos de sus clientes.

Yo, por mi parte, lo hice partícipe del descubrimiento respecto de mi nueva identidad.

Abrió los ojos asombrado.

—¡Así que eres medio árabe! Era imposible que una cristiana fuera tan hermosa.

Le di un codazo, ceñuda, y sonrió.

—Perdona. ¿Cómo te sientes?

—Triste por mi madre y, a la vez, intrigada por mi padre.

Él contempló la inquietud de mi mirada.

—Querrías conocerlo, ¿me equivoco?

—No, pero a la vez temo que me rechace. Tal vez crea que puedo desequilibrar la paz en su familia. No sé qué hacer todavía.

Me besó dulcemente los labios y esperó a que lo mirara.

—Me gustaría acompañarte si decides visitarlo.

—Nada desearía más.

—Te amo, Shahlaa. Tanto que siento el corazón reventar de pura felicidad.

Le dije lo mismo con un beso y una mirada.

\* \* \*

Llevaba una semana viviendo en una nube de auténtica felicidad. Solo una cosa la empañaba y era la presencia de Amina. Astutamente apenas se dejaba ver, pero saberla tan cerca nos incomodaba.

Rashid había librado otra terrible discusión con su familia cuando les expuso su decisión de divorciarse de ella. Todos se oponían a la propuesta de utilizar los servicios de un prestamista. En Toledo casi todos eran hebreos, y eran tachados de usureros. Pero él no se amilanó y arguyó que Amina sembraba la discordia y ponía en peligro la paz de la casa.

Sin embargo, el taimado Taliq, al ver que su hijo había solucionado el tema económico, cambió el discurso y adujo la enemistad que esa decisión traería con la familia de Amina. Le recordó que pertenecían a la poderosa dinastía de los Banu Qasi y, por lo tanto, eran parientes lejanos del gran Musa ibn Musa, el controvertido gobernador de Tudela. El hombre vivía en el castillo de Arnedo desde el que defendía la frontera norte del emirato. Se había rebelado contra el emir en algunas ocasiones. No obstante, habían firmado la paz. O, al menos, esa era la última noticia que se tenía. Taliq, en su incesante plática sobre todos los perjuicios que esa decisión acarrearía, logró convencer a Rashid de que esperara hasta finales de año, hasta que el reciente negocio marítimo se asentara un poco más. Si adquiría algo más de prestigio, la influyente familia de Amina no podría socavar la reputación de él como comerciante y el menoscabo apenas se apreciaría.

Entrabábamos en julio; solo faltaban seis meses para desprendernos de ella. Curiosamente, el mismo tiempo que restaba para el nacimiento de nuestro hijo. Una enorme sonrisa se dibujaba en mis labios cada vez que pensaba en él.

Rashid se mostraba tan entusiasmado con mi estado. Me observaba con atención el vientre y anhelaba ver alguna protuberancia en él, lo besaba y acariciaba e incluso hablaba con él bromeando sobre mí. Diciembre sería una fecha mágica para nuestro amor.

Anocheceía, el calor sofocante nos relegó al patio. La madreselva que trepaba por las columnas había florecido y era por las noches cuando su exquisita fragancia nos envolvía. Las polillas y otros insectos se aproximaban a ella para libar el néctar de sus flores amarillas con tonos rosados en el exterior. El ulular de los insectos y el relajante susurro del agua que caía perezosa de la fuente adormecían nuestros sentidos.

Rashid se levantó, tomó la vela que llevábamos para leer y encendió los farolillos uno a uno. Instantáneamente, la penumbra se escabulló y liberó de su yugo los vivos colores de las petunias, crisantemos, geranios y zinnias que yo misma había plantado. El jardín parecía la entrada al edén. Pero en todo edén hay una serpiente.

Amina observaba subrepticamente desde la ventana de su habitación en la galería superior, en la esquina opuesta a la nuestra. Pude ver su inconfundible sombra junto a la celosía. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? Nada le dije a Rashid, no quería agriarle el humor.

—Embelleces todo cuanto encuentras a tu paso.

—¿También a ti?

—A mi vida. Y no tengo duda de que nuestro hijo será hermoso.

—Tú lo eres. Eres un hombre apuesto y gallardo.

—¿Por eso me amas? —inquirió alzando una ceja.

—Te amaría, aunque fueras un adefesio.

—Mientes.

Él sonrió veladamente mientras forzaba un gesto de reproche.

—¿Cómo pretendes que un adefesio conquiste a la mujer más hermosa de Toledo? Jamás habrías aceptado mis atenciones.

—Tal vez —contesté divertida.

—Doy gracias a Alá por no ser mal parecido.

Me acerqué a él, que todavía llevaba la vela en la mano.

—Y yo, por haber heredado los ojos de mi padre, que tanto te impresionaron.

Le arrebaté la vela y la deposité en el suelo.

—No me impresionan solo tus ojos. Es más bien todo el conjunto.

Su mirada me recorrió. Me rodeó la cintura y me acercó a él.

—Pues doy gracias por haber heredado todo el conjunto.

Sonrió de nuevo. Me besó con ardor y el deseo se manifestó implacable. Sus manos, ya diestras en esos manejos, camparon alegremente por mi cuerpo. Estaba siendo demasiado atrevido, alguien podía vernos. Inmediatamente recordé a Amina. Gruñí como única protesta y lo empujé ligeramente. Logró separarse a desgana. Miré hacia la ventana y respiré aliviada al no ver su sombra.

—Pueden sorprendernos —le recordé.

Me miró un tanto confundido.



—Cuando te beso, pierdo la noción de la realidad. Es como si todo se detuviera, como si todo a mi alrededor se diluyera en sombras. Como si mi alma necesitara beber de la tuya, es una necesidad vital, acuciante que me acecha sin tregua.

—Dar de beber al sediento es un mandamiento de la Biblia —aduje.

—También lo refleja el Corán.

—Entonces, ¿por qué esperar?

Me tomó en brazos y me llevó a la alcoba.

También allí se encontraba el edén.

\* \* \*

Apenas amanecía y escuchamos, como cada mañana, el cántico del muecín que llamaba a la oración del alba, el *al-fayr*, desde el minarete de la Mezquita Mayor. Rashid se había levantado y se hallaba arrodillado sobre la alfombra persa que utilizaba para sus rezos debidamente orientada a la Ka'ba. Con cada repetición de la oración, inclinaba la cabeza hasta tocar el suelo.

Dios es más grande, Dios es más grande.

Doy fe de que no hay más divinidad que Dios.

Doy fe de que Muhammad es el mensajero de Dios.

Acudid a la oración.

Acudid a la salvación.

La oración es mejor que el sueño.

Dios es más grande.

No hay más divinidad que Dios.

Lo contemplé inmerso en sus rezos.

Los *salat* eran cinco a lo largo del día. La ferviente fe de los musulmanes detenía el ajetreo de la ciudad y la convertía en un templo de oración y recogimiento. Aquel súbito cambio siempre me había impresionado.

Yo ahora era musulmana, sin embargo, mis ritos no habían cambiado. Rashid me respetaba, nunca me había impuesto ninguna de sus liturgias y, aunque a menudo discutíamos sobre párrafos del Corán, jamás me había recriminado que siguiera las enseñanzas de Jesús.

El rezo terminó y Rashid se levantó. El sol resplandecía en su cabello. Se encontró con mi atenta mirada y sonrió. Tomó la chalina de fino algodón blanco y se la enrolló en la cabeza con desenvoltura. Ya compuesto el turbante, se acercó a la cama y me besó.

—*Saba'a AlKair*, mi dulce Shahlaa.

Le acaricié el mentón, él giró la cabeza y me besó la palma de la mano. Dejó los labios un instante allí sin dejar de mirarme.

—Para mí no sale el sol hasta que no abres los ojos.

Su dedo índice delineó el contorno de mi boca.

—Y para mí cae la noche cuando te vas de mi lado.

Sonrió complacido. Se incorporó y se despidió hasta la noche. Tenía muchos asuntos que atender ese día. Algunos de sus barcos habían arribado al puerto y lo esperaba un inventario largo y tedioso.

Una de las sirvientas, la joven Nadwa, trajo mi desayuno algo cabizbaja.

—Shukran, Nadwa.

Por lo general era Latifa quien me atendía.

Bebí el té casi de un trago. Al terminar, noté un sabor diferente que dejó en mi paladar un amargor extraño. Miré a la muchacha que observaba circunspecta mis guiños.

—Está realmente horrible. —Intenté sonreír—. Latifa ha debido de levantarse bastante aturdida para prepararme semejante brebaje.

La sirvienta, de origen bereber, me dedicó una sonrisa constreñida. Noté cierto nerviosismo en sus ademanes.

—Tal vez equivocó las hierbas —aventuró.

Era más que posible, desde luego, la hierbabuena habitual no estaba presente ni el anís estrellado con que a veces lo aderezaba. ¿Qué diantres había bebido?

Nadwa esperó intranquila mientras terminaba con mi pan de higos.

—Cuando veas a Latifa dile que quiero verla, tal vez algo aturulle a esa cabeza suya. Quiero ser informada de todos los contratiempos que surjan, siempre me oculta las cosas para que no me preocupe, pero no tengo otro quehacer aparte de la labor y la lectura.

—Como disponga.

Se mostraba seca y distante. Ya había bromeado con ella en alguna ocasión, no entendía muy bien su reciente formalidad.

—¿Te sucede algo?

Negó con la cabeza, pero se mordió el labio inquieta. Parecía reprimir las ganas de contármelo. Decidí averiguarlo más tarde. Le devolví la bandeja ya vacía y le sonreí. Imaginé que saldría corriendo, sin embargo, permaneció inmóvil. Una o dos veces miró hacia la puerta como si temiera que alguien apareciera.

—Empiezas a preocuparme.

En su expresión se reflejó la duda que la embargaba. No obstante, logró dar la vuelta y salir para dejarme sumida en un molesto desasosiego.

\* \* \*

Los fuertes retortijones empezaron al mediodía. Eran punzadas lacerantes que acuchillaban mi bajo vientre. Inmediatamente me asusté por la intensidad del dolor. Grité para pedir ayuda. El siguiente pinchazo me contrajo. Jadeé y caí al suelo. No podía ponerme de pie. El dolor me agujoneaba el vientre y me cortaba la respiración. Literalmente me retorció sacudida por convulsiones intermitentes.

Una cálida humedad brotó de mi interior. Sentí algo denso y pegajoso descender por mis piernas. Miré horrorizada la sangre que rápidamente se extendía por mi túnica. Inmediatamente pensé en mi hijo.

—¡No! —grité desesperada—. ¡Dios, no lo permitas!

Con cada contracción la sangre manaba a borbotones. Aullé de dolor. La puerta se abrió, y Latifa, horrorizada ante la escena, se arrodilló en el suelo junto a mí. Tras ella aparecieron dos siervos que me levantaron y me depositaron en el lecho. Con la mirada nublada por el sufrimiento agarré su cabeza y la pegue a la mía.

—¡Ayúdame! —supliqué agonizante—. ¡No dejes que lo pierda!

Latifa, temblorosa y asustada, observó la sangre que ya se esparcía por toda la cama. Sus ojos llorosos me arrancaron el alma.

Una nueva punzada más intensa que las anteriores me atravesó el abdomen como un rayo furibundo en mitad de una tormenta y llegó a la parte baja de mi espalda. Grité de dolor y me desplomé sobre Latifa, que ya sin tapujos lloraba desconsolada. Escuché que llamaban a un médico. La vista comenzó a nublárseme. El martirio continuaba y convulsionaba todo mi cuerpo; ya demasiado debilitada para gritar, aguanté cada sacudida envuelta en llanto. Agradecida, me dejé llevar por la oscuridad.

\* \* \*

Desperté desorientada. Me dolía la cabeza. La habitación estaba en penumbras, no sabía muy bien si anochecía o si era el alba lo que estaba a punto de romper. Giré la cabeza a la derecha y encontré a Rashid acostado a mi lado. Dormía, parecía estar sumido en alguna pesadilla por los movimientos bruscos que le sacudían los párpados. Su barba crecida me sorprendió. Y entonces recordé.

Instintivamente me toqué el vientre; un dolor agudo me sacudió el alma. Él ya no estaba allí. Ya no lo sentía. Cerré los ojos, las lágrimas escaparon en un vano intento por aliviar mi pena. Mis hombros involuntariamente se sacudieron en violentos sollozos. Maldije a Dios, se llamara como se llamara, me había arrebatado a mi hijo. Jamás podría perdonarlo.

Rashid despertó sobresaltado, se volvió hacia mí e intentó abrazarme. Por alguna razón, lo rechacé. Estaba furiosa con el mundo y descargué en él mi ira. Lo golpeé, lo empujé, le grité. Finalmente, logró controlarme. Me apresó con fuerza entre sus brazos y esperó a que me tranquilizara. Me rendí desolada.

—Alá lo quiso así. Hemos de acatar su voluntad.

Lo miré colérica, deseé golpearlo de nuevo.

—¿Vas a venerar a un dios que ha matado a tu hijo?

La mirada de Rashid mostraba todo el sufrimiento que sentía.

—No, voy a venerar a un dios que ha salvado a mi esposa. —En su voz percibí el miedo que lo había embargado—. Cuando regresé y me encontré con esto, el médico estaba junto a tu cama. —Hizo una pausa como si le costara revivirlo—. Dijo que habías perdido mucha sangre y que era posible que no despertaras. Llevas inconsciente tres días.

Cerré los ojos. Ahora sí me sentía seca. Seca y derrotada.

—Estás viva, mi amada Shahlaa, y eso es lo único que importa. Seremos bendecidos con otros hijos. Mi amor curará tu herida.

No le contesté. Estaba tan cansada.

—Solo necesitas tiempo para reponerte. Muchas mujeres sufren abortos, creo que es algo normal y más en el primer embarazo.

Abrí los ojos acuciada por un único pensamiento.

—No ha sido un aborto natural.

Me asombré de mis propias palabras.

Rashid, boquiabierto, tomó mis hombros y me contempló temeroso.

—Todavía deliras, ¿verdad?

Negué con la cabeza. El amargo sabor de aquel horrible té junto con el incompresible nerviosismo de la joven sirvienta despertaron mis sospechas.

Le narré lo ocurrido aquella trágica mañana. Su semblante se oscureció. Frunció el ceño y apretó inconscientemente los puños. Me miró visiblemente consternado. Un mismo nombre ocupaba nuestros pensamientos.

—Te juro, por lo más sagrado, que desentrañaré lo ocurrido. Y, si hay un culpable...

Salió de la cama como impulsado por un resorte. Podía escuchar los latidos de su corazón retumbándole en el pecho. Deseé tener la fuerza suficiente para seguirlo, sin embargo, la cabeza seguía dándome vueltas. Volví a recostarme vencida. Clavé los ojos en el velo turquesa que coronaba la cama. Me imaginé tumbada en el ribazo del río contemplando el cielo estival, ignorante todavía de la maldad que albergaba el mundo. Esa inocencia no volvería nunca. Me toqué el rostro, estaba mojado. Lloraba.

\* \* \*

Cuando volví a despertar, estaba sola. Tenía la boca seca. Miré a mi alrededor para buscar la jarra de cobre que Latifa solía llenar de agua. La hallé en la pequeña mesa tallada que estaba justo en el centro de la estancia. Me levanté despacio. Las piernas me flaquearon al principio, pero logré caminar con bastante estabilidad. Tomé la jarra y bebí directamente de ella. Una gran parte de su contenido se derramó en la pechera de la camisola. Agradecí el frescor. Algo más reconfortada, me dirigí a la ventana y la abrí. El sol estaba alto, escuché el peculiar sonido que emitían las chicharras. El calor seco y asfixiante me golpeó. Entrecerré los ojos, la luz me cegó. De repente, un sople de aire me acarició el rostro. Me incliné ligeramente hacia delante en mi anhelo por disfrutar de su contacto. En ese preciso instante, escuché el correr de unos pasos tras de mí. Unas manos me sujetaron la cintura. Me volví aturdida. El asustado rostro de Rashid me contemplaba.

—No pensaba lanzarme al vacío —aclaré al ver su reacción.

Me alejó de la ventana y me inspeccionó el rostro.

—Pues lo parecía.

Más calmado, su respiración se acompasó.

—Solo necesitaba despejarme. Quería refrescarme.

Cerró las ventanas y me sentó en los almohadones que rodeaban la mesa central.

—Pues me temo que no has elegido un buen día. Este bochorno se hace insoportable —comentó. Entonces reparó en la mojada camisola—. Veo que has conseguido tu propósito.

—Me moría de sed.

Me acarició el cabello. Tomó un cepillo del arcón en el que guardaba mis enseres y comenzó a cepillarlo. Ninguno habló. Aquello me relajaba, cerré los ojos Para disfrutar de aquella agradable sensación. Sentí sus labios en mi frente y luego en mi barbilla. Hizo una pausa y finalmente su boca cubrió la mía. Mantuve los labios cerrados. Abrí los ojos.

—Necesito saber la verdad.

Indagué en su mirada y descubrí una honda tristeza.

—Fue ruda.

Lo miré sin entender.

—La ruda es una planta medicinal muy peligrosa para las mujeres embarazadas, pues provoca fuertes sangrados y ocasiona el aborto. —Hizo una pausa y tragó saliva, su voz era contenida—. Su sabor es bastante desagradable y en grandes cantidades la hemorragia puede provocar la muerte. A ti te echaron en el té tres partes más de lo aconsejado. —Su voz se apagó.

—¿Fue ella, verdad? —Mi voz fue atonal.

Asintió levemente. La ira cobró forma en su rostro.

—Latifa y yo interrogamos a Nadwa. Nos confesó toda la verdad entre sollozos. Amina encontró la planta junto al río y preparó la infusión, la sirvienta lo presenció, sin embargo, asegura que desconocía las propiedades de la ruda. Amina le mintió cuando le dijo que solo te provocaría algún incómodo problema intestinal, que quería indisponerte para que yo durmiera con ella. Le habló de lo injusto de su situación, de lo triste que se sentía por saberse ignorada y vilipendiada por mí. Que como esposa tenía los mismos derechos que tú... y la convenció. Nadwa no imaginó hasta qué punto llegaría la travesura.

Me levanté y volví a dirigirme a la ventana; aunque cerrada, la brisa se filtraba por la celosía.

—Con la confesión —continuó Rashid— buscamos a Amina. Estaba tranquila en su alcoba. Cuando la vi, perdí el control. Me lancé iracundo sobre ella y la habría estrangulado si mi padre y mi tío no me hubieran detenido. En ningún momento admitió la verdad. Juraba con un aplomo apabullante que la criada mentía. Afortunadamente, Latifa, astuta, registró la habitación mientras Amina se defendía de nosotros. Y en un pequeño cajón oculto en su arcón encontró algunos brotes de ruda. Fue entonces cuando el demonio mostró la cara. Encolerizada, golpeó a Latifa. Y se revolvió contra nosotros. Blandía una pequeña daga. Pudimos reducirla. No quieras imaginar las barbaridades que salieron de su boca. Te odiaba tanto que hasta saliva escupía cuando hablaba de ti. Según ella, le habías robado cualquier posibilidad de ser feliz, de que yo la quisiera y... ya no volverá nunca más.

—Quiso matarme y, en parte, lo ha conseguido. Ha matado la mejor parte de mí.

Mi apatía pesaba como el yunque de un herrero. Rashid se acercó y me abrazó.

—La mejor parte de ti, Shahlaa, está aquí —dijo y señaló mi corazón—. Y aquí —continuó señalando el suyo—. Y, mientras esas partes estén unidas, seremos capaces de superarlo todo. —Lo miré abatida, perdida, afligida—. Date tiempo, mi amor. Juro que no pararé hasta volver a encender esa hermosa luz dorada de tus ojos.

Nos abrazamos hallando consuelo y sosiego.

\* \* \*

Finalizaba julio y, más recuperada, pasaba las tardes en el jardín. Todavía lloraba a escondidas y maldecía para mis adentros. Afortunadamente el cariño de mi gente actuaba como bálsamo reparador.

Mi madre me visitaba a diario, también a Ruth se le permitió acompañarme. Mi tío, Flora e incluso el gran Ahmed acudían a cenar. Latifa preparaba sus mejores guisos para ellos, y eso nos convertía a todos en una gran familia. Rashid me colmaba de atenciones, mimos y arrumacos y, a pesar de tanta entrega, por la noche tumbados



y abrazados juntos esperaba en silencio una breve señal de mi parte que acabara con nuestra castidad, pero no llegaba. Él, necesitado de ese tipo de cariño, parecía contagiado por mi abatimiento.

Esa noche, luego de una copiosa cena y de haber despedido a todos los invitados, Rashid se quedó en la sala redactando cartas a los clientes. Ya ni siquiera insistía en su empeño.

Le miré el rostro a la luz de la vela y, cuando alzó los ojos para desearme buenas noches, me sobrecogió la aflicción de su semblante. Su alma estaba tan sedienta que empezaba a languidecer. Subí pesarosa a la alcoba, me desnudé y elegí una camisola de fina seda marfil, translúcida y suave, con un escote ribeteado de bordados de oro. Me senté a esperarlo. Tardó un buen rato en subir.

Cuando me vio, su semblante se iluminó. Me puse de pie y dejé que me contemplara subyugado.

Sin embargo, parecía necesitar una señal más contundente.

Recordé su mirada cuando vio la pechera de mi camisa mojada aquella mañana. Tomé la jarra de la mesa y bebí de ella. Intencionalmente vertí el contenido sobre mis pechos. Los pezones instantáneamente se me endurecieron claramente visibles bajo la liviana seda. Él contuvo la respiración. Su mirada era flamígera.

—Vuelves a ser tú —espetó emocionado.

Nos buscamos casi con violencia. Me tomó entre gruñidos y jadeos salvajes. Hambriento hasta desfallecer, se cernió sobre mí enardecido.

Esa noche nos buscamos de nuevo, pero, ya saciados, fue la dulzura, la ternura la que nos gobernó. Caricias sugerentes, miradas almibaradas, besos lánguidos, dulces como la miel y promesas susurradas fortalecieron nuestro amor.

—Voy a soñar toda mi vida con tu imagen echándote agua por el cuerpo. Eres la mujer más sensual que conozco.

Me miró pensativo. La firme línea del mentón se endureció apenas, sus labios se ensancharon en una resplandeciente sonrisa.

—Vamos a viajar a Sevilla —anunció.

—¿Có... cómo?

Inmediatamente los latidos de mi corazón se aceleraron.

—Has perdido un hijo, es justo, pues, que ganes un padre.

Lo abracé emocionada; hasta ese momento, no me había percatado de lo feliz que aquello me hacía.

—Te amo, mi dulce Rashid.

# Capítulo 5

## El principio del fin

Isbiliya, año 844 d. C. (229 de la Hégira)

Sevilla apareció ante nuestros ojos después de nueve agotadoras jornadas de viaje. El polvo del camino se pegaba a nuestra piel y nos secaba la garganta. Finalizaba septiembre y, aunque la temperatura se había entibiado, hacía un calor impropio para la estación. Anhelábamos un poco de lluvia que refrescase la brisa. Asomé la cabeza por el ventanuco de la carreta y contemplé la imponente muralla que se alzaba ante nosotros. Era la primera vez en la vida que viajaba y me sentía entusiasmada. Una y otra vez me levantaba de mi asiento y sacaba casi medio cuerpo por la ventanilla.

—Acabarás debajo de la carreta —apuntó con sorna.

Aguardamos nuestro turno de entrada tras una extensa fila de carretillas que portaban toda clase de mercancías. Caminantes y viajeros que acudían a la ciudad nos adelantaban con sus hatillos sujetos en torno a la cintura. Otros, por el contrario, caminaban solos, tal vez con alguna bolsa de monedas bien oculta entre las ropas.

Por encima de turbantes y tocados se alzaba la muralla de piedra caliza rematada por puntiagudas almenas. Cada cierta distancia, se elevaban atalayas de planta circular construidas con mampuesto de piedra caliza y rellenas con adobe. Rashid me había contado que de una atalaya a otra se comunicaban enviando señales: de día utilizaban espejos y, de noche, fogatas.

El polvo se elevaba sobre nosotros y nos hacía lagrimear los ojos. Conversaciones en árabe llegaban a nuestros oídos. Un hombre cargaba sobre los hombros a un niño que, sonriente, me miraba. Lo observé melancólica. Mi esposo me puso un brazo sobre los hombros. Le sonreí. Sabía cómo actuar en cada momento como si estuviera dentro de mis pensamientos.

El lento traqueteo de la desvencijada carreta nos llevó por fin a la puerta de acceso. Estaba coronada por un gran arco de herradura apuntado y portaba dintel y jambas hechas de sillares. La doble hoja era de madera, gruesa y oscura punteada por

refuerzos de hierro. El guardián de la entrada iba ataviado con una túnica roja larga abierta a partir de la cintura, un parapeto de cuero negro y calzas del mismo color, un ancho cinturón que le ceñía la cintura y una correa doble que le caía sobre la cadera y que mostraba la funda de un impresionante alfanje. Su cabeza estaba protegida por un casco puntiagudo. En la mano exhibía una lanza. Sus ojos curiosos nos observaron.

—¿Vienen a mercadear? —nos preguntó. Se rascó la barba pulcramente recortada al tiempo que rodeó la carreta.

—No —contestó Rashid—. Venimos a visitar a un pariente.

El guardián me observó largamente.

—¿Es su esposa?

Rashid asintió y le dedicó un semblante adusto.

—Será mejor que no se separe ella; es fácil que se meta en problemas si la deja sola: es más hermosa que la favorita del cadí Ibn Adabbas.

—Le agradezco el consejo, pero no pensaba separarme de su sombra. —Dio por terminada la conversación: palmeó las manos y el carretero agitó las riendas para azuzar a los caballos.

La súbita sacudida nos empujó hacia atrás. El quejido lastimero de las ruedas y los cascotes se mezcló con la barahúnda de sonidos y colores de Isbiliya, como la llamaban los árabes.

Era una ciudad grande y bulliciosa. El río Guadalquivir la rodeaba y la abastecía de agua: en sus orillas se alzaban las norias y nacían las acequias.

Un abarrotado puerto surgió ante nuestros ojos. Dotado de embarcaderos, estaba plagado de pequeñas barcas de pesca, de *dhows* y jabeques. El viento abombaba sus velas amarillentas. Extasiada, admiré el espectáculo.

Sevilla era uno de los puntos neurálgicos de las rutas comerciales. La actividad incesante obligaba al almotacén a acompañarse de varios ayudantes para controlar con diligencia el trabajo portuario.

Continuamos avanzando en la medina hasta llegar a la alcaicería poblada de toldos listados. Los puestos se amontonaban y exhibían variopintas mercancías. El intenso olor de las especias nos envolvió para agujonear nuestros famélicos estómagos. Túnicas, sayos, velos y capas flameaban con la brisa de finales de septiembre y esparcían aromas diversos.

Más adelante, Rashid me señaló la mezquita mayor, la aljama llamada de Umar ibn Adabbas en honor al cadí de Sevilla. Me asombró el imponente alminar que se erguía orgulloso sobre nuestras cabezas construido en piedra arenisca de un color ocre marrón. Junto a la mezquita se hallaba la madraza, de planta rectangular, especializada en la enseñanza de la ciencia religiosa, jurisprudencia y derecho canónico a los jóvenes musulmanes que vivían dentro de ella.

Por fin, la carreta se adentró en los establos de un *al-funduq*, un edificio público que alojaba a los visitantes y forasteros.

Rashid descendió y entregó unas monedas al carretero.

—Búscanos una habitación confortable.

Me tomó de la mano y me ayudó a bajar.

—Creo que necesitamos un baño.

Anduvimos un trecho y, cerca de la aljama, encontramos un *hamman*.

Nos adentramos en los baños públicos.

Mi esposo desapareció en la sala de los hombres, y yo ingresé a la de las mujeres. Bajé unas escaleras hasta llegar a una especie de sótano abovedado que era el primer recinto, el vestidor. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra. Una mujer de mediana edad me ayudó a desvestirme. Me sentía sucia y acalorada.

Tras entregarme un paño blanco y calzarme unos chapines, me acompañó a la siguiente sala. La sala del vapor. La luz tenue que desprendían las velas colocadas sobre estantes invitaba a la relajación. El ambiente, demasiado húmedo, era escarlata y parecía la misma entrada al infierno. Envuelta en el paño, me tumbé sobre una tarima y sentí languidecer cada músculo.

Sobre mí se alzaban arcos de herradura de medio punto apoyados en columnas ricamente labradas con atauriques vegetales; en la bóveda se abrían lucernas con formas octogonales cubiertas por vidrios de vivo color carmesí por los que pasaban huidizos rayos de sol. Las paredes, unas con zócalos coloridos y otras con rojos estucados, formaban un rectángulo. En el centro se hallaban dos piscinas de agua fría. Al final de la sala, una estrecha galería abovedada conducía a un aljibe, el pozo que abastecía de agua al edificio.

El vapor ascendía y humedecía el ambiente. Pequeñas gotas de vaho perlaban los azulejos y las pieles de los visitantes.

Madres, hermanas, hijas, amigas se reunían en agradable conversación a la vez que se enjabonaban, se depilaban, se untaban con aceites de tomillo, romero, laurel y se adornaban con henna, embelleciéndose para sus hombres entre risas y camaradería. Algunas incluso comían y bebían.

Cerré los ojos e inmediatamente me evadí del mundo. Las voces suaves y el murmullo del agua elevaron mi espíritu. Ajena al tiempo, me dejé llevar por el embrujo del lugar.

Una mano me sacudió ligeramente, abrí los ojos aturrida. Había llegado mi turno.

La mujer que trabajaba allí me ofreció un vaso de té y una bandeja con dátiles y naranjas. Le sonreí y bebí agradecida. Me desprendí del húmedo paño de algodón y me adentré en la piscina. Evité nadar, pues no estaba bien visto por los musulmanes, y me recosté en la sumergida escalinata de mármol.

El frescor del agua evaporó mi letargo y me entonó el cuerpo. Era tan agradable, tan excitante que recordé aquel baño en el Tajo. Deseé estar entre los brazos de Rashid.

Salí y me dejé hacer. Una de las esclavas me invitó a ponerme en cuclillas. Enjabonó enérgicamente mi cuerpo de arriba abajo con rítmicos movimientos circulares. Me lavó el cabello y le aplicó alheña mecha a mecha. Luego, me aclaró con recipientes de madera llenos de agua fría que, en contacto con el cálido pavimento, provocaban vaharadas de vapor. Me restregó el rostro con tierra de Armenia para suavizarlo. Para mi asombro, depiló todo el vello de mi cuerpo, incluido el del pubis, con una mezcla de caramelo y limón y me cubrió con fragantes ungüentos que me dejaron la piel tan suave como la seda. Depositó unas gotas de almizcle y laurel en determinadas zonas, coloreó mis ojos con *kohl* y, finalmente, me introdujo una pequeña corteza de nogal en la boca para mejorar el aliento y sonrosar mis encías.

Unas mujeres que me observaban me hicieron un gesto para que me acercara.

—¿De dónde eres? —quiso saber una de ellas.

—Vengo de Toledo.

—Por alguna razón, me resultas familiar. He visto esos ojos en alguna parte.

El corazón me dio un vuelco.

—Busco a mi padre. Se llama Khaled abd al-Yaced, y creo que posee un puesto junto al río.

Las mujeres se miraron asombradas.

—¡*Basmala!* Alá sabio y misericordioso te ha traído hasta nosotras.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —inquirí nerviosa.

—Vive en una casa en los arrabales con su esposa y sus tres hijos. —Frunció el ceño, meditabunda—. Pero son tres varones.

Me miró desconfiada y dubitativa; finalmente, negó con la cabeza.

—¡Vaya truhán! —exclamó—. Un hombre así debe de tener hijos por doquier: no he visto nunca ojos así.

Casi todas las mujeres suspiraron al unísono.

Sonreí para mis adentros.

—¡Muchacha, si hubiera tenido un cuerpo como el tuyo, sería dueña de la alcazaba, y el cadí sería mi siervo!

Las mujeres prorrumpieron en carcajadas.

En mi interior creció el desasosiego. Pronto estaría frente a mi padre, y su reacción me aterraba.

Embellecida y perfumada, salí del establecimiento en busca de Rashid. Él ya me esperaba impaciente y sus ojos se iluminaron cuando me vieron. Se acercó y me olfateó el cuello.

—¡Mmm...! Deliciosa —susurró.

Sus labios depositaron un beso en mi boca.

—Sé dónde encontrar a mi padre —comencé—. Unas mujeres me relacionaron con él por mi parecido, les dije su nombre y me explicaron que vivía en los arrabales. Tengo tres medio hermanos.

—Los arrabales son bastante extensos —explicó—. Podríamos probar primero por la alcaicería y después por los puestos que encontremos junto al río.

Asentí y salimos del establecimiento.

La noche era clara, estrellada y coronada por una sublime luna llena. La temperatura había bajado considerablemente. Estaba en nuestra habitación y, mientras miraba el cielo, sentí una fresca brisa. Me puse la camisola de dormir y cubrí mis hombros con una *mobatana* de mi madre.

Pensé en ella. Cuando le comuniqué mi intención de viajar a Sevilla, un halo de melancolía la invadió y sus ojos brillaron con la remembranza de aquel amor que la había marcado para siempre. Me dio su bendición y un consejo: “El que nada espera, nunca sufrirá desengaños”.

Al cabo, Rashid apareció con una expresión preocupada.

—Debemos irnos —me comunicó. Sus ojos aguantaron mi confusa mirada.

—No sin verlo primero. Sea lo que sea podrá esperar.

Movió negativamente la cabeza.

—Acabo de escuchar a unos hombres en la taberna y, si lo que allí se ha hablado es cierto, corremos un gran peligro. —En su voz se asentaba una firme determinación.

—No puedo irme ahora que lo tengo tan cerca.

Caminó de un extremo al otro. Me miró de nuevo y se acercó resuelto.

—Escúchame, uno de esos hombres dijo que a su casa había llegado un pariente de su mujer que vive en Coria del Río. Se encontraba malherido y vivo de milagro. Según él, la noche anterior habían asaltado su aldea y habían matado a cuantos encontraron a su paso. Dijo que eran unos demonios de lengua extraña.

—¿Tanto miedo por unos asaltantes? Estamos en una ciudad amurallada bien preparada para la defensa —repliqué.

—¿No lo entiendes? Son las bestias del Norte. Por lo visto, tienen un campamento en Qadis, en Gades, aterradoramente cerca de aquí; si remontan el río, no tardarán en llegar. Otro aseguró que el gobernador de Lisboa, Ibn Hamz, hace cosa de un mes los rechazó bravamente durante varios días. Los *nordumâni* desistieron y los vieron desplazarse hacia el sur. —Hizo una pausa para tomarme de los hombros antes de



continuar—. ¡Shahlaa, su flota la componían casi ochenta barcos y más de la mitad de grandes dimensiones! Puede que estén al llegar. —Se pasó las manos por la cara con nerviosismo.

—¿Qué te hace pensar que vendrán aquí? —Empecé a inquietarme.

—Isbiliya es una ciudad rica. Además, ¿por qué crees que han intentado aniquilar a los aldeanos de Coria?

Me encogí de hombros.

—Para que no pudieran dar la voz de alarma al ver pasar ante sus casas una flota como esa. Es lo único que puedo imaginar.

Percibió mi inquietud y me abrazó.

—Pero Coria no está lejos; habrían llegado ya, ¿no?

—Tal vez la masacre de Coria fue obra de una avanzada —dedujo.

—Entonces, habrá que avisar al cadí. Hay que alertar a la ciudad.

Rashid, como por impulso, sacó de su baúl una cimitarra debidamente enfundada. La liberó y la contempló circunspecto. Ensimismado, acarició la empuñadura adornada con filigranas.

—Ya mandaron un mensajero a la alcazaba. Ruego por Alá que lo escuchen.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Qadis está a unas tres jornadas de aquí —conjeturó pensativo—. Y, si lo de Coria fue anoche, deben de estar en camino; tal vez mañana...

Cerró el baúl y me miró con gravedad.

—Iré a avisar para que preparen la carreta: mañana antes del alba partiremos.

Avancé hacia él y lo detuve.

—Tengo que alertar a mi padre. —Mi tono fue resuelto.

Me miró largamente.

—No sabemos con certeza dónde vive y...

Vio en mi expresión que no pensaba transigir.

—De acuerdo —concedió—, yo mismo te lo traeré.

Lo miré boquiabierta.

—¿Y cómo piensas lograr eso?

—He conseguido cuanto me he propuesto en la vida. —Me sonrió y añadió—: indagaré con mi fiel amigo, él nunca falla. —Alzó la pequeña bolsa de piel llena de dirhams de oro que ocultaba bajo el cinto.

—Cuídate.

Tomó una capa, me sonrió desde la puerta y desapareció dejándome atribulada y angustiada. Por primera vez, vislumbré la posibilidad de perderlo. La negrura que veía era tan intensa y abrumadora que rápidamente la deseché de mis pensamientos. Todo saldría bien, me dije. Fui hasta la cama a sabiendas de que no podría dormir hasta tenerlo conmigo.

\* \* \*

Cabeceaba en una suerte de duermevela poblada de pesadillas llenas de demonios de pelo largo cuando unos golpes secos me envararon.

Aturdida fui hasta la puerta, alguien llamaba con insistencia. Cuando abrí, me vi reflejada en mis propios ojos.

El hombre mostró el mismo asombro que yo. Consternado abrió la boca sin que le saliera palabra alguna. Me contempló con atención sin apenas creer lo que veía. Yo también lo observé con curiosidad.

Era bastante alto, su tez más morena que la mía, sus pómulos elevados, la nariz recta y la boca generosa resaltada por una barba corta y cuidada tan zaina como su cabello. No llevaba turbante y, al igual que a mí, los rizos se le ondulaban ligeramente

reflejando en cada curva el brillo rutilante que desprendían las velas. Y sus ojos de un ámbar claro e intenso a la vez eran grandes y almendrados, con largas pestañas oscuras, menos rizadas que las mías.

La única diferencia radicaba en el género, ya que, al ser hombre, sus ojos estaban algo más hundidos y las cejas más marcadas y pobladas.

—¡Que Alá misericordioso y compasivo me ayude! —exclamó enternecido—. Era cierto, ese muchacho no me engañaba.

—¿Padre? —La impresión fue tal que sentí ganas de llorar.

—¿Acaso tienes alguna duda ahora que me ves frente a ti? Alá en su infinita sabiduría plasmó mi apariencia en ti para que no hubiera interrogante alguno. —Hizo una pausa y se acercó a mí. Sus ojos brillaban emocionados—. ¡Hija mía!

No pude aguantar el llanto. Él me acogió entre sus protectores brazos. Calmó mis sollozos con palabras cariñosas y me acarició el cabello con ternura acumulada.

—Eres hija de Elvira. —Ahogó un suspiro—. Hija de mi primer amor. Nunca pude olvidarla.

Permanecemos en silencio. Más calmada, lo miré.

—¿Te casaste con otra sin olvidarla? —Intenté que no sonara como un reproche sin conseguirlo.

—Ella marchó con su esposo, y yo aligeré mi sufrimiento viajando por el mundo. Luego, decidí instalarme aquí y conocí a Samila. Ella me dio paz y cariño. Acabé queriéndola; nada supe de tu madre todos estos años, aunque reconozco que algunas noches todavía sueño con ella.

Le conté lo acontecido en nuestras vidas. Incluso el intento frustrado de mi madre por contarle de mi existencia. Y él, perplejo, fruncía el entrecejo aturdido por la jugada del destino. Se frotó la frente y me miró apesadumbrado.

—Si la hubiera sabido viuda antes de desposarme... —Me tomó las manos y me miró con honda congoja.

—¿Podrás perdonarme?

—Lo haría si hubiera algo que perdonar, pero fue el destino el culpable de todo esto.

—Sin embargo, yo me siento...

Le sonreí, él me limpió las lágrimas con la punta de los dedos.

—De nada sirve lamentar y pensar en lo que habría sido; lo único importante es lo que será a partir de ahora. Quiero conocer a mis hermanos.

Me devolvió una sonrisa aun más ancha.

—Por supuesto. Si me dejas, querría recuperar el tiempo perdido. Ahora tengo una bella hija para conocer.

Rashid entró y mi padre habló.

—Tu esposo es un hombre obstinado y voluntarioso. Casi me sacó a rastras del jergón.

Conocía de sobra su tenacidad. Yo era viva prueba de ello.

—Ahora viene la peor parte —avisó Rashid.

Dejó que fuera yo quien hablara.

—Debes recoger a tu familia y abandonar la ciudad.

Su mirada ambarina mostró incredulidad. Le relaté la amenaza de un ataque inminente y me miró como si hubiera perdido el juicio. Seguidamente observó a Rashid que asentía con la cabeza.

—¿Es verdadera esa amenaza?

—Solo hay evidencias, para mí, claras —contestó—, pero en absoluto certezas. Sin embargo, y en honor a tu hija y su afición por los proverbios, te diré que los imprudentes son herederos de la necedad y los prudentes se rodean de conocimiento.

—¿Pero adónde iremos?

—Lo más lejos que podamos. Rentaré otra carreta para tu familia. Marcha aprisa, Khaled.

Mi padre me miró asombrado; inmediatamente se despidió y salió a la carrera.

El sol apenas asomaba por el horizonte y doraba ligeramente los tejados de las casas. La oscuridad retrocedía perezosa y se cobijaba en rincones y estrechos callejones.

Desde mi ventana no divisaba el río, pero la bruma que desprendían sus aguas envolvía la medina. Me desperecé alargando los brazos. De pronto, un ensordecedor ruido me sobresaltó. Un vocerío atronador surgió del horizonte. Eran gritos de guerreros enardecidos.

Corrí a la ventana y me asomé con espanto. Me encontré con cabezas asomadas a la calle que se miraban confundidas entre ellas.

Lo siguiente que escuché fue una sucesión de silbidos incesantes.

Todos los sonidos procedían del río.

La gente salía curiosa a la calle y se encaminaba hacia al puerto.

—¡No! —grité—. ¡Huyan, son los *nordumâni*, están atacando la ciudad!

De los que lograron escucharme, unos entraron aterrados en sus casas y otros, los más escépticos, continuaron avanzando hacia el puerto.

Me debatía entre la necesidad de avisar a la gente y aguardar el regreso de Rashid. La delgada figura de unos niños que se mezclaban con la multitud que ya ocupaba las calles me decidió.

A mi olfato llegó el olor del fuego; pequeñas nubes brotaban aquí y allá desde los tejados. Estaban lanzando flechas incendiarias. La gente que alcanzaba el puerto corría despavorida y chocaba de frente con la que intentaba indagar.

El caos fue monumental.

Los niños quedaron atrapados entre los dos grupos y estaban a punto de ser aplastados. Miré a mi alrededor y abrí el baúl. Sin dudarlo, saqué de la funda la temible cimitarra de Rashid y bajé a la calle.

Aquella masa de gente entorpecía mi camino, sin embargo, yo empujaba con apremio y me deslicé en busca de los niños.

—¡Corran! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Nos atacan las bestias del Norte!

Encontraba caras aterradas y confundidas. Me resultaba imposible penetrar en esa marea de gente enloquecida. Escuché el llanto de aquellos pequeños atrapados en la barahúnda y, sin pensarlo, alcé la cimitarra.

La gente se alejaba de mí lo suficiente para localizar a las criaturas: eran una niña y un niño de unos cuatro y seis años respectivamente. Lloraban desconsolados. Conseguí llegar hasta el final de la calle en la que se agazapaban entre las piernas de la

masa. Tomé en brazos a la niña y logré que el pequeño me asiera fuerte de las faldas. Retrocedí lo andado y me oculté en un soportal.

—No hay de qué temer. Ahora solo es necesario permanecer muy callados. Vamos a escondernos, estoy segura de que no es la primera vez que juegan a este juego.

Los dos asintieron aterrorizados.

—Bien, entonces, hay que hacer silencio para no ser descubiertos. ¿Está claro? — Tuve que alzar la voz para hacerme oír.

Debía llevarlos a la carreta y esconderlos allí hasta que llegara Rashid y pudiésemos escapar. Pero, cuando asomé la cabeza, vi que la muchedumbre corría horrorizada. Aullidos y lamentos me atronaban los oídos. Debían de estar cerca. Tragué saliva y respiré profundamente. El terror ocupaba cada fibra de mi ser, sin embargo, no tenía otra opción que salir o estaríamos atrapados.

Tomé de nuevo a la niña y pedí al niño que subiera a mi espalda. Estaban muy delgados, pero rogué a Dios que me diera las fuerzas suficientes para llegar. Me lancé a la callejuela rumbo a la hospedería. Corrí sin mirar atrás. La multitud huía: algunos portaban a sus hijos, otros, algunos pocos enseres.

Fui empujada con violencia y a punto estuve de caer. La pequeña gritó y escondió su cabecita en mi hombro. Logré estabilizarme y continué. Estaba llegando y vislumbré la puerta de los establos. Una figura familiar me salió al encuentro.

—¡Rápido, pasa!

Rashid tomó de mis brazos a la niña y nos adentramos en el cobertizo. Apenas quedaban carros. Olía a heno y a estiércol, pero sobre todo a miedo. Grupos de personas se habían refugiado allí, tal vez, a la espera de familiares.

Mi esposo me miró con furia.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Por qué saliste del cuarto?

No contesté, todavía intentaba acompasar la respiración. Miré a los niños que se acurrucaban bajo mis faldas.

Rashid se acercó a mí y me abrazó, pude sentir que temblaba.

—No podía dejarlos a su suerte; habrían muerto sepultados.

Los miré. La pequeña me observó con los ojos muy abiertos. Parecía aterrada. Me agaché junto a ella y acaricié su ensortijada melena.

—¿Cómo te llamas?

—Amaal. —Su dulce vocecita se me clavó en el alma—. Y mi hermanito, Yusuff.

Les sonreí para tranquilizarlos y les expliqué que trataríamos de escapar y que encontraríamos a sus padres cuando todo se calmara.

—Todo saldrá bien, pequeños. —La niña me abrazó—. Me llamo Shahlaa, y él es mi esposo.

Unos golpes en los portales nos sobresaltaron. Rashid me arrebató la cimitarra.

—¡Aprisa, escóndanse en la carreta!

Subí a los niños y me agazapé contra ellos. Los caballos resoplaron agitados. Entreabrí apenas el toldo de la capota y escudriñé el exterior.

Rashid esperó tras la puerta, sable en mano, hasta que una voz conocida lo llevó a abrir con premura los postigos. Khaled entró acompañado de dos de sus hijos. Estaba herido: un tajo abierto le atravesaba el brazo izquierdo, sangraba profusamente.

Salté del carro y corrí hacia él. Sin miramientos levanté mi túnica y arranqué un trozo de tela de la larga camisola. No le hablé, le hice un torniquete como vi hacer una vez a Flora con Ahmed.

Mi padre y mi esposo me miraban asombrados.

—He visto guerreros tardar más tiempo en reaccionar, hija. Pero no hay tiempo para esto, mi esposa se escondió en los baños junto a la mezquita; he de ir a buscarla. La multitud nos separó. Lleva al bebé.

Le apreté con fuerza el nudo de la improvisada venda y le besé fugazmente la mejilla.

—Voy contigo, estás herido y vas a necesitar ayuda —propuso Rashid.

—¿Dónde demonios están los soldados, la guardia del cadí? ¿Por qué nadie se enfrenta a esos salvajes? —inquirió iracundo.

—Han huido —respondió mi esposo intentando mantener la calma, aunque sus ojos mostraban indignación—. El cadí y toda su guardia nos han abandonado. Cuando recibieron el aviso, escaparon asustados a Carmona. Cuando fui en tu busca, me encontré con un informante. Justo en ese momento divisamos las naves de los *mayus*. Una flecha hirió a mi hombre. Tuve que ayudarlo a regresar a su casa. —Me miró—. Por eso me retrasé.

—¿Qué Alá nos proteja! Vámonos; temo por mi esposa —apremió Khaled.

—Déjame acompañarte, padre —espetó el mayor de los muchachos.

—Ni hablar, tú te quedarás aquí para cuidar a tu hermano —ordenó con aplastante firmeza.

Miré a Rashid con el corazón en un puño. Negué con la cabeza.

—Volveremos enseguida, los baños están cerca de aquí.

Rashid me besó precipitadamente y me entregó la pequeña daga que siempre lo acompañaba.

—Espera en el carro con los niños; cuando regresemos, saldremos como centellas de este lugar.

Empuñó con fuerza el arma y salió junto a mi padre. Cerré los portales y subí a la carreta acompañada de mis medio hermanos. El mayor tendría un año menos que yo, diecisiete, y el pequeño, doce. Jamil y Said, así se llamaban, me miraron impresionados. Veían a su padre en mí.

—Tú eres Shahlaa, ¿no?

Jamil pronunció mi nombre con desprecio.

—Por ti discutieron mis padres anoche —agregó resentido.

—¿Ella es nuestra hermana? —preguntó Said.

Asentí cogitabunda. Debí de haber esperado esa reacción.

—No he venido a robarles el padre. Tan solo quería conocer a mis medio hermanos. Soy la única hija de mi madre.

Me miraron recelosos. No era el momento de conversar. Esperamos en silencio. Los gritos continuaban, los pasos acelerados que golpeaban los adoquines se sucedían interminables. Había pasado demasiado tiempo. Ya deberían de haber regresado. Algo andaba mal, podía presentirlo. El nudo que me atenazaba el estómago me aceleró el pulso. No podía quedarme de brazos cruzados mientras los dos hombres de mi vida podían estar en peligro. Miré a Jamil.

—Iré a buscarlos. Te dejo a cargo.



No se opuso. Nada dijo, simplemente asintió. Estaba aterrado al igual que yo. Le apoyé una mano en un hombro y le sonreí.

—Volveré con ellos —prometí.

Bajé del carro y salí. Fuera se había desatado el pandemónium. La muchedumbre corría en todas direcciones chocando unos con otros. Un grupo de andalusíes que se había organizado y armado avanzaba hacia el puerto. Me filtré entre ellos para evitar ser arrastrada por la multitud que huía despavorida. Llegué al final de la calle, doblé a la derecha y continué rumbo a la aljama. Escudriñé a mi alrededor con ansiedad. No los veía por ningún sitio. Tropecé con algo blando y caí al suelo. Di de bruces con el cadáver de una mujer. La habían degollado. Horrorizada, me incorporé.

La sangre inundaba la calle principal. Varios cuerpos descansaban inertes en la calzada, clara muestra de que los hombres del Norte habían desembarcado. Instintivamente apreté con fuerza la daga.

El entrechocar del metal se alzaba por encima de gritos y lamentos. Estaban muy cerca de mí. Sentí el impulso de girar y correr al refugio, pero la desesperación por encontrar a mi esposo logró aplacarlo. Entonces los vi.

Mi padre se hallaba inclinado sobre el cuerpo flojo y ensangrentado de una mujer; a su lado un manto arrugado con la forma de un cuerpo pequeño permanecía inmóvil y trágicamente silencioso.

Me sentí desfallecer, aquel diminuto cuerpo era mi hermano.

Unos hombres peleaban encarnizadamente; de pronto, me encontré en mitad de la contienda.

Los invasores eran todavía más grandes de lo que imaginaba y más temibles; parecían demonios ataviados con pieles de oso. Sobre sus cabezas llevaban un casco de hierro puntiagudo con protección para la nariz; a algunos el yelmo les protegía los ojos como si de una máscara se tratara.

Los pocos ciudadanos que les hacían cara comenzaban a retroceder. Asustada, corrí hacia Khaled que, desolado, sollozaba junto al cadáver de su esposa. Lo sacudí vigorosamente. Tardó en mirarme y, cuando lo hizo, pareció no reconocerme.

—¡Debemos irnos! No puedes hacer nada por ellos —le grité.

Él no reaccionaba. Su brazo sangraba de nuevo. Lo zarandeé hasta lograr que volviera a mirarme. Tenía la cara amoratada, su ojo izquierdo apenas podía abrirse.

—No puedo marcharme sin ellos —contestó.

Lo tomé del brazo sano e intenté tirar en vano de él. Era como empujar una roca anclada al suelo.

Los guerreros se acercaban, el chasquido de las espadas silbaba sobre mi cabeza.

—Entonces yo tampoco me iré sin ti.

Con el corazón en la boca me senté junto a él. De mis labios salió la pregunta que bullía lacerante en mi cabeza.

—¿Dónde está Rashid?

Contuve el aliento. Khaled me miró aturdido.

—No sé. Él me salvó la vida, cuando... cuando vimos cómo... —Cerró los ojos y respiró hondo—. Cómo se enzarzó en la pelea contra uno de esos salvajes; creo que lo mató, pero aparecieron más.

Fui yo quien cerró los ojos. Sentí que el pulso me agujoneaba las sienes. Me encontraba en medio de la pesadilla más abominable que alguien pudiera imaginar. Abrí los ojos. Cuerpos mutilados, sangre, gritos, sollozos, hombres desesperados peleando por su vida. Y, en mitad de aquel infierno, lo vi. Rashid levantaba una espada que no era la suya y la descargaba contra uno de esos gigantes. No parecía él: enardecido por el combate, fruncía el ceño con determinación, gruñía y gritaba iracundo con cada estocada.

Mi corazón se encogió. Me erguí horrorizada, su oponente lo doblaba en tamaño. Rashid retrocedía conteniendo a duras penas las acometidas de su adversario. De repente, unas fuertes manos me enlazaron la cintura y me alzaron en el aire. Dejé escapar un grito. En ese instante, mi esposo miró en mi dirección. Su rostro concentrado se desencajó. Abrió los ojos espantado.

—¡Shahlaa! —chilló.

La punta de una espada voló hacia su cabeza. Grité enloquecida. Se agachó a tiempo. Su contrincante aprovechó la distracción para arrinconarlo en una esquina. Pataleé, cabeceé y mordí como una fiera. El gigante de pelo rojo y casco reluciente me alzó sobre un hombro sin inmutarse. Rashid me miraba angustiado incapaz de escapar de la refriega.

—¡Khaled! —aulló desesperado—. ¡Tu hija, ayúdala! ¡Sálvala!

Mi padre giró la cabeza y lo miró. De pronto, un brillo peculiar le iluminó los ojos. Se levantó como un endemoniado y embistió contra el gigante que me cargaba. Caí al suelo en mitad de la escaramuza. Horrorizada, comprobé que mi padre tan solo iba

armado con la furia que brotaba de su interior como un torrente incontrolable. El guerrero pelirrojo blandió una espada y la hundió en su costado.

Khaled abrió los ojos asombrado.

—¡Noo...! —rugí.

Mi padre se desplomó sobre el pavimento. Las lágrimas impotentes que mojaban mi rostro no impidieron que viera con claridad lo que tenía que hacer.

Saqué la daga del cinto de mi túnica y me acerqué al guerrero. Él me apresó de nuevo. Ya me alzaba cuando, con un movimiento preciso y certero, clavé mi daga hasta la empuñadura en su cuello. La sangre, cálida y viscosa, fluyó a borbotones, me salpicó el rostro y empapó mi ropa. El hombre cayó de rodillas con una expresión de desconcierto en el semblante.

El guerrero que batallaba con Rashid me observó atónito. Gritó algo en una lengua extraña y al instante aparecieron dos hombres más.

Mi esposo aprovechó el desconcierto para herir a su oponente y, sin dudarlo, corrió hacia mí. Sin embargo, no llegó. Una espada le atravesó el hombro a la altura de la clavícula. Cayó de rodillas. Estiró el otro brazo y lo alargó para tocarme. Me arrojé junto a él y lo besé. Me abracé con fuerza a su cuerpo, temblaba atormentado, colérico, impotente.

Una mano me agarró con fuerza de la cintura y me separó bruscamente de Rashid.

—¡Suéltala, maldito! —exclamó entre dientes.

Mi captor me apretó contra su cuerpo y me miró con fijeza. Era un guerrero enorme de aterradores ojos verdes. Me debatí colérica. No conseguí separarme ni un ápice. La expresión atormentada de Rashid fue lo último que vi. Fui cargada nuevamente sobre la espalda del bárbaro y llevada como un objeto por las callejuelas. Una voz, la voz de mi amor, llegó hasta mí.

—¡Juró que te encontraré! ¡Estés donde estés, te encontraré, Shahlaa!

Su voz se rompió en un aullido estremecedor. Su rabia reverberó en las paredes del callejón como un eco que rebotaba partiéndome en mil pedazos.

—¡Rashid! —vociferé rota de dolor.

—¡Shahlaa, Shahlaa, mi Shahlaa...!

Fue mi nombre lo último que escuché. Tambaleada y derrotada, me sumí en la  
negrura más absoluta.

# Capítulo 6

## Esclava del destino

El ambiente era denso y húmedo, cargado de tensión. Respiraciones agitadas y velados sollozos lo envolvían. Percibí la presencia de muchas personas a mi alrededor. Una semioscuridad agobiante invadía el lugar y un sobrecogedor tintineo de cadenas se sucedía intermitente. El hedor era insoportable: a heces, a sudor, a sangre y a miedo. Mi codo chocó contra algo, y el tintineo se incrementó. Asombrada, sentí un peso que me obstaculizaba los movimientos. Tanteé mis muñecas, unas pesadas argollas me mantenían los brazos sujetos a la espalda.

Entre los quejidos lastimeros y los lamentos, algunas personas murmuraban asustadas. Escuché con atención. Todas las voces eran femeninas. Una voz levemente ronca y más calmada que las demás se alzó entre el barullo.

—Debemos mantener la cordura. Serenémonos y pensemos que al menos estamos vivas. Esos malditos salvajes nos han tomado prisioneras. Algunas de nosotras seremos convertidas en esclavas, otras seremos canjeadas por lo que precisen. Encomendémonos a nuestro dios para que nuestro suplicio sea breve y recemos con ahínco para que el Altísimo nos provea de resignación. Algunas seremos llamadas a su seno. No temamos, pues nos aguarda el paraíso; cualquier sufrimiento terrenal será compensado con creces. —Hizo una pausa—. Soy sor Adelina, hermana de la Orden de Jesús Redentor. Si alguien tiene a bien seguirme, iniciaré el rezo para sosiego de nuestras almas.

La oración comenzó en un susurro que se extendió por la estancia y que creció en intensidad a medida que la letanía avanzaba. Otro sonido, más extraño, me llamó la atención. Era como un chapoteo regular y rítmico. Una nueva sensación, más turbadora, se unió al aturdimiento que todavía me embargaba. Un ligero bamboleo me acunaba. Afiné el oído y descubrí el rumor del agua batiendo la madera. Estaba en un barco. Acostumbrados mis ojos a la penumbra, pude percibir los maderos superpuestos que formaban los costados ahuecados del escotillón en el que me hallaba. El chasquido continuado eran los numerosos remos que sesgaban a paladas el agua.

El rezo cesó y con él comenzaron nuevamente los gimoteos y sollozos. Las siluetas de las mujeres encadenadas se recortaban en la oscuridad. Una voz a mi lado me sobresaltó.

—Si lo que la monja intenta es dar consuelo, no lo ha conseguido. ¿Acaso no ven que Dios nos ha abandonado? Estamos más que perdidas.

Giré la cabeza en su dirección.

—No debes rendirte tan fácilmente. Yo, al menos, no pienso dejarme vencer. Debemos estar atentas a cualquier ocasión de escapar o tal vez nuestra gente logre rescatarnos.

La mujer ahogó una risita.

—¿Rescatarnos? Nos llevarán a su tierra en los confines del mundo y, si nos venden, será a cualquier mercader sin escrúpulos. Debes de ser muy ingenua si piensas que alguien vendrá en tu busca. Para todos, estás muerta.

Pensé en Rashid, en mi recién descubierta familia y en mi madre. Un nudo atroz me estrujó el corazón. ¿Y si esa mujer tenía razón y nunca volvía a verlos? Recordé las últimas palabras de mi esposo cuando juró que me encontraría. Le creía. Su amor sería capaz de eso. Debía fortalecerme con ese convencimiento, era a lo único que podía aferrarme para mantener la cordura, para sofocar el pavor que me helaba el alma. Sin embargo, a mi mente acudía la imagen de mi esposo y mi padre, malheridos, tirados como despojos en la calzada, y mi corazón se encogió. No, me dije una y otra vez. Ellos estaban vivos. Tenían que estarlo. Y me buscarían sin descanso, solo tenía que mantenerme con vida.

Auguré que eso no iba a ser tan fácil en el momento que la escotilla de la cubierta superior se abrió y de ella emergieron cinco gigantes blandiendo sus enormes espadones. Iluminaron la estancia con antorchas y patearon a algunas mujeres que les entorpecían el paso. Frente a ellos surgió una figura encorvada. Era una anciana que no llevaba grilletes y que, a pesar de mostrar una actitud servil, evidenciaba un conocimiento con los hombres.

Intrigada, observé cómo parlamentaba con el que parecía ser el líder del grupo. Hablaban en aquella lengua tosca y gutural, solo que convertida en un leve murmullo.

A continuación, la mujer giró hacia nosotras y habló en un castellano claro, sin ningún tipo de acento, lo que denotaba su verdadero origen.

—¡En pie! Van a ser clasificadas. A la que toquen en el hombro deberá sentarse; la que no, permanecerá en pie. —Hizo una pausa y miró con severidad en derredor—. Ahorren los lamentos, de nada servirán; a partir de ahora, son *thralls*: esclavas.

Un estremecimiento recorrió a las presentes, pero ninguna habló. El reducido grupo de guerreros comenzó el escrutinio. El líder, algo más adelantado, observaba con atención a las prisioneras. Tocaba en el hombro indistintamente a mujeres jóvenes

y viejas. Por lo que puede observar, descartaba a las peor parecidas o a las que no eran de su gusto. El retumbar de pasos de aquel temible gigante me aceleraba el pulso y me secaba la garganta. Cuando lo tuve frente a mí, me sentí desfallecer. Su melena castaña clara, leonada, larga y descuidada mostraba reseco mechones manchados de sangre; su rostro también mostraba salpicaduras. Su aspecto era feroz, su semblante adusto, sus ojos, de un intenso verde, fríos y duros. Llevaba una barba larga trenzada sobre su amplio pecho. Era alto y fornido. Los brazos parecían querer reventarle la tela de la túnica. Amenazante, se cernió con curiosidad sobre mí. Una manaza sucia me tomó de la barbilla y me obligó a alzar el rostro. Me contempló largamente; parecía dubitativo. Entonces sus ojos se clavaron con intensidad en mi boca. Temí un beso. Agradecida, no llegó. Cuando me soltó, respiré aliviada. Continuó su camino. No me había tocado el hombro, así que permanecí en pie aguardando mi destino.

Cuando acabó su particular clasificación, volvió sobre sus pasos. De nuevo se detuvo frente a mí. Me observó intrigado, pero siguió sin tocarme.

Los guerreros hablaron un instante entre ellos y el líder desapareció ascendiendo a cubierta.

Para mi completo asombro, algunas de las mujeres que habían sido descartadas fueron arrastradas por los cuatro hombres que permanecían todavía allí. Los gritos de las elegidas que se negaban a subir obligaron a los guerreros a usar la violencia. Dos fueron golpeadas salvajemente y cayeron inconscientes. Las subieron a cubierta y dejaron la escotilla abierta con la clara intención de que escuchásemos todo lo que allí estaba ocurriendo.

Hombres borrachos canturreaban una canción ininteligible, chocaban aceros y jarras y reían enardecidos. Escuchamos aterrorizadas cómo las mujeres pedían inútilmente clemencia, cómo rasgaban sus ropas y cómo se animaban entre ellos para abusar de ellas. Gemidos repugnantes, jadeos sonoros y llantos de dolor me acuchillaron los oídos.

Cerré los ojos y las lágrimas contenidas brotaron libres sin otorgarme ni un ápice de tranquilidad ni consuelo. ¡Qué cruel el destino al arrebatarme la felicidad para confinarme al peor de los infiernos! Me cubrí con las manos la cabeza y sollocé.

—Yo dije que no valía la pena resistirse.

La esclava cómplice de los bárbaros habló de nuevo.

—¿Van a violarnos a todas? —inquirió una voz temblorosa.

—Casi a todas. Tan solo reservarán a las mejores para el *jarl*.

Otra voz surgió a mi lado. Era la compañera con la que había hablado.

—¿Quién es el *jarl*?

—Es su rey y permanece en las gélidas tierras del Norte.

Mi compañera me miró con envidia. Era de mediana edad, bajita, de formas orondas y rostro amable.

—Seguro que tú serás para él —afirmó.

—Mi destino será igual de aciago que el tuyo, aunque lo posterguen —repliqué apesadumbrada.

La mujer me miró y bajó la cabeza, los ojos se le ensombrecieron.

—No imaginas lo que daría yo ahora por postergar lo que se me avecina.

Deseé abrazarla y sentirme abrazada. Anhelé una palabra de consuelo, una mano en el hombro, una mirada cariñosa. Pero estaba sola en mi desgracia, sola y encadenada. Debía enfrentar mi destino fuera el que fuera.

\* \* \*

No sé en qué momento logré dormirme, solo sé que desperté conmocionada por unos gritos ensordecedores. Miré a mi alrededor y aturdida descubrí un hombre que se acercaba con premura. Retrocedí todo lo que daban las cadenas hasta que choqué contra el maderamen del barco. Entonces me acorraló. Unas manos mugrientas rasgaron violentamente mis ropajes. Me debatí pataleando frenética. Con las manos encadenadas era una presa más que fácil. El hombre, de cabello trigueño, ralo y enredado, me abrazó y mordisqueó el cuello; un vendaje ensangrentado le rodeaba el brazo, lo reconocí: era el que había herido a Rashid.

Apestaba a alcohol y a podredumbre; su aliento me mareó. Me apresó con su enorme cuerpo para evitar de esa forma mis constantes patadas. Giré la cabeza asqueada para evitar su boca infecta; aquel monstruo buscaba mis labios y reía ante mi obstinación. Noté cómo sus dedos se clavaban en mis senos desnudos y sentí una arcada ascender por mi garganta. Deseé vomitar, tal vez así desistiera en su ataque.



Sin embargo, no fueron las náuseas las que lo alejaron de mí: fue un puño lanzado sin conmiseración contra su oreja. El hombre aturdido se tambaleó aullando de dolor. El guerrero que lo había golpeado le gritaba como pidiéndole explicaciones, dudaba de que mi atacante pudiera oírlo. El salvaje golpeado desapareció de mi vista.

Ahora, frente a mí, tenía al líder de los ojos verdes que me contemplaba absorto. Su mirada libidinosa recorría mi pecho desnudo, mi vientre y se detenía completamente asombrado en mi depilado pubis. Giró la cabeza como mirándolo desde otro ángulo e imaginé que nunca habría visto algo parecido. Dio un paso hacia mí y alargó un brazo. Me rozó la mejilla, y yo ladeé la cabeza para evitar el contacto. Su mano entonces se dirigió a mi cabello. Tomó un mechón, lo acarició entre los dedos y lo olfateó. Acercó el rostro a mi cuello y aspiró profundamente. Suspiró. Tomó mi barbilla y me obligó a mirarlo. Imprimí en mis ojos todo el odio que me inspiraba. Furiosa, levanté la rodilla para golpearlo, pero él, más rápido a pesar de su imponente tamaño, se retiró a tiempo.

Me sonrió. Pronunció una frase en su lengua y esa sonrisa cínica se evaporó. Nuevamente me contemplaba interesado. Volvió a hablarme, y yo decidí expresarme en un lenguaje que estaba segura de que entendería. Lo escupí. Nuevamente sonrió al tiempo que se limpiaba la mejilla con el dorso de la mano. Y, de repente, se cernió sobre mí. Su boca cayó sobre la mía sin dejarme tiempo de reaccionar. Me sujetó por la cintura para inmovilizarme. Me sentí asqueada cuando su lengua ávida me exploró. Fue un beso salvaje, atroz y afortunadamente corto. Se retiró más por miedo a que intentara morderlo que porque deseara acabarlo. Sus ojos verdes, ahora flamígeros, me recorrían voraces; no obstante, se alejó de mí. Se acercó a la anciana esclava y le dio una orden. Ella asintió, y él ascendió a cubierta para mi total tranquilidad.

Todavía respiraba agitadamente cuando la mujer se me aproximó con una capa raída.

—Eres afortunada, muchacha. Serás para el *jarl* y ninguno de esos patanes podrá tocarte.

La miré furiosa.

—Pues para no poder tocarme bien que lo han intentado.

—Ulf estaba tan borracho que ni siquiera midió las consecuencias, y el *hersir* Gunnar... Debiste de impresionarlo mucho para lograr menoscabar su pétrea voluntad. Es un hombre duro y frío como los hielos de su reino; jamás muestra sus sentimientos ni debilidades, aunque imagino que unas buenas jarras de aguamiel suavizan el carácter de cualquiera.

—¿A eso llamas buen carácter?

La anciana me sonrió taimada al tiempo que cubrió mis hombros con la capa de sarga y la ató concienzudamente.

—Espero que no tengas que sufrir el mal carácter de Gunnar el Temible.

Ya se marchaba cuando le pregunté:

—¿Cuál es su nombre?

Los ojillos vivaces de la anciana se velaron con la sombra de un recuerdo.

—Soy Eyra, pero hubo un tiempo en que mi nombre fue otro.

—También yo poseo dos nombres.

Me contempló pensativa, sus finos labios se curvaron en una mueca indefinible.

—Entonces muy pronto serán tres.

—Sin embargo, seguiré siendo la misma.

Negó con la cabeza, esta vez sí sonrió con sorna.

—No tienes ni idea de cuánto vas a tener que cambiar, apenas serás una sombra de lo que eres. Si quieres sobrevivir a esto, deberás amoldarte a tu nuevo destino. —Hizo una pausa—. Con el tiempo, llegarás a olvidarte del pasado, porque recordarlo será demasiado doloroso.

—Jamás lo olvidaré —espeté con decisión.

—Peor para ti.

\* \* \*

Tras varios días de hacinamiento en la nave de los *mayus*, arribamos a un puerto. Descendimos la pasarela cegadas por la blanquecina mañana otoñal. Hacía frío y agradecí a Eyra que me hubiera ataviado con una túnica bajo la capa. Mi hermoso vestido desgarrado fue guardado por la esclava.

Frente a nosotras, surgió un campamento improvisado con tiendas de lona rayada. Baluartes extraños con imágenes de dragones y serpientes enroscadas nos recibieron ondeantes. Grupos de hombres conversaban mientras nos observaban curiosos.

Habían soltado nuestros grilletes para atarnos con cuerdas unas a otras en una fila demasiado extensa. La mayoría caminaba cabizbaja, arrastraban pesadamente los pies, claramente indiferentes ya a su destino.

Comenzó a llover y los hombres se resguardaron en las tiendas mientras que nosotras permanecemos a la intemperie. El agua arreciaba y las más debilitadas comenzaron a temblar. Intenté acercarme a la mujer más próxima en busca de calor. Las demás hacían lo mismo. Y así pasamos el día y la noche.

A la mañana siguiente, aterida de frío, famélica, y con todos los músculos del cuerpo gritándome su dolor, me levanté del fango. Rodeada de pinos, retamas y arbustos de romero comprendí dónde me encontraba. Estaba en Qadis, el lugar desde donde había partido la incursión hacia Sevilla. Quizá todavía tenía la oportunidad de escapar.

Miré a mi alrededor para buscar algo con lo que pudiera rasgar las cuerdas, que más parecían maromas por lo gruesas. Maniatada era prácticamente imposible buscar nada. Solo había una manera.

—Intenta morder mis cuerdas, y yo haré lo mismo con las tuyas.

La mujer a mi derecha me miró como si hubiera perdido el juicio.

—Estamos en Gades. Si nos vuelven a embarcar, estaremos perdidas. Es nuestra última oportunidad.

La mujer cayó de rodillas tras de mí y tiró con sus dientes fuertemente.

—Es imposible romperla, aunque tal vez logre aflojar el nudo —explicó en árabe.

Asentí y miré nerviosa hacia las tiendas. El alba despuntaba; no teníamos mucho tiempo. Otras mujeres comenzaron a imitarnos.

Froté mis muñecas insistentemente; el esfuerzo de mi compañera empezó a dar sus frutos. Noté cómo las escupía para facilitarme la tarea. El áspero cáñamo comenzó a ceder la presión; encogí los dedos hacia el interior de la palma y forcejeé con empeño.

Por fin liberé los brazos. Sin pérdida de tiempo, me dispuse a ayudar a mi liberadora. Las demás, animadas por nuestro éxito, se afanaron en su tarea con renovado entusiasmo.

Cuando mi compañera escapó de sus ataduras, se lanzó a correr a campo traviesa en una alocada huida. Decidí huir en dirección opuesta. Otras tomaron diferentes caminos.

No miré atrás. Troté con desesperación con una sola imagen en mi mente. Rashid. Mis ganas de verlo dieron alas a mis pies.

Un grito de alarma surgió a mi espalda. Era una voz de mujer. Una voz que me resultaba familiar. Habló en árabe.

—¡Escapan!

Casi inmediatamente sentí retumbar bajo mis pies decenas de pisadas veloces. Aceleré el paso cuanto pude. Los pulmones me ardían en el pecho. Jadeaba entrecortadamente. El cansancio pronto comenzó a hacer mella en mí. El chapoteo de sonoras pisadas surcando las ciénagas que yo dejaba atrás se aproximaba peligrosamente. Desesperada, aceleré cuanto pude. Saltaba arbustos, maderos caídos, sorteaba árboles, giraba una y otra vez temerosa de que una mano agarrase mi capa en cualquier momento. Escuché jadeos a mi espalda. Varias voces se comunicaban a los gritos. No pude evitar girar.

Horrorizada descubrí a tres guerreros corriendo tras de mí; estaban muy cerca. Dos de ellos me flanqueaban y el más cercano a mí me seguía el rumbo como un perro de presa. Estaban acorralándome. También escuché los gritos de otras mujeres.

Solo un milagro podía ayudarme, y Dios parecía haberse vuelto en mi contra. No sé cuánta distancia había recorrido, solo sabía que había errado el camino. Frente a mí apareció una enorme marisma. Dudé si cruzarla o bordearla, y fue esa duda la que terminó con mi huida.

Un puño se cerró en mi capa y me hizo trastabillar y caer sobre el lodo. Un enorme cuerpo impactó contra el mío y me cortó la respiración. De alguna manera, logré encontrar las fuerzas necesarias para girar y empujarlo. Pero de nada sirvió. Golpeé su pecho con fuerza, y el guerrero me sujetó las ensangrentadas muñecas. Grité más por ira que por sufrimiento. En realidad, no sentía dolor ni cansancio, solo una furia desbordante. Me convulsioné con violencia en mi afán por apartarlo de mí, pero nada daba resultado.

El guerrero esperó paciente tumbado sobre mí; todavía me apretaba las muñecas por encima de la cabeza y se apoyaba en los codos al tiempo que me contemplaba.

Jadeamos exhaustos por la carrera; su aliento cálido y algo dulzón me rozó los labios y me alertó de inmediato por la cercanía.

De nuevo, comenzó a llover. Mechones mojados de su largo cabello me rozaron los hombros. Las gotas arrastraron mis lágrimas, aunque no mi frustración.

La verde mirada de Gunnar el Temible me sobrecogió. Frunció el ceño al tiempo que me susurró algo incompresible.

Clavé mis ojos en los suyos. Sostuvo mi mirada con gravedad. Permanecimos durante un largo rato así. Bajo la lluvia, prácticamente sumergidos en el barro, mirándonos intensamente. Su rostro inexpresivo estaba a escasos centímetros del mío, su barba trenzada cosquilleaba en mi barbilla. Contemplé la dureza de su mentón, los altos pómulos, la boca ancha, la nariz recta y los ojos refulgentes como esmeraldas, insondables como la profundidad del bosque. Él hizo lo mismo conmigo.

Entonces, recordé una frase pronunciada por mi amado Rashid: “Tienes el poder de dominar a los hombres”. ¿Podría dominar yo a aquel bárbaro de mirada dura e impenetrable? ¿Sería capaz de someterlo a mi voluntad? En ese momento, lo único que deseaba era su muerte.

La tormenta arreció. El cielo se oscureció, el sonido de un trueno sobre nosotros lo sacó de su ensimismamiento.

Se levantó, y a mí con él. Me dio la espalda y caminó de regreso al campamento arrastrándome de la mano. Sus largas zancadas me obligaron casi a correr para evitar que me arrancara el brazo. Me debatía para obstaculizar su avance. Giró la cabeza y me miró con hosquedad, harto de mi resistencia. De un fuerte tirón me pegó a su pecho. Me rodeó la cintura con una mano mientras que con la otra me agarró el mentón. Su boca cayó imperiosa sobre la mía. Quiso dejar claro quién mandaba: me introdujo la lengua y gobernó a su antojo el beso. No me sometí. Le arrebaté el control cuando mi lengua entró en su boca. Lo besé con violencia. Mis manos le agarraron con fuerza la nuca e instintivamente froté mi cuerpo contra el suyo. Me deseaba. Sus manos tomaron con fuerza mis nalgas. Jadeaba enardecido, exhalando gruñidos satisfechos. Lo besé como había besado a Rashid tantas veces y, ante su recuerdo, me sentí asqueada.

Me separé, y él, todavía aturdido, me contempló jadeando. Su semblante no dio crédito a lo que hice a continuación. Le agarré la mano y caminé delante de él; ahora era yo quien lo llevaba al campamento. Sin embargo, no me iba a resultar tan fácil someterlo: con un rápido movimiento me alzó del suelo y me depositó sobre su hombro. Volvía a ser la prisionera.

\* \* \*

Capturaron a casi todas las mujeres, sin embargo, la que me había ayudado había logrado huir. Me alegré por ella. Fuimos de nuevo atadas, pero esta vez habían apostado guardias. Los guerreros se cobijaron en sus tiendas, podíamos verles las siluetas a contraluz. Habían encendido velas, comían, bebían y parlamentaban. La lluvia había cesado, pero empapadas tiritábamos. Ahora, sin truenos que nos camuflaran, nuestros estómagos reclamaban ruidosos alimento. Llevábamos casi dos días sin comer.

Una figura encorvada salió de la tienda principal. Tras ella, dos fornidos guerreros arrastraban un caldero. Eyra llevaba un cazo en la mano. Se acercó a nosotras y, frente a cada una, depositó en el suelo una gran cucharada de gachas de avena. Nos lanzamos hambrientas y, arrodilladas, lamimos hasta la más lejana brizna de hierba que contuviera algo de aquel engrudo insípido.

La mujer se acercó a mí.

—Te han delatado —me susurró sin volverse apenas.

La miré confundida. Mi pelo embarrado lucía trazos de gachas pegadas; lamenté no poder chuparlo, mi estómago seguía rugiendo.

—¿Delatado? ¿A qué te refieres?

—Una mujer dijo que fuiste tú quien instigó la huida, que eres peligrosa, que tu esposo es tan poderoso que movería cielo y tierra para encontrarte, que sería mejor que te mataran y dejaran tu cuerpo aquí; de ese modo, tu familia ya no tendría motivos para reunir un ejército en tu búsqueda.

—¿Quién ha podido decir eso?

—La misma que dio la voz de alarma: su traición le valió un puesto de confianza. Ahora come en la tienda, caliente y arropada. Los soplones son muy útiles para los amos que poseen muchos esclavos.

Tragué saliva. La avena comenzó a sentarme mal. Me sentía mareada, no entendía nada.

—¿Cómo les explicó todo eso?

—Yo tuve que traducir. Conozco varias lenguas. Les soy de mucha utilidad.

La anciana me miró meditabunda. Se rascaba la barbilla.

—¿Y tú que has hecho para ganarte tal enemiga?

—Nada de lo que tenga que arrepentirme, te lo aseguro. Por cierto, ¿ha dicho su nombre?

La anciana asintió, parecía disfrutar de la situación.

—Se llama Amina.

La miré boquiabierta. No podía creer mi mala suerte. El ser más vil que había jamás conocido había estado todo el tiempo a mi lado. Y ahora de nuevo escupía su perfidia contra mí.

—Veo que la conoces.

—Sí, para desgracia mía. Pero soy yo la que tiene una cuenta pendiente con ella. —De pronto, se me ocurrió que tal vez estaba en la ciudad urdiendo algún plan contra mí—. ¿La capturaron en Isbiliya?

—No, fue hecha prisionera en Lisboa los primeros días de agosto.

Permanecí en silencio intentando asimilar aquello; Eyra puso una mano en mi hombro.

—¿Los ha convencido?

—Irónicamente sus argumentos han conseguido el efecto contrario. Les ha hecho ver que eres valiosa y que podrían pedir por ti un cuantioso rescate. No van a matarte, aunque temo que te darán un escarmiento.

En ese preciso instante, un grupo de guerreros salió de la tienda. Gunnar iba a la cabeza. Se acercaron a mí. Me puse en pie intentando sofocar los temblores que me sacudían. Un hombre de cabello rojo ensortijado y panza prominente sacó una daga y se acercó con determinación. Me soltó y me llevó ante su líder. Gunnar llamó a Eyra a su lado. A continuación, habló con aquella voz gutural y profunda, quealzada debería de ser como el estallido de un trueno.

—La próxima vez que intentes escapar, tres de tus compañeras morirán. —Habló en voz alta para que todas pudiesen escucharla—. Ahora serás azotada ante ellas y así será cada vez que te rebeles. —Sus ojos imperturbables me miraron con frialdad. Le sostuve la mirada y fingí indiferencia. Me desaté la capa y giré. Me abracé al árbol más cercano y esperé con los dientes apretados. El primer latigazo rasgó el tupido paño gris de la túnica; el segundo, mi piel.

Intenté alejar el dolor que me abrasaba pensando en lo único bueno que ese día me había traído: descubrir que pedirían un rescate a Rashid. Algún día volvería a su lado, solo eso me importaba. El tercer latigazo me sacudió como un relámpago lacerante. El cuarto me hizo temblar las rodillas. El quinto las dobló, y con el sexto me desplomé con la espalda en llamas. No sentí el séptimo.

\* \* \*

Boca abajo en una especie de hamaca, Eyra colocaba trapos untados en un verdoso y maloliente unguento sobre mi maltrecha espalda. El solo roce del aire me lastimaba. Gemía dolorida aguantando a duras penas la cura.

—Muchacha, has demostrado más valor que muchos guerreros, no vas ahora a quejarte por mis cuidados.

Intenté hablar, pero me castañeteaban los dientes. Eyra me tocó la frente y pareció alarmada.

—Ardes en fiebre. Tendrás que levantarte.

Negué con la cabeza. Temblaba de manera incontrolable. Estaba muerta de frío.

—Tengo que meterte en el mar, la sal curará más rápido las heridas, y el frescor del agua bajará la fiebre. No puedo hacer nada más.

Desapareció a la carrera. Enseguida apareció con dos hombres. Uno era el líder. Gunnar me tomó en brazos y gemí cegada por el dolor. Corrió a la orilla y se adentró en el agua. Se arrodilló en la arena y me colocó de cara a él. El frío del agua me sobrecogió. En ese instante, me di cuenta de que estaba desnuda.



Gunnar me tomó de la cintura para dejar que arqueara la espalda sobre el mar.

Las olas me lamieron las heridas, al instante sentí como si un millar de agujas se me clavaran en la piel. Cerré los ojos y apreté con fuerza los dientes, por un momento temí perder el conocimiento.

Incliné el cuerpo todavía más y sumergí la cabeza en el agua. Las fuertes manos de Gunnar me apretaban con fuerza las caderas. Apenas saqué la nariz para respirar, aguanté estoicamente el dolor y logré mantenerme así un largo rato.

Algo más despejada, me incorporé y me encontré con la mirada algo desconcertada del líder. Me contempló el rostro y lentamente deslizó la mirada por mis senos y mi vientre. Ambos estábamos de rodillas con el agua por la cintura. Sentí sus dedos acariciar suavemente mis caderas. Sus ojos ya no eran fríos e inexpresivos, muy por contrario, era fuego lo que veía en ellos. De sus labios escapó una frase.

Cerré los ojos, la debilidad me llevó. Me abracé a su pecho e imaginé que era Rashid quien me levantaba y me llevaba. Caí en la negrura. Soñé con mi amor.

\* \* \*

Cuando desperté, los temblores habían cesado. Sentí la liviandad del lino sobre la piel. Seguía boca abajo. Miré en derredor, no estaba sola.

—Debes comer algo. Tus heridas curan y tu cuerpo necesita fortalecerse.

Asentí. Tenía un hambre lobuna.

Eyra me alimentó pródigamente. Al menos, en ese infierno, había un ángel que velaba por mí.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Casi una semana, pero mañana partiremos. Varios *knörr* llevarán los tesoros y las esclavas al reino de Vestfold; los demás volverán por el río para saquear nuevamente.

—¿Qué es un *knörr*?

—Son los barcos de los *madjus* —respondió al tiempo que me limpiaba la boca.

Ante mi expresión inquisitiva contestó de nuevo.

—Los *madjus* o *mayus*, adoradores del fuego, los *nordumâni*, las bestias del Norte.

Cerré los ojos y, para mi sorpresa, la imagen de Gunnar frente a mí en el mar me asaltó.

—¿Oíste lo que me dijo cuándo me sujetaba en la orilla?

La anciana asintió. Su cabello blanco y desmadejado le ocultó parte del rostro, pero creí ver en su mirada un brillo divertido.

—Dijo que jamás imaginó ver a Freya salir de las aguas.

—¿Freya?

—Freya es una de las muchas divinidades de su religión. La diosa del amor y la belleza.

Guardé silencio. Sabía que no le era indiferente, los pocos instantes en que sus ojos habían bajado la guardia ante las emociones, me habían hablado de interés y deseo. Tal vez sí tenía poder después de todo.

—Muchacha, realmente lo has impresionado, no sé si fue tu exótica belleza o tu bravura, pero se siente atraído por ti. Tal vez, si eres lista, tengas una oportunidad.

—¿A qué te refieres?

—A que tal vez consigas no llegar a ser esclava del *jarl*. Si usas bien tus encantos con Gunnar, él podría comprarte.

No entendía nada, se suponía que pedirían mi rescate, qué más daba de quién fuera esclava. Y así se lo dije a la anciana.

—Tu rescate podría tardar mucho tiempo en llegar y, mientras tanto, es vital de quién seas. El *jarl* es un hombre despiadado, cruel. Te violará hasta que se harte de ti y luego te entregará a sus hombres y puede que hasta a sus perros. Para cuando te rescaten, serás tan solo un despojo. En cambio, Gunnar, a pesar de su fiereza, de su rudeza, posee buen corazón. Y, por cómo te mira, no creo que te cueste mucho

derretir su frío muro de indiferencia. Nunca lo había visto bajar tanto la guardia con nadie. Anoche lo descubrí observándote, habría dado lo que fuera por escuchar sus pensamientos.

—Quiero que me enseñes su lengua.

La anciana sonrió. Ya se marchaba cuando le agarré la mano.

—¿Por qué me ayudas?

—Eres lista, muy lista. Con la mitad de tus atributos, yo habría conseguido ser la monarca de sus tierras. Tal vez tú lo consigas, por eso te ayudo.

—No quiero ser la reina de estos bárbaros, solo quiero volver con mi familia — admití con pesadumbre.

—A veces, muchacha, la vida te ofrece lo que no quieres y no te queda más remedio que tomarlo.

\* \* \*

Los temibles *knörr* eran provisionados para la larga travesía que nos aguardaba. Más parecían monstruos marinos que embarcaciones. En sus quillas, se alzaban feroces tallas de dragones que mostraban la dentadura. Eran barcos largos y anchos, aunque de poco calado, contruidos con maderas superpuestas, tachonadas de orificios por los que asomaban larguísimos remos. En la parte superior de los costados apostaban coloridos escudos de madera circulares, algunos con hendiduras astilladas. El velamen era cuadrado, de paño listado en color rojo y blanco, que en ese momento se abombaba henchido por un viento del este. Por una estrecha pasarela subían el cargamento.

Sentada en el suelo, maniatada nuevamente junto a mis compañeras, observaba el ajetreo de los hombres que desmontaban el campamento. Gunnar los dirigía con firmeza, con órdenes precisas y concisas que nadie discutía, pero a la vez ayudaba a los guerreros. Era obvio por qué lo respetaban. No pedía nunca nada que no estuviera dispuesto a hacer él mismo. Lo observé detenidamente. Su altura era más que considerable, su espalda ancha y musculada, su torso amplio y prominente. Se había

desprendido de la sobretúnica corta de lana que llevaba, y la camisa corta de lino se le pegaba al cuerpo humedecida por el sudor; un amplio cinturón de piel curtida marrón oscuro le ceñía el talle.

Pude observar cada uno de sus poderosos músculos que se estiraban y encogían mientras trasladaba pesados baúles. Sus brazos, como dos colosos, levantaban sin demasiado esfuerzo todo tipo de pesados objetos.

Su apariencia era verdaderamente amedrentadora. No supe descifrar si era bien parecido; su expresión casi siempre huraña y su mirada ceñuda, además de esa barba descuidada que lucía, ocultaban cualquier atisbo de apostura. Lo único que realmente resaltaba del fiero rostro era el intenso color verde musgo de sus ojos. Hundidos y alargados, parecían iluminados desde dentro.

El débil sol de otoño lograba sacar reflejos dorados a la larga y alborotada melena castaña del gigante.

De pronto, como si hubiera intuido que lo observaba, se volvió hacia mí.

Sorprendido por mi escrutinio, se detuvo en seco. Su fornido pecho se agitaba todavía por el esfuerzo. Deslicé a propósito mi mirada sobre aquella enorme masa de músculos. Tras un instante, volví a indagar en sus ojos. Logró mantener esa expresión hierática, sin embargo, observé un leve gesto que delató un ligero nerviosismo. Tragó saliva y se humedeció los labios. Inmediatamente me dio la espalda y continuó con el trabajo. Era la antítesis de Rashid. Carecía de dulzura, de gentileza, de sensibilidad. Sería imposible cerrar los ojos e imaginar que era mi esposo. Solo habría una manera de obligarme a yacer con él, y era tener el pleno convencimiento de que era tan solo un peldaño escarpado que debía subir en mi ascenso por volver con los míos. Sería parte de un plan premeditado para la consecución de un solo objetivo. Si lograba embaucarlo lo suficiente, si conseguía envolverlo en mis redes, no solo me liberaría de la amenaza de aquel *jarl* perverso; tal vez podría acelerar mi rescate, además mientras tanto conseguiría un protector. Y, con Amina cerca, debía contar con un buen aliado.

\* \* \*

Mi espalda curaba bien. Las costras empezaban a desaparecer, aunque las cicatrices permanecerían como un recuerdo más de la vileza de mi enemiga. Afortunadamente no embarcamos juntas. Recordé otro proverbio musulmán: “Si alguien te muerde, te hace recordar que tú también tienes dientes”. El siguiente mordisco lo daría yo.

No solo pensaba en Amina, pensaba en todos y cada uno de cuantos me habían apartado de la felicidad. Devolvería cada golpe, esperaría la traición y trazaría con frialdad mi venganza.

Atrás quedaba la ingenua Leonora, la dulce Shahlaa. Todavía desconocía mi nuevo nombre, pero sí sabía que la nueva persona en la que me estaba convirtiendo se ganaría el apelativo de taimada.

Llevábamos semanas navegando por alta mar. La travesía, pesada y tediosa, solo había servido para acelerar mi aprendizaje de la lengua nórdica. Era un lenguaje complicado formado por dieciséis runas que componían un alfabeto llamado *futhark*. Fui una alumna aplicada y tuve una maestra extraordinaria que incentivaba mi enseñanza y me obligaba a pedir las cosas en esa lengua o me dejaba sin comer.

Eyra se admiraba con mis progresos; ayudada por mi estómago, comencé a entender cuanto me decía. Incluso me enseñó a escribirlo. Usar bien la lengua de mis captores era otra arma que aprovecharía en mi favor. Las demás mujeres se acercaban curiosas, y una de ellas, Jimena de Nimes, capturada en Galicia, había aprendido con la misma celeridad que yo. A pesar de tener más o menos mi edad, me recordaba a mi madre. Su cabello claro y sus ojos azules eran similares a los de ella. Era bonita y de apariencia dulce y frágil. Se adivinaba su noble cuna, cultivada y de maneras exquisitas. Tendría que crearse una fuerte coraza si quería sobrevivir. No tardamos en congeniar y nos contamos nuestras vidas, ora reíamos, ora llorábamos. Encontramos en aquella amistad solaz y consuelo.

Una vez al día, nos turnábamos en grupos de cinco para subir a cubierta a respirar aire fresco. Aquella aparente recompensa para unas era un duro trance para otras. Las seleccionadas para el *jarl*, entre las que se encontraba también Jimena, éramos respetadas por los hombres, las demás se exponían a la lascivia de los toscos guerreros.

Aquella mañana, solo subimos tres; tan solo yo podía respirar tranquila asomada a la borda. Mis compañeras, temblorosas, se pegaban a mis costados; enlacé sus cinturas.

—Cerremos los ojos y dejemos que el aire llene nuestros pulmones —les susurré—. Disfrutemos del sol e imaginémonos en otro lugar. En nuestra mente nadie puede entrar, cobijémonos en ella.

Escudriñé a mi espalda, temerosa de que algún guerrero se aproximara en busca de las mujeres. Pero la única espiada era yo. Gunnar me observaba apoyado indolente en un banco junto al timón. Lo sujetaba con fuerza y, mientras me observaba, movía los dedos para acariciar la madera de roble como si fuera mi piel. La gravedad de su mirada me cortó la respiración.

El viento me agitó el cabello y me pegó la túnica contra el cuerpo. La verde mirada del líder centelleó. Dejé que se deleitara con mis formas y me pregunté si no estaría sobrepasando mi descaro. No quería que se abalanzara sobre mí como un animal salvaje, y eso era lo que en verdad gritaba su mirada. En teoría, debía respetarme, pero el instinto podría traicionarlo y llevar al traste mi plan. Debía seducirlo progresivamente, enamorarlo si acaso poseía tal capacidad, enloquecerlo hasta convertirlo en mi siervo. Giré y contemplé el océano. Sentí su mirada quemándome la espalda. Agitada intenté acompasar la respiración cuando escuché unos pasos a mi espalda. Tomé aire y pensé en la mejor manera de enfrentar la situación, sin embargo, cuando miré, era otro hombre el que se acercaba.

Ulf, el guerrero que había destrozado mi vestido en aquel intento por forzarme, me miraba con seriedad.

—Esperaré hasta que el *jarl* se harte de ti. —Hizo una pausa y agregó—: y cuando sea mi turno sabrás lo que es un hombre de verdad, pequeña *thrall*. Hasta ese momento, tendré que conformarme con tus amigas.

—Un hombre de verdad no fuerza a una mujer, se la gana. Solo eres un miserable.

Aunque mi pronunciación no fue perfecta, comprendí por su expresión que había elegido bien cada palabra. Alzó la mano airado, pero su descenso se detuvo en seco. El puño de Gunnar se cernió sobre la muñeca del hombre.

—Vuelve a tus obligaciones.

Ulf echó chispas por los ojos y obedeció sin rechistar. Me había ganado otro enemigo, pero también un protector. Sonreí para mis adentros.

Para sorpresa mía, Gunnar me tomó fuertemente del brazo y me arrastró hacia el timón. Las mujeres corrieron a refugiarse al escotillón.

—¿Desde cuándo sabes nuestra lengua? —preguntó al tiempo que me sentaba en el largo banco de madera.

—Desde hace unas pocas semanas.

Pareció sorprendido. Me miró admirado y me obsequió una deslumbrante sonrisa que me desarmó. Era la primera vez que la veía y pensé que era una lástima que no se prodigara tanto con ellas. Notó que le miraba los labios y su expresión cambió.

—No sé a qué estás jugando, pero te advierto que es una partida peligrosa.

—¿De veras? ¿Cómo de peligrosa? —lo provoqué.

—Así de peligrosa.

Tomó mis hombros y me besó con fuerza. Respondí con igual fervor. Tuve que apartar a Rashid de mis pensamientos una y otra vez. La sensación era más agradable de lo que habría querido admitir. Súbitamente me soltó.

—¡Por Odín que nublas mi entendimiento!

Todavía arrebolada por el beso, le sonreí incitante.

—¿Quién es Odín?

Sacudió la cabeza en un intento por alejar la pasión.

—Es el dios de la sabiduría, la guerra y la muerte.

—¿Cuántos dioses tienes?

Deseaba proseguir la conversación al tiempo que prodigaba mis encantos con miradas y gestos. Él me miraba hechizado.

—Bastantes. Te queda mucho por descubrir.

¿Hablaba de su cultura o de él mismo? Alcé una mano en apariencia distraída y jugué con un mechón de su pelo. Le miraba intencionadamente la boca.

—¿Y piensas enseñármelo tú?

—Lo haría con gusto si me pertenecieras, pero no es el caso.

—Tú hiciste la selección, ¿acaso piensas quedarte sin tu parte del botín?

Sonrió ladino.

—Ahora lo entiendo todo. Te han hablado del *jarl*, ¿verdad? Y crees que seduciéndome conseguirás librarte de él. Muy a mi pesar debo confesarte que pierdes el tiempo. No puedo tomarte como esclava.

Indignada me separé de él. Su sonrisa me aguijoneó el orgullo.

—Me deseas, no te atrevas a negarlo ahora. Entonces ¿por qué no puedo ser tuya?

Sus ojos me contemplaron pensativos.

—Nada desearía más que hacerte mía —confesó—. Pero hay una jerarquía que debo respetar. Mis esclavas no pueden ser más hermosas que las del *jarl*. —Hizo una pausa para acariciarme la mejilla—. Y créeme que pocas pueden rivalizar con tu belleza.

Mi mente funcionaba a toda velocidad buscando desesperada algo a lo que agarrarme. Instintivamente continué con mi estrategia.

—Pero ¿y si el *jarl* no llegara a verme?

—Él tiene ojos y oídos en todas partes.

Se me acababan los recursos. Necesitaba algo de tiempo para pensar y decidí besarlo de nuevo. Él me recibió de buena gana. Intenté cavilar alguna nueva estrategia, pero la pasión del líder me sobrepasaba. Sus manos más audaces contornearon mi cuerpo y por un momento pensé que eran las de Rashid. Me dejé arrastrar por el beso y, de algún modo, me encontré tendida sobre el banco con aquel hombre sobre mí. Para tener que respetar la jerarquía, había perdido totalmente el control. Entonces pensé que, si me tomaba, ya no le quedaría más remedio que urdir una forma de quedarse conmigo. Ya consumado el agravio, solo le restaría pagar las consecuencias.

Gunnar intentaba reprimir los gemidos que salían de su garganta para evitar que fuéramos descubiertos por los hombres que remaban en la cubierta principal.

Ocultos por el gran velamen nos sumergimos en la pasión. Acariciaba mi cuerpo con frenesí. El deseo me traicionó gozando de cada contacto, de cada sensación. La enardecida entrega del hombre era similar a la del que amaba. Y eso me llevó al delirio. Justo cuando Gunnar me subía la túnica hasta las caderas, pronuncié el nombre de Rashid. Bruscamente se apartó de mí. Con el semblante aún nublado por el deseo, me miró claramente decepcionado.

—Evocas a tu esposo para soportar estar conmigo —sentenció. Sus ojos se oscurecieron.

¿Cómo sabía que estaba casada y que ese era el nombre de mi amado? Compuse mi túnica y me senté de nuevo. Miré al frente y reprimí el impulso de llorar.

—Solo él me había tocado antes que tú.



Ambos permanecemos en silencio intentando asimilar lo que sentíamos en ese momento.

—Pues, para ser mujer de un solo hombre, te comportas como una perra lasciva.

La ira brillaba en su voz.

No me pude contener. Alcé la mano y se la estallé en la mejilla. Furiosa, me levanté. Antes de que pudiera dar un solo paso, él ya me había sentado en sus rodillas. Decidí calmarme. Me acarició el cabello; yo no lo miraba: él contemplaba mi perfil en silencio. Agarró mi barbilla y me obligó a mirarlo.

—Una vez vi un lobo. —Su mano se enredó en mi melena—. Tú me lo recuerdas. Era negro como tu pelo con ojos dorados como los tuyos. Yo era muy joven, pero sabía que, si no trepaba pronto a un árbol, él me devoraría. Y, sin embargo, aquellos hipnóticos ojos me paralizaron. No podía dejar de mirarlos, era como si una fuerza sobrenatural me atrajera hacia él. El lobo avanzaba hacia mí, lentamente, calculando cada movimiento; tuve la certeza de que pronto sus afilados dientes me rasgarían el cuello y aun así no podía moverme. Por alguna razón que todavía desconozco, comenzó a alejarse hasta que desapareció. Tal vez no le parecí apetecible o tal vez percibió la llamada de la manada. De cualquier modo, me sentí como un imbécil. Pude haber muerto y no había movido ni un dedo.

Suspiró y, cuando volvió a hablar, su voz se convirtió en un susurro, como si hablase con él mismo.

—Así me siento contigo. Me hipnotizas, me subyugas, me haces perder el control que tan duramente forjé. Sé que eres peligrosa y, sin embargo, no puedo alejarme de ti.

Tenía un nudo en la garganta. ¿Qué estaba pasando?

—No solo eres hermosa —continuó—. Eres inteligente, sagaz, compasiva, sensual y demasiado audaz. Posees un valor fuera de lo común. Y además eres increíblemente rápida. —La mención a mi huida dibujó una leve sonrisa en sus labios. Su mirada afectada me sobrecogió—. Pero, a pesar de todo eso, tu destino está marcado. Y no sabes cuánto lo lamento.

Cerró los ojos y se acercó a mi boca, pero no la encontró. Me levanté con una mezcla de emociones que me desbordaron. Encontré el proverbio adecuado para la ocasión. Era mi última jugada.

—Quien quiere hacer algo, encuentra un medio; quien no quiere hacer nada, encuentra una excusa.

Me miró con fijeza, sus profundos ojos se velaron pensativos.

Corrí fuera de su alcance. Bajé al escotillón con el corazón compungido. Había sembrado la última semilla. Tendría que esperar a ver si germinaba; si tanto lo cautivaba, encontraría una solución. Si no, estaría irremediablemente perdida. Todavía no podía creer la rapidez con la que me había convertido en una mujer fría y calculadora. No obstante, me sentía mezquina. Me tumbé en un vano intento por dormir. Mis ojos permanecieron abiertos: las palabras de Gunnar me repiquetearon en la mente.

—¿Qué bulle en tu cabeza, muchacha?

Eyra se sentó junto a mí.

—¿Hay alguna forma de que Gunnar me reclame como esclava?

La mujer me miró intrigada, indagó en mi semblante y sonrió como confirmando su teoría.

—Ya lo tienes, ¿verdad?

—Creo que sí, pero de nada servirá si no encuentra una solución.

—Solo hay una.

Me incorporé con el corazón aleteándome en el pecho.

El rostro enjuto y arrugado de la anciana se acercó al mío.

—Debe comprarte al precio que le exija el *jarl*.

Frunció el ceño y se sujetó la barbilla abstraída.

—Aunque no sé si tendrá suficiente oro para hacerlo. Posee unas tierras que ha ido acumulando al Norte y unas cabezas de ganado. Le ha costado mucho trabajo reunir las. Es cuanto tiene. Creo que sueña con retirarse definitivamente allí y formar una familia; si las pierde, no tendrá nada. Pero, muchacha, ¿tú vales eso?

Negué con la cabeza. La mezquindad que me aplastaba se convirtió en ruindad. ¿Tenía derecho a hacerle eso? La anciana me adivinó los pensamientos.

—¿Serás capaz de arruinar la vida de un hombre?

—No solo es un hombre, es uno de los hombres que me arrancó de mi vida, de mi amado, de mi madre y de mi recién descubierto padre, de mis hermanos y de mis amigos. De todo cuanto conocía. De la felicidad en la que vivía. No es un hombre, es un bárbaro que saquea y mata sin piedad. Y, sí, soy capaz de todo con tal de volver a mi vida. Lo odio, los odio a todos.

La veta de ira que había imprimido a mi discurso no mitigó la piedra que tenía en el corazón. ¿Sería capaz de engañar a mi conciencia? ¿Cuántas veces tendría que repetirme esas mismas palabras para poder conciliar el sueño? Otro argumento acudió a mí para soliviantarme la culpa.

—Cuando pida el rescate a mi esposo, podrá comprar de nuevo sus tierras. Recuperará lo perdido.

—Tal vez entonces sea lo que menos le importe.

# Capítulo 7

## Un cortejo inesperado

Un entusiasmado grito de “tierra a la vista” dividió nuestros sentimientos. Por un lado, deseábamos abandonar aquel barco que, a pesar de ser el más grande de la flota, unos veintitrés metros de eslora, resultaba opresivo. Y, por otro, sentíamos la incertidumbre sobre la nueva vida como esclavas de una comunidad tan diferente a la nuestra.

Cuando el barco atracó, descendimos en fila la pasarela hasta un embarcadero de madera. El pueblo, llamado Skiringssal y perteneciente al reino de Vestfold, se hallaba cobijado en una pequeña ensenada y respaldado por unas escarpadas y verdes montañas. Multitud de cabañas salpicaban la bahía. Los tejados de pronunciada inclinación casi llegaban al suelo. En la parte delantera de la viga central, exhibían cabezas de dragones: réplicas exactas de las quillas de sus barcos. Las jambas de las puertas estaban ricamente talladas con motivos naturales. Todas las casas eran de madera con una solera de piedra caliza.

En el centro, algo más cerca de la cadena montañosa, se erguía la *skáli*. La casa comunal era una versión enorme de las demás, pero con dos alas más estrechas a cada lado. Imaginaba que allí se congregaba la comunidad para todo tipo de eventos. Una cerca alta de madera amurallaba el poblado y lo protegía del bosque que asomaba en el Oeste. Apenas divisaba la copa de árboles inmensos que nunca había visto. El lugar me pareció hermoso, aunque inhóspito.

Caras curiosas nos observaban alborozadas. Mujeres acompañadas de sus pequeños recibían con júbilo a sus maridos, padres e hijos. No había pensado en que, tal vez, Gunnar tuviera una pareja que también lo esperara. Lo vi descargando los tesoros robados. No parecía buscar con la mirada a nadie en especial. Saludaba y recibía palmadas de bienvenida de sus allegados. Una mujer de pelo rubio y se acercó tímida y le ofreció una jarra enorme que rezumaba un líquido amarillento. Gunnar la aceptó y la bebió casi de un trago. Pude percibir, desde donde me encontraba, el interés de aquella mujer. Sonreía coqueta y no se separaba de su lado. Por algún motivo, me agradó que Gunnar la ignorara. No deseaba competencia. No había vuelto a hablar con él desde aquel episodio junto al timón. Habíamos cruzado alguna que otra mirada, pero nada más. Temí que se enfriara y había urdido que, ya en el pueblo, mi acercamiento sería más atrevido.

Nos llevaron a los establos para lo que se suponía sería una subasta. Eyra me había explicado con detalle cada paso que iba a tener que vivir. Las prisioneras serían subidas una a una a una especie de altillo, y los hombres libres, llamados *bondis*, pujarían la cantidad que estimasen justa por la que más le interesase; no eran monedas ni oro lo que allí se manejaba, eran mercancías e incluso alimentos en conserva.

Gunnar se había introducido en la gran cabaña rodeado por su gente. Me maravillaba lo poco que valían las esclavas; la vida de un ser humano reducida a unas libras de manteca, alguna oveja, pescado en salazón o barriles de alcohol.

Para mi sorpresa, un hombre me empujó hacia el altillo.

Muchas manos se alzaron. Intenté bajar, pero otro hombre se apostó en las escaleras. Le grité que pertenecía al *jarl*, pero no me escuchó. El bullicio era tal que ni yo me oía. Busqué a Eyra con la mirada, pero había desaparecido. Apabullada contemplé cómo ofrecían por mí cabezas de ganado, barriles de sal y hasta un barco. Increíblemente buscaba una forma de escapar. Estaba rodeada de hombres exaltados que se desgañitaban para hacerse oír por el que dirigía la subasta. Parecía que un hombre de compleción robusta e hirsuta barba rubia se hacía con mi posesión. Ofrecía el barco y una cabaña con todos los animales domésticos dentro. La preocupación comenzaba a alterarme. Decidí tranquilizarme; tarde o temprano desharían el entuerto.

Pensé que tal vez sería tarde cuando el hombre rubio se acercó a la tarima y, tomando mis pantorrillas, me echó sobre su espalda como un vulgar saco. Pataleé desesperada. ¿Dónde demonios estaba Gunnar?

Aliviada escuché un rugido que silenció aquella barahúnda.

—¡Suéltala, Thorberg! Ella no está en venta.

El tono amenazante de Gunnar resonó en la estancia. El hombre, contrariado, me bajó. Me dirigió una mirada entristecida.

—Ya me parecía una ganga —replicó disgustado.

—¡Le pertenece al *jarl*! —gritó para que todos lo supieran—. Nadie puede tocarla.

También él me miró apesadumbrado.

Pensé que me llevaría con él. Pero, tras dejar claro que debían respetarme, se marchó y me dejó sola.

Estaba claro que había decidido poner distancia entre nosotros. Por un momento, sentí los ojos arrasados en lágrimas. No. No iba a permitirselo. Al único hombre al que pertenecería siempre sería a Rashid, mi dulce Rashid. Pero ahora el peldaño hacia

mi esposo se alejaba. Me sequé los ojos e imprimí determinación en mi semblante. Gunnar era mi tabla de salvación y me asiría a ella como fuera.

\* \* \*

Me asignaron todo tipo de tareas: salar pescados y carne, arrancar las malas hierbas de los huertos traseros, desplumar gallinas, cortar leña y lavar ropa. Las elegidas para el *jarl* estábamos al servicio de la comunidad hasta que nuestro amo nos reclamara. Éramos requeridas por las mujeres para todo tipo de trabajos duros. Durante una de esas tareas, me topé con Amina. Había sido comprada por un pescador para que ayudara a su esposa. La encontré destripando pescado. Su semblante se cubrió de malevolencia ante mi presencia. Le sostuve la mirada con frialdad y odio. Tenía que ayudarla, así que me senté en la orilla junto a ella. A nuestro lado, una montaña de pescado refulgía bajo el sol.

—Pagarás por todo lo que me has hecho —silbó junto a mi oído en árabe.

La miré boquiabierta; deseé abofetearla.

—Lograste que me desterraran, mataste a mi hijo y conseguiste que me azotaran. Soy *yo* la que clama venganza.

Espió sobre un hombro, temerosa de que su ama la viera conversando.

—Todas mis desgracias son por tu culpa. Incluso esta: si Rashid no me hubiera echado de la casa, no habría tenido que huir a Lisboa y...

No pude aguantar más. La agarré por la trenza y tiré con fuerza para exponer su cuello. El pequeño cuchillo que usaba para el pescado se lo apoyé contra la garganta.

—Si vuelves a tramar algo en mi contra, si osas volver a dirigirme la palabra, te juro por la sagrada palabra del profeta que acabaré contigo.

Vio en mis ojos que hablaba completamente en serio. La solté, la punta del cuchillo le había dejado un punto rojo en el cuello por el que corría un hilillo de sangre. Se lo limpió aturdida y alejó su banqueta de la mía.

Terminamos el trabajo sin mirarnos, pero, cuando me levantaba para marcharme, un golpe seco en la parte trasera de las rodillas me derribó. Amina tenía un tronco en la mano y sonreía.

—Tendrás que matarme si quieres que te deje en paz, porque, mientras me quede un aliento de vida, lo dedicaré a hacerte sufrir.

Me lancé contra ella. Caímos rodando hacia la orilla del mar. Pensé en el hijo perdido y la golpeé con saña. Derramé en ella toda la ira acumulada. Ella gritaba pidiendo ayuda; se defendía lanzando ciegamente sus puños sobre mí. Rodamos de nuevo contra las lánguidas olas del aquel remanso. Logré ponérmela a horcajadas y, agarrándola de la cabeza, intenté sumergírsela en el agua. De su boca abierta escaparon burbujas de aire.

Unas manos me arrancaron de ella. Un grupo de gente nos había rodeado. Amina se levantó tosiendo, escupía agua y espuma. Me señaló con el dedo.

—¡En nombre de Loki! ¿Qué está pasando aquí?

Giré, era Gunnar quien me sujetaba. Eyra estaba a su lado.

—Ha intentado matarme —acusó Amina entre jadeos.

Eyra lo tradujo. Todas las caras se volvieron hacia mí.

—Primero me golpeó ella —me defendí.

Amina negó con la cabeza y replicó:

—Estaba tranquilamente trabajando cuando Shahlaa me clavó la punta de un cuchillo.

Alzó el rostro y todos vieron el delgado hilo de sangre que todavía brotaba de la herida, para colmo se apreciaban las rojeces dejadas por mis dedos en su cuello. Ni siquiera recordaba haber intentado estrangularla.

Los aldeanos murmuraban atónitos entre ellos. Y miraban a su *hersir* en espera de una decisión.

—No volverás a usar un cuchillo en ninguna de tus tareas —dictó severo— y no podrás acercarte a la esclava de Thorberg bajo ninguna circunstancia.

Amina sonrió triunfal. Clavé en ella una mirada airada.

La gente comenzó a dispersarse. Empapada, me giré hacia Gunnar. Todavía me sujetaba. Me zafé.

—Empezó ella —continué disgustada—. Ni siquiera pensaba dirigirle la palabra a pesar de todo cuanto me ha hecho.

Él me miraba de forma extraña.

—No solo te refieres a lo que pasó en tu huida, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Él parecía decidido a averiguar mi historia.

—La conocías antes, ¿no? ¿Fue una amiga desleal?

Mientras hablaba se iba acercando; yo retrocedí hasta que mi espalda chocó contra una roca.

—Era la segunda esposa de mi esposo.

Atrapada entre la roca y su pecho, él inclinó la cabeza hacia mí. Sus ojos me taladraron.

—No puedo creer que tu esposo no se conformara solo contigo.

—Se conformaba de sobra —repliqué altanera.

Él me regaló una media sonrisa. Sus dedos comenzaron a deslizarse por mi mejilla. Su boca estaba muy cerca.

—Tuvo que tomarla por la dote. Necesitaba dinero para su negocio; su familia lo obligó.

—Ya entiendo. —Su voz sugerente me envolvió—. Tu Rashid solo tenía ojos para ti, y ella volcó toda la rabia y el rencor sobre la favorita, ¿me equivoco? Apuesto a que te hizo más de una jugada cuando vivían juntos. Tuvo que ser un calvario; es más que obvio que es una arpía.

Asentí, no tenía ganas de explicarle nada más, aquellos recuerdos me herían el alma, sobre todo escuchar su nombre. Él notó el cambio en mi semblante.

—¿Te llamas Shahlaa?

Asentí. Tragué saliva, era la primera vez que pronunciaba mi nombre. Su voz era tan distinta a la de Rashid, sin embargo, el tono fue parecido. ¿Lo habría dulcificado a propósito?



—¿Qué significa?

—Ojos maravillosos —contesté alterada por su cercanía. Pensé en que debía aprovechar la oportunidad. Sin embargo, la constante mención a Rashid me lo impedía.

—Muy apropiado. —Su mirada penetrante pareció escrutar mi alma—. Sin embargo, aquí serás Freya, *mi* Freya.

—Querrás decir la Freya de tu *jarl*.

Negó con la cabeza, su aliento cálido me acarició los labios.

—Soy el *hersir* del pueblo, la máxima autoridad aquí y, hasta que el *jarl* no te reclame, serás mía.

Me besó, pero esta vez con dulzura. Se recreó en mi boca. Reconocí que sabía cómo besar a una mujer. Su lengua exigía mi colaboración y yo, ducha también en esas lides, lo llevé al delirio. Cada tanto me separaba de él, lo miraba lasciva y volvía a hundirme en sus labios. Me deleité con el beso, me evadí de la realidad, solo supe que aquel hombre estaba encendiendo en mí un fuego que necesitaba sofocar. Mi túnica mojada translucía mis pezones erectos, sus manos los acariciaban con frenesí. Excitada, lo imité. Su amplio pecho, delineado por poderosos músculos, era cálido y duro. Mis manos se deslizaron por sus fuertes hombros, por su cuello. Gruñó desesperado.

De pronto, sumida en esa nube de deseo, comprendí que, si me entregaba a él, si me convertía en su amante, podría perder el interés. Ya no tendría ningún incentivo para comprarme. No obstante, ¿cómo sofocar aquella llama que ardía hambrienta dentro de mí? Lo deseaba y tuve que luchar contra eso.

De alguna forma, logré separarme de él. Sus ojos nublados por el deseo mostraron aturdimiento. Intentó besarme de nuevo, pero lo rechacé.

—Si quieres tenerme, habrás de comprarme.

Mis palabras tuvieron el mismo efecto que un puñetazo. Confuso, sacudió la cabeza. Su mirada volvió a la realidad.

—No pienso arruinarme por ti.

Lo empujé indignada.

—Bien. Entonces no me deseas tanto como creía. Desfoga tus instintos con cualquier otra.

El semblante se le oscureció amenazando tormenta.

—Eres la mujer más cruel que hay sobre la Tierra. Empiezo a compadecer al *jarl*.

Aquello me sobrepasó; él no tenía ninguna intención de comprarme, y yo había estado a punto de entregarme a aquel patán.

—Escúchame bien: no seré de tu *jarl* y, si tú no estás dispuesto a comprarme, encontraré a otro que lo haga.

Me apretó los brazos furibundo. La fuerte atracción que sentíamos se tornó en ira.

—¡Escúchame tú a mí! Nadie en este pueblo tiene ni el poder ni la riqueza suficiente para comprarte; ni siquiera yo.

Intenté escapar sin éxito.

—¡No puede pedir tanto por mí!

—Sí, puede, y lo que pida será poco.

Volvió a besarme con desesperación. Plasmó su ansia, su irritación en mis labios. Me deseaba tanto que temblaba. Notaba en mi vientre su virilidad, me aplastaba con su cuerpo. Me devoraba con desenfreno.

—Moriré si no te poseo —susurró agónico.

Aquella frase trajo de nuevo a Rashid a mi mente. Era cuanto necesitaba para alejarlo de mí. Lo empujé y me alejé a la carrera.

\* \* \*

Sin cuchillo para ejercer debidamente mis funciones, me limitaba a lavar la ropa y trabajar el huerto. No cultivaban mucha variedad de vegetales; en ese momento, recogía cebollas y apios. Debía apresurarme, pues todavía tenía que preparar el *skyr*: una especie de leche espesa que salaban y fermentaban para conservarla en grandes vasijas de modo que aguantara todo el invierno. También preparaban quesos y

mantequilla. Otra de las tareas que me aguardaba era el ordeño de cabras. Cuando terminé con el huerto, decidí atender primero a los animales para aprovechar el débil sol de la mañana. Tomé un cubo y caminé perezosamente hacia el cercado. Los animales balaban hambrientos, los alimenté y acaricié un pequeño cabritillo que mamaba de su madre. Cerré los ojos y dirigí el rostro al sol.

Echaba tanto de menos la calidez de mi tierra, el calor de la gente. El amor de Rashid, las largas charlas con mi madre. Recordé a Flora y sus mimos, a Latifa con sus sabios consejos, las anécdotas de mi tío, los juegos de palabras de Ruth y el hermoso atardecer junto al Tajo. Las polvorientas callejuelas de la ciudad, las piedras de las murallas, el ocre y verde de los campos, sus oliveras y pinos, sus higueras y parras, los terrenos surcados de vides, el sonido de las norias, de las fuentes, incluso el canto del muecín reverberando en mis oídos. Los alegres mercados, las coloridas vestimentas, la melódica lengua árabe y el seco y elegante castellano, el latín de las liturgias. Las mezquitas, iglesias y sinagogas. Mi vida. Ahora, mi pasado.

Las lágrimas me recorrieron el rostro, no abrí los ojos, deseaba que la imagen de mi ciudad permaneciera todavía viva en mi cabeza. A mis pensamientos se acercaron unos ojos. Eran negros, almibarados y profundos. Lo sentí. No pude evitar sonreír. Estaba vivo y pensaba en mí. Me buscaba, estaba segura. Y me encontraría; no podía ser de otra forma. Nuestro amor era demasiado intenso. Volveríamos a vernos y, aunque tuviera que entregar mi cuerpo, jamás entregaría mi corazón. Pronuncié su nombre y me dejé acariciar por cada letra, por cada sonido. Me abracé y suspiré.

Cuando abrí los ojos me sentí observada. Giré la cabeza y ahí estaba él. El gran *hersir*, que me observaba con atención. Se hallaba cepillando a su caballo, un enorme ejemplar negro de pelaje abundante. Su mirada brillaba con un deje de anhelo y una pizca de desazón.

Me preguntaba cuánto tiempo había estado ahí contemplándome. ¿Habría leído el nombre de Rashid en mis labios? Parecía celoso, así que podía imaginar la respuesta. ¿Qué esperaba él de mí? No podría ser tan estúpido de esperar mi amor. Era evidente que lograba encontrar mi lascivia y, aunque mi cuerpo me traicionara, mi alma le resultaría inexpugnable.

Sentada en la banqueta me dispuse a ordeñar la cabra más cercana. Lo ignoré, aunque sabía que él seguía observándome. Era la primera vez que lo hacía y, aunque necesité algunos intentos, logré llenar el cubo. Parte de la leche se había derramado en mis manos. Chupé un dedo, saboreándolo.

Gunnar me observaba con lujuria. No podía creer que inspirara en él ese deseo tan apasionado. Tal vez, necesitara un último empujón. Me levanté y caminé lentamente, pasé por su lado y no lo miré. Desde nuestro último encuentro no habíamos cruzado palabra. Pero él siempre se las ingeniaba para ocuparse de sus quehaceres cerca de donde yo estaba. Le gustaba mirarme y esperaba anhelante que yo hiciera lo mismo.

Le devolvía alguna que otra mirada, pero acababa ignorándolo, sabiendo cuánto lo aguijoneaba aquello. Quería torturarlo, enloquecerlo para que entregara hasta el más insignificante trozo de tierra que tuviera. Actuaba con perfidia y premeditación, pero a mi defensa siempre acudía mi honestidad; jamás lo engañé. No le prometía amor eterno, solo lo utilizaba para librarme de un mal mayor, y él lo sabía.

En el camino de vuelta tropecé con la joven rubia que perseguía pertinazmente a Gunnar. Se llamaba Sigrid, era muy bonita, alta y esbelta. Sus azules ojos, intensos como un cielo estival, se fijaron en mí con algo de envidia. No podía reprochárselo. Era más que evidente para todos el interés que yo despertaba en su *hersir*. Aunque sabían que le estaba vedada, lamentaban verlo así. Su tosquedad habitual había tocado límites insospechados, golpeaba a los hombres ante cualquier distracción. Se ofuscaba enseguida y bebía en demasía. Apenas hablaba con nadie, y la pobre Sigrid hasta temía acercársele. Todos y cada uno de ellos me miraban acusadoramente.

—¡Esclava! —llamó altiva—. ¿Dónde está el *hersir*?

—En el prado, con el caballo —contesté.

Se retiró un mechón suelto del pelo y me contempló ceñuda.

—No entiendo qué ve en ti.

—Pregúntaselo a él.

Ya me marchaba cuando me frenó agarrándome el cubo lleno de leche; en el bamboleo se derramó gran parte del contenido. La miré malhumorada.

—No te he dado permiso para que te vayas.

No quería más problemas, así que esperé en silencio.

—¿Sabes que esta noche hay una gran fiesta? Vendrán nobles de otras aldeas, y quiero estar radiante. En mi cabaña he dejado un vestido rojo y quiero que me busques algunas flores para el pelo. Puedes irte.

Apenas me alejé unos pasos cuando escuché a unos hombres jaleando entusiasmados.

Volví, dos hombres se habían entregado a una pelea brutal.

Uno de ellos era Gunnar, que tan solo cubierto por unas apretadas calzas grises lanzaba puñetazos feroces sobre el rostro de su contrincante: un enorme pelirrojo de ojos avellana, robusto y peludo, que más bien parecía un toro endemoniado por la forma de arremeter bajando la cabeza. En uno de esos embistes alcanzó a Gunnar en

mitad del estómago. El *hersir* dejó escapar una aguda exclamación y cayó al suelo. Su oponente puso los brazos en jarras y estalló en carcajadas. Gunnar se levantó como un rayo y se lanzó de nuevo a la pelea lanzando un puñetazo tremendo contra la mandíbula del hombre. La sangre brotó de la boca del pelirrojo. Curiosamente, no paraba de reír.

Eyra apareció a mi lado.

—Son unos salvajes —comenté apabullada.

—Estas tierras lo son.

—¿Cómo se atreve ese hombre a enfrentarse a su *hersir*?

Se apoyó en el cercado y contempló atenta la pelea.

—No se está enfrentado a él.

Sorprendida miré de nuevo la escena. Seguían golpeándose.

—¿Ah, no? ¿Y qué demonios están haciendo si no?

—Están divirtiéndose.

Abrí los ojos confundida. Eyra rio.

—Thorffin es su mejor amigo. Ya desde niños les gustaba medir sus habilidades. Thorffin el Gigante es el más fuerte de la aldea, y a Gunnar le gusta retarlo de vez en cuando; es una especie de entrenamiento para ambos.

A decir verdad, parecían disfrutar a pesar de las caras amoratadas. Contemplé más atentamente a Gunnar: me llamaba la atención la cantidad de cicatrices blanquecinas que le cruzaban el pecho y parte de la espalda.

—Son cicatrices de batallas, ¿verdad?

Eyra asintió.

—Ha estado a punto de morir un par de veces. Dicen de él que es temible porque lucha sin importarle su vida; creen que es un *berserker*, un guerrero que pelea semidesnudo enfebrecido por la ira, pero yo sé que nunca ha consumido beleño, un hongo alucinógeno que enardece el ánimo. No lo necesita. Se entrega al combate de manera intrépida y arriesgada. Su arrojo atemoriza a sus enemigos y consigue que huyan incluso antes de que empiece la contienda. Siempre he pensado que buscaba la muerte.

Aquello me sobrecogió.

—Pero ¿por qué?

—Nunca ha tenido nada que lo ancle a la vida desde que perdió a su familia. Hasta que llegaste tú.

Tragué saliva. Gunnar sudaba copiosamente; sus ojos verdes centelleaban, su larga melena estaba recogida en una trenza a su espalda, jadeaba tambaleante frente a su amigo. La fiereza de su semblante provocó una extraña picazón en mi interior. La fuerte masculinidad de aquel hombre me sacudió.

Lo deseé.

Como si mi mente hubiera emitido alguna especie de señal, Gunnar me miró. Lo que vio en mis ojos pareció gustarle y me sonrió. Una agradable calidez me envolvió. Se centró más jubiloso en el combate y, esquivando algunos rechazos, logró por fin derribar al gigante de un codazo en la mandíbula. La gente aplaudió y vitoreó a su *hersir*.

Ayudó a su amigo a levantarse. El muchacho le sonrió mostrando el hueco ensangrentado en el que antes había tenido un diente.

—¡Por todos los dioses que moran en el Asgard! ¿De dónde has sacado esa fuerza?

Gunnar se acercó a la valla en la que yo me encontraba y me regaló una mirada cargada de anhelo.

—De mi lobo.

El profundo y claro verdor de sus ojos me desarmó. Todos los que estaban allí me miraron extrañados. Sentí que, si no despegaba los ojos de él, acabaría tomándome en mitad del prado.

Hice acopio de toda mi voluntad y rompí el influjo que unía nuestras miradas. Le di la espalda y me encontré con la mirada resentida de Sigrid. Sus ojos chispeaban furiosos, los celos la corroían.

—¡Esclava, te he dado una orden!

No le contesté y a desgana me alejé de allí.

Salía de la cabaña de Sigrid cuando Gunnar apareció ante mí; parecía haber estado esperándome. Se hallaba apoyado, indolente, contra un gran arce con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. La punta de uno de sus pies trazaba círculos en la tierra; cuando me vio, una media sonrisa se apoderó de sus labios.

—Tengo la sensación de que las tareas que te encomiendan no son de tu agrado — comentó con sorna.

Lo miré algo irritada.

—Desde luego, no son tan divertidas como tus entrenamientos.

Su rostro mostraba la dureza a la que lo había sometido su amigo. Tenía un corte en el labio, un pómulo amoratado y los nudillos despellejados.

—No negarás que aquí has aprendido cosas nuevas. Hasta hace poco, no tenías ni idea de limpiar pescado, de ordeñar ni de cultivar absolutamente nada.

Caminé hacia mi siguiente encargo sin mirarlo, él me acompañó.

—Y sigo sin tener idea, como ya habrás comprobado.

Arrancó de la rama de un arbusto una hoja dentada y la masticó pensativo.

—Alguien tiene que ocuparse de vigilar a los esclavos. —Me echó una mirada furtiva y añadió—: sobre todo si son tan agradables de contemplar.

No le contesté; me dirigía al bosque en busca de ortigas y giré en esa dirección. Justo cuando pasábamos por un enorme sauce, levantó gentil una de sus largas ramas para que yo pasara. Continuó caminando a mi lado.

—¿Piensas seguirme a todos los sitios?

—Puede ser. No quiero que te pierdas, el bosque es muy tupido. Tampoco deseo que te expongas a ningún peligro; dada tu ignorancia en casi todo, es muy fácil que te enredes en cualquier arbusto o incluso que te desangres intentando cortar cualquier hierbajo o que caigas en el río y...

—¡Basta!

Me detuve y me planté frente a él.

—Creo que sobreviviré a la peligrosa misión de recoger ortigas. Así que puedes dar media vuelta y buscar otro entretenimiento.

Fruncí el entrecejo y le di la espalda. Apenas comencé a alejarme, mis pies se tropezaron contra la retorcida raíz de un roble, semioculta por los frondosos helechos. Trastabillé, solté el cesto que llevaba y me aboqué hacia una superficie rocosa.

Contuve la respiración. Una mano me rodeó la cintura y evitó el desastre.

Me ciñó contra su pecho, me miró con expresión divertida y, algo altanero, musitó:

—Voy a tener que acompañarte si quiero que conserves todos los dientes. No te imagino mellada, aunque creo que estarías muy graciosa.

Sonrió ante la imagen que evocó.

Furiosa más con mi torpeza que con su burla, le estampé la cesta contra el pecho.

—Mis dientes no son asunto tuyo.

Continué la caminata. Parecía disfrutar irritándome y me siguió.

—¿Con qué piensas recogerlas? ¿Con las manos?

De nuevo me volví hacia él.

—Sé perfectamente que producen urticaria, así que usaré el bajo de mi camisa —repliqué un tanto airada.

Gunnar ensanchó su sonrisa y entrecerró los ojos estudiándome.

—Bueno, si vas a remangarte la camisa, necesitarás la protección de un guerrero; uno nunca sabe cuántos rufianes pueden estar acechando.

Ahora era yo la que sonreía.

—¡Vaya si lo sé! Tengo al peor delante de mí.

Abrió desmesuradamente los ojos fingiendo asombro.



Reconocí mi objetivo en un claro a los pies de un gigantesco arce. Las flores de un verde amarillento se mecían plácidas por la brisa. Me acerqué y en cuclillas arranqué unos matojos usando el borde de la delgada túnica de lino que llevaba.

Él se apoyó contra un árbol cercano mientras me observaba.

—¿No te has parado a pensar en que mañana amanecerás con unas horribles ronchas en los tobillos?

Lo miré ceñuda y de pronto se me ocurrió que tenía razón. El líquido que rezumaba el tallo estaba impregnando el lino. Maldije para mis adentros.

Gunnar se acercó despacio, me puso en pie y se agachó. Me dedicó una mirada petulante y, de un tirón, arrancó parte de la camisa y me dejó con las pantorrillas al descubierto.

—Solucionado.

Lanzó lejos la tela y de su cinto sacó una daga. Instintivamente di un paso atrás. Él me sonrió y me arrebató la cesta. Con un rápido movimiento segó toda la planta y recogió hasta la última flor.

Me entregó el canasto satisfecho.

—¿No vas a darme las gracias?

Su mirada se tiñó de lascivia.

—No de la manera que desearías, no al menos hasta que cumplas ya sabes qué requisito.

Gunnar resopló simulando tedio.

—Ya me lo decía mi padre. Las mujeres son interesadas por naturaleza. Recuerdo perfectamente cada palabra. —Se aclaró la voz e imitó en tono grave—: “Hijo, si alguna vez encuentras una mujer que solo hable cuando se lo pida, que no se queje por cualquier cosa y a la que le dé igual cuántas ovejas tengas, cástate con ella”.

Lo miré divertida. Aquella faceta suya me sorprendió.

—¿Y qué decía tu madre al respecto?

Se rascó la barbilla moviendo la trenza de su barba de un lado a otro.

—Decía que, si seguía dándome consejos, iba a quedarme solo toda la vida. Que una mujer así no existía ni en el Asgard.

Mi mirada interrogante lo obligó a añadir:

—El Asgard es la mansión en la que viven los dioses.

Reí. Me habría llevado bien con su madre. Tomó la cesta llena, mi mano y me alentó a caminar.

—Quiero mostrarte un sitio.

Su mirada brillaba. Caminamos en silencio. Subimos una empinada colina pedregosa. Gunnar tenía que ayudarme constantemente para que no cayera rodando colina abajo. Finalmente, y tras agarrarme fuertemente a un enhiesto brezo para tomar impulso, logré culminar la cima. Lo que se presentó ante mis ojos me cortó el aliento. Era el paisaje más hermoso que jamás había contemplado.

Rodeado de verdes y brillantes laderas pobladas por miríadas de brezales, un río plateado refulgía bajo el sol. Las claras aguas espumeaban contra las rocas que sobresalían de él, y pude ver las alargadas sombras de los peces nadando a contra corriente.

Gunnar me observaba orgulloso. La pradera se extendía hasta la falda de una gran montaña y se perdía en el abrazo de un bosque de olmos.

—¡Es hermoso!

Me agarró una mano y bajamos a la carrera.

—¿Te gustaría aprender a pescar? —Su mirada del mismo verde que aquellas laderas chispeó con entusiasmo—. Vamos, será divertido.

—Espero hacerlo mejor que lo demás.

Suspiré y nos acercamos al río. Noté el frescor que manaba de él y, algo acalorada, me arrodillé para remojarme la nuca y el escote. Ahí estaba de nuevo aquella mirada. Esta vez le sonreí. Nos descalzamos y de la mano me llevó de piedra en piedra hasta que se decidió por una ancha y plana en la que nos tumbamos los dos boca abajo.

—Solo tienes que tener paciencia y guardar absoluto silencio.

Metió las manos en el agua y las depositó en el lecho del río, luego las hundió tan solo un poco en el fango. Observé su expresión concentrada y sus ojos clavados en aquella superficie espejada y ondulante. Al cabo de un rato, los peces, que tenían un

tamaño considerable, se escurrieron rozando sus manos, pero él continuaba inmóvil esperando la ocasión. La técnica consistía en confiarlos, supuse, hasta que pensarán que aquellas palmas eran solo un cálido refugio. De repente, alzó las dos manos a una velocidad vertiginosa y expulsó abruptamente del río un enorme pez anaranjado que cayó convenientemente en la orilla. El pobre animal boqueaba y se retorció en busca de aire.

—Nuestro almuerzo: un delicioso salmón a la leña —adujo triunfal.

Me miró, nuestros rostros estaban muy cerca. Sus ojos pasaron a mis labios.

—A falta de un manjar mejor —murmuró algo apenado.

Me ayudó a levantarme y regresamos a la orilla; mi camisa estaba empapada. También la suya, así que se la quitó y la extendió sobre unos arbustos. Me miró inquisitivo y alargó la mano con la esperanza de que lo imitara.

—Ni hablar.

Sonrió; ya había imaginado la respuesta. Su traviesa mirada simuló desilusión.

Escogió unas ramas secas y las apiló con precisión. Sacó unas piedras del morral y las frotó enérgicamente sobre un puñado de yesca que había ahuecado con suavidad. Sus movimientos eran elegantes, precisos y teñidos de cotidianidad. Admiré los poderosos músculos que se contraían ante el movimiento. Pensé que podría partir un tronco sin inmutarse siquiera.

Se agachó y sopló delicadamente. Un sinuoso hilo de humo gris comenzó a ascender y se evaporó en el camino. Otro soplido y vi el resplandor anaranjado de una incipiente llama que parpadeaba vacilante. Sus grandes manos se curvaron protegiendo la débil chispa, sus labios se fruncieron de nuevo y de ellos escapó un ligerísimo suspiro. La llama se avivó.

Inmediatamente, y con sumo cuidado, fue añadiendo delgadas ramitas secas. No tardó en limpiar el salmón y ensartarlo en una rama que clavó en el suelo. La inclinó en el ángulo preciso para que las llamas no abrasaran al pescado. Me echó un vistazo y se rascó la barba.

—Creo que uno no será suficiente. Me comería un caballo. Es tu turno.

Me levanté y me dirigí a la misma piedra. Imité cada uno de sus pasos y esperé. Él me contemplaba con interés.

Parte de mi melena se sumergió en el río. Vi los oscuros mechones agitados por la corriente en torno a mis quietas manos. Los peces acudieron curiosos. Estuve tanto tiempo inmóvil que la rugosa superficie de la roca comenzó a clavárase incómoda en las costillas. Me picaba un costado y la punta de la nariz, pero aguanté la tentación de aliviarme. De pronto, lo que parecía una carpa se escurrió entre mis palmas, no lo pensé. La impulsé con toda la fuerza y velocidad que pude. Un poco tarde me di cuenta de que no había calculado la trayectoria. Me volví expectante. El pobre pez describió un chorreante arco en el aire y cayó sobre mí. Sentí su impacto en la frente, me incorporé aturdida y me escurrí de la roca. En la zambullida me golpeé el tobillo contra una piedra del fondo. Salí a la superficie avergonzada y dolorida.

Las estentóreas carcajadas de Gunnar fueron como agujas en mi orgullo. Le regalé una mirada furibunda. Empapada llegué a la orilla. Él todavía se limpiaba las lágrimas de los ojos; intentaba reprimir las carcajadas sin éxito.

—¡Por Odín que hacía tiempo que no me reía tanto! Es la primera vez que veo una carpa pescando una persona.

Reanudó las carcajadas con más vigor, si aquello era posible. Se retorció golpeando el suelo.

—Tenías que haberte visto la cara cuando el pez voló sobre ti... Ja, ja...

Agarré el primer tronco que tenía a mano y se lo lancé a la cabeza. Le dio en la coronilla.

—Si vuelves a hacer alguna mención más, te juro que el siguiente lo acertaré en tu entrepierna.

Me miró divertido.

—De acuerdo, no me burlaré más de ti. —Su sonrisa se ensanchó. Sus afilados ojos de gato brillaron sopesando mi enfado—. Tengo la sensación de que puedes tener buena puntería porque... —Hizo una pausa y sin poder evitarlo agregó—: porque es imposible que seas tan torpe en todo.

Tomé una piedra, entrecerré los ojos y apunté. Gunnar, que continuaba riendo, esquivó el proyectil y se lanzó sobre mí.

Yo ya estaba buscando otro y su impacto me derribó sobre la mullida hierba. Rodamos y forcejamos con un tronco que había logrado tomar en la caída. Asombrada me escuché riendo. Él me lo arrebató y me inmovilizó con su cuerpo. Sus ojos se clavaron en los míos. No había sorna en ellos.

—En cuanto a la puntería, es algo que tendremos que averiguar; delo que no hay duda, es de tu habilidad para hechizar a los hombres.

Me besó con pasión y yo lo dejé. Con la mano derecha me sujetó el mentón con fuerza mientras que la izquierda me acariciaba el costado. Su lengua tenía el poder de hacerme olvidar. Mi piel comenzó a reclamar caricias que no llegaban. Él se separó y me miró pensativo. Parecía estar calibrando sus posibilidades en cuanto a mí. Aquello me extrañó. Sabía que no me era indiferente, que respondía a su anhelo, que, si lograba abotagarme de deseo, acabaría sucumbiendo a él. Sin embargo, y por algún desconocido y misterioso motivo, se alejó de mí.

Me dejó temblando en la hierba, aturdida y con los labios enrojecidos. Lo observé dirigiéndose al río con la intención de seguir pescando. Me deseaba, eso resultaba obvio. Había decidido darse un baño antes, imaginaba que para aplacar la protuberancia que le llenaba las calzas.

No me levanté, permanecí tumbada mirando el cielo, pensando en mi propia estupidez. Me pregunté cómo era posible que estuviera dispuesta a entregarme con tanta facilidad a otro hombre. A un hombre que no estaba dispuesto a comprarme y que parecía divertirse jugando conmigo. Podía haberme tomado sin ningún compromiso y no lo había hecho. Debía de pensar que era una vulgar ramera, demasiado fácil para él. Seguro que compadecía a mi esposo. Ya me había llamado “perra lasciva” una vez y, sin duda, eso era lo que pensaba de mí. ¿Dónde demonios tenía el orgullo? Lo miré concentrado sobre la piedra buscando peces entre las rocas. Parecía pensativo, y su semblante se contraía inmerso en sus propias cavilaciones.

¿Cómo haría para sofocar el deseo que me provocaba? Sentí deseos de salir corriendo. Sin embargo, sabía que eso solo pondría en evidencia lo mucho que me afectaba, así que decidí permanecer inalterable. Respiré hondo y me incorporé.

El salmón empalado goteaba sobre la hoguera y liberaba un delicioso efluvio. La piel plateada se había abombado crujiente, la tersura de la carne asomaba incitadora. Lo retiré del fuego.

Me sobresalté cuando Gunnar dejó caer a mi lado otros tres peces.

—Con esto tendremos incluso para la cena.

Lo miré interrogante, él me sonreía. Su expresión volvía a estar relajada.

—¿Piensas retenerme todo el día?

Me contempló y, cuando abrió la boca para contestar, la cerró de improviso. Al rato, musitó:

—Come tu salmón, te espera un día muy duro.

\* \* \*

Tras el almuerzo, Gunnar me llevó a la pradera en la que pastaban los caballos. El suyo era un enorme ejemplar negro con musculosas ancas que brillaban al sol. El animal agitaba la cola espantando insectos mientras degustaba el forraje; su larga crin caía con gracia hacia un lado. Apenas echó una rápida ojeada a su amo y volvió a sumergir el hocico en la alta y fragante hierba. Cuando me acerqué a él, sus oscuros y húmedos ollares se agrandaron. Me olfateó con interés.

—Los caballos necesitan oler a las personas para identificarlas; aprovecha esta inspección para acariciarlo, así ganarás más rápidamente su confianza.

Gunnar había insistido en enseñarme a cabalgar. Decía que era algo primordial. Yo no acababa de entender para qué necesitaba una esclava aprender a montar, pero, si tenía intención de huir, y la tendría si no lograba escapar del *jarl*, me sería de mucha ayuda. ¿Habría pensado Gunnar en esa posibilidad?

El caballo giró el cuello, le ofrecí la mano para que la olfateara. Sentí el cálido resuello en la muñeca. Con la otra mano le rasqué detrás de la oreja, pareció complacido y emitió una sonora exhalación. Un enorme ojo negro se clavó en mí. Me vi reflejada en aquella bruñida esfera. Imaginé que el caballo me estaba grabando en su memoria.

—Parece que le gustas. No es habitual, suele ser bastante arisco.

—Como su dueño.

Me miró un tanto sorprendido.

—¿Piensas que soy arisco?

—Sí, siempre parece estar de mal humor.

Rascó meditabundo el cuello del caballo, y el animal torció agradecido la cabeza, solo le faltaba ronronear para parecer un gato.

—Ser el *hersir* es un cargo de mucha responsabilidad. Todos acuden a ti con este o aquel problema y esperan que tú lo resuelvas. Cargan sobre mis hombros dudas, altercados y necesidades, y yo en la medida de lo posible las satisfago. A veces me siento como el padre de todos ellos, y tener tantos y tan dispares hijos te agria el carácter.

Se estaba dejando conocer. Deseaba abrirse a mí. Y lo poco que había ido descubriendo ponía más en evidencia mis faltas hacia mi esposo.

—Nunca lo había pensado —repuse y volví la mirada al caballo.

Gunnar continuaba sus caricias. Miré su mano: grande, callosa y curtida, pero de líneas elegantes que se movían con delicadeza por el pelaje del animal y no pude evitar imaginarla en mí. Reprimí un suspiro.

—Estoy acostumbrado a la responsabilidad, pero tener tantas almas a mi cargo requiere estar siempre alerta, dispuesto para lo que surja; la severidad, la disciplina y la justicia han de tener el peso justo en cada momento. No tengo mucho tiempo para diversiones; incluso, cuando las tengo, mi cabeza nunca se evade del todo.

—¿No has pensado en dejar el puesto algún día?

Sonrió con ligereza.

—Todos los días. Pero no puedo dejar mi cargo hasta que el *jarl* me sustituya y, aun así, no pienso marcharme hasta que compruebe que mi sustituto es digno de mi gente.

Admiré su lealtad; esa consagración por las gentes denotaba no solo un gran corazón, sino una extraordinaria capacidad de sacrificio. Resultaba evidente que su sueño era otro.

—¿Qué harías si eso llegara a pasar?

Apoyé una mano en el largo y bruno cuello del caballo. Percibí el pulso del animal lento y regular, el mío en cambio se había acelerado; la punta de sus dedos rozaron los míos. No aparté la mano ni la mirada.

—Como ya te dije, tengo unas tierras al norte y algunas cabezas de ganado. Sueño algún día con construir una granja y vivir tranquilo. Con suerte, encontraré alguien que me quiera lo suficiente para compartir esa vida.

Y ese alguien no podía ser yo, pues en mi caso solo tendría una cosa o la otra. Sin embargo, no entendía su cambio de actitud: a sabiendas de que no pensaba comprarme, parecía querer conquistarme, pero ¿para qué?

Gunnar me contemplaba; por su expresión parecía estar decidiendo algo. Miró alternativamente mis labios y los arreos del caballo que descansaban en el suelo. Por fin se decidió y se inclinó para tomar la brida. Parecía tenso, contenido y pensativo.

Colocó el bocado, ajustó bien las correas y depositó con firmeza la silla de montar; el animal resopló. Gunnar le rascó con suavidad entre los ojos.

—Bien, dame tu pie izquierdo e impúlsate con el derecho.

Los estribos estaban demasiado altos para mí.

Se inclinó y entrelazó los dedos a la espera de mi pie. Lo encajé en sus manos y con un movimiento rápido subí a lomos del alazán. Él sujetó con firmeza las riendas y subió detrás de mí con una sorprendente agilidad para un hombre de su tamaño.

—Es más fácil de lo que parece. Solo si sacudes con fuerza las riendas, el caballo comenzará a caminar; cada vez que las agitas, el animal incrementará la velocidad del paso al trote; una nueva sacudida acompañada de un firme toque con los pies y te encontrarás galopando como una valquiria.

Asentí. Tragué saliva. Era consciente de su cuerpo caliente y duro pegado a mi espalda. Me obligué a prestar atención.

—Para frenar —continuó— tan solo debes atraer las riendas hacia ti; dependiendo de la velocidad a la que vayas, deberás tirar con más o menos fuerza. Por supuesto, debes estar preparada para la sacudida.

Soltó las manos de las riendas y las colocó sobre mis rodillas. La túnica abierta por los lados mostraba mis piernas más de lo debido.

—Has de presionar tus muslos contra el caballo para asegurarte una mayor estabilidad.

Sus grandes manos apretaron mis piernas como demostración. El contacto me quemó.

—Eres fuerte, te será fácil hacerte con el caballo.

Hubo un silencio incómodo, sus manos permanecían sobre mis muslos.

—¿Cómo cambio de dirección? —inquirí.

—¿Qué? ¡Oh sí! —contestó algo turbado; carraspeó y recuperó el control—. Es sencillo: tan solo has de girar las riendas en la dirección que desees.



Su mano me rodeó la cintura para ceñirme más a él.

—Te haré una demostración.

Agitó las riendas y el caballo comenzó un lento traqueteo. Observaba su mano manejando diestra al animal. Sin embargo, era su otra mano la que me desconcentraba. Gunnar me pasó las correas y dejó que experimentara.

Sacudí con vigor dos veces y el caballo se puso a pleno galope. Sentí la fuerza de aquella hermosa bestia bajo mi cuerpo. El viento me azotó la cara y, por primera vez desde que fui secuestrada, me sentí libre. Cruzábamos la pradera como un águila sobrevolando un páramo.

Todos mis sentidos se enardecieron. Tuve más conciencia de todo a pesar de la rapidez con que lo atravesaba. El cielo se me antojaba más azul; los colores rojizos y verdes de los prados, más vivos. El aroma de la hierba fresca, de la tierra fértil, del heno recién cortado y del almizclado perfume de la montura eran tan profundos que, por un instante, me sentí parte de todo, integrada con la naturaleza, en plena sintonía con mi alrededor. Y, desde luego, con el hombre que se pegaba a mi espalda y que con movimientos acompasados a los míos robaba el sosiego de mi alma. Parecimos fundirnos en uno solo. Era tan consciente de sus manos en mis caderas como del aire que me agitaba los cabellos.

Hubo un momento en el que creí estar volando; deseé cerrar los ojos y disfrutar de aquella sensación.

Gunnar pareció leerme el pensamiento y me arrebató las riendas. Sonreí. Apoyé la cabeza en su pecho, cerré los ojos y extendí los brazos. Sin duda, volábamos.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que deseé no parar nunca. Por primera vez, me sentí feliz. Sumida en el olvido. Con él me sentí a salvo de todo.

De pronto, el caballo perdió velocidad de forma gradual hasta detenerse. Escuché el sonido de las olas golpeando con furia. Abrí los ojos.

Estábamos en la cima de un impresionante acantilado. Me asombró que el animal hubiera querido acercarse tanto a aquel cortante. El paisaje me cortó la respiración. A ambos lados se sucedían abruptas formaciones rocosas que descendían casi en vertical hacia el mar. Las olas rompían contra las paredes lamiéndolas, el agua de un intenso azul oscuro se perdía en la inmensidad.

Me giré en la montura. Los ojos de Gunnar me sobrecogieron, su mirada penetrante, su semblante indescifrable. Deseaba saber dónde nos encontrábamos, pero cometí el error de mirar su boca.

Me agarró fuertemente la cintura y me besó de forma arrolladora. Sentí que todo me daba vueltas. Fue un beso intenso, largo y cargado de pasión no satisfecha. Jadeé, y él gruñó. Cuando nos separamos, respirábamos entrecortadamente.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté intrigada.

—Algo que solo tú puedes darme.

\* \* \*

Llevaba cuatro meses en la aldea y era la primera fiesta que presenciaria. Todos hablaban de los invitados que acudirían y aquello hizo que en mi mente bullera otro plan, tal vez más arriesgado. Si acudían nobles de otras regiones en busca de tratados o negocios, tendrían riquezas. Y eso significaba que, si lograba cautivar a alguno, podrían comprarme. Sin embargo, el nuevo plan tenía demasiados cabos sueltos. ¿Podría entregarme a un nuevo desconocido? Con Gunnar habría sido más fácil, por algún motivo él despertaba mi deseo con demasiada facilidad.

Tras la fascinante mañana con Gunnar, y en un intento por alejar cualquier pensamiento, dediqué el resto de la tarde a trabajar. Cuando llegó la noche, estaba más que agotada. Sabía que debía ayudar a servir a los ilustres invitados el banquete que preparaban alborozadas las mujeres. Habían asado en una gran parrilla varios jabalíes. Enormes bandejas de comida eran adornadas con frutos y hojas. A escondidas, pude robar algo de comida y me llené lo suficiente para aguantar la velada. Me senté junto al tronco de un árbol caído y me dormí. Una mano me sacudió apremiante.

—¡Muchacha! ¡Despierta, estás desaprovechando tu última oportunidad!

Eyra me tiraba del brazo.

—Está a punto de comenzar. Han llegado los invitados.

Me arrastró somnolienta hasta una cabaña vacía. Una gran tina manaba vapor en el centro de la estancia.

—Tienes que bañarte. He conseguido algo de jabón entre los bienes robados y algo más que no podrás creer.

Me dejé desnudar y empujar dentro de la tina. El agua estaba caliente, humeaba y me sentí como dentro de un *hamman*. Recliné la cabeza y la anciana frotó mi larga melena con aquel jabón de olor penetrante. Era tan agradable sentirse cuidada. El sopor me invadió de nuevo. A Eyra se le ocurrió una ingeniosa manera de espabilarme. Derramó sobre mí un cubo de agua helada. Salté sorprendida de la tina mientras la anciana reía complacida.

—Mira, muchacha, hasta aceites perfumados tienes a tu disposición.

Me preparó al igual que Latifa lo hizo en mi noche de bodas; me ungió con ellos y secó mi pelo con un paño.

Cuando me mostró el vestido, me quedé boquiabierta.

—No puedo ponerme eso, soy una esclava.

—Pero eres la esclava del *jarl*. Además, no hay ninguna prohibición con respecto a la ropa. Y esta noche necesitas encontrar un comprador.

Me deje vestir y peinar.

El atuendo era una túnica de seda amarilla a juego con mis ojos; demasiado estrecha para mis formas. Mis grandes senos asomaban oprimidos por el escote cuadrado, más atrevido de lo que habría deseado. La seda se pegaba a mi cuerpo como una segunda piel. Las mangas y el ribeteado del cuello formaban filigranas doradas. Seguramente había pertenecido a alguna gran dama bastante más menuda que yo. Busqué con la mirada la sobretúnica y no la encontré, miré interrogante a Eyra.

—No vas a llevar nada encima —aclaró sonriente.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Pretendes que salga a servir solo con esto?

Eyra asintió.

—No veo el momento de que hagas tu entrada. La envidia contorsionará los rostros de las mujeres y los hombres bajarán la luna para ti. Esta noche pertenecerás por fin a uno de esos hombres y alejarás para siempre al *jarl*. Esa bestia inmundada no pondrá un solo dedo sobre ti. Y estoy segura de que, aunque empieces siendo una esclava, terminarás siendo una gran señora.

Eyra vivía a través de mí lo que habría deseado vivir ella: era una forma de realizar sus sueños, los sentiría y los disfrutaría. Sin embargo, yo no estaba tan segura de que todo fuera como ella aseguraba. Temía pagar aquel osado atrevimiento. Me

presentaría como una reina siendo tan solo una esclava. Pero lo haría. ¿Acaso tenía algo más que perder?

Eyra terminó con mi pelo que, tras cepillarlo, refulgía como la noche. Apartó de mi rostro dos mechones y los giró formando una corona alrededor de mi cabeza, los agarró con una horquilla de concha y me contempló admirada.

—Brillas como la estrella más radiante del firmamento, hasta los dioses del Valhalla bajarán esta noche para contemplarte.

—Más que vestida, me siento atrapada por el vestido.

Soltó una carcajada.

—Deberías dar gracias por tener un cuerpo de pecado; si te avergüenzas de él, es que eres una necia.

—Necia o no, hay algo llamado “decoro”.

Eyra abrió los ojos de forma exagerada.

—¿Aquí?

Sonreí y respiré hondo, temí reventar la seda.

—¡Un momento! ¿Puedes caminar?

Fui yo la que reí. Probé dar unos pasos, me incliné y afortunadamente las costuras seguían en su sitio.

—Creo que puedo hacer todo menos agacharme.

Jubilosas salimos de la cabaña. A cada paso, me ponía más y más nerviosa. Miré a Eyra.

—Si me preguntan de dónde he sacado todo, diré que yo misma lo tomé. No quiero que te involucren de ninguna manera, ¿me oyes?

—Me habría gustado ser tu madre —confesó ella.

—De alguna manera, lo eres.

Nos miramos risueñas.

—En realidad, puedo ser tu abuela, pero me habría gustado más ser tu madre para haber podido yacer con tu apuesto padre.

Reímos de nuevo.

Cuando entramos en la casa comunal, la algarabía cesó. No pude evitar recordar la noche que bailé para los invitados de Rashid, la noche de mi destierro. Supe al instante que esta vez también surgirían dificultades. Caminé con porte de reina.

Los hombres me miraban atónitos; las mujeres, con asombrada indignación.

Busqué con la mirada a Gunnar y no lo encontré. Solo veía caras extrañas, la mayoría, toscas. Sin saber muy bien qué hacer, me dirigí a la mesa central y tomé una gran jarra con cerveza. Me acerqué a los hombres para llenarles las copas. Y entonces lo vi. Estaba irreconocible. Se había afeitado la barba: su rostro libre de vello era más apuesto de lo que había imaginado, las duras líneas del mentón le conferían una masculinidad subyugante, su boca de líneas suaves aparecía bien definida, los hermosos ojos verdes resaltaban chispeantes, la melena castaña dorada aparecía peinada hacia atrás sujeta por dos trenzas atadas con un cordel. Vestía una túnica corta de hilo blanca y, sobre las calzas, llevaba unos pantalones grises algo abombados hasta la rodilla, botas de piel y, como siempre, un ancho cinturón negro que marcaba su estrecho talle. Una capa corta finalizaba el atuendo. Sin duda, era un hombre guapo, muy guapo a decir verdad.

Me miraba embobado. Sus ojos casi me acariciaban. Paralizado ante mi visión, tragó saliva un par de veces. No era el único que me contemplaba absorto. Otro hombre de distinguidos ropajes se acercó a mí y me tomó de la mano.

—¿De dónde ha salido tan espectacular belleza? Por tu aspecto, seguro que de la otra parte del mundo. ¿Persia? ¿Bizancio? ¿Tal vez Siria?

Lo miré. Seguro que él podía pagar mi precio. Sin embargo, solo sentí aversión en su presencia. Ninguno de los nobles que veía me agradaba.

—Soy de al-Andalus.

—Desconocía que los tesoros de ese reino fueran de tal calidad. ¿Tienes amo?

Gunnar no podía quitarme los ojos de encima, yo tampoco despegaba los míos de él. El magnetismo que empezábamos a sentir se rompió cuando Sigrid apareció y se sentó en sus rodillas. Él no la apartó, muy al contrario, la besó sin apartar su mirada de mi rostro.

—No, no tengo amo todavía, aunque me reservan para el *jarl*.

—Ese condenado tiene suerte.

Me acerqué más a él espoleada por la actitud de Gunnar.

—Tú podrías ser el afortunado si me tomas como esclava.

El hombre me rodeó la cintura.

—Seguro que ese bellaco me pide algún dispendio, pero tú bien lo vales.

Aguanté las ganas de apartarme y dejé que me besara.

Todavía con las miradas entrelazadas, besábamos a otras personas. Deseé arrancar a la fastidiosa Sigrid de su regazo. Y, por el modo en que Gunnar miraba al hombre que me abrazaba, adiviné que deseaba lo mismo.

El hombre me soltó y me tomó de la mano, parecía buscar un lugar más íntimo.

—He de asegurarme que mi oro será bien invertido, preciosa, debo ver bien de cerca la mercancía, aunque esa túnica no deja nada a la imaginación.

Me sentó en uno de los bancos laterales de la sala, en un rincón, cobijados por la penumbra. Y casi al instante sentí sus sucias manos sobre mí. Tuve ganas de llorar. Se me hizo imposible aguantar más el manoseo, los besos robados, los susurros que pretendían ser incitantes. Me levanté arguyendo que necesitaba orinar. Pero, justo en el momento en que lo hacía, Gunnar apareció con semblante fiero, embargado por el temor de que hubiera desaparecido para siempre.

Nada dijo, solo me tomó de la mano y me sacó de allí. Rodeamos la cabaña y, junto a la empalizada, se detuvo.

—No voy a permitir que otro hombre te toque.

Había luna llena y pude ver sus ojos con total claridad.

—¿Me mantendrás intacta para tu *jarl*?

Me rodeó con los brazos. Acercó su rostro y pegando su frente a la mía contestó:

—Te mantendré intacta para mí.

Instintivamente alcé el rostro y el buscó mi boca con frenesí. Supe que aquella noche sería suya. Lo deseaba y, contagiada por su urgencia, lo acaricié, lo besé como si fuera el último día de nuestras vidas. Comprendí que estaba perdida, solo podía

entregarme a él, a nadie más, ya nada importaba. Me olvidé del *jarl*, de mi vida, de todo. Solo fui consciente de sus besos, de sus manos incendiando cada palmo de mi piel.

Arrebolados por la pasión, encontramos su cabaña sin despegar los labios. Cerró la puerta de una patada y se separó lo justo para desnudarme. Libre de la seda, Gunnar me contempló extasiado.

—Cuando te tuve frente a mí, desnuda en la orilla, ardiendo de fiebre y con la espalda magullada, hice gala de mi mayor autocontrol. Admiré tus firmes y generosos pechos mientras te sumergías. Me moría por acariciarlos, por devorarlos. Ahora nada me lo impide.

Se cernió sobre mí enloquecido. Su lengua, sus manos y su mirada me llevaron al delirio.

Lo ayudé a desnudarse. Recorrí los poderosos músculos de su vasto torso surcado por aquellas sinuosas y suaves cicatrices, las seguí con los dedos. Jugueteeé con el vello que le asomaba tímido en el centro del pecho y descendí hacia sus caderas. Lo miraba deliberadamente gozando con su expresión contenida.

Mis manos tomaron sus nalgas duras y suaves. Era como acariciar una piedra pulida. Él suspiró. Su miembro erecto se aplastaba contra mí.

—Tómame —supliqué.

Me tendió en el jergón y se colocó sobre mí. Me contempló durante un instante. Sus ojos brillaban como dos esmeraldas. Su afectado semblante me emocionó. Le pasé mis dedos por la dura línea de la mandíbula hasta llegar a la barbilla, los subí hasta sus labios dibujando su silueta. La intensidad de su mirada, el deseo que asomaba hambriento a ella era apenas sujetado por un hilo de autocontrol. Parecía querer grabarme en su mente antes de abandonarse al placer.

Me contoneé sinuosa bajo él rompiendo a propósito aquel delgado hilo. Me besó con ardor. Sus manos inquietas arrancaron de mi garganta hondos gemidos y le enardecieron los sentidos. Abrí las piernas, y él, aceptando la invitación, me penetró.

Un gruñido satisfecho escapó de su garganta. Se movió con lentitud, saboreando cada empellón. Un placer intenso nos embargó. Los gemidos subieron en intensidad. Dejé de besarme solo para hundir su mirada en la mía. Incliné la cabeza hacia atrás y cerré los ojos, gemía incontrolablemente.

—No —susurró él de pronto—. Quiero que me mires.

Los abrí nuevamente. Su verde mirada era húmeda y profunda.

—Soy *yo* el que te posee —agregó con voz ronca.

Comprendí a lo que se refería. Él temía que con los ojos cerrados imaginara que era Rashid quien me tomaba. Aquello me conmovió. Alcé las caderas y él aumentó la intensidad de los embistes.

Le rodeé el cuello y lo besé salvajemente. Parecía arder. Los músculos de su espalda ondulaban bajo mis manos. Sabía que no podría aguantar mucho más, así que, para grabarme más a fuego en su mente, decidí ofrecerle otra perspectiva.

No sin esfuerzo, logré girarme invirtiendo las posiciones. Estando yo arriba, tuve el control absoluto. Debía asegurarme que entregaría incluso su alma al *jarl* por mí.

—Ahora soy *yo* la que te posee.

A horcajadas comencé a moverme. Cimbreeé el cuerpo sin dejar de mirarlo. Él al principio mostró desconcierto. Era evidente que ninguna mujer lo había tomado de esa forma. Su expresión se tornó cautivada, embelesada y sorprendida. El placer que reflejó me hizo sentir poderosa.

Sus manos me acariciaron las caderas, y sus ojos devoraron mi cuerpo totalmente expuesto danzando sobre el suyo. Me arqueé hacia atrás sin dejar de moverme. Él jadeaba consumido por el mismo placer que me envolvía a mí. Sentí como si un rayo me hubiera atravesado el cuerpo y lancé un profundo gemido. De mi cuerpo brotó aquella humedad.

Gunnar me miraba extasiado. Volví a inclinarme sobre él y le tomé la boca. Mis senos se aplastaron contra su pecho y, sin dejar de moverme, lo llevé al clímax. El grito de él me sobresaltó. Su enorme gozo se liberó. Sentí la calidez de su simiente en mi interior. Me abrazó con fuerza. Temblábamos.

Cuando lo miré, descubrí unas lágrimas contenidas en sus ojos. No supe si de felicidad o de placer. Hice ademán de moverme, pero él me detuvo.

—Quiero seguir dentro de ti.

Lo había hecho. Y además lo había disfrutado. La traición a Rashid me golpeó de pronto. Tan solo seis meses tras nuestra separación y ya yacía con otro hombre. Me sentí miserable. El destino jugaba conmigo. Cerré los ojos y en mi mente le pedí perdón. ¿Me aceptaría de nuevo sabiendo en lo que me había convertido? Sin embargo, otra pregunta arrastraba mi alma a un pozo más oscuro: ¿volvería a verlo? ¿Era posible que la providencia hubiera puesto a Gunnar en mi camino a sabiendas de que esa sería la única vida que me esperaba?

—Jamás había sentido nada parecido —murmuró.



Me incorporé a medias y le sonreí. Encontré una mirada grave y pensativa.

—Ninguna mujer me había enloquecido de esta manera. —Hizo una pausa, tomó un mechón de mi pelo y se lo llevó a la boca—. Supe que eras distinta a todas desde el primer momento en que te vi.

—Gunnar —susurré.

Sonrió, su mano se enrolló en el mechón.

—Es la primera vez que lo pronuncias. ¿He dejado de ser un bárbaro del demonio?

Asentí, su sonrisa se extendió.

—Adoro tu cabello azabache como una noche sin luna, ondulado como las olas de un mar tranquilo, suave como la caricia del viento. Adoro tus hermosos ojos dorados, grandes como el sol en verano, profundos como un océano de ámbar. Y tus labios suaves, rosados y plenos son como una fruta madura, dulce, exquisita que no puedo dejar de saborear. Nunca en toda mi vida había deseado nada tanto. Temí perder la cordura si no te poseía.

Me besó. No me atreví a hablar del *jarl*, no hacía falta. Supe que no iba a entregarme. Me tenía y no iba a soltarme. Sus palabras dejaron bien claro el poder que yo ejercía sobre él.

—Te deseo de nuevo —gimió.

—¿Tan pronto? —inquirí asombrada.

—Llevo meses de privación.

—No te creo. Muchas veces te he visto con alguna mujer en el regazo, esa Sigrid no se despega de ti.

Sonrió jactancioso.

—Habría podido tomar a la que quisiera, pero solo te quería a ti. Estuve a punto de desfogarme con Sigrid, pero no pude hacerlo. La pasión no surgía. No era su cuerpo el que yo anhelaba.

Me giró y se puso sobre mí.

—Te he estado esperando —agregó. Su mirada se cargó de lujuria—. Y hasta que no colmes todo mi apetito no saldrás de esta cama.

Tuvo que llegar el alba para que se sintiera saciado. Apenas habíamos dormitado algo sacudidos por tanta pasión. Cuando por fin, plenos, nos abrazamos con la única intención de descansar, la noche se retiraba empujada por una luminosidad todavía mortecina. Débiles haces de luz se filtraban por las ventanas. Por un momento, esperé ver en el suelo de la cabaña el dibujo de pequeñas estrellas y lunas proyectadas por la celosía de mi antiguo cuarto. Eché de menos el aroma del jazmín, de la lavanda y del romero ascendiendo del patio, además del ronroneo acariciador de la fuente sobre el apagado ajetreo de la ciudad. Tampoco descansaba mi cabeza sobre un pecho acanelado y lampiño.

De nuevo, Rashid acudía a mis pensamientos. Sentí ganas de llorar. La piedra que colgaba en mi pecho pesaba tanto que no podía respirar con normalidad. Amaba a Rashid y, aunque Gunnar estaba resultando más gentil de lo que había esperado, mi corazón lo clamaba a él, a mi esposo. Mi dulce y tierno Rashid con su mirada zaina que me erizaba la piel. Ansiaba escuchar su voz aterciopelada prodigándome todo el amor que sentía. Aquellos recuerdos eran como dagas en mi pecho. Necesitaba alejarme de él. Me levanté con cuidado. Gunnar dormía plácidamente.

Caminé a la ventana y apenas la entreabré. Cerré los ojos esperando encontrar una suave brisa, sin embargo, fue una ráfaga gélida la que me golpeó. Miré sin ver. No veía las majestuosas y verdes montañas de aquella tierra. Ni oía el agitado rugir de las olas sobre las rocas del acantilado, era mi tierra la que veía, mi río el que escuchaba. Lloré en silencio. Una voz que tampoco era la de Rashid me volvió a la realidad.

—¿Añoranza?

Estaba prácticamente junto a mí, ni siquiera había escuchado sus pasos.

Asentí.

Lo miré, no supe interpretar su expresión. Parecía consternado.

—Tu ciudad era muy hermosa, no tiene comparación con esto —musitó.

Era astuto, había preferido no mencionar a mi esposo.

—No era mi ciudad. Estaba allí de viaje. Mi ciudad era Toledo.

—Imagino que también debe de ser hermosa.

—Lo es. La más bella de todas. Porque en ella viven las personas que más amo.

Su semblante apenas se contrajo. Aguantó mi mirada.

—¿Y qué buscabas en tu viaje?

Continuaba pasando por alto mis sentimientos. Lo miré fijamente, de pronto sentí ira.

—Buscaba a mi padre. No lo conocía y, cuando lo hice, llegaste tú. —Un profundo sollozo escapó de mi garganta. No pude continuar la frase—. Ni siquiera sé si está vivo; aquella horrible espada en su costado...

Gunnar intentó abrazarme, pero rehuí su contacto.

—Tu esposo estaba contigo, ¿no?

Por fin ahondaba en su verdadera preocupación.

—Sí. —La furia comenzó a dominarme—. Y no, no está muerto. Gritaba mi nombre cuando me alejaron de su lado.

Me di vuelta. Rememorar aquella escena me estaba matando.

—Tal vez lo mataron después.

Negué con la cabeza.

Gunnar me abrazó por detrás, me debatí rabiosa. Lo golpeé intentando que me soltara. No movió ni un músculo. Tan solo me sujetaba con firmeza, aguardando mi calma. Sollocé incontrolablemente y, cuando comencé a sosegar, me atrajo hacia él y me abrazó.

—Tu vida ahora es esta; cuanto antes lo aceptes, mejor.

Lloré en sus brazos, nada dije, pero me hice una promesa: no me permitiría nunca olvidar a Rashid.

—¿Conoces a Helga?

Aquella pregunta me desconcertó. Lo miré. Asentí. Era una mujer de cabellos casi blancos, aunque joven, amable y cariñosa, que me había requerido para limpiarle el huerto en alguna ocasión. Me agradaba ayudarla, siempre se había mostrado cortés conmigo; tenía un niño pequeño de pelo rojizo y aviesos ojos azulados. Más de una vez había jugado con él.

—Es la mujer del hombre que mataste.

Abrí la boca muda de asombro. Recordaba vivamente cómo había clavado la daga en el cuello de aquel gigante de pelo rojo que había herido a mi padre. El guerrero que luchaba con Rashid me había mirado sorprendido.

—Y sabe que fuiste tú quien lo mató —añadió.

Tragué saliva. Ella no me guardaba ningún rencor.

—Helga sabe que fue víctima de la situación, no de tu daga.

Quería hacerme entender que todos éramos víctimas y culpables de algo al mismo tiempo. Que era el destino el que nos manejaba y que, como la pobre Helga, debía aceptar esos avatares como parte de la vida. Pero eran ellos quienes habían movido la ruleta de la providencia y provocado la fatalidad. Las víctimas tan solo defendían sus vidas.

—Imagino que fue el guerrero que peleaba con Rashid quien te lo contó, ¿no? Yo solo defendía mi vida.

Me miró indeciso, dudaba si seguir hablando; finalmente tomó aire y continuó.

—Voy a contarte toda la verdad. Ulf era quien peleaba con tu esposo. Y yo, que había estado persiguiéndote, presencié la escena. Ví cómo él te miraba. Tu amado Rashid.

Parecía intentar sacar hasta el más doloroso recuerdo. Le miré con odio.

—Fui yo quien te raptó. El que te alejó de él.

Por eso conocía el nombre de Rashid: lo había oído de mis labios.

El dolor se me reflejó en el rostro, volví a golpearlo. Gunnar me sujetó las muñecas.

—¡Maldito! ¿Me perseguías?

—Te vi correr en el cruce de una calle, parecías buscar a alguien. Tu belleza me sobrecogió, pero no fue eso lo que me hizo seguirte. Luchaba con dos hombres y huí de la reyerta para alcanzarte. Esos hombres están vivos gracias a ti.

—Te odio —le escupí.

Me ignoró, volvió a hablar sin apartar los ojos de los míos.

—Te seguí porque te reconocí.

Con la mirada embargada en llanto lo miré atónita.

—Eyra me echó las runas antes de partir a la conquista. Tres veces las repitió y las tres coincidieron. Dijeron que encontraría al lobo que acechaba mis sueños, aquel lobo negro de mi infancia. Que marcaría mi destino, aunque corría el peligro de que devorara mi alma. Y, cuando te vi, supe que eras el lobo con cuerpo de mujer. Tus ojos habían poblado mis sueños durante años.

No podía creer lo que oía. ¿Mi vida se había truncado porque me parecía a un lobo? Noté cómo la sangre se me agolpaba en la cabeza, la furia me embargó.

—¡Estás loco! Completamente loco.

—Eres mi destino.

—No, nunca. No sé lo que buscas en mí, pero sea lo que sea no lo encontrarás.

—Busco que algún día me mires como lo mirabas a él.

Sin duda, deliraba. Me había entregado al hombre que había arruinado mi vida. ¡Y encima esperaba que lo amara!

—Escúchame, nunca voy a mirarte así. Nunca, porque jamás te amaré. No importa las veces que tomes mi cuerpo, mi corazón siempre será de Rashid. ¡Lo amo a él! Y siempre será así —le grité desesperada.

Gunnar me sujetó las muñecas en la espalda y rabioso me besó intentando borrar mis palabras. Lo mordí.

—Saca toda tu rabia, tu dolor. Necesito tu alma vacía y limpia para sembrar en ella.

—Mi alma esta yerma, seca, nada brotará ya de ella.

—El tiempo me ayudará a curarla. He querido revelarte toda la verdad para que viertas sobre mí todo tu odio; para que podamos empezar desde el principio sin cuentas pendientes.

Un pensamiento se filtró en mi mente para sembrar aun mas inquietud.

—Me raptaste para ti, pero me elegiste para tu *jarl*. Algo no encaja.

—Mis hombres tienen ojos en la cara. Tenía que fingir que serías para el *jarl*; sin duda, eras la más hermosa, aunque ya tenía pensado comprarte.

—¿Y todo este tiempo has dejado que te sedujera para convencerte? ¡Incluso me rechazaste!

—En realidad, no las tenía todas conmigo, el *jarl* es un hombre imprevisible y temía que hubiera llegado a sus oídos tu singular belleza. Esas tierras son lo único que tengo y nunca dudé en entregarlas por ti. Las veces que te rechacé solo lo hice movido por los celos. Aunque he de reconocer que he disfrutado enormemente con tu seducción. Me conquistabas con tus miradas sin saber que ya estaba conquistado. Me incitabas con tu cuerpo cuando ya me había rendido a tus encantos. Y aquel día, en el barco, solo quería ponerte las cosas difíciles para alargar el juego. Sabía que no te rendirías, solo temí perderte cuando anoche en la fiesta te vi junto a uno de los nobles más ricos de la región. Estabas tan arrebatadora.

Cuando terminó de hablar, lo abofeteé con todas mis fuerzas. Todo había sido un juego para él cuando el sufrimiento me había quemado las entrañas.

—Prefiero mil veces pertenecer al *jarl*.

—Es demasiado tarde, hace días que partió el mensajero. No tardará en llegar el contrato.

—¿Y si no acepta lo que le ofreces?

—Lo aceptará, las tierras que poseo lindan al norte con una de las regiones que ambiciona conquistar. Son de un clan enemigo. Siempre las anheló.

La cabeza me daba vueltas, el odio y la ira me sacudían por igual.

—Eres mi esclava.

Negué con la cabeza.

—A partir de hoy seré tu lobo. Y te juro por mi dios que no cejaré hasta devorarte el alma.

Nos sostuvimos la mirada y nos retamos mutuamente. En la mía refulgía la venganza que pensaba cobrarme. En la suya, una determinación apabullante por conquistarme.

—Ya has empezado a hacerlo —masculló.

Aquella noche de luna llena, de pensamientos funestos y de ataques de llanto culminó de la manera más grotesca. Con un incendio.

Compadeciéndome de mí misma, me arrebujé en el irregular jergón en un vano intento por conciliar el sueño. Solo podía pensar que era un objeto, una posesión, un juguete roto que danzaba sin rumbo a merced de un destino caprichoso y cruel cuando un intenso olor a humo se filtró por la puerta.

La cabaña de las esclavas seleccionadas para el *jarl* en la que me hallaba se encontraba en una esquina del pueblo casi cobijada por una abertura en la roca, algo más alejada de las demás. Alertada, me incorporé, no tardé en escuchar el crepitante rumor del fuego. Jimena y otra esclava llamada Blanca, natural de Lisboa, se agitaron en sus lechos. El humo les rodeaba las cabezas y, entre toses, abrieron los ojos.

—¡De prisa, tenemos que salir de aquí! —urgí y corrí hacia la puerta.

Ante mi sorpresa, no se abrió. Forcejeé apremiante.

—¡Está atrancada! —exclamó Jimena.

No contesté, retrocedí y golpeé con el hombro. Apenas temblaron algunos maderos. Volví a la carga, esta vez, lanzando patadas con toda la fuerza de la que era capaz.

Blanca, viendo con pavor que mis esfuerzos resultaban infructuosos, se lanzó a la única abertura cerrada a cal y canto por las contraventanas de roble.

—¿Quién ha cerrado la ventana?

Nos miramos cada vez más aterradas. Empezaba a ser evidente que nos habían encerrado para ser cocinadas.

El humo ya llenaba la estancia. Tosíamos sofocadas. Me acerqué esperanzada al único balde que teníamos y recé para que estuviera lleno.

Blanca se me adelantó y lo tomó con intención de apagar las lenguas de fuego que ya lamían los quicios de la puerta.

—¡No! —grité y me precipité sobre ella.

Jimena, más adelantada que yo, logró detenerla.

—¿Qué demonios pasa? ¡Vamos a achicharrarnos si no lo apagamos!

—¿Y piensas apagar un fuego que rodea toda la cabaña con un solo cubo de agua a través de una maldita puerta cerrada? —espeté furiosa.

—¿Y para qué diantres sirve el agua? ¿O acaso piensas esperar a que el fuego entre para recibirlo como es debido? Para entonces nos habremos asfixiado.

No repliqué, el humo me quemaba la garganta. Me arranqué un trozo de lino de la camisola y lo empapé en el agua. Después me cubrí parte de la cara con él, atándolo fuertemente tras mi cabeza. Las demás me imitaron. Con el resto del agua nos mojamos el pelo y los hombros.

Jimena tomó las pieles que colgaban de las paredes y las puso sobre nuestras cabezas. Las tres nos apiñamos y esperamos a que la puerta que ya comenzaba a ennegrecerse se debilitara lo suficiente para poder derribarla.

Temblábamos abrazadas. Los ojos de Jimena buscaron valor en los míos. No sé lo que encontró. Intenté mostrar serenidad, pero no dejaba de pensar que, si no lográbamos traspasar la puerta, la cabaña se convertiría en una pira funeraria. Sus manos pequeñas y pálidas estrujaron las mías. Clavamos la vista en la puerta, las llamas comenzaban a devorarla.

La viga principal del techo comenzó a crujir. Nos movimos a tiempo de evitar que se desplomara sobre nosotras. Blanca gritó aterrorizada. El calor empezaba a ser insoportable. Nos cobijamos en una esquina.

Sentí un rápido movimiento a mi izquierda y un tirón fuerte que me arrancó bruscamente la piel con la que me envolvía. Blanca, abrumada por el horror, corrió hacia la puerta antes de tiempo.

Apenas tuvimos oportunidad de reaccionar; su cuerpo chocó contra la llameante madera y, como un demonio salido del averno, golpeó repetidas veces. Su túnica se prendió y enloquecida se tiró al suelo. Las llamas le subieron por las piernas. Sin dudar, nos despojamos de las pieles que todavía conservábamos y la golpeamos con ellas. Blanca aullaba y suplicaba. El olor a carne quemada impregnó el aire. Empecé a marearme.

Entre el rugido del fuego y el crujir moribundo de la madera se filtró uno más desconcertante que me aceleró los latidos. Un golpeteo sordo y rítmico comenzó a quebrar la madera a mi espalda que, astillada, se abrió lo suficiente para dejar entrever el filo de una enorme hacha.

Nos retiramos al rincón opuesto con la esperanza soliviantando nuestros temores. El grueso tronco que conformaba la pared del fondo se fragmentó y cayó. Una cara conocida nos miró.



—¡Rápido, por aquí, la cabaña está a punto de derrumbarse!

La voz de Gunnar nos impelió hacia la abertura.

Entre Jimena y yo logramos sacar el cuerpo inconsciente de Blanca por la oscuridad. Él lo tomó por los hombros, lo deslizó con una suavidad pasmosa. Ayudó a salir a Jimena y, por último, estiró una mano hacia mí.

Cuando atravesé el agujero, me estrechó contra su pecho. Temblaba al igual que yo. Me reconforté en su abrazo y, cuando finalmente me miró, vi angustia en sus ojos.

—¿Estás bien, Freya?

Asentí; sin previo aviso me soltó y quede allí, aturdida, todavía necesitada de consuelo. Miré a mi alrededor y comprendí el motivo de su brevedad. El incendio se había extendido. Vi dos de las cabañas colindantes devoradas por las llamas. Los hombres intentaban apagar el fuego con agua y con paladas de tierra. Gunnar llevaba en brazos a una niña pequeña que sollozaba contra su hombro. Le acariciaba el cabello y le susurraba al oído. La pequeña lo abrazaba desconsolada. Mi mirada sobre él cambió. La ternura que mostró hablaba de un corazón compasivo; sus actos, de un hombre noble y valeroso. Empezaba a lamentar que solo me viera como una esclava, una mujer a la que deseaba, un sueño engañoso que arrastraba desde su juventud. Sin embargo, no podía apartarlo de mis pensamientos.

Gunnar dejó a la niña con una anciana y volvió a entrar en la cabaña.

Parte del techo se había desplomado y temí por su seguridad. Inquieta, me acerqué para observar. En ese momento, la niña que gimoteaba se escapó y corrió tras él al interior de la casa en llamas.

El corazón se me detuvo cuando el ennegrecido dintel cayó sobre la pequeña y la dejó tirada en el suelo. Cuando llegué junto a ella, no se movía. El madero chamuscado le aprisionaba la espalda. Sin pensarlo, lo tomé con las manos y con toda la rapidez de la que fui capaz lo levanté lo suficiente para alejarlo de la niña. La tensión me liberó momentáneamente del dolor. Agarré su cuerpecito y me alejé corriendo. Caí de rodillas junto a un abrevadero y metí a la pequeña dentro. Gemí y me dejé caer junto a la hierba. El dolor me sacudió.

Una mujer se acercó y metió mis manos en un cubo con agua. Gemí de nuevo. Sudaba y temblaba al mismo tiempo.

—La pequeña Gwilyn vivirá gracias a ti.

En ese momento, el cuerpo laxo de una mujer atravesó una de las ventanas y cayó sobre el huerto. Acto seguido, Gunnar saltó por ella precipitadamente, tosiendo con violencia y con la cara cubierta de hollín. Permaneció un rato de rodillas convulsionado por la falta de aire.

Me descubrí respirando aliviada y me tumbé jadeando, no sabía si por el dolor o por el esfuerzo. Cerré los ojos, sentí movimiento a mi alrededor, unas mujeres sacaban a la niña del agua. Sabía que estaba viva; al menos respiraba. Una mano me tocó en el hombro.

—¡Muchacha, levántate! Cuanto antes te cure las manos, mejor.

Eyra me las tomó y las contempló pensativa.

—Mmm... ya han salido las llagas. Primero te pondré la clara de un huevo, eso te aliviará y ayudará a la cicatrización, después el aceite de caléndula hará el resto. Vamos.

Apenas la escuchaba, sentía el fuego saliéndome de las palmas y extendiéndose por mis brazos. Me castañeteaban los dientes. Unos brazos fuertes me alzaron.

—Si sigues temblando así, vas a morderte la lengua.

Gunnar me sonrió.

—No necesito que me ayudes, puedo caminar sola. —Y para demostrárselo me desprendí de su abrazo.

Había decidido poner distancia entre los dos. Lo que me hacía sentir era demasiado arriesgado para mí.

Él, molesto, no insistió.

—De acuerdo —espetó con los brazos en jarras—. Has demostrado tener agallas, así que no veo por qué no vas a poder andar por ahí con las manos abrasadas.

Lo miré con rencor. Enderecé la espalda y logré dar un par de pasos. El intenso dolor había llegado a los hombros y me recorrían la espalda unos espantosos calambres. Las rodillas me flaquearon. Sentí que me desplomaba, sin embargo, no llegué al suelo. No supe bien que estaba pasando, solo supe que un pecho amplio y cálido me dio cobijo y que floté en unos fuertes brazos.

Desperté en un jergón que no era el mío. Estaba sola en una cabaña que reconocí como la de Gunnar. Intenté frotarme los ojos, pero mis manos vendadas lo imposibilitaron.

Estaba cubierta por una piel de buey; junto a mí, en un taburete de tres patas, habían depositado un odre. Estaba sedienta. Acerqué mi boca a él y lo tomé con los dientes. ¿Y ahora qué? En mitad de ese pensamiento la puerta se abrió y mi amo entró llevando un cuenco repleto de caldo.

—Aguarda, deja que lo abra.

Me lo arrebató de la boca y quitó el tapón. Lo acercó de nuevo y bebí como si hubiera estado una semana perdida en el desierto. Satisfecha, volví a recostarme.

—Llevas dos días dormida. Eyra y yo hemos estado curándote.

Lo miré. Estaba muy guapo. Sus ojos verdes iluminaban la estancia. Carente de barba, sus facciones destacaban en toda su armonía. Los pómulos altos, la frente ancha, el mentón pronunciado, la boca ancha y suave, la mirada felina, el gesto tierno y su larga melena suelta y leonada con dos trenzas cayendo a ambos lados del rostro le conferían una masculinidad salvaje. Sentí que el corazón se me encogía. Distancia, me recordé.

—Con Eyra habría sido suficiente.

Reprimió un mohín de disgusto y me acercó el cuenco.

—Te sentará bien. Es caldo de carne, te lo envía Ylva, la madre de la niña que salvaste.

—¿La mujer que arrojaste por la ventana?

Asintió y sus ojos adquirieron un tinte apesadumbrado.

—Su marido pereció entre las llamas, no llegué a tiempo.

La pena se le reflejó en el rostro. Luché contra las ganas de consolarlo. Deseaba decirle que había sido muy valiente, que al menos la madre vivía y sobre todo agradecerle mi propia salvación; las palabras se arremolinaban en mi cabeza buscando

una salida: en su lugar, cuando abrí la boca, musité:

—No tengo hambre.

Mi sequedad lo irritó, pero logró controlarse. Se esforzó por sonreír.

—Debes comer. Abre la boca o me obligarás a alimentarte a la fuerza.

Negué con la cabeza.

—No quiero nada que venga de ti.

Me observó durante un momento y se levantó airado. Dejó el cuenco en la mesa y paseó de un lado a otro. Estaba furioso. Su vano intento por sosegarlo no dio resultado y se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres que haga? Te he salvado de la crueldad del *jarl*, de las garras de la muerte y estoy intentado darte lo mejor de mí mismo. Pero nada parece dar resultado. ¿Qué tengo que hacer para obtener tu perdón?

Sus hermosos ojos chispeaban apasionados.

—¿Para qué quieres mi perdón?

—Ya lo sabes.

Apretaba la mandíbula, la tensión le contraía las facciones.

—Así que es verdad, esperas que te mire como lo miraba a él cuando me arrancaste de sus brazos, ¿no?

El tono burlón de mis palabras lo paralizó. Se levantó dispuesto a marcharse. Pero yo aún no tenía suficiente.

—Dime, gran *hersir*, ¿por qué ese empeño? ¿Acaso es una nueva meta que te has propuesto conseguir? ¿Un reto para tu gran ego?

Su expresión herida me taladró el corazón.

—Nunca me han amado de esa forma. Yo solo quería saber qué se siente cuando otra persona está dispuesta a entregar hasta el alma por el ser que ama. Y, sin duda, en aquel momento, tú la habrías entregado por él.

—¿Y con qué derecho le robaste a un hombre lo que tan sabiamente se había ganado?

Gunnar me miró sombrío.

—Tomo lo que deseo, y en ese momento eras tú.

—¿Qué se puede esperar de un bárbaro?

Se lanzó sobre mí desquiciado, me sujetó con fuerza la barbilla y me besó con ira.

—Ahora eres mía te guste o no. Te he comprado y empiezo a lamentarlo.

Me aparté con desprecio.

—Todavía no, no hasta que llegue el contrato.

\* \* \*

Días después, apareció un mensajero con el contrato firmado por el *jarl*. Gunnar inteligentemente no se había acercado a mí. Tal vez pensó que me apaciguaría o simplemente temía un enfrentamiento. Mis manos habían sanado, y agradecí poder reanudar las tareas para mantener la mente ocupada.

Él se había empeñado en investigar el misterio del incendio. Sin duda, habían intentado atentar contra mí o contra alguna de mis compañeras, pues las llamas comenzaron en la cabaña de las *thralls*. La puerta atrancada así lo demostraba, pero quién o por qué nadie lo sabía.

Mi única enemiga se había defendido diciendo que había pasado la noche cuidando de su ama que llevaba indispuesta varios días. Y Thorkel, el esposo, ojeroso y pálido, había confirmado su testimonio. Así que, de momento, nada podía hacerse.

A pesar de eso, Gunnar había decidido colocar un turno de guardia por la noche. En cuanto me fue posible, visité a la niña que ya sonreía con su madre. Las quemaduras en la espalda habían sido leves y hasta era posible que ni cicatriz le quedara. De Blanca no podía decir lo mismo: sus piernas siempre serían un recuerdo de aquella noche infernal. Eyra aseguraba que podría caminar y, para alguien que había estado a punto de cruzar al otro mundo, era toda una proeza.

Tras mi intervención en el incendio, las gentes me acogieron de manera más calurosa. Recibía sonrisas y acudían a conversar conmigo amigablemente. Les gustaba escuchar relatos de mi querida tierra y reían ante mis descripciones de juegos y danzas. Era invitada a cenar y respetada por la comunidad a pesar de mi condición de esclava. No obstante el cariño que me brindaban, la piedra de mi pecho seguí allí pesada y dura. Temía ver a Gunnar, lo evitaba en la medida de lo posible, y sin embargo, añoraba su presencia, sus miradas, sus lecciones.

Caía la tarde. El invierno se acercaba. La temperatura había descendido considerablemente. El sol parecía lejano y difuminado en el horizonte, su luz era blanca y lánguida. Curiosamente, en verano nunca se ponía del todo y, en invierno, decían que casi nunca asomaba en aquellas lejanas tierras jalonadas de glaciares, meandros y altas montañas.

Eyra me observaba preocupada. Juntas preparábamos *skyr* en la casa comunal.

—Muchacha, has conseguido lo que te proponías, ¿por qué darle vueltas al pasado?

Ella conocía todo lo acontecido con Gunnar.

—Sabes que mi desgracia se la debo a él. ¿Crees que puedo olvidar eso?

Eché un puñado más de sal al caldero.

—Deberías. Él solo seguía su destino. Las piedras se lo indicaron.

La miré con resentimiento.

—¿Y qué hay de *mi* destino?

Los ojillos de la anciana brillaron.

—Tal vez no era el que pensabas.

Eyra tomó una larga pala de madera y removió el níveo líquido.

—No voy a conformarme —espeté decidida.

—¿Y qué maravilloso plan estas ingeniando? —se mofó.

Había pensado mucho en eso.

—Le haré la vida tan insoportable que acabará por librarse de mí. Lo obligaré a pedir mi rescate. Con el oro podrá comprar tierras, ganado y las esclavas que le plazcan.

Rio divertida. Pero, al ver mi mortificado semblante, se acercó y me tomó la barbilla.

—Te creía más lista, muchacha. Estás luchando contra ti misma. Acepta tu nueva vida, permítele a Gunnar sanar tus heridas, obtener tu perdón. Y, si el destino vuelve a poner a tu esposo en tu camino, corre a su lado si es lo que quieres. Pero hasta entonces no te llenes de amargura.

—¿Jugó conmigo desde el principio?

Me apartó un mechón de pelo y lo depositó tras mi oreja.

—¿Acaso no es un juego el amor?

—Ahora querrás hacerme creer que me ama, ¿no?

—Él no es un hombre caprichoso ni voluble. Ha sufrido mucho. Desde pequeño tuvo que trabajar como una mula. Apenas tenía barba y ya había librado duras batallas. Su vida no ha sido fácil. Su padre y su hermano mayor murieron a manos de los Ildengum, un clan hostil de las montañas. Su madre murió de fiebres poco después. En cuanto a las mujeres, nunca mostró un excesivo interés por ninguna, tan solo tomaba a la que le apetecía para desfogar sus instintos. Ha cargado con la responsabilidad de todo un pueblo, protegiéndolo y alimentándolo. La comunidad es su familia y jamás se ha quejado. Nunca, óyeme bien, nunca lo había visto tan entusiasmado con nadie como contigo. No sé si es amor, pasión o devoción, pero sea lo que sea es grande, muy grande.

—Sin embargo —comencé apesadumbrada—, yo no puedo dejar de amar a mi esposo, está metido en mis huesos, en mi piel, en mi alma. No puedo dejar de sentir rencor hacia Gunnar, de culparlo de todo. No puedo olvidarme de todo lo que siento aquí. —Me señalé el pecho—. De la ira y del dolor. Para colmo de males, veo a Amina cada día, que, no solo me trae sinsabores, sino continuos recuerdos de él.

La huesuda mano de la mujer se apoyó en mi hombro.

—Entonces ten paciencia. El tiempo será el único bálsamo capaz de sanarte.

Intenté sonreír, pero mis labios solo dibujaron una extraña mueca.

—Tal vez no puedas luchar contra tus emociones —agregó—, pero al menos sofócalas.

Oímos unos pasos rápidos recorrer la gran sala. Jimena se acercó a nosotras, parecía nerviosa.

Se dirigió a mí. Llevaba un cubo de leche. Venía de ordeñar.

—Acabo de ver hablando juntas a Sigrid y a esa árabe que peleó contigo. —Hizo una pausa, se puso una mano en el agitado pecho, miró repetidas veces a la puerta y continuó—: conversaban sobre ti.

—Si recordara cómo hacerlo, me santiguaría —masculló Eyra.

Jimena sí lo hizo.

—¿Escuchaste lo que dijeron?

—Tan solo algunas palabras sueltas, pero creo que traman algo. Hablaban de un mensaje y de la visita del *jarl*, decían que pronto desaparecerías de sus vidas.

—¿La visita del *jarl*?

En mi cabeza sonó una voz de alarma.

Jimena asintió. Sus azules ojos brillaron inquietos.

—Temo por ti, amiga. Esas mujeres son crueles, están celosas y no pararán hasta quitarte de su camino.

—Se cuál es el alcance de Amina, mató a mi hijo todavía en mi vientre.

Me miraron incrédulas.

Jimena se volvió a santiguar.

—Debes contárselo a Gunnar. Sospecho que el incendio también fue un ardid de ellas. Amina es una zorra astuta, no sé cómo lo hizo y creo que nunca lo sabremos, pero no parará hasta... —Eyra no terminó la frase—. Ambas son demasiado peligrosas, él te protegerá.

—No necesito que me proteja. Ya estoy sobre alerta. Andaré con cuidado.

—¡Muchacha orgullosa! Déjate de tonterías, esto es demasiado grave. Prométeme que se lo contarás.

Asentí, aunque no pensaba hacerlo.



\* \* \*

Llevaba dos noches sin poder dormir. Y, a pesar del intenso frío, necesitaba salir a caminar. Me dirigí a un estrecho y sinuoso sendero que conducía a un bosque cercano. La espesa vegetación susurraba bajo mi falda. La luna llena me plateaba la piel y agrisaba el cabello.

Mis pensamientos, la mayoría funestos, flotaban a mi alrededor hirientes.

En un intento por escapar de ellos y de mi infortunio, corrí entre la maleza hasta agotarme. El vaho de mi garganta y la neblina suspendida sobre los helechos me transportaron a otro lugar. Fue como si estuviera en mitad de un sueño y me alivió pensar, aunque fuera por un momento, que despertaría junto a Rashid.

En el camino de vuelta, fui sorprendida por Thorffin.

Salía de la cabaña de Helga a hurtadillas, me miró sorprendido, pero nada dijo. Me alegré por ellos, la vida, en su continuo movimiento, colocaba las piezas hasta encajarlas. Gunnar tenía razón, solo nos quedaba aceptar lo que estuviera escrito.

A la mañana siguiente, varias personas amanecieron enfermas, aquejadas de un fuerte dolor estomacal, vómitos violentos e incluso diarreas sanguinolentas. No podíamos hacer nada por ellos, tan solo sujetarles la frente cuando les sobrevenían las arcadas y refrescarlos con paños húmedos.

—Es la primera vez que veo algo así —comentó Eyra desconcertada—. Es cierto que en alguna ocasión, al consumir algún alimento en mal estado, un grupo de gente ha enfermado, pero en este caso se me escapa al entendimiento. Ninguno ha comido lo mismo y todos bebemos del mismo pozo.

El viejo Olaf fue el primero en morir.

La gente comenzaba a pensar que una ola de furia divina había caído sobre ellos. Se sentían castigados y no entendían el motivo.

La segunda fue la dueña de Amina. Ingunn, la esposa de Thorkel.

Para entonces el pánico se había extendido. Los enfermos ya encomendaban sus almas, y las familias rezaban suplicando por sus seres queridos.

—Loki anda suelto y juega con nosotros —había dicho Asdis, la madre de Sigrid, sin dejar de mirarme con desconfianza—. Sin duda, alguien le ha abierto la puerta.

Loki era un dios malvado y cruel, hijo de Odín, el padre de todos los dioses, que al parecer disfrutaba atormentando a los mortales. La insinuación dirigida a mí de manera tan directa, me incomodó. Supe al instante que alguien estaba difundiendo un rumor; recé para que no se arraigara en el corazón de esas gentes.

Afortunadamente nadie más murió. Y al cabo de unos días todos se restablecieron. Sin embargo, sentía miradas furtivas a mi alrededor acompañadas de siseos y murmuraciones malintencionadas. Fuera lo fuera sea que habían sembrado, parecía germinar demasiado deprisa.

La noche dio paso al alba, no había podido dormir y necesitaba refrescar los pensamientos; con esa idea me dirigí al embarcadero. Sobre mis hombros llevaba una capa de lana verde que ondeaba movida por el viento. Mis cabellos se agitaban al mismo ritmo. El mar se encrespaba al igual que mis pensamientos.

Amina, ahora llamada Var, y Sigrid no descansarían hasta librarse de mí. Venganza, celos y envidia se habían aliado en mi contra. Debía estar alerta. Sin embargo, solo me quedaba esperar su próximo movimiento.

—Pareces una diosa contemplando su reino.

La suave voz del *hersir* flotó entre la neblina.

No lo miré. Se acercó y se detuvo a mi lado.

—Necesito saber lo que ocurrió.

Seguí contemplando el mar.

Desde que me había sido revelada la verdad, el destino de Rashid seguía siendo un misterio. Gunnar me había capturado, pero Rashid había quedado herido con Ulf a su espalda. Había evitado enfrentarme a Ulf, más por miedo a lo que podría contarme, que por perder los estribos con un hombre tan despiadado. Pero ahora necesitaba saberlo y tenía la certeza de que Gunnar conocía los detalles.

—Si quieres saber si él sigue vivo, solo puedo decirte que Ulf no lo mató. Recogió el cadáver de Hakon el Rojo y lo llevó a la nave.

Suspiré aliviada. Mi esposo estaba vivo.

—Necesito estar sola.

Mi mirada seguía perdida entre las olas; el mar se había oscurecido, cubierto por nubes enojadas.

—Haré lo que sea para conseguir tu perdón.

Su súplica no me afectó. Sin embargo, recordé las palabras de Eyra.

—Todavía no estoy preparada para dártelo.

—Tengo el contrato en mi poder. Eres mía, tenemos todo el tiempo del mundo.

Seguía sin mirarlo. Mi cabeza abotargada de emociones e inquietudes era incapaz de pensar con claridad.

—No puedo soportar tu distancia, tu frialdad. Te necesito —imploró angustiado.

El lobo me poseyó.

—Más me necesita Rashid.

Ahí estaba mi primera dentellada.

Furioso, me tomó por los hombros y me volvió hacia él.

—Te prohíbo que vuelvas a pronunciar su nombre.

Lo miré. Parecía compungido y desesperado.

—¿Vas a prohibirme también que piense en él?

La segunda.

—¡Sí, maldición!

La furia lo sacudía, pero también el dolor.

—¡Entonces mátame y tus órdenes serán cumplidas!

La tercera y definitiva.

Bajó la cabeza con pesar, parecía vencido. No le veía los ojos, pero apretaba con fuerza los puños. Cuando alzó el rostro, su mirada resentida me taladró.

—Está bien: si así lo quieres, así será. Eres mi esclava y como tal yacerás conmigo todas las noches, te someterás a tu amo en todo lo que se te ordene.

—Como desee el *hersir* —contesté con frialdad.

Me arrastró rumbo a la cabaña. Cuando cerró la puerta, se plantó frente a mí. Respiraba agitado, sus ojos se oscurecieron.

—¡Desnúdate! —exigió.

Obedecí sumisa, quería mi cuerpo y lo tendría, pero sin alma.

Me contempló con rostro inexpresivo.

Bajé la mirada y esperé.

Se abalanzó sobre mí. Me besó ansioso, me acarició esperando una respuesta que no llegaba. Pero no se desanimó. Me tumbó en el jergón y me recorrió con la lengua. Con semblante decidido y furioso continuó buscando mi placer, mi respuesta. Sus besos me estremecían. Me negaba el goce, luchaba contra él, pero, avezado en esos manejos, supo poco a poco y con inagotable paciencia encender la chispa.

De nuevo mi cuerpo me traicionó. Comencé a gemir. Mis manos empezaron a buscarlo y mi boca terminó rindiéndose a su asalto.

Volcamos la furia que sentíamos en aquel deseo que nos devoraba. Nos tomamos enloquecidos. Gunnar, generoso, esperó hasta que yo alcanzara el placer. Me miró de una forma extraña cuando se derramó sobre mí.

Por un momento, creí ver su alma. Su intensidad me sobrecogió. Ví sufrimiento y miedo, esperanza y anhelo, promesas y perdón.

El lobo se marchó.

—Te amo —musitó. Tenía los ojos arrasados en lágrimas—. Y cruzaría el infierno por ti.

Ahí estaba. Lo que siempre había estado en sus ojos cada vez que me miraba. Ahora lo veía y a mi alma seca llegó una fina lluvia. No sabía si sería capaz de amarlo, pero sí sabía que era incapaz de odiarlo. Era un principio, y se lo dije con una mirada y un beso.

—Te amaré por los dos —susurró con la voz rota.

Sentí que la piedra de mi corazón comenzaba a aligerarse. El rencor se alejaba, conmovido por la profundidad de su amor.

—Dejaré que cures mis heridas —musité.

La mirada se le iluminó. Aquello era un triunfo para él.

—Es cuanto necesitaba oír.

# Capítulo 8

## El nacimiento de un lobo

Una mañana apareció con un hermoso arco amarillo y negro, una funda repleta de flechas y una enorme sonrisa.

—Lo he hecho para ti.

Lo miré intrigada y pasé un dedo por la suave curvatura del arco.

—Te lo agradezco, pero no sé para qué lo necesito.

Me sonrió, sus manos me enlazaron la cintura.

—Casi todas las muchachas de la aldea saben usarlo, las espadas son demasiado pesadas para ellas.

Caí en la cuenta de que las mujeres pasaban solas mucho tiempo cuando sus hombres embarcaban o marchaban a la guerra, y de ellas dependía la seguridad y la subsistencia.

La mayoría eran altas y robustas, de genio vivo y talante emprendedor. Nada parecía amedrentarlas, de hecho, esa ausencia de temor, esa libertad de acción y de opinión resultaba refrescante en comparación con la sociedad de la que procedía. Las mujeres cristianas vivían con recelo bajo el yugo de los mandamientos, de las leyes y de la incesante vigilancia de los vecinos. Siempre sometidas a normas que las relegaban a un escalón por debajo del hombre, se convertían en seres casi invisibles, útiles única y exclusivamente para el hogar y el cuidado de los hijos. Pero ¿qué cabía esperar de una religión que imprimía en su gran libro que la mujer era la costilla del hombre y que en sus letanías incluía sermones plagados de duras amonestaciones contra las tentaciones nocivas que provocaban?

Temor: esa era la insignia bajo la que vivíamos. Sometimiento era cuanto nos quedaba.

En una tierra lejana, rodeada por una sociedad pagana, envidiaba a aquellas mujeres que gozaban de su vida de forma plena, que tomaban decisiones propias, haciendo y deshaciendo a su antojo, tan solo regidas por unas cuantas normas de convivencia.

En esa sociedad, yo era la esclava, de alguna forma, siempre lo había sido. Sin embargo, con Gunnar me sentía relativamente libre; a su lado, mi realidad, mi condición se desdibujaba lo suficiente para sentirme dichosa a pesar de todo.

—¿Piensas marcharte pronto?

La sola idea me sobrecogió.

—Espero que no. —Me alzó el rostro y besó la punta de la nariz—. He de confesarte que es la primera vez que lamentaría partir. Aunque también sería la primera vez que tendría un motivo para regresar.

Me puse de puntillas y lo besé.

Enlazó mi cintura y me llevó hasta el prado en el que se ejercitaba con el arco.

Varios escudos se hallaban dispuestos a la altura de los ojos contra unos robles jóvenes. La mayoría estaba profusamente perforada, así como también los troncos de los árboles en toda su extensión.

—¿No temes que me clave una flecha en el pie?

Me alejó unos pasos y entrecerró los ojos para calcular la distancia.

—Si tan solo temiera eso...

Le di un ligero empujón con un mohín de disgusto.

Rio y se puso detrás de mí.

—¡Vaya! ¿Dónde está el valor de los temibles hombres del Norte?

—No me escondo, solo intento enseñarte a colocar el arco debidamente.

Sus grandes manos se posaron en mis caderas. Pude sentir su cálido aliento en mi oído. Las palabras susurradas me erizaron la piel.

—Ténsalo todo lo que puedas, al principio te costará, pero con el tiempo tu brazo adquirirá más fuerza y te será más fácil.

Lo hice. Tuve que apretar los dientes en el intento; enseguida bajé el brazo, temblaba por el esfuerzo.

—Creo que deberás repetir ese movimiento unas cuantas veces para tomar algo de resistencia.

—No, quiero probar a lanzar una flecha.

No podía verle el rostro, pero su cuerpo tras el mío era toda una distracción para mis sentidos. Intentaba concentrarme mientras él tensaba por mí la cuerda y ubicaba debidamente la flecha.

—Cuanto más abras el arco, con más fuerza saldrá la flecha. Si el objetivo está cerca, solo habrás de tener en cuenta el viento, pero, si está algo más alejado, es conveniente que siempre apuntes más alto para que la parábola que trace la flecha acabe justo donde tú lo deseas. No es más que práctica.

Soltó la cola y la saeta salió disparada hacia el centro del escudo que se hallaba enfrente. Lo miré boquiabierto. Él sonrió tan sorprendido como yo.

—Te juro que no he apuntado, ni siquiera estaba mirando.

—¿Y qué mirabas?

—Tu perfil. Estás muy guapa cuando frunces el ceño y entornas los ojos atendiendo tan seria mis explicaciones.

Sentí que me sonrojaba.

—Ahora quiero hacerlo sola.

Me soltó y se puso a mi lado. Atisbé en su expresión un brillo divertido. No pensaba aguantar que se mofara de mí. Así que, con toda la fuerza y destreza de la que fui capaz, dispuse otra flecha y tensé no sin esfuerzo la elástica cuerda. Antes de que los temblores me debilitaran el brazo, solté la emplumada cola y la flecha, describiendo un arco, cayó sin gracia a mitad del recorrido.

—No está mal para empezar, al menos ambos conservamos los pies intactos.

Temeroso de mi reacción se apartó unos pasos. Su boca se curvó en una sonrisa.

—Si vuelves a burlarte, te juro que no serán solo tus pies los que corran peligro.

—Espero que no te refieras a cierta parte a la que le tengo bastante estima, por no mencionar lo mucho que te satisface.

Avancé hacia él de manera amenazadora.

—Pareces una valquiria con el arco en la mano y esa expresión malhumorada.



Gunnar retrocedía divertido, el viento le mecía la melena, la picardía brillaba en su mirada.

Aproveché su desconcierto y me lancé sobre él. Caímos sobre la alta hierba y rodamos entre risas. Su inmenso cuerpo prácticamente me sepultó; se alzó sobre los codos y me miró.

—Mi preciosa valquiria, ahora creo que soy yo el que tiene una flecha apuntándote.

—Imagino que no piensas tener piedad.

—Ninguna.

Me besó impetuoso. Comenzó a llover, pero ya nada podía detenernos. Solo era consciente de sus manos arrancándome la túnica, de su boca devorándome el cuello. Abrí las piernas y hurgué en sus calzas para liberarle el miembro, aguanté la respiración ante su violenta incursión.

—Moriría así —gimió enronquecido.

Su cabello mojado se desplegaba en torno a mi rostro. Me sujetó las muñecas por encima de la cabeza y me besó. Se movió dentro de mí con vehemencia. Me sumergí en el destello verdoso de su mirada cargada de lujuria. El placer me envolvió en llamaradas ascendentes. De pronto, se detuvo, apartó el cabello empapado de mis mejillas y apoyó su frente contra la mía. Cerró los ojos y susurró:

—Mía, solo mía.

—¡Oh, no te detengas!—supliqué jadeante.

Abrió los ojos y sonrió.

—No, mi amor, nunca.

Alcé las caderas recibiendo cada embestida con ardiente desesperación. El mundo desapareció. El repiqueteo de la lluvia, el viento, el retumbar de los truenos, el aroma de tierra mojada, de hierba fresca. Todo se evaporó; solo estábamos los dos y flotamos hacia el clímax.

El gran *jarl* llegó sin previo aviso acompañado de una comitiva numerosa de guerreros y esclavos.

Gunnar se vistió aceleradamente con preocupación.

—No quiero que salgas de la cabaña en todo el día. Al menos hasta que sepa a qué ha venido.

Lo contemplé desde el hogar. En el caldero de cobre que colgaba de un gancho en el techo burbujeaba una sopa de carne. Tomé una escudilla de madera y vertí una generosa cucharada en ella.

—Tómalo. Te calentará las tripas y alejará tu inquietud.

—No estoy inquieto.

Le sonreí divertida.

—Sí que lo estás y no deberías. En el contrato de cesión está estampado su nombre. No puede romper su propia palabra.

Se limitó a gruñir mientras se calzaba las botas.

—Toda precaución es poca tratándose de él.

Bebió la sopa a tragos cortos sin dejar de mirarme. Me preguntaba cómo podía soportar tragarla con semejante temperatura.

—Está deliciosa —me sonrió.

—Debes marcharte ya, no hagas enfadar al *jarl*.

—Ha venido acompañado de ese monje siniestro que le murmura constantemente en el oído. Me pone la piel de gallina.

—¿Un monje? ¿Aquí? —me extrañé.

Gunnar asintió.

—El prior Kearan, un viejo irlandés: lo capturamos en el saqueo de su abadía. Ha ganado la confianza del *jarl* con sus sabios consejos; quiere hacernos creer que es como Anscario, pero no hay dos monjes más diferentes. A Kearan solo lo mueve la codicia.

—¿Cuántos monjes acampan por estas tierras paganas?

Besó la punta de mi nariz y sonrió.

—Anscario es un monje francés traído por el antiguo rey Haroldo con el noble propósito de evangelizar el reino. Ahora, bajo la protección de Erico, el actual rey, extiende el cristianismo con el fin de eliminar la barbarie. Erico quiere unificar los territorios sometiendo a los *jarls*, pero mucho me temo que no le va a ser tan fácil. Creo que dentro de poco se celebrará una *theng*.

Sonrió ante la expresión ignorante de mi rostro.

—A veces olvido que desconoces algunos términos. Una *theng* es una asamblea que convoca el rey para obtener la aprobación de sus *jarls*. Teme una sublevación y necesita el beneplácito de la mayoría para contener la rebeldía de los más disconformes. Harald el Implacable es uno de ellos.

—Imagino que tú irás a esa asamblea.

—Es mi deber.

—¿Y tendrás que hacer lo que tu *jarl* decida aún en contra del rey?

—Si quiero continuar siendo el *hersir* de este pueblo, sí. —Sus ojos verdes adquirieron un tinte apesadumbrado—. A veces uno toma decisiones en contra de sus principios si con eso evita un mal a la gente que quiere. Ulf quiere mi puesto, y no voy a permitir que un *hersir* despiadado gobierne a mi pueblo.

Era un gran hombre y era mío. Me sentí orgullosa.

Tomó su capa y fue hasta la puerta.

—No olvides lo que te he dicho. No quiero que salgas de aquí, ¿entendido?

Asentí y le mandé un beso.

Me despidió con una sonrisa.

Pasé el resto del día tejiendo. Gunnar, bajo mi petición, había instalado un telar al fondo de la cabaña. Todas las mujeres tenían uno para que las largas noches invernales fueran más amenas. El telar, con su larga urdimbre y sus contrapesos de arcilla, tenía unas dimensiones considerables y, a pesar de haber recibido alguna que otra lección por parte de las mujeres, seguía cometiendo muchos errores. Una y otra vez sacaba la lana, deshacía el entuerto y volvía a comenzar.

El viento aullaba junto a la puerta, se filtraba por el quicio y levantaba las chispas del hogar. Curiosamente las cabañas no tenían chimenea. Era más bien una oquedad en el techo cubierta por heno o maderas separadas.

Ya habían caído las primeras nevadas. El gélido blancor invernal cubría el verdor de las tierras con asombrosa rapidez. Ante la ausencia del sol, esas jóvenes nieves permanecían intactas muchos meses, crecían y engordaban hasta acabar languideciendo en primavera.

Unos golpes en la puerta enderezaron mi espalda. Eyra entró con talante agitado.

—¡Rápido, toma tu capa y acompáñame: el *jarl* quiere conocerte!

Me levanté algo confusa y asustada.

—¿Qué está pasando? Gunnar me ordenó que no saliera.

La anciana me miró malhumorada.

—Pasa lo que no tendría que haber pasado si me hubieras escuchado.

Tomé la capa y salí tras ella.

—Eres una necia, Freya. Debiste contarle a Gunnar lo que descubrió Jimena.

Había olvidado por completo a esas víboras.

—Por fin, descubriremos su ardid —musité entre temblores y no era el frío el que los provocaba.

—Sí, aunque me temo que sea demasiado tarde. ¿Recuerdas que había escuchado algo sobre una nota y el *jarl*? Pues eso es lo que hicieron. Enviaron un mensaje a Harald el Implacable. En él acusaban a Gunnar de traición.

Sentí que se me paraba el corazón. Aquello no tenía sentido.

—No puede ser. Gunnar no ha hecho tal cosa.

—Sí lo ha hecho.

La miré estupefacta.

—Se quedó contigo, ¿no? Ofreció a su *jarl* unas simples tierras por ti a sabiendas de que valías mucho más. En la nota, y por cortesía de Amina, se explica con lujo de detalle el palacio en el que vivías con tu esposo, tu escalafón social y las riquezas que te rodeaban. Eso representa un cuantioso rescate que habría pasado a manos del *jarl* si Gunnar no lo hubiera engañado. Sigrid intenta eximirlo diciendo en su favor que tú lo has hechizado con malas artes y utilizando la magia, qué él es una víctima de tu poder. El *jarl* le ha creído. Gunnar siempre había sido su más leal guerrero hasta que llegaste tú.

Me sentí desfallecer. Aquello no podía estar pasando.

—Y lo peor de todo es que Gunnar habría podido interceptar el mensaje si hubiera conocido su existencia a tiempo. Acabas de cavar su tumba y la tuya.

¿Cómo había sido tan estúpida? Llevada por mis sentimientos, dudas, peleas internas, culpabilidad, pasión y recuerdos había dejado lo primordial en un segundo plano: mi supervivencia. La venganza de Amina me golpeaba de nuevo. Y yo, alertada, conocedora de su maldad, la había olvidado. Un grave error que tendría que pagar. Pero no estaba dispuesta a permitir que Gunnar también lo hiciera. Él tan solo era culpable de amarme. Si había tenido algo claro cuando había atravesado las grandes puertas de la casa comunal, había sido librarlo de la perfidia de mi enemiga.

La multitud se congregaba curiosa en el ala principal en la que se juzgaba a Gunnar. Avancé circunspecta por el largo pasillo. El silencio dio paso a comentarios susurrados. Al fondo de la gran sala, se hallaba el *jarl* sentado en la silla del *hersir*; junto a él, un encorvado monje benedictino con hábito marrón, mirada inquina y rostro enjuto me escrutaba con desaprobación.

Gunnar estaba a su lado de rodillas y maniatado. De una de sus comisuras brotaba un hilo de sangre. Lo habían golpeado. Sentí arder las entrañas. Me acerqué altiva. Mis ojos flamígeros recorrieron las toscas facciones de Harald el Implacable, *jarl* del reino de Vestfold. Gunnar me miraba consternado y furioso. Los ojos pequeños y claros del *jarl* se clavaron interesados en mí.

—Por ti, mi mejor hombre me ha traicionado. ¡Acércate!

Su voz enojada tronó. Reprimí un respingo.

Subí los tres peldaños que tenía la tarima en la que se hallaban y me sometí a su inspección.

—¡Quítate la capa!

Obedecí; el hombre, aunque alto, era delgado y parecía algo enfermizo. Su rostro huesudo y cubierto por una larga barba rubia era cruel, carente de emociones. Sus ojos celestes ponían la piel de gallina.

—Eres más hermosa de lo que esperaba. Sin duda, una buena captura. Pero ninguna hembra vale una traición.

—No hay traición alguna. El *hersir* desconocía mi valía.

—¿Y por qué la conozco yo?

Le sostuve la mirada sin amilanarme. No podía dejarlo ver el pavor que me provocaba.

—Porque Amina, ahora llamada Var, quiso vengarse de mí confesando un secreto que juramos guardar. Ella es la segunda esposa de mi marido, su rescate es igual de valioso que el mío. Y sus amos tampoco conocían ese hecho.

Recé para que la mentira que urdía tan apresuradamente fuera creíble.

Una exclamación de sorpresa conjunta sonó a mi espalda.

—Pero, astuta como un zorro herido —continué—, supo que nuestro esposo no pagaría por las dos. Solo una volvería.

El *jarl* me escrutó con su fría mirada azul.

—Y resulta evidente a quién elegiría. —Hizo una pausa, se frotó pensativo el mentón y agregó—: continúa.

—Sabía que ella intentaría acabar conmigo. Por eso decidí cobijarme bajo la protección del *hersir*. Use mi magia para envolverlo en mis redes, para anular su entendimiento. Lo hechicé.

Un nuevo murmullo flotó en la sala. El tonsurado monje se inclinó y susurró algo en el oído del *jarl*.

Harald el Implacable me tomó de la barbilla.

—¿Te acusas a ti misma de hechicería?

Decidí imprimir en mi falacia un último argumento de peso. Conocía de sobra las leyendas de magia, los mitos y las supersticiones que circulaban en torno al hogar cuando en las noches frías y oscuras se reunían a conversar.

—A medianoche, escapaba al bosque para reunirme con los lobos, seres de la noche como yo, y rodeada por ellos invocaba a las fuerzas de la naturaleza con cánticos y danzas, recitando sortilegios y quemando objetos personales del *hersir*. Lo convertí en mi esclavo.

Gunnar levantó la cabeza; espantado, alzó la voz.

—¡Miente! Ella no ha hecho tal cosa.

Me miró angustiada, sus ojos me advertían que me rectificara.

—Sí, lo hice —insistí.

—¡No! Miente para ayudarme. Desconocía que su familia fuera rica, tan solo me la quedé porque... me enamoré. Es cierto que quise adelantar su compra por temor a que te encapricharas de ella, pero jamás te traicioné.

El *jarl*, con pasos lentos, se acercó a él.

—Fuiste astuto, pues sin duda no te la habría cedido por unas simples tierras. Aún sin el jugoso rescate que pienso pedir, ella me pertenecía. Me robaste el derecho a gozar de semejante hembra. Un error que pienso enmendar.

—La palabra del *jarl* es sagrada —explicó Gunnar alzando la voz—, pero yo la tengo estampada en un documento. Ella es mía y no puedes quitármela. No querrás que se sepa que careces de honor, ¿no?

El hombre tomó a Gunnar por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo osas amenazarme?

La sala retumbó con su grito.

—Podría degollarte ahora mismo y nadie me lo impediría.

Un terror primitivo y atroz me sacudió.

—Es mi hechizo el que habla por su boca, no él —intervine.

El *jarl* soltó a Gunnar y se acercó sibilino hacia mí.

—La hechicera.

Tragué saliva cuando tomó un mechón de mi melena.

—¿Me estás mintiendo para protegerlo?

Su voz me heló la sangre.

—No. Durante uno de mis rituales fui sorprendida por uno de vuestros guerreros.

En la sala, los murmullos subían de tono. Los congregados se miraban intrigados entre ellos.

—Thorffin el Gigante me vio regresando del bosque a altas horas de la madrugada.

Todas las caras se dirigieron a él.

—¿Es eso cierto? —le espetó el *jarl*.

Thorffin pareció dubitativo. Sabía lo que su amigo quería que dijera, pero resultaba evidente que también temía la suerte de Gunnar si se demostraba que había actuado con alevosía.

—La vi en plena noche regresando del bosque. Los lobos aullaban tras ella.

Otra voz se alzó entre la muchedumbre.

—Es maligna. —Era Asdis, la madre de Sigrid—. Cuando llegó, se produjo un incendio en el que murió uno de los nuestros; poco después, algunos enfermamos misteriosamente y dos más murieron. Es evidente que convoca a Loki para destruirnos.

—Permítame, gran señor, que le haga una recomendación —intervino el prior con voz susurrante— o más bien una advertencia. No subestime a esta mujer, es una bruja y, por lo que he escuchado, de las peores, su pueblo clama un escarmiento público.

El *jarl* me contempló con atención; meditativo, me rodeó y se paró frente a mí.

—Es evidente la magia que esconden tus extraños ojos. Como es innegable el hechizo que ejerces sobre mi *hersir* —sentenció.

Se volvió hacia los aldeanos y agregó:



—Exonero a Gunnar de su responsabilidad en esta treta. Se acerca una guerra con los clanes del Norte y lo necesito a mi lado, aunque recibirá un castigo que le recordará su lealtad hacia mí por encima de cualquier sortilegio.

El hombre se me acercó.

—En cuanto a la hechicera, me temo que tendrá que recibir un escarmiento que la aleje de sus sórdidos rituales.

Gunnar clavó una mirada de furiosa advertencia en su *jarl*.

—No pienso faltar a mi palabra —concedió—. Lamentablemente, es un hecho: la esclava pertenece al *hersir* y así seguirá.

Gunnar respiró aliviado, pero el *jarl* aún no había dicho su última palabra.

—Así seguirá —repitió con lentitud disfrutando de la agonía de Gunnar— hasta que reciba el rescate de su esposo: entonces tendrá que entregarla. Por supuesto, las tierras continuarán en mi poder como pago por la afrenta. Además, exijo disfrutar durante una noche de lo que tan hábilmente me supiste despojar.

Gunnar intentó levantarse y atacarlo. Ulf, que aguardaba a su izquierda, lo detuvo.

—¡No vas a tocarla! —gritó impelido por la furia.

El *jarl* sonrió ladino.

—Suerte que no eres responsable de tus actos —siseó.

Se acercó a mí y me rodeó la cintura.

—Tu magia es poderosa. Quiero probarla esta noche.

\* \* \*

Gunnar fue arrastrado fuera de la sala y llevado a los establos para ser azotado. Seguía profiriendo terribles amenazas cuando traspasó las puertas. Los aldeanos, enojados, salieron de la sala. La escolta personal cerró las puertas.

El hombre se me acercó, sonreía satisfecho. Su astucia lo había llevado a beneficiarse de todo. Poseía las tierras de Gunnar, obtendría el rescate que pidieran por mí y, además, iba a tenerme por una noche. La velada había salido perfecta para él.

Pensé en lo sucedido. La posibilidad de ver a Rashid llenaba mi corazón de gozo; el castigo que me había prometido me inquietaba y la temida noche me repugnaba. Pero, por sobre todas esas cosas, me sorprendí preocupada por Gunnar; él perdía en todo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Cuál de mis tres nombres prefiere oír?

Soltó una abrupta carcajada.

—Los tres y después decidiré cuál prefiero.

—Mi nombre cristiano es Leonora; el árabe es Shahlaa; y el de esclava, Freya. Pero no tendrá que elegir ninguno para esta noche. Porque esta noche no seré una mujer, esta noche seré un lobo, el más fiero y mortífero que pueda imaginar.

Sus ojos brillaron impresionados. A mi pesar, sonrió avieso.

—¿Tendré que atarte a la cama?

—Las cuerdas no lo salvarán de mi ira.

—Eres valerosa e imprudente. Tus cuentos de hechicería no han calado en mí. Pero te agradezco el ingenio, gracias a él he obtenido cuanto deseaba. Me he librado de matar a Gunnar, pues la acusación de traición así lo exige y ahora lo necesito más que nunca: tendré tu rescate y tu cuerpo. Voy a demostrarte quién es el lobo aquí.

Sacó una larga daga y se agachó. Tensó el bajo de mi túnica y rasgó lentamente toda la lana hasta el escote. Intenté en vano cubrirme. El prior me observó con deseo, le dediqué una mirada cargada de desprecio.

—Solo veo una mujer con cuerpo de diosa, pero una mujer.

Me apresó con fuerza y me besó.

El lobo apareció.

Le mordí la lengua con todas mis fuerzas.

El gran Harald aulló. Un golpe en el estómago me derribó. Sus hombres ya se acercaban cuando él los detuvo.

—Es mía, vean lo que vean no se entrometan.

La sangre le brotaba de la boca. Se acercó furioso y amenazante. Descargó en mi rostro un puñetazo brutal, que nubló por un instante mi entendimiento. Volví a caer. Y, de nuevo, me levanté. Sentí una mejilla latiendo dolorida.

—¡Sométete! Será más fácil para ti —rugió.

Se acercó despacio tanteándome. Permanecí inmóvil hasta que lo tuve donde quería: al alcance de la rodilla. Golpeé con toda la fuerza que pude su virilidad. Se retorció de dolor en el suelo, aullaba. Sus hombres de nuevo hicieron ademán de acercarse, pero él de nuevo los detuvo levantando la palma de la mano, todavía no podía hablar.

Miré a mi alrededor desesperada por encontrar algo punzante. Estaba demasiado lejos de las ascuas en las que había toda clase de herramientas culinarias. Lo miré asustada. Se incorporó a medias.

—¡Maldita! ¿Buscas algo como esto?

En la mano blandía la daga. La movió en círculos.

—Ven, tómala.

Retrocedí esquivando los ataques que lanzaba, no tenía con qué protegerme. Tomé veloz una de las banquetas y la estrellé en su cabeza. De nuevo cayó. Su rostro aturdido se arrugó por el impacto. El dolor lo mareó. Intentó levantarse y trastabilló. La sangre que manaba de la cabeza le goteaba en la cara. Sus ojos refulgían iracundos.

Gritó y cargó con furia contra mí. Caímos al suelo y rodamos. Pataleé, arañé, mordí. Logré atinar con mi puño en su ojo. Su alarido me dejó sorda. Me golpeó con tal fuerza que pensé que iba a matarme. Otro puño cargó contra mis costillas. Sentí perder la respiración. No encontraba el aire. Abrí la boca dolorida sin emitir ningún sonido. Sus manos me rodearon el cuello y lo apretaron progresivamente. Cuando creyó que iba a morir, me soltó.

El aire me llenó de nuevo los pulmones y los colmó de dolor.

—Ya hemos jugado bastante.

Con las rodillas intentó abrirme las piernas.

Me abofeteó con fuerza.

Lo escupí. Me alegró comprobar que su ojo izquierdo empezaba a inflamarse.

—Me equivocaba contigo, en verdad eres un lobo, pero un lobo que voy a domar.

Estaba atrapada sin remedio. Su cuerpo inmovilizaba el mío. Logró colármese entre las piernas y lo único que se me ocurrió fue permanecer quieta para confiarlo.

Aquello le agradó, mi sumisión le hizo creer que por fin me había rendido.

Volví la cabeza asqueada y cerré los ojos mientras su lengua ensangrentada recorría mis pechos. Mi cuerpo era manoseado vilmente por aquel monstruo.

Comenzó a gemir.

—Hacía tiempo que no disfrutaba tanto. Eres sublime.

Sabiamente evitaba besarme la boca, pero no pudo contenerse con mi cuello. Y, cuando se cernió apasionado sobre él, aproveché mi última oportunidad.

Como un lobo hambriento me lancé a su cuello y lo mordí con saña. A pesar de no tener los dientes afilados, sentí la calidez de su sangre en mi boca. En su afán por retirarse, el desgarró fue mayor. Gritó aterrorizado pidiendo ayuda. Sus hombres, que habían contemplado toda la escena, acudieron prestos.

El *jarl* se apartó raudo de mí. Su mano presionaba la herida, que sangraba profusamente.

Los hombres me levantaron del suelo y me sujetaron por los brazos inmovilizándome.

Uno de ellos era Ulf. Sus ojos grises me observaban asombrados.

Le supliqué ayuda con la mirada, él me ignoró. Tal vez aguardaba su turno.

El *jarl* se acercó, parecía venir de la batalla. Yo era la vencida, pero al menos su rostro reflejaba que había sido atacado.

Me golpeó con el dorso de la mano. Mi cabeza se sacudió.

Lo miré con odio, mi semblante congestionado por la ira lo atemorizó.

—¡Túmbenla en el suelo y sujétenla fuerte!

—¡Cobarde! —le escupí—. Necesitas a tus hombres para reducir a una mujer.

Los ojos del *jarl* me contemplaron airados.

—Tú no eres una mujer. Tú eres Fenrir, el lobo de Loki, dios del engaño y la mentira, perverso como el que más. Y ahora conocerás mi ira.

Parecía haber enloquecido.

Se tumbó sobre mí, su rostro ensangrentado junto al mío. Sentí la incursión de su miembro con una embestida tan violenta que grité. Me tomó con furia esperando ver en mi rostro un atisbo de súplica, de dolor, de llanto.

Lo privé de todo eso. Fue dureza lo que le mostré, indiferencia y, aunque arremetía con toda la fuerza de la que era capaz, no mostré el dolor que me provocaba. Apreté los dientes y recé para que aquel calvario terminara lo antes posible.

Sujetada de manos y pies, violada y golpeada viajé de nuevo a mi tierra. Cerré los ojos y me evadí. Rashid acudió a mi encuentro. Intenté visualizar su rostro, pero no lo veía. Tan solo aparecieron dos gemas verdes y brillantes en mi auxilio. Sabía quién era.

Cuando acabó, se levantó y miró a sus hombres.

—Si tienen agallas, es de ustedes.

Los hombres me miraron temerosos. Ninguno se atrevió. Me dejaron allí tirada. Por fin, sola, me permití llorar.

El lobo me dejó.

\* \* \*

Corría en mitad de un bosque oscuro y cerrado; aullidos de lobos me rodeaban y, por mucho que corría no lograba avanzar; en cambio, las fieras que me perseguían se acercaban peligrosamente. Grité, grité con toda el alma hasta que escuché la voz de Rashid que se aproximaba.

Pero, cuando lo tuve frente a mí, no era su rostro el que veía, era un lobo enorme que se cernía hambriento, un lobo con ojos celestes, fríos y despiadados. Entonces la cara se transformó en la de un clérigo decrepito y enjuto con acento irlandés que alzaba una antorcha amenazante y reía sin parar.

Retrocedí aterrorizada hasta que una mano grande me detuvo. Sentí una caricia y sonreí. Estaba a salvo. La caricia me recorrió la mejilla con ternura. De pronto la mano se convirtió en una mariposa que cosquilleaba mi rostro. Abrí los ojos para encontrarme con dos esmeraldas pulidas cargadas de compasión. Gunnar estaba de rodillas junto a mi camastro, tan solo llevaba unas calzas. Podía ver en sus hombros el comienzo de unos surcos sanguinolentos. También en sus costados. La carne parecía haber sido arrancada sin piedad. No concebí cómo había logrado llegar a la cabaña; el dolor debió de haber sido ser atroz.

—Juro que pagaré por esto, la muerte no será suficiente para él.

Su semblante, contrito, cargado de odio y dolor me estremeció.

Me acarició el cabello y fijó su mirada en mi lastimado rostro. Recorrió con infinita suavidad mi pómulo inflamado, el corte de la ceja y las magulladuras de todo mi cuerpo como si su contacto pudiera borrarlas.

Su rostro se contrajo por la ira y la impotencia.

Alcé la mano y la apoyé en su mejilla.

—Estoy bien, pero tú... —Sentí unas lágrimas asomando a mis ojos—. Tú estás malherido. No deberías estar aquí —lo regañé.

Bajó la mirada y, cuando volvió a levantarla, lo que vi me sorprendió.

—¿Podrás perdonarme?

—Nada de esto es culpa tuya, ¿me oyes? —contesté sobresaltada.

—Todo es culpa mía. Mía y de mi egoísmo.

Lo miré sin entender. Su expresión torturada me acuchillaba el alma.

—Te arranqué de una vida apacible y dichosa, llena de amor y promesas para traerte al confín del mundo. A un mundo duro y cruel. Yo... —Se le quebró la voz.

No fue capaz de aguantar mi mirada y la fijó en mis manos.

—Creí poder protegerte de todo; en mi presuntuosa estupidez pensé que era capaz de alejar el peligro de ti, incluso de hacerte feliz. —Soltó una risotada dirigida a él mismo—. Soy un necio. Un necio que soñó con algo imposible y, aunque voy a pagar duramente las consecuencias, no me importa, de veras que no.

Me miró de nuevo, su mirada brillaba contenida.

—Lo que más lamento es el daño que mi egoísmo te ha causado. Solo mirarte en este estado me rompe el corazón. Imaginar... las manos de ese malnacido sobre ti me revuelve el estómago. Siento tal odio que pienso que las llamas que brotan de mi interior acabarán por salir y devorarme, porque ese odio va dirigido a mí mismo. —Sus dedos se entrelazaron con los míos—. Me arrepiento de haberte raptado y, aunque el mal ya está hecho, te juro por mi familia que mora en el Valhalla que voy a protegerte de todo y de todos hasta que... —Su voz languideció atormentada—. Hasta que regreses con tu esposo. Yo mismo te llevaré hasta él.

Los latidos de mi corazón me aturdieron. El tormento de Gunnar, su renuncia a mí, sus remordimientos y la certeza de que volvería con los míos me envolvieron en un huracán de emociones confusas. Sin embargo, la que predominaba era la angustia, el desasosiego y, sobre todo, una honda sensación de pérdida. Deseaba consolarlo, su agonía era la mía. No me atreví a preguntarme por qué.

La ruleta del destino daba otro giro.

Hizo ademán de levantarse. Le tomé con fuerza la muñeca.

—Una vez me dijiste que el destino era caprichoso, que éramos víctimas de la situación, que aceptarlo era lo único que se podía hacer. Es cuanto nos queda a ambos. No te culpo de nada, y menos de esto. Y, si mi destino es regresar a mi vida, puedo asegurarte que, cuando piense en ti, jamás lo haré con rencor, más bien al contrario.

Era patente el control que intentaba ejercer sobre sus emociones. La tensión le estiraba el rostro. Apretaba con firmeza los labios y un velo le cubrió la mirada. Supe que no podía hablar sin derrumbarse, tan solo asintió con una sonrisa tibia en señal de agradecimiento. Se levantó con una mueca de dolor y se marchó. Entonces le vi la espalda y ahogué una exclamación. Estaba en carne viva, las brechas entrecruzadas sangraban; en algunas ya se había formado una costra, otras rezumaban un líquido verdoso proveniente de alguna cataplasma que le habrían aplicado.

Apreté los dientes y me juré que Amina también pagaría su perfidia. No me marcharía sin vengarme. Cerré los ojos y lloré. Fue un llanto desconsolado; lloré su dolor y el mío.

Otro pensamiento me asaltó. ¿Podría contarle todo aquello a Rashid? ¿Me miraría como siempre? ¿Seríamos capaces de reanudar nuestra vida? Solo una cosa tenía clara: ya no era su dulce Shahlāa, no al menos la que conocía y de la que se había enamorado. Ahora, el lobo que tantas veces me había poseído, formaba parte de mí; solo rezaba para que no acabara devorándome.



# Capítulo 9

## Hechizos y artimañas

Ya nada sería igual. No podía serlo. El todopoderoso *jarl* se había marchado impregnando con su podredumbre cuanto había tocado. Así era mi vida ahora: un terreno desolado y vacío aguardando la lluvia o una brisa acariciadora que lamiera las heridas y sembrara esperanza.

Mi único anhelo era regresar con los míos. Con Rashid. Y olvidar. Olvidar cómo la gente me miraba con desprecio y temor, olvidar el ataque, olvidar el odio que me poseía teniendo a Amina tan cerca, olvidar la imperiosa necesidad de venganza y olvidar el dolor de mi pecho por la ausencia de Gunnar.

Desde aquella última noche junto a mi jergón no había vuelto a verlo. Había permanecido aislado hasta que su espalda mejoró lo suficiente para poder cabalgar. Se había marchado, nadie sabía a dónde, ni cuándo regresaría. Tan solo había dejado un mensaje claro: si alguien se atrevía a hacerme algún mal, lo pagaría con su vida. De cualquier modo, nadie habría osado a meterse con una bruja.

Ese era mi nuevo nombre. La bruja o *banshee*.

El prior Kearan, antes de partir, había advertido convenientemente a las gentes sobre el poder de las brujas. Incluso había narrado con lujo de detalles un caso particular que él mismo había vivido en la lejana Irlanda. Un ente fantasmal con forma de mujer que anunciaba entre aullidos la muerte de alguien cercano. Ese ser era llamado *banshee* y, cuando aparecía, lo único que se podía hacer era rezar. Como buen cristiano, y sin ningún ánimo de conversión, les había enseñado a hacerlo. Ahora, cuando se cruzaban conmigo, los paganos se santiguaban como beatos. Al menos, pensé, Dios iba a deberme la incorporación de nuevas almas en su redil.

En cambio, a Amina las cosas le iban bien. La súbita y ventajosa muerte de su ama le había dejado el campo abierto para conquistar a su señor, el bueno de Thorkel, que la había tomado como esposa. Ahora ya no era una esclava, era una *bondi*, una mujer libre. Aquel provechoso desenlace para ella me llevó a sospechar de su intervención en la misteriosa enfermedad que había assolado al pueblo meses atrás. Recordaba vívidamente el té de ruda que me había provocado el aborto. Era fácil imaginar que tenía un extenso conocimiento de las hierbas, sobre todo de las tóxicas. No tenía ni idea de la que había utilizado para enfermar y matar a los aldeanos, pero pensaba averiguarlo.

Solo me quedaban dos apoyos: Eyra y Jimena. Y a ellas confié mis recelos. Ambas se ofrecieron a ayudarme. Y diseñamos un plan.

Era sencillo y, a priori, no ofrecía ninguna dificultad. Jimena intentaría distraerla mientras Eyra se colaría en su cabaña para registrarla. Yo aguardaría en mitad del camino y, si la veía aparecer, tendría que enfrentarla y provocar una discusión acalorada para dar tiempo a Eyra para desaparecer. Mi parte sin duda era la más fácil, solo me preguntaba si podría reprimir las ganas de matarla.

A la mañana siguiente, Jimena acudió al pequeño huerto trasero en el que Amina recogía cebollas y, con fingido sobresalto, le comunicó que una de sus vacas se había extraviado en el prado, que la había visto dirigirse a una zona silvestre bastante peligrosa.

Sabíamos que Thorkel había salido a pescar y no imaginábamos que pediría ayuda, pero lo hizo, y Ulf se ofreció a acompañarla. Aquello también me llamó poderosamente la atención, pues Ulf no se caracterizaba por ser servicial a la comunidad. Resultaba bastante obvio que existía entre ellos una camaradería peculiar, no fruto de una amistad sincera, sino más bien de una necesidad primaria por la consecución de un mismo objetivo. Ambos compartían intereses comunes: derrocar a sus enemigos, a sus rivales.

Cuando desaparecieron de la vista, me coloqué en mitad del sendero y esperé. Eyra ya se había adentrado subrepticamente en sus dominios y recé para que todo saliera bien.

La vaca que buscaban en el bosque pastaba plácidamente en el prado, y Jimena, que los guiaba al interior del helechal, se volvería dubitativa en cuanto a la dirección en la que supuestamente había visto a la res por última vez. Cuando aparecieron, Eyra todavía no había salido, y me extrañó la tardanza. Avanzaban malhumorados y gritaban a Jimena su supina estupidez.

—Tal vez haya regresado sola o tal vez la haya confundido con otra —se disculpaba.

—O tal vez no se ha movido y solo querías molestarme —atinó Amina con suspicacia—. No eres más que una estúpida, no debería haberte creído. Al fin y al cabo, eres amiga de la bruja.

Salí de detrás del árbol y me planté frente a ellos.

—Mejor amiga que enemiga, ¿no te parece?

Amina dio un respingo y retrocedió un paso. Ulf no se amilanó y me sonrió con descaro.

—Si tan poderosa soy, deberías hablar con más cuidado de mí. Por cierto, Ulf, ¿no escuchaste anoche a los lobos? Me pareció que aullaban cerca de tu choza.

El hombre palideció. Sus pequeños ojos grises destellaron con temor.

—No te tengo miedo —se apresuró a contestar, pero supe que no era cierto.

Me acerqué a él y clavé mis ojos en los suyos.

—Pues deberías.

Amina se adelantó y, con los brazos, en jarras espetó:

—Pronto nos libraremos de ti. Pero, si crees que tu precioso Rashid va a recibirte con los brazos abiertos, eres más necia de lo que creía. ¿Qué crees que pensará de su adorada Shahlaa cuando sepa que te has convertido en la puta del *hersir*? —Soltó una abrupta carcajada—. Sí, una perra complaciente que se abrió de piernas a la primera oportunidad. ¿O pensabas que no se enteraría? Pues permíteme iluminarte. El *jarl* ha enviado una carta a tu esposo pidiendo tu rescate y citándolo en el puerto de Haithabu. Me ofrecí de traductora y yo misma la escribí en árabe. Por supuesto, agregué algunas recomendaciones personales, además de informarle de tus indecentes actividades. Incluso dudo que quiera recuperarte, no vales los ochocientos veinte gramos de plata que pide por ti.

Aturdida como si me hubieran golpeado con un tronco en la cabeza, no supe qué responder. Sin embargo, mis manos al parecer tenían más claro su objetivo.

Le rodeé el cuello y apreté con todas mis fuerzas. Amina abrió desmesuradamente los ojos y la boca e intentó zafarse con desesperación. Ulf acudió en su ayuda y me propinó un puñetazo en el costado. Caí de rodillas con un gemido. En ese preciso instante, apareció el enorme Thorffin: su pelo llameaba bajo el sol, su rostro estaba desdibujado por la ira. Sus enormes pisadas hicieron retemblar las piedrecillas del camino.

—¡Apártate de ella! —bramó.

Acto seguido, descargó un tremendo puñetazo en la mandíbula de Ulf, que cayó al suelo como un muñeco de trapo.

—¡Gunnar me ha ordenado su protección y te juro por la maldad de Loki que te mataré si vuelves a ponerle las manos encima!

—¿Proteger a una bruja? —inquirió Amina con desprecio.

Alcé el rostro hacia ellos y exclamé en voz alta.

—¡Yo, *banshee*, bruja entre la brujas, maldigo a ambos!

La gente, alertada por la pelea, se había empezado a congregarse a nuestro alrededor.

—Todo aquel que se acerque sufrirá mi azote. En la próxima noche de luna se escuchará un aullido aterrador que reclamará la vida de esta mujer. Si no la lograra tener, vendrá al pueblo a llevarse cualquier otra. —Enfaticé mi voz con un tinte teatral y entrecerré los ojos para añadir un toque grave a mis palabras—. ¡Oh, gentes de bien! Si en algo estiman a sus seres queridos, arrojen a esta mujer infame a las profundidades del bosque para satisfacer a los lobos. Solo así marcharán para siempre, y yo con ellos.

Miré con intensidad a los concurridos para recalcar mi advertencia. Y, por el rabillo del ojo, vi la silueta encorvada y delgada de una mujer que se escurría entre la muchedumbre. Respiré aliviada, sobre todo al comprobar el impacto de mi maldición en Amina. El color la había abandonado, su semblante adusto era una mezcla de horror y consternación. Ulf no estaba mucho mejor. Sonreí.

Había conseguido volver su propia maldad contra ella misma. Se había encargado tan bien de hacerme parecer una bruja, era tal el temor que había inspirado en mí contra, que iba a ser desterrada por sus propios vecinos que ardían en deseos de librarse de una *banshee*. La que ella misma había creado.

Los dejé impávidos, y plenamente satisfecha, busqué a Eyra.

Me aguardaba en los establos.

—¡Muy ingeniosa! Un golpe de efecto genial, esa voz de ultratumba.

—Quería asegurarme el éxito.

Eyra agarró un montón de heno y lo distribuyó prolijamente sobre la tierra.

—No tengo ninguna duda de que al primer aullido la mandarían a patadas al interior del bosque y la dejarán atada a una roca para que la devoren. No sé si sabes que estas gentes son muy dadas a los sacrificios, antes más, pero eso siempre queda en las mentes de todos.

—¿Qué has encontrado?

Abrió la palma de la mano y me mostró un saquito de tela.

—Adelfa —contestó a mi muda pregunta—. Una planta de flores amarillas.

—Imagino que provoca fuertes dolores estomacales, vómitos y diarreas.

Asintió.

—Y convulsiones tan violentas que son capaces de parar un corazón si se administra la cantidad indicada.

—Pero, si lo que quería era matar a su ama, ¿por qué quiso enfermar a más personas? —inquirí pensativa.

—Es sencillo, si mataba solo a su ama y poco después se desposaba con el viudo, alguien podría haber pensado mal. De esa forma, ocasionando una especie de contagio colectivo desviaría la atención sobre ella, y así todos pensarían que había sido algo trágicamente casual. Además, estoy segura de que tuvo otro motivo tan importante o mayor que ese.

Alcé las cejas con asombro. Me admiraba su capacidad deductiva.

—El otro motivo, sin duda, eras tú. Pensaba echarte la culpa de todo, su cabeza ya había maquinado los pasos que tendría que dar para llevarte donde te tiene. Es astuta, fría y calculadora. Una enemiga temible.

—Solo que hay algo que no ha tenido en cuenta. Cuando privas a alguien de todo cuanto posee, te enfrentas a un ser enfurecido sin nada que perder.

Eyra rio.

—En verdad, muchacha, las adversidades no te menguan, al contrario, te dotan de fortaleza y sabiduría. Sin embargo, no te confíes: que la destierren no significa que puedas respirar tranquila, a no ser que los lobos hagan su trabajo.

—Por desgracia, no sé si les gustará la carroña —observé.

—Una manada de lobos hambrientos no le hacen asco a nada. ¿Y ahora qué piensas hacer con la adelfa?

La miré mientras mi cabeza barruntaba una idea.

—Creo que es hora de que pruebe su propia medicina.

—¿Piensas acabar con ella?

Negué con la cabeza.

—No, quiero que sufra antes. Cuando enferme y le sonrío pensará que ha llegado su muerte y disfrutaré con ello, pero disfrutaré mucho más cuando la aten a un peñasco y la ofrezcan como un succulento venado con manzana y todo.

—Desconocía esa veta de crueldad en tu carácter.

—Ha matado a mi hijo, ha frustrado mi huida, ha intentado quemarme, ha provocado que me violen y estoy segura de que pensaba matarme antes de que me llevaran a Haithabu. Es una demente y está obcecada conmigo, en esta historia una de las dos debe morir, y no quiero ser yo. Es mera supervivencia.

—Ella juega con ventaja; cuenta con la protección de Ulf, tú en cambio...

—Esto es entre ella y yo. Siempre ha sido así.

—Ahora que lo pienso sí te ha beneficiado en algo. Gracias a ella vas a reunirte con tu esposo.

No contesté. Pensamientos desordenados y emociones confusas pugnaban por buscar su lugar. Eyra respondió por mí con su agudeza habitual.

—No veo que saltes de alegría.

La dejé en el establo luchando conmigo misma. Traté de impedir que el orden que comenzaba a encajar en mi cabeza saliera a la luz. No, me dije, solo hay una vida para ti y está al otro lado del océano.

\* \* \*

La humedad flotaba en el aire. Una bruma blanquecina y pesada se extendía sinuosa desde el mar hasta la aldea rodeando en gélido abrazo cada árbol, cada helecho. Tuve la sensación de estar sumida en un sueño, de caminar entre nubes.

Apenas había amanecido y ya había podido comprobar que el sol tampoco aparecería ese día. Tan solo un mortecino resplandor asomaba entre las plumizas y las nubes.

Me arrebujé bajo mi gruesa capa de lana y atravesé la espesa nebulosa que desdibujaba el sendero. El frío me quemaba la garganta, volutas de vaho me salían de la boca, dolía respirar.

Pensé que nunca en toda mi vida había sentido tanto frío. Temblaba de manera incontrolable y aceleré el paso para entrar en calor. Me detuve frente a la cabaña de Thorkel y miré a ambos lados. Todavía era temprano y todos dormían felizmente acurrucados en sus jergones, algo que pensaba reanudar cuando cumpliera mi objetivo.

Por fortuna, los animales habían sido resguardados en el interior de la cabaña porque estaba prevista una fuerte nevada, y mis pisadas no despertaron la sospecha de ningún ser vivo.

Me acerqué a la triangular estructura de madera y me dirigí a la parte trasera. Sabía que, bajo la solera de la casa, se almacenaba un tonel con aguamiel que Amina solía preparar para el consumo de la pareja. Busqué con la mirada y no tardé en localizar la portilla de madera que daba entrada al oscuro y estrecho recinto.

Me agaché, levanté el listón de madera que la cerraba y la abrí con cautela. Solo había negrura ante mí. Esperé hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y me arrastré al interior. El gélido contacto con el suelo me subió por las palmas hasta lo más profundo de mi ser. Gateé hasta dar con varios barriles. Prácticamente a tientas levanté la tapa de uno de ellos y saqué con premura la bolsa de cuero en la que la peligrosa adelfa había sido convertida casi en polvo por las hábiles manos de Eyra. Vertí la sustancia en el barril y lo cerré.

Retrocedí con la mayor premura que me fue posible y, cuando ya salía, escuché unos pasos cerca de donde me encontraba. Con el corazón desbocado me puse en pie y me pegué cuanto pude al costado de la cabaña.

Un rumor de ropas seguido de una fuerte ventosidad me hizo pensar que el inoportuno aldeano era un hombre. Sin duda, estaba frente a la cabaña, y lo que escuché a continuación no me dejó dudas de lo que hacía. Estaba orinando entre pequeños gemidos de satisfacción.

Cuando finalizó, lo que para mi asombro le llevó un buen rato, debía de tener la vejiga del tamaño de uno de sus barriles, comenzó a expectorar estentóreamente lanzando un escupitajo. Seguidamente, los pasos regresaron al interior. Era el bueno de Thorkel; justo antes de cerrar la puerta de la cabaña, escuché la voz de Amina.

—¡Vuelve a la cama, viejo estúpido! No querrás que me congele, ¿no?

Compadecí al hombre. Seguro que padecer los retortijones de la adelfa era, con mucho, más soportable que convivir con esa arpía. No obstante, habría preferido excluirlo de mis planes; algo del todo imposible viviendo juntos.

Me deslicé con sigilo para regresar al sendero. Contuve la respiración y recé para que nadie más saliese de la cabaña. Los últimos pasos fueron casi a la carrera. Cuando por fin entre en la mía, exhalé aliviada. Desaté mi capa y me acerqué a la hoguera central. Froté las manos enérgicamente agradecida por el calor que devolvía la sensibilidad a mis miembros.

En la penumbra, distinguí la silueta de Eyra en su camastro; dormía profundamente.

Desde la partida de Gunnar había insistido en permanecer a mi lado. Era mi ángel guardián, mi consejera, mi sanadora, en definitiva, lo más parecido a la figura materna que podría encontrar y daba gracias todos los días por tenerla. Recordé a Flora, la dulce y siempre atenta Flora, sus mimos, sus cuidados. A Latifa, su apoyo, fidelidad y entrega. Por curioso que pareciera, sentía que Dios siempre me mandaba un consuelo en forma de mujer protectora que velaba por mi bien. Tres nombres, tres aliadas, tres destinos dispares y dos hombres que llenaban mis pensamientos.

Me metí en el jergón que había compartido con Gunnar y deseé poder abrazarme a su cuerpo sólido y cálido, deseé sentir sus fuertes brazos estrechándome con fuerza, su boca ancha y suave rozando la mía. Su mirada intensa encendiendo mi alma.

Aunque al principio había pensado que con los días lograría acostumbrarme al distanciamiento, descubría con pavor que cada día era más largo, más aciago y gris. La separación me hería profundamente y, cada vez que escuchaba el trote de un caballo, corría con la esperanza de verlo aparecer.

¿Por qué no me alegraba de mi inminente rescate? ¿Por qué no pensaba en la dicha de reencontrar a los míos? ¿Por qué no dejaba de pensar en él, en aquel maldito bárbaro?

Me abracé y suspiré. Intenté pensar en Rashid, aquello solo logró abatirme más. Porque cada vez tenía más claro que se me había metido dentro, no sabía muy bien cómo había pasado, pero por alguna rendija mal resguardada había conseguido filtrarse hasta mi alma. Lo sentía allí anclado, justo ahora que pensaba devolverme.

Recordaba vívidamente sus últimas palabras. Pensaba entregarme personalmente. De pronto en mi mente se hizo la luz. Comprendí por qué se había marchado. Intentaba arrancarme de su corazón; era la única manera que tenía de poder entregarme a otro hombre. Necesitaba distanciarse para enfriar sus sentimientos hacia mí. Sí, ahora lo veía, y aquello no hizo más que sumar desasosiego y una honda tristeza a mi maltratado corazón. No sabía si a él le estaba dando resultado; desde luego, a mí no.



La adelfa no tardó en surtir efecto.

Entre los aldeanos cundió el pánico más absoluto. Se reunían en la casa grande e invocaban a sus dioses rogándoles protección. Pasaban el día con las runas y ocasionalmente ofrecían un sacrificio de sangre. Unas veces, era una cabra; otras, un gallo, incluso un ternero.

En torno a una hoguera central se sumergían en extraños cánticos y danzas que acababan en un paroxismo generalizado. Borrachos de cerveza o de aguamiel, fornicaban cobijados por pieles en la penumbra o se enzarzaban en peleas atroces. Entonces volaban por el aire mesas y bancos, jarras y escudos y todos corrían a esconderse hasta que los combatientes caían inconscientes al suelo. Fue toda una suerte que ninguno muriera en los altercados.

Eyra me había contado que Amina sufría espantosos espasmos abdominales, que la fiebre la hacía tiritar y que vomitaba de manera incontrolable. Thorkel no estaba mucho mejor, aunque parecía aguantar los desmanes de la intoxicación con más aplomo. Y, para nuestra sorpresa, el que peor se encontraba era Ulf. Ya era innegable la intimidad que compartían.

—Sabe que has sido tú —me dijo la anciana. La preocupación oscurecía su faz ya de por sí mortecina.

—Solo tiene una enemiga; no le debe de haber sido muy difícil atar cabos, ¿no te parece? —repliqué indiferente.

—¿No temes la represalia?

—¿Qué más puede hacerme? —intenté mostrarme tranquila sin conseguirlo.

Tomó un cuenco y se sirvió estofado de ciervo.

—La crueldad es la fuerza de los cobardes —citó pensativa— y una persona cruel que además es calculadora y astuta de seguro tiene una imaginación desbordante. Reza para que cuando se recomponga la luna te favorezca.

No faltaba mucho para la siguiente luna llena. Solo esperaba que mi maldición surtiera el efecto deseado.

A tal fin, Eyra se propuso correr el rumor de que la enfermedad de Amina había sido provocada por un maleficio mío. De esa manera, nadie dudaría de mi poder maligno. Si ya les provocaba temor, ahora ni se atreverían a cruzarse en mi camino. La anciana también se encargaría de recordarle la única forma de librarse de mí.

\* \* \*

La luna llena parecía incluso más grande de lo habitual y destacaba con un peculiar tinte amarillento sobre el oscuro manto de la noche. Se percibían en ella circulares manchas desvaídas que le conferían un aspecto añejo y misterioso. La luz que proyectaba cubría de plata cuanto tocaba y convertía el mundo real en uno de cuento. Era fácil evocar toda clase de criaturas extrañas saliendo de las profundidades del bosque, del mar y de la tierra. Era por la noche cuando las historias que se contaban junto al fuego cobraban sentido. Historias de dioses, héroes, hadas, demonios, duendes y magos.

Por algún motivo, recordé el mito sobre Balder, tantas veces repetido junto a la hoguera.

Balder es el Cristo entre las divinidades escandinavas, uno de los muchos hijos de Odín. Cuenta la leyenda que desde pequeño sufría terribles pesadillas que presagiaban su muerte. Entonces su madre decidió hacer algo. Recorrió los nueve mundos haciendo prometer a todo ser viviente, animal, vegetal y mineral que no dañarían jamás a su hijo.

Todos hicieron el juramento, excepto la planta del muérdago. Su madre no le dio importancia y creyó que el problema estaba resuelto. De ese modo, Balder se convirtió en inmortal. En el Valhalla, los dioses se divertían disparándole flechas sin causarle ninguna herida. Pero Loki, el dios del fuego, traicionó a los dioses y engañó al dios ciego Hodr dándole una flecha en cuya punta puso una planta del muérdago. Hodr disparó la flecha e hirió gravemente a Balder. En su lecho de muerte, Odín le susurró unas palabras al oído; cuenta la leyenda que le prometió la resurrección tras la purificación del mundo.

Tragué saliva, fuera oía la turba agitada. Las voces se alzaban vehementes. Había llegado el momento. Me sentía inquieta pensando en la flecha con muérdago que me aguardaba y, aunque no albergaba dudas sobre quién la dispararía, tenía la esperanza de que mi tiro fuera el primero en hacer diana.

Avancé hacia la puerta y salí.

En el centro del poblado un grupo de hombres y mujeres que portaban antorchas discutían acaloradamente frente a la cabaña de Amina. Thorkel, en el umbral, gritaba amenazas que subrayaba gesticulando hoscamente. Al tiempo agitaba en círculos una enorme hacha para dejar claro que cumpliría sus sangrientas promesas.

El olor de la brea inundó la noche. Los fieros rostros se volvieron hacia mí. Algunos se tornaron de temor, otros de incertidumbre. El resplandor de las teas que bailaban en sus semblantes los asemejaba a demonios en busca de venganza. Con gran acopio de valor, me erguí ante ellos y exclamé:

—¡Solo la quiero a ella! ¡Entréguenla a los lobos y detendré mi magia para siempre!

—¡Ven, maldita bruja, y déjame mostrarte la magia de mi hacha!

Apenas tuve tiempo de retroceder.

Thorkel se cernió sobre mí enloquecido y, blandiendo su arma, la descargó sobre mi cabeza. Me agaché justo en el último momento, perdí el equilibrio y caí sobre el barro helado. El silbido del arma reverberó en mis oídos como una serpiente de cascabel.

Me levanté aterrorizada dispuesta a correr lejos de su alcance, pero resbalé y caí de nuevo. Un reflejo plateado cortó el aire a pocos centímetros de mi oreja y se enterró en el lodo cortando con un escalofriante chirrido la capa de hielo que se había formado en el congelado charco en el que me hallaba desplomada.

Intenté ponerme a gatas. Cada latido en mi pecho atronaba como un tambor tensando cada fibra de mi ser. Mi atacante alzó de nuevo el hacha y la descargó con toda la ferocidad de la que fue capaz. Cerré los ojos desesperada y rodé hacia un lado mientras rezaba para mis adentros. De nuevo la hoja se hundió en la superficie escarchada. Una larga espada había desviado la trayectoria.

—¡Detente! —tronó una voz.

A través de unas blanquecinas volutas de vaho que escapaban de mi garganta, todavía encogida por el miedo, vislumbré un guerrero alto y corpulento, con el cabello enmarañado, barba trenzada y flamígeros ojos verdes.

—¡En el nombre de Odín! ¿Qué está pasando aquí?

Gunnar miró en derredor con furia contenida.

—Todo es culpa de la bruja —respondió la voz gastada de una mujer.

—¡Todos de regreso a sus hogares! ¡Primero habré de escuchar lo acontecido en mi ausencia y luego juzgaré!

—¿De veras? ¿Y serás objetivo? —inquirió Olaf.

Gunnar clavó los ojos en mí.

La frialdad que encontré en ellos me contrajo el alma en un apretón feroz que me cortó la respiración. Sentí estrechárseme la boca del estómago. Le sostuve la mirada y dejé escapar un suspiro. Había anhelado tanto sumergirme en aquellos ojos esmeralda, había soñado tantas veces cobijarme entre sus brazos. Había deseado tan fervientemente sentirme amada y protegida que, ahora, ante aquel semblante hosco y malhumorado, frío e inexpresivo me derrumbé. Fue a través de lágrimas que escapó todo el miedo y la angustia vivida.

—No soy el mismo hombre que se fue —sentenció.

A pesar de sus palabras, me tendió la mano.

La rechacé y me levanté temblorosa. Había estado a punto de morir, y mi cuerpo todavía tenso acusó cansancio y pavor. Recurrí a mi última reserva de aplomo y entereza para dirigirme al *hersir*.

—Yo tampoco soy la misma mujer. Soy lo que me dejan ser. —Miré en derredor con determinación—. Una mujer desesperada por sobrevivir, cansada de ser vapuleada y maltratada. Tan solo defiendo mi vida.

Los hombres y mujeres que me rodeaban me contemplaron en silencio, frenados por la súbita aparición de su líder. Solo una voz replicó.

—Eres tú, maldita bruja, la que atentas contra nosotros propagando enfermedades y maldiciones, atemorizando a nuestros hijos con tus miradas maléficas.

La madre de Sigrid, Asdis, me miró con rencor. Era más que obvio que esperaba enardecer de nuevo los ánimos en mi contra.

—Equivocadamente representé el papel que me fue asignado. Pensé que, si se me temía, estaría a salvo; ahora compruebo mi error. Un error astutamente aprovechado por la verdadera *banshee*.

Clavé los ojos en Thorkel. La multitud exhaló un suspiro de asombro.

—Sí, hay una bruja autentica aquí, de maldad solapada y extensos conocimientos sobre plantas dañinas. —Los ojos de Thorkel se abrieron desmedidos—. La esclava Var fue la causante de la epidemia que asoló la aldea. Utilizó una flor llamada adelfa que pérfidamente añadió a la comida con la intención de matar a la esposa de Thorkel; para no despertar sospechas, decidió enfermar a más gente. Ella incendió mi cabaña para deshacerse de mí, y ella y su amante Ulf tramaron la traición del *hersir*. Yo, mejor que nadie, conozco sus malas artes; tuve la desgracia de vivir con ella y de sufrir su crueldad, también usó una planta para arrancar un hijo de mis entrañas.

Ante la mención de Ulf, el semblante de Thorkel se descompuso. Boqueaba como un pez deseando decir algo que no lograba articular.

—Estoy segura de que tenía en sus planes deshacerse de ti cuando Ulf ocupara el cargo que tanto ansía.

Bocas desencajadas, ojos agrandados y semblantes aturridos se miraban entre sí intentando asimilar aquella declaración. Gunnar me contempló pensativo.

Unos pasos acelerados irrumpieron en la noche; las antorchas iluminaron un rostro tosco enrojecido que jadeaba por la carrera.

—¡Ulf ha desaparecido! —espetó Thorffin.

Gunnar avanzó hacia la cabaña de Thorkel.

—No te molestes en buscarla, ella ha huido con él —aseguré.

Me volví y caminé arrastrando los pies. De repente, sentí el cuerpo laxo y derrotado; tan solo deseaba cobijarme en mi jergón y refugiarme en el sueño. Había jugado mi última carta: la carta de la verdad y, aunque no siempre era de ayuda, rogaba que en esta ocasión lo fuera.

\* \* \*

Aunque todo encajaba a la perfección, a pesar de encontrar un cofre repleto de hierbas tóxicas en su cabaña y de que la huida era una prueba más que incriminatoria, la aldea entera continuó mirándome con recelo.

Sabía cuáles era mis obligaciones diarias y las ejecutaba hasta caer rendida. Trabajaba de sol a sol, apenas hablaba con nadie y el poco tiempo libre que me quedaba practicaba obcecadamente con el arco para liberar mis demonios y desfogar la ira y la frustración hasta lograr cierta habilidad en su manejo.

Otras veces, deambulaba por la costa lanzando guijarros contra las olas, rememorando los rostros de mi gente y pronunciando sus nombres, como si esperara que el viento me los trajera. Y, sin embargo, el dolor de el pecho continuaba presente casi todo el día, acompañándome sin descanso. No importaba cuán agotada cayera, el sueño parecía evitarme. Mi piel sedienta de caricias clamaba con un dolor casi físico, exigiendo la presencia de un cuerpo que dormía muy cerca de allí.

Gunnar se había trasladado a una cabaña cercana y, a pesar de eso, era como si estuviera en otro mundo. Apenas lo veía y, cuando lo encontraba, desviaba a propósito la mirada. No era el mismo.

De nuevo, llevaba la barba larga y la melena recogida en un moño tras la nunca. Su semblante siempre oculto por una máscara de gélida indiferencia resultaba inexpresivo y duro. No lo culpaba, pues era más que consciente del tremendo esfuerzo que le habría supuesto ese drástico cambio. Como también era consciente de que la distancia que manteníamos era lo más beneficioso para ambos. Pero mi corazón sangraba como también sangraba el suyo.

Comenzó a nevar.

Copos grandes y pesados caían lentamente de un cielo lavanda y rosado con vetas amarillentas. Podía escuchar los crujidos de las ramas de los arces más cercanos cargadas de un manto de nieve que amenazaba con quebrarlas. Aquella nueva nevada sin duda sumaría grosor a la capa que cubría tejados y caminos, arbustos y cercados, árboles y peñascos, cubriendo de gélido abrigo la región.

Las tareas se habían limitado a cortar madera para el hogar y alimentar al ganado cobijado en el interior de las cabañas.

Me incliné sobre el fuego del hogar y extendí las palmas sobre él. Estaba aterida, envuelta en una capa de pelo y frotándome los brazos para entrar en calor cuando unos golpes sacudieron la puerta.

Me levanté a regañadientes y la abrí. Era Inga, una oronda mujer de cabello rojo como el fuego y ojos avellana: una de mis instructoras en el arte de tejer y de las pocas que me trataban con amabilidad.

—Supongo que no te has enterado.

Entró envuelta en una gruesa capa de lana. Su altura y corpulencia me hicieron retroceder, y se sentó en una banqueta junto al hogar.

—No, y por eso estás tú aquí.

Sonrió. Su ancho rostro poblado de pecas se iluminó con picardía.

—¿Estás insinuado que soy una chismosa?

Tenía la punta de la nariz y los altos pómulos rojos. Varios mechones se habían escapado de su gruesa trenza y se pegaban a su rubicundo rostro.

—Eso lo has dicho tu —murmuré sentándome a su lado.

El resplandor del fuego le iluminaba el cabello con un fulgor cobrizo intenso. “Inga la Roja”, absolutamente apropiado, pensé.

—Se está celebrando una boda —anunció feliz.

Por un instante, sentí el corazón desbocado. No, pensé, no puede ser él. Pero el miedo me atenazó.

No, no podía ser.

—¿Quién... quiénes? —inquirí nerviosa.

Adivinó mi temor y, en un intento por tranquilizarme, me palmeó la espalda con fuerza. A punto estuve de caer de bruces sobre la fogata.

—¡Oh, lo siento! No quería darte tan fuerte, yo solo...

—¿Quién se está casando, maldita sea?

Inga soltó una risotada ante mi impaciencia.

—Tranquila, pequeña, no tienes por qué preocuparte.

Resoplé y la fulminé con la mirada.

—Thorffin y Helga. ¿No te parece maravilloso? El gigante siempre estuvo enamorado de ella. Es tan romántico...

Respiré aliviada.

Se levantó, me tomó de la mano y me arrastró hacia la puerta.

—Vamos a la fiesta.

Sentía verdadera curiosidad por ver a aquella imponente mujer bailando, pero no tanta como para soportar la compañía de nadie.

—No, estoy bien aquí. Quiero estar sola.

Sin embargo, fui arrastrada literalmente fuera de la cabaña. Mis réplicas cayeron en saco roto y, desde luego, la fuerza de la mujer sobrepasaba con creces la mía.

—No temas, no voy a sacarte a bailar. —Una estentórea carcajada sacudió sus enormes pechos—. Pero sí quiero que ayudes a servir la comida y que comas, te estás quedando en los huesos.

—Deja al menos que me recoja el cabello.

Mi melena demasiado larga caía como un manto por la capa casi hasta la cintura. Las ondas se esparcían desordenadas y me conferían un aspecto salvaje. Deseé poder alcanzar mi peine de concha.

—Estás bien así.

Me llevó hasta la casa comunal a través de la nieve. Cada tanto, se volvía y me sonreía. De alguna manera, me contagió su entusiasmo. Un poco de divertimento entre tanta penuria era algo nuevo, ¿por qué no podía disfrutar? Al menos, tenía la certeza de que una buena jarra de cerveza o, mejor aún, de *björr*, un licor fuerte que hacían con fruta fermentada, me sumiría en un apetecible olvido momentáneo.

Entramos jadeando por el frío.

En el interior, la fiesta estaba en su auge. Los aldeanos reían, cantaban y bebían desaforadamente. Al fondo, los novios recibían los buenos augurios de los vecinos. Thorffin estaba radiante y miraba extasiado a su flamante esposa, que más parecía un hada del bosque por la blancura de su piel y de su cabello. Sus ojos grandes y de un azul pálido resultaban extraños enmarcados por pestañas plateadas y cejas del mismo color. Tan solo sus labios rosados y las mejillas encendidas daban una nota de color al conjunto. Pensé en lo paradójico de la situación. Yo había dejado viuda a esa mujer y, ahora, desposada con otro hombre, parecía feliz. Sin mi intervención, el bueno de Thorffin nunca habría conseguido a la mujer de sus sueños. ¿O tal vez el destino habría unido a esas dos almas de alguna otra manera? La vida era impredecible y caprichosa. Una mala acción podía desencadenar una buena y a la inversa.



Imprevisible, como mi propio destino. Atrapada entre dos grandes hombres, atada a uno en particular y en breve entregada a otro y sin saber a quién amaba más. Una vez le había dicho a Rashid que el amor era uno, que solo se podía amar a una persona, ¿era verdad? No en mi caso.

Mis pensamientos me apesadumbraron lo suficiente para aceptar una enorme jarra de cerveza que bebí de un trago. Sentí en mí miradas reprobatorias. Había mucha gente que no me quería allí, pero no me importaba. Acepté otra y otra más. Inga me iba a la zaga. Reía y hacía comentarios mordientes sobre los bailarines, lo que me arrancaba carcajadas.

—¿A qué animal te recuerda ese? —susurraba conteniendo la risa.

El hombre en cuestión se agachaba y se incorporaba sin cesar moviendo desacompañadamente ambos brazos.

—A... a una galli... gallina —logré articular.

—¡Co... co... cooocooo! —cantó Inga con el rostro enrojecido, más si cabía.

Estallamos en carcajadas al unísono. Reía liberada de mi sufrimiento, disfrutando de la maravillosa sensación. Me dolía la mandíbula y me doblaba sin parar cada vez que miraba a la gallina bailarina. Me lagrimeaban los ojos, me los sequé con el dorso de la mano. Cuando me incorporé, sentí una mirada clavada en mí. Me detuve en seco.

Gunnar me observaba estupefacto.

Inga me dio un ligero codazo.

—¿Y él a qué animal te recuerda?

Lo observé con detenimiento. Estaba sentado al fondo de la sala con una jarra enorme en la mano. Inmediatamente noté que parecía incómodo, pero sostuvo la mirada como hechizado por mi interés. Su melena castaña dorada estaba alborotada, su barba le cubría la barbilla y todo el mentón, su nariz recta acababa en un bigote espeso y, debajo, una boca ancha de labios llenos y suaves.

—A un león —contesté—, un león fiero, pero tierno a la vez. Aunque ahora parece más bien desorientado.

—¿Qué animal es ese? Nunca había oído hablar de él.

—¡Oh! Una vez vi un dibujo que mi tío trajo de uno de sus viajes. Se lo había vendido un bereber. Era un grabado a color dentro de un cuento fascinante de animales increíbles que mi madre nos leía cada noche. Yo admiraba los dibujos con deleite soñando con encontrarme con esos extraordinarios aunque temibles animales.

—Bueno, pues parece que ya te has topado con uno.

Sonreí abiertamente y Gunnar, aturdido, frunció el ceño, aunque parecía fascinado por mi divertida reacción.

—Es como un gato enorme —intenté explicarle. Curiosamente hice el intento de mirarla para interpretar su expresión, pero no pude apartar los ojos de Gunnar. Estábamos atrapados una vez más.

Mi corazón golpeteaba inquieto. Su mirada intrigada cambió. Un anhelo imperioso asomó. Me deseaba y, a esa distancia, pude sentirlo en mi piel que se erizó suplicante.

Imaginaba que él veía lo mismo en mis ojos, porque apretaba los dientes y cerraba con furia los puños, negándose ese sentimiento. Ejercía tal autocontrol que podía casi percibir la lucha que se libraba en él. Para vergüenza mía, yo había claudicado sin batallar. Solo aguardaba una respuesta. Si me buscaba, me entregaría sin dudar.

Para más humillación, me descubrí sonriéndole, incitándolo, seduciéndolo. Lo deseaba tanto que nada me importaba. Él era un experto curando heridas, y yo tenía muchas que precisaban su atención.

Me puse en pie y bailé.

Cerré los ojos y giré. Me contoneé moviendo las caderas como lo había hecho para Rashid. Bailé disfrutando cada movimiento, mis brazos se ondeaban y mi cuerpo tomó el control recordando cada paso, cada ondulación. Dancé y, en cada giro, me liberaba del dolor, de la ansiedad, de toda preocupación. Mi cabello ondeaba a mi alrededor, la túnica de lana se me pegaba a al cuerpo y sonreí sintiendo la música. Me dejé llevar por ella, gocé con cada compás. Cuando abrí los ojos, vi una mirada ardiente, enamorada y totalmente hipnotizada. Era mío y, como tal, lo tomaría.

Me acerqué a él, lentamente, saboreando el influjo que embargaba su semblante. Mis ojos ahondaron en los suyos descubriéndole promesas ardientes del goce que estaba dispuesta a ofrecer. Llegué hasta él y, sin ningún pudor, me senté en su regazo. Pude ver las llamas que incendiaban su mirada y de nuevo le sonreí. Acaricié su barba y deslicé con suavidad la punta de mis dedos sobre su labio inferior.

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro. Parecía realmente atormentado.

—¡Aléjate de mí! —susurró suplicante.

Con la otra mano, le retiré un mechón de la frente. Nuestras bocas estaban demasiado cerca. Su aliento cálido y dulzón acariciaba mis labios. Deseaba besarlo, pero algo en su mirada me detuvo. Su lucha interna estaba devastando las pocas defensas que le quedaban, pero él no cedía. Su obstinación teñida de desesperación despertó mi conciencia y me devolvió a la realidad.

De pronto, me sentí avergonzada ante mi impúdica conducta y, lo que era peor, ante mi absoluto egoísmo. No tenía ningún derecho a destruir a un hombre que era capaz de sacrificarse por mí. Me había abandonado a mis instintos sin pensar en las consecuencias.

Otra duda me asaltó. Él había decidido apartarse de mí con la esperanza de enfriar sus sentimientos, ¿pero qué pasaba conmigo? Era tan estúpida que ni siquiera había pensado en lo que sentiría cuando me fuera de su lado. ¿Sería capaz de soportarlo? ¿Lo amaba tanto como creía? ¿O ver de nuevo a mi esposo evaporaría el hechizo que ese hombre ejercía sobre mí? De cualquier forma, ¿iba a arriesgarme a averiguarlo el mismo día que viera a Rashid? Sin duda, era una necia. Lo más inteligente era su actitud. Sí, debía alejarme cuanto pudiera, pero ¿cómo?

Él notó el cambio en mi expresión. Supe que leía en mi rostro como un libro abierto y pude ver que se relajaba.

Me levanté y, para mi sorpresa, volvió a sentarme en sus rodillas. Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que apresara con ferocidad mi boca. Deslizó su mano entre mi cabello y, sujetándome con fuerza la nuca, me impuso un beso intenso y largo. Su otra mano ceñía mi cintura y me inmovilizaba.

Cuando me soltó, su mirada era grave.

—No te atrevas a tentarme de nuevo, a menos que decidas no regresar con tu esposo. Porque, si lo haces, te cargaré sobre mi hombro y te llevaré donde nadie pueda encontrarte —musitó entre dientes.

Era una amenaza en toda regla, pero era la amenaza más tentadora que había escuchado, y aquello realmente me asustó. No había contemplado la posibilidad de quedarme a su lado y, por primera vez, pensé si sería capaz de olvidar mi vida anterior con todo lo que ello implicaba. Pero Rashid contaba con más de una ventaja que inclinaba la balanza a su favor: mi madre, mi padre, mi tío, mis nuevos hermanos y mis amigos.

Me alejé de él y regresé al lado de Inga. Sentía el rostro arrebolado y me senté cabizbaja. Respiraba agitadamente con el calor del beso todavía en la boca.

—Lo amas, ¿verdad?

El tono compasivo en la voz de Inga me conmovió, intenté sonreírle y aguanté las ganas de llorar.

—¿Acaso importa? Mi vida es otra, y pronto volveré a ella.

Apoyó una mano en mi hombro y me dio un apretón suave.

—Claro que importa, sobre todo, si es amor de verdad. Tal vez haya alguna forma de que te quedes.

Le arrebaté la jarra que tenía en la otra mano y bebí. Sentí el líquido descender por mi garganta propagando en su camino un calor gratificante.

—No la hay. Además, necesito marcharme. No creo que pueda aguantar mucho más.

Justo cuando terminé de hablar, vi una mujer en el regazo de Gunnar. Me envaré en el asiento. La mujer que había ocupado mi sitio se dejaba manosear por él y lo besaba con frenesí. Maldije para mis adentros cuando comprobé quién era. Sin pensar, y dominada por una oleada de furia primaria, me dirigí hacia ellos.

Una mano frenó mi avance, me revolví rabiosa.

—Creo que ya has cometido suficientes desatinos por hoy.

Eyra me petrificó con una mirada helada. Su semblante era decidido y la presión con que sujetaba mi muñeca me asombró.

—No puedo consentir que ella...

—¿Que ella apague el fuego que tú has encendido? Es un hombre y necesita desfogarse. Tú pronto estarás muy lejos, ¿qué te importa lo que él haga?

Me desasí de su mano, pero me mantuve inmóvil.

—Me importa —confesé— y me importa mucho más si es con ella. No puedo soportarlo.

En ese momento, Gunnar se levantó y sostuvo en brazos a la mujer que pensaba tomar en mi lugar. El cabello dorado de Sigrid cayó sobre su hombro, y ella sonriente se apoyó en su amplio pecho.

Deseé matarla.

Entonces Gunnar me vio. Parecía compungido, aunque el deseo todavía le nublaba la mirada. Por un breve instante, pareció dudar: lo que vio en mi ojos lo perturbó, pero luego, casi con resignación, avanzó cargando su presa. Sigrid también me miró, pero con una odiosa expresión triunfal. Salieron de la estancia dejándome envuelta en llamas. Los celos me corroían.

—Es una lástima que tengas que irte, me habría gustado ver cómo te liberabas de esa alimaña; muy pronto tendremos otra boda.

Clavé mis ojos furibundos en el ajado rostro de la anciana.

—Te encanta torturarme, ¿no es cierto?

Eyra me contempló pensativa.

—A veces, la gente necesita más que un empujón para ponerse en movimiento, y tú, muchacha insensata, necesitas un buen golpe y, si tengo que ser yo quien te lo dé, pues que así sea. Pero, si crees que voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo dejas escapar al hombre de tu vida, es que eres más lerda de lo que pensaba. Al menos, por mi parte, no me recriminaré el no haberlo intentado.

—¿Y qué pretendes que haga? —casi grité.

—¡Luchar por él! Arrancar a esa víbora de su cama y decirle lo que sientes.

—Renunciar a mi vida. —Mi voz se apagó.

—¡Tu vida ahora es esta! —espetó con ímpetu.

Negué con la cabeza. Tenía una familia al otro lado del océano, una familia que había crecido, gente que me quería. No, no podía renunciar a ellos.

Permanecimos en silencio. El semblante de Eyra se oscureció con un velo de tristeza. Por un momento, sus arrugas se acentuaron, sus aviesos ojos perdieron el brillo, y sus labios se apretaron formando una delgada línea.

—Veo que has tomado una decisión.

Asentí.

A la mañana siguiente, sentí todo el cansancio del mundo sobre los hombros y salí de la cabaña después de haber empujado con la puerta un considerable montón de nieve apiñada contra ella.

El sol parecía querer asomarse entre las nubes. Débiles destellos doraban la nieve y despertaban en ella motitas relucientes, como minúsculos diamantes engarzados en un manto de algodón. Todo a mi alrededor era blanco y reluciente. La belleza del paisaje me sobrecogió.

Me abracé y me aventuré al sendero.

Las piernas se me hundían hasta la pantorrilla en aquel mullido manto níveo y el avance hasta el arroyo fue más que lastimoso. El cubo con el que pensaba recoger agua se bamboleaba y me golpeaba cada vez que trastabillaba. Escuché el murmullo del arroyo y el canto de un mirlo sobre mi cabeza.

La paz que reinaba calmaba la inquietud que había sufrido durante las largas horas nocturnas pobladas de desvelos, ataques de ira y llanto. Respiré profundamente para llenar los pulmones de aquel aire fresco y limpio.

Llegué a la orilla para comprobar que la superficie estaba cubierta por una capa delgada y translúcida de hielo. Debajo de ella, el arroyo corría lleno de vida.

Alcé el cubo y lo estrellé contra la escarcha, que se agrietó. Golpeé de nuevo; tan fuerte, que el impacto retembló en mis brazos y la brecha creció. Necesitaba abrir una quiedad lo suficientemente grande para poder introducir el recipiente.

Temí quebrar la madera del balde y opté por escoger una gruesa rama; armada con ella, sacudí furiosa la fisura hasta conseguir que se ramificara en zigzagueantes y blanquecinas líneas que crujían y se abrían por toda la extensión de hielo.

Un último golpe fragmentó la superficie y me salpicó gotas heladas en el pecho y en el rostro. El agua estaba tan fría que sentí como si me hubieran lanzado guijarros. Me agaché para recoger el cubo y entonces lo oí.

Al principio, y camuflado por el rumor del arroyo, pensé que se trataba del silbido del viento y quizá del crujir de las ramas, pero no, aquel sonido era diferente, más bien como un gañido sordo, como un ronroneo apagado, tenue, pero roto. Cuando me volví, el miedo me atenazó. En la orilla opuesta, un lobo me contemplaba.

Instintivamente, retrocedí sin apartar los ojos de él. Me agaché muy lentamente y tanteé el suelo hasta encontrar la rama que acababa de soltar. La aferré con fuerza y la alcé. El animal inclinó ligeramente la cabeza para olfatear el aire. Tenía un hirsuto pelaje negro que, acariciado por el sol, resplandecía con matices azulados. Sus ojos eran dorados como el ámbar, insondables e hipnóticos.

De repente, pensé que bien podía ser el lobo que Gunnar había visto de pequeño, el lobo que campaba en sus sueños, aquel al que yo me parecía. Lo observé con curiosidad.

El animal resopló y me mostró los dientes en una mueca grotesca. Sus orejas retrocedieron y se alinearon contra el cráneo. El gruñido se intensificó. Estaba en posición de ataque dispuesto a saltar sobre mí en cualquier momento.

Decidí confundirlo y me le adelanté.

Grité con todas mis fuerzas y sacudí la rama a modo de garrote contra la nieve. Vencí las ganas de echar a correr y me acerqué a la orilla apaleando el agua con furia. El lobo retrocedió aturdido, pero no se marchó. Comenzó a deambular de un lado a otro sin apartar los ojos de mí como meditando el siguiente movimiento. Se me secó la garganta y, aterrorizada, eché un fugaz vistazo en dirección a la aldea. Era por completo imposible que lograra escapar corriendo, dada la cantidad de nieve que ocultaba el sendero, así que mi única opción era pelear. Estaba en inferioridad de condiciones y, si conseguía derribarme, no tendría ninguna posibilidad. Así que pegué la espalda contra el tronco más cercano y esperé rezando para mis adentros. Apretaba tan fuertemente la rugosa rama que sentí clavarse en mi piel cada nudo. Esperé.

El lobo negro comenzó a avanzar.

—¡Largo de aquí, bestia inmunda!

Grité tan fuerte como pude. Un alarido furioso que tuvo contestación. Un aullido surgió de entre los árboles erizándome la piel.

El lobo giró y de un salto se adentró en el bosque; me dejó con las piernas temblorosas y un sudor frío perlándome la frente.

Caí de rodillas sobre la nieve y respiré agitadamente, en ese momento unos pasos atropellados surgieron del sendero.

Gunnar, espada en mano, avanzaba dificultosamente junto a tres de sus guerreros. Cuando me vio, su semblante tenso se relajó.

—¿Freya, estás bien?

Miró receloso a su alrededor y, ante una leve señal de cabeza, apenas un imperceptible gesto, sus hombres se dispusieron a inspeccionar la explanada.

—¿Te han atacado?

Me tomó por el codo para incorporarme al tiempo que me examinaba más detenidamente en busca de alguna herida. Más tranquilo, enfundó el enorme espadón.

—Estoy bien. Tan solo un poco asustada.

—¿Qué ha pasado? —Se quitó la capa de piel de oso que le cubría los hombros y la extendió sobre los míos al tiempo que me frotaba con vigor la espalda.

—Creo que he visto a tu lobo. Estaba justo ahí. —Señalé la otra orilla—. Estuvo a punto de atacarme.

—¿*Mi* lobo?

—O uno que se parecía mucho.

Con expresión perpleja miró en la dirección que indicaba. Las huellas de las pisadas adornaban la nieve.

—Era negro con ojos amarillos como el de tu sueño. Si realmente me asemejo a él, debo de parecer realmente peligrosa.

Me sonrió. Alzó una mano hacia mi mejilla, pero cambió de idea y la dejó caer antes de tocarme.

—Lo eres.

Desconcertada por lo que encerraba aquella afirmación, miré hacia el bosque por el que el animal había desaparecido. La tupida arboleda ensombrecía el páramo helado y daba la impresión de ser la entrada a una cueva llena de ramajes y peñascos. Sentí un escalofrío. Cuando me giré hacia Gunnar, lo descubrí mirándome con una expresión extraña.

—No tienes idea de lo difícil que es —murmuró con voz estrangulada.

Supe al instante a qué se refería. La contención le endurecía las facciones, sin embargo, sus ojos permanecían suaves, cargados de anhelo.

—Pues parece que no te ha sido muy difícil encontrarme una sustituta —repliqué con frialdad.



—Nadie podrá sustituirte.

—¿Pretendes insinuar que anoche no pasó nada?

En el fondo de mi alma abrigaba la esperanza de que no hubiera podido consumar con Sigrid. Ya una vez me había confesado que la pasión no había surgido con ella; tal vez...

—No me refería a eso.

Con las ilusiones rotas, me sentí dominada por la ira.

—¡O sea que sí has podido! Al menos, ya tienes quién caliente tu cama. Te felicito.

Ya me daba vuelta cuando Gunnar me agarró del brazo.

—¿Y qué querías que hiciera? ¡Estaba en llamas por tu culpa! —gritó colérico—. Yo necesitaba...

—¡Sí, ya sé lo que necesitabas!

—¡No, no lo sabes! —bramó—. Pero yo voy a decírtelo. Necesitaba olvidarte, maldita seas. Sí, maldita una y mil veces. —Me zarandeó dominado por la furia—. He usado a otra mujer para arrancarte de mi alma, ¿y sabes qué es lo peor de todo? ¡Que no ha servido de nada, sino para desearte con más fuerza!

—¡Suéltame!

Sus dedos se clavaron en mis brazos con más fuerza. Forcejeé rabiosa, pero él no cedía su presión. Le golpeé el pecho con los puños. Quería matarlo. Él parecía compartir ese deseo.

Intentó besarme y lo abofeteé. Se aferró a mi cintura y lo rechacé con un puntapié en la pantorrilla. Solo imaginarlo yaciendo con Sigrid hervía la sangre. Al demonio con él y con todo.

—¡Eres mía, y voy a demostrártelo quieras o no!

Me estampó contra el árbol y se abalanzó contra mí. Su boca buscó la mía, pero yo rehuía el contacto girando la cabeza a un lado y a otro.

Impaciente, me sujetó la mandíbula y apresó mis labios.

Fue como ser devorada por una alimaña hambrienta. Sentí su lengua buscar la mía, sus dientes mordisquear casi con violencia. Me hacía daño. Intenté alzar mi rodilla contra su entrepierna, pero se anticipó a mi ataque y me abrió las piernas con un muslo y aplastó mi cuerpo con el suyo como si quisiera desintegrarse en mi interior. Su deseo se afirmó contra mi vientre palpitando lujurioso.

Había enloquecido. Perdido todo el control, me subió la túnica y me deslizó una mano por el interior de los muslos. Me soltó la boca para morderme el cuello.

—¡Me haces daño! —le grité.

Su nublada mirada me sobrecogió; vi determinación en ella.

—¡También tú a mí! Y vas a pagar por ello.

Me debatí en un vano intento por escapar.

—¡No puedes hacerme esto, no después de...! —supliqué con lágrimas en los ojos.

Mis palabras lo detuvieron en seco. La realidad de lo que estaba a punto de hacer lo sacudió como un puñetazo. Abrió los ojos con asombro y, paralizado por la vergüenza, me soltó. El recuerdo de la violación se implantó en mi mente para revivir todo el terror y la impotencia. Temblaba.

—Lo siento. No quería... Olvidé...

Aturdido, se apartó de mí.

—Regresemos —musité apesadumbrada.

Él asintió cabizbajo y me escoltó en completo silencio. Sus hombres habían desaparecido.

Un grajo sobrevoló nuestras cabezas y emitió un graznido agudo. Las nubes se espesaron y se oscurecieron ocultando los tenues rayos solares. Antes de que llegara la tarde, una nueva helada asolaría aquellos parajes.

Dolía respirar. Aunque el dolor más profundo me latía en el pecho.

Cuando llegamos a la aldea, me detuvo.

—No sé qué me pasó. Perdí la cabeza.

—La recobraste a tiempo. Creo que será mejor que no volvamos a encontrarnos.

Vi tanto sufrimiento en sus ojos que fui yo la que tuve que contenerme para no sucumbir ante él. Apenas asintió, giró y desapareció entre las cabañas.

Entré en la mía, todavía cubierta con la capa de Gunnar. La deslicé de mis hombros y la estreché contra mi pecho. Olía a él. Me abracé a ella y, tumbándome en el jergón, me deshice en llanto.

Ya anochece cuando Eyra entró en la cabaña, y me encontró en la misma posición.

Me observó intrigada durante un largo instante. Parecía meditar al tiempo que me inspeccionaba el rostro cuando llegó a una conclusión: tomó una banqueta y se sentó junto a mí. Varios mechones de cabello cano asomaban de la pañoleta que le cubría la cabeza.

—Imagino que no estás así por tu encuentro con ese lobo, ¿me equivoco?

Negué con la cabeza. Imaginaba que tenía los ojos enrojecidos, clara evidencia de mi congoja.

—Cuéntamelo.

Le narré lo sucedido hipando entre sollozos entrecortados.

—No creerás que Gunnar pensaba violarte, ¿no?

—No, creo que perdió el control buscando una respuesta. Él olvidó...

La mujer frunció el ceño y emitió un suave gruñido.

—No, él no ha olvidado nada. ¿Quieres saber lo que hizo cuando se marchó de aquí?

Asentí y me incorporé.

—Necesitaba alejarse de ti. Si tenía que entregarte, si iba a perderte, debía poner en su corazón una barrera, un muro de hielo que encerrara sus sentimientos. Y, aunque imagino que tú también llegaste a esa conclusión, no fue ese el motivo principal. Se marchó para vengarte.

Tragué saliva, me sudaban las palmas de las manos.

—¿Lo ha matado?

En el marchito rostro de la anciana asomó una expresión de orgullo.

—Hizo algo más que eso. Viajó para reunirse con el rey Halfdan el Negro de la casa de Yngling para anticiparse al *theng*.

La miré sin comprender.

—Gunnar tejió astutamente su red y ahora solo espera que la presa caiga en ella — agregó con una sonrisa ladina—. Suministró al rey información sobre la sublevación que el *jarl* Harald el Implacable piensa llevar a cabo. Le indicó con lujo de detalles los pormenores del ataque. Incluso aportó un testigo de la guardia personal, que confirmó sus palabras. He de decir que tuvo que ponerlo prácticamente azul hasta que se decidió a colaborar.

—Pero, si Gunnar ha cambiado de bando —deduje alterada—, deja a su pueblo en una situación delicada; sin *hersir*, Ulf tomará las riendas.

Eyra agitó la mano para descartar tal posibilidad.

—Él no ha cambiado de bando, muchacha.

Agitada comprendí la gravedad de la situación.

—¿Piensa pelear con su *jarl* en una batalla perdida?

La anciana volvió el rostro hacia el hogar. Un resplandor anaranjado iluminó su perfil y titiló en sus facciones.

—Sí, pero solo para asegurarse de que muera. —Suspiró apesadumbrada—. Sin embargo, no tendrá muchas posibilidades de escapar de un combate tan desigual como ese. En cuanto a Ulf, creo que también tiene planes para él.

Me levanté inquieta y caminé frente al fuego de un lado a otro frotándome las manos. Angustiada, la miré.

—¿Y si descubren su traición?

—Entonces no tendrá que preocuparse por la batalla ni por nada.

Negué con la cabeza. No podía hacer eso. No lo permitiría.

—Todo esto es una locura. No merece la pena, aquello ya pasó. No vale su vida, debe haber una solución.

Mi voz sonó chillona. Eyra permanecía en silencio y me observaba como una lechuza en la noche, impassible e inexpresiva.

—Quiero decir que tal vez haya algo que podamos hacer, quizá...

Eyra alzó una mano para detenerme.

—Freya, la guerra era algo inminente. No solo nuestro *jarl* pensaba alzarse, hay otros, pero gracias a la confesión de Gunnar, serán eliminados antes de que se incorporen a la batalla. Le ha regalado la victoria al rey. Si sale con vida, y ojalá los dioses lo protejan, será recompensado con creces. Le será entregada una buena parte de tierra, ganado y oro. Conseguirá ser un terrateniente con fortuna; solo queda confiar en que lo logre. Pero eso nunca lo sabrás.

La angustia creció en mi pecho como una losa pesada y fría.

—Tal vez todavía esté aquí.

La mujer negó con la cabeza, sus ojos brillaban.

—Mientras ibas al río, un grupo de guerreros llegó al pueblo: guerreros del *jarl*. Gunnar los estaba atendiendo cuando oyeron tus gritos. Trajeron órdenes de llevarte a Haithabu. Tu familia te espera con el rescate: ochocientos veinte gramos de plata, el precio de cuatro mujeres. Debes sentirte afortunada.

Ahí estaba la explicación de la conducta de Gunnar, su desesperación creció ante la inminente partida. Cerré los ojos desgarrada por dos emociones que tiraban en direcciones completamente opuestas. Por un instante, temí romperme en mil pedazos, tan quebrada estaba mi alma, que me veía incapaz de hablar, de caminar, incluso de respirar.

Eyra contemplaba conmovida mi desesperación. Se levantó y me abrazó con fuerza y fue en ese cuerpo encorvado y enjuto en el que descargué toda mi pena.

—Pequeña, te echaré tanto de menos.

Lloramos desconsoladas. Mi madre en aquellas tierras paganas. Nunca la olvidaría.

La puerta se abrió y fue Gunnar quien nos observó desde el umbral.

—Partiremos mañana al alba —anunció con gravedad.

# Capítulo 10

## Confesiones de un corazón maltratado

Había sido una noche larga y fría poblada de recuerdos y fantasmas, de reproches y esperanzas. Pero, sobre todo, poblada de frases no dichas, silencios ensordecedores y lamentos impronunciados. Una y otra vez había forjado en mi cabeza palabras de despedida para el hombre que amaba, así como las del reencuentro con el hombre que amé. Y, en ambos casos, las frases se arremolinaban, se atropellaban y formaban un caos en mi mente. Los pensamientos se enfrentaban en combate y en la contienda la única víctima era mi alma.

Había decidido regresar, aún a sabiendas de lo que dejaría en ese lugar inhóspito. Marcharía con la clara sospecha de que jamás podría recuperar mi antigua vida, aunque lo intentaría, como última ofrenda al amor que una vez sentí por Rashid.

Habían pasado dos largos años, casi el doble de lo que había estado junto a mi esposo. Y aquella forzada ausencia, aquella inmisericorde distancia nos cobraría con creces los besos no dados, las caricias ausentes, las palabras perdidas. Sería un duro tributo, tal vez demasiado para nosotros. Y más cuando nuestras vidas habían continuado por caminos tan dispares.

Por primera vez, pensé en la vida que habría llevado Rashid. Quizás el destino también lo había tentado con la promesa de un nuevo amor. Y, si así hubiera sido, por mi parte solo tendría comprensión. Pero, si no fuera así, ¿aceptaría él una esposa mancillada? ¿Tomaría para sí a la mujer de otro hombre? Porque eso era yo, y esa convicción me desgarraba.

Irónicamente, volvería a estar en brazos de un hombre amando a otro.

No obstante, lo que realmente me torturaba era marcharme y dejar a Gunnar en brazos de la muerte, sabiendo que se entregaría a la batalla sin importarle morir.

Tenía que encontrar la manera de impedirlo.

Abrigada con numerosas capas de ropa miré en derredor hasta localizar un pequeño hatillo con mis pocas pertenencias. Unas hierbas medicinales secas y agrupadas según las dolencias, la túnica de seda dorada que Eyra había rebatado para mí, un peine de marfil, algunos broches, un odre con leche de cabra y otro repleto de aguamiel, una hogaza de pan de centeno, un trozo de carne de venado ahumada y

arenques en salazón. Tomé mi última y más preciada posesión: el arco que me había regalado Gunnar. Dadas mis continuas prácticas, mi puntería más que afinada se había revelado como un talento oculto. Lo cargué en un hombro y salí de la cabaña.

El alba despuntaba y alejaba apenas las azuladas tinieblas. Una bruma pesada y gélida envolvía la aldea. Carámbanos de hielo adornaban las esquinas de los tejados, así como las cabezas de dragón talladas se erguían amenazantes sobre los umbrales de las casas para conferirles un aspecto más desconcertante si cabía. La capa de hielo crujió bajo mis pies. Me arrebuqué en la capa y avancé hacia la explanada principal en la que escuchaba relinchos de caballos y el murmullo apagado de voces masculinas.

Un grupo de personas aguardaba mi llegada: Eyra, Jimena, Blanca, Helga y su pequeño Ottar, Inga la Roja, e Ylva y Gwilyn, la niña que había salvado del incendio. Parpadeé aturdida: Eyra fue la primera en acercarse. Tomó mi mano entre las suyas y depositó en ella un alfiler con cabeza de oro, única pertenencia valiosa que adornaba su pelo en contadas ocasiones.

—Es cuanto conservo de mi familia. Lo llevaba puesto cuando me raptaron a los doce años. Visitaba a un tío mío en el castillo de Lindisfarne el ocho de junio del año 793. Vi morir a mis padres y hermanos. —Hizo una pausa para enjugarse los ojos—. Quiero que te lo quedes y que me recuerdes cada vez que lo mires.

Bajé la mirada anegada de lágrimas y contemplé la exquisita talla en forma de mariposa. Había un nombre grabado en él.

—Agnes —leí en voz alta.

—Agnes de Sandford del reino de Mercia —completó con orgullo.

—Una de las familias más poderosas de la región.

—Yo no... —No supe qué decir.

Los oscuros ojos de la mujer brillaron con determinación.

—No te atrevas a rechazarlo. En tu cabello lucirá hermoso.

—No necesito nada material para recordarte porque siempre estarás conmigo aquí. —Me señalé el pecho—. Aunque te prometo que nunca me separaré de él.

La anciana me estrechó fuertemente entre sus brazos. Era menuda, pero vigorosa a pesar de lo escuálida que parecía.

Tras ella, las despedidas se sucedieron entre un mar de lágrimas. Todas me regalaron algún objeto que las personalizarían en mi memoria, aunque sus rostros ya estaban cincelados a fuego en mi alma.

—Nunca las olvidaré.

Gunnar, que observaba impertérrito, me tomó del brazo y me acercó a su caballo. Por el rabillo del ojo, vislumbré a Thorffin que besaba apasionadamente a su flamante esposa.

—Parece que has hecho más amigas de las que imaginabas.

No contesté. No podía. Lloraba en silencio. La cálida humedad que surcaba mis ojos me goteaba incesante por la barbilla. No dejaba de aclararme la vista con el dorso de la mano, pero de nuevo se empañaba.

Gunnar me ayudó a montar y, con la agilidad de un gato, se encaramó detrás de mí. Se inclinó ligeramente para tomar las riendas y con una leve sacudida de sus muslos la montura se puso en movimiento. Sus fuertes piernas se acoplaron tras las mías. Me apoyé en su pecho agradeciendo el calor que manaba de él. Me sentí protegida y cobijada.

Miré por última vez el poblado que había sido mi hogar buscando pequeños detalles que pudiera terminar de grabar en mi mente para evocarlos en los recuerdos con precisión. Las puntiagudas cabañas diseminadas por la ladera, las alargadas y coloridas naves bamboleándose contra el embarcadero movidas por el suave vaivén de las olas, la costa rocosa poblada de agrestes acantilados y cavernas horadadas por la fuerza del mar. Contemplé la curva amable de la bahía que cobijaba a aquellas almas protegiéndola de temporales.

Más allá, surgían bosques de coníferas y arces que se extendían hacia el interior poblando las montañas. Suspiré. Nunca volvería a ver aquel paisaje de salvaje belleza.

Skiringssal quedó atrás como tantas otras cosas.

Cabalgamos en silencio entre brezales; cada tanto, el caballo sorteaba montículos de roca y se adentraba en cristalinos arroyos. El blancor del páramo, iluminado por el sol, cegaba la vista. Entrecerraba los ojos tan a menudo que caí en una especie de duermevela.

Debí de cabecear hasta casi el punto de caer del caballo porque de pronto sentí el brazo de Gunnar en torno a mi cintura que me sujetaba.

—¿Estás muy cansada?



Su aliento me acarició el pelo.

—No pude dormir —confesé.

—Yo tampoco.

Me revolví en la silla, y él se envaró. Era tan consciente de su mano en mi vientre que el sueño se evaporó como por arte de magia. Pareció notar mi incomodidad y me soltó.

—Pronto acamparemos, aunque será un descanso breve; hemos de llegar a Tønsberg antes de que anochezca.

No volvimos a hablar.

Durante todo el trayecto, solo fui capaz de percibir la sólida presencia del hombre que había tras de mí. Notaba sus vigorosos músculos tensarse y relajarse, sus elegantes y sutiles movimientos para manejar la montura, sus grandes manos sujetando las riendas delante de mí.

El magnetismo del jinete acaparaba toda mi atención. En las ocasiones en que fortuitamente me rozaba, un cosquilleo encendía mi piel clamando una recompensa. A mi mente solo acudían imágenes de lujuria compartida. Sentí arder las mejillas y me obligué a pensar en otra cosa. Afortunadamente, él no podía ver mi rostro pues me llevó bastante tiempo recomponerme.

Miré hacia el sendero pedregoso; la retama bordeaba el camino con su helado velo níveo. La belleza invernal cubría cada rincón del bosque y, a pesar de la quietud que nos envolvía, de vez en cuando atisbábamos el veloz movimiento de una liebre que huía de algún depredador oculto. Observamos alguna familia de perdices corretear con ligereza entre la maleza, incluso un avezado zorro olfateando asustadizo el rastro de alguna presa.

De pronto, Gunnar detuvo el caballo.

Se estiró en la silla y miró concentrado a su alrededor. Parecía olfatear el aire atento a cualquier movimiento inusual. Yo no veía nada, todo me parecía igual de tranquilo. Me giré interrogante, pero él permanecía alerta, inmóvil como un halcón acechando agazapado. Sus hombres parecían compartir su misma inquietud. Era como si poseyeran un sentido extra, una especie de alerta invisible que los ponía en guardia. Thorffin acercó su montura a la nuestra. Los inmensos caballos percherones se olisquearon para reconocerse.

—Nos están siguiendo —confirmó Gunnar.

—Desde que salimos de Skiringssal —apuntó el gigante.

Thorffin lo miró bastante asombrado.

—¡No me digas que acabas de darte cuenta! Estás perdiendo facultades. Debe de ser la edad —se burló.

Gunnar emitió un gruñido malhumorado.

—¿Quién nos sigue? —interrumpí.

Gunnar arreó de nuevo al caballo; su amigo nos siguió.

—Pueden ser salteadores o espías del *jarl*, aunque lo más probable es que sea Ulf.

Solo había un motivo por el que Ulf nos podría estar siguiendo, pero Gunnar evitó la aclaración.

—¿Estará Amina con él?

—Imagino que sí. Ella también tiene intereses en la emboscada.

—¿Emboscada?

Lo miré perpleja. Su semblante impasible no translucía la más mínima preocupación.

—Es evidente que piensan atacarnos antes de llegar a Tønsberg. Ulf quiere eliminarme. Por fortuna, no sabe de mi traición. —Me echó una curiosa ojeada y continuó—: porque, si lo supiera, le bastaría con delatarme ante Harald. Y, en cuanto a tu particular azote, resulta obvio que quiere ocupar tu lugar para regresar a su tierra.

Abrí los ojos demudada.

—Rashid no la llevaría con él.

Me observó con intensidad. El leve movimiento que hizo su mandíbula al apretarse fue el único gesto que denotó malestar.

—Depende de lo que ella le cuente. Ten en cuenta que nadie podrá rebatirla.

—¿Das por hecho que estamos muertos?

—Existe tal posibilidad.

Tragué saliva. Si su intención era ponerme nerviosa, lo estaba consiguiendo.

—Temes no verlo de nuevo, ¿no?

—Temo morir.

—Yo no, la muerte no puede ser peor que esto.

No me miró. Imperturbable, dirigía el caballo atento al camino. Deseé chillarle, decirle cuánto lo amaba. Pero ¿cómo hacerlo sin renunciar a mi pasado? ¿Y cómo conseguir evitar que participara en aquella batalla sin decirle lo importante que era para mí? Tal vez era la única oportunidad de abrirle mi corazón si íbamos a morir allí tirados en un bosque lejano.

—Gunnar, yo...

—Eyra te lo ha contado, ¿verdad?

Confundida, lo miré sin saber a qué se refería.

—No te has inmutado cuando mencioné la traición que perpetré contra el *jarl* — aclaró.

—Eh... no, quiero decir sí, sí me lo contó, anoche. Y pienso que es una estupidez.

Esta vez fue Gunnar quien me miró pasmado. Era evidente que había herido sus sentimientos.

—¿Te parece una estupidez? ¡Vaya, eso sí que no lo esperaba! Intento eliminar a la bestia que te violó, y piensas que es una estupidez. —Su voz iba subiendo de tono liberando la furia que lo embargaba—. ¡Pues sí, eso es lo que soy, un redomado estúpido, un completo imbécil!

—No quería decir eso.

—¡Oh, claro que no!

—¡Basta!

—¡Sí, por supuesto que basta!

Aceleró el paso de la montura y silbó llamando al guerrero que cabalgaba delante.

—¡Tómala, Erik, es tu turno de aguantarla!

Y, sujetándome por la cintura, me levantó de la silla y me colocó a horcajadas sobre el corcel blanco de Erik Cabello Hermoso. A decir verdad, su cabello dorado como el sol era lo único hermoso que poseía el guerrero. Su rostro surcado de cicatrices y marcado por huesos anchos y prominentes lo asemejaba a un *troll*.

Gunnar se adelantó dejándome echa un basilisco. Tenía ganas de abofetearlo. Resoplé en un vano intento por soliviantar la furia.

—Tienes el don de sacarlo de quicio —murmuró Erik divertido.

—Y él a mí.

Estaba tan enfadada que clavaba mis ojos en su espalda como si fueran cuchillos.

El sol caía perezoso alejando parcialmente el frío. Las sombras cambiaban paulatinamente a medida que transcurría la mañana.

Permanecí todo el trayecto envarada y tensa. El traqueteo del caballo acrecentó el dolor de mis músculos, agradecí poder bajar a caminar un rato mientras los hombres sacaban el almuerzo de las alforjas.

Gunnar se inclinó junto al arroyo para llenar los odres vacíos. Me acerqué a él.

—No me has dejado terminar.

—Creo que te estás tomando demasiadas libertades. Te agradecería que no me dirigieras la palabra.

Gunnar ni siquiera me miró. Pero yo estaba dispuesta a aclarar mi comentario.

—Creo que hoy no es tu día de suerte, porque no pienso dejarte en paz.

Esta vez sí me miró. Se irguió en toda su imponente altura y se acercó amenazante.

—Eres tú la que está tentando su suerte.

Su fría mirada verde me taladró.

—No pienso que seas un estúpido. Lo que me parece estúpido es que entregues tu vida por vengarte de un ser tan vil. No merece la pena. No pienso consentir que llegues tan lejos.

La sombra de su cuerpo se cernía sobre mí a medida que se acercaba.

—¿Y cómo piensas impedírmelo?

La cercanía me hizo temblar.

—Tal vez dándote un motivo para vivir.

Asaltada por un impulso que había estado latiendo desde que regresó, me puse de puntillas y lo besé. Antes de que pudiera reaccionar, me separé de él y caminé hasta los caballos.

Bajo un viejo nogal, los hombres habían extendido una capa y sentados comían en silencio. Todos habían presenciado la escena y me miraban con evidente rencor. Tomé una rebanada de pan y me retiré a una esquina. Gunnar acudió al rato. Parecía meditabundo, evitó mirarme. Terminamos de comer sumidos en un incómodo mutismo. Me levanté, me sacudí la falda y me encaminé al arroyo. Ahuequé la mano en sus prístinas aguas y bebí. Me había impedido pensar en lo que acaba de iniciar. De una manera u otra estaba decidida a emprender aquel insólito camino me llevara adonde me llevara. Supe que, tras el primer paso, seguiría otro y otro más. Era el momento de dejarme guiar por el corazón.

Me dirigía al corcel de Erik cuando el trote de un caballo me sobresaltó. Giré a tiempo de ver a Gunnar sobre su bruna montura con el cuerpo inclinado. Contuve el aliento cuando me alzó en volandas y en un diestro movimiento me asentó en su regazo. Ahogué una exclamación.

—¿Has perdido el juicio? —lo increpé.

Me sonrió abiertamente.

—Sí, y la causante no está lejos.

Subyugada por su penetrante mirada le acaricié la marcada línea del mentón. Miré su generosa boca y me perdí inexorablemente.

—¿Recuerdas lo que te dije en la boda de Thorffin? —inquirió con voz queda.

Asentí todavía hechizada por su proximidad.

—Intentas acabar conmigo, ¿no es así? —añadió.

Nuestros ojos se enlazaron en un intento por vislumbrar el interior del otro. No escondí lo que sentía. Acerqué mi boca a la suya.

—¿Acaso quieres que vuelva a raptarte? —insistió.

—No me importa, siempre y cuando no me hagas esperar tanto un beso.

Su boca se abalanzó sobre la mía con tal ímpetu que temí caer del caballo. Abrí mis labios ansiosa por recibir la incursión hambrienta de su lengua. Exploró hasta el último rincón exigiendo mi respuesta. Nuestras lenguas se entrelazaron voraces.

Algo estalló dentro de mí, una oleada de auténtica dicha. Hubiera sonreído de haber podido. No sé el tiempo que pasamos así, devorándonos, ajenos a todo, pero cuando nos separamos fue como si siguiéramos flotando en una nube tórrida de deseo contenido.

—Definitivamente vas a acabar conmigo —musitó enronquecido.

Le sonreí.

—Esto es solo el principio; dame tiempo y verás.

\* \* \*

En algún momento de la tarde me asaltó una especie de inquietud premonitória que me irguió en la silla. La sensación de peligro era tan inminente para mí que le arrebaté las riendas a Gunnar y detuve bruscamente la montura.

Él no preguntó nada.

De un veloz movimiento sacó la espada de la funda y acechó entre los árboles. Por señas dio a sus hombres unas órdenes que no supe interpretar. Ragnar Hacha Sangrienta desmontó y con extrema cautela inspeccionó la arboleda hacia la que nos dirigíamos. El inmenso guerrero calvo armado con su famosa hacha descabezadora extendió un brazo para señalar un montículo rocoso. Aguardó la orden de su jefe; Gunnar asintió al tiempo que desmontaba. Antes de alejarse me acercó el arco junto con la funda repleta de flechas y me apretó ligeramente el muslo.

—Desmonta —susurró en un hilo de voz— y ocúltate tras aquellas matas.

Thorffin le cubría el flanco izquierdo y Erik el derecho.

Bajé del enorme alazán negro y me encaminé hacia mi escondite. Camuflada por el tupido aligustre descolgué el arco de mi hombro, saqué una flecha y aguardé con el corazón martilleándome en las sienes.

El melodioso y agudo silbido de un águila rompió el silencio. De pronto, escuché crujido de ramas y de pisadas apresuradas.

Atisbé temblorosa entre el ramaje y, aterrada, contemplé cómo una docena de hombres surgían de la nada y rodeaban al grupo de Gunnar. Estaban en clara desventaja numérica. Eran tan solo cuatro, pero, por lo que pude apreciar, mucho más grandes y fornidos que sus oponentes.

Los atacantes estrechaban el círculo lentamente armados con mazas, espadas y hachas. Gunnar separó las piernas y se preparó para el ataque. Los demás tomaron posiciones claramente habituados a esas lides.

Los caballos piafaron nerviosos y sabiamente se retiraron de la contienda. Lamentablemente uno ocultó mi visión en el momento justo en que el acero tomó protagonismo.

Escuché gemidos apagados y entrechocar de metal, amenazas escalofriantes, chirridos de espadas y chasquidos sordos que ponían la piel de gallina. La curiosidad me llevó a atisbar fuera de mi escondrijo y lo que vi me paralizó.

Una cabeza separada del cuerpo y vuelta del revés me contemplaba con una mirada vacua y brillante. El charco de sangre que la rodeaba tiñó la nieve de rojo con asombrosa rapidez. Reprimí una arcada.

Frente a mí, varios cuerpos sanguinolentos yacían inertes en el suelo.

Busqué desesperada a Gunnar y lo hallé conteniendo las estocadas de dos hombres. Una y otra vez esquivaba los ataques. Me cortaba el aliento contemplar cómo se agachaba en el preciso instante en que la cuadrada hoja de un hacha cortaba el aire por encima de su cabeza o cómo frenaba con su espadón el ataque mortal de una maza llena de escalofriantes púas. Una y otra vez devolvía los embistes con una admirable gracia natural. Incluso daba la sensación de alargar la pelea adrede con el único objetivo de prolongar la diversión. Los demás no le iban a la zaga. Tan solo quedaban seis asaltantes que, claramente impresionados por la ferocidad de sus contrincantes, comenzaban a retroceder perdiendo posiciones.

Gunnar pareció decidir acabar con su adversario y en mitad de un giro se clavó de rodillas en el suelo hundiendo el costado de la espada en el vientre del enemigo. La sangre manó a borbotones y le salpicó el rostro. Con la velocidad de un rayo rodó de costado y, alzando de nuevo la hoja, atravesó el pecho de otro hombre.

—Dejen uno con vida —gritó a sus guerreros.

Cuando quise darme cuenta solo dos estaban en pie. Ambos se miraron asustados.

Ragnar, con el hacha goteando sangre, se decidió por uno y, asestando un golpe mortal, lo derribó dejando una tremenda brecha en su tórax. El hombre se tambaleó perplejo, dio dos pasos hacia atrás y mirando abrumado la herida cayó de bruces.

Los hombres jadeaban pletóricos. Iban cubiertos de sangre, pero la sonrisa que les asomaba a los labios era prueba más que suficiente de que todos estaban bien.

Gunnar dirigió la mirada hacia mí y frunció el ceño.

Me acerqué a la carrera.

—Bonita forma de esconderte. Asomabas medio cuerpo —recriminó.

Pensaba abrazarlo, pero cambié de idea ante la cantidad de sangre que cubría su túnica. En el asalto se había desprendido de la capa de piel de oso con que se abrigaba.

Él sonrió divertido ante la aprensión que mostraba por tocarlo. El metálico hedor de la sangre me sacudió la nariz.

—Tendré que facilitarte las cosas.

Tenía las mejillas enrojecidas y sus ojos brillaban cargados de anhelo. Tomó los bordes de la túnica y de un solo ademán se la quitó y la lanzó con indolencia sobre la cabeza. Con el torso desnudo dio un paso hacia mí.

—Vas a morir de frío, insensato —lo regañé.

—Voy a morir si no me abrazas.

Pero fue él quien me sujetó por los hombros y me estrujó contra su pecho. Acaricié la piel de su espalda, cálida por el esfuerzo, y él gimió. Noté su excitación pegada a mi vientre. Alcé el rostro y comprobé la intensidad de su deseo.

—Creo que no es el sitio ni el momento —susurré.

Gunnar echó un rápido vistazo a sus hombres que recogían los cuerpos de los caídos.



Thorffin nos observaba con un deje irónico en los labios y le lanzó una túnica limpia y la capa de pelo. Gunnar se cubrió con ella y me arrastró tras un peñasco cubierto por una fina capa de musgo. Lo rodeó, me ciñó a la pared más vertical y me tomó los labios a la vez que me acariciaba el cuerpo. Logró liberar mis senos y los lamió y mordisqueó cegado por la pasión.

—¡Te deseo tanto, Freya! Todo este tiempo he estado muerto sin ti.

La imperiosa necesidad del hombre acrecentada por el fragor del combate, el distanciamiento y la angustia por la separación se desató casi con desesperación. Por mi parte, una vez decidido mi destino, me sentía liberada y hambrienta de amor. Respondí con la misma fogosidad, la misma vehemencia que él.

Tremendamente excitada, deslicé mis manos por la cinturilla de sus calzas hasta adentrarlas bajo la tela. Le apreté las duras nalgas al tiempo que le clavaba las uñas.

Gunnar jadeó de placer.

Su boca y sus manos prendieron fuego mi piel. Abrí las piernas, y él apartó hoscamente la tela hasta encontrar mi húmedo punto de excitación, lo acarició y deslizó un dedo en mi interior. Arqueé la espalda entre gemidos. Él los sofocó con un beso. Creí enloquecer de placer, me convulsioné con sus caricias, estaba más que preparada para recibirlo. Él no pudo esperar más, me alzó una pierna y, con un brusco empujón, me penetró.

Era como estar envuelta en llamas. El ritmo impuesto era dócilmente acompañado por mis caderas. Una y otra vez lo recibía entre gemidos. Vibrábamos al unísono, temblando de placer.

Lo mordí en el hombro sacudida por un violento orgasmo. Me dejé caer laxa entre sus brazos, pero todavía quería más de mí. Comenzó a moverse más energicamente hasta que mi cuerpo despertó de nuevo. Creí que moriría sumida en el éxtasis más increíble que había experimentado nunca.

Allí, contra la frialdad de una pared rocosa, el goce me cosquilleaba las venas como lava volcánica. La erupción no tardó en llegar. Gunnar presintió mi culminación y me acompañó en el clímax. Sentí la calidez de su simiente derramándose en mi interior. Él ocultó el rostro en mi hombro. Hundí mis dedos tras su nuca para masajearla suavemente.

—Cuando estoy contigo es como si nada más existiera.

Su voz llegó a través de mi pelo, amortiguada y suave. Me tomó la cabeza entre las manos y con expresión afectada susurró:

—No supe lo que era el miedo hasta que comprendí que te había perdido. Jamás me he sentido tan solo, tan angustiado. Y, a pesar de eso y de que ardo en deseos de llevarte lejos de todo, haré lo que me pidas, aunque me falten las fuerzas.

La intensidad de su mirada me estremeció. Me amaba hasta el punto de dejarme ir si resolvía hacerlo. Pero la decisión que había crecido poco a poco en mi ser hasta convertirse en la dueña de mis actos también iba acompañada de un último deseo.

—Sí, hay algo que quiero pedirte.

Sostuvo mi mirada, la incertidumbre y el temor se apoderaron de él.

—¡Mírame! —exigí.

Algo confuso, obedeció.

—Mírame como siempre lo hacías mientras buscabas aquello que tanto anhelabas de mí.

Él abrió los ojos claramente impactado. Clavó su felina mirada en la mía durante un largo instante en el que dejé brotar todo el amor que me inspiraba. Una chispa encendió el claro verdor de su mirada. Lo había visto.

—Sí —confirmé emocionada—, lo has conseguido, maldito. Me has robado el corazón. Te amo tanto que este tiempo sin ti ha sido la tortura más cruel. Y, déjame advertirte algo: si vuelves a tocar a otra mujer, te juro que te arrancaré los genitales y se los daré de comer a los cuervos.

Me abrazó con tanta fuerza que temí la fractura de alguna costilla. Cuando me soltó, no esperé ver lágrimas en sus ojos, pero las había.

—¡Dilo otra vez! —pidió con la voz rota.

—Te amo, te amo, te amo, te a...

Me besó largamente lleno de dicha. Reía y lloraba al tiempo. La emoción nos envolvía entre besos y caricias.

—Hay otra cosa que quiero pedirte, algo que necesito.

—Lo que quieras, amor mío.

Debía medir las palabras para no inducir a error. Sabía que no sería fácil para él, pero era un paso necesario para construir el camino de mi nueva vida. Un paso duro, tal vez demasiado, pero inevitable.

—Quiero verlo —comencé—. Necesito saber de mi madre, de mi familia y explicarle mi decisión de quedarme. He de cerrar debidamente una puerta para poder abrir otra. Lo entiendes, ¿verdad?

Asintió, pero su semblante se oscureció.

—No cambiaré de opinión como no puedo cambiar de corazón, y el mío es tuyo. Ahora y siempre —lo tranquilicé.

—No temo por eso. Me amas, y nunca agradeceré suficiente a los dioses esta dispensa. Pero, si Rashid te ama una décima parte de lo que yo lo hago, no se conformará. Intentará obligarte a que te marches con él.

—Han pasado casi tres años desde que me vio por última vez. Puede que sus sentimientos no sean los mismos. Incluso puede que no haya venido; tal vez, solo esté mi tío.

Gunnar pasó los dedos por el lóbulo de mi oreja y acomodó un mechón de cabello tras ella.

—Fuiste su mujer durante un año, créeme, no te ha olvidado. Nunca podrá hacerlo. Eres demasiado hermosa, demasiado especial. Marcas a tus hombres de por vida. Empiezo a compadecerlo y, a la vez, solo deseo enfrentarme a él por ti. Eso sería lo más justo.

—Ya me ganaste, y ambos sabemos cuánto has luchado por eso.

Nuevamente apresó mis labios, nunca parecía tener suficiente. Cuando me soltó, pegó su frente a la mía.

—Sí, te he ganado, pero todavía tendré que luchar para conservarte. —Hizo una pausa en la que se acomodó la ropa—. Te llevaré junto a él, pero te diré una cosa: lo mataré si osa arrebatarte de mi lado.

—Como tú hiciste —le recordé disgustada.

—Sí, y no dudo de que me habría matado si hubiera podido.

Recordé el moreno rostro de Rashid contorsionado por la furia. Mi corazón se encogió.

—Sí, lo habría hecho.

La noche nos sorprendió cuando remontábamos un estrecho barranco.

Gunnar había decidido dar un rodeo para evitar otra emboscada, y cabalgar por aquel siniestro desfiladero me ponía los pelos de punta. Los jinetes, atentos al pedregoso camino, apenas hablaban: cabalgaban cabizbajos y, de vez en cuando, se inclinaban para susurrar palabras tranquilizadoras en las orejas de sus monturas cuando se detenían atemorizadas en los recodos. El sol ya oculto tras la blanca cima nos sumió en una gélida penumbra azulada. Los caballos se mostraban reacios a continuar en la oscuridad.

—Será mejor que desmontemos y los guemos. Más adelante está la explanada de los espíritus. Pasaremos la noche en la cueva —aconsejó Gunnar.

—Uno de mis primos pasó la noche ahí y perdió el juicio —espetó Erik.

—Tu primo ya estaba loco antes —rezongó Ragnar—. Dicen que se enfrentó a un oso de noche y desarmado para demostrar que era inmortal.

Thorffin dejó escapar una risita.

—Imagino que demostró lo contrario.

—Tuvimos que recoger sus inmortales pedacitos y enterrarlos junto a mis tíos —confirmó Erik.

Ragnar soltó una abrupta risotada.

—Ríete lo que quieras, pero perdió la cabeza en esa maldita cueva. No paraba de decir que le hablaban los espíritus. Que le contaban cosas sobre el futuro.

—Creo que se les pasó contarle lo del oso.

Los hombres estallaron en carcajadas. Pero Erik permanecía ceñudo.

—Estúpidos; yo no entraré en la cueva.

Esta vez fue Gunnar quien replicó.

—Entonces creo que los espíritus van a predecir con bastante acierto la muerte de uno de mis hombres por congelación.

Las risas ganaron intensidad. Ragnar se doblaba sobre sí mismo lagrimeando; cuando pudo hablar, murmuró:

—¡Vaya familia de inmortales!

De mejor humor, recorrimos a pie el último trecho.

Había bajado considerablemente la temperatura, y tiritaba envuelta en la capa de Gunnar. A pesar de la cantidad de ropa que llevaba, el frío parecía empeñado en calarme los huesos hasta convertirlos en carámbanos. Los dientes me castañeteaban incontrolados y cada vez que inhalaba era como tragar nieve. El aire que manaba de la nariz y la boca se transformaba en pesadas volutas de vaho que se evaporaban al instante. Sentía las puntas de los dedos de las manos y de los pies dormidos y comenzaba a aquejarme un molesto dolor de cabeza.

Gunnar, que observaba mis temblores, aceleró el paso.

Afortunadamente llegamos a la planicie antes de que se cerrara la noche. Atisé la famosa cueva al fondo de la explanada. La negra entrada era como la siniestra sonrisa de la montaña que nos invitaba a entrar, pero a la vez dejaba entrever que algo maligno nos impediría salir.

Esperé a que los hombres encendieran una tea y, más que reacia a refugiarme en la gruta, caminé junto a la entrada mientras ojeaba la inspección a la que era sometida. Convencidos de que ningún animal salvaje se resguardaría en ella, arrearon a los caballos al interior y prendieron una modesta hoguera.

Gunnar se acercó a mí y me tomó del codo.

—No debes temer nada mientras yo esté contigo. Las historias que se cuentan de este lugar son solo fábulas.

—¿Por qué la llaman “la explanada de los espíritus”?

Nos adentramos en la cueva; el resplandor anaranjado del fuego había disipado en parte el misterio.

—Pues porque aquí arriba el viento suele aullar con fuerza, como si fueran los lamentos de almas en pena.

—Y porque aquí —interrumpió Erik— mataron a todo un clan en una noche sin luna, mujeres y niños incluidos. La gente dice que todavía se escuchan los gritos de los condenados.

Gunnar dirigió una mirada amenazante contra Cabello Hermoso.

—No lo escuches, solo quiere asustarte.

—¿Pero es... cierto?

Gunnar resopló, desató la alforja del caballo y acomodó una pila de mantas en un rincón junto al fuego. Luego se acercó a mí.

—Ven, mi amor, estás helada.

No me moví. Solo mis ojos lo hacían buscando entre las sombras que proyectaba el fuego algo mínimamente parecido a una silueta humana.

—¿Y bien? —insistí.

—Sí, un clan fue ajusticiado aquí. Se habían declarado en rebeldía y..., pero eso fue hace muchos años, no tienes por qué pensar en eso.

—No, pero no puedo evitarlo.

—Tenemos que reponer fuerzas —me sonrió.

Me acercó el odre con aguamiel y unos arenques sobre una rebanada de pan de centeno. Comimos en silencio.

—¿Alguno de nuestros asaltantes pudo ser reconocido? —inquirió Thorffin con la boca llena.

—No los había visto en mi vida. No parecían ser de la región.

Erik se rascó la cabeza con la punta del cuchillo.

—Creo que les pagaron para que nos mataran —espetó Gunnar.

—Bueno, si es así, es fácil imaginar quién lo hizo —adujo Thorffin al tiempo que se limpiaba las migas de la barba con ligeras sacudidas.

—También es fácil adivinar que lo intentarán de nuevo —replicó Gunnar—. Y ya que será un viaje bastante animado, les doy la oportunidad de volver a la aldea. Los relevo del deber para conmigo. En realidad hace días que debería haber dicho esto

porque he traicionado a nuestro *jarl*.

Los hombres lo miraron boquiabiertos, todos menos Thorffin.

—Sin embargo, y por la amistad que nos une, les pido que esto quede entre nosotros hasta que la batalla por la unificación de los reinos concluya.

—¿Vas a pelear del lado del rey?

—No, aunque Halfdan el Negro me lo ha pedido. Hasta quería que liderara a sus guerreros.

—Pues no entiendo nada —se quejó Ragnar.

—Si descubren que he traicionado al *jarl*, mi gente quedará expuesta a su furia. Pero, si peleo junto a él, muera o no, nadie sabrá de mi traición; y, si lo descubren después, no importará, porque Harald ya estará muerto.

Los guerreros se miraron desconcertados.

—La batalla ya está decidida, así que les pido que no participen en ella.

—¿Y cómo demonios piensas librarte si tus mejores guerreros no colaboran? Será una muerte segura.

Gunnar me miró. Yo estrujaba entre mis dedos la capa conteniendo la respiración.

—Cuando planeé todo esto, no ansiaba salir con vida, pero ahora las cosas han cambiado.

Los hombres me miraron. Vi comprensión en sus semblantes.

—¿Y has ideado un nuevo plan? —preguntó Ragnar frotando con energía su reluciente calva.

—Todavía no —confesó.

—Yo tengo uno.

Fue Thorffin quien habló.

—Podemos matarlo antes para evitar un combate innecesario.

—¿Crees que no lo he pensado? —adujo Gunnar—. Siempre está rodeado por su clan, además, su escolta nunca lo abandona; en cambio, inmersos en el fragor de la batalla, será fácil llegar hasta él. Solo hay que idear una manera de escapar a tiempo.

—Seríamos desertores —replicó airado Erik y agitó la mano descartando semejante aberración.

—No si gana el rey, y lo hará —respondió Gunnar.

Sentí la necesidad de dar mi opinión.

—¿No sería más sensato simplemente no participar en el combate? Si, como dices, va a ser tan desigual, hay bastantes probabilidades de que lo maten, ¿no?

Gunnar negó con la cabeza, sin embargo, me sonrió.

—Si no acudo, sabrá que lo he traicionado, y puedes estar segura de que mandará a algunos de sus hombres en mi busca. Si no me encuentra, viajarán a Skiringssal a tomar venganza. Arrasaría el pueblo mientras él combate.

Las opciones se agotaban, tendría que pelear y aquello me consumía. La posibilidad de perderlo era ahora más palpable.

—Solo queda esconder unos caballos cerca y llegar hasta ellos antes de que consigan matarnos —murmuró Ragnar.

—¿Te estás incluyendo? —inquirió Gunnar, aunque no mostró asombro.

—Nos estamos incluyendo —respondió Thorffin—. ¿O acaso piensas acaparar toda la diversión?

Gunnar sonrió, esperaba la lealtad de sus amigos.

—Bien, cuando acabe con él, huiremos.

Hubo un momentáneo silencio. Gunnar se reclinó en una roca mientras comía pensativo. Me llamó la atención el dubitativo semblante de Thorffin; parecía luchar consigo mismo; por fin, tomó una decisión y habló despacio.

—Los Ildengum han rendido pleitesía al *jarl*.

Gunnar se incorporó como accionado por un resorte. Sus facciones se endurecieron. Inconscientemente apretaba los puños para contener un acceso de ira.



Supe al instante que aquello lo cambiaba todo. Los Ildengum habían matado a la mitad de su familia cuando él era pequeño. Y había presenciado todas las atrocidades que habían cometido con ellos. No conocía los detalles sórdidos, pero, sin duda, lo habían marcado. Dirigí una mirada reprobatoria a Thorffin.

—Los habrías visto a tu lado en la batalla —se disculpó—; así estarás preparado.

—Creo que Gunnar pasará más tiempo matando gente de su mismo bando que aniquilando a los contrarios —observó Ragnar con sorna.

Nadie rio con la broma.

La apatía del *hersir* contagió a sus hombres que agotados se envolvieron en sus pieles y nos dieron la espalda ofreciéndonos algo de intimidad, al menos visual.

Gunnar permanecía inmóvil, sumido en funestos pensamientos. Alcé una mano y se la apoyé en el hombro. No se inmutó, pero pude comprobar que temblaba ligeramente. Tenía la mirada perdida, abstraída en los recuerdos de aquel trágico día. Le retiré un mechón del hombro y le acerqué mis labios a su oreja.

—Ya no estás solo, estoy aquí contigo.

Esta vez sí me miró. Volvía a la realidad, pero en sus ojos perduraba el dolor.

—Sí, mi amor, ahora estás tú y te necesito tanto como respirar. Por eso todo es tan difícil.

Me sostuvo entre los brazos y me acarició la espalda.

—¿Lamentas amarme?

No podía verle la cara, pero me ceñía con fuerza.

—Mi vida no tenía sentido hasta que te vi. Pero reconocerás que amarte no ha sido fácil. —Su voz sonaba grave y afectada—. Nunca tuve miedo a la muerte, pero ahora debo pensar en ti. Por segunda vez, me planteo si te conviene estar conmigo. Debo protegerte y esconderte durante lo que dure el combate, pero también he de disponer una alternativa para ti si muero y solo se me ocurre una.

Escondí la cabeza en su pecho negando tal posibilidad.

—No vas a morir, me lo debes.

Alzó mi barbilla y me miró profundamente.

—¿Te lo debo?

—Sí. Yo voy a dejar atrás mi pasado por ti.

Él sonrió, su mirada rezumaba una infinita dulzura.

—Bueno tampoco está en mis planes morir, solo los dioses conocen nuestro destino.

Empezaba a sentir un vago regusto amargo. Sentía que daba cuanto tenía sin recibir el mismo grado de entrega.

—Puedes olvidar la venganza y defender a tu pueblo de cualquier ataque estando allí. No vayas a la guerra.

—Sabes que debo hacerlo. Tú misma acabas de pedirme encontrarte con tu esposo para poder cerrar esa puerta. Yo te pido lo mismo: he de cerrar algunas puertas para abrir la principal de par en par.

El miedo a perderlo comenzaba atenazarme la garganta.

—Pero, si te pasa algo, no lo soportaré.

Me tomó el rostro entre las manos y me besó la punta de la nariz.

—Ahora más que nunca me gusta mirarte, todavía no creo lo que veo en tus ojos; he soñado tanto con eso.

—Por eso no puedes dejarme —insistí.

—Y te juro por Odín, mi hermosa Freya, que haré cuanto esté en mi mano para envejecer a tu lado.

Lo besé con ímpetu, él me recibió de buena gana.

—¡Oh, Freya, mi Freya... suspiro por ti incluso en sueños!

Nos besamos de nuevo embargados por la intensidad de nuestros sentimientos. Una pregunta surgió de mis labios.

—¿Qué alternativa tienes en mente?

—La única posible. Dispondré un barco para devolverte a tu esposo. Lo harías, ¿verdad?

Me contempló y esperó mi reacción; su mirada felina estudió mis facciones. Supe que aguardaba una respuesta, pero también la temía.

—Sí, volvería, pero no con él. No puedo regresar como esposa si amo a otro hombre, no sería justo para ninguno.

Respiró aliviado, más que satisfecho con mi respuesta.

—Ahora, pequeña, déjame demostrarte cuánto te amo.

Me tumbó sobre su mullida capa y se colocó sobre mí.

—Están demasiado cerca —me quejé echando un fugaz vistazo a las fornidas espaldas de los guerreros.

—¿No los oyes roncar?

—Tal vez fingen —aventuré.

—Entonces peor para ellos.

Entre aquellas gentes paganas, el acto amoroso era considerado una necesidad vital como beber y comer, y lo practicaban con bastante asiduidad en presencia de sus convecinos, sobre todo, en los festejos en la casa comunal; el único decoro que guardaban era cubrirse con una piel o cobijarse en un rincón penumbroso. Así, pues, me relajé dispuesta a disfrutar del placer que iba a recibir. Gunnar nos cubrió con otra capa y me besó al tiempo que tanteaba con frenesí cada curva de mi cuerpo.

Nos amamos con intensidad.

La incertidumbre que se cernía sobre nuestros destinos avivaba la pasión como un fuego incontrolable capaz incluso de consumirnos a ambos.

Los besos de él rayaban en la desesperación. Contuve un grito asombrado cuando, en un arrebató, mordió mis pechos. La presión de sus manos aumentó y mezcló en mí el placer y el dolor en partes iguales. Me penetró casi con violencia, con una necesidad que escapaba a su control. Emití un gemido sordo y lo recibí excitada.

Era un animal enloquecido lo que tenía sobre mí.

Enrollé mis piernas alrededor de sus caderas para sofocar el ímpetu del empuje. De pronto, los músculos se le tensaron y un gruñido escapó de su garganta. Lo sentí vibrar dentro de mí. Después se desplomó laxo, jadeando junto a mi cuello.

—Lo siento, no he podido ser suave —se disculpó.

Enredé mis dedos entre su espesa melena para acariciarle con dulzura la nuca.

—¿Te he lastimado? —musitó avergonzado.

—No, en realidad, me ha gustado; ha sido... excitante.

Irguió la cabeza y me miró.

—Te deseo tanto que pierdo la cabeza. Es como si quisiera fundirme dentro de ti. Calarme en tus huesos, apoderarme de tu alma, y siempre siento que no tengo suficiente. Tal vez nunca me sacie de ti, y eso es maravilloso, pero también desesperante.

Un abrupto ronquido seguido de una ventosidad nos interrumpió. Nos miramos divertidos.

—Nunca imaginé que mi romántico discurso pudiera acabar de esta forma.

Ahogamos la risa tapándonos la boca, pero cuanto más intentábamos reprimir las carcajadas más sonoras se volvían. Gunnar lagrimeaba por el esfuerzo.

—¿Mami? Mami no he sido yo...

Erik hablaba en sueños. Su voz grave se había convertido en un quejido infantil; parecía emitir apagados sollozos.

—¡Por Odín, no es posible!

No pude aguantar más y estallé en carcajadas.

—Va a ser verdad que esta gruta está encantada —repuso Gunnar—; ha convertido a mis hombres en unos bebés asustados.

—¡Para ya! No puedo aguantar más, me duele la mandíbula —me quejé.

De pronto, Ragnar se incorporó aturdido y nos miró reprobatoriamente.

—¿Qué demonios...? —Se rascó la entrepierna confundido y agregó—: ¡Por todos los dioses, prefiero dormir a la intemperie y que me devore el oso comeinmortales!

Me doblé en dos sometida por un ataque de risa incontrolable, Gunnar se había echado a un lado y carcajeaba apretándose el vientre.

Escuchábamos vagamente a los guerreros refunfuñando.

Cuando por fin logramos calmarnos. Gunnar me arrulló como un gatito hasta que el sopor me invadió; lo último que sentí fueron sus dedos rascándome suavemente detrás de la oreja, solo me faltaba ronronear.

\* \* \*

A la mañana siguiente, partimos hacia Tønsberg por caminos pedregosos huyendo del sendero habitual que utilizaban los viajeros.

Viajábamos hacia el sur y, afortunadamente para nosotros, los hielos parecían fundirse en gélidos charcos dejando a la vista rodales verdosos. Una marmota de cuerpo regordete y pelaje brillante salió perezosa de su madriguera, suficiente evidencia de que el invierno llegaba a su fin. Curiosa, alzó la cabeza y olfateó el aire; indiferente a los caballos, nos contemplaba inmóvil.

—Son animales bastante sociables —explicó Gunnar—. Cuando era pequeño, tuve una durante un tiempo, estaba herida y la curé; convencí a mi madre para acogerla como mascota. Una mañana, no aparecía; se había escapado. No puedes imaginar cuántos días pasé buscándola y, al descubrir su paradero, fue como si me hubieran golpeado con un mazo.

—Estaba muerta, claro.

—Eso era lo de menos.

Lo miré intrigada.

—La llevaba encima. Todo el tiempo había estado conmigo, su piel al menos.

Abrí la boca, y él me sonrió.

—Cuando supe que, incluso, la había comido, quise matar a mi madre. Ella se defendió diciendo que era la marmota o uno de nosotros.

Su expresión soñadora me cautivó. Sonreía con la dulce inocencia de la juventud. La remembranza de aquellos recuerdos le suavizaba las facciones. Ensimismada le toqué la mejilla.

—No pude tener una madre mejor —repuso.

—Yo tampoco.

Entonces me miró. Su semblante cambió. Una sombra apesadumbrada cruzó su faz.

—Me siento mal y terriblemente egoísta por haberte apartado de ella.

La imagen de mi amada madre se perfiló con detalle en mi mente. Sus hermosos ojos azules, su dorado cabello, sus facciones delicadas y su cutis de porcelana. Como una muñeca a tamaño real.

—Tal vez, algún día vuelva a verla.

Lo dije a sabiendas de que eso era una mera quimera, y esa certeza me destrozaba.

—¿Se parece a ti? Debe de ser muy hermosa.

El traqueteo del caballo me impulsó hacia delante de manera algo brusca. Gunnar me pegó de nuevo a él.

—Es muy hermosa, sí, pero es más bien mi antítesis.

—¿Cómo es eso posible?

Le describí a mi madre con lujo de detalle, incluso le relaté alguna que otra travesura de pequeña.

—Así que tienes sangre mezclada. Dicen que, cuando se unen dos razas, suelen salir ejemplares soberbios. Tú eres viva prueba de ello.

—En realidad, soy como una copia femenina de mi padre. Cuando Rashid lo conoció, sintió cierta aprensión, sobre todo cuando se fijó en su boca tan pareci...

Me interrumpí de inmediato al advertir el envaramiento de Gunnar.

Giré de nuevo y me encontré con una mirada extraña.

—No puedo dejar de sentir celos cada vez que lo mencionas, incluso me torturo pensando cuántas veces pensarás en él. Soy un estúpido, lo sé, debería sentirme triunfante por haberte conquistado, pero no puedo evitarlo. Creo que todavía no estoy preparado para que me hables de él. Sé que fue tu primer hombre, que como yo ha

besado tus labios, que te ha poseído y tengo la absoluta certeza de que lo has enloquecido. Sé que ha sido una parte importante de tu vida, es solo que... no puedo soportarlo.

—Creo que mi comentario no ha dejado traslucir...

—No es lo que has dicho, es cómo lo has dicho. El tono que utilizas cuando pronuncias su nombre...

—Evitaré nombrarlo, pero, como has dicho, seguirá siendo una parte importante de mi vida.

—De tu pasado —corrigió todavía molesto.

Cabalgamos en silencio; el páramo se extendía ante nosotros poblado de pequeñas matas y enhiestos troncos de abedules. Suaves colinas ondulantes se dibujaban en el horizonte.

De tanto en tanto, Gunnar soltaba una de las riendas para envolver con su brazo mi cintura de modo posesivo, tal vez para ratificarse a sí mismo que era suya o para alejar de mis pensamientos al hombre que temía.

No obstante, no podía dejar de pensar en Rashid. Estaba cerca, podía presentirlo. Reflexioné sobre cómo darle la noticia con algo de delicadeza. No quería dañarlo más de lo necesario. ¿Pero cómo decirle que me había enamorado de otro hombre sin hacerlo sufrir? Más, cuando había estado buscándome sin descanso. Y lo había hecho, me lo había prometido el día de nuestra separación y lo había cumplido. ¡No podía hacerle eso! De repente, deseé dar media vuelta, pedirle a Gunnar que me llevara tan lejos como pudiera. Solo deseaba escapar, me sentía miserable y cobarde, completamente incapaz de enfrentarlo. Pero tenía que hacerlo; de un modo u otro lo haría. Terriblemente abatida, vislumbré la difusa silueta de un pequeño pueblo. Llegábamos a Tønsberg.

\* \* \*

Una maraña apelonada de cabañas se arremolinaba salpicando un pequeño estuario repleto de barcas de diversos tamaños. En el centro de la aldea se elevaba una colina y, sobre ella, una torreta de vigilancia. Más allá, se extendían unos humedales que se perdían en el horizonte.

—Pasaremos la noche aquí. Mañana navegaremos hasta Haithabu —informó Gunnar.

—¿Dónde está exactamente Haithabu?

—Al sur de la península de Jutlandia. Es una ciudad en la que confluyen muchas rutas comerciales.

—Y una de ellas es la del comercio de esclavos.

—Así es.

—¿Y eso es lo que sigo siendo?

Inclinó la cabeza y me besó en la mejilla.

—Por poco tiempo; pienso hacerte mi esposa antes de embarcar.

Giré y lo contemplé asombrada; él fijaba su mirada en el camino, pero sonreía aviesamente.

—¿Hoy?

—¡Aja! Hoy es tu *festarmál*, Freya, la fecha de tu boda.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Después de concretar los preparativos.

Resoplé ante la facilidad con la que planteaba el asunto; sin duda, había olvidado un punto importante.

—Ya tengo un esposo. —La mirada se le ensombreció—. Quiero decir que no puedo estar casada con dos hombres: sería un sacrilegio y además no necesito ser tu mujer. —Frunció peligrosamente el ceño—. Es decir, de manera oficial. Me conformo con estar siempre a tu lado.

—Pues yo sí lo necesito —replicó airado—. Te casaste en otro rito, con otro nombre y en otro mundo, uno al que ya no perteneces. Y, maldita sea, si Amina lo hizo ¿por qué tú no? Son las mismas condiciones, creo recordar.



—Amina no tiene ningún tipo de escrúpulo, ni moral ni conciencia, con lo que...

—¡Maldición!

Ante su exabrupto me sentí algo acalorada. Tenía toda la razón, ¿por qué me preocupaban los estándares sociales de mi religión? ¿Era eso lo que me inquietaba realmente? Decidida a suavizar la tensión, me volví hacia él y le sonreí, sin embargo, me ignoró.

—Me casaré contigo —acepté.

—Por supuesto que lo harás.

Empezaba a molestarme su actitud arisca.

—¿Quieres dar a entender que pensabas obligarme?

—Exactamente; eres muy sagaz, Freya.

Le clavé la punta del dedo índice en el pecho y con voz amenazante espeté:

—¡Que te quede claro, bárbaro ignorante, que no eres mi amo! Por lo tanto, yo no soy ninguna de tus posesiones. Que te ame no te da derecho a...

Abrió la boca y dejó escapar una abrupta carcajada.

—Eres muy graciosa, ¿que no soy tu amo? Eso es lo único que he sido todo el tiempo y por eso quiero cambiarlo, porque para mí tú nunca fuiste una *thrall*. Y, sí, me perteneces; no lo olvides nunca, eres mía y así será hasta que marche al Valhalla, incluso después.

Para constatar sus palabras me besó.

—Eres mía, Freya, y quiero que todos lo sepan; te adoraré con mi alma y te protegeré con mi cuerpo; estás dentro de mí, aunque a veces parece olvidarlo. Compruebo que, a pesar de lo que sientes, tienes dudas, y eso me mata.

—No tengo dudas.

—Pues para no tenerlas parece poner obstáculos. ¿Crees que no sé que tienes miedo a enfrentarlo? Lo veo reflejado en tu rostro tan claro como el agua de un arroyo. ¿Cómo demonios crees que me siento?

Conforme se sinceraba, su ánimo acalorado se tornaba en una especie de afligida preocupación. El tono de sus palabras bajó hasta convertirse casi en un susurro.

De pronto, se bajó del caballo y se plantó frente a mí tomando mis manos entre las suyas.

—¿Quieres ser mi esposa?

—Sí, quiero.

\* \* \*

La gente nos observaba curiosa y con algo de temor. Un hombre bajo y fornido se acercó a Gunnar.

—¿Qué hay de interesante en estas tierras? Ya pagamos el *geld*.

El *geld* era una especie de tributo impuesto por los jutos, piratas originarios de la península de Jutlandia, que las aldeas costeras estaban obligadas a pagar si querían evitar ser saqueadas.

—No somos jutos, venimos de Skiringssal y solo buscamos un barco con tripulación y al jefe del clan para que oficie una boda.

El hombre, más tranquilo, sonrió y me miró con aprobación.

—En ese caso, ¡bienvenidos! —Se volvió hacia sus vecinos y clamó con euforia—. ¡Amigos, esta noche celebraremos una boda; a preparar todo: afuera los barriles, las voces templadas y los pies calientes para el baile!

—¡Calentaremos algo más que los pies con el favor de los dioses! —gritó.

Vociferó otro hombre. Los demás estallaron en carcajadas.

Gunnar me ayudó a desmontar y me ciñó por la cintura.

—¡Vaya hembra, eso sí que es elegir con cabeza! —gritó otro.

—¿Con cuál de las dos?

Las risotadas se sucedían mientras el hombre nos acompañaba al interior del *skáli*. Como todos, constaba de una nave central de planta rectangular y dos más estrechas anexas a ambos lados. Ya en el penumbroso interior, caminamos hasta el fondo de la sala, en la que una mujer anciana, sentada en una hermosa silla labrada, que más parecía un trono, nos aguardaba expectante.

—¿Por qué tanto revuelo?

Se dirigía al hombre que nos acompañaba, pero sus ojos intrigados se depositaron en mí.

—Vienen de Skiringssal y, según dicen, solo quieren una embarcación y una boda.

El escrutinio al que estaba siendo sometida se trasladó a Gunnar. El rostro de la anciana mostró desconfianza. A su lado, un hombre encorvado como si sobre la espalda cargara el peso del mundo se inclinó hacia la mujer y le susurró algo al oído. Era su consejero.

—Así que son hombres del viejo Harald.

Gunnar asintió, sostenía la mirada de la mujer con frialdad.

—Entonces debo imaginar que desean desertar.

Escuché a mi espalda un gruñido de protesta. Los guerreros de Gunnar nos habían seguido al interior.

—¿Me insulta, Halldora? —inquirió Gunnar malhumorado—. Bien sabe usted quién soy.

—¡Vaya, no debo de estar tan mal después de todo! La última vez que te vi, apenas eras un mocoso.

—Siento desilusionarla, pero su aspecto es horrible, parece tener cien años al menos. Sin embargo, reconocería esa mirada entre un millar. Es la de mi padre.

Lo miré atónita. Esa mujer enjuta, de largo cabello ralo, de rostro huesudo con pómulos prominentes y penetrantes ojos celestes era su tía. No obstante, la animosidad entre ellos era más que evidente.

—La tuya, en cambio, es la de tu madre.

Enfatizó adrede la palabra “madre” con cierto desdén. Gunnar se envaró más.

La mujer se levantó y se acercó a mí. No esperaba que fuera tan alta; a pesar de tener la espalda algo encorvada, me sobrepasaba un palmo al menos. Pensé que en su juventud debió de parecer imponente.

Me tomó con firmeza la barbilla, la alzó y me contempló nuevamente.

—Imagino que esta es la mujer con la que quieres desposarte, ¿no?

Gunnar no contestó, ella tampoco esperaba una respuesta.

—Lamento comprobar que cometes los errores de tu padre. Te obnubilas con la belleza sin tener en cuenta nada más.

Me giró la cabeza a un lado y a otro; acometida por un arrebato de rebeldía, retrocedí molesta: me examinaba igual que lo habría hecho con un caballo que pensara comprar.

—No me interesa tu opinión como tampoco le interesó a tu hermano.

La anciana fulminó a Gunnar con la mirada.

—Y ya viste los resultados —le escupió con inquina.

El consejero sonrió ladino, era pequeño y nervudo, lucía una incipiente calvicie y la malformación que aquejaba su espalda lo hacía parecer un duende malvado.

Gunnar apretaba los labios para contener la rabia.

—Sin embargo, si algo he aprendido —continuó Halldora camuflando con voz suave su malestar—, es a ser paciente; el tiempo siempre me da la razón, por lo que todo esfuerzo resulta fútil en estos casos. No seré yo quien impida tu caída al vacío, querido sobrino, no hay más que verla para intuir que te traerá problemas.

Él fingió indiferencia.

—¿De veras? ¿Y desde cuándo ves el futuro?

—Por algo me conocen como Halldora la Sabia. ¿Quieres una demostración?

Esta vez, Gunnar sonrió, cruzó los brazos sobre su amplio pecho y asintió curioso.

La mujer, ignorando mi incomodidad me rodeó pensativa para observarme con interés.

—Su cabello negro bien puede ser de origen celta, sin embargo, el tono de la piel deja bien claro que procede de algún reino árabe, aunque sus ojos amarillos me desconciertan bastante, nunca vi unos iguales, son... extraños. —Hizo una pausa, se frotó la barbilla y agregó—: sus facciones son armoniosas, elegantes, obviamente de buen linaje, con lo que deduzco que es una esclava valiosa. Indudablemente es muy bella y, por cómo la miras, es fácil adivinar tus sentimientos, pero solo un necio arrebataría una esclava a su *jarl*, y solo un redomado imbécil la llevaría a Haithabu. Porque vas allí, ¿no?

—Donde yo vaya no es tu problema, ahora solo quiero saber si vas a casarnos.

Halldora sonrió taimada, nos dio la espalda y se sentó de nuevo.

—Si no lo hago yo, me temo que otro lo hará, así al menos todo quedará en familia.

Gunnar me tomó por la cintura y me acercó a él.

—Esa palabra te queda demasiado grande. Ahora prepara a la novia como se merece, esta noche oficiarás la boda.

Me dio un beso fugaz y salió acompañado por sus hombres.

La mujer alzó la mano derecha y, al instante, dos mujeres corpulentas acudieron prestas a su llamada.

—Preparen un baño, busquen una túnica adecuada y los elementos necesarios para el rito —ordenó con sequedad.

Las mujeres salieron sin pronunciar palabra.

—¿Lo amas?

No me esperaba aquella pregunta. Por la expectación que mostraba su semblante, supe que no le importaban los sentimientos de él, solo quería ponerme a prueba. Decidí contestar con sinceridad.

—Sí, lo amo.

—¿Y por qué lo obligas a desertar cuando más lo necesita su *jarl*?

—No va a desertar.

—¿Entonces por qué te lleva a Haithabu?

—¿Por qué le interesa tanto? Por lo que he podido comprobar, no ha tenido ninguna relación con él, no creo que merezca ningún tipo de explicación.

Halldora sonrió abiertamente, sus penetrantes ojos claros se suavizaron.

—Veo que eres algo más que un mero objeto decorativo.

—Gracias, creo.

La anciana señaló hacia una esquina en la que unos bancos se entreveían entre los gruesos troncos que apuntalaban las vigas del tejado. De tronco a tronco había entrelazadas unas cuerdas sobre las que colgaban diversos tipos de pieles que conferían algo de intimidad.

—Deberías dormir un poco, creo que va a ser una noche muy larga.

# Capítulo 11

## Otra boda

Una vez más, el baño precedía un acontecimiento importante en mi vida, como si el agua purificara mi alma arrastrando todo vestigio del pasado. Pero, por mucho que frotaba con jabón perfumado, los recuerdos no se escurrían de mi mente; bien al contrario, acudían lacerantemente inoportunos.

Una vez más, dos mujeres me secaron con mimo y me engalanaron con sedas y alhajas. Recogieron mi larga melena en un complicado moño en el que prendieron un bonito broche de oro y dejaron suelto un grueso mechón que dispusieron sobre mi hombro derecho. Por último, me cubrieron la cabeza con un velo de lino para protegerme de los malos espíritus y, sobre el velo, una hermosa corona de flores blancas. La túnica de color crudo resaltaba el tono de mi piel y la negrura de mis cabellos; las mujeres que me examinaron asintieron con la cabeza satisfechas con los resultados.

Una vez más, fui conducida junto a mi futuro esposo. Todo parecía repetirse, salvo por una novedad, era la primera vez que me casaba absolutamente enamorada.

Cuando entré en la casa comunal, encontré a mi paso desconocidas caras sonrientes iluminadas por el resplandor anaranjado del gran fuego que crepitaba en el centro de la sala. Al fondo, se hallaba un hombre que encandilado contemplaba mi avance. Era él.

Se había afeitado, el rebelde cabello lucía peinado, y los refulgentes ojos verdes mostraban un brillo especial. Llevaba una túnica gastada blanca que dejaba al descubierto gran parte de su imponente torso, del cuello le colgaba un magnífico medallón de oro, una calzas de piel le enfundaban las largas piernas y calzaba botas del mismo material sujetas con ligas cruzadas. Un ancho cinturón con una gran hebilla dorada le ceñía las caderas.

Era un hombre grande, alto y fornido, pero sobre todo hermoso. Sus facciones libres de vello mostraban unos huesos anchos, una mandíbula marcada que rezumaba una poderosa masculinidad, unos pómulos altos, y aquel proporcional conjunto era suavizado por unos labios llenos y una barbilla con hoyuelo. No fui la única que suspiró: las mujeres a mi alrededor se codeaban y cuchicheaban entre risas envidiosas. Es mío, pensé con orgullo. Llegué a su altura y me tendió las manos. Yo se las ofrecí. Sonreímos ilusionados.

—Me cortas el aliento —confesó él.

Alcé una mano y le acaricié embobada el rostro, su piel cálida era suave.

—Nunca vuelvas a esconderte tras una barba, ¿entendido?

Sonrió y me acercó más a él.

—Ya hablas como una esposa del Norte, me gusta.

Halldora miró en derredor y con voz solemne comenzó:

—¿Quién entrega a la novia?

—¡Yo!

Asombrada descubrí a Thorffin el Gigante junto a mí; su vozarrón retumbó en mis oídos.

La potente voz de la jefa y sacerdotisa del clan reverberó en la sala, prodigando todo tipo de alabanzas a los dioses. Clamaba para nosotros sus buenos auspicios y entonaba canciones dedicadas a las nobles hazañas de Odín, Thor, Njörd y Frey, dioses de castas superiores.

En una mesa frente a nosotros, habían dispuesto los objetos simbólicos necesarios para obtener el favor de los dioses: un conjunto de llaves, *husfreyja*, que representaban la entrega de los bienes comunes a la mujer. Un cuenco de metal dorado y una pequeña daga, un martillo representativo de Thor con el que se efectuaba el *hammarsäng*, una costumbre bastante insólita, pero muy arraigada, que consistía en depositarlo bajo el lecho nupcial para asegurar la fertilidad de la pareja, además había una cinta de color azul.

Halldora alzó sus manos y entonó un salmo a Frigg, la diosa madre de la naturaleza; cerró los ojos y agitó la cabeza como sumida en trance; su larguísimo cabello cano se mecía con cada entonación.

Tras ella, su consejero, Snorri, el duende, acompañaba la melodía con el mismo énfasis que ella, aunque miraba de forma extraña a Gunnar. Después volvió al fondo de la sala y arrastró un buey negro hacia nosotros. Dos hombres dispusieron un barreño bajo la enorme testa de la res. No era la primera vez que presenciaba un sacrificio como aquel, pero los bruñidos ojos del animal clavados en mí me erizaron la piel.



Las arrugadas manos de la sacerdotisa tomaron el cuenco y la daga y, en mitad de sus cánticos, hundió con destreza la afilada punta en el cuello del animal. El agónico berrido se mezcló con el fervor de la multitud. Un chorro de sangre colmó el recipiente; el hedor metálico y algo dulzón inundó la estancia. La mujer sumergió dos dedos en el cálido y espeso contenido.

Gunnar agachó la cabeza, y Halldora le untó la frente con la sangre del sacrificio. Lo imité; al instante sentí sus dedos algo pegajosos en mi piel. La mujer me clavó los ojos.

—¿Juras servir a este hombre, amarlo, honrarlo, alimentarlo y cuidarlo hasta que marches de este mundo?

Miré a Gunnar; su expresión solemne y emocionada me sobrecogió.

—Sí, lo juro. —Y en ese momento supe que moriría amándolo.

La anciana se volvió hacia Gunnar.

—¿Juras servir a esta mujer, amarla, honrarla, alimentarla y cuidarla hasta que marches de este mundo?

—Sí, lo juro.

Halldora tomó las llaves y me las entregó.

—Toma, mujer, las llaves de sus posesiones para que las administres con capacidad y sabiduría.

A continuación colocó el martillo sobre sus palmas abiertas y lo acercó a Gunnar.

—Esta noche depositarás tu semilla en ella, el *hammarsäng* auspiciará la fecundación de vuestros vástagos.

Por último, tomó la cinta azul y ató con ella nuestras manos. De nuevo cerró los ojos e invocó el favor de los antepasados; la mención de su familia añadió humedad a su ya afectada mirada. Mis dedos se entrelazaron con los suyos. El verdor profundo de sus ojos ahondó en los míos para encontrar el amor por el que tanto había luchado. Una expresión victoriosa iluminó su faz.

—Honren a los dioses y serán bendecidos por ellos.

No bien hubo acabado la ceremonia, la música tomó protagonismo.

Gunnar me tomó en brazos y estampó en mis labios un beso que fue aplaudido por la muchedumbre. Seguidamente dio comienzo el *brúdzveila*, el banquete nupcial.

Nos sentamos uno frente al otro en una larga mesa plagada de bandejas con comida. Pescado seco llamado *skreid*, enormes panes de centeno recién horneados, carne en salazón condimentada con leche agria y cebollas, estofado de jabalí con frutos rojos e ingentes cantidades de espumosa cerveza.

Las escudillas se vaciaban con glotonería y de nuevo se llenaban con alborozo.

El voraz apetito de aquellas gentes convertía la gula de curas y obispos en algo irrisorio. Eran capaces de comer hasta caer desfallecidos y, en lo referente a la bebida, su capacidad rayaba en lo sobrenatural. Una y otra vez rodaban barriles de cerveza sobre la paja esparcida por el suelo que eran sustituidos por otros vacíos. Famélicos perros de pelo largo y enmarañado aguardaban, pacientes, sobras de comida que no llegaban, a menos que cayeran por descuido de algún comensal.

Los niños correteaban entre las mesas chillando y riendo. Gunnar reía con los comentarios jocosos y algo subidos de tono de sus guerreros, pero sin quitarme los ojos de encima. Era extremadamente fácil leer sus pensamientos, y eso hacía que se me arrebolaran las mejillas. Bajaba la cabeza y centraba mi atención en el estofado y, aún sin mucho apetito, me obligaba a probar algún bocado solo para evitar sostener aquella ígnea mirada.

—Hemos aprovisionado el barco —informó Thorffin—; seis hombres están dispuestos a acompañarnos, aunque los malditos no me han salido muy baratos que digamos.

Ragnar alzó ceñudo la cabeza de su escudilla.

—Menos baratas me han salido a mí las mujeres.

Los hombres rieron a la vez que asintieron.

—Pues cástate —le reconvino Erik— y tendrás una siempre disponible y además gratis.

—Eso es lo que tú te crees —apostilló Thorffin.

Erik soltó un eructo y se limpió la pringosa boca con la manga.

—No debe de ser tan malo; todo el mundo lo hace.

Los hombres me miraron con un deje de anhelo.

—No —Thorffin sonrió—, no es tan malo, sobre todo si es con la persona adecuada.

Gunnar estiró un brazo y acarició el dorso de mi mano.

—Cuando encuentras a la persona indicada, es como estar ya en el Valhalla.

Ragnar se frotó la calva con insistencia como meditando algo e inquirió:

—¿Cómo diablos se sabe?

Gunnar se volvió hacia él y le palmeó amistosamente la espalda.

—Se sabe con solo mirarla.

—¿De veras?

—Sí —insistió clavando sus ojos en mí—, cuando la ves, su imagen se queda grabada a fuego en tu mente y no dejas de pensar en ella, de soñar con ella. Primero buscas su mirada casi con fanatismo y, cuando te presta algo de atención, sientes que estas flotando, luego anhelas un beso y, cuando lo consigues, es como si cayeras en picado por un barranco con el corazón desbocado; imagínate cuando consigues lo demás.

Erik y Ragnar lo miraban boquiabiertos; Thorffin era el único que sabía de lo que hablaba. Su intensidad me dejó temblorosa. Sentí un escalofrío y deseé con todas mis fuerzas echarme en sus brazos.

—Demasiado complicado —adujo Ragnar, algo aturdido—. Solo utilizo a las mujeres para descargar me y con eso me basta. Cuando quiera que me aturullen la cabeza, la meteré en un avispero.

—¡Vaya! —intervine molesta—. No sabía que les debiéramos tanto a las avispas.

Los hombres estallaron en carcajadas.

Ragnar algo avergonzado rezongó:

—A veces son preferibles.

—Solo a veces —concedí pensando en una mujer en particular—. Pero también merece la pena exponerse, aunque te claven el aguijón; solo así serás capaz de encontrar tu otra mitad.

Erik se levantó, miró a lo largo de la mesa, se rascó la entrepierna y murmuró:

—Voy a ver si encuentro dónde clavar mi aguijón.

Las carcajadas se sucedieron.

Sacudí la cabeza exasperada y sonreí.

—Si yo fuera perro, en este momento, correría como alma que lleva el diablo —musitó Ragnar.

Gunnar y Thorffin se doblaban sobre sí mismos acometidos por un ataque de risa.

—Al menos no tendría que pagar —replicó Erik.

Lagrimiendo, pataleaban incontrolados el suelo.

—¡Por todos los dioses del Asgard... voy a mearme encima!

Thorffin se levantó presto y salió a la carrera.

Gunnar también se levantó ofreciéndome la mano. Todavía se sacudía con las carcajadas.

Lo miré divertida.

—¿Acaso quieres que te acompañe a mear?

—No era precisamente lo que tenía en mente.

Me atrajo hacia él y me besó con pasión. Noté en mi vientre su implacable deseo.

—Veo que tu aguijón también busca refugio.

—¿Te importaría cobijarlo?

—Ya sabes que me encantaría.

Saboreé sus labios con detenimiento, paladeando con minuciosidad hasta el último rincón de su boca. Jadeó enfebrecido.

La música retumbó con más fuerza y los pasos acelerados de los bailarines se acercaron a nosotros.

—¿Quieres saltarte el baile? —susurré con voz ronca de deseo.

—Este sí.

Me arrastró fuera del *skáli* hasta una cabaña próxima.

—Por cortesía de la gran Halldora —informó.

Entramos, cerró la puerta y, apoyándome contra ella, me besó dominado por una lujuria desmedida, incontenible, feroz. Prácticamente me arrancó la ropa sin despegar su boca de la mía.

Yo también lo desnudé con violencia, lo necesitaba con desesperación. Mis manos clamaban por su piel. Acaricié los fuertes músculos de su ancha espalda, mis dedos se hundían en cada protuberancia, en cada hondonada. Contorneé con ansia sus abultados hombros, su largo cuello. Deslicé mis manos hasta sus nalgas y clavé en ellas mis uñas. Me alzó en vilo, abrí las piernas y lo rodeé con ellas. Su rigidez entró en mí y me arqueé contra la puerta.

Gunnar me mordía el cuello al tiempo que sus empujones me llevaban al delirio. Gemimos al unísono. Mis senos se bambolearon contra su torso, y el roce del rizado vello de su pecho rozando mis pezones, exaltó mis sentidos ya enloquecidos de placer. No tuve conciencia de quién se derramó primero, solo supe que había tocado el cielo y que descendía con laxitud a la tierra.

Gunnar me llevó en brazos al lecho y me depositó en él con dulzura y tomó algo del suelo. Era el martillo ceremonial.

—Hemos olvidado el *hammarsäng* —respiró entrecortadamente—. Me temo que tendremos que repetirlo.

Sonrió pícaro, se agachó y metió el martillo bajo el colchón de heno.

—¡Qué contrariedad! —exclamé simulando tedio.

—Conque esas tenemos, ¿eh? No pararé hasta que supliques clemencia.

Se echó sobre mí y, apoyado en los codos, me contempló con fijeza.

—Moriría así, sobre ti, sumergido en tus ojos.

—Amado esposo, no te permitiré morir nunca.

—Suená bien, repítelo.

—Te amo, esposo mío, te amo y ni la muerte va a arrancarte de mi lado.

—Tenlo por seguro, porque te seguiré a través de la eternidad.

Nos besamos, pero esta vez con lentitud, suavidad e infinita dulzura. Hicimos el amor sin prisa, recreándonos en cada detalle, despertando cada poro de nuestra piel con una delicadeza almibarada. Susurramos nuestro amor, prodigándolo en cada beso y en cada caricia. El encuentro fue largo y pausado, lleno de miradas y promesas. Acabamos envueltos en lágrimas de felicidad, jadeantes y embargados por emociones profundas e imborrables.

Ya colmados, nos abrazamos sintiéndonos uno. Quise saber más de él y, aunque temí despertar recuerdos dolorosos, le pregunté por su relación con Halldora.

—Es una historia larga y triste —comenzó.

Las puntas de sus dedos se deslizaron por mi brazo y lo recorrieron al tiempo que se sumergía en el pasado.

—Mi padre era el hermano mayor, todos decían que tenía madera de líder y, en verdad, así era. Después estaba Halldora y, por último, Ivar, el hermano pequeño, su predilecto. Ivar fue un muchacho enclenque y enfermizo, pero inteligente y algo taimado. Como carecía de la fortaleza física necesaria para entrar en batalla, apenas si era capaz de levantar una espada; se limitaba a observar y a escuchar los pactos, alianzas y negociaciones que el clan iniciaba. Poseía una mente brillante para la estrategia y, gracias a ella, el clan ganó territorios. Todos alababan su ingenio, y él incluso llegó a pensar que tal vez, y a pesar de sus limitaciones, podría llegar a liderar. Sin embargo, los guerreros se negaban a dejarse gobernar por alguien impedido. Su cuerpo excesivamente delgado caía con frecuencia en todo tipo de dolencias que lo postergaban a la cama, Halldora, que sentía verdadera adoración por su hermano pequeño, lo cuidaba y pasaba con él gran parte del tiempo. Era como si quisiera transmitirle parte de su vigor, de su fortaleza. En cambio, mi padre era un hombre muy grande, corpulento y diestro en el manejo de toda clase de armas. Era muy respetado en el campo de batalla y temido por los enemigos. Claro está, los hombres se decantaron por él, y asumió el cargo de líder ante la evidente desilusión de Ivar. A partir de ese momento, su amargura creció hasta empequeñecerlo más. Dejó de comer, se rindió ante la vida y se sumió en una apatía que lo consumió. Halldora culpó a mi padre. Había intentado convencer al clan de que él, Kodram se llamaba, no era tan apto como Ivar, que las decisiones pesaban más que las estocadas, pero nadie le hizo caso, hasta que un día todos se lamentaron de aquella elección.

Hizo una pausa y suspiró.

—¿Qué ocurrió?

—Conoció a mi madre y se enamoró perdidamente de ella.

—¿Ese fue su gran pecado?

Enredé mis dedos en su melena.

—El principal, aunque no el único. Mi madre, Bera, pertenecía al clan de los Ildengum.

Sofoqué una exclamación, comenzaba a comprender el alcance del odio.

—Era un clan temido por su belicosidad; ambicionaban dominar nuestras tierras y en más de una ocasión habían diezmado la aldea durante sus continuas incursiones. En una de esas escaramuzas, mi padre apresó a mi madre, la hija del líder, pero al final fue ella quien lo capturó. Fue cuando decidieron fugarse; desgraciadamente ninguno pensó en las consecuencias. Los Ildengum tomaron venganza y arrasaron el pueblo, apenas hubo supervivientes y los que quedaron fueron tomados como esclavos. Cuando mi padre se enteró, volvió y a punto estuvieron de matarlo. Por fortuna, un amigo, el único que le quedaba, logró liberarlo. Mis padres se refugiaron en Skiringssal, después nacimos nosotros: yo primero y después Ottar. Mi padre trabajó duro con un único objetivo: conseguir el oro suficiente para comprar uno a uno a los miembros de su clan para luego liberarlos; era lo menos que podía hacer. Para ello utilizaba a su amigo, el padre de Thorffin, que lo representaba en las transacciones con el fin de ocultar su identidad. Sin embargo, uno de los liberados averiguó quién era el verdadero benefactor, le siguió la pista, descubrió dónde vivía y corrió a decírselo a Halldora. Ella lo delató, y los Ildengum le tendieron una emboscada. —Hizo una pausa, su semblante se congestionó—. Estaba con mi hermano cuando ocurrió, tenía once años y era casi tan alto como mi padre. Solo sé que pelearon por sus vidas con bravura, pero no fue suficiente. Mi madre marchó tras ellos el siguiente invierno, murió en mis brazos, quedé huérfano con doce años y he estado solo todo este tiempo. Hasta que te conocí.

—Nunca más estarás solo.

Le besé los labios, Gunnar me apretó contra él y suspiró.

—He estado con algunas mujeres, pero nunca antes había hecho el amor hasta que te tuve entre mis brazos. ¿Recuerdas tu huida?

Asentí. Todavía conservaba unas finas líneas plateadas en mi espalda. Él pareció adivinar mis pensamientos y deslizó su mano por ellas.

—Tuve que hacerlo —se disculpó—. Si hubieras recibido un trato especial, mis hombres habrían alertado al *jarl* antes de lo debido, sobre todo Ulf. ¿Sabes? Cuando corrí detrás de ti, sentí miedo de perderte. Aquello me sorprendió, no podía creer que me hubieras impactado de ese modo. Cuando te derribé sobre aquel lodazal estuve a punto de tomarte a la fuerza, te deseaba, pero me contuve y no solo en esa ocasión. Lo

logré por una única razón: quería que sintieras algo por mí la primera vez; deseaba algo con más fuerza que tu cuerpo, deseaba tu corazón, tu alma, solo por eso esperé. Creo que no he hecho nada tan difícil en mi vida.

—Tal vez ahora comprendas algo más a tu padre.

Había captado con toda claridad el resentimiento en su voz cada vez que lo mencionaba.

—Sí —aceptó—; no pude perdonarlo del todo hasta que me enamoré de ti. Ahora sé que soy capaz de hacer cosas mucho peores.

Y, sin embargo, nunca abandonaría a su pueblo; aquello lo hacía más grande a mis ojos. Imaginé su infancia y sentí que se me humedecían los ojos. Era un niño solo y desamparado y tomó las riendas de su vida. En lugar de lamentarse y crecer lleno de rencor y amargura, sacó toda su fuerza y su nobleza, su lealtad y honor para ponerlos a disposición del pueblo. Ahora conocía su verdadera motivación, quería limpiar el nombre de su padre, quería que se sintiera orgulloso de él.

—¿Qué has tomado para evitar quedar encinta?

—Eyra me daba unas semillas y además me aconsejaba lavados con agua y vinagre, no sé si funcionaban o tal vez...

En más de una ocasión había pensado que aquella planta que había provocado mi aborto había dañado algo en mi interior haciéndome estéril; era una idea que no podía quitarme de la cabeza.

—Cuéntamelo.

Le narré lo sucedido aquel fatídico día y, muy a mi pesar, descubrí que el dolor resurgía de nuevo, el odio no me había abandonado y menos cuando la principal causante de él continuaba intentado destrozarme. Cuando acabé lloraba en sus brazos.

—Eyra es una mujer muy sabia, sus remedios suelen funcionar. Tendremos hijos, estoy seguro, tenemos algo muy importante a nuestro favor.

—¿Y es...?

—Que nos encanta buscarlos, ¿me equivoco?

Negué con la cabeza. Agachó la cabeza y me besó el ombligo, su melena cosquilleó mi vientre.

—¿Cuándo dejaste de tomarlas?



—Cuando te marchaste.

Estábamos abriendo todas las puertas ocultas y liberando nuestros demonios; los sentía volar sobre nosotros despertando rencores y miedos. Era necesario hacerlo para que ni una sombra de malos sentimientos pudiera germinar amenazando con extenderse nuevamente.

Los ojos se le oscurecieron, su semblante se ensombreció con una máscara de rabia y amarga frustración.

—No puedes imaginar cómo me sentí. —Su mandíbula se endureció, en su voz se translució un hondo resentimiento—. Había consagrado mi vida a proteger a mi pueblo, lo había salvado de invasiones, rebeliones e incluso de la hambruna, sin embargo, fui incapaz de proteger a la persona que más amaba. Me derrumbé. No sabes lo que fue verte en ese estado. —Tomó aire y cerró los ojos, sus facciones se contorsionaron por los recuerdos—. Tenías el rostro amoratado, inflamado, grotescamente deformado por los golpes y una costilla rota. Ese perro había abusado de ti de la forma más cobarde y mezquina, y yo no pude hacer nada. Sin embargo, sé que peleaste como una fiera. Vi su cara y me juré terminar el trabajo. Me sentí como un miserable, no creí merecerte, por eso decidí alejarme. En ese momento, supe que lo mejor para ti sería regresar con los tuyos y después cobardemente buscaría el único consuelo posible para mí: la muerte. Aunque no antes de haber cobrado venganza. Pero cuando volví a verte estuve a punto de flaquear, cuando bailaste para mí fue como si hubiese caído a la hoguera, yo... ardí.

—Y entonces apareció oportunamente Sigrid —repuse indignada.

Solo pensar que esa víbora había disfrutado de sus caricias, de su pasión, me sacaba de las casillas. De una forma u otra, las mujeres que me odiaban lograban robar como cuervos arteros una noche con los hombres que amaba, tal vez era un pequeño tributo que había de pagar por disfrutar de un amor tan profundo. En realidad, era una mujer afortunada. ¿Cuántas podían jactarse de haber conseguido enamorar a dos hombres maravillosos?

—Sí, y no fue como imaginas.

Alcé la cabeza y lo miré intrigada, me pareció ver un brillo avergonzado en su mirada.

—No la traté como debía, yo... ni siquiera la besé, solo le levanté la falda y... ya sabes, me porté como un animal, estaba fuera de mí. Fue bastante impersonal, tan solo un acto de pura necesidad. Aunque ella no se quejó.

—¿Quejarse? Estaba consiguiendo lo que tanto había ansiado.

No conseguí aplacar la irritación.

—Pues si es eso cuanto espera, empiezo a compadecerla.

—Yo no, para nada, la odio.

Gunnar sonrió y se puso sobre mí.

—Me encanta verte celosa, estás preciosa cuando arrugas disgustada la nariz y tus ojos echan chispas doradas.

—Espero que no te guste tanto para provocarme celos con otra, porque te aseguro que la próxima vez no solo te voy a fulminar con la mirada.

Besó la punta de mi nariz y apoyó su frente en la mía.

—No habrá próxima vez porque no habrá otra mujer en mi vida, no es posible cuando tengo a la mejor.

Sonreí.

—Te amo, Gunnar.

\* \* \*

Desperté entre sus brazos, arrebujada y calentita. Él me observaba ensimismado. Sonrió complacido.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—No mucho.

Una luz mortecina se filtraba por el quicio de las pesadas contraventanas. Fuera, el bullicio matutino de las gentes de Tønsberg llegaba nítido hasta nuestros oídos. Cacareos de gallinas, ladridos de perros, conversaciones femeninas y el golpeteo rítmico de algún utensilio. También llegó a mi olfato el aroma del pan recién horneado. Mis tripas gruñeron.

—Me muero de hambre —confirmé.

—Yo también, pero contemplarte mientras dormías bien merecía la espera.

Me incorporé sobre un codo y lo besé. Gunnar tomó mi rostro entre sus manos y me devolvió el beso.

—Tengo algo que darte.

Salió de la cama y, completamente desnudo, se agachó para buscar algo entre la ropa esparcida por el suelo. Encontró el morral y sacó algo de su interior. Se acercó lentamente.

—Toma, es tu *morgingjölf*.

El *morgingjölf* era el presente que el esposo entregaba a la esposa la primera mañana de su vida en común.

Abrí la mano, y él dejó caer en ella un anillo. Era de oro; en su superficie labrada que simulaba la piel de un reptil se enroscaban dos serpientes, sus cabezas se enfrentaban altivas, los ojos de ambas eran dos minúsculas gemas, esmeralda en una y ámbar en la otra. La perfección en los detalles era asombrosa, tal labor de orfebrería podía ser solo digna de un gran maestro.

—Es hermoso.

—Pertenece a mi madre y a mi abuela antes que a ella, e imagino que al resto de mis antepasadas; es muy antiguo.

Tomó mi mano entre las suyas y deslizó el anillo en mi dedo anular; como me quedaba demasiado holgado, lo cambió al dedo corazón, esta vez, encajó a la perfección. Se arrodilló ante mí, tomó mi mano y pegando el anillo a su frente hizo un nuevo juramento.

—Juro protegerte con mi vida, amarte con mi alma y venerarte con mi cuerpo. Me entrego a ti hasta el fin de los tiempos.

Mi miró fijamente, sus ojos mostraban su absoluta entrega. Aquella franqueza me desarmó. El amor que sentía por él se expandió por todo mi cuerpo. Me lancé a sus brazos. Conmovida lo miré de nuevo.

—Esas serpientes somos nosotros dos —agregó tan emocionado como yo—; nuestras almas.

—Siempre seré tuya, amor mío, ahora lo sé.

—Va a sonarte pretencioso, pero yo siempre lo supe. Estábamos destinados. Solo que me costó algo de tiempo convencerte.

Cerré fuertemente los ojos, pegué el rostro a su pecho y rogué con todas mis fuerzas a Dios para que nunca me lo arrebatara. Sus poderosos brazos me ciñeron con fuerza.

Todavía quedaban dos temores, uno suyo y otro mío. Dos puertas esperando ser abiertas. Su temor tenía nombre de hombre, el mío era su venganza. Por cómo me apretaba, supe que estaba pensando lo mismo que yo.

—Nos queda el último tramo —musité.

—Sí, el más pedregoso y empinado. Pero lo conseguiremos.

De pronto, sentí un escalofrío; sentí como si una mano helada me apretara el corazón; por un instante, dejé de respirar.

Un mal augurio, habría dicho Eyra. No dije nada, pero el malestar permaneció en mi pecho. Rogué en silencio con más ahínco. No, por favor, repetí una y otra vez.

\* \* \*

Aprovisionamos el barco bajo la atenta mirada de Halldora.

En su semblante, se debatían dos emociones encontradas. Una era alivio por vernos partir; la otra, una especie de pesadumbre inquietante que me desconcertó. Lo último que esperaba ver en aquella pétrea mujer era un deje de nostalgia, tal vez Gunnar se pareciera mucho a su padre y acudieran a ella remordimientos tardíos. No encontraba otra explicación.

Gunnar la ignoraba deliberadamente; para él no existía. El rencor que había surgido tras el encuentro con su única pariente viva era apenas contenido bajo un yugo de control admirable. Era furia reprimida y dolor, mucho dolor.

Yo apenas si era capaz de comprender cómo alguien podía entregar la vida de su hermano, por muchos errores que hubiera cometido. Era más que obvio que nada de lo ocurrido había sido directa e intencionadamente provocado por él, tan solo había sido culpable de enamorarse de alguien inadecuado; lo ocurrido eran las funestas consecuencias de esa acción, totalmente desmedidas, en mi opinión.

Crucé los brazos y cerré los ojos. Me dejé acariciar por la brisa del mar, fría y húmeda, pero reconfortante. Aspiré embebiéndome de cada olor. Salitre, madera quemada, estiércol, el peculiar aroma de la cebada fermentada y la sutil fragancia de los pinos. Escuché el rítmico vaivén de las olas que lamían la orilla, el tintineo de un herrero forjando algún utensilio de metal, resoplidos de caballos, cacareos de gallinas, niños alborotando y las estridentes conversaciones de los hombres. Todavía me maravillaba la vehemencia con la que hablaban, casi siempre a los gritos, de manera jactanciosa y tremendamente exagerada acompañada de gestos y ademanes igual de desproporcionados.

Eran gente alegre que disfrutaba el día a día con intensidad; todo en ellos era impetuoso sin comedimiento alguno: espontáneos, viscerales y en esencia auténticos. Eran libres para hablar y opinar de cualquier cosa sin temor a ser reprendidos ni juzgados por los demás.

Imaginaba que aquello era producto de la total ausencia de autoridad eclesiástica, de tabúes y estrictos reglamentos morales y, aunque ellos se regían por una serie de normas cívicas que eran respetadas a rajatabla, ni de lejos eran tan estrictas como las que yo conocía.

Sin duda, la presencia de la iglesia en aquellas tierras, y por ende la de sus representantes, acabaría con aquella estimulante libertad. Casi al instante me sentí culpable. Estaba poniendo en tela de juicio todas mis creencias, todo cuanto me habían inculcado, pero ¿cómo no hacerlo? El paganismo era preferible, no erigían catedrales, ni nombraban ministros; no redactaban normas, ni malinterpretaban versículos apostólicos y, lo más importante, la mujer era igual al hombre.

—No fui yo.

La gutural voz de Halldora me sobresaltó; todavía ensimismada en mis pensamientos, la miré interrogante.

No me miraba, permanecía atenta al ajetreo en el embarcadero. En ese momento, los cascotes de los caballos sacudieron los maderos mientras eran guiados al interior del barco.

—No fui yo —repitió—, aunque todos lo creyeron.

Sus níveos y frágiles cabellos ondeaban en torno a su rostro ajado. Pareció que las arrugas se intensificaban ante el peso de los recuerdos. Su mirada, ahora perdida en el horizonte, se oscureció.

Supe al instante que había sido elegida para escuchar una importante revelación.

—Me convirtieron en esclava. Me humillaron y vejaron de la forma más deleznable posible. Ese maldito Sigurd, el líder de los Ildengum, descargó su furia en mí. Odiaba a mi hermano Kodram y, para serte sincera, en ese momento, yo también.

Aspiró profundamente y agregó:

—Habían pasado los años y, por un amigo que había sido liberado, supe que había sido Kodram quien había pagado su libertad y había intentado comprar la mía, sin embargo, yo no estaba en venta. Aquello no suavizó el rencor que me consumía, pero no fui yo quien lo delató.

Me miró; en su cerúlea mirada vi franqueza, también sufrimiento.

—Aquel día me deslicé a la cabaña de Sigurd; algunos me vieron entrar en ella, por eso dieron por hecho mi traición. Pero no estaba allí por eso, nada más lejos de la realidad. Fui a matarlo, solo que lo que allí presencié me paralizó lo suficiente para salir sin cumplir mi objetivo.

Hizo una pausa, pero no para aguardar una interpelación por mi parte, más bien, para fortalecer su ánimo.

—Dentro había una persona, una mujer, que en ese momento proporcionaba a Sigurd información de sobre hermano. Supe entonces que tenía dos sobrinos y que vivía feliz en Skiringssal. Sigurd no perdió el tiempo. Yo tampoco. Ya salía de la cabaña con intención de avisar a Kodram cuando sus hombres me descubrieron. Me retuvieron en ella dos días; no hizo falta mucho más tiempo. Ya todo estaba perdido. Solo puedo decirte que Kodram escribió su destino, debió de saber lo que nos ocurriría si nos abandonaba y lo hizo; perdí a Ivar y eso jamás se lo perdoné. Sin embargo, lo vengué. Pocas semanas después, logré mi objetivo: clavé una daga en el cuello de Sigurd y lo desangré como a un cerdo. Escapé de allí con los pocos hombres que quedaban de mi clan. Lo que no supe hasta después fue que estaba encinta de ese malnacido. En un primer momento, sentí el impulso de arrancarlo de mi vientre a cuchilladas, pero después opté por tenerlo, aunque lo abandoné cuando nació. —En sus ojos brilló un suplicio desgarrador—. ¿Sabes? Todavía escuchó su llanto agudo y estridente en mi cabeza. Atormenta mis sueños, su alma maltrecha tortura la mía.

Tragué saliva. Aquello era más espeluznante de lo que había esperado. Halldora era la mujer acerada que habían creado. Una criatura templada a golpes, moldeada con sufrimientos y desengaños, abandonada al infortunio. ¿Era posible que un amor

arrastrara tal caos detrás? El amor obnubilaba, cegaba y confundía; esa era la única excusa posible, y aun así no era suficiente. Contemplé la agónica expresión de la mujer e instintivamente alcé una mano y la apoyé en su huesudo hombro.

—¿Por qué no lo buscaste y le contaste la verdad? Podrían haber empezado desde el principio, haberse tenido el uno al otro.

Negó con la cabeza, en ese instante vi la humedad en sus ojos.

—No había consuelo alguno para mí, solo quería olvidar y verlo tan parecido a su padre lo habría hecho del todo imposible. Nada me importaba, aprendí a vivir con el dolor, hice un escudo con él y lo cargué a la espalda.

—Pero dijiste que lo habías visto siendo un mocoso.

—¡Oh, sí! Al cabo de un tiempo, me asaltó la curiosidad y al frente de mis hombres fui a Skiringssal. Gunnar tendría unos trece años, era muy alto y corpulento para su edad, aunque su faz todavía aniñada mostraba una seriedad poco habitual para un muchacho tan joven. Era idéntico a Kodram, aquello fue demasiado para mí y me marché sin dar ningún tipo de explicación. En ese viaje descubrí a la mujer que había delatado a mi hermano y comprendí los motivos.

—¿Quién era?

—Una esclava, aunque irónicamente se convirtió en el ama de cría de mi sobrino.

Los latidos de mi corazón se aceleraron.

—Se llama Eyra.

Sentí como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. No podía dar crédito a aquello. Eyra no. No podía haber cometido tal barbaridad, y ¿por qué demonios...?

La anciana leyó la pregunta en mi rostro.

—Fue por despecho.

Seguí negando con la cabeza horrorizada. No podía imaginar a la Eyra sabia y compasiva cobrando semejante venganza únicamente por despecho, pero Halldora continuó su explicación.

—Había sido esclava de nuestro clan, aunque yo nunca había reparado en ella. Se había convertido en una de las amantes de Kodram, por lo visto con bastante asiduidad, y se había enamorado de él. Ninguna mujer era capaz de resistir a sus encantos, y éllo sabía: las trataba como a princesas, aunque fueran simples esclavas.

Ella albergó la idea de casarse con él, pero sus sueños se evaporaron con la llegada de Bera. Cuando Kodram la vio, las demás mujeres dejaron de existir, Eyra incluida. Imagino que ese varapalo fue demasiado para ella, incluso llegaron a contarme que se enfrentó a Bera; Kodram por supuesto la expulsó del pueblo y la condenó a morir de hambre. No sé qué le pasó después, pero sin duda no fue algo bueno. No es difícil imaginar el odio que germinó en su interior en ese tiempo, aunque desconozco si ella conocía el alcance de su venganza o si, por el contrario, la sorprendió; en honor a la verdad, pienso que sabía exactamente que estaba condenándolo a muerte.

Esa cruel faceta de Eyra desmoronaba todo cuanto pensaba de ella. Era del todo impensable para mí y, sin embargo, algunas piezas en mi mente comenzaron a desplazarse encajando con asombrosa facilidad en los escasos huecos que permanecían todavía oscuros.

Su interés por que conquistara a Gunnar, por que lo enamorara, como si quisiera revivir a través de mí su propia vida, pero con una final feliz. Creía por alguna razón que yo sí lo conseguiría. Otra pieza se movió. Tal vez solo ansiaba la felicidad de Gunnar como compensación por la pérdida que ella misma había provocado o, tal vez, para aliviar sus propios remordimientos.

Deseé verla, hablar con ella, escuchar su verdad y sus motivos, pero sobre todo deseé escuchar su arrepentimiento. De repente, miré a Halldora recriminatoriamente. Aquella confesión solo me había cargado de pesar y de una duda que tendría que madurar con cuidado. ¿Debía contarle a Gunnar la verdad? ¿O saber la verdad solo lo haría más desgraciado?

El pasado no se podía cambiar, él lo había aceptado, pero saber que la mujer que 'había estado a su lado y que prácticamente había ejercido de madre había sido la culpable de la muerte de toda su familia, sin duda, resultaría devastador. Era mejor dejar las cosas como estaban, nada se ganaba con remover el dolor.

—¿Fuiste capaz de dejarlo con la culpable de su desgracia? —la increpé.

Halldora resopló, una misteriosa sonrisa asomó a sus labios.

—Cuando la descubrí, mi primer impulso fue llevarlo conmigo, pero cuando la enfrenté y me confesó toda la verdad, decidí marcharme para siempre.

En ese instante sentí que no debía preguntar nada más, que prefería permanecer en la más absoluta ignorancia; intuía con meridiana claridad que esa verdad sería demasiado para mí. Sin embargo, me escuché decir:

—¿Qué pudo contarte para que optaras por no volver nunca más?

—Supe que a pesar de todo él estaba en las manos que debía, malas o buenas.



Hizo una pausa para mirar a Gunnar que en ese momento cargaba un pesado baúl. Él se detuvo para limpiarse el sudor de la frente y nos miró extrañado.

—Lo dejé con su madre.

Aquella verdad fue un golpe en el estómago, contuve la respiración y abrí la boca sin poder articular palabra; maldije el momento que Halldora había elegido para revelarme la verdad, justo cuando Gunnar nos observaba con atención. Como pude intenté recomponer de inmediato mi expresión, pero, como no lo lograba con la suficiente rapidez, me volví hacia ella.

—¡Maldición!

Halldora me sostuvo la mirada para evaluarme.

—No viviré mucho tiempo y estoy segura de que no volveré a verlo, no podía llevarme el secreto a la tumba, y tú eres la persona que más lo conoce. Sé que te he cargado con una gran responsabilidad, pero decidas lo que decidas será lo correcto. Lo amas y eso me garantiza que velarás por él.

Todavía estaba aturdida, impresionada y paralizada; tartamudeé cuando volví a hablar.

—No... no puede ser.

—También me resistí a creerlo, pero ella despejó todas mis dudas. Cuando Kodram se enamoró de Bera, ella descubrió que estaba embarazada y, pensando que era una carta que jugaba a su favor, se lo contó a ella, pero le salió mal. Kodram montó en cólera y, como ya sabes, la expulsó de la aldea, pero con el paso del tiempo pensó en su hijo. Ya estaban en Skiringssal, y Bera no conseguía concebir, así que partió en busca de Eyra y del niño que tenía pocos meses. Se lo arrebató impunemente, no le importó lo más mínimo sus sentimientos, y se lo entregó a su mujer. Para sorpresa de ambos, dos años después quedó embarazada de un varón. Afortunadamente, quería a Gunnar tanto como a su verdadero hijo. Respecto de Eyra... puedes imaginar el odio que la embargó, el dolor que segó su alma. Kodram tentó al destino no una vez, sino dos, y pagó caro su atrevimiento.

—Pero dijiste que Gunnar tenía los ojos de su madre y te referías a Bera, Eyra no los tiene...

Halldora sonrió, pero el gesto se torció para convertirse en una mueca burlona.

—Bera poseía unos extraordinarios ojos verdes, además de un cabello rojo como el fuego; era muy parecida a mi propia madre. Incluso a veces he llegado a pensar que tal vez fue eso lo que cautivó a mi hermano, él la adoraba. Gunnar tiene los ojos de su

abuela y el rostro de su padre, e imagino que la sagacidad y fortaleza de Eyra; físicamente no le ha legado gran cosa excepto una marca de nacimiento que ambos comparten detrás de la rodilla, una especie de óvalo rosado. Créeme, yo misma pude comprobarlo; no hay duda respecto de su parentesco. Ese día sentí más compasión por ella que por mí misma, debía de ser muy duro estar tan cerca de un hijo y no poder abrazarlo.

Unas gotas se deslizaron perezosas por mis mejillas. Apenas empezaba a comprender la magnitud de todo por lo que había pasado Eyra. No solo arrastraría remordimientos, despecho, rabia y dolor, también debía de cargar con la frustración maternal. Por el bien de su hijo prefirió ocultarle la verdad; ella ya se encargaba sobradamente de soportar aquella agonía.

Los recuerdos compartidos con ella se avivaron en mi mente. Retazos de conversaciones, miradas, inquietudes, todos y cada uno de sus gestos cuando él estaba presente cobraban sentido. Lloré por su dolor y por el de Gunnar.

Esta vez fue Halldora quien me consoló, puso su mano sobre mi hombro y presionó levemente. Por su mirada, adiviné que habría querido abrazarme, pero eso era del todo imposible sin despertar las sospechas de Gunnar.

—Eyra es muy importante para mí. Fue mi segunda madre en esta tierra.

La mujer sonrió.

Aquello me unía más a él. Nuestras historias tenían muchas similitudes; yo pude conocer a mi verdadero padre y en ese momento comencé a comprender que también él tenía ese derecho. Eyra era su madre y, a pesar de todos los errores, de toda la amargura, lo justo para ambos era tener al menos una conversación en calidad de madre e hijo, en la que la verdad aflorara con todas sus consecuencias. Después, solo la providencia escribiría aquellas líneas.

—¡Rápido, muchacha, enjúgate las lágrimas, viene hacia aquí!

Podía escuchar sus firmes pasos en los tableros del embarcadero. Y, en un gesto atropellado, fingí un estornudo y Halldora sacó un pañuelo arrugado que me pasó por el rostro con torpe premura.

Como si de una máscara se tratara, arranqué la consternación de mi rostro y sonreí en un intento por aligerar mi expresión.

Gunnar, con la agilidad de un enorme gato, saltó a la orilla y se plantó junto a nosotras. Giré hacia él.

Saludó a su tía con una mirada huraña.

—¿Qué está pasando aquí?

—Me estaba despidiendo de tu esposa. —La mujer se defendió con la misma expresión hosca que él.

Gunnar inspeccionó mi rostro, recé para que no encontrara signos del impacto sufrido. Había decidido contarle la verdad, pero no era el momento.

—¿Qué te ha dicho esta bruja? Imagino que solo quería contrariarte.

—¡No es una bruja!

Inmediatamente me arrepentí de aquel exabrupto. Gunnar asombrado observó a su tía.

—¡Veo que intentas ganarte a mi esposa! ¿Qué nuevo ardid tramabas?

—Todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no crees? —repliqué.

Esta vez el semblante malhumorado de Gunnar recayó en mí.

—No te dejes engatusar por su astucia, ella no merece nada; puede dar gracias de haber permanecido viva tanto tiempo.

Sus palabras me erizaron la piel. Iba a ser más duro de lo que imaginaba.

—No necesito que me defiendas. Y no, no te doy las gracias por haberme indultado; habría preferido mil veces morir.

Gunnar, todavía con el ceño fruncido, la observó meditabundo.

—Al menos me has otorgado el consuelo de saber que tú también sufres, imagino que tus fantasmas han atormentado tus noches; tal vez, después de todo, la justicia exista.

Halldora adoptó una expresión inescrutable, sus finos labios se tensaron.

—Sí, y pronto pasaré a formar parte de ellos. Aunque, no temas, no desvelaré tus sueños, muy al contrario, velaré por ti.

Aquello lo desconcertó. Paseó la mirada intrigada de una a la otra.

—¿Debo entender que estás arrepentida?

—En efecto. Me arrepiento de cosas que hice, pero sobre todo de las que no llevé a cabo.

Me dedicó una reveladora mirada que él no pasó por alto. Me había pasado el testigo y en su pálido rostro vi que me pedía perdón por aquello.

Mi respuesta fue una trémula sonrisa. ¡Y yo me jactaba de conocer el dolor! Sin duda, el que había sentido ni de lejos era comparable con el de aquellas dos mujeres. Halldora y Eyra, ambas víctimas del egoísmo de un hombre, aunque por desgracia no habían sido las únicas.

Gunnar agarró posesivamente mi cintura.

—Debemos aprovechar el sotavento, estamos listos para partir.

Ya nos íbamos cuando Halldora habló.

—Me equivoqué. —Hizo una pausa y añadió con gravedad—: no habrías podido encontrar una esposa mejor.

Gunnar le lanzó una última mirada en la que además de asombro creí ver un destello de nostalgia por la tía que pudo haber sido y no fue.

\* \* \*

Un fuerte viento infló las velas recién desplegadas, el navío se desplazó con gracia sobre las olas dejando tras él una estela de espuma blanquecina.

Gunnar sujetaba fuertemente el timón con la vista fija en el horizonte. Su melena leonada se agitaba a su alrededor, y le confería un aspecto casi feroz.

Imaginé que ese sería el aspecto de Tyr, dios de la guerra, con los ojos centelleando y la mandíbula apretada en un rictus furibundo. No terminaba de entender su mal humor, aunque imaginaba que había sido mi defensa hacia Halldora lo que lo había provocado; cuando me acerqué a él, su indiferencia me lo confirmó.

—¿Me reprochas que tenga compasión?

—Te reprocho que hayas olvidado con quién estabas teniendo compasión.

No podía permitir que siguiera culpando a su tía de algo que no había hecho, aunque me guardaría muy bien de culpar a Eyra, al menos de momento. Y, aunque había decidido revelárselo todo, pensaba que sería mejor dosificar la información para que pudiera digerirla con más facilidad, si es que eso era posible.

—Entiendo tu reacción, pero, cuando sepas la verdad...

Se volvió con ímpetu hacia mí, sus ojos refulgían.

—¡La única verdad es que por su culpa murió mi familia!

—¿Acaso no vas a darme la oportunidad de explicarte?

—¡No puedo creer que te haya embaucado de esa forma!

Resoplé furiosa y lo empujé levemente.

—¡Escúchame, Halldora no delató a tu padre!

Abrió la boca desencajado.

—¿Qué demonios...? ¿Eso te ha contado? ¿Y le has creído?

—Sí, eso me ha contado y es verdad.

Gunnar frunció el ceño.

—Todo el mundo la vio salir de la cabaña de Sigmund el día que partieron en su busca.

—Es cierto, pero ella no acudió allí para eso, sino para matar a Sigurd.

Negó con la cabeza, aquella posibilidad jamás se le había ocurrido.

—Entonces, ¿por qué nunca se defendió? ¿Por qué permitió que todos la creyeran culpable?

—No lo sé, imagino que ya todo le daba igual. Ella intentó avisar a Kodram, pero no lo consiguió.

—¿Avisarle? —Gunnar había perdido todo el color—. ¿Quieres decir que sorprendió al traidor?

Al instante supe de mi error. Habría querido obviar ese detalle. Mi mente giraba a toda velocidad buscando la manera de eludir la siguiente pregunta. De ninguna manera iba a confesarle la identidad del delator.

—Sí, escuchó la conversación.

Gunnar puso sus enormes manos sobre mis hombros y me encaró frente a él.

—¿Te ha dicho quién fue?

—No —mentí.

—Me lo dirá a mí —repuso con firmeza.

Otro error, más fatídico que el anterior. Si le hubiera dado un nombre falso o le hubiera dicho que ella no había reconocido al hombre, tal vez habría evitado el enfrentamiento que sin duda se produciría. Pero era demasiado tarde.

—Seguramente no lo conocía.

—O quiere encubrirlo.

Maldije su sagacidad, afortunadamente no me estaba mirando, pues en caso contrario mi expresión sin duda lo habría alertado.

—De cualquier modo, este asunto tendrá que esperar. —Rodeé su cuello con mis brazos y le sonreí—. ¿Cuánto va a durar la travesía?

—Con vientos favorables, mañana veremos el amanecer junto al puerto de Haithabu.

Tan solo faltaba un día para el encuentro y en mi estómago comenzaba a formarse un nudo tirante e incómodo. Gunnar inmediatamente notó mi inquietud. Advertí una chispa de temor en sus ojos.

—Mañana volverás a verlo.

Asentí.

Intenté visualizar el rostro de Rashid y me sorprendió descubrir que no lo lograba. Sus facciones se desdibujaban en una nebulosa confusa, tan solo sus oscuros ojos acudían a mi mente. Y eran unos ojos cargados de reproche.

—Tengo miedo —confesó Gunnar.

Lo miré. Resultaba sorprendente que un hombre tan imponente pudiera experimentar esa emoción. Pero ahí, junto a mí, su inseguridad salió a flote.

—Miedo a lo que puedas sentir cuando lo tengas frente a ti —añadió.

Hundí mis dedos en su cabello y le sonreí.

—No voy a negarte que sentiré muchas cosas. —Su semblante compungido me enterneció, besé la punta de su nariz—. Pero sí hay una cosa que no podré sentir, porque es precisamente lo que siento por ti. Amor.

# Capítulo 12

## El reencuentro

Haithabu bullía de actividad.

Navíos de tamaños y formas dispares salpicaban la bahía adornando con sus colores el puerto. El sol estaba en lo alto y arrancaba destellos dorados a la superficie verdosa del mar. La temperatura, algo más suave, desechó las pesadas túnicas de lana a los baúles. Una brisa, fresca, pero agradable, corría sinuosa entre los mástiles y se filtraba entre las gruesas maromas produciendo un silbido cortante.

En el embarcadero, hombres de aspecto hosco se afanaban en descargar toneles y animales.

Más allá, un vocerío se alzaba entre la barahúnda para prodigar las virtudes de sus mercancías; la mayoría eran mujeres harapientas con la desolación reflejada en sus rostros.

Junto al puerto, un grupo desordenado de cabañas salpicaba la ensenada; frente a ellas, y en pleno auge comercial, algunos tenderetes ofrecían una extensa variedad de productos, desde quesos, cereal y cerveza hasta favores sexuales.

La gente se arremolinaba en torno a los vendedores para observar con ojo crítico el género expuesto.

Desembarcamos y deambulamos curiosos entre aquella insólita mezcolanza de razas. Mercaderes asiáticos, árabes y sajones se entendían en una extraña jerga que conjugaba frases en diversos idiomas.

Algunos hombres me miraban interesados, pero antes de poder preguntar mi precio la rotunda negativa de Gunnar los espantaba de inmediato.

Él me aferraba la cintura en un gesto más posesivo que protector.

—Si sigues apretándome así, vas a partirme en dos —refunfuñé. Alivió la presión, pero no me soltó.

—Deberías estarme agradecida, estoy ahuyentando a todos esos patanes que babea por ti.



—¡Oh, gracias, mi señor, pero hasta no hace mucho tú eras uno de ellos! — exclamé en tono burlón.

—Y mira lo que te ha pasado por no haber tenido protección. Te has convertido en mi propiedad.

—Y tú en la mía.

—De eso no hay ninguna duda —concedió divertido.

Sonreímos cómplices.

Tras nosotros, Thorffin, Erik y Ragnar caminaban entusiasmados por lo que veían; en el corto trayecto hasta el entarimado donde las esclavas eran expuestas para su valoración, habían obtenido unas jarras de cerveza y unas cuñas de pan relleno de arenques ahumados.

Una muchacha escuálida de rizados cabellos castaños y enormes ojos negros subía a trompicones los escalones guiada por su captor. Alrededor de su frágil cuello, una áspera y deshilachada soga rozaba lastimosamente su pálida piel. Las laceraciones mostraban úlceras en muy mal estado. Tenía la mirada perdida, como si estuviera en otro mundo, muy lejos de allí. Su maltrecho cuerpo respiraba, se tenía en pie y obedecía sin resistencia, pero su alma había escapado; era libre y vivía en los recuerdos, se alimentaba de ellos: eran cuanto le quedaba.

Su amo tironeaba de la soga para dirigirla de un lado a otro. Peor que a un animal, la obligó a ponerse de rodillas y le levantó la túnica para que todos contemplaran su trasero. Aparté la mirada con asco.

—¡Cómprala!

Gunnar me miró asombrado. Pero no dudó, ni preguntó.

Levantó la mano a la primera oferta; nadie osó pujar.

—Ya la tienes, es tuya —me dijo—; imagino que quieres liberarla.

Negué con la cabeza. Sorprendido, alzó las cejas en muda pregunta.

—Sería incapaz de sobrevivir sola en estas tierras; quiero cuidarla, devolverle algo de lo que le han arrebatado.

Gunnar me estrechó entre sus brazos.

—Sé que es duro para ti ver todo esto, no estás acostumbrada, pero es algo muy común. Sientes compasión y es algo muy noble, sin embargo, no debes encariñarte mucho con ella.

—¿Por qué?

—Bueno, porque... no creo que viva mucho. Resulta obvio que ha traspasado el límite de sus fuerzas.

En ese momento, el bellaco que la guiaba escaleras abajo la empujó con violencia y la estampó en el suelo. Airada me zafé de Gunnar y corrí hacia ella.

—¡No te atrevas a tocarla de nuevo, malnacido, o te arrancaré los ojos!

Me agaché a su lado y la ayudé a levantarse.

—¡Vaya fiera, muchachos! ¿A quién le gustaría domesticarla?

Varias voces gritaron al unísono, el hombre soltó una carcajada.

—¡Ven aquí, preciosa, yo seré el primero!

Unas manos sucias agarraron mis caderas, ya me giraba iracunda cuando el hombre que me sujetaba cayó a plomo, derribado por el puño de Gunnar.

—¿Quién es el segundo? —tronó expectante.

La muchedumbre se disipó entre murmullos y miradas recelosas.

—¡No vuelvas a separarte de mi lado! —me reprendió ceñudo.

—Ya has visto lo que le ha hecho —me defendí todavía furiosa.

—Sí, y también he visto lo que pensaban hacerte a ti. Y, maldita sea, eres mi esposa, mataré al que te ponga las manos encima.

El hombre que había derribado, al escuchar sus palabras, se escurrió presuroso entre la multitud.

Me abrazó y respiró aliviado.

La muchacha nos observaba impávida.

Me dirigí hacia ella y le pregunté su nombre en varias lenguas. No obtuve respuesta. Igualmente le sonreí. Tomé su mano, temblaba.

—No debes tener miedo, no te haremos ningún daño. ¿Tienes hambre?

Tampoco contestó.

Las costillas se le marcaban bajo la raída túnica, los pómulos le resaltaban penosamente y sus mejillas descarnadas conferían a su rostro una apariencia casi espectral; tan solo su abundante y espeso cabello destacaba en aquel cuerpo menudo.

Comimos bajo la sombra de una conífera de ramaje denso y fragante aroma. La muchacha masticaba solo porque se lo ordenábamos, no daba muestras de saborear ni de deleitarse con los manjares.

Me rompía el corazón observar a alguien en un estado tan lamentable. En ese momento, supe que no descansaría hasta resucitarla de la apatía que la relegaba a esa especie de limbo cercano a la muerte. La muchacha apenas si fijaba la mirada en nosotros, y las pocas veces que se cruzaba con la mía, le sonreía con dulzura en un vano intento por recibir algún tipo de empatía.

—Resulta conmovedoramente obediente —observó Thorffin—. Creo que eso es cuanto vas a conseguir de ella.

—Solo necesita tiempo y cariño —espeté esperanzada—. Además, es muy joven, estoy segura de que lograré traerla de vuelta.

Los hombres me miraron con extrañeza, era evidente que no confiaban en mi afirmación.

Gunnar terminó con el último bocado de queso, bebió largamente de su odre, se limpió la boca con la manga y me miró con una inusitada seriedad. Supe lo que iba a decir antes de abrir la boca.

—Tu familia nos espera. —Hizo una pausa para indagar en mi expresión—. Llevan dos semanas acampados en una pequeña cala en la bahía de Aalborg.

Respiré hondamente.

Las mariposas volvían inquietas a revolotear en mi estómago. Una parte de mí ardía en deseos de verlo, otra pugnaba por correr lejos de él. Intenté eludir la penetrante mirada de Gunnar; me afané por sacudir mi túnica de migajas y recogí los alimentos sobrantes.

—¡Erik, ve por los caballos y las armas!

Esta vez sí lo miré. Aquella posibilidad me angustió. No permitiría que hirieran a los míos bajo ningún concepto. Gunnar descubrió esa determinación en mi semblante. Frunció el ceño.

Me acerqué a la muchacha y la ayudé a levantarse; a pesar de su deteriorado aspecto, no debía de tener más de quince años. La sujeté delicadamente por la cintura, ella dejó escapar un gemido.

—¿Te he lastimado?

Los enormes ojos de la chica contenían a duras penas las lágrimas.

Sin más dilación le subí la túnica y, horrorizada, descubrí unos espantosos moretones en los costados. Ante mi escrutinio, la muchacha se encogió; no supe si de vergüenza o de dolor. Ahogué una exclamación cuando vi parte de su espalda. Había sido azotada repetidas veces, tal vez con una vara. La fina piel mostraba cicatrices viejas y otras recientes todavía cubiertas por una costra sanguinolenta. El resto de su cuerpo era una mancha violácea y amarillenta.

La indignación me poseyó.

—¿Quién puede ser tan despiadado, tan sádico?

—Más gente de la que imaginas —contestó Thorffin.

Sentí la necesidad de abrazarla, pero me contuve por miedo a dañarla de nuevo, me conformé con acariciarle el cabello.

—Jamás permitiré que nadie vuelva a hacerte daño, te lo juro. Voy a cuidar de ti.

Me miró con dureza, apretó la mandíbula y se alejó de mí.

—¡Mátame!

La contemplamos completamente paralizados. Aquel tenue hilo de voz, casi un susurro, brotó de ella con penoso esfuerzo.

—No podría. No te he comprado para eso, sino para...

—¿Para convertirme en tu mascota? ¿Un perro al que puedas mimar y así convencer a tu conciencia de que has hecho lo correcto, sentir que eres maravillosa y de esa manera lograr que tu dios reserve para ti un lugar privilegiado? Lo siento, pero no, gracias, no voy a ser tu animalito; a la menor oportunidad, me escaparé o con suerte lograré encontrar la manera de acabar con este suplicio de una vez por todas. Solo quiero ser libre y tan solo hay una forma de conseguirlo.

—Tan solo deseaba ser tu amiga y, si sentir compasión por el prójimo te resulta tan sospechoso e interesado, es obvio que llevas mucho tiempo rodeada de bestias inmundas. Si lo único que anhelas es acabar con tu mísera vida, la que lo siente soy yo, porque no pienso permitirlo. Siempre hay otra oportunidad, una esperanza de olvidar y empezar de cero. Si me dejas, te ayudaré; y si no, maldita sea, también lo intentaré.

La muchacha me observó boquiabierta. Mi vehemencia la había enmudecido.

—Soy Leonora de Castro y Antúnez, puedes llamarme Leonora o Freya como prefieras. Nací en la ciudad de Toledo, en el al-Andalus y fui capturada como esclava. Y nunca, óyeme bien, nunca dejé de luchar por vivir. Ni siquiera soy capaz de imaginar las aberraciones a las que te han sometido, pero eso ya ha pasado, ahora estás con nosotros y eso ya es motivo suficiente para agarrarte a la cuerda que te lanzamos.

Tras mi exposición se produjo un silencio prolongado. Gunnar me contemplaba con admiración, los guerreros con asombro. No sabía si mis palabras habían surtido algún tipo de efecto, así que me dispuse, con toda la tranquilidad de la que fui capaz, a terminar de recoger.

—Me llamo Ada de Montinag, provengo del sur de la Galia. Fui capturada hace tres años y apenas recuerdo el rostro de mis padres. He tenido dos amos y el último es el demonio en cuerpo de hombre.

No me dio su nombre de esclava y eso ya era una buena señal.

—Este es un nuevo comienzo, Ada.

En ese momento, llegó Erik con los caballos. Tenía una sonrisa complacida en el rostro.

—¿Dónde demonios has buscado los animales? —rezongó Gunnar molesto por la tardanza.

Erik se rascó la barbilla algo incómodo, pero continuó exhibiendo esa sonrisa estúpida.

—Bueno, me han entretenido.

Ragnar resopló, agitó una mano y se dirigió a su montura.

—¿A ti o a tu aguijón?

—A ambos.

Thorffin soltó una carcajada.

—Thorffin, tú llevarás a Ada —ordenó Gunnar—; eres el único hombre honorable aquí.

—Y que lo digas, tú también te has convertido en un depravado.

Gunnar sonrió, montó con soltura en su negro alazán y se inclinó para ayudarme. Subí tras él y me ceñí a su espalda.

—En mi defensa diré que la tentación siempre me acompaña.

Rodeé con mis brazos su cintura. Suspiró exageradamente.

—¿Ves a lo que me refiero?

Thorffin sonrió, sacudió la cabeza y montó con presteza a pesar de su apabullante tamaño. Ayudó a Ada con una delicadeza desconocida en él.

—Pequeña, si te duele demasiado, házmelo saber, ¿de acuerdo?

La muchacha lo miró con sus grandes ojos negros y asintió. Parecía un cervatillo asustado.

Cabalgamos con el sol del mediodía que caía oblicuamente entre las agujas de los arces formando en el lecho del bosque unas sombras alargadas. Entre helechos y peñascos avanzamos por un sendero que contorneaba la costa. La belleza del paisaje era subyugadora. El mar, de un azul profundo, se rizaba espumoso contra la orilla. Las gaviotas surcaban los cielos y planeaban cerca de la superficie del agua con la esperanza de vislumbrar alimento. Un afilado y rocoso cabo se adentraba en el mar. Nubes espesas se esponjaban contra un cielo azul y radiante. Y el aroma, un intenso perfume a bosque húmedo, a madera vieja y a salitre.

El invierno llegaba a su fin, largo, crudo y oscuro. Ahora venían los meses de luz en los que nunca anochecía, en los que un extraño y hermoso sol de medianoche presidía incansable el firmamento bruñendo de oro cada rincón de aquellos bellos parajes; tan solo una ligera penumbra acogía los sueños, carentes de las negras sombras que acompañaban al frío.

Comprendí que amaba aquella tierra hostil a la que había sido lanzada. Ya no era mi particular prisión; era el lugar en el que me había encontrado a mí misma, en el que había encontrado el amor, la amistad y muy pronto el hogar. Los recuerdos de mi tierra natal, todavía anclados en mi pecho, jamás se borrarían, pero habían quedado relegados a un segundo término, y ahora viajaba hacia el último lazo que me unía a ellos con la intención de cortarlo.

No tardamos en llegar a Aalborg.

Bordeamos un cerro y ascendimos un montículo pedregoso. Desde la loma vislumbramos una pequeña cala cobijada por escarpados acantilados. Dos barcos con las velas replegadas fondeaban en la orilla. Más allá, varias tiendas se alineaban frente a una playa de guijarros; un grupo de hombres se reunía en torno a una hoguera. Sus voces llegaron a mis oídos, la lengua árabe que reconocí me aceleró el pulso.

Descendimos lentamente, casi con parsimonia, para dar tiempo al campamento a reconocer la comitiva que esperaban.

El campamento se agitó ante nuestra presencia, varios hombres corrieron por sus espadas, otros se adentraron en la tienda principal.

Gunnar, a una distancia prudencial, ordenó detenernos. Bajamos del caballo, los hombres desenfundaron sus espadones. Los miré nerviosa.

—No pienso consentir que se derrame sangre.

Gunnar me contempló con férreo semblante.

—¿Tampoco vas a consentir que nos defendamos? —me increpó.

—No nos atacarán, solo esperan una transferencia comercial —objeté molesta.

—Sí, una transferencia que no se llevará a cabo —espetó malhumorado—; es condenadamente fácil que surjan problemas, ¿no crees?

Sabía que llevaba razón, pero de igual forma no podía soportar que hubiera un enfrentamiento.

—Te suplico que confíes en mí y permanezcas al margen. Esta batalla la libraré sola, cualquier intervención tuya podría ser desastrosa. Veas lo que veas, no te inmiscuyas.

Gunnar palideció.

—¿Vea lo que vea? ¿Por quién demonios me tomas? ¡Eres mi mujer, maldita sea!

—Pero él no lo sabe, y quiero ser yo quien se lo diga. Y si él ha venido a reencontrarse con la esposa que perdió, probablemente su primera reacción...

Cuando comprendió a lo que me refería, pareció hervir de furia, pero para mi sorpresa solo asintió.

—Solo ponte en su lugar.

—Ya lo he hecho, por eso tomo mis medidas.

Lo miré imprimiendo en mi semblante una clara advertencia. En ese instante la voz que llegó a mí me paralizó. Giré.

—¡Shahlaa!

A pocos metros de mí, dos hombres me contemplaban claramente emocionados. Rashid casi se echó a correr hacia mí.

Por un momento, no lo reconocí: lucía una barba cuidada y su cabello oscuro estaba más corto de lo acostumbrado, parecía cansado y ojeroso, pero en ese preciso momento, irradiaba felicidad.

Mi tío Rodrigo sonreía sin poder contener las lágrimas.

En un rápido movimiento, los hombres de Gunnar se adelantaron cerrándoles el paso. Oculta tras aquellas gigantescas espadas, intenté en vano recomponer mi impresión, pero la losa fría y pesada que había aprisionado mi pecho permanecía. Una mano aprisionó la mía. Miré de nuevo a Gunnar.

—Te amo —susurró casi con un hilo de desesperación.

No podía hablar y me solté. El temor de su mirada se acrecentó.

—Confía en mí —logré articular.

—No sé cuánto seré capaz de soportar —me previno.

—Confía en mí —repetí con toda la calma que pude reunir, aunque mi interior era un amasijo tembloroso y caótico.

La voz de Rashid había arrancado recuerdos demasiado vívidos del amor que habíamos compartido. Estaba allí, y eso ya era una inequívoca señal de lo que seguía sintiendo por mí. Supe que iba a ser más duro de lo que había imaginado; si alguien no se merecía esto, era él.

Un tercer hombre se acercó a nosotros, era el traductor.

—¡Acérquense y recojan lo convenido! —habló en lengua nórdica.



Fui escoltada frente a la tienda principal, en la que un maltrecho banco de madera sostenía una balanza; en uno de sus platos, habían apilado un puñado de dirhams de plata. En el otro, una serie de pesas equilibraba ambos platillos. Mi rescate.

Rashid y Rodrigo aguardaban impacientes el intercambio. Cometí el error de mirar a Rashid. Sus ojos negros como la noche prácticamente me devoraron.

Recordé la noche que pidió mi mano. Era la primera vez que habíamos estado cerca, y su impaciencia nos había incomodado tanto a mi madre como a mí. En aquella ocasión, su mirada habló con tanta claridad como lo hacía ahora, con una diferencia, no iba a conseguir lo que había ido a buscar.

Metieron la plata en un saco de sarga, lo anudaron y se lo entregaron al guerrero más cercano. El traductor pareció atemorizado ante el tamaño de Thorffin y con cautela le extendió la bolsa.

—¿Y ahora qué? —inquirió mirando a Gunnar.

Pero, antes de que respondiera, me adelanté; ese simple gesto bastó para que Rashid se abalanzara sobre mí. Me rodeó con sus brazos y me besó.

—¡Shahlaa, mi amor! ¡Mi amor, mi amor...!

Una lluvia de besos cubrió mi rostro. De nuevo me abrazó embargado por el llanto. Temiendo la reacción de Gunnar intenté apartarme sin resultado alguno.

Aquellos besos despertaron emociones confusas en mí, sentí compasión, dolor por lo perdido, vergüenza por mi traición y sobre todo nostalgia de aquel primer amor roto por el destino y por mi debilidad.

—¡Leonora!

Mi tío aguardaba su turno. Me lancé a sus brazos y sollocé abiertamente. Sentí que no podía hacerles eso. Lamenté haber ido, solo deseaba correr lejos de allí, esconderme en una cómoda cobardía para alejar el dolor que me atravesaba.

—¡Por fin te encontramos!

Logré separarme lo suficiente para preguntar por mi madre.

Los cerúleos ojos de Rodrigo se empañaron nuevamente.

—Aguardando tu regreso, ha rezado cada día desde entonces, hoy Dios nos ha escuchado.

Cada palabra era un puñal afilado que se clavaba en mi alma.

—¿Y Khaled? —pregunté con voz temblorosa.

La imagen de su cuerpo ensangrentado tirado en la calzada no me había abandonado. Miré a Rashid, en su rostro vi la respuesta. Otro puñal me atravesó.

—Vivió un tiempo después de aquello. Tu madre lo recibió en su casa. Por un momento pensamos que se repondría, pero desgraciadamente unas fiebres se lo llevaron dos meses más tarde —explicó apesadumbrado.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano en un gesto del todo infructuoso, pues no dejaban de brotar. Intenté serenarme recordándome lo que había ido a hacer, pero quedaba una pregunta.

—¿Y... sus hijos?

Fue Rodrigo quien habló.

—Viven con tu madre, ella los ha acogido. Khaled se lo pidió.

Me consoló saber que no estaba sola y que se había reencontrado con mi padre. Imaginé que la presencia de mis medio hermanos la hacía sentirse más cerca de mí, pero ¿qué pensaría cuando supiera que no iba a volver? ¿Lograrían ellos ocupar mi vacío, mitigar algo su pena? Deseé con todas mi fuerzas que así fuera.

Entonces me di cuenta de que los árabes miraban bastante nerviosos a los guerreros, algo muy normal teniendo en cuenta su tamaño y ferocidad.

Pero permanecían inmóviles sin ninguna intención de marcharse. Aquello los desorientaba. Por regla general, los vendedores desaparecían tras satisfacerse el acuerdo. No obstante, Thorffin permanecía rígido con la bolsa repleta de plata sujeta en su mano izquierda, sin saber muy bien qué hacer con ella.

Rashid de nuevo se acercó a mí con la clara intención de atraparme en sus brazos. Fue justo el momento en el que Gunnar decidió intervenir.

Alargó la mano y, en un rápido movimiento, arrebató la bolsa, seguidamente se adelantó con la velocidad de una pantera e interpuso la saca entre Rashid y yo, evitando el inminente contacto. Rashid retrocedió y miró a Gunnar; y él me contempló a mí.

Me fijé en la expresión de cólera contenida por el efusivo reencuentro. Era el momento. Tragué saliva.

—Hay... algo que quiero decir —comencé con la voz algo temblorosa.

—Habla en el barco —interrumpió Rashid—. Me muero de ganas de abandonar estas costas. —Observó con evidente desagrado a Gunnar y añadió—: imagino que este rufián quiere un incentivo para escatimarle a su jefe; le daré mi medallón; no quiero tener problemas con estos bárbaros.

Agradecí al cielo que los bárbaros en cuestión no entendieran ni una palabra de árabe.

Ya alzaba los brazos tras su cuello cuando puse una mano en su codo para detenerlo.

—No quiere tu medallón.

—Pregúntale qué desea y que se largue de una vez.

—Sé lo que quiere.

Rashid alzó las cejas interrogante, y Rodrigo miró con evidente desconcierto a Gunnar para luego clavar en mí una mirada llena de desasosiego.

—A mí.

Instantáneamente se miraron entre ellos con una expresión de alarma reflejada en sus rostros y a continuación me observaron algo aturcidos.

Rashid dejó caer la bolsa al suelo y me atrajo hacia él.

—No puede romper el trato, el intermediario nos aseguró que era su *jarl* quien hacía la venta. No tiene ningún derecho sobre ti.

—Sí lo tiene.

En los oscuros ojos de Rashid brilló el temor. Tomó con fuerza mis hombros, acercó su rostro al mío y con vehemencia exclamó:

—¡Escúchame, Shahlaa, nada de lo que haya pasado en este tiempo me importa! ¿Lo oyes? ¡Nada! Imagino que te habrás visto obligada a hacer... cosas que de otro modo no habrías hecho, yo lo comprendo.

Entonces recordé la carta que la misma Amina había escrito en nombre del *jarl*. Era imposible saber la cantidad de ignominias que habría lanzado contra mí, pero sin duda de una sí era culpable y, por la expresión de Rashid, supe que había creído cuanto se narraba en aquella misiva, y aun así...

—Durante todo este tiempo me he visto obligada a hacer muchas cosas —concedí. Hice una pausa y miré directamente a Gunnar—. Pero te aseguro que otras no, y la decisión de quedarme es una de ellas.

Los hombres me miraron boquiabiertos. La expresión petrificada de Rashid fue desgarradora. Negó con la cabeza como si hubiera sido producto de su imaginación. Rodrigo ni siquiera parpadeó, parecía una estatua con la boca desencajada. Sus arrugas se acentuaron.

—¡No puedes hablar en serio! ¡Has perdido el juicio, muchacha!

Rashid ni siquiera fue capaz de articular palabra, parecía faltarle el aire. Por un momento, pensé que se desplomaría.

—No, tío, no he perdido el juicio. Soy consciente del impacto de mi decisión, espero que puedan perdonarme algún día.

El cetrino rostro de Rashid tornó de un pálido casi marmóreo a un rojo intenso. Temí un arranque de ira y, para evitar una confrontación abierta, lo tomé del brazo y lo encaminé a la tienda.

—Será mejor que hablemos en privado —propuse.

Antes de adentrarme con él, miré hacia atrás. Gunnar no parecía muy complacido con la idea. Me pregunté cuánto tardaría en irrumpir como un desquiciado.

La lona roja de la tienda teñía de bermellón la suave luz que traspasaba su textura y daba la impresión de un falso y acogedor atardecer. En el interior, las alfombras y los cojines que cubrían el suelo traían a mi memoria la habitación en la que tanto nos habíamos amado Rashid y yo. Cerré los ojos y aspiré con fuerza. Cuando los abrí, la mirada acusatoria de él me golpeó.

—No puedes hablar en serio —comenzó. Su voz era ahora apenas un hilo—. No imaginas cuánto te hemos buscado, cuánto te he echado de menos, Shahlaa. Todo este tiempo he vivido sin corazón, ¿por qué haces esto?

—Porque Shahlaa murió.

Sus ojos se abrieron con asombro, torció la boca ligeramente y de nuevo negó con la cabeza, el miedo se le dibujó en el semblante.

—Sí —agregué—, Shahlaa murió aquel día junto al puerto de Isbiliya. Murió con cada paso que daba para sobrevivir y, a pesar de eso, me aferré cuanto pude a tu recuerdo, a nuestro amor; sin embargo, no fui lo suficientemente fuerte para resistir.

Estaba demasiado ocupada manteniéndome con vida, y en esa lucha otro sentimiento comenzó a invadir mi corazón diluyendo tu recuerdo. Te juro que peleé contra él, pero terminó dominándome. Yo... amo a otro hombre y me he convertido en su esposa.

Retrocedió tambaleante, boqueó como un pez buscando aire y comenzó a adquirir un alarmante tono grisáceo.

Sentí su furia, su decepción, su dolor. Me sentí como si le hubiera clavado un puñal en el pecho y, en realidad, lo había hecho. No me iba a ser fácil vivir con eso.

—¡No, no, no...! ¡Tú eres mi esposa, de nadie más!

Había alzado la voz considerablemente y temí que apareciera Gunnar. Me acerqué con intención de calmarlo, pero aquello fue un craso error.

Rashid se abalanzó sobre mí y me derribó sobre la alfombra. El impacto me dejó sin respiración, pero la enloquecida mirada del hombre que tenía encima me sobrecogió lo suficiente para recuperar el resuello.

Comencé a debatirme en un intento por sacármelo de encima y, aunque era mucho más menudo que Gunnar, su furia lo dotó de una fuerza extraordinaria. No conseguí moverme. Me había apresado las manos por encima de la cabeza y me besaba con voracidad. Giré la cabeza en un fútil intento por evitar su boca, pero aquello solo lo alteró más, así que decidí permitirle besarme hasta que se calmase.

Mas, cuando abrí la boca y su lengua invadió la mía, los recuerdos me abofetearon con violencia. Sentí ganas de llorar y, por un instante, maldije a Gunnar. Aunque me embargaron emociones contradictorias, sí descubrí que el hormigueo que había despertado una vez en mí, ya no estaba. Solo aquel bárbaro maldito lograba encogerme el estómago con una sola mirada, solo él encendía la chispa de mi pasión, solo él conseguía que sintiera revolotear mariposas en el pecho con el simple roce de sus labios.

Rashid también notó mi frialdad. Fue suficiente para que se apartara completamente derrotado.

Inmediatamente me puse de pie. Solo mirarlo me llenaba de angustia.

—Es ese gigante de ojos verdes, ¿verdad?

Asentí.

—Lo siento. Simplemente pasó.

De pronto, dejó escapar una abrupta carcajada.

—¿Y ya está? Acabas de destrozar a un hombre y dices que simplemente pasó. — Dio un paso hacia mí y tomándome por los hombros comenzó a zarandearme—. ¡Acabas de hacerme añicos cualquier posibilidad de ser feliz, de volver a sentir, incluso de volver a vivir!

—Yo...

No pude reprimir más las lágrimas.

—Yo... no sé qué decir, salvo que espero que puedas recuperarte y casarte de nuevo. Estoy segura de que tarde o temprano encontrarás el amor. Nadie lo merece más que tú.

Pasó las manos por su negro cabello, alborotándolo. Agitado, se paseó por la estancia dando patadas a cuanto cojín se interpuso en su camino.

—¡No y mil veces no! —gritó encolerizado—. Nunca amaré a otra, lo sé, siempre lo supe y lo que ahora me queda dolorosamente claro es que tú —me señaló casi con desprecio—, ¡tú jamás me has amado lo suficiente!

—Eso no es verdad —me defendí.

Rashid gritaba al tiempo que caminaba de un lado a otro. Gesticulaba exageradamente, desfogando en sus ademanes la ira que lo sacudía.

—¡Claro que es verdad! ¿Acaso crees que yo habría dejado de quererte aunque me hubieran alejado cien años de ti? ¿Aunque una decena de hermosas mujeres me hubieran tentado? ¡No, nunca!

—¡Ya te he dicho que resistí cuanto pude!

—¡Sí, ya imagino cuánto resististe! Seguro que te abriste de piernas a la primera oportunidad.

Como accionada por un resorte, levanté la mano y la estampé con violencia en su mejilla.

—¿Sabes quién escribió esa carta? ¿Sabes con quién he tenido que convivir todo este tiempo?

La mirada azabache de Rashid me penetró.

—Con Amina. La apresaron como a mí, y puedo asegurarte que me hizo la vida imposible, ella adornó la misiva del rescate.

Claramente sorprendido, abrió desmesuradamente los ojos. Tragó saliva antes de hablar.

—No puedo creerlo —musitó.

—No creerías por todo lo que he pasado.

Esta vez me miró algo avergonzado, al menos había conseguido apaciguarse lo suficiente para escucharme.

—Han atentado en más de una ocasión contra mi vida, me azotaron, me violaron y golpearon, me acusaron de brujería, me despreciaron y la mayor parte de esas cosas fueron propiciadas por ella.

Las lágrimas llegaron saladas a la comisura de mis labios, pero era amargor lo que sentía.

—Aunque sí debo confesar que me entregué a él y solo a él por voluntad propia. Al principio, por evitar que me entregaran al temible *jarl*, el hombre que me violó, pero después... se metió en mi alma.

Rashid también lloraba, me miraba roto. Su apuesto rostro se ensombreció y cayó en un abismo del que temí que no saliera.

Asustada lo abracé y lo acuné con dulzura. Él se dejó caer en mis brazos, sacudido por los sollozos. Acaricié su cabello y le susurré palabras de consuelo. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero cuando dejamos de llorar Rashid tomó mi rostro entre sus manos y me contempló largamente.

—Estás más hermosa que nunca, es como si resplandecieras y eso me mata, porque yo no soy el causante —susurró con semblante enamorado.

—Volverás a amar; solo necesitas tiempo.

Negó con la cabeza y sonrió levemente con el dolor todavía desfigurándole las facciones.

—Nunca dejaré de amarte, Shahlaa, para mí siempre estarás viva aquí. —Se señaló el pecho—. ¿Y sabes por qué lo sé?

No contesté, pero me encogí aguardando una respuesta.

—Porque en este tiempo en el que cabía la posibilidad de que estuvieras muerta, tuve que casarme de nuevo.

Hizo una pausa para escrutarme el rostro, yo reflejé en él mi asombro, pero resultaba obvio que él esperaba encontrar algo más. Suspiró contrariado.

—Tuve que hacerlo porque me arruiné empecinado en tu búsqueda. Desvié a mi flota de las rutas comerciales para seguir tu pista, contraté a un grupo de hombres para que averiguaran tu paradero y negociaran tu rescate. Yo mismo viajé a estas tierras sin resultado alguno. Desatendí mis negocios, perdí importantes clientes, además ya no pude costear los gastos. Solo me quedaba una opción, y era desposar una mujer con una dote elevada. Y lo hice. Ella no es como Amina, se llama Raissa y es una buena mujer, dulce y paciente. Yo... tengo un hijo.

Aquello sí que me conmocionó. Comencé a encontrarme mal, incluso sentí que la última comida se revolvía inquieta en mi estómago.

—Es evidente que no puedo reprocharte nada, pero me parece muy injusto que me echés en cara mi debilidad cuando tú también has tenido las tuyas.

—Te echaba de menos. No tienes ni idea de cuánto. Añoraba tu cuerpo, tu piel, tu sonrisa, tu calor. Necesitaba refugio, y ella me lo dio sin preguntar ni exigir, sabiendo que mi corazón te pertenecía a ti. Por eso sé que ninguna ocupará tu lugar. Una sola mirada tuya logra que vibre cada fibra de mi ser, algo que no me ocurre ni siquiera yaciendo con otra mujer. No, no es comparable. Lo que tú me haces sentir es tan grande, tan profundo, tan especial que sé que jamás volveré a experimentarlo si no es contigo.

Me tomó las manos y me miró con una intensidad abrumadora.

—Por eso te pido que me des una última oportunidad, sé que volveré a enamorarte. Lograré que lo olvides. Este mundo no es para ti. Ese hombre es un guerrero, tarde o temprano sucumbirá bajo una espada mayor que la suya, y entonces te quedarás sola, rodeada de extraños en un lugar inhóspito y peligroso sin nadie que te proteja. Si regresas conmigo, estarás con gente que te quiere, con tu familia. Entre todos conseguiremos que olvides esta locura. Piénsalo, por favor, es lo más racional.

Tentada por la mención a mi familia, por el profundo amor que manaba de sus ojos y por la comodidad de una vida segura, bajé la mirada y le di la espalda.

No. No abandonaría a Gunnar, sin embargo, el corazón me sangraba irremisiblemente; las ganas de ver a mi gente me estaban devastando. Hice acopio de fuerzas y respiré hondo. Me dolía el pecho y los ojos, tenía náuseas y me encontraba algo mareada.

—Sí —otorgué—, es lo más racional, pero el amor no lo es, ¿verdad? Además, si algo he descubierto, es que soy demasiado egoísta para compartir a mi hombre. No importa que tu esposa sea una santa; yo no la soportaré ni creo que ella a mí. Un



matrimonio es solo cosa de dos y por supuesto que no voy a arrebatárselo a un niño a su padre. Vuélcate en ellos, no encontrarás mejor bálsamo. Y, si algún día regreso, no llamaré a tu puerta, sino a la de mi madre.

—Mi puerta estará siempre abierta para ti, como mi corazón.

Sonreí entre lágrimas, él no aguantó más y me abrazó de nuevo.

—No sé si voy a poder vivir sin ti —confesó con la voz estrangulada.

Alcé el rostro y lo miré.

—Llevas casi tres años haciéndolo.

Él sepultó su rostro en mi cabello y me ciñó con más fuerza. Al cabo me soltó y se dirigió hacia una esquina de la tienda, tomó una lámpara de aceite y la encendió con una vela. El día había oscurecido y las penumbras que nos rodeaban se habían convertido en sombras pesadas. Se acercó a mí portando la lámpara y la colgó de un gancho que pendía del centro del techo entelado. Luego me atrajo bajo el farol.

—¿Puedo al menos despedirte con un beso?

No podía negarme, aún a sabiendas de que el beso iba a estar a la altura de lo que sentía por mí.

Asentí.

Rashid miró al frente, a la lona iluminada por el candil y acto seguido me tomó en sus brazos y me besó con pasión. Sus manos tampoco estuvieron quietas, recorrieron cada curva de mi cuerpo. Iba a ser la última vez que iba a estar en sus brazos y pensé que aquella pobre limosna por mi parte supondría un momento inolvidable para él. Sería nuestro último encuentro, no podía escatimárselo después de haberlo herido tan profundamente. Sin embargo, sí había alguien que pensaba hacerlo.

Entró como una tromba, sacudiendo con su gran presencia las varas que sujetaban la tienda. Todo tembló, la lona, el farol y sobre todo yo.

Gunnar se abalanzó sobre nosotros y nos separó. Su rostro estaba contorsionado por la ira. Agarró a Rashid por la pechera de su túnica y le propinó un tremendo puñetazo que lo impulsó al fondo de la tienda. Ya avanzaba de nuevo hacia él cuando me interpuse.

—Era una despedida.

—¿Y piensas que voy a quedarme de brazos cruzados mientras veo como manosean a mi mujer? Apenas si pude contenerme cuando lo oí gritarte.

Entonces comprendí el ardid. Había utilizado astutamente la lámpara para que desde fuera se vieran con total claridad nuestras siluetas. Quería provocarlo y lo había conseguido, estaba claro que no conocía el carácter explosivo de Gunnar. Me volví hacia él, se incorporó maltrecho. Una brecha sangrante se abría en su pómulo.

—¿Qué demonios te proponías?

Se acercó a nosotros desafiante. Clavó sus negros ojos con un odio feroz. Mostrándose retador, me sonrió para luego mirarlo de nuevo.

—No sabes cómo lamento no hablar su lengua, pero tal vez quieras traducir mis palabras.

Negué con la cabeza.

—Me lo imaginaba. —Resopló y me contempló con lascivia. Estaba claro que pedía a gritos un enfrentamiento—. De todos modos, voy a decirle lo que siento y espero que grabe estas palabras y que algún día logre descifrarlas.

Se acercó a él y alzó altivo la mirada. Gunnar le sacaba una cabeza y dos cuerpos; estaba mostrando un valor inaudito, pero también estúpido.

—Te odio, gigante malnacido, y te odiaré por el resto de mi vida. Te deseo una vida corta y desgraciada, porque yo —y se señaló con vehemencia— siempre amaré a esta mujer. —Me señaló a mí—. Sé que al final será mía, no sé cuánto habré de esperar, pero sé que volverá a mí. Tú no la mereces.

Gunnar también fijaba sus ojos en él. Apretaba con fuerza los puños para contener las ganas de golpearlo. Solo mi mirada suplicante lo mantuvo inmóvil.

—Puedes agradecer que no entienda lo que dices, aunque lo imagino. Pero ella es mía —replicó con fiereza.

Y, como para confirmar sus palabras, me tomó en sus brazos y me besó con fuerza. Sentí que las rodillas me flaqueaban, me agarré a él y de repente sentí que la negrura me arrastraba. Escuche dos nombres distintos provenientes de dos voces opuestas, pero en ambos destacaba la alarma.

Cuando abrí los ojos, me encontré con un rostro que había casi olvidado inmersa en aquel ciclón de acontecimientos.

Ada de Montinag presionaba contra mi frente un paño húmedo al tiempo que sonreía. Sus enormes ojos oscuros eran cálidos y profundos. Le devolví agradecida la sonrisa.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste, aunque no era para menos, por un momento pensé que iban a matarse por ti.

—No lo habrán hecho aprovechando que no los vigilaba, ¿no?

Uno de los contendientes entró con semblante preocupado en la tienda y se arrodilló a mi lado.

—No, casi nos matas tú del susto —arguyó Gunnar a modo de reprimenda—. Te dije que debías comer más, estás muy débil.

Inmediatamente desenvolvió de un trapo grasiento un pedazo de queso amarillo y me lo ofreció. El intenso olor que desprendía me golpeó provocándome unas náuseas terribles.

—¡Aparta eso de mí!

Me retorcí presa de una arcada, pero no llegué a vomitar. Más calmada, volví a tenderme en el jergón.

—Estás enferma —confirmó Gunnar— y más blanca que la leche de mis vacas.

—¡Vaya, gracias por los cumplidos! ¿Hay algo más que quieras resaltar?

Sonrió y me besó la frente.

Ada se retiró discretamente.

Entonces Gunnar me contempló más gravemente, no supe descifrar su expresión.

—Dímelo —pidió.

—¿Lo necesitas? ¿Acaso no confías en mí?

Resopló y me miró.

—La última vez que me pediste que confiara en ti, te encontré besando a otro hombre.

—Yo no besaba, solo dejaba que lo hicieran —aclaré.

—De cualquier forma, fue una dura prueba para mí. Lo habría matado si no hubiera sabido que me habrías odiado por ello.

Me incorporé sobre un codo y acaricié suavemente su mentón que ya comenzaba a raspar poblado de una barba incipiente, pero dura.

—Te amo —susurré—. ¿Acaso el abandonar a mi familia no es ya una prueba de lo que siento por ti?

—Sospecho que, cuando te enfades conmigo, lo utilizarás para echármelo en cara.

—Soy yo quien ha tomado la decisión, no tiene sentido achacártelo a ti. Y eres muy listo al privarme de esa baza, ahora, aunque quiera hacerlo, no podría, acabas de anular esa posibilidad. Pero, tranquilo, estoy segura de poder encontrar muchas otras cosas que atribuirte cuando me hagas perder los estribos.

Gunnar rio y me estrechó entre sus brazos, cada vez que lo hacía parecía rejuvenecer. Me prometí hacerlo reír a diario.

—¿Dónde está él?

Resopló incómodo.

—Está ahí fuera caminando en círculos como un oso acorralado y hambriento. Te juro, Freya, que no va a poder contenerse mucho más, he visto muchos hombres al límite y, cuando me salte al cuello, no me quedará más remedio que defenderme.

Fuera se escuchaban voces de hombres dando órdenes en árabe. Las melodiosas cadencias de esa lengua caldeaban mi alma al tiempo que acuciaban más la pena que anidaba en mi interior; era como si un pájaro carpintero picase de manera insistente la madera con la que intentaba protegerme.

—Están desmontando el campamento —descubrí con un dejo de tristeza.

Estaba a punto de alejarse para siempre la última oportunidad de ver a mi madre. El peso en mi pecho tiraba con fuerza hacia abajo, sentí la necesidad de asir la mano de Gunnar para alejarme del abismo que amenazaba con atraparme.

Inmediatamente me abrazó interpretando correctamente mi expresión.

Su calor me reconfortó y me aferré con fuerza a su pecho. Ahora él sería mi único asidero, mi refugio, y, esperaba, que mi consuelo, pues sabía que la nostalgia iba a atacarme de manera implacable en más de una ocasión. Una idea se formó en mi cabeza. Debía despedirme de mi madre.

—Trae a mi tío —pedí.

Se levantó y salió a cumplir mi encargo. Tras su salida, una fresca brisa se filtró ondeando la lona, cerré los ojos y aspiré el salobre aroma que invadió la estancia. De repente, sentí la punzada del hambre, tan aguda que me sobrecogió. Miré en derredor, pero no vi nada comestible. Ya me levantaba cuando otra ráfaga de aire entró precediendo a mi tío.

Llevaba un saco medio abierto del que asomaba una hogaza de pan. Otros bultos, imaginaba que más apetitosos, contorneaban la sarga. Me incorporé agradecida por aquella atención.

—Ese bárbaro cree que comes como él. Con lo que ha metido aquí tendrías para una semana.

Aunque sus palabras estaban teñidas de desagrado, me sonreía con mirada afectada.

Me entregó el saco y descolgó de su hombro un odre.

—Es uno de los mejores vinos de al-Andalus, disfrútalo por última vez.

—Quiero escribir una carta a mi madre con una despedida, un ruego y un deseo.

Estarás siempre conmigo, perdón y felicidad, en ese orden. Además necesitaba contarle tantas cosas. Aventuras, desventuras y sentimientos. Quería describirle a Gunnar, a Eyra, a Jimena, a Blanca, a Inga y a todos los que me habían brindado su apoyo, y pensé que más que una carta se convertiría en un legajo interminable.

Rodrigo asintió, sus cerúleos ojos se humedecieron.

—Cada vez que te miraba era a mi amigo a quien veía. En un principio, me sentí traicionado, más tarde comprendí que el amor nos zarandea como burdas marionetas. Con el tiempo olvidé mi resentimiento hacia Khaled y, a través de ti, logré perdonarlo.

Hizo una pausa, sus ojos acuosos se clavaron en los míos cargados de comprensión.

—Ahora eres tú la víctima de sus caprichos y nada de lo que pueda decirte va a lograr liberarte de ellos. Va a ser duro para todos, pero no nos queda más que aceptar tu voluntad. —Tomó mis manos entre las suyas y con semblante grave añadió—: pienso que estás cometiendo un grave error, que ningún hombre podrá amarte más que Rashid. No tienes ni idea de por lo que ha pasado, y ahora...

—Tío, sé que lo superará. Ahora tiene un hijo y una esposa.

Rodrigo negó con la cabeza, su cabello dorado veteado de plata se agitó alrededor de su rostro.

—Se refugiará en ellos para poder soportar el dolor, pero jamás lo superará. Realmente espero que ese gigante merezca la pena, porque acabas de condenar a un gran hombre por él.

—¿Crees que podría quedarme con él si no lo mereciera? Luché, tío, te lo juro, hasta el último momento. Incluso negué lo que sentía con la intención de regresar. Comencé este viaje pensando en volver a mi hogar, a mi vida anterior, pero, a cada paso que me acercaba al reencuentro, mi corazón sangraba. No pude resistir más. Amo a ese hombre, incluso más de lo que amé a Rashid, y no puedo vivir en contra de mis sentimientos.

—Entonces solo nos queda vivir con ello.

Se levantó bruscamente. En su rostro se reflejó la amargura, pero también la aceptación.

Se dirigió al fondo de la tienda y de un arcón extrajo un pergamino, un pequeño tintero y una pluma que depositó en un maltrecho pupitre. Sus movimientos eran pesados y lentos, teñidos de desgana.

—Ahí tienes lo que pediste.

Ya se marchaba cuando me levanté y lo detuve.

—Sé cuánto te estoy haciendo sufrir, solo espero que puedan perdonarme. —Las lágrimas que había estado conteniendo brotaron—. Tío, esta es posiblemente la última vez que nos veamos y, aunque merezca tus desaires, ¿podrías abrazarme?

Su respuesta no se hizo esperar. Me estrechó entre sus brazos y me acunó como cuando era pequeña. Cuando nos separamos, no fue capaz de mirarme, salió como una tromba envuelto en una maraña de emociones.

Había perdido el apetito.

Respiré profundamente y me enjuagué las lágrimas. Me encaminé hacia el pupitre y me arrodillé frente a él. Alisé el pergamino y clavé la vista en la superficie amarillenta y rugosa. A mi mente acudió un tropel de palabras desordenadas; era del todo imposible plasmarlas en aquel pequeño pergamino. Cerré los ojos y ordené los pensamientos. Tras un instante, tomé la pluma y, mojándola en tinta, las frases comenzaron a surgir. Entre mis resumidas explicaciones, tan solo una frase se repetía una y otra vez “te quiero”.

\* \* \*

Había logrado comer algo cuando unos gritos me sobresaltaron. Salí como una flecha de la tienda y mis temores se vieron confirmados.

Rashid sostenía una espada por encima de su cabeza con la clara intención de hundirla en la de Gunnar. Tenía el rostro contraído en una expresión casi demoníaca. Perdió todo el control descargó un mandoble con ferocidad.

Gunnar detuvo cada una de sus embestidas con su formidable acero sin contraatacar. Resultaba más que obvio su superioridad en aquellas lides y aguardaba paciente que el cansancio minara la ira de su oponente. Sin embargo, yo no estaba dispuesta a esperar tanto.

—¡Basta! —proferí en árabe.

El chasquido de las espadas restalló en mis oídos. Ninguno me miró. Al contrario, el enfrentamiento se volvió más encarnizado. Gunnar comenzaba a responder con más fervor y, en una estocada rápida, logró desarmar a Rashid. Él, por acto reflejo, retrocedió, tropezó con una piedra y cayó sobre la arena. Veloz como un rayo, Gunnar se le abalanzó y le apoyó la punta de la espada en el cuello.

—¡Adelante, maldito demonio, acaba con mi agonía! —exclamó entre jadeos.

Gunnar me miró sin apartar la espada. Sostuve su mirada. Me sudaban las manos y las náuseas volvieron a importunarme. Me acerqué a Rashid, me agaché junto a él y le tendí la mano. En lugar de aceptarla, tomó una daga de su cinto y me la ofreció.

—¡Acaba lo que empezaste! —exigió.

Sus negros ojos velados por la agonía me taladraron. Tomó mi mano y colocó en ella la empuñadura. A continuación, la acercó a su pecho y la presionó peligrosamente.

—Acaba de una vez, te lo suplico. No podré soportarlo, no puedo vivir sin corazón.

Tiré hacia atrás y lancé la daga todo lo lejos que pude. Gunnar retiró su espada, pero no se movió.

Me arrodillé y tomé el desolado rostro de Rashid entre mis manos.

—¡No puedes abandonar a tu hijo! ¡No vas a rendirte, maldita sea! —Imprimí en mi voz toda la furia de la que fui capaz—. ¡Escúchame bien: te he fallado! ¿Lo oyes? No merezco tu amor, no merezco ni una sola de tus lágrimas, yo...

Luché contra las ganas de llorar, cerré los ojos con fuerza y suspiré antes de poder continuar.

—Yo no soy quien era, no soy la mujer que conociste, esa mujer ya no existe. Por eso debes olvidarme, abre tu corazón a quien sí lo merezca. Fuiste un esposo maravilloso y estoy segura de que además eres un padre estupendo. Un hombre como tú no debe malograrse por alguien como yo. Piensa en tu hijo y encontrarás las fuerzas que necesitas. ¡Mírame! Shahlaa no está, ya no.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. La expresión se le contrajo en una mueca desgarradora. Acababa de comprender que su esposa había muerto hacía ya casi tres largos años. Yo también lloré, porque, a pesar de no amarlo como antaño, sí perduraba en mí el cariño y la nostalgia de una relación interrumpida bruscamente por el destino. Sentí deseos de abrazarlo, mas supe que eso tan solo empeoraría la situación, de modo que permanecí inmóvil, contemplando su desoladora aceptación.

De pronto, Gunnar me tomó del brazo y me incorporó acercándose a él en un ademán claramente posesivo.

—Debemos marcharnos cuanto antes, no alargues su sufrimiento —espetó con frialdad.

Asentí y ya me volvía cuando un extraño, pero a la vez familiar silbido, cruzó el aire. Un grito nos sobresaltó. Uno de los marineros cayó de rodillas con una flecha clavada en el pecho. Alguien dio la voz de alarma, pero casi inmediatamente otra ráfaga de silbidos surcó el cielo. Por acto reflejo me encogí cuanto pude y me cubrí la



cabeza con los brazos, pero Gunnar me ofreció una protección mayor, aunque más pesada. Se lanzó sobre mí derribándome en la arena y cubriéndome con su cuerpo. Sepultada por él, escuché gritos amortiguados y exclamaciones de sorpresa.

Intenté mirar hacia un lado y se me aceleró el corazón al ver dos flechas clavadas en la arena a menos de un palmo de donde estábamos. Intenté girar, pero Gunnar no me lo permitió, al cabo descubrí por qué, de nuevo aquella sibilante melodía mortal descendía hacia el campamento. Cerré los ojos y apreté los puños. Apenas percibía las alocadas carreras de los hombres que buscaban refugio y los gritos de los heridos; me sumergí en una oración repetitiva y suplicante a un dios que hacía tiempo que no nombraba.

—¡Rápido, debemos llegar al barco! —exclamó Gunnar al tiempo que me levantaba con premura. Inmediatamente busqué a mi tío y a Rashid de un rápido vistazo, pero no los encontré.

Thorffin nos alcanzó y, entregando a Gunnar su escudo, nos escoltó hacia la orilla. En ese preciso instante, nos tropezamos con Rashid que salía de la tienda con un pequeño arcón.

—¿Y mi tío?

—Creo que está a bordo.

Gunnar empujó violentamente a Rashid, que cayó despatarrado al suelo tan confundido como furioso. Exhaló un pequeño quejido, dio un paso tambaleante hacia delante y se detuvo algo inclinado.

—¿Qué demonios...?

No terminé la frase espantada por lo que vi. Una flecha sobresalía de la espalda de Gunnar.

Rashid se levantó raudo y, aturdido, lo contempló. Sostuvo su mirada sin dar muestras de dolor. Me parecía increíble que todavía permaneciera en pie y, más aun, que sujetara el escudo tras mi espalda. Lo tomé por la cintura para que se apoyara en mí, pero fue él quien me sostuvo.

—Estoy bien —confirmó.

—No, no lo estás y maldito seas si me contradices.

Sonrió y agitó la cabeza.

—No estoy tan loco.

Thorffin, Ragnar y Erik aparecieron de la nada espada en mano dispuestos a ayudar a su *hersir*; tras ellos caminaba Ada con el miedo en los ojos. Ante mi asombro, Gunnar rechazó la ayuda y corrió tirando de mí como si lo que tuviera en la espalda fuera una brizna de hierba y no una gruesa flecha.

Seguros en la cubierta del navío, vimos cómo un numeroso grupo de guerreros bajaba a la playa envueltos en un atronador grito de guerra. Los marinos soltaron presurosos amarras y lentamente nos alejamos de la orilla. Agarrada a la baranda, distinguí una figura femenina entre aquellos fervorosos guerreros. Iba montada a caballo, su oscuro cabello ondeaba al viento. Permanecía inmóvil con la vista clavada en mí. Sentí un escalofrío y giré para encontrarme con la mirada curiosa de Rashid que también la observaba.

—Es ella —murmuré, sintiendo una mano helada en la nuca.

—Ella, siempre ella —susurró a su vez con profundo pesar.

Me volví dejándolo solo y me adentré en la bodega en busca de Gunnar. Lo encontré tumbado boca abajo con la rodilla de Thorffin sobre la parte baja de su espalda y sus dos enormes manos sujetando con fuerza el extremo saliente de la flecha.

—Esto va a dolerte —advirtió.

—Como todo lo que viene de ti —repuso.

Thorffin lanzó una carcajada y sin dilación tiró con todas sus fuerzas. Tras un gruñido seco logró sacar la flecha; la sangre fluyó del orificio le empapó la túnica.

—Va a quedarte una bonita cicatriz —masculló el gigante.

Gunnar resopló y sonrió quedamente.

—Si es proporcional a la delicadeza que has tenido, seguro que será la más bonita de todas.

—No te quejes, ¿o habrías preferido que te la arrancara lentamente? —Arrugó el ceño y, frotándose la barbilla, añadió—: puedo volver a clavártela si lo deseas.

Gunnar se incorporó sobre las palmas de las manos y se puso de pie con bastante agilidad. Me admiraba la gracia natural de sus movimientos incluso estando herido.

Al girar para enfrentarse a su amigo, ahogué una exclamación al contemplar su espalda. La herida era irregularmente circular, con los bordes desgarrados y sangrantes, y parecía profunda. No entendía cómo era capaz de soportar el dolor si lo

sentía. Me acerqué y me planté frente a él con los brazos cruzados bajo el pecho en actitud desafiante.

—Tumbate inmediatamente o seré yo quien vuelva a clavártela.

Sus verdes ojos chispearon, su sonrisa se iluminó. Ladeó la cabeza como evaluándome y finalmente extendió los brazos con intención de atraparme en ellos. Fue ese movimiento lo que lo hizo apretar la mandíbula con fuerza, su semblante se contrajo. Fui yo la que sonrió.

—Te está bien merecido por inconsciente —lo reprendí—. Ahora acuéstate y deja que los adultos se ocupen de los niños.

Mi mirada acusatoria abarcó a todos sus guerreros.

—Vaya, Gunnar, no solo te han robado el corazón, también el poder —apuntó Ragnar.

Erik rio entre dientes. Lo fulminé con la mirada.

—A ti, ni una cosa ni la otra; careces de ambas.

Gunnar observó boquiabierto cómo sus hombres bajaban dóciles la cabeza para ocuparse de limpiar las armas.

—Si me atreviera a reír, lo haría.

—No vas a atreverte en favor de tu salud, y no hablo de la herida.

Gunnar bajó la cabeza en señal de rendición y se tumbó nuevamente.

Paseé la mirada a mi alrededor y descubrí un cubo de agua medio vacío y algunos rollos de lona para parchear el velamen. Le pedí a Ada que me arrancara un trozo y lo humedecí en el agua que hedía a salitre. Escurrí el trapo y lo apliqué con cuidado en la herida: la espalda se le tensó. Sonreí y, para contrarrestar el malestar, le aparté la espesa melena y le deposité un beso en la base del cuello. Yacía con la cabeza ladeada, los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

—¡Mmm... me gusta! —susurró complacido—. Si continuas, lograré olvidar que me duele, que tengo un boquete en la espalda y puede que hasta mi nombre.

Le deslicé las manos lentamente por los hombros. Le acerqué mi boca al oído y murmuré.

—Le has salvado la vida, ¿por qué?

—¿Acaso no lo sabes? —susurró—. Por ti, por supuesto, y también por mí. No habría soportado ver la culpa en tu rostro y que lo idolatraras como a un mártir caído. Será mejor para ambos que viva feliz con su esposa y su hijo.

Lo miré impávida.

—¿Cómo diablos sabes que...?

—¿De verdad pensaste que iba a estar presente en ese encuentro sin entender una palabra de lo que se decía?

Abrí la boca y volví a cerrarla. A mi cabeza acudieron frases incómodas y me sonrojé.

—No me fue difícil convencer al traductor. —Alzó con cuidado un brazo y con el dedo índice se señaló la frente—. Está todo aquí, palabra por palabra. Te juro que aguanté más de lo que imaginaba. Compadezco a ese hombre, pero también lo odio porque te tuvo. —Hizo una pausa y agregó—: y porque te ama casi tanto como yo. Aunque no entiendo cómo puede tomar a una mujer amando a otra.

El recuerdo de Sigrid puso un deje amargo en mi garganta.

—Tú lo hiciste —le recordé.

Ladeó más la cabeza y me contempló un instante.

—No, yo no tomé una mujer, tan solo busqué un alivio momentáneo a mi tortura; jamás me habría casado con ella.

De nuevo cerró los ojos y sonrió a medias, a pesar de su expresión grave.

Me tumbé a su lado en aquel estrecho camastro destartalado y pegué mi nariz a la suya.

—Te amo.

Su mirada brilló, su expresión se dulcificó.

—¿Desde cuándo? —inquirió curioso—. He estado preguntándomelo.

—Creo que incluso desde antes de ser consciente de ello. Primero fue la atracción, me contrariaba la facilidad con que respondía a tu pasión. Se suponía que era yo la que debía engatusarte y no al revés, aquello fue el principio. Luego, tras entregarme por primera vez a ti, me negué que hubiera algún sentimiento, pero lo había. El tiempo en el que fui tu esclava el sentimiento creció hasta desbordarme por completo. Sin

embargo, luché contra él, tal vez por lealtad a Rashid o en favor de mi regreso al hogar; amarte significaba renunciar a demasiadas cosas, pero finalmente me rendí. Era ya demasiado grande para fingir que no existía. Comprendí que nada me importaba si no estabas a mi lado.

—Afortunadamente para mí te rendiste justo a tiempo. Aunque faltó poco.

—¿Me habrías entregado si no te hubiera confesado que te amaba?

Permaneció un instante en silencio observando mi rostro, pero con la mirada lejana, meditando para sus adentros, indagando en su alma. Cuando volvió a hablar, su voz pareció resquebrajarse.

—Creo que no hubiera podido. ¿Arrancarme el corazón y entregárselo a un desconocido? No. Creo que no.

—¿Y entonces? ¿Tu separación, tu indiferencia, tu propia lucha?

—Intentos fallidos, patéticos y lastimosos. Aunque bienintencionados. Por un lado, no quería obligarte a estar conmigo; por otro, no me dejabas otra alternativa. Partí hacia Haithabu con el alma hecha pedazos, debatiendo conmigo mismo la posibilidad de llevarte a la fuerza o de dejarte marchar. Todavía andaba en esa lucha cuando tu cambio de actitud me dejó fuera de combate. Nunca olvidaré el beso que me robaste junto aquel arroyo, ni tu descarado coqueteo cuando cabalgábamos juntos. —Su mirada se humedeció—. Creí estar soñando, incluso llegué a pensar que eran imaginaciones mías, que había perdido el juicio, pero cuando me dijiste que me amabas... Habría entregado mi alma inmortal a Loki para que jugara con ella a su antojo a cambio de eso. Nunca he sido tan feliz.

Sus palabras, su voz, su mirada y la enternecedora expresión de su rostro me colmaron el corazón de gozo. Sonreí y le besé fugazmente los labios.

—Prometo hacerte feliz cada día.

—Ya lo haces, Freya, estar junto a mí es cuanto necesito.

Gunnar envolvió con su brazo mi espalda y me apretó contra él. Allí, de costado, nos fundimos en un abrazo. Me besó con fervor y olvidamos que éramos observados. Pero, cuando nos separamos, fueron unos ojos negros los que me encogieron el estómago.

Rashid nos observaba con el semblante demudado.

—Saberlo es una cosa; verlo, otra muy distinta.

Y, sin más, giró y ascendió la escalerilla hacia la cubierta principal.

Tragué saliva y me incorporé. Gunnar intentó retenerme sin conseguirlo.

—No vayas tras él, no alargues su agonía.

—¿No lo entiendes? Me siento mal, lo veo sufrir por mi culpa y eso me consume, yo... lo quise mucho y lo he traicionado. Si hubiera una forma de aliviar su pena...

Gunnar apretó la mandíbula. Sus labios se convirtieron en una línea fina y pálida.

—No creo que debas sentirte culpable, tú también fuiste una víctima.

Me levanté y alisé como pude mi túnica.

—Le he fallado en todo, deja al menos que lo acompañe en estos momentos.

—Te estás equivocando, luego no digas que no te advertí. Recuerda, si intenta algo, no tendré piedad.

—Es un caballero y ha comprendido que ya no le pertenezco.

—Puede ser, pero en ocasiones hasta el más hidalgo de los hombres se deja arrastrar por sus más bajos instintos, sobre todo, uno tan despechado como él.

Lo miré un instante, su desagrado era más que evidente, pero no le contesté; decidí hacer lo que sentía.

# Capítulo 13

## Huyendo del pasado

Anocheía.

El sol bruñía con su dorado resplandor el ondulado horizonte del océano; ese hipnótico halo anaranjado coloreaba también el hierático perfil de Rashid.

Inmerso en sus pensamientos, no se percató de mi presencia hasta que me apoyé en la baranda de popa. Suspiró profundamente, pero no me miró.

—No sabes cuánto lamento todo esto —comencé.

Giró levemente la cabeza, la brisa marina ondeaba en su bruno cabello, su apuesto rostro permanecía impassible, aunque percibí el férreo control que ejercía sobre sus emociones.

—La culpa es de Amina.

Su voz sí translucía toda su amargura.

—Si no hubiera matado a nuestro hijo, nunca habrías descubierto que tenías un padre en Sevilla y, por tanto, no habríamos estado allí cuando fue atacada.

Sentí deseos de posar mi mano en su hombro, pero reprimí ese impulso por temor a su reacción.

—Eso ya no importa, no pierdas tiempo en buscar culpables ni razones. No podemos cambiar el curso de nuestras vidas, tan solo aceptar lo que nos depara y sobre todo creer que encontraremos la felicidad en cada cambio que sufrimos.

Continuó sin mirarme, pero vi con claridad el mohín de disgusto en sus labios.

—Para ti es fácil decirlo, tú ya la has encontrado —me increpó.

—Tú también la encontrarás, solo tienes que abrirle la puerta.

Dejó escapar un sonido gutural que pareció una risa sin llegar realmente a serlo del todo.

—¡Oh, qué fácil lo ves! —se burló irritable—. Imaginar que has muerto, refugiarme en mi hijo y en mi esposa, abrir la puerta de la felicidad, ¿algún maravilloso consejo más?

Esta vez se volvió completamente y me miró. Sus oscuros ojos llameaban, el semblante contraído por la furia me impactó y me dejó sin palabras.

Una vez más, Gunnar había tenido razón: mi presencia solo lo alteraba más, sin embargo, en lugar de dar media vuelta y regresar a la bodega, me encaré con él.

—¡Maldita sea, no sé qué decirte! Quiero consolarte, me destroza verte así, equivocadamente pensé que podría ayudarte a entenderlo.

—¡Pues no puedes ayudarme! A decir verdad, estar cerca de ti y de ese... malnacido me revuelve las tripas.

—Ese malnacido te ha salvado la vida —le recordé.

—¡Y tú me la has robado!

Sostuvimos la mirada con intensidad.

Miró mis labios y me estremecí.

De repente, me sujetó el rostro con ambas manos, y acercó peligrosamente su boca a la mía sin llegar a rozarla.

—Solo hay una cosa que deseo hacerte, y es precisamente la que no estás dispuesta a darme —susurró con los ojos cerrados.

Cuando me miró de nuevo, supe que nunca iba a olvidarme del todo y mi traición pesó doblemente en mi pecho. Iba a tener que vivir con eso, como con tantas otras cosas de mi pasado.

—¡Perdóname! —supliqué aun sospechando su respuesta.

—Nunca, nunca, ¿me oyes?

—Bien —musité profundamente apenada—. Veo que es inútil.

Ya me alejaba cuando murmuró:

—Acabarás arrepintiéndote.



Tragué saliva intentando aliviar el nudo en mi garganta. Cuanto antes me alejara de él, mejor para ambos. No obstante, todavía quedaba Amina. Y, en mi fuero interno, supe que solo había una manera de librarnos de ella. De seguro estarían buscándonos por toda la costa con un solo propósito. Venganza; Ulf ambicionaba el poder de Gunnar.

Un escalofrío me recorrió la espalda hasta la nuca, como si una gélida serpiente estuviera deslizándose por ella. La vista se me nubló y el estómago se me revolvió sacudido por unas tremendas náuseas; me doblé en dos temiendo vomitar y me agarré al mástil que encontré a mi paso. Me arqueé convulsionada, sintiendo ascender el contenido de mi estómago, pero finalmente nada salió de él. Tosí violentamente al tiempo que mis pulmones se saciaban de oxígeno con desesperación.

Una mano me rodeó la cintura, mientras que otra me apartó gentilmente el cabello. Me agité de nuevo en otra arcada, pero sin llegar a culminar en vómito. Tras un instante en el que permanecí inclinada, libre ya de náuseas, me incorporé para tomar una gran bocanada de aire fresco. Una mano me ofreció un *hiyab* escarlata.

—Siempre te las arreglas para conmovirme, cuando hace un instante te habría lanzado por la borda.

Miré a Rashid, que me contemplaba. Me limpié las comisuras de la boca y le sonreí.

—Gracias, pero te aseguro que no ha sido a propósito.

—Estas enferma Shahl... Leonora —corrigió—. No creo que sea aconsejable que abandones el barco, sobre todo con el peligro que supone ahora para ti.

—Sin embargo, debo hacerlo de inmediato, no deseo alargar más tu sufrimiento.

Sacudió ligeramente la cabeza y logró mostrar una sonrisa algo sardónica.

—Mi sufrimiento es el que es, y me temo que permanecerá algún tiempo conmigo, pero, por mucho que te odie en este momento, no quiero que corras ningún peligro.

Sus hermosos ojos de ébano recorrieron con lentitud mi rostro. No fue hasta mucho después que caí en la cuenta de que todavía me aferraba la cintura. Incómoda por su proximidad, por la promesa que relucía en su mirada, decidí apartarme con sutileza. Él, previendo aquella decisión, me soltó.

—Con esta luz tus ojos ambarinos parecen anaranjados, como la miel tostada que tanto me gusta. —Hizo una pausa y suspiró lentamente—. He soñado tanto con ellos...

Sus dedos me recorrieron el mentón. Alejé mi rostro de su contacto. Pero él no retiró la mano de inmediato, la mantuvo ahí imaginado mi contorno; el dolor afloró de nuevo a su semblante. Cerró los ojos con fuerza en un intento por buscar las riendas del autocontrol con que conseguía mantenerse firme.

—Será mejor que vuelvas con él, porque, si permaneces un solo instante más a mi lado, te aseguro que tendrá que subir y matarme para que te suelte.

Giré sobre mis talones y me alejé a la carrera con el corazón tronándome alocado en los oídos. Bajé por la escotilla y solté el aire contenido antes de enfrentarme a la mirada de Gunnar.

Por fortuna, se hallaba de espaldas. Tal vez estaba dormido, así que permanecí al pie de las escaleras recomponiendo mi semblante y aplacando los deseos de llorar. El resto de los guerreros se hallaban al fondo de la bodega en torno a un tonel jugando y bebiendo, Ada se encontraba acurrucada en un jergón, aparentemente dormida, aunque me pareció que escrutaba tras la capa con la que se abrigaba.

Apenas me dedicaron una fugaz mirada y me ignoraron. Respiré hondo varias veces y me tumbé en un estrecho banco de madera próximo al camastro de Gunnar.

Fijé los ojos en su espalda. Como si adivinara mis pensamientos, se giró reprimiendo un gemido y clavó sus ojos en mí.

—Parece que no te ha ido muy bien.

Abrió invitador los brazos y sin pensarlo dos veces me levanté y casi corrí a ellos. El jergón era demasiado estrecho para los dos, pero de costado y muy abrazados podríamos apañarnos. Me arrebuqué en su poderoso y cálido pecho y acomodé la cabeza bajo su mentón.

Sentí sus dedos recorriendo mi espalda con suavidad, de arriba abajo, enredándose de cuando en cuando con mi pelo hasta llegar a la nuca, y allí se detuvo para masajearla con delicadeza. Dejé escapar un gemido de placer, sentí como todo mi cuerpo se desinfló y cayó laxo a un sopor embriagador.

—¿Qué ha pasado? —insistió en un susurro adormilado.

—Nunca me perdonará.

—¿Acaso esperabas otra cosa? —inquirió con algo de asombro.

—No —admití—. Aunque no pedí su perdón por mí; soy consciente de que no lo merezco, lo pedí por él. Creo que, si lograra perdonarme, podría mitigar en algo la rabia que lo consume, le sería menos difícil empezar de nuevo, sin cosas pendientes,

sin rencores ni odios.

—Hay algo que no has tenido en cuenta —musitó mientras enterraba sus dedos tras mi oreja para apartarme unos mechones—: el tiempo. —Hizo una pausa y bajó la cabeza para mirarme—. Acaba de enterarse de que te ha perdido, de que un bárbaro del demonio —sonrió al pronunciarlo— le ha robado a su esposa. No puedes esperar que en tan poco tiempo se muestre comprensivo y asuma esa tragedia. Necesita tiempo, aunque incluso con él, dudo de que pueda acabar comprendiéndolo.

\* \* \*

Despertamos al alba cuando la luz incipiente apenas grisaba las penumbras. El rumor del mar contra el maderamen, tranquilo y regular, resultaba relajante. Un intenso aroma a salitre, a madera húmeda, a robín y a lúpulo algo rancio inundaba la curva estancia.

Gunnar se hallaba sentado en el borde opuesto del camastro estirando con cuidado los brazos, haciendo círculos en el aire y reprimiendo sin mucho éxito gemidos dolorosos. Incluso para un hombre de su tamaño y fortaleza aquella flecha había mermado considerablemente su destreza.

Más allá, eructos, sonoros desperezos y ruidosos escupitajos terminaban de acompañar los sonidos sordos de la cubierta superior compuestos por conversaciones, algún grito a los marineros, pasos y el metálico tintineo de ollas. Ante ese último ruido, mis tripas rugieron exigentes. Gunnar se volvió y me sonrió divertido.

—¿Es tu estomago el que habla? Dale los buenos días de mi parte.

—Creo que no le bastará con tus buenos deseos.

Me levanté y un mareo inesperado me tambaleó. Cerré los ojos y volví a sentarme.

—Ayer apenas comiste, estás muy débil.

Rodeó el jergón, se sentó junto a mí y apoyó un brazo alrededor de mis hombros.

Sentía un hambre voraz, apremiante y doloroso. Mi estómago rugió de nuevo, más enfadado que antes.

—No te muevas, voy a traerte una bandeja con todo lo que encuentre.

Subió los peldaños de la bodega como una exhalación, admiré su agilidad. Me tumbé y cerré los ojos deseando que el desayuno no se atrasara demasiado. Un golpe sacudió el camastro. Molesta, abrí los ojos y me encontré con Erik y Ragnar frente a mí.

—Muchacha, ¿estás enferma?

Parecían realmente preocupados y me agradó ver esa nueva faceta en ellos.

—No, estoy bien, solo terriblemente hambrienta.

Erik sacudió levemente su larga melena dorada y frunció el ceño.

—Pues no tienes muy buena pinta, estás más pálida que el culo de Ragnar a la luz de la luna.

Ragnar lo golpeó ligeramente con el pie.

—Tampoco creo que tu culo sea algo digno de ver, los dioses solo te adornaron con esa estúpida mata de pelo, todo lo demás es pura bazofia.

Erik se encaró con su amigo hinchando el pecho.

—Por lo menos, tengo pelo.

Ragnar gruñó ofendido y se rascó la despoblada cabeza.

—¿Puedes preguntar a cualquier mujer a quién preferiría de los dos? —rezongó altanero.

En ese instante parecieron acordarse de mí y me miraron.

—¿Y bien? —repuso Erik.

—No pretenderán que elija, ¿no? Porque, si es así, diré que preferiría encerrarme con una docena de serpientes venenosas a estar con cualquiera de los dos; al menos, las serpientes no hablan.

Los guerreros me miraron boquiabiertos, pero enseguida estallaron en abruptas carcajadas. Al cabo y algo más calmados se alejaron sacudiendo la cabeza; entre murmuraciones repetían “al menos las serpientes no hablan” y de nuevo reían ante el comentario. Ada se limitaba a sonreír, aunque cuando la sorprendí se cubrió con su habitual mutismo.

Cuando Gunnar regresó, sus amigos todavía se limpiaban las lágrimas. Me miró asombrado y dejando sobre mis rodillas un cuenco con gachas y algunas tajadas de carne, se limitó a contemplar a sus hombres.

—¿Qué demonios les pasa?

—Se atrevieron a preguntarme a cuál elegiría —contesté mientras me lanzaba sobre el desayuno.

Thorffin, que había estado observando mientras comía una enmohecida rebanada de pan ácimo con miel, masculló:

—Sí, y parece que las ganadoras en la lucha de egos fueron las serpientes.

Apenas masticaba entre bocado y bocado. Me sentía famélica y aquello me sorprendió.

Ciertamente me notaba distinta, algo había cambiado en mí. No me encontraba particularmente enferma exceptuando las náuseas y los mareos, claro, y de repente recordé una ocasión en la que había sentido algo parecido... Casi me atraganté cuando la verdad de lo que me ocurría me golpeó. No había sangrado desde hacía dos lunas llenas, justo cuando empecé el viaje.

—No comas tan aprisa o va a sentarte mal.

Me aconsejó Gunnar que me observaba con curioso asombro.

Mastiqué más lentamente y sonreí para mis adentros, albergaba una vida en mi interior, un hijo del hombre al que amaba; la felicidad me inundó, la vela de mi interior, algo trémula por los últimos avatares acontecidos, brilló con renovado brío, más alta y cegadora.

Cuando terminé con la última migaja del cuenco, giré y regalé a Gunnar la más luminosa de las sonrisas; me abalancé sobre él y lo besé con entusiasmo.

Me tomó entre sus brazos algo confuso, pero igual de sonriente.

—Desconocía que te gustaran tanto las gachas insípidas.

Reí y lo besé de nuevo.

—En realidad, las aborrezco.

Alzó las cejas; sus ojos de gato me escrutaron.

—El martillo de Thor nos ha golpeado con fuerza.

Pareció todavía más confundido, pero cuando deslicé una de sus manos hacia mi vientre su semblante se demudó.

Abrió los ojos, sus labios se despegaron de asombro incapaces de articular sonido. Cuando consiguió hablar, su voz sonó trémula, aunque llena de regocijo.

—Estás... Voy a ser... quiero decir, vamos a ser...

—Padres —completé embargada por la euforia.

Gunnar logró cerrar la boca y me contempló durante un instante sumergiéndose en mis ojos. Los suyos brillaban emocionados al tiempo que la noticia cobraba forma en su mente. Observé cómo su aturdimiento inicial daba paso al entusiasmo más desbordante seguido de una mirada enamorada e increíblemente afectada. Acto seguido, me estrelló contra su pecho, y me apretó tanto que pensé que, en lugar de reventarme el corazón de gozo, lo harían mis pulmones por falta de aire.

—¿Tienes la más remota idea de lo que significa esto para mí?

Lo sabía. Para él tener una familia era cuanto había aspirado tras perder a la suya de forma tan trágica. Con el rostro hundido en la vasta, cálida y dura superficie de su pecho, sonreí para mis adentros, colmada y plena.

Se separó de mí y tomó mi rostro entre sus manos encallecidas y poderosas; con mirada grave y refulgente susurró:

—Te juro por todos los dioses de Valhalla que consagraré mi vida a hacerte tan feliz como lo soy yo en este momento. Tienes mi cuerpo, mi corazón y mi alma en tus manos, eres parte de mí y por eso estamos unidos más allá de todo lo comprensible y para toda la eternidad. Soy tuyo, amada Freya.

Entreabrí los labios, ansiosa por recibirlo, y él los apresó con frenesí, plasmando en ellos toda su entrega, sellando su promesa; y en aquel instante, algo se abrió en mi interior.

Sentí un relámpago cruzar mi pecho, acompañado de un hormigueo, escalofríos repentinos y un calor abrasador. De repente me sentí flotando fuera de mi cuerpo como un extraño halo nebuloso para meterme dentro de él, de la misma manera que sentía la etérea presencia de su halo penetrando en los confines de mi alma. Fue una unión intensa, inmortal e inexplicable, unidos más allá de la vida y la muerte, más allá de lo tangible, absolutamente extraordinaria y mágica. Me sentí completa, plena y extraña. Él era mi destino, mi fin y mi principio, mi todo. Abrumada por aquellas sensaciones, lo miré y descubrí que aquella unión todavía lo embargaba.

Temblando me abrazó de nuevo y musitó:

—Siempre supe que eras tú, desde el primer instante en que te vi —suspiró y se estremeció—; la otra mitad de mi alma.

—En cambio yo... siempre negué mis sentimientos.

—Fue por tu sentido de la lealtad. Eras una mujer casada y, aunque me duela reconocerlo, querías a tu esposo. Yo te arranqué impunemente de tu mundo, sentías rabia, rencor y melancolía. Y yo era el culpable de todo eso.

Acarició mi mejilla con extremada dulzura.

—Pero no me arrepiento —agregó rotundo—. Habría arrasado con todo con tal de tenerte.

Sentí una tibia humedad salir de mis ojos, y deslizarse perezosa por las mejillas hasta depositar su salado sabor en mis labios.

Sí, quise a Rashid, de eso no había duda. Pero, a pesar de ello, no se podía equiparar a lo que Gunnar provocaba en mí. El de Rashid había sido un amor dulce y joven, entregado y hermoso; el de Gunnar en cambio era como una tormenta devastando todo a su paso, intenso, profundo y arrollador, vibrante y especial.

Y, ahora, un ser culminaba esa unión prodigándonos el cenit a nuestro amor.

Gunnar me alzó del suelo y, poniendo mi cuello a la altura de su boca, me mordisqueó juguetón el lóbulo de la oreja. Pataleé en el aire entre sofocadas carcajadas.

—¡Bájame o te harás daño! Tienes un agujero en la espalda, ¿recuerdas?

—¿De veras? Lo había olvidado, esposa mía.

Me bajó lentamente, deslizándose sinuosamente por su musculoso cuerpo. Sus ojos verdes y salvajes como la hiedra se oscurecieron con un velo que dejaba entrever sus pasiones más bajas. Aquel contacto encendió la lujuria. Sentí sus manos aferrando mis nalgas contra su cálida dureza.

—¿Siempre está tan... alerta? —murmuré divertida.

—Siempre y cuando estés cerca.

—Recuerda que no estamos solos —le advertí.

Sonrió abiertamente y me guiñó un ojo.

—Ahora sí.

Asombrada descubrí que tenía razón; en algún momento, sus guerreros habían salido. Me pregunté cómo demonios lograba que todo mi alrededor se diluyera en sombras cuando estaba con él.

—No osarás...

—Sí, mi bella esposa, no creerás que he despachado a mis hombres para nada, ¿no?

—¿Cuándo has hecho tal cosa? —inquirí anonadada.

—Oh, cuando me senté a tu lado mientras te embutías con entusiasmo esas horribles gachas. No he pegado ojo en toda la noche pensando en todas las cosas que deseaba hacerte.

Comenzó a besarme en la base del cuello, besos cortos y rápidos que encendían pequeñas hogueras en mi piel.

—No sabes cuánto agradezco tanta preocupación y, para que te sientas mejor, me sentaré tranquilamente en el camastro dejando que seas tú la que lles las riendas. Aunque, te aviso, que el caballo que vas a montar no es sumiso, más bien todo lo contrario.

—¿Un semental desbocado, quizá?

Lo empujé suavemente sobre el jergón y me senté a horcajadas en su regazo remangando la túnica alrededor de mis caderas.

—Mmm... muy desbocado.



Pasé mi lengua por sus labios y del interior de su garganta escapó un gruñido lascivo.

—Si te lastimo, házmelo saber —repuse mientras enredaba mis manos tras su leonada melena castaña, acariciándole con la punta de los dedos la nuca.

Sonrió y se mostró más que divertido con mi comentario.

—Lo mismo digo —apostilló al tiempo que sus grandes manos contorneaban mis nalgas.

Tomó mis labios con ahínco y a partir de ese instante una pasión ciega y arrasadora nos envolvió en su capa relegando al resto del mundo a un segundo plano, muy, muy lejano.

\* \* \*

El barco atracó en una ensenada resguardada por altos acantilados. Gunnar decidió desembarcar a bordo de un bote para inspeccionar el terreno. No estaba dispuesto a caer en otra emboscada. Iría acompañado de Thorffin y Ragnar y dejaría a Erik como mi custodio con la orden expresa de no apartarse de mi lado y de mantener los ojos bien abiertos por si surgían dificultades. Para mi sorpresa, Ada decidió marchar con ellos.

Habían arriado un bote que, bamboleado por la corriente, se entrechocaba contra el maderamen del casco produciendo un sonido hueco y regular, parejo al palpitante pulso que me latía en la sien y que me llenaba de inquietud. Por la expresión de Gunnar, no me fue difícil adivinar que también le preocupaba separarse de mí, aunque fuera a tan corta distancia. Aunque lo que más lo alteraba era dejarme sola junto a Rashid, me había advertido de que en su ausencia intentaría un nuevo acercamiento, para lo cual aleccionó debidamente a Erik.

—No podrá acercarse a mi esposa bajo ningún concepto —aseveró con gravedad —, no conversará con ella sin que el traductor te informe fidedignamente cada una de sus palabras y no permitirás bajo ningún concepto que leven anclas sin nosotros; en caso de que lo hagan, tendrás que arrancar el timón o inutilizarlo para retrasarlos. Espero que no sean tan estúpidos para intentar algo. —Entonces se dirigió a mí y lo

que vi en su semblante me heló la sangre—. Porque, si lo intentan, daré contigo, aunque tenga que atravesar el infierno para recuperarte; y cuando lo haga pienso matarlos uno a uno. No tendré piedad.

Con aquella gélida determinación en su mirada contempló fijamente a Rashid e imprimió una muda, aunque clara advertencia.

Acto seguido, me tomó entre sus brazos y me besó largamente. Cuando me soltó, vi por el rabillo del ojo a Rashid con la cabeza gacha y las manos sujetando fuertemente la baranda de cubierta; sus nudillos habían palidecido. La tensión también fue evidente en sus brazos temblorosos y en la línea de los hombros. Incapaz de imaginar la tortura que lo sacudía, volví la mirada y me sentí miserable.

Gunnar me dio la espalda y con un movimiento fluido y grácil cruzó la baranda y descendió por la escalerilla que colgaba sobre el costado de la nave.

Sus hombres lo imitaron. Armados hasta los dientes se alejaron con la marea.

Una espesa y lechosa neblina emergió de la costa y envolvió el bote. Apenas vislumbraba la difuminada silueta de Gunnar, pero sabía con toda seguridad que sus ojos seguían fijos en mí. Aunque no eran los únicos: Rashid también me contemplaba, sin embargo, y para mi sorpresa, no había rencor, ni resentimiento, muy por el contrario mostraban un brillo peculiar teñido de una apabullante determinación.

\* \* \*

Erik no tuvo la menor oportunidad, a pesar de que peleó como un león.

Logró derribar a cinco atacantes que lo embistieron simultáneamente, pero el siguiente grupo fue más astuto y, mientras lo distraían con ataques directos, el resto de marineros lo fulminó con ondas, incluso lograron lanzarle algún que otro tonel certero que lo envió duramente sobre la áspera cubierta. Una vez desplomado, se abalanzaron sobre él y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. Esa fue la única manera de amordazarlo y maniatarlo.

Resultaba bastante obvio que estaban más que organizados; habían esperado una oportunidad y la habían aprovechado. En mitad de la contienda, y abrumada por el violento espectáculo, había intentado saltar por la borda con la esperanza de llegar a nado a la orilla. Pero eso también había sido previsto. Unas fuertes manos me sujetaron prestas.

Me debatí frenética, aunque fútilmente; mi captor no estaba dispuesto a ceder ni un ápice. Me volvió hacia él y me dirigió una sonrisa triunfal.

—Ahora soy yo el que le roba a su esposa —sentenció Rashid.

—¡Suéltame inmediatamente! —exigí al tiempo que lo empujaba con fuerza.

—¡Rápido, suelten amarras! —vociferó a la tripulación.

—¡Noo...!

Desesperada busqué con la mirada a Rodrigo; si alguien podía ayudarme en ese momento, era él, pero no lo encontré. Rashid parecía escudriñar algo detrás de mí; cuando lo alcanzó, me juntó las muñecas y las rodeó con una soga; le lancé una mirada furibunda.

—Has perdido el juicio, no puedes hacer esto.

Sus negros ojos de obsidiana me taladraron. Las líneas de su rostro se endurecieron.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? Estoy recuperando lo que me pertenece por derecho.

—Yo ya no te pertenezco —le escupí acalorada—. He intentado explicártelo, pero te niegas a entenderlo.

Sus dedos se clavaron feroces en mis brazos, ahogué una exclamación.

—Sí, me niego y me negaré siempre —replicó con vehemencia—. Una vez fuiste mía y por Alá misericordioso que volverás a serlo, no importa cuánto tarde en conseguirlo, solo sé que lo lograré. Ese maldito patán me ha subestimado y ahora va a pagar duramente las consecuencias.

—Ese maldito patán, como tú lo llamas, nos encontrará y, cuando lo haga, no podré interceder por ti, te matará.

Rashid pegó su rostro al mío, su mirada hervía de furia.

—Puedo asegurarte que la muerte sería bien acogida, mi bella Shahlaa.

—Ya te dije que Shahlaa no está.

Sus labios dibujaron una media sonrisa mordaz y autocomplaciente.

—Volverá, te lo aseguro.

En un arranque desesperado, le propiné un fuerte puntapié en el tobillo.

Dejó escapar un grito y se tambaleó, momento que aproveché para encaramarme nuevamente a la baranda, sin embargo, él fue más rápido, me sujetó por las pantorrillas y tiró de mí con brusquedad. Caí a horcajadas sobre su pecho. Él gimió por el impacto, pero no tardó en apresarme por la cintura, rodó, me giró y me encontré sobre la cubierta con él encima y una mirada flamígera que me devoraba.

—Recordatorio número uno —ronroneó como un gato relamido.

Apresó mis labios para imponerme un beso ávido y apasionado. No sin esfuerzo logré separar la boca, pero él, lejos de soliviantarse, me tomó el cuello y me paseó la lengua hambrienta por la curva de la clavícula.

—Voy a borrar cada uno de sus besos, conquistaré cada parte de tu cuerpo poniendo mi baluarte en la cima. Tal vez no sea fácil, pero no desistiré.

Tenía las manos apresadas bajo la espalda y se me clavaban en la cintura, las muñecas me dolían, así que alcé las caderas para aliviar un poco la presión. Rashid aprovechó el movimiento para demostrarme la rotundidad de su deseo y ciñó sus caderas a las mías.

—¡Basta ya! —grité. Pero los hombres que permanecían en cubierta, nos ignoraban—. ¡No puedes hacerme esto! ¡Me haces daño!

Me miró pensativo y de un salto se puso en pie.

—No, no puedo hacerlo, aquí —concretó—. Necesito un lugar más íntimo.

De un movimiento me alzó y, tirando de la cuerda como si fuera un animal, me llevó a empujones hasta la popa, donde tenía su camarote.

No podía estar pasando, pensé apesadumbrada y aturdida. Si no hubiera estado tan angustiada, tal vez habría apreciado lo cómico de la situación. Ahora pasaba a ser esclava del hombre con quien había soñado volver todo el tiempo. Me sentía como si un vendaval hubiera puesto, de nuevo, todo mi mundo del revés. Debía encontrar la manera de escapar de él. Estaba dispuesta a todo, aunque en mi fuero interno sabía

que solo un ardid podría entretener lo suficiente a Rashid para timarlo. Y, si lo conseguía, aprovecharía la oportunidad sin dudar. Nadie me separaría de Gunnar, ahora menos que nunca.

Cuando la puerta se cerró tras de mí, me volví fingiendo calma y lo miré directamente a los ojos.

—Tú no eres así, Rashid. No eres el hombre con el que me casé.

Dio un paso hacia mí, alzó la mano y deslizó la punta de sus dedos por mi mejilla.

—Lo era hasta que me rompiste el corazón, si tengo que convertirme en un demonio para tenerte, pues que así sea.

Mi mente trabajaba a toda velocidad, quería agotar cualquier posibilidad antes de emplear la seducción.

—No puedes pretender que me enamore de un demonio —le rebatí.

—¿Acaso ese gigante tuyo no lo es?

—No, no lo es.

Rashid emitió una risita cínica y se pasó nerviosamente la mano por su espeso cabello.

—¿Pues a qué llamas tu secuestrar, violar y asesinar? Es un bárbaro que asola las costas robando riquezas y vidas, sembrando el terror, imponiendo su sangrienta ley. —Hizo una pausa y bajó la mirada con semblante afligido—. En verdad no puedo entender cómo una mujer como tú ha sucumbido ante alguien como él. Cómo has podido elegirlo cuando yo te he adorado como a una reina. No solo es despecho, Shahlaa, es incomprensión, es ira, para mí sería mucho más fácil pensar que te ha embrujado.

Me acerqué a él y esperé hasta que de nuevo me miró.

—No se trata de comparar, pues tú posees todo cuanto una esposa anhela en su hombre. Se trata más bien de lo que mi corazón ha elegido, incluso cuando yo todavía me aferraba a tu recuerdo. Luché por ti y perdí. Me negué a aceptar la realidad, como tú haces ahora, pero sé muy bien que es inútil, pues la verdad acaba envolviéndote. Lo amé mucho antes de que mi mente fuera consciente de ello. No hay más. Y sí puedo decirte que no es como piensas. Es noble, leal y valiente. Y por su pueblo es capaz de todo, incluso de saquear si así lo ordena su *jarl*, pero jamás violó a nadie y nunca mató sino en mitad de una batalla o en defensa propia, estoy segura de que se arrepiente de más de una cosa, pero quién no. Además, me ama con su alma y daría la

vida por mí. No te imaginas cuánto luchó. Sufrió hasta lo indecible, incluso renunció a mí para que volviera a tu lado. Solo que ya era demasiado tarde. La verdad llegó a mí y me sacudió con la fuerza de un huracán. No importa qué hagas conmigo, ni dónde me lleves, nunca dejaré de amarlo.

—Eso mismo me dijiste en una ocasión —me reprochó con la voz estrangulada.

—Y lo sentía.

—Entonces, si me olvidaste a mí, también lo olvidarás a él.

Negué con la cabeza. La húmeda mirada de Rashid estaba consiguiendo remover las polvorientas ruinas de mi pasado. Recuerdos atesorados en mi memoria a los que había acudido incesantemente cuando la melancolía me doblegaba resurgían. Una vida plena y feliz a su lado. Las agradables noches en el patio rodeados de la madre selva y perfumados con jazmines y rosas. El relajante gorgoteo del agua recorriendo los canales que surcaban las baldosas formando un rectángulo, el zumbido de insectos en las tórridas noches estivales, los versos cantados a la luna y los apasionados besos entre estrofas y pausas intencionadas.

Todo me golpeó y me dejó sin resuello. Suspiré y me obligué a bajar la mirada para vivir del pasado.

—A él jamás lo olvidaré —musité en un hilo de voz.

—Entonces, está claro que lo que sentiste por mí no brilla con la misma intensidad.

Suspiré y me decidí a utilizar la última baza antes de degradarme ante mí misma.

—Cuando no has visto el sol, el brillo de la luna te parece hipnótico y subyugador, y sin duda lo es, pero cuando sale el sol y te golpea en el rostro, cuando las entrañas parecen hervir en tu interior y el corazón amenaza con derretirse, entonces te das cuenta de que necesitas de él para vivir, anhelas cada rayo, persigues su luz. Y ahora más que nunca necesito su calor.

Rashid tragó saliva, apretó los puños y cerró los ojos en un intento por detener las lágrimas. Una se le escapó, se deslizó perezosa por su mejilla y le cayó por el mentón. Con el rostro desfigurado por el dolor, giró con brusquedad, incapaz de mirarme.

Mi corazón sangraba con él. No lo amaba, pero sin duda lo quería. Y en mi interior supe que, si hubiera decidido volver junto a él, ese cariño se habría elevado a algo más y, aunque nunca se habría convertido en el sol que ahora brillaba dentro de mí, podría muy bien haberme conformado con el plateado resplandor de la luna.

Había apuntado acertadamente, ahora tan solo quedaba el golpe de gracia. Me sentí mezquina a pesar de saber que era completamente necesario.

—Rashid, has de liberarme. Gunnar me encontrará, no solo le has arrebatado a su esposa, también a su hijo.

Se volvió completamente aturdido. Abrió los ojos desmesuradamente y los fijó en mi vientre. Inconscientemente lo cubrí con las manos, en un gesto protector. Cuando clavó sus ojos en los míos, comprobó con horror que decía la verdad.

Negó con la cabeza y retrocedió tambaleante. Aquella revelación lo desoló. Se acercó a la mesa que presidía la estancia y de espaldas a mí apoyó las manos en el rugoso y envejecido tablero. Cabizbajo permaneció unos instantes temblado, sintiendo cómo el mundo de nuevo se abría bajo sus pies.

—No importa —espetó con la voz rota—. No, no me importa. Lo criaré como si fuera mío.

La pena, el dolor y la angustia se tornaron rabia y frustración. Lamenté estar maniatada porque deseaba sacudirlo para que entrara en razón.

—Este niño tiene un padre, y no voy a permitir que se lo arrebates. No puedes ser tan vil y despreciable para hacer tal cosa, ni siquiera en nombre del amor que dices tenerme. ¡Porque, si me amaras, respetarías mi decisión, maldita sea!

Rashid me encaró con los ojos brillantes de odio, negros como dos pozos sin fondo, carentes de alma, febriles y rabiosos. Me encogí, aquel hombre era un desconocido para mí.

—¡Cállate, mujer! —gritó perdido ya todo el control—. Nada de lo que me digas va a hacerme cambiar de opinión. Y, aunque no dejes de repetir que no me quieres, sé que pronuncias mi nombre en sueños, sigo dentro de ti y voy a desenterrar tus sentimientos.

Como un ser abyecto, me desgarró la túnica y dejó mis pechos al descubierto.

—Me tiene sin cuidado que tu mísero gigante acabe conmigo, que lleves en tu vientre a su hijo, nada de eso me importa, ¿lo oyes bien?

Me empujó con violencia al suelo, exhalé un gemido cuando comprendí lo que se disponía a hacer.

—¿Que pronuncio tu nombre en sueños? —inquirí desconcertada—. ¿De dónde...?

—Recordatorio número dos.

—No —supliqué—. Por favor, no lo hagas.

Sin embargo, él ya no escuchaba. Su mirada se nubló con la lujuria y la ira que lo sacudía. Se bajó las calzas y se abalanzó sobre mí totalmente enajenado.

Volví la cabeza, y le negué mi boca.

Pero sus manos acariciaban con violencia, apretando y estrujando como un náufrago agarrado a un odre de agua, con una mezcla de desesperación y entusiasmo a partes iguales.

Cerré los ojos y sollocé impotente cuando su pierna abrió las mías y se colocó hábilmente entre ellas. La imagen de Harald el Implacable asomó a mis pensamientos, me sentí asqueada y, al contrario que en aquella ocasión, permanecí inmóvil, para dejar que aquel extraño entrara en mí y desplegara sobre mi cuerpo su propia frustración.

Paradójicamente, y a pesar de la brusquedad con que exploraba mi cuerpo, no sentí nada; tan solo un amargor y una decepción inigualables. Nada podía excusar aquello. Con Shahlaa murió Rashid, al menos el que había sido mi esposo en aquel lejano al-Andalus.

Rashid jadeaba extasiado con cada empellón. Besaba mis lágrimas, mis pechos, mi cuello, al tiempo que se movía con ímpetu y hambre acumulada. Cuando se derramó con un grito sofocado, clavé mis ojos en los suyos. Aterrado por lo que vio en ellos se desplomó laxo sobre mí y sollozó con violencia entre mis senos.

Me negué cualquier atisbo de compasión.

—Esto es cuanto conseguirás de mí. Un cuerpo vacío, un alma rota y, por supuesto, todo mi desprecio —le escupí.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y recompuso a duras penas su expresión desolada con una máscara de dureza y rencor.

—Lamento que tenga que ser así, pero no me dejas otra alternativa. Eres mía, yo solo tomo lo que me pertenece. La próxima vez, no seré tan rudo... me hiciste perder los estribos.

—No habrá próxima vez. Antes de que te des cuenta tendrás a Gunnar sobre ti arrancado la vida de tu cuerpo.

—No volverás a pronunciar el nombre de ese bárbaro.



Se apoyó sobre las palmas de las manos y se levantó.

Lo miré con toda la aversión que me inspiraba.

—Ese “bárbaro” jamás me habría forzado de la manera que tú lo has hecho, nunca voy a perdonarte esto.

Él se levantó turbado y tembloroso. Su apuesto rostro se contrajo en una mueca feroz y agónica.

—No necesito tu perdón como tú no necesitas el mío. Si comparamos el dolor que nos hemos prodigado, estarás de acuerdo conmigo en que mi sufrimiento no es comparable con el tuyo, de modo que estamos en igualdad de condiciones. Estoy preparado para recibir todo tu odio, ya nada me importa siempre que te tenga cerca de mí.

Resoplé furiosa, apoyándome en las manos logré sentarme para aliviar el escozor que latía en mis magulladas muñecas.

—Recibirás algo más que mi odio —proferí con voz helada—, también mi compasión, porque si te importa más una mujer que te desprecia, que tu esposa, tu hijo y tus creencias, entonces eres el ser más bajo y estúpido que camina sobre la faz de la Tierra.

No contestó. Se acomodó la ropa incapaz de sostener mi mirada, luego giró y rebuscó en un estante. Tomó una capa y me cubrió con ella.

—He traído algunos de tus vestidos —musitó—. Traeré el arcón para que elijas.

Dejé escapar una risita desdeñosa.

—Desátame, la sogá está desollándome.

—No soy tan obtuso —contestó mordiente—. Aunque, si te lastima, la sustituiré por algo más cómodo.

Deseaba abofetearlo, pero me limité a encogerme de hombros. Comprendí que la única manera de escapar era mostrarme dócil y sumisa, hacerle creer que acataba la decisión de volver. Sin embargo, necesitaba hablar con Erik si es que estaba consciente; debía planearlo con él.

—Entonces soy una esclava, ¿no?

—Hasta que desees dejar de serlo —espetó.

—No seré otra cosa para ti, así que mi lugar está en la bodega, porque, si paso un minuto más a tu lado, voy a acabar vomitando y no por culpa de mi estado.

Rashid torció el gesto; con el ceño fruncido, se acercó a mí, me levantó del suelo, acomodó la capa sobre mis hombros y me empujó hacia la puerta.

—Si lo prefieres, pues que así sea. Necesitas estar sola para asimilar todo esto y, cuanto antes lo hagas, mejor. Vuelves a tu tierra con los tuyos, acabarás dándome las gracias.

Solté una espantosa risotada.

—Gracias ¿por qué? ¿Por ultrajarme? ¿Por separarme de mi hombre? ¿Por negarle a mi hijo un padre? ¿Por convertirme en la mujer más desdichada del mundo? ¡Jamás! —Clavé mis ojos en él, que ardía colérico—. Me equivoqué contigo, Rashid ibn Taliq, temeroso de Alá, hijo del gran imán, benévolo y respetado comerciante. Sí, cuánto me equivoqué, no eres nada a mis ojos, y en ellos solo verás un solo “recordatorio” del demonio en que te has convertido, pues ahora es lo único que veo.

Me sacó a empellones del camarote y me llevó hasta la bodega envuelto en el silencio.

Su rostro estaba enrojecido, no supe si de vergüenza o de ira, tampoco me importó. Me sentó en una esquina y me ató a la parte inferior del palo de mesana. Fue tan brusco que tuve que apretar los dientes para no gritar, pues tironeaba de la soga que me rodeaba las muñecas mientras la deslizaba por el mástil. Sin dirigirme ni una sola mirada se volvió y me dejó allí maltrecha de cuerpo y mente.

Contrita, miré en derredor y descubrí algo más allá a Erik. Estaba tendido de costado en el suelo, inconsciente y encadenado a una de las cuadernas. Lo llamé con insistencia. Al cabo, detecté un tenue movimiento.

—¡Erik! —siseé—: ¡despierta!

Un leve quejido seguido de un gruñido aturdido.

—¡Erik, maldita sea, nos han capturado! ¡Ragnar estará riéndose de ti, y Gunnar va a despellejarte vivo!

El maltrecho guerrero pareció volver en sí muy lentamente. Se incorporó a medias y se desplomó de nuevo, incapaz de reaccionar.

—¡Rápido, levántate, van a cortarte el pelo!

Aquello sí funcionó. El guerrero se incorporó como accionado por un resorte, miró a ambos lados con la mandíbula desencajada y aturdido sacudió la cabeza para alejar aquel sopor que lo envolvía. Cuando logró enfocar la vista me localizó.

—¡Por los dioses, estamos metidos en un buen lío!

Tenía un ojo medio cerrado, una brecha a un lado de la cabeza que rezumaba sangre sobre el lado izquierdo de su rostro y la nariz del tamaño de un rábano e igual de roja.

—No te preocupes, muchacha, Gunnar nos alcanzará —añadió con una abierta sonrisa que mostró una boca sanguinolenta a la que le faltaba un diente. Con la lengua tanteó la oquedad y arrugó el ceño.

—¡Maldición, me falta un diente!

—Créeme, ese no es el peor de tus problemas —repliqué—. Espera a verte la cara.

Abrió el ojo sano con asombro y con la mano se tanteó cada magulladura.

—Te juro que van a pagar por esto, me han arrebatado toda mi belleza.

Asombrada de que nadie le hubiera dicho a ese hombre que su rostro ya era una piltrafa antes de que lo golpearan, me limité a resoplar y agité la mano para llamar su atención hacia el verdadero problema.

—¿Cuánto crees que tardará Gunnar en darnos alcance?

—Me temo que tendrá que buscar una aldea en la costa para hacerse con un barco, no sé exactamente dónde desembarcaron. Solo espero que se hagan pronto con un *knörr*, porque, cuando lo hagan, nos alcanzarán enseguida, esta pesada nave no tiene nada que hacer con nuestros barcos, no hay nada más veloz en los mares.

—Pero también cabe la posibilidad de que tarden demasiado y no puedan seguirnos la pista —apostillé—. Creo que deberíamos intentar escapar antes de que nos adentremos en alta mar.

Erik negó con la cabeza.

—Seguro que ya estamos muy lejos de la costa, no pensarás lanzarte al agua, ¿no? Lo único que tenemos que hacer es destrozar el timón, dejar inservible este botarate y esperar.

Asintió para confirmar su plan y me sonrió dejando su mella al descubierto, torcí compasivamente el gesto y él raudo se cubrió con la mano.

—¡Oh, buen Thor, mis dientes! —se lamentó.

—Solo has perdido uno —señalé—, pero tienes toda la boca inflamada; cuando te cures, todo volverá a la normalidad, serás el galán que solías ser.

El semblante del hombre se iluminó esperanzado. Por qué un hombre como él gozaba de vanidad era todo un misterio.

—¿De verdad?

Asentí y me recosté dolorida buscando una manera de aliviar un poco el ardor en las muñecas. Al hacerlo, mi capa se abrió un poco y dejó ver el escote desgarrado de mi túnica. Erik clavó los ojos en él, y la furia asomó a su rostro congestionándolo más.

—¡Te han forzado! —Parecía realmente turbado—. ¡Gunnar va a matarme!

Ahí estaba la verdadera preocupación. Respiré hondo y negué con la cabeza.

—Jamás lo sabrá, ¿me oyes? Por nada del mundo debe enterarse. Esto es problema mío, y yo lo resolveré. Ahora solo tienes que decirme cómo puedo inutilizar el timón, ¿de acuerdo?

—Pero, él debe...

—No, y te repito que, si le dices una palabra de esto, te juro que la paliza que acaban de darte no será nada comparada con lo que yo te haré. Te ataré a un poste y te arrancaré todos los dientes, uno a uno, ¿entendido?

Erik asintió, aunque no de buena gana.

No podía permitir que Gunnar volviera a sentirse impotente y frustrado por no haber podido evitarlo, sobre todo porque la única responsable era yo. Había subestimado a Rashid, lo creía un caballero y así se lo había hecho creer a Gunnar. Jamás se me habría ocurrido imaginar que pudiera convertirse en el ser mezquino que era ahora.

En ese momento, Erik sacudió la cabeza con evidente desaprobación; en su mirada asomó el reproche, pero me mantuve firme.

—Estoy esperando instrucciones —le recordé.

—Para romper el timón, lo primero de todo es que tus manos no estén atadas a la espalda. Lo segundo es poder subir a cubierta sin que te vean, y lo tercero es conseguir algo que haga de palanca para desencajar el engranaje de la pala del timón,

pero se necesita mucha fuerza. Así que está más que claro que es algo imposible, a no ser, claro, que logres liberarme.

Lo miré indecisa, sin saber si reír o llorar.

—Debe de haber otra opción.

Resoplé malhumorada.

—No podemos esperar, es demasiado arriesgado.

—¿Acaso no confías en Gunnar?

—Confío en él, pero desconfío de todo lo demás y ahora estamos a expensas de esa parte.

Erik se encogió de hombros y se recostó de nuevo.

—Gracias —murmuré arrepentida de mi brusquedad con él— por haberme defendido.

De nuevo se encogió de hombros.

—Tan solo cumplía órdenes —manifestó con indiferencia.

Sin embargo, y a pesar de que decía la verdad, supe que en cierto modo me había ganado su simpatía.

—Gracias de todos modos.

Emitió una especie de gruñido a modo de contestación y se arrebujó con intención de dormir.

A solas con mis pensamientos, mi mente buscó una forma para conseguir mis propósitos.

Y de pronto supe que solo un hombre podía ayudarme y era precisamente el que no aparecía por ningún lado.

Unos pasos firmes que bajaban la escalinata me envararon. La tenue luz del alba se filtraba por la abertura. Contuve la respiración y recé para que fuera Rodrigo, pero no tuve suerte.

—Espero que hayas recapacitado —repuso Rashid.

Mantuve una expresión fría y lo miré con desdén, aunque reaccioné a tiempo. Clara como la luz del día, la solución irrumpió en mi cabeza.

—Sí, he recapacitado.

Abrió los ojos con asombro, aunque la desconfianza todavía le prendía el semblante.

—Me alegra oírlo, ¿y de qué manera lo has hecho?

—Aceptando mi nueva situación.

Se arrodilló junto a mí y, no sin suspicacia, me escrutó el rostro.

—¿Y piensas que voy a creerte después de los juramentos que me has dedicado?

—Admitirás que te los has ganado, te creía más galante y paciente.

Rashid rio con ganas, aunque el brillo que titilaba en sus negras pupilas no era de diversión.

—No vas a engañarme, me odias, no puedes simular la aversión que te causo.

—“Decepción” sería más adecuado.

Dejó en el suelo la bandeja que llevaba y me alzó el rostro.

—Tú también me has defraudado, y eso no ha cambiado lo que siento.

—Porque yo no he cambiado, excepto en mis sentimientos hacia ti. En cambio, tú... Tú eres pérfido y cruel, no puedo encontrar en ti al hombre del que me enamoré. Si pudieras hacerlo regresar, quién sabe, tal vez...

Recé para mis adentros. Rogué por que mordiera el anzuelo.

—¡Vamos, confiesa tu plan! No vas a embaucarme con tus encantos después de todo lo que me has hecho pasar. ¿Qué es lo que pretendes?

—Está bien. Te propongo un trato.

Rashid me acarició la mejilla, instintivamente retrocedí.

—Quiero ver a mi tío, necesito su consuelo y su apoyo, a cambio haré que regresé Shahlaa. Me tendrás de nuevo, pero como siempre soñaste, con el mismo entusiasmo de antaño. Y, si Gunnar no viene a buscarme, entonces aceptaré volver a tu lado. Pero solo si prometes traer de vuelta a *mi* Rashid.

Aquella promesa ablandó de inmediato se feroz expresión. Sus ojos se tornaron soñadores y supe que había conseguido mi objetivo. Aunque me pregunté cómo iba a conseguir convertirme en alguien que no existía.

—Quiero una prueba —exigió.

Tragué saliva y cerré los ojos ahuyentando a Gunnar de mi mente.

—Desátame.

Esta vez no puso objeciones.

Sacó una daga del cinto y sesgó la gruesa soga que me oprimía las muñecas. Una vez liberadas, suspiré aliviada al sentir cómo la sangre inundaba de nuevo mis manos. Las abrí y cerré hasta que dejé de sentir aquel hormigueo molesto.

Me dolían todos los huesos por haber dormido sobre la dura, fría y húmeda cubierta de la bodega, por no hablar de las náuseas matutinas, pero deseché cualquier malestar y me centré en un solo objetivo.

Rashid aguardaba ansioso, expectante e ilusionado.

Me acerqué lentamente a él. Coloqué mis manos en sus hombros y los acaricié en círculos, a continuación ascendí hasta la nuca y le masajé la zona como sabía que le gustaba. Sonrió y cerró los ojos encantado con aquella sensación. Lo oí suspirar satisfecho. Muy despacio acerqué mis labios a los suyos y los rocé. Mordisqueé su labio inferior y le sentí temblar.

Por fin lo besé evocando tiempos mejores, intentando plasmar una pasión que no sentía, y una dulzura forzada. Rashid gimió descontrolado. Sus manos me rodeaban la cintura, y me ceñí con fuerza a su cuerpo. Mi lengua entraba en su boca enlazándose

con la suya, al tiempo que mis manos recorrían su espalda provocando estremecimientos. Jadeaba completamente extasiado con mi entrega. Finalmente me separé.

—Esto es solo el principio de lo que obtendrás si consientes el trato.

—¡Shahlaa! —musitó todavía con los ojos cerrados—. Claro que consiento, ya sabes que daré cualquier cosa si vuelves a mi lado.

—Entonces llévame hasta él.

Rashid me puso en pie y, tomándome de la cintura, me arrastró fuera de la bodega. Antes de salir, capté una mirada reprobatoria de Erik, negaba con la cabeza. Sin embargo, ambos sabíamos que no había otra opción.

Me condujo hasta la cubierta principal, a un lateral de la toldilla, donde se abría una puerta. Abrió con una llave y se soltó en el umbral.

—Tuve que retenerlo aquí para evitar que se inmiscuyera. No creo que esté muy contento, pero acabará por comprenderlo. —Hizo una pausa y sonrió—. Al igual que tú.

Me limité a sonreír.

—Volveré por ti dentro de un rato, tu prueba me ha puesto al límite.

No contesté, me adentré en la oscura estancia y choqué contra algo, era el camastro donde mi tío parecía dormir. Al instante, la puerta se cerró tras de mí.

—¡Tío, despierta, soy yo!

—¿Leonora? ¿Eres tú?

Tanteé en la penumbra hasta que hallé su mano. Inmediatamente la envolvió y me acercó a él abrazándome con suavidad. El pequeño ventanuco que se abría al fondo apenas lograba iluminar el estrecho camarote.

—¿Qué ha pasado? Escuché el alboroto, pero no me dio tiempo a ver nada. Alguien me golpeó.

Maldije para mis adentros.

—Lo que pasa es que Rashid ha enloquecido, y solo tú puedes ayudarme.



Le conté lo sucedido sin escatimar ningún detalle y aliviada comprobé el horror en su rostro mezclado con incredulidad.

—Sin duda, ha perdido el juicio; comprendo que esté herido, que esté sufriendo un calvario, pero nada lo exime de la culpa de lo que te ha hecho, sobre todo en tu estado. ¡Oh, querida mía, tenemos que remediarlo de alguna manera!

Me abrazó de nuevo con infinita ternura. Ya no pude contener más las lágrimas. Me desahogué a conciencia, empapando su hombro.

—¡Ya, pequeña, todo se resolverá, te lo prometo!

Ahugué un sollozo y limpiándome la nariz lo contemplé esperanzada.

—Tío, tienes que inutilizar el timón para dejar el barco a la deriva, tenemos que darle tiempo a Gunnar para que nos alcance.

Rodrigo recordó de pronto a mi esposo y su rostro se demudó en una expresión de auténtico terror.

—¡Por Cristo! Ese gigante tuyo va a matarnos a todos.

—No si puedo evitarlo.

Aquello no lo tranquilizó lo más mínimo.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso estando aquí encerrado?

—Le haremos creer que estás dichoso de que haya decidido regresar, yo me encargaré de que te libere. Sé perfectamente cómo entretenerlo, pero has de ser rápido; cuando lo hayas hecho, baja a la bodega y libera a Erik, no se me ocurre nada más.

Por el brillo de su mirada cerúlea supe que a él sí.

—Cuando Rashid descubra nuestras artimañas no tendremos escapatoria. No, creo que sería mejor arriar el último bote y que escapes en él. Yo lo retendré.

Ultimábamos detalles cuando Rashid irrumpió sin previo aviso.

—No puedo esperar más —confesó bastante animado.

Visiblemente agitada, me abracé de nuevo a Rodrigo. Muchas cosas podían salir mal, la sola idea de que le ocurriera algo malo me descomponía.

—Deseo pedirte que lo liberes. Le he contado que aceptaré volver y está encantado con la idea.

Rashid miró con perspicacia a Rodrigo para luego indagar en mi rostro.

—No hasta que estemos más alejados de estas costas.

Me acerqué a él y lo miré con dulzura.

—Me prometiste volver a ser el que eras, además, te repito que Rodrigo desea lo mismo que tú.

—No puedes imaginar la alegría que acaba de darme. —Frunció el ceño y señaló acusador a Rashid con el dedo índice antes de añadir—: a pesar de que desapruébo las maneras. Nunca vuelvas a hacerme algo así. La cabeza todavía me da vueltas.

Rashid asintió y, tomándome de la mano, me arrastró fuera.

—Bien, entonces ordena a los hombres que desplieguen la vela mayor —dispuso dirigiéndose a Rodrigo—. Hemos de alejarnos cuanto antes de estas tierras.

—Así lo haré, hijo, sin pérdida de tiempo.

Fui conducida de nuevo hasta el camarote de Rashid.

—Bien, Shahlaa, estoy esperando mi recompensa.

Trémula, aunque decidida, me acerqué a él y lo besé de nuevo. Sin embargo, el rechazo que me produjo provocó una rigidez que él rápidamente notó.

—Yo... voy a necesitar tiempo —inventé.

—Deja que alimente tu deseo, mi adorada Shahlaa.

Haciendo acopio de valor asentí y permití que fuera él quien tomara el control. Me besó suavemente, como tanteándome. Reprimí el impulso de alejarme, de golpearlo. Traté de sofocar la ira que de nuevo me dominaba. Sus labios tersos y amorosos se prodigaban en mi cuello, en el lóbulo de mi oreja, en un intento por encender mi deseo.

—Es solo que... no es tan fácil.

Se pasó las manos por el pelo retirándolo de la frente en un gesto irritado.

—¡Basta! —exclamó furioso—. No pienso dejarte ir, ahora debes elegir cómo quieres que te tome, por las buenas o por las malas, porque te juro por la palabra del profeta que no pasará ni un solo día sin que seas mía, hasta que te acostumbres de nuevo a mí, hasta que olvides que una vez existió otro hombre.

Se me abalanzó y me tomó entre sus brazos.

—De acuerdo —concedí esperando aplacar su ira—. Cálmate, voy a cumplir mi palabra.

Un grito nos paralizó, Rashid no me soltó; me pegó a él en un ademán posesivo. En su mirada asomó el miedo.

—¡Nos atacan! ¡Piratas a estribor!

# Capítulo 14

## Una puerta cerrada

Sentí el pulso que me latía desbocado en la sien. El corazón atronaba descontrolado dentro de mi pecho y los nervios encogieron mi estómago, acuciando las náuseas. La mirada alocada de Rashid me cortaba el aliento.

—Tendrá que matarme para que te suelte.

Me debatí ansiosa entre sus brazos. No podía permitir que se librara ninguna batalla. Estaba segura de que Gunnar cumpliría con su palabra, sobre todo, si tenía en cuenta la belicosidad que anidaba en Rashid.

—¡Suéltame, déjame que salve tu vida, aunque no lo merezcas!

Con la rapidez de un rayo, flexioné la rodilla y se la hincé con todas mis fuerzas en su entrepierna, cayó entre maldiciones y gemidos.

Corrí hacia la puerta, pero no llegué a abrirla. Una mano me agarró el tobillo, trastabillé y me golpeé contra el marco. Otro tirón. Caí de rodillas. Sacudí con fuerza las piernas y escuché un nuevo gemido. No miré para averiguar dónde lo había golpeado. Estiré cuanto pude el brazo y me aferré a la puerta, ya la abría, cuando me desplomé aprisionada por su cuerpo.

Se había abalanzado sobre mí y me aplastaba contra el suelo. Grité y forcejeé sin resultado alguno. Una de sus manos me giró la cabeza y cubrió mi boca. Acercó sus labios a mi oreja. Noté su cálido aliento en ella.

—No te librarás de mí —susurró sibilante—. No, ahora que vuelvo a probar el dulce néctar de tus labios.

Su lengua se deslizó por el lóbulo, mordisqueándolo.

Había perdido el juicio, era incapaz de razonar con lógica. Horrorizada ante lo que se avecinaba, supe que debía mostrarme sumisa.

—Está bien, de acuerdo, haré lo que me digas.

—Así me gusta. Ahora quiero que salgas y le grites que vuelves conmigo, que te deje en paz.

Sus dedos acariciaban mi barbilla y mi cuello. Asentí nerviosa, y él como recompensa besó mi mejilla.

—Bien Shahlaa, espero que seas lo suficientemente convincente, porque no me gustaría matarlo; al fin y al cabo le debo una vida.

Había perdido la cordura. Si hubiera pensado con lucidez, habría sabido que Gunnar jamás me abandonaría y menos llevando un hijo suyo en mis entrañas.

Rashid se incorporó y me ayudó a levantarme. La capa yacía arrugada en el suelo. Fijó la mirada en la túnica rasgada y arrugó el ceño pensativo.

—Será mejor que te cambies. Anoche traje algunos de tus vestidos.

¡Oh, por supuesto!, pensé. Si Gunnar veía el desgarró en mis ropas, adivinaría con total facilidad que me había forzado; eso sí que sería su perdición. Para algunas cosas parecía estar bastante cuerdo.

Fuera, gritos y pasos apresurados se entremezclaban formando un caos que aceleraba mis latidos. Me pregunté dónde se encontraba Rodrigo y qué estaría haciendo ahora que su plan no tenía cabida. Entretanto, Rashid, que simulaba calma, rebuscaba en un arcón envejecido.

—Aquí está.

Ante mí extendió un hermoso vestido azul noche y plata que me resultaba incómodamente familiar.

—¿Lo recuerdas?

Asentí. Era el vestido que llevaba la primera vez que lo había visto cuando vino con su padre a anticipar la boda. Si pensaba que la prenda me traería recuerdos románticos, se equivocaba, pues lo único que sentí fue una amarga melancolía por el recuerdo de mi madre, junto a mí, frente al espejo de mi cuarto. Su sonrisa y el brillo de sus hermosos ojos claros, tan reales que me dejaban sin aliento, clavaban en mi alma un dardo envenenado.

—Póntelo, amor mío.

Se lo arrebaté de las manos con cierta brusquedad y lo miré indignada.

—Vete, creo que tus hombres te necesitan; por si lo has olvidado, están a punto de abordarnos.

Rashid sacudió la cabeza indiferente, como alejando la realidad, en favor de aquella absurda fantasía que se había empeñado en tejer.

—Ni hablar, quiero contemplarte mientras te cambias. Además, tu tío sabrá manejar la situación mejor que yo; no es la primera vez que se enfrenta a unos piratas.

Resoplé harta de aquella farsa.

Con los nervios despuntados y la paciencia moribunda, me desnudé ante él, aunque sin ningún asomo de sensualidad, más bien todo lo contrario, con movimientos rápidos y toscos. Libre de ropa, me atreví a mirarlo y, por su expresión, adiviné que debía acelerar el proceso si quería evitar un nuevo ataque. Por fortuna se mantuvo inmóvil; al parecer, disfrutaba del espectáculo.

—Sigues siendo la mujer más bella que he conocido, mi dulce Shahlaa.

—En cambio a ti no te conozco nada —rezongué con desdén.

Para mi asombro, Rashid no pareció molesto. Sus ojos brillaban divertidos, incluso sonrió burlón.

—Cuando regresemos y pueda respirar tranquilo, te prometo que volveré a ser el que era, amor mío, pero convendrás que las circunstancias —me dedicó una mirada acusadora— han forzado el cambio. Debiste mostrarte más razonable desde el principio.

Bufé airada y lo encaré.

—Creo que eres tú el que no parece obrar con sensatez. Te niegas a la realidad, pero ya no me importa.

Pero sí me importaba. En aquellas condiciones, abogar por su vida cuando Gunnar se le echara encima iba a resultar inútil. Y, sin embargo, no podía permitir que lo matara, aunque yo misma sentía ese impulso.

Fuera, unos aterradores silbidos impactaban contra el casco del barco. Rashid pareció salir de aquella nube ilusoria que flotaba a su alrededor. Preocupado, corrió a la puerta, la abrió y asomó la cabeza.

—¡Demonios!

En mitad de su estupor no me detuvo cuando yo también eché un vistazo.

Un *knörr* navegaba prácticamente junto a nuestro bajel. Los asaltantes nos habían atrapado, literalmente, clavando largas lanzas en el costado de nuestra nave que estaban atadas a unas gruesas sogas que en ese preciso momento arriaban con fuerza unos feroces guerreros.

El corazón me saltó en el pecho, cuando divisé a Gunnar en la proa. Su rostro era una máscara feroz. No tuve tiempo de más. Rashid me agarró de nuevo y me arrastró al interior.

—Tendrás que perdonarme, querida, pero tu gigante me obliga a utilizar algunas tretas que no son de mi agrado.

Sin previo, aviso sacó del cinto una daga curva de doble filo y, poniéndose a mi espalda, me apuntó al cuello con ella.

—Estás cavando tu tumba —mascullé alterada.

—No temas, no voy a hacerte daño, solo voy a amenazar con ello. Si tanto te amará la vuelta.

Sus curiosos razonamientos me pasmaban, a pesar de que a esas alturas no entendía cómo todavía me sorprendía.

—¡Suéltame de inmediato, estúpido! —exigí casi a gritos.

Rashid no replicó; me empujó hacia la entrada y salimos al exterior.

Justo en ese momento, los guerreros, ataviados con pieles, escudos y yelmos, abordaban la cubierta esgrimiendo espadas, hachas y mazas. Ante nuestros ojos, el combate tomó forma. Los chirridos del acero competían en intensidad con alaridos de dolor y gritos de guerra. El caos se desató a nuestro alrededor con un solo color predominante: el rojo.

Cerré los ojos con fuerza y grité hasta que sentí quebrarse mi garganta.

Entre el clamor de la batalla, solo un hombre distinguió mi angustia.

Gunnar corrió hacia mí, espada en mano, con la tormenta en el rostro y relámpagos en los ojos.

Rashid clavó amenazante la punta de su daga en mi cuello, me encogí ante el contacto.

—Dile que no dé un paso más —murmuró.

No hizo falta, Gunnar retrocedió con la alarma reflejada en el rostro.

—Ha enloquecido —dije—, pero no va a hacerme daño.

Agradecí al cielo que no hablaran el mismo idioma.

—No puedo arriesgarme —repuso.

Temblaba, no supe si de rabia o de miedo, ambas cosas bailaban en su rostro enrojeciéndolo y oscureciendo su mirada.

—Veo a Loki en sus ojos —añadió.

Sin duda, el dios del engaño, maléfico e imprevisible, gobernaba la razón de Rashid.

—Adelante, dile que vendrás conmigo —me instó frenético.

—Gunnar, será mejor que te marches con tus hombres.

La mirada de asombro fue tan aguda como la determinación de ignorar mis palabras. Apretó con fuerza los puños, su enorme espada refulgía con la luz de la mañana.

—Mi tío está de mi parte, me ayudará a escapar en un bote. Justo en este momento planeaba hacerlo. Tan solo has de esperarme en la orilla.

Gunnar me recorrió con la mirada. Se detuvo en mi nuevo atavío, lo que acentuó su ceño. Después, fijó sus claros ojos en Rashid evaluando las posibilidades de derribarlo.

—Si crees que voy a abandonar este maldito barco sin ti, es que también tú has perdido el juicio. Además, ¿cómo pensabas distraerlo?

Sacudió la cabeza en su dirección, con un gesto de desprecio.

Negó con la cabeza para detener mi explicación. Su furia crecía.

—No, no me lo digas. Al ver lo que llevas puesto, puedo imaginarlo.

Su voz, grave y profunda, retumbó con la fuerza de un trueno, afilada y mordaz.

No pude sostener el hielo de su mirada. Sentí que se me secaba la garganta y mi rostro ardía.



—¿Qué demonios le estas diciendo? —inquirió Rashid, preocupado.

—Estoy intentado convencerlo —respondí en un susurro.

—Voy a matarlo, lo sabes, ¿no? —musitó Gunnar mientras escrutaba mi rostro.

—No tiene por qué morir más gente si te marchas ahora. Confía en mí —le supliqué.

Pero mis palabras no lograron aplacarlo; surtieron el efecto contrario. Gunnar apretaba la mandíbula en un intento de mantener el poco control que le quedaba. Se asemejaba a un enorme depredador a punto de abalanzarse sobre su presa, con los ojos entrecerrados, la cabeza algo adelantada, ese enorme pecho subiendo y bajando al ritmo de su pulso, incluso las aletas de su nariz parecían dilatadas; era como un toro dispuesto a embestir con toda su fuerza.

—A una señal mía, clávale el codo en el estómago y agáchate, lo demás corre por mi cuenta.

El pánico me invadió.

Si hacía lo que me pedía, Rashid moriría allí mismo. Si ignoraba la orden, su destino sería el mismo. Pero en mi interior palpitaba la imperiosa necesidad de salvarlo. No merecía pagar tan caro la desesperación que lo había llevado a cometer actos infames, pues en mi fuero interno todavía sentía la culpa tirando implacable de mí. Sí, estaba enajenado, no era el hombre que conocía. Yo tampoco era la misma mujer. Estaba plenamente consciente de los desatinos que el sufrimiento provocaba. Tenía que intervenir, me preguntaba cómo.

Solo se me ocurrió una cosa.

Alcé el brazo y empuñé la daga que sostenía Rashid. Apreté con fuerza mi mano sobre la suya, de esa forma, acerqué la punta a mi garganta. Acto seguido, expresé mi amenaza en las dos lenguas.

En lengua árabe espeté:

—Si osas apartarla, me tiraré encima de ella y mi muerte caerá sobre tu conciencia.

En lengua nórdica proferí con voz serena:

—Si lo matas, moriré con él.

Los ojos se Gunnar, mostraban la angustia que lo embargaba.

—Quiero que cada uno se aleje lo suficiente y se dé vuelta.

Esto último lo repetí en ambas lenguas.

Me encomendé a todos los santos, cerré por un fugaz instante los ojos y recé con fervor por que ninguno actuara impulsivamente.

Rashid soltó la daga que yo empuñé con decisión y se alejó con lentitud; Gunnar lo imitó. A unos escasos pasos de distancia se dieron vuelta. Entonces no lo dudé.

Me dirigí rápida hacia la borda y desaté una cabilla en la que se enrollaba un cabo, lo solté y, empuñando la gruesa pieza de madera, me volví hacia Rashid. Apreté los dientes y, con toda la fuerza que pude reunir, golpeé la cabeza de Rashid.

Cayó sobre la cubierta, por fortuna inconsciente, de no haber sido así, mi plan habría ido al garete.

Gunnar abrió la boca con el rostro demudado por la impresión. Liberada del miedo y la angustia, avancé hacia él para enfrentarlo.

—No puedes matar a alguien que ya está muerto.

Gunnar se acercó al hombre que yacía desplomado en el suelo y se agachó para observarlo más de cerca.

—Todavía respira; solo está inconsciente.

—No me refería a su cuerpo. Su alma estará muerta cuando despierte; eso me dijo. Pero sé que resucitará.

O al menos en eso confiaba. Ahora me esperaba la furia del Gunnar que, imaginaba, brotaría como la lava de un volcán.

—Te has expuesto por salvarlo.

El tono lastimero de sus palabras me sobrecogió. Aquello no lo esperaba.

—No irás a creer...

—Te has enfrentado a mí por él —me interrumpió conmovido.

Me acerqué y, para mi sorpresa, retrocedió. Sacudió la cabeza entre aturdido y herido.

—Gunnar...

—No, ahora no.

El tono gélido de su voz me estremeció.

En ese momento, apareció mi tío acompañado de Erik.

Rodrigo miró espantado el cuerpo inerte de Rashid y se arrodilló junto a él. Cuando le tomó el pulso, respiró aliviado.

—Creí que lo habías matado —musitó con marcado reproche—. Salíamos de la bodega justo cuando lo golpeaste.

—Tardaste demasiado, tuve que ingeniármelas.

Mi tío se retiró un mechón de pelo ensangrentado de la frente y lanzó una mirada reprobatoria hacia Erik.

—Este patán a punto estuvo de dejarme sin tripulación. —Dirigió una mirada espantada hacia los cuerpos caídos sobre la cubierta y agregó—: por no hablar de tu patán.

Algunos grupos aislados de hombres todavía combatían, aunque la mayoría de los marinos se había rendido sin oponer resistencia en favor de sus vidas. Resultaba más que obvio que la tripulación había sido mermada, más por heridos que por muertes.

Apenas lo atendía, no podía apartar la mirada del ceño de Gunnar.

—Será mejor que partamos de inmediato —sugerí inquieta.

Él se dio vuelta y ordenó a sus hombres la retirada. Eran apenas una docena, pero de aspecto terrorífico. Los guerreros habían maniatado a los vencidos y se dispusieron a llevárselos como botín.

—Si se los llevan, no podremos regresar; este bajel es demasiado grande para maniobrarlo entre dos —manifestó Rodrigo profundamente indignado—. ¿O acaso piensan vendernos también a nosotros?

Me dirigí a Gunnar y lo encaré.

Molesto por mi presencia, no se dignó a mirarme.

—Si permites que se los lleven, no podrán regresar —increpé.

Su semblante permanecía pétreo, impasible.

—¿Quién ha dicho que van a regresar?

—Yo lo digo —lo reté.

Esta vez sí me miró y, al punto, me arrepentí. El claro verdor de sus ojos me taladró con un dejo de decepción impreso en ellos que me provocó temblores. Necesitaba hablar con él, hacerle entender, pero ahora no era el momento como bien me había indicado tan mordientemente.

—Pues te equivocas; les prometí a estos hombres una buena captura, y la tendrán.

—Que se lleven entonces la mercancía, hay toneles de vino y sedas de damasco. Podrán venderlos por una fortuna.

—Quieren esclavos —replicó.

—¡No! —insistí.

Lo miré provista de una determinación implacable.

Gunnar me agarró del brazo y me acercó a él.

Con la furia desfigurando su rostro, tomó mis hombros y me clavó su flamígera mirada. Gunnar me soltó y se dirigió a sus hombres. Permanecí ahí, con el corazón que todavía me golpeaba el pecho, con latidos irregulares y abruptos, nunca había sentido la cólera de él de aquella manera tan abrumadora.

Al cabo, y tras una dura negociación, los prisioneros fueron liberados. Cuando regresó por mí, rubicundo y agitado, habló sin mirarme.

—Despídete, porque si ese miserable despierta, no respondo.

Mi tío, que permanecía junto a mí y que en ese momento me sostenía, pues sentía las piernas como si fueran de mantequilla, intuyó el mensaje y me abrazó con fuerza.

—Cuídate, muchacha, y no olvides que tienes una familia al otro lado del océano.

Ahugué un sollozo y me apoyé en su hombro.

—Jamás lo olvidaré. Entrégale la carta y dile que no ha habido una madre mejor, como tampoco pude tener un tío mejor. Siempre fuiste un padre para mí.

Rodrigo acarició mi cabello con dulzura y sonrió entre lágrimas.

—¿Y qué le digo a Rashid?

—Dile que rezaré por él y por que algún día encuentre el perdón en su corazón. Dile que me olvide y... que se merecía que lo golpeará por insensato.

Rodrigo me estrechó entre sus brazos de nuevo. Esta vez por última vez; cuando me soltó, espetó con voz estrangulada.

—Cada primavera, siempre que mis rentas me lo permitan, enviaré un barco mercante a Haithabu para comerciar; me ha sorprendido el floreciente mercado de esa pequeña ciudad, así que he entablado algunas conexiones. Quiero decirte con esto, que si te quedas sola, si decides que tu aventura aquí ha llegado a su fin, pregunta por mí, di tu nombre completo y te traerán de vuelta.

Asentí, aunque esperaba no tener que hacer uso de ese salvoconducto.

Gunnar me agarró de la muñeca y nos separó.

—Adiós, pequeña Leonora, suerte con tu gigante. Veo que te ama con locura.

En ese preciso momento, no había mucho amor en sus ojos, aunque sí locura.

Con ademanes bruscos, Gunnar me tomó en brazos y me condujo al *knörr*. Miré por última vez el cuerpo de Rashid. En ese momento, lo alzaban dos marineros y lo cargaban hacia un camarote. Sentí cerrar la primera puerta. Acababa de romper definitivamente aquel lazo y ahora quedaba otra puerta, mucho más peligrosa y cercana.

Gunnar captó mi mirada, y la oscuridad que ya nublabá su talante se acrecentó.

—Tenemos que hablar —musité, ansiosa por encontrar su calor.

Lo había tomado del brazo cuando ya se marchaba.

—Ahora no —repitió con sequedad—. Tengo que devolver este barco.

Antes de darme tiempo a replicar, se alejó hacia el timón.

Su frialdad me oprimió el corazón. Sentí ganas de abofetearlo, de gritarle a pleno pulmón. Sin embargo, otra urgencia se impuso. Una violenta arcada me convulsionó, me sentí débil y recordé que no había probado bocado.

Bajé a la bodega y busqué algo comestible. En un rincón descubrí algunas vituallas, me lancé voraz sobre una hogaza de pan negro y, mientras masticaba, sentí cómo mi cuerpo volvía a la normalidad. También volvía el cansancio. Libre de la ansiedad y la tensión, me arrebujé en un agradable sopor.

Me dormí a mitad de un bocado.

\* \* \*

Cuando desperté, descubrí que no estaba en el suelo, sino en un camastro. Una cálida y suave piel de marta me cubría hasta la barbilla. Sonreí. A pesar de su enfado, cuidaba tan gentilmente de mí como siempre.

Miré en derredor, pero no vi más que toneles y baúles, aparejos y trozos de paño. El rumor de las olas había cambiado, apenas era un tenue susurro; además escuché un barullo de conversaciones distantes y lo que me pareció el inconfundible sonido de las gaviotas.

Aquel último descubrimiento me incorporó de golpe. Sin duda, habíamos arribado a un puerto.

Salí del lecho, me cubrí con la piel y ascendí a cubierta.

La brisa fresca terminó de despertarme. El aroma a salitre, pescado fresco, salazón y vinagre arrancó de mi ser unas náuseas sofocantes. Me incliné sobre la borda y vomité, esta vez, vaciando todo el contenido de mi estómago.

Cuando me recuperé, comprobé disgustada que el barco estaba anclado a un quejumbroso embarcadero del que asomaba un pueblecito salpicado de pintorescas cabañas con efigies de dragones y serpientes y que, por ende, yo era la única tripulante.

A lo lejos vi un grupo de hombres en torno a una hoguera de la que pendía un caldero que humeaba. Una de esas inmensas siluetas estaba de pie con una mano sobre la frente para evitar el sol y poder divisar algún movimiento en el barco. Con una mano hizo un gesto para que me acercara.

¡Vaya, el muy mentecato no pensaba ayudarme a desembarcar! Pues que así sea, pensé, quiere guerra, la va a tener.

Bajé del barco no sin esfuerzo, pues por un instante vi dos pasarelas. Un grupo de niños jugaba en la orilla. Al otro lado, unas mujeres conversaban animadas al tiempo que molían grano. Decidí ignorar a Gunnar; me dediqué a observar a aquellas rubias y lozanas damas.

Me senté en una piedra y me envolví un poco más bajo mi capa. No tardé en escuchar unos pasos sobre los guijarros de la playa. Sabía quién era, así que no me molesté en mirar.

—¿Te encuentras bien? Te he visto vomitar.

Aunque sus palabras denotaban preocupación, el tono de voz conservaba la frialdad.

—Sí, estoy bine, gracias—respondí simulando indiferencia.

Permaneció de pie a mi lado en completo silencio. Todavía distante, aunque ahora parecía confundido.

—Están preparando un guiso de ciervo, te traeré un plato.

No contesté, pero me moría de hambre, y el olor del caldero exaltaba mi maltrecho estómago con promesas de calor y placer.

Gunnar se alejaba cuando una de aquellas mujeres se acercó a mí.

—¿Es tuyo? —preguntó en referencia a Gunnar.

Asentí. La mujer observaba la espalda de mi esposo con expresión envidiosa.

—Ten cuidado, esa gacela lo está acechando.

Seguí la dirección de su dedo índice y me sorprendió descubrir que apuntaba a Ada. Se hallaba entre el grupo de guerreros pegada a Ragnar.

La mujer suspiró y añadió:

—Aunque no es para menos, ese hombre deja sin respiración, ya quisiera yo un macho así en mi cama. Grande, fuerte y apuesto: eres afortunada.

—Gracias, creo. Pero te equivocas respecto a la gacela —contesté bastante molesta por el interés de aquellas mujeres en Gunnar.

Porque no solo ella lo miraba, todas las demás suspiraban y cuchicheaban entre risas traviesas.

—Si tú lo dices, pero yo andaría con ojo. He visto cómo lo mira, y esa pequeña mariposa revolotea coqueta a su alrededor.

—Quieres decir cómo lo miras tú ahora —repliqué incisiva.

La mujer dejó escapar una sonora carcajada y, para mi sorpresa, me palmeó la espalda.

—No, pequeña. Yo lo miro con simple admiración, reconociendo un buen ejemplar; ella en cambio lo mira de otra manera, con un anhelo oscuro. Hazme caso y mantente alerta. No suelo equivocarme.

Me sonrió abiertamente como si se compadeciera y se alejó.

No pude resistir la tentación de echar otra ojeada a la hoguera y, para mi consternación, descubrí a Ada, que apoyaba una mano en el hombro de Gunnar, instándolo a inclinarse para escucharla; ella acercó su boca al oído de él y rio ante el comentario. La mano de ella se demoró en su brazo más tiempo del necesario mientras le sonreía. Pero no, no podía ser. No era coquetería lo que veía en sus enormes ojos castaños, era ¿agradecimiento?, ¿simpatía? Tenía que serlo. Decidí no preocuparme. Por culpa de aquella mujer empezaba a ver fantasmas donde no los había. No obstante, paladeé un regusto amargo en la boca.

Me levanté e, impulsada por el hambre o eso me obligué a creer, caminé hasta la hoguera. Gunnar, al percatarse de mi presencia, se envaró de nuevo; adoptó esa actitud distante que había decidido tener como pago de mi actitud en el rescate y de su desconfianza respecto de lo sucedido con Rashid. Y eso que desconocía la verdad.

Un hombre de barba hirsuta llenó un cuenco y me lo ofreció. Comí en silencio observando a Ada, que se cuidaba muy bien de mostrarse tan atrevida.

Me sentí furiosa.

Necesitaba el cariño y la comprensión de Gunnar, aunque no pensaba mendigarlos. Y ahí estaba la pequeña Ada robando, eso sí, de manera muy sutil, la atención de mi esposo. Ni siquiera fui consciente de la huraña expresión que aquellos pensamientos plasmaron en mi rostro.

—¡Eh, muchacha, parece que te estás comiendo una escudilla repleta de grillos! —exclamó Erik con una sonrisa aviesa.

—No, más bien un cuenco de las gachas que preparas —se burló Ragnar, a lo que Erik contestó con un bufido y un codazo.



Las bromas de los hombres no hicieron mella en mí. Terminé mi ración y me alejé de nuevo. Deseaba pasear por la orilla para aspirar el aroma del mar, dejándome acariciar por la brisa, deseando que se llevara con ella mis funestos pensamientos. Cerré con fuerza los ojos y me abracé. Esta vez no lo oí llegar hasta mí.

—Creo que teníamos una conversación pendiente —empezó con voz pausada.

Lo miré enojada y asentí.

—Sí, y estoy esperando.

—Creo que soy yo el que quiere escuchar una explicación.

—¿Me acusas de algo?

Me volví hacia él y le sostuve la mirada. Lo que había tras sus ojos me disgustó tanto que a punto estuve de abofetearlo.

—Parece ser que sí, ¿no es así? Adelante, vomita tú ahora. Sí, vomita todo tu rencor, tu desconfianza y deja que yo lo limpie, que aclare tus dudas y reafirme lo que siento. Deberías confiar plenamente en mí, y estar abrazándome y dándome consuelo.

El tono de mi voz ascendía paulatinamente del mismo modo que la ira que me sacudía.

—¡Maldita sea, haces que me arrepienta!

Lamenté aquellas palabras en cuanto salieron de mi boca. Gunnar reaccionó como si lo hubiera golpeado. Anonadada por mi desatino, no supe qué decir.

—¿Te arrepientes? —me gritó—. ¡Adelante, yo mismo te conseguiré un barco para que les des alcance!

Estaba fuera de sí.

Comenzó a pasearse a mi alrededor al tiempo que se pasaba las manos por la cabeza, contrariado y nervioso.

—No debí decir eso.

—De modo que se te ha escapado, ¿no? Porque es evidente que lo piensas. ¡Salvaste su vida porque todavía sientes algo por él! ¡Maldición!

Colérico, dio una patada a los guijarros, que salieron disparados en todas direcciones. Acto seguido, se plantó frente a mí y me espetó:

—¡Dime que ocurrió en ese barco! ¿Te sedujo? ¿Te hizo ver lo mucho que te amaba y tú recordaste? —Me agarró hoscamente por los brazos y me estrechó contra su pecho—. ¡Contéstame!

Gritaba desaforado al tiempo que me sacudía. No pude soportarlo más y lo abofeteé.

—Si crees eso, maldito bárbaro del demonio, ¿por qué estoy aquí junto a un hombre despiadado y cruel? Pude haberte golpeado a ti.

Con los ojos inyectados en sangre y el rictus trémulo, bajó la cabeza hacia mí; demostraba un exagerado interés.

—Dímelo tú.

Respiraba agitada, recibía reproches y gritos en lugar de caricias y mimos, era más de lo que podía esperar. Por un breve instante, decidí confesarle la verdad. Gritarle a la cara que me habían violado una vez más; por fortuna, todavía me quedaba un delgado hilo de cordura al que agarrarme.

—Si no lo sabes, es que además de necio estás ciego.

Me contempló compungido, todavía con vetas iracundas en los ojos. Por alguna razón, fijé mi vista en la firme y cuadrada línea de su mandíbula para ascender hacia su boca, llena y tentadora. Él vio mi anhelo, que debió de ser desgarrador, pues a pesar de todo, deseaba el olvido de un beso.

Esperé alguna reacción por su parte y, al ver su impasibilidad, cerré los ojos aplacando las ganas de llorar. Fue entonces cuando llegó.

Fue como la primera lluvia tras la sequía, que penetra en la tierra quebradiza colmando de vida cada grieta y quebranto, llenando con frescura las oquedades, llamando a la vida, instando a los incipientes y adormecidos brotes a resurgir vigorosos.

Me besó con ímpetu, con hambre, pero también imprimió en él la angustia y la furia.

No me importó.

Me aferraba a su abrazo y abría invitadora la boca para dejar que la sedosa suavidad de su lengua enlazara la mía; saboreé aquella dulzura que restaba fuerza a mis piernas: me elevaba, me hacía gozar de la sensación de miles de mariposas que aleteaban inquietas en mi pecho.

El beso, largo, intenso y deliciosamente minucioso, encendía hogueras por doquier, alimentaba un fuego que crecía sin control. Lo deseaba dentro de mí como nunca antes.

Gunnar emitía roncosp gemidos salidos del interior de su garganta. Sujetaba mi cabeza con ambas manos de modo que me inmovilizaba. Yo, en cambio, lo acariciaba con pasión. Recorría su espalda, le clavaba las uñas, me pegaba insinuante a su cuerpo. Supe que me deseaba tanto como yo a él.

Me soltó abruptamente y a punto estuve de perder el equilibrio.

No hablé, tan solo me contempló con la mirada nublada por el deseo. Miró a ambos lados y localizó una pequeña cabaña bastante destartalada. Me arrastró apremiante hacia ella. Casi corría tras él.

De una patada abrió la puerta y nos adentramos en ella. No había nada, tan solo un suelo cubierto por cañizo y junquillos. Me quitó la capa y la extendió sobre la cubierta vegetal. Me tumbó encima y cayó sobre mí poseído por la lujuria. Se detuvo un instante a contemplar mi vestido y el ceño regresó a su rostro. Inmediatamente lo besé disipando el enojo.

Y él ya no vio nada más.

Ciego de deseo, me desnudó: besaba y lamía cada protuberancia, cada llanura y cada pliegue; palmo a palmo me llevó al delirio. Creí morir de placer. Abrí las piernas. Se coló entre ellas colmándome de dicha. Estaba tan excitado que no tardó en culminar. Alcanzamos juntos el clímax en un gemido compartido.

Puntitos de luz flotaban a mi alrededor, como pequeñas estrellas suspendidas en la noche; mi cuerpo ya colmado se relajó laxo. Gunnar se echó a un costado y me abrazó con ternura, con su rostro apoyado en mi pecho. Permanecemos en silencio, asimilando lo que sentíamos y acompasando el ritmo de nuestra respiración.

—Los celos me nublaron la razón —confesó en un susurro.

Acaricié su cabello y le besé la frente.

—Parecías tan decepcionado de mí, que por un momento temí que dejaras de quererme.

Alzó la cabeza y me observó con asombro.

—¿Dejar de quererte? Si cuando el barco zarpó sin mí, creí que me faltaba el aire; nunca en toda mi vida pasé tanto miedo, tanta angustia. Y, cuando te encontré junto a él, defendiéndolo, yo... perdí la cabeza. Todavía tiemblo de rabia de solo pensarlo, de

imaginar las cosas que intentaría hacer para reconquistarte. Ese vestido...

Clavó los ojos en la prenda que ahora descansaba arrugada en un rincón.

—Ese vestido es solo eso, un vestido.

—No soy estúpido. Sé que es importante para él por el motivo que sea.

—Lo llevaba puesto el día que vino a casa a anunciar la fecha de nuestra boda.

—Quería que recordaras —musitó apesadumbrado.

—Yo solo me acuerdo de ti. Solo te veo a ti, solo te deseo a ti. —Hice una pausa para mirarlo a los ojos y añadí—: solo te amo a ti.

Gunnar tomó de nuevo mi boca. Volcó esa vez el alivio y el sosiego que ahora corrían libres por sus venas alejando las dudas, imprimiendo en el beso la suave súplica del perdón, remarcando la intensidad de su amor por mí. Cuando se separó, llevó una mano hacia mi vientre todavía liso y sonrió con ternura.

—¿Podrás perdonarme?

—Sí, pero tendrás que resarcirme por desconfiar de mis sentimientos. Tú mejor que nadie sabes a lo que he renunciado por ti.

—Nunca he dudado de tu amor, es solo que saberte en brazos de otro hombre... —Su mirada de nuevo se oscureció—. ¡Por los dioses, he estado a punto de perderte!

Se aferró con fuerza a mí para ahuyentar el pánico que lo había embargado.

—Corrimos como locos hasta dar con esta aldea —explicó con la mirada perdida—. Durante el trayecto solo podía pensar en que moriría si te perdía, si los perdía —corrigió—. Odín estaba de mi parte, un *knörr* salía de puerto en ese instante. Negocié con ellos y logré que me acompañaran. Contuve el aliento hasta que divisé aquel maldito barco. A partir de entonces, el miedo se trocó en la furia más endiablada que he sentido nunca.

Hizo una pausa y me miró con intensidad como si indagara en mis ojos.

—¿Qué ocurrió en mi ausencia?

Pude ver cómo enrojecía súbitamente su rostro, devorado una vez más por los celos.

—Intentó convencerme de regresar a su lado.

—¿Solo con palabras?

—No me entregue a él.

Era lo único que sabía que lo apaciguaría sin faltar a la verdad. Solo que no contaba con su peculiar astucia.

—No pensé que lo hubieras hecho. Mis sospechas recaen sobre él, no sobre ti. Dijiste que había enloquecido, por lo que deduzco que intentó algo inaudito, algo que no esperabas de él. Y ese algo es lo que me desquicia. Ahora, dime, ¿qué fue lo que te hizo? ¿O lo que intentó?

Esta vez no me quedo otro remedio que mentir.

—Rodrigo llegó a tiempo.

Gunnar apretó los dientes, su poderosa mandíbula se tensó. Una vena palpitó en su sien. Los ojos refulgieron chisporroteando fuego verde.

—Debiste dejar que lo matara: intentó forzarte.

De pronto sus ojos se abrieron como iluminados por una revelación que se abrió ante él con pasmosa claridad.

—¡Por Fenrir, por eso te puso ese vestido! ¡Maldito bastardo, miserable y cobarde! Rompió la túnica que llevabas cuando te atacó. Si llego a verte con la túnica rasgada, ni su maldito dios habría podido salvarlo.

En ese momento, pareció caer en la cuenta de mi situación, me imaginó atacada y sola, a expensas de un loco. Se avergonzó de sí mismo.

El cambio en su expresión fue tan radical, parecía tan desolado que lo abracé con fuerza.

—¡Soy una bestia sin corazón, un patán sin compasión! ¡Que la furia de Thor recaiga sobre mí! En lugar de abrirte mis brazos, yo, el ser más mezquino y egoísta que campa sobre la tierra, derramo mi rabia sobre ti. No, no me perdones, no lo merezco.

No pude evitar sonreír por la exageración inherente en el carácter de aquellas gentes, y eso que Gunnar era el sujeto más comedido que me había encontrado. No obstante, el semblante mortificado que mostraba me obligó a adoptar la seriedad correspondiente.

—Puedo asegurarte que si Thor decide procurarte algún mal, tendrá que vérselas conmigo. Te diré que ni su gran martillo, ni su sobrenatural trueno podrán competir con mi genio.

Gunnar me contempló confundido y no pude reprimir la risa.

—¿Estás riéndote de mí? —inquirió abochornado.

Asentí y mis carcajadas lo contagiaron.

—Gunnar, no creo que tu comportamiento sea merecedor de todos esos reproches. Además debiste verte la cara.

Reímos juntos hasta que me dolieron las costillas. Más calmados, me besó la punta de la nariz y se levantó. Se acomodó la ropa; luego, fue hasta el rincón donde había lanzado mi vestido.

—No funcionó, ¿sabes?

Gunnar se acercó a mí y me lo entregó. Me observó expectante.

—Fue a mi madre a quien recordé. Ella lo encargó para mí; y ese día me sentí más unida a ella que nunca.

Me contempló mientras me vestía; reparaba en cada detalle de la prenda. Terciopelo azul que se pegaba a mi cuerpo como una caricia, escote cuadrado ribeteado con un exquisito brocado de plata intercalado con gemas amarillas y blancas; ceñido, remarcaba la opulencia de mis senos; luego venían unas mangas amplias, algo abullonadas. En el bajo de la falda se repetía el diseño del escote, de clara influencia bizantina.

—Es muy hermoso, pero no puede competir contigo.

Le dediqué una mirada seductora y le sonreí.

—Se trata de realzar a la que lo porta, no de rivalizar con ella.

Fijó sus ojos en el escote; los demoró allí.

—Sin duda realza, pero tú no lo necesitas: estarías hermosa con cualquier harapo.

—Eso no es verdad, pero me inclinaré a creerte por esta vez.

Gunnar rio; me estrechó entre sus brazos.

—Te deseo de nuevo —admitió.

—Pero si ni siquiera he terminado de vestirme.

—Ni vas a terminar, si puedo evitarlo. Además, creo que dijiste que debía resarcirte.

Me dedicó una media sonrisa que me desarmó.

—Pero no dije cómo —musité.

—¿Y bien?—inquirió—. ¿Cuál es mi castigo?

—Bésame; después se me ocurrirá algo.

\* \* \*

Regresábamos a Skiringssal.

Era nuestra quinta jornada de viaje a través de bosques cerrados, praderas interminables y sombríos desfiladeros entre montañas imponentes. Aquella mañana contemplaba absorta la belleza del paraje.

La superficie espejada de un lago rielaba bajo los rayos del sol, las laderas colindantes, como mullidas mantas verdes, se extendían en la lontananza cubriendo el páramo. Más allá, se divisaba algo desdibujada una sierra de altas cumbres, que la distancia teñía de un desvaído tono violáceo.

Montada sobre el negro alazán de Gunnar con él tras de mí, me sentía más plena que nunca. Detrás nuestro, marchaban Ragnar con Ada, Erik y, cerrando filas, el gran Thorffin con su cabello rojo que ondeaba como una llama descontrolada.

La primavera asomaba tímida, perfumando la brisa con el húmedo y terroso perfume de brotes jóvenes. La alegre cháchara de los pájaros, el rumor del agua y el eco de los cascos de nuestras monturas conferían tal serenidad a mi espíritu que me descubría dormitando a cada rato.

En una de esas ocasiones, el caballo de Ragnar se colocó a nuestro lado y fingió dormir mientras los escuchaba conversar. Ada participaba en la conversación casi monopolizándola, cosa que no dejaba de sorprenderme, pues a mí apenas me hablaba, como si me tuviera rencor por haberla comprado. También me asombraba el tono jovial y dulce que usaba cuando se dirigía a Gunnar.

Desde que aquella mujer me había advertido sobre ella, la observé con más detenimiento; incluso la atrapé en un par de ocasiones espiándonos.

Su actitud me perturbaba más de lo que me atrevía a confesar. Sin embargo, no podía hacer nada, excepto estar alerta. Pero alerta ¿de qué? Tal vez coqueteaba con Gunnar, pero yo estaba demasiado segura de él para preocuparme por eso.

Me sentía como si hubiera metido en mi casa a una comadreja que tarde o temprano mordería mi mano. Lo peor de todo era que no se trataba de la primera vez que me sentía así. Y aquella primera vez, la comadreja en cuestión había resultado ser una serpiente de veneno mortífero.

Tal vez, el haber vivido aquella experiencia me había vuelto desconfiada en extremo y veía fantasmas donde no los había. O tal vez mi intuición me avisaba de algo. No obstante, solo me quedaba esperar. Pero, para no cometer errores, decidí informar a Gunnar en cuanto tuviera la oportunidad.

Abrí los ojos y descubrí a Ada a mitad de una sensual sonrisa dirigida a Gunnar que pareció languidecer al sentirse sorprendida por mí. La alarma creció. De repente tomé la determinación de dejarla en el primer pueblo que encontráramos.

El primer pueblo apenas era un villorrio. Las pocas cabañas que se apiñaban en torno a un pozo parecían destartaladas. Algunas cabras y gallinas deambulaban en busca de comida. El ladrido de unos perros de pelo largo y enmarañado anunció nuestra llegada.

Casi de inmediato, unos hombres algo andrajosos emergieron de sus hogares con semblante huraño. Sin embargo, cuando vieron el porte y las armas que lucían los guerreros, su expresión se suavizó.

—Necesitamos cobijo. Llevamos varias noches a la intemperie y nuestras espaldas se resienten —adujo Gunnar.

El mayor dio un paso al frente y sonrió: mostró una boca carente de dientes.

—Bienvenidos; no podremos ofrecerles grandes manjares, pues como pueden comprobar subsistimos con lo mínimo desde que el *jarl* pasó hace unos meses y se llevó cuanto teníamos de valor; por fortuna, las mujeres pudieron esconderse a tiempo.



La sola mención a aquel ser abyecto me revolvió el estómago.

—No le hagan caso a mi padre, a veces desvaría —señaló otro hombre que se adelantó con preocupación reflejada en el rostro.

—El *jarl* es bienvenido aquí y cuanto poseemos lo entregamos de buen gusto.

Con inteligencia, intentó reparar la ofensa de su progenitor, tal vez pensaba que los guerreros servían al *jarl*. No se equivocaba, salvo por el hecho de que lo despreciaban tanto como ellos.

—No se preocupe, su padre no puede ofender cuando dice la verdad —apuntó Gunnar—. También yo he sufrido su mezquindad y le aseguro que va a pagar todas sus miserias.

La sonrisa de los aldeanos resplandeció. Tras un silbido agudo, un grupo de mujeres y niños aparecieron de la nada.

—Desde aquel día, nos turnamos para vigilar desde ese cerro. Los vimos llegar y decidimos tomar precauciones.

Obviamente lo que sucedió aquel día debió de ser horrible para que aquella pobre gente viviera constantemente amenazada por el miedo. Y nadie mejor que yo sabía de su crueldad.

Desmontamos; entramos en la cabaña más grande. Allí, un hogar prendía acogedor, las ondulantes llamas lamían un gran caldero que colgaba de una cadena sujeta a una de las vigas del tejado. Olía a madera recién cortada y a leche agria. Por encima de esos aromas, se sentía el del guiso que borboteaba alegre en el perol, lo que provocó un aguijonazo en mi estómago.

Gunnar, puesto sobre aviso de la atención que mi persona generaba, me sujetó por la cintura amorosamente, lo que permitió mostrar con ese gesto mi condición. La gente que me había estado observando, extrañada y curiosa, suavizó su actitud fingiendo desinterés.

Nos invitaron a sentarnos a una larga mesa, pertrechada con bancos de la misma longitud. Una vez acomodados, nos agasajaron con unas escudillas rebosantes de estofado y unas buenas rebanadas de pan negro.

Comí en silencio; escuché las conversaciones de los hombres, sin dejar de aprovechar la oportunidad para observar el comportamiento de Ada, que, frente a nosotros, engullía con entusiasmo su ración. Sabedora de mi vigilancia, apartaba prudentemente su mirada de Gunnar y le dedicaba todo su encanto a Ragnar. Él, hechizado por la bella joven, la miraba embobado.

Lamentablemente, ya resultaba claro para mí que, tras el aspecto inocente y dulce que lucía, se escondía una manipuladora fría y astuta.

Otra más, pensé apesadumbrada. Además me intrigaban sus motivos; no sabía si en verdad estaba interesada en Gunnar o si, por el contrario, era el medio que usaba para herirme, pero ¿por qué perjudicar a alguien que le había procurado el bien?

Inmersa en mis cavilaciones, vi la ocasión de intervenir en la conversación. En ese momento, el anciano que se reveló como líder del poblado demandaba gente joven para trabajar los campos, ya que las cosechas se perdían por falta de jornaleros. Un halo de esperanza alumbró mi ser y abrió mi boca.

—¡Qué casualidad! Justamente buscábamos un lugar para nuestra Ada.

Le dediqué una sonrisa a la interfecta; a cambio, recibí una mirada afilada. No obstante, añadí:

—Esta aldea es perfecta rodeada de paisajes de ensueño y una gran familia que la acogerá con los brazos abiertos —asentí satisfecha—. Sí, sin duda este es el lugar para tu nueva vida, una vida libre y feliz como te mereces.

Gunnar me contemplaba interrogante. El resto se mostraba indiferente, a excepción de Ragnar, que parecía echar chispas por los ojos. Maldije para mis adentros; el muy estúpido ya había caído en sus redes. Para terminar de mandar al traste mis planes, se levantó del banco y plantó sus grandes manazas sobre la mesa acercando su rostro al mío.

—Ada viene con nosotros —informó ceñudo.

No deseaba un enfrentamiento abierto, así que fingí asombro y pregunté con candidez:

—¿No te parece un buen lugar?

—No; quiero decir sí —corrigió al ver el entrecejo de nuestros anfitriones—. Es solo que... bueno... yo deseo quedármela —confesó ruborizado.

Aquello no estaba saliendo tan mal después de todo. Si Ragnar se la quedaba, le sería mucho más difícil coquetear con Gunnar.

Se rascó la pelada cabeza incapaz de sostener la mirada de la joven. Asumí que no haya visto la expresión de horror que mostraba.

—No deseo volver a ser esclava de nadie. —Clavó en mí una mirada reprobatoria—. Además, creo que dijiste que solo querías lo mejor para mí, y yo quiero ser una mujer libre; tengo veinte años y sé valerme por mí misma.

La miramos boquiabiertos.

¿Veinte años? No aparentaba ni catorce. Aunque su cuerpo, que se reponía del maltrato, ganara vigor y sus curvas se rellenaran, seguía pareciéndome añinado al igual que su rostro, bello y angelical, pero de formas redondas características de la infancia.

—Es lo que te ofrezco —insistí—, quédate aquí como una mujer libre.

Negó con la cabeza. Ragnar intervino con la determinación plasmada en el rostro.

—Entonces sé mi esposa.

Todas las miradas se dirigieron a él. Resultaba amenazador y peligroso, una fachada muy conveniente para un guerrero, que además ocultaba un corazón bondadoso junto a un talante divertido.

—Que así sea —decidí satisfecha.

Ada no parecía nada complacida con la idea.

—No puedes decidir por mí —me espetó alterada.

—Me parece que sí; olvidas que te compré.

Ada entonces miró a mi esposo.

—No fuiste tú; fue él.

Gunnar se agitó en su asiento incómodo por tener que intervenir.

—Fue ella quien me lo pidió, y lo sabes —repuso.

Ada lo miró con desesperación.

—¿Y tú qué piensas?

Aquello confirmaba todas mis sospechas.

—Pienso que deberías aceptar la oferta de Ragnar, a pesar de su terrible aspecto. —Le dedicó al mencionado una mirada socarrona—. No hallarás mejor hombre que él. Sabrá cuidarte, y no dudo de que serás feliz a su lado.

Ada hundió los hombros, completamente desolada; a sus ojos se asomaba un llanto incipiente.

De repente estalló en cólera y se levantó para enfrentarse a mí.

—Lo tenías todo planeado, ¿no? Eres como todos los demás, me compraste para hacerme sufrir. Te odio, te odio.

Aquello me dolió. Compararme con su anterior dueño después de haber comprobado su crueldad era desproporcionado. Quería alejarla de mí, la sabía peligrosa, pero nunca permitiría que la dañaran. La había rescatado de una bestia. No entendía cómo, después de haber vivido tantos tormentos, las opciones que le ofrecía la irritaban tanto.

Ragnar parecía herido por el desprecio sufrido, por lo que me pareció encomiable que intentara consolar a su ofensora. Ella lo rechazó con brusquedad y salió de la cabaña envuelta en llanto.

Gunnar ya se levantaba, cuando lo detuve tomándolo por el codo.

—Ni se te ocurra —siseé enfatizando las palabras con una mirada fulminante.

—Es obvio que me he perdido algo.

—Ya te explicaré —murmuré para zanjar de momento el tema—. Necesita estar sola. De ese modo recapacitará.

La conversación siguió por otros derroteros hasta que el murmullo apacible de las voces comenzó a acunarme. No sé en qué momento justo me dormí, pero, cuando desperté, me hallaba acurrucada junto a Gunnar agradablemente cubierta por un cálido manto y recibiendo castos besos en la frente y en las mejillas. Sonreí.

—¿Estoy en el paraíso? —musité amodorrada.

—No sé dónde está eso —contestó.

—Creo que debe de ser algo parecido a tu Valhalla.

—Entonces sí, estás en el paraíso, porque tú siempre estarás donde yo esté.

Gunnar me observó.

—Quiero saber por qué has acorralado a Ada.

—He estado observándola.

—¿Y?

Gunnar tomó mi barbilla obligándome a mirarlo.

—Coquetea contigo.

Esta vez abrió los ojos con desmesura.

—¿Hablas en serio?

—Sí, por desgracia.

Frunció el entrecejo mientras intentó asimilar aquello.

—¿Por eso lo has hecho? ¿Porque estás celosa?

Vacilé.

—No, sí, quiero decir... Me molesta la forma en que te mira, pero hay algo oscuro en ella. Mi intuición hace días que me grita que la aleje de mí y, bueno, es lo que intento hacer. Recuerda que ya viví algo parecido.

—Pero si es solo una niña.

—No, no lo es.

—Yo la veo así.

—Por fortuna para mí.

Gunnar negaba con la cabeza al tiempo que me sonreía seductor.

—Aunque la viera como a una mujer, incluso como a una mujer hermosa, nunca repararía en ella si te tengo a ti.

—Harás bien si en algo aprecias tu vida —bromeé.

—Ahora la aprecio más que nunca —musitó—. Sin embargo, a pesar de tus reservas, creo que no deberías imponerle un marido solo porque me preste demasiada atención.

—Le estoy haciendo un favor —repliqué—. Necesita alguien que cuide de ella; si la declaro libre, no podrá mantenerse sola. Además, ella se lo ha buscado: también ha coqueteado con Ragnar.

—Entonces está claro que no sabe lo que quiere, pero lo que más me sorprende es que yo no me haya enterado de nada.

Decidí, por el momento, dejar pasar el tema. Sin embargo, estaría muy atenta.

\* \* \*

A la mañana siguiente, partimos rumbo a casa.

Apenas amanecía, y el gélido viento nos azotó en el rostro con el impacto de una bofetada. Me encogí bajo mi capa. No sin esfuerzo, logré alzar el rostro para localizar el caballo de Gunnar. Abrí los ojos estupefacta por lo que vi.

Ada montaba el enorme alazán bayo de Ragnar y sujetaba con fuerzas las riendas para controlarlo. El animal, agitado por las maneras bruscas a las que era sometido, cabritaba peligrosamente.

Ragnar intentaba acercarse de a poco, susurrando palabras almibaradas para sosegar el ánimo de su montura. De repente, el caballo se alzó sobre las patas traseras lo que produjo que Ada saliera por los aires. Ragnar se abalanzó como un rayo. Atrapó las riendas, las sacudió con energía para recuperar el control. Gunnar y yo corrimos junto al cuerpo inerte de Ada con el corazón en un puño.

—¡Ada! ¡Abre los ojos!

Gunnar le tomó el pulso y soltó el aliento aliviado.

—Vive, pero el golpe ha sido muy fuerte.

Se inclinó hacia ella. La tomó en brazos. En ese momento, pareció salir de la inconsciencia. Giró la cabeza todavía con los ojos cerrados y gimió dolorida.

De golpe abrió los ojos y se encontró con mi mirada.

—¡Aléjate de mí! —gritó e inmediatamente se cobijó en el pecho de Gunnar.

Me detuve sofocada al contemplar cómo sus manos se aferraban a los hombros de él. Pude imaginar perfectamente su expresión: aunque no le veía el rostro, sería de complacencia.

Apreté los dientes y los seguí al interior de la cabaña. Ragnar me alcanzó en la puerta.

—A mí me gritó lo mismo —confesó.

No supe si por aliviar mi irritación o por liberar la suya. Entramos en el momento en que era depositada encima de la mesa. Ella aprovechó la cercanía para susurrarle algo a Gunnar en el oído; pude ver cómo Ragnar se tensaba. Veía lo mismo que yo. Lo tomé por el codo y, antes de acercarnos, le susurré:

—¿Estás seguro de que la quieres por esposa?

Los azules ojos del guerrero me contestaron. Pero sus palabras lo confirmaron.

—Mi cabeza me grita que no, pero, por desgracia, mi corazón dice lo contrario. Aunque parezca increíble, casi siempre gana.

—Entonces, suerte.

Sonrió algo pesaroso.

—La voy a necesitar— musitó.

Se adelantó, deseoso de cuidar de ella, pero no se atrevió a tocarla temeroso de un nuevo rechazo. Me conmovió ver a un guerrero feroz convertido en un ser inseguro y titubeante por culpa de una muchacha que no abultaba ni la mitad que él. También lo compadecí: aquello iba a ser un camino de espinas.

—¿Qué pretendías? ¡Podías haberte matado! —la increpé.

Los grandes ojos castaños de la muchacha se entrecerraron y sus labios se fruncieron con evidente desagrado.

—Pretendía huir de tu maldad. Si me hubiera pasado algo habría sido por tu culpa.

Aquello era demasiado. Un ramalazo de cólera me sacudió.

—¡Basta! ¿Me oyes? Se acabó.

Estampé mi puño en la mesa y la fulminé con la mirada.

—No pienso tolerar ni un agravio más. ¿Me odias porque intenté liberarte de esa bestia? ¿Porque quise ayudarte? Dime, maldita seas, ¿por qué?

—Porque tú lo tienes todo; y yo, nada —me escupió con rabia.

Tenía el rostro desencajado, la mirada nublada y los puños apretados. La fuerza de su rencor me encogió.

—Ni tendrás nada si ansías lo que otros poseen —espeté—. Valórate, quiérete y busca tu camino. No voy a obligarte a que te cases con Ragnar; a partir de ahora eres libre. Ve y haz lo que quieras. Eso sí, con una condición, quiero que escuches lo que Ragnar tiene que decirte, después tú decidirás.

De esa manera, otorgaba al guerrero la oportunidad de convencerla y a ella la de que meditara sobre lo estúpido que sería campar sola por aquellas tierras. Además, estaba segura de que recapacitaría: necesitaba a alguien que la protegiera y solo había un candidato.

Los dejamos solos. Gunnar me abrazó enterrando su cabeza en mi hombro.

—Eres tan astuta como un zorro.

—Creí que era un lobo.

—Tienes lo mejor de ambos.

—Y tú eres mi león. Grande, poderoso e imponente. Noble y hermoso. Feroz y cariñoso. Y mío.

—De lo último, no tengas dudas, pero ¿qué es un león?

Reí mientras le rodeaba la cintura.

—Algún día te haré un dibujo.

Nos sentamos en uno de los bancos. Aguardamos.

La gente de la aldea comenzaba sus tareas matinales. Una niña nos miraba curiosa de entre las piernas de su madre. Sus enormes y curiosos ojos color índigo se clavaron en mí. No era la única; un grupo de niños de edades dispares comenzaba a arremolinarse a nuestro alrededor.

—¿Por qué despierto tanto interés?



Gunnar se giró hacia mí con una sonrisa orgullosa.

—Porque eres diferente a cuanto han visto antes. Esta aldea está perdida en un valle de difícil acceso. Está claro que no han salido de ella. Si te fijas a tu alrededor, comprobarás que casi todos sus habitantes tienen el pelo y los ojos claros, dudo que hayan visto a alguien tan oscuro como tú.

—¿Oscuro?

Gunnar asintió tomando entre sus dedos un largo mechón de mi cabello.

—Tu cabello es como una noche sin luna; tu piel es dorada como tus ojos: pareces una criatura de otro mundo, una diosa mística. A mí también me impresionaste la primera vez que te vi.

—Creí que solo te habías fijado en mí porque te recordaba al lobo de tus sueños.

—Fue tu belleza lo que me paralizó. Cuando me detuve a observarte, el sueño resurgió. De inmediato, recordé lo que habían profetizado las runas de Eyra. Aunque debo confesar que no necesitaba ninguna excusa para llevarte conmigo: te vi, te deseé y te tomé.

Eyra.

Ardía en deseos de verla, de abrazarla. Sabía que lloraría de dicha cuando supiera mi decisión de quedarme y más cuando supiera que era la esposa de su hijo. Su hijo. Suspiré y lo miré. Debía tomar una decisión, aunque para eso tuviera que enfrentarme a ella. Si bien en el fondo de mi corazón sabía que, si no lograba convencerla de confesar la verdad, nunca podría hacerlo sin su consentimiento.

—¿En qué estás pensando?

—En ti.

Me contempló de forma extraña. Acarició mi rostro con una mirada autocomplaciente; a continuación sonrió vanidoso.

—Todavía no creo que seas mía, pero te gané —musitó jactancioso.

Me incliné hacia él; lo besé con dulzura.

—¿Dónde la ganaste? —inquirió un niño que nos observaba interesado—. ¿En una apuesta? Dime dónde; mi tío quiere una igual.

—Conque tu tío, ¿eh? —Gunnar le sonrió y le alborotó el cabello—. Dile que tendrá que viajar muy lejos para conseguir algo parecido, pero jamás igual.

El muchacho arrugó el ceño y se rascó la barbilla, pensativo.

—No creo que pueda viajar, creo que será mejor que se la regales cuando te canses de ella; sí, eso es.

Gunnar prorrumpió en una carcajada. Los chiquillos esbozaron risillas divertidas.

—No, no creo que me canse. Aunque te prometo que, si ocurre, vendré yo mismo a traérsela.

Le di un ligero codazo en las costillas, y él emitió un quejido fingido: los niños rieron de nuevo. En ese momento, se abrió la puerta de la cabaña principal.

Una cabizbaja Ada salió con los hombros hundidos y paso desganado. Se apercibió de nuestra presencia y giró la cabeza para mascullar:

—Tú ganas.

Se dirigió al caballo de Ragnar. Esperó sumisa con los brazos cruzados sobre el pecho. En seguida la siguió; el hombre mostraba una sonrisa radiante.

—No sé si felicitarte o darte mis condolencias —bromeó Gunnar.

Ragnar le dedicó un gruñido que no mermó la sonrisa que bailaba en su boca.

—Solo pide a los dioses por mí.

# Capítulo 15

## El regreso

Escuché el mar antes de poder verlo.

Los guerreros habían optado por una ruta de interior, más larga y pedregosa, a través de sendas casi intransitables. Sin embargo, era la más segura dadas las letales intenciones de nuestros enemigos. Cuando llegáramos, Gunnar pensaba organizar una guardia permanente además de mandar patrullas para rastrear los alrededores.

Lo único que lo preocupaba era dejarme sola cuando por fin su *jarl* se rebelara contra el rey. Aunque sospechaba que Ulf también acudiría a la batalla, la presencia de Amina y su obsesión por acabar conmigo lo desquiciaba; barruntó llevarme con él y dejarme al cuidado de su rey.

Descendíamos por la última colina rumbo a la parte de atrás de la empalizada que cercaba el pueblo. La construcción se irguió ante nosotros entre frondosos helechales, enhiestos abedules y hayas centenarias.

Nos acercábamos a los pesados portalones.

Gunnar mostró su irritación al comprobar que el puesto de vigía estaba vacío. Nadie nos anunció.

—¡Estúpidos! Si quisiéramos arrasar el pueblo solo se enterarían cuando tuvieran mi espada en su cuello. Y por Thor que lo haré.

Erik soltó una carcajada; Thorffin sonrió como si saboreara la idea.

—No estaría mal que les diéramos una buena lección a esos bellacos —opinó.

Gunnar asintió malicioso; sus ojos chispearon de diversión.

Los hombres se adelantaron para ejecutar su particular escarmiento, mientras Ada y yo recorriamos los últimos metros paseando en completo silencio. La muchacha, con expresión huraña, observaba la entrada a su nuevo hogar.

Débiles rayos de sol filtrados por el espeso follaje doraban las dentadas hojas de los helechos, traspasándolas con su luz y mostrando cada nervadura. Motitas de polvo suspendidas en los haces dorados otorgaban al bosque un matiz mágico. A nuestros pies, la bruma se arremolinaba entre los pequeños arbustos. El canto melodioso de dos herrerillos que revoloteaban en pleno cortejo detuvo a Ada que, embelesada, admiraba el vistoso plumaje azul y amarillo de las aves.

—Es un hermoso lugar para vivir —comenté deseosa de romper el disgusto de la joven.

—Cuando se es dichosa todo parece maravilloso —se quejó.

Resoplé y la observé fijamente. ¿Era posible que fuera tan testaruda?

—Recuerda que nadie te ha obligado a venir.

Se retiró un rizo de la frente y lo colocó detrás de su oreja, luego me devolvió una mirada sardónica.

—Sabes que no tenía otra opción.

—Y eres tan necia que, en lugar de adaptarte a tu nueva situación de buen talante, prefieres gruñir y negarte cualquier posibilidad de ser feliz.

Esta vez sonrió con desdén.

—¿Ser feliz con ese animal? ¿Lo has visto? Es un gigante horrible, ni siquiera soporto mirarlo.

—¿Entonces por qué coqueteabas con él?

—No lo sé.

Yo sí lo sabía. Porque quería camuflar ante mí el interés que sentía por Gunnar. Sospechaba que además quería garantizarse un aliado para lograr establecerse en Skiringssal cerca del hombre que realmente anhelaba. Sin embargo, sus planes fueron modificados con mi intervención, y ahora debía cargar con un marido que no deseaba.

—Ragnar es un buen hombre. Aunque no sea un Adonis, tampoco es un ogro. Posee cierto encanto cuando se lo conoce.

—Entonces quédatelo tú —me increpó—. ¡Ah no, olvidaba que tú sí tienes un Adonis, que te idolatra! ¡Qué cinismo! ¡Qué puede saber alguien como tú de la soledad, de la indiferencia, del desprecio! ¡Tú que consigues que dos hermosos

hombres se disputen tu amor! ¡Tú que por donde vas prendas a los hombres con tu belleza! ¡Tú que nunca has vivido el desamor y el rechazo! Aléjate de mí, me da asco tanta perfección.

En realidad, no estaba tan encaprichada con Gunnar como imaginaba. Era la envidia en estado puro la que la gobernaba. La compadecí. Al tiempo sentí la necesidad de acercarme a ella de alguna forma; no iba a resultar fácil superar su rechazo, pero yo me había hecho cargo de ella y lo asumiría a pesar de todo.

—No te discuto que soy afortunada en el amor. Pero también atraigo la maldad y la envidia. He sufrido sus iras y desmanes en mi carne, en mi alma. He aprendido que en esta vida Dios da, al tiempo que quita. A veces pienso que la vida es como una balanza: un platillo para las venturas y otro para las tragedias. Cuando uno de ellos pesa más, la providencia lo compensa de inmediato, hasta hallar el equilibrio.

—Si es como dices —apuntó—, mi platillo para las desdichas ya casi debe rozar el suelo y todavía estoy esperando que caiga algo en el otro lado.

Le sonreí con ternura.

En ocasiones, personas acostumbradas a sufrir asumían desesperanzadas que ese era su destino. Se encerraban tanto en esa convicción, que ni siquiera advertían de las puertas que se abrían invitadoras al cambio. Imaginaba que era como estar en el fondo de un pozo oscuro y lúgubre durante un tiempo indefinido, incapaces de mirar hacia arriba para atisbar si la tapa estaba abierta. En el caso de que vieran una salida, con seguridad la creerían producto de su imaginación y se perderían de nuevo en su desdicha. Ada era un buen ejemplo de ello.

—Cuando la vida te golpea duramente durante mucho tiempo —comencé—, primero peleas, después solo te cubres, pero al cabo de un tiempo ni siquiera evitas los golpes. Te acostumbras tanto a ellos que, cuando no los recibes, ni siquiera te das cuenta, entumecida como estás. —Hice una pausa y me planté frente a ella—. Nadie te golpea ahora, tan solo tú misma. Si no puedes ver cómo tu platillo de las bonanzas empieza a descender, no es culpa mía, te lo aseguro. Déjame ser tu amiga; si con el tiempo sigues sin soportarme, no te molestaré más; lo juro.

Me pareció ver la sombra de una sonrisa en su rostro, una sombra que murió rápidamente; no obstante, sentí que aquel pequeño e incipiente brote podía ser un principio.

—De momento, prefiero que no me dirijas la palabra —pidió—. Si siento que debo decirte algo, me acercaré yo.

Asentí. Necesitaba tiempo; de eso íbamos a estar bien colmadas. Sentí alivio y cierto regocijo cuando unos sonidos nos detuvieron. Eran gritos y... risas; sí, agudas carcajadas provenientes de la aldea. Aceleramos el paso y traspasamos los pesados portones. Sorteamos unas cuantas cabañas hasta llegar al centro. En la gran explanada vimos cómo la gente vitoreaba a los guerreros. El recibimiento con seguridad iba a durar todo el día. Cualquier excusa era buena para una fiesta.

Ada miraba boquiabierta; su expresión fue imitada por casi todos los que repararon en nosotras. De pronto, se hizo el silencio.

—Esta noche se celebrará una boda —anunció Gunnar.

Todos los ojos se clavaron en mí. Fue Thorkel quien dio un paso al frente.

—No pretenderás casarte con una *banshee*, ¿no, gran *hersir*?

Gunnar se enfrentó a él. Le sacaba más de una cabeza y la amplitud de su pecho sombreó el rostro enjuto del hombre.

—Esta noche es Ragnar quien se casará, yo no podría hacerlo... dos veces.

Gunnar sonreía con los brazos en jarras. Seguidamente sacudió su cabeza para que me acercara. Así lo hice.

—Presento a mi esposa. —Me rodeó la cintura y me apretó contra él—.Y el próximo que la llame *banshee* tendrá que buscarse otro lugar donde vivir.

Al silencio le siguieron los murmullos y cuchicheos. La expectación creada fue sustituida por los pasos apresurados de mis amigas que corrían en mi dirección con el semblante demudado por la impresión.

Blanca, Jimena e Inga se abalanzaron sobre mí estrechándome entre sus brazos.

—¡Dios te ha devuelto! —exclamó Jimena emocionada.

Alcé el rostro sonriente y entonces la vi.

Eyra, con el rostro macilento y surcado de lágrimas, nos observaba incrédula. Meneaba la cabeza. Caminaba vacilante por la impresión; con cada precario paso que daba, sus labios se curvaban hacia arriba. Para cuando llegó hasta nosotros, su sonrisa era deslumbrante.

Miró a Gunnar con un sentimiento que finalmente comprendí. Cuando puso los ojos en mí, una nueva lágrima rodó por su ajada mejilla.

—Su esposa —musitó—. Creo que tienes muchas cosas que contarme.

La abracé y percibí cada hueso de su cuerpo. Había perdido mucho peso. Clara evidencia de la tristeza en que la había sumido nuestra ausencia. Me juré cuidarla y mimarla para compensar todo lo que le había sido arrebatado. No pude resistir dar la otra noticia.

—Y muy pronto la madre de su hijo.

Eyra abrió la boca muda de asombro. No era la única que había escuchado aquello y, como una ola que se desliza perezosa por la orilla, la nueva se extendió entre la gente.

—Un hijo —repuso perpleja—. ¡Voy a ser...!

Abuela, pensé para mí. La felicidad más absoluta suavizó cada arruga y sus ojos vivaces chisporrotearon de júbilo.

La estreché de nuevo entre mis brazos, mientras Gunnar nos observaba encantado.

Ragnar se acercó y llevó a su prometida de la mano. La muchedumbre se cerró en torno a ellos. Gunnar habló:

—Eyra, sé que ardes en deseos de hablar con Freya, pero necesita descansar. Ha sido un viaje duro, y esta noche habrá una gran fiesta; se oficiará una boda, pero se celebrarán dos. Mi gente deseará compartir mi dicha.

Luego, estampó un fuerte beso en mis labios y giró.

—Sin embargo, puedes acompañarla mientras dispongo una guardia y ultimo los preparativos para el festejo —repuso por encima de su hombro.

Lo observamos alejarse. Mi corazón se estremeció cuando vi la expresión orgullosa de Eyra. Tan cerca de su hijo y al mismo tiempo tan lejos.

—Es un hombre feliz —comentó—. Nunca lo había visto así.

Me dirigió una mirada agradecida; luego, me tomó de las manos.

—Dime, ¿cómo te encuentras?

—Bien, exceptuando el momento de despertar. Estar en ayunas me provoca náuseas, así que engullo como un oso famélico. Además, duermo como un lirón y estoy cansada todo el tiempo.

Eyra soltó una carcajada; me condujo frente al hogar.

—Muchacha, eso significa que todo va bien. Alrededor de la cuarta luna llena todo se normalizará, incluso estarás rebosante de energía. Entonces es cuando de verdad se disfruta del embarazo.

Si no hubiera sabido que tenía un hijo, aquello sin duda la habría delatado. Resultaba obvio que hablaba por experiencia.

—Habrías sido una madre maravillosa.

De hecho, y aunque en su difícil papel de sierva, lo había sido.

—El pasado no cuenta —se apresuró a zanzar el tema—. Ahora lo único importante es que por fin voy a poder disfrutar de tener un bebé en mis brazos.

La emoción tiñó su voz. Ahora que esperaba un hijo, ni me atrevía a imaginar verlo nacer y que me lo arrebataran de los brazos. Aquello, sin duda, rozaría peligrosamente la locura, un dolor de tal magnitud debía de ser atroz.

—Serás su abuela. Porque para mí eres como una madre. Lo criaremos juntas.

Si se acostumbraba a ese apelativo, tal vez fuera más fácil que algún día aceptara el de madre.

—Oh, chiquilla, todavía no lo puedo creer. Hasta hace apenas un instante, vagaba como un alma en pena y ahora, mírame, tengo el espíritu y la ilusión de una jovencita.

Nos sentamos en un banco frente al hogar todavía con las manos prendidas.

—Será mejor que te acuestes un rato, no quiero que tu esposo se disguste conmigo; además hay mucho trabajo que hacer. Pero prométeme que mañana reservarás un ratito de tu tiempo para mí. Quiero saber todo lo que te ha pasado, con pelos y señales, ¿entendido?

Sonreí y me apoyé cariñosamente en su hombro.

—Mañana te lo contaré todo—prometí.

—Anticípame algo —suplicó muerta de curiosidad—. ¿Te encontraste con Rashid?

—Sí.

La anciana ahogó una exclamación. Una mano aleteó inquieta sobre su pecho.



—Ya me había casado con Gunnar; por cierto, nos casó Halldora.

—¡Oh! —exclamó notablemente alarmada.

—A pesar de estar profundamente enamorada de Gunnar y de haberme convertido en su esposa, necesitaba despedirme de los míos, explicarles mi decisión. Sabía que no iba a ser fácil, pero nunca imaginé que pudieran complicarse tanto las cosas.

Bostecé y estiré los brazos desperezándome. Ahí estaba de nuevo aquella maldita somnolencia que me robaba más de la mitad del día.

—¿Cómo de complicadas?

—Amina y Ulf con un grupo de guerreros nos atacaron en el campamento de Rashid que enloqueció y me secuestró. Gunnar, entonces, junto a sus hombres y otros guerreros atacaron el barco en el que iba y me recuperó. Luego te ampliaré los detalles.

—No voy a pegar ojo. Quiero hasta la última pincelada del relato.

Bostecé de nuevo sin poder evitarlo. Entonces, Eyra descompuso su asombro en una mueca algo avergonzada.

—¡Te estoy entreteniendo y no te tienes en pie! Acuéstate, Freya. Ya habrá tiempo para que satisfagas la curiosidad de una vieja.

Caminamos hasta la cabaña. Me acompañó hasta que me tendí. Luego, se inclinó con una sonrisa conmovedora y me besó en la frente. Sus ojos rezumaban dulzura.

—Te he echado de menos.

—Yo también.

Salió con paso ligero como una chiquilla juguetona llena de vitalidad.

Sonreí. ¿Estaría mi balanza por fin equilibrada? Recé para que así fuera.

\* \* \*

Gunnar ordenó traer una gran tina redonda, que fue llenada con innumerables cubos de agua caliente. Eyra me proveyó de esencias y afeites florales, jabón y peines de concha.

Había anochecido. La única fuente de luz provenía del hogar, que crepitaba reconfortante en el centro de la estancia. Tras un sueño reparador, la perspectiva de un baño perfumado resultaba más que deseable.

Cuando me sumergí en el agua humeante, pensé que pocas cosas había tan placenteras como un baño espumoso; con algunas excepciones, claro.

Fue una de esas excepciones la que irrumpió en la cabaña; apoyada en la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho me contempló extasiado.

—¡Si Heimdal, dios de la luz y centinela de los dioses te viera ahora, abriría para ti el Bifröst, el puente del arcoíris para que entraras en el Asgard!

—¿Eso qué significa?

—Significa que eres la tentación hecha carne, una diosa provocadora y sensual que pide a gritos que la complazcan.

—Que yo sepa, no he pedido nada, de momento.

—Tus ojos lo piden —susurró—. Y yo soy un hombre débil y complaciente.

La mirada efervescente de mi esposo aumentó varios grados mi ya elevada temperatura corporal. Verlo desnudarse con premeditada lentitud aceleró mis latidos. Mi piel ya clamaba sus caricias. Recorrí su magnífico cuerpo con los ojos, embebida del poder y la fuerza que manaba.

El dorado resplandor del fuego bañaba los férreos músculos que surcaban su hermoso cuerpo en un parpadeante juego de luces y sombras que le conferían un brillo sobrenatural, como si se tratara de una criatura mágica venida de otro mundo, un gigante de salvaje sensualidad. Bajé la mirada hacia su vientre acerado y continué mi escrutinio hasta la enorme exigencia que se alzaba imperante entre sus poderosas piernas.

Cuando alcé de nuevo la vista, Gunnar me regaló una media sonrisa maliciosa y se acercó con felina lentitud. Sus brillantes ojos verdes, cargados de oscuras y placenteras promesas, me estremecieron.

Se introdujo con gracilidad en la tina y se sentó frente a mí, con las largas piernas flexionadas. Después alargó un brazo y me arrastró sobre él.

El brusco movimiento provocó una ola que saltó sobre el borde y cayó estrepitosa al suelo. Le rodeé el cuello y lo besé al tiempo que sus grandes manos acariciaron la redondez de mis nalgas.

A horcajadas sobre él sentí su miembro palpitando en el centro de mi descontrolado fuego. Él se movió adelante y atrás haciendo que aquella fricción arrancara gritos de mi garganta. Me arqueé hacia atrás llevada por un placer infinito, disfrutando de ese enloquecedor movimiento que derretía cualquier brizna de cordura. Me froté contra él dando rienda suelta a la pasión, jadeando enardecida.

Me rodeó la cintura, me acercó a él y tomó uno de mis pezones en su boca. Lo succionó y mordisqueó hasta arrancar gemidos de mi garganta. Aquella danza sexual agitaba el agua entre nuestros cuerpos, agudizaba el goce que sentíamos. De repente, el placer estalló dentro de mí: me fraccionó en mil pedazos.

Un largo grito que me convulsionó puso a Gunnar al límite de sus fuerzas. Sin más miramientos, me penetró y tomándome rudamente por las caderas, se movió dentro de mí.

Extasiada y todavía hambrienta me moví con él. Gunnar tomó con ambas manos puñados de mi pelo y me obligó a inclinar la cabeza hacia atrás, para apresar con voracidad mi cuello. Me mordió y yo me sentí morir de placer. Sentí mis pechos bambolearse contra la roca de su pecho, y el roce del vello que lo cubría contra mis enhiestos pezones relampaguearon mis sentidos hasta sumirme en una dulce tortura.

—Así, mi amor —jadeó incontrolado—; baila para mí. ¡Por Odín, no te detengas!

Buscó mi boca con ansia, casi con desesperación, emitiendo guturales gruñidos. Me devoró descontrolado, crispado de placer. Nuestra lenguas se entrelazaron en una batalla por alzarse con el dominio absoluto, entregadas a la misma y ardiente necesidad: aplacar el desbordante anhelo que nos sacudía como el viento que golpea las ramas de un árbol con su furia. Me sentí al borde de un nuevo clímax todavía más violento cuando Gunnar deslizó una mano y acarició el centro justo de la tormenta. Entonces dejó de besarme y me miró con intensidad, paladeando el brutal gozo que me consumía.

—Mira a tu dueño y señor, a tu siervo y adorador. Mía para toda la eternidad. Tuyo a través de los tiempos.

Con la mirada turbia, susurré suplicante.

—Por favor, por favor, no pares.

—No, mi amor, nunca.

Se movió de nuevo con más vehemencia hasta que alcancé un orgasmo violento y dulce al mismo tiempo. Fue como llegar a una cumbre para rodar luego pendiente abajo hasta caer en una nube esponjosa y suave.

Acto seguido, él dejó escapar un grito ahogado, un feroz gruñido de honda satisfacción y se derramó en mí. Laxos y felices, permanecemos abrazados.

No fue hasta mucho después, hasta que mi espalda húmeda comenzó a secarse, que descubrimos asombrados que habíamos volcado más de la mitad del contenido de la tina. Todo el suelo de la cabaña estaba cubierto de espuma y charcos que rielaban con el resplandor del fuego. Nos miramos y reímos.

—Creo que, si se hubiera prendido fuego la cabaña, ni nos habríamos enterado.

—No —confirmó él—. Porque habríamos estado a la misma temperatura. Me haces perder tanto la cabeza, que antes de volver a hacerte el amor tendremos que tomar ciertas medidas de seguridad.

Solté una carcajada.

—No es mala idea —bromeé—. ¿Qué se te ocurre?

Gunnar rebuscó a ciegas el irregular bloque de jabón. Mientras lo frotaba entre sus manos para crear espuma, musitó:

—Deberíamos evitar hacerlo cerca del fuego. —Levantó un dedo—. Ni dentro de un lago. —Irguió otro y aclaró—. Podríamos morir ahogados. Por supuesto, lejos de cualquier objeto cortante. —Otro más—. Y se me ocurre que, cuando lo hagamos a la intemperie, deberíamos cerciorarnos de la ausencia de animales salvajes. Tendríamos que verificar el clima porque estoy seguro de que podría caernos una capa de nieve sin que lo notáramos, moriríamos por congelación.

—Olvida el último. —Le bajé el meñique—. Sabes que derretiríamos la nieve. Respecto a los animales salvajes, ya me ha devorado uno.

Gunnar sonrió divertido.

—Sin duda, y muy hambriento. Date vuelta, quiero lavarte el pelo.

Juntó las piernas para que pudiera apoyar la espalda en sus pantorrillas. De ese modo, incliné la cabeza hacia atrás apoyando la nuca en sus rodillas. La larga extensión de mi melena cayó sobre sus muslos. Sentí sus manos masajeadome el

cuero cabelludo, cerré los ojos y suspiré. Si aquello no era el paraíso, sin duda sería su antesala. Tras un largo instante de absoluta relajación, cambiamos posiciones e hice lo propio.

Mientras estrujaba y frotaba su cabello, emitía ruiditos placenteros.

—Mm... nunca imaginé que pudiera disfrutar tanto de un simple lavado de cabeza. Aunque debí sospecharlo; todo lo que viene de ti parece estar dotado de esa virtud. Me haces gozar hasta con una simple mirada.

—Prometí hacerte muy feliz, ¿recuerdas? —musité concentrada en mi tarea.

—Entonces no te separes de mí ni un instante.

—Vas a aborrecerme —objeté.

—¿Bromeas? La última vez que te perdí de vista casi desapareces por completo. Entonces me juré que no te quitaría la vista de encima en lo que me restara de vida. Y, aunque soy consciente de que por desgracia tendré que ausentarme, pienso esconderte en la cueva más recóndita que exista. Nada ni nadie volverá a arrancarte de mi lado.

Se volvió para que lo mirara, hablaba muy en serio. Sonreí con ternura.

—Ni yo lo permitiría.

Su semblante cambió; pude ver con claridad cómo un pensamiento oscuro lo ensombrecía tensando sus facciones. Tan rápido como había aparecido se diluyó, para dejar tras él una mirada emocionada.

—Sé qué cara pondrías si me separaran de ti.

La remembranza de aquel aciago día había perdido su condición de amargura y resentimiento. Ahora tan solo era un recuerdo en un momento crucial de mi vida. Aquel que había sido el comienzo del giro del pedregoso sendero que me había conducido donde ahora me hallaba.

—No, no lo sabes —musité en apenas un hilo de voz.

Gunnar frunció ligeramente el ceño; el recuerdo lo desagradaba por una razón muy distinta: celos. Saber cuánto había amado a Rashid lo sacaba de sus casillas. Si bien tenía la certeza de mi amor por él, no mitigaba la comezón por la intensidad de mi pasado. Era hora de aclarar las cosas.

—Claro que lo sé —insistió tozudo y con un dejo de aspereza en la voz—. Tu expresión se me grabó en el alma; creo que jamás he experimentado una punzada más envidiosa en toda mi vida.

—Por eso me raptaste —repliqué—, pero aun así...

Negó vehemente con la cabeza.

—No, no por eso, te rapté porque me enamoré instantáneamente de ti; ese fue el motivo. Lo que te dije aquella vez había sido el fin, la meta, conseguir que me amaras como a él.

—Pero es que no te amo como a él —espeté.

Quedó paralizado por un instante. Luego giró, se puso de rodillas frente a mí y me tomó por los hombros con el miedo pintado en el rostro.

—¡Repíte eso! —tronó.

Sonreí para calmarlo, sin conseguirlo. Sus sesgados ojos verdes se agrandaron temerosos y la angustia tildó su expresión. La furia comenzó a surgir. Se mezcló con sus otras emociones; aquel volcán amenazaba con estallar. Me sentí tentada de besarlo, tan fiero y apuesto, tan ardientemente enamorado, tan conmovedoramente inseguro.

—Lo repetiré —comencé despacio—: no te amo como lo ame a él. Te amo con muchísima más fuerza, tanta que me da miedo. Él fue mi luna, grande y mágica, pero tú, tu eres mi sol, cálido, inmenso y absolutamente necesario para vivir; sin tu luz, no podría existir. Eso le dije a Rashid.

Con los ojos incapaces de abrirse más y la boca haciendo juego, Gunnar me miró incrédulo.

—¿Eso... eso le dijiste?

Asentí.

—Sí, mi amo y señor, mi sol y mi todo. Por eso jamás sabrás la cara que pondría.

Mi respuesta tuvo el efecto deseado. Gunnar comenzó a soltar el aire contenido, y con él toda la desazón, los temores, las inquietudes. Poco a poco fue liberando toda la tensión, su expresión se suavizó. La intensidad de su mirada prendió la mía. En ella vi mi reflejo, el de mi alma. Acto seguido me apretó en un abrazo algo violento. El aliento huyó de mis pulmones. Jadeé.

—Vas a asfixiarme, bárbaro del demonio —me quejé.

Gunnar rio con ganas, pero aflojó la presión.

—Y tú vas a matarme, creo que el corazón va a reventarme en el pecho.

De repente, una melodía llegó a mis oídos. Al unísono regresamos al mundo, envueltos en la premura por salir de la tina y vestirnos para la ocasión.

—¡La boda! —exclamé mientras me secaba—. ¿Quién va a officiarla?

—Creo que yo —declaró mientras corría hacia el baúl con su ropa.

Lo miré divertida cuando caminó sobre un charco, aumentando peligrosamente su velocidad. Como era de esperar, chocó bruscamente contra la pared y cayó sentado al suelo.

—¡Maldición!

Unos golpes aporrearon la puerta.

—¡Gunnar! —llamó apremiante Thorffin.

—Como se te ocurra abrir, eres hombre muerto —advirtió después de echarme un vistazo.

—Como no salgas rápido, tendremos que correr para atrapar a la novia.

—¡Lárgate! Voy detrás de ti —respondió.

Se puso una túnica corta negra con ribetes en oro, unas calzas del mismo color y un ancho cinturón que ciñó su talle. Sacudió con vigor la cabellera esparciendo una miríada de gotitas iridiscentes y me sonrió.

—Quiero que te pongas mi vestido —exigió.

Ante mi expresión desconcertada fue al baúl. Sacó la túnica que Eyra sustrajo para mí. La que llevaba la primera vez que me entregué a él.

—Dudo de que entre en ella. La primera vez apenas pude.

—Ese era su encanto; además, el amarillo te favorece.

Terminó de disponer las armas que colgaban de su cinto y se acercó con una enorme sonrisa en el rostro y una mirada ávida.

—Aunque lo que más te favorece es lo que llevas puesto ahora.

Obviamente nada. Permanecía completamente desnuda. Lo abracé y le planté un sonoro beso en los labios.

Sus brazos rodearon mi cintura cruzándola y me ciñeron contra él.

—No tardes, preciosa, puede que precise tu ayuda.

—Ve, temo que Ada se arrepienta; es terca como una mula.

—Lo sé, ya me voy.

—Vete o Thorffin derribará la puerta.

Aquel fue el impulso que necesitaba; salió presuroso. Miré la túnica amarilla de seda y filigranas doradas. De inmediato, rebusqué en el baúl una sobreveste que lo cubriera, pero no encontré ninguna.

Decidida a ocultar cuanto mostraba, me lo puse no sin esfuerzo y me cubrí con una capa marrón que até al cuello. Se abría por delante, pero era mejor que nada. Sacudí la cabeza frente al fuego y con las manos ahuequé la melena remarcando las ondas conforme se secaba; aún húmedo eché la cabeza hacia atrás y salí de la cabaña.

Entré en el *skáli* a tiempo de escuchar los votos de los contrayentes; en el vozarrón de Ragnar resaltaba la impaciencia, y en el de Ada el desagrado.

Aceptó los términos a regañadientes, así que, cuando concluyó, los presentes soltaron el aliento. Ragnar resopló evidentemente más calmado, aunque temeroso de mirar a su flamante esposa. Cerró los ojos y recitó en susurros una especie de salmo ininteligible.

Eyra, que se había acercado a mí, soltó una risotada.

—¡Oh, se está encomendando a los dioses!

—No es tan imprudente después de todo —comenté.

Eyra me observó sorprendida.

—¿Tan mala es?

—No lo creo, o no lo espero al menos. Pero esa muchacha ha llevado una vida difícil, y eso es lo que la hace difícil también. Además de testaruda y resentida.

—Si da tantos problemas, ¿por qué demonios la han traído?



Contemplé el ceño arrugado de la anciana.

—Llámalo piedad o necedad, como prefieras. Aunque hace unos días me arrepentí de haberla tenido.

Le conté todo lo acontecido y los pequeños ojos avellana de Eyra se empequeñecieron con cada detalle hasta terminar convirtiéndose en dos rendijas brillantes.

—Yo lo llamaría necedad. ¿Acaso no has escarmentado suficientemente? ¿Quieres volver a tener cerca otra Amina cuando la original todavía anda suelta?

—Por eso he forzado esta boda, además...

—Te creía más lista muchacha—me interrumpió con aspereza—. Si desea a Gunnar, estar casada con otro hombre no la detendrá. ¡Una nueva víbora en la cesta de la comida!

—Creo que no desea a Gunnar como hombre; lo que anhela es ser objeto de un amor tan incondicional como el que él siente por mí. Quiere para ella lo que yo poseo. Estoy segura de que jamás ha sido amada por nadie, bien al contrario.

—Más razón para cubrirse la espalda, muchacha tonta —me sermoneó—. Tu buen corazón quiere ayudarla, pero bien sabes que no puedes esperar nada bueno de alguien que ni siquiera sabe ser agradecido. No puedes cambiar la vida de alguien solo con el simple deseo de hacerlo. La buena voluntad suele sembrar una semilla, pero nunca se sabe en qué condiciones saldrá: pútrida y maltrecha, o sana y vigorosa. Por lo que me cuentas, la que tú has sembrado no parece dar buenos frutos.

—Al menos lo intenté. Tal vez necesite más tiempo.

Eyra bufó exasperada.

—Sí, sí... Más tiempo. No olvides que una víbora ya mordió al hijo que llevabas en tu vientre. Ahora te encuentras en la misma situación.

—¡Eyra, no te atrevas a imaginarlo siquiera! Ella sabe que Gunnar es inaccesible, ¿qué sentido tendría entonces?

—¿Sentido dices? —preguntó casi para sí, cada vez más alterada—. ¿Cuántas maldades lo tienen? Una serpiente es imprevisible, rápida y letal. No necesita un motivo para atacar, simplemente lo hace.

—Pero estás dando por hecho demasiadas cosas. No hay certeza de nada de lo que dices —repliqué algo más que molesta.

Un nudo me atenazaba la garganta y un sabor avinagrado se impuso en la boca de mi estómago. La sola posibilidad de perder a mi bebé me resultaba insoportable.

—Soy vieja y he vivido mucho. Lo que la vida me ha enseñado es que cuando una cosa se tuerce, raras veces se endereza; más bien acaba desplomándose en el suelo. La caída unas veces es lenta y otras apabullantemente rápida. No te fíes de ella. Si con el tiempo se demuestra que estaba equivocada, me pondré de rodillas y te suplicaré perdón. De verdad, ardo en deseos de hacerlo.

Trémula y angustiada fijé la vista en los novios, que recibían felicitaciones. El arrebolado rostro de Ada no estaba fijo en su reciente esposo, sino en Gunnar. Sentí un puño apretando inmisericorde mi corazón. ¿Cómo podía haberme equivocado tanto? ¿Sería capaz de hacerme daño? ¿La envidia y los celos era capaces de emponzoñar tanto un alma?

Eyra apoyó la mano en mi hombro; me apretó con fuerza.

—La vigilaré de cerca. Estaremos muy alerta. Aunque creo que lo mejor sería mandar a Ragnar una temporada con su hermana a las montañas del Norte. La distancia suele poner las cosas en su sitio —aconsejó, aunque sin mucha convicción.

Asentí e intenté sonreírle, ni siquiera supe si lo conseguí. Mis ojos no se apartaban de Ada. Comprobé horrorizada cómo se comía a Gunnar con la mirada, cómo se acercaba a él incluso de manera inconsciente. Y cómo su marido intentaba atraerla sin conseguirlo; ella siempre lo evitaba. Al diablo, le pediría a Gunnar que se librara de ella. Odié mi impulsividad por encima de todos mis otros defectos.

Un grupo de hombres irrumpió en la sala para acercarse a Gunnar. Eran guerreros; por lo que me susurró Eyra, de otra región. Se retiraron a una esquina y conversaron con semblantes graves. Algo sucedía.

Tras un instante, se los invitó a beber. Ocuparon un largo banco.

Sumida en funestos pensamientos me senté cerca del fuego con una jarra en la mano. Inmediatamente, empecé a sudar. Me libré de la capa.

Mi mente giraba una y otra vez sobre el mismo tema imaginando mil maneras de solucionar el problema. Hasta esa misma mañana, cuando había hablado con Ada, jamás se me había ocurrido pensar en que pudiera perjudicarme de una manera directa. El coqueteo con mi hombre era tanto un reto como una ofensa, pero de ahí a lo que Eyra sugería había una gran distancia. Sin embargo, ya instalado el temor en lo más profundo de mi ser, resultaba del todo imposible intentar ayudarla. No iba a arriesgarme por nada del mundo.

Sentí una presencia a mi lado. Un guerrero se sentó junto a mí y me sonrió seductor.

—¿De dónde has salido?—preguntó curioso.

—Del mismo sitio que tú, imagino.

El hombre prorrumpió en carcajadas, casi se cae del banco.

Cuando terminó de reírse me miró y entonces advertí que era muy atractivo. De cabellos rubios y largos, hermosos ojos celestes, boca generosa y un hoyuelo juguetón en la barbilla.

—Una mujer hermosa con sentido del humor; no creía que esas dos condiciones pudieran darse a la vez.

—Ni yo que un hombre pudiera hablar y pensar al mismo tiempo. Primero una cosa, luego la otra, ¿o era al revés?

De nuevo rio con ganas y se acercó un poco más a mí. Me separé. Él de nuevo se desplazó hacia mí.

—Creo que este banco acaba en esa pared, así que si sigues huyendo de mí solo conseguirás quedar atrapada —me advirtió socarrón.

—Entonces no te acerques a mí.

—Eso es mucho pedir. Hace mucho tiempo que no contempló a alguien como tú. Realmente me tienes fascinado. Cuando entré y te vi me dije: muchacho, no ha sido un viaje perdido después de todo.

Esta vez fui yo la que sonreí.

—Me temo que te equivocas.

Sus bellos ojos se clavaron en los míos ejerciendo todo su poder de seducción; sin duda, eran su arma más efectiva, aunque inocua para mí.

—Te vi junto al fuego, pensativa, terriblemente sensual, y me dije que no podía malgastar esa oportunidad. Realmente eres un placer para los ojos.

—Parece que hablas mucho contigo mismo, ¿no? ¿Por qué no sigues haciéndolo y me dejas en paz? —propuse.

El apuesto guerrero se retiró un mechón de la frente para luego sonreírme de manera deslumbrante. Su pendenciera mirada bajó hasta mi escote. Me mordí el labio inferior, dado que mis encantos estaban más que expuestos.

—No puedo complacerte en eso, pero sí en muchas otras cosas.

—Gracias, pero estoy bien servida.

Aquello le pareció gracioso. Empecé a temer que estuviera mal de la cabeza. O era tan engreído que no aceptaba una negativa por respuesta o no había recibido nunca una.

—Será mejor que te largues si no quieres que mi esposo te aclare ese punto con mucho menos delicadeza que yo.

Rio de nuevo y, en contra de mis advertencias, se acercó hasta pegarse a mí.

—¿Crees que un esposo celoso es rival para mí? Puedo jactarme de ser el mejor guerrero de estas tierras; no en vano he tenido el mejor maestro. Si tu esposo se atreve a aparecer, no tardarás en enviudar, lo que me facilitará los planes, ya que pienso llevarte conmigo.

Resoplé mortalmente aburrida.

—Oh, por favor, otro secuestro no —me burlé, aunque no pareció notarlo.

Cuando alcé la vista, tropecé con la mirada celosa de Gunnar que parecía echar humo por las orejas. Sin armar un escándalo, intentaba zafarse de los guerreros que lo asaltaban con preguntas. Pero, a cada paso que daba en mi dirección, un hombre le salía al encuentro con algún asunto que atender.

Me levanté para huir de mi admirador, pero me sujetó por la muñeca, se levantó y, tomándome por la cintura, me pegó a él.

—No vas a ir a ningún sitio, encanto; no sin mí. Tus ojos me han hechizado. No podré dormir si no es contigo.

—Entonces quédate en vela hasta que se te sequen los ojos y se te caigan, lo mismo me da. Pero si no me sueltas ahora, vas a lamentarlo.

Simuló una expresión afligida; al cabo sonrió.

—Eres una mujer cruel.

—No más que mi esposo, te lo aseguro.

En contra de mi consejo, se inclinó y me besó. Al instante, un aullido feroz tronó a mi espalda.

—¡Hiram, acabas de cavar tu tumba: suelta a mi esposa!

El guerrero me soltó de inmediato cuando vio a Gunnar avanzar hacia él. Toda su arrogancia se desvaneció para ser sustituida primero por confusión, después la sorpresa y por último el terror más absoluto.

—¿Este es tu esposo?

Asentí y empecé a compadecerlo.

Gunnar llegó a su altura. Le propinó un puñetazo tremendo. El guerrero cayó impulsado sobre el banco. En lugar de devolver el golpe, optó por humillarse cayendo de rodillas con la cabeza inclinada. ¿Dónde estaba el joven pretencioso de hacía un momento?

—Suplico tu perdón, maestro. Jamás me habría atrevido si hubiera sospechado que ella era suya.

Los miré alternadamente y, entre asombrada y divertida, comprendí su rápida rendición. Gunnar era su maestro de armas, el único mejor que él en esas lides.

—¿Así me pagas mi instrucción, maldito bribón? —increpó Gunnar; después se encaró conmigo—. Tú, maldita sea, ¿por qué no le dijiste que eras mi esposa?

—Le dije que estaba casada y que me dejara en paz.

—Eso no es suficiente, eres la esposa del *hersir*; te deben un respeto, maldición —siseó furioso.

Me tomó del brazo y me llevó a un rincón, pero, antes de hacerlo, espetó una amenaza contra Hiram.

—Todavía no he acabado contigo.

Los ojos del guerrero mostraron espanto. Habría reído si no fuera porque tenía que lidiar con el malhumor del agraviado.

—Le di un desplante tras otro; no sabía que más hacer.

Los verdes ojos de mi esposo bullían de rabia y de celos.

—Podrías haberte levantado para venir en mi busca.

—Era lo que acababa de hacer, pero él me lo impidió. ¿Cómo iba a saber que se atrevería a besarme?

Gunnar, sin soltarme los brazos, me acercó más a su pecho.

—Deberías saberlo. ¿Acaso no te he dicho mil veces que eres toda una tentación para cualquier hombre que se precie de serlo? ¿Acaso no sabes que la flor más hermosa es la que atrae más insectos?

Sin más diatribas se abalanzó sobre mí y me besó.

—Debo tomar un buen empacho de ti, antes de que parta.

Lo miré petrificada.

—¿Tan pronto? Acabamos de llegar —me quejé.

—El *jarl* se ha rebelado contra el rey; en este momento, marcha hacia sus dominios con otros dos clanes subversivos —informó frunciendo el ceño—. Reclama la presencia de todos sus guerreros. Lo que no sabe es que el rey Halfdan el Negro lo ha tenido vigilado, conoce su ejército y lo dobla en número. La batalla ya está escrita. Yo estaré allí para aclarar a ese malnacido quién ha sido su verdugo. Quiero ver sus ojos antes de que lo ensarte con mi espada. Una vez cerrada esa puerta, iré tras los Ildengum.

—Pero tu correrás doble peligro —le recordé alarmada.

Gunnar sonrió, sus ojos me acariciaron.

—Volveré —prometió—. Nunca he tenido tantos motivos para hacerlo.

Me lancé a sus brazos y lo estreché con fuerza. Cerré los ojos y supliqué a cualquier dios que pudiera escucharme, cualquiera que fuera su nombre, que me lo devolviera sano y salvo.

—¿Cuándo partirás?

Gunnar deslizó su dedo índice por mi mejilla y lo afianzó bajo mi barbilla.

—Mañana al anochecer. Tengo muchas cosas que disponer. Dejaré un nutrido grupo de guerreros para defender la aldea con órdenes expresas sobre tu seguridad. Todavía tengo que convencer a Thorffin de que se quede. Le necesito aquí para que me sustituya, solo confío en él.

Hizo una pausa, cuando volvió a hablar lo asaltó la tristeza.

—No sé cuánto tiempo estaré fuera. Tener la certeza de que estarás segura es cuanto necesito para estar tranquilo y centrado. No soporto estar lejos de ti, pero esa es una agonía que debo sufrir, un último obstáculo que saltar para que podamos vivir en paz de una buena vez. Freya, me duele el alma solo de pensar las noches que pasaré sin ti. Necesito que me aprovisiones bien, para poder acudir a los recuerdos.

—Entonces, vamos, no perdamos el tiempo —lo urgí—; voy a demostrarte cuánto te amo, y cuánto voy a echarle de menos.

\* \* \*

Despertamos enlazados, desnudos y plenos.

Había sido una noche intensa e inolvidable, cargada de sentimientos, promesas, placer y despedidas. Tras todos nuestros apasionados encuentros, Gunnar apoyaba la cabeza en mi vientre: le susurraba a su hijo amorosas palabras y consejos que me hacían reír. Cuando terminaba, me dedicaba una mirada orgullosa que me hinchaba el corazón de gozo. A continuación, extendía sus consejos a mi persona. Me recomendó encarecidamente que llevara siempre una daga en el cinto y que, por nada del mundo, fuera sola a ningún lugar. Además, que evitara ponerme vestidos atrevidos y que recogiera mi cabello en un estirado moño y lo cubriera con un paño insulso. También añadió que tenía permiso para matar a cualquier hombre que intentara cortejarme. No pude reprimir las carcajadas.

—¿Alguna cosa más?

Se rascó la barbilla, pensativo, y finalmente concluyó:

—Intenta salir lo menos posible.

Bufé. Gunnar rio conmigo.

—Toda precaución es poca —arguyó—. Sin embargo, sí hay algo que quiero pedirte o al menos que consideres.

En su tono y en su semblante se reflejó la importancia de aquel ruego.

—No quiero angustiarte, pero ambos sabemos que existe la posibilidad de que no regrese con vida. Si eso llega a pasar, me gustaría que mi hijo se criara aquí, en mis tierras. Sé que puede parecer egoísta, pero es solo que me haría feliz. Aunque, por supuesto, tú decides.

Lo abracé con fuerza y plasmé un beso en su cuello.

—No me marcharía porque, si lo hiciera, perdería también los recuerdos. Jamás permitiré que eso ocurra. Además, nunca arrancaré a mi hijo de sus raíces.

Y de su abuela, pensé. Aquel pensamiento trajo consigo un deber pendiente que debía solucionar.

—Ahora he pasado a ser un bárbaro con suerte. He debido de hacer algo maravilloso para tener semejante recompensa.

Cuando Gunnar marchó rumbo a sus obligaciones, me levanté con una única idea en mente. Eyra.

\* \* \*

La encontré atendiendo a los animales.

Esparcía heno con ambas manos en un amplio y enérgico movimiento semicircular. A pesar de su cuerpo enjuto, rebosaba una fortaleza fuera de lo común. De pronto, caí en la cuenta de que no era una anciana, a pesar de las muchas arrugas que lucía. Sin duda, el trabajo duro al aire libre junto con los tristes avatares de su vida le había arrebatado la lozanía; sin embargo, emanaba una seguridad apabullante a pesar de su condición, clara evidencia de su noble linaje. Me acerqué a su espalda y la escuché decir:

—Muchacha, habrás de esperar que terminé.

—¿Cómo sabías que era yo?

—El sigilo no es tu principal cualidad. Las otras mujeres están demasiado atareadas a estas horas, así que solo podías ser tú.



—Déjame ayudarte entonces.

Eyra se volvió y me sonrió condescendiente.

—Freya, ahora eres la esposa del *hersir*, ya no puedes ensuciar tus manos.

Me dirigí hacia una esquina del cobertizo y tomé un tridente.

—Las ensuciaré si quiero. Como esposa del *hersir*, nadie puede impedírmelo, ¿no? —repliqué con una sonrisa.

Eyra sacudió la cabeza sonriente y continuó con su tarea.

—Como desees, si no quieres disfrutar de los privilegios de tu nuevo cargo, peor para ti.

Dispusimos a los animales en sus respectivos cercados, nos sacudimos los restos de paja adheridos a nuestras ropas. Eyra sacó de un cesto un buen trozo de pan de centeno y arenques ahumados.

—Bien —masculló a mitad de un bocado—. Cuéntamelo todo.

—Sé que fuiste tú quien delató al padre de Gunnar —solté a bocajarro.

Eyra agrandó los ojos y casi se atragantó.

Comenzó a toser con violencia hasta que la golpeé en mitad de la espalda y logró escupir un arenque a medio masticar. Jadeó un instante. Cuando recobró la compostura, me miró con rencor.

—¿Te has propuesto acabar conmigo? —increpó incrédula.

—Gunnar se marcha antes del anochecer; para entonces, quiero una respuesta.

Eyra se mostró confusa y desconcertada, pero también alerta. Sus ojos oscuros se entrecerraron sagaces.

—Bien, ¿qué sabes? —comenzó.

—Sé que Gunnar es tu hijo, el que Kodram te arrebató.

Eyra respiró profundamente y cerró los ojos.

Sabía cuán doloroso le resultaría sacar a la luz recuerdos tan devastadores, pero era necesario. Gunnar podía no regresar. Aunque ese pensamiento me secaba el alma, debía otorgarle el conocimiento de la verdad. Así que empecé mi relato; de mis labios brotaron las palabras de Halldora, incluida su historia. Acabé por la marca de nacimiento que ambos compartían como muestra inequívoca de su herencia. Cuando terminé, Eyra permanecía con los ojos cerrados y el rostro en una mueca de profunda desazón.

—¿Por qué no se lo has contado a él? —Su voz languideció, parecía rendida.

—Primero quería escucharte a ti. Necesito saber si consientes en que la verdad se sepa.

La mujer se irguió y, cuando abrió los ojos, vi una determinación feroz.

—No consiento, no, de ninguna manera; ahora menos que nunca.

—Gunnar tiene derecho a...

—¿A qué? —me interrumpió furiosa—. ¿A qué le destroces la vida? No te creía tan estúpida.

—¿Eso crees que pasaría? —inquirí asombrada—. Conocer a su verdadera madre sería un regalo.

Eyra bufó y se puso en pie. Caminó de un lado a otro como un animal acorralado, de la misma forma que hacía su hijo cuando algo lo contrariaba.

—No lo entiendes —gimió—. No entiendes nada. Por mi culpa, su padre y su hermano murieron en una emboscada. Aunque no imagines cuánto me arrepiento de eso, no puedo cambiarlo. Lo odiaba. —Su voz se quebró—. Y lo odio aún hoy en la misma medida en que lo amé. Primero me arrancó el corazón para pisarlo ante mis ojos; luego me arrebató el alma llevándose a mi hijo.

Se paró frente a mí con los brazos en jarras y el rostro distorsionado por el dolor.

—¿Sabes? Cuando me echó de sus tierras, tuve que comer hojas como los animales, larvas y roedores que cazaba con mis manos y que comía crudos, ya que no tenía con qué encender un fuego. Dormía al raso con una mísera capa. Bebía aguas estancadas que me provocaban horribles retortijones. Cuando logré llegar a un pueblo, nadie quiso ayudarme. Mendigué comida y me alimenté de sobras e inmundicia. Poco a poco, mi estado fue tan evidente que la gente comenzó a apiadarse de mí. Me permitieron trabajar para ellos a cambio de sustento y cobijo. Di a luz en un cobertizo como este, tan solo acompañada por las bestias. Mi mundo era negro, vil y aterrador; mi corazón, tan solo un deshecho, pero cuando lo vi todo cambió. Era un

bebé fuerte en contra de lo que temía, fuerte y hermoso como ninguno. Entonces mi corazón de nuevo latió; lo hizo con más fuerza que nunca. Me juré que seguiría adelante por él, que lucharía hasta dejarme la piel, que encontraría misericordia en mi corazón porque una cosa está clara, Freya, si vives con odio, eres tú la que languideces, la otra parte vive feliz sin dedicarte un solo pensamiento. Era un principio, y mi vista sobre el mundo cambió radicalmente. No sabes cuánto disfruté de él, cuánto amor inundaba mi corazón hasta que el causante de todas mis desgracias apareció de nuevo para darme la última estocada. Se presentó ante mí sin un atisbo de compasión, exigiéndome que le entregara a su hijo, que estaría mejor con él, que viviría como hijo de un gran líder y no de una esclava sin recursos. No tuve ninguna oportunidad; a pesar de que peleé como una fiera, tuvo que dejarme inconsciente para poder llevárselo. Ni siquiera puedo narrarte lo que sentí. Tan solo te diré que enloquecí en toda la extensión de la palabra. Vagué por los bosques como un alma en pena. Es lo que era: un espíritu consumido por el odio y el dolor, unas veces llorando y gritando, otras susurrando y rogando a unos dioses sordos, ciegos y crueles. Llamé a la muerte para que viniera a buscarme; tampoco en eso tuve suerte. Al final, me encontró una mujer que se apiadó de mí y me llevó a su casa con su familia. Allí, a su cuidado, pasé una larga temporada, enfrascada en el trabajo para no pensar. Pensar dolía.

Eyra se sentó de nuevo en un ademán derrotado, los recuerdos recuperaban el color carcomiendo su entereza. Las lágrimas surcaron su rostro.

—Después de un tiempo, y perdidas todas las esperanzas de volver a verlo, el destino lo puso de nuevo en mi camino. Marché con mis amos a Skiringssal a vender unos vellones de lana. Entonces lo vi. El hombre que tanto mal me había hecho vivía feliz con su amada esposa y sus hijos. Aquello fue demasiado para mí. Cualquiera sentimiento dormido despertó con una fuerza arrolladora. Pero el que predominó fue el odio, un odio visceral, dañino y hambriento. Vi a mi hijo, un muchachito de apenas nueve años, hermoso y grande, correr hacia Bera, la mujer que me lo había quitado todo. Descubrí que tenía un hermano pequeño, un año menor y la rabia explotó dentro de mí. Habían tenido otro hijo y, seguramente, tendrían más mientras que yo estaba sola y muerta en vida. Así que lo hice. Me vengué. Equivocada, creí que, si arruinaba su vida, aplacaría el dolor de la mía, pero fue más bien al contrario- Por ende, asesinaron al hermano de Gunnar. Deseé morir de nuevo. Cuando descubrí que Bera había muerto también y que Gunnar quedaba huérfano, marché a Skiringssal. Poco a poco me fui acercando al muchacho con el único interés de aliviar su pena. Los remordimientos no me dejan dormir por las noches, pero por el día estar cerca de él me daba el aliento suficiente para vivir. Ahora que lo sabes todo, te pido encarecidamente que lo guardes en tu corazón. Gunnar marcha hacia la batalla y su mente ha de estar centrada en ella; una noticia así lo desquiciaría, haría peligrar su vida.

Me tomó las manos y se las llevó a la boca.

—Si amas a mi hijo como dices, no le digas nada. ¿Cómo crees que se sentiría si supiera que su madre es una vulgar esclava y que, además, es la asesina de su familia? Nadie se repondría a eso.

—Pero, si conociera los detalles, podría comprender.

Eyra acarició mi mejilla y fue entonces cuando descubrí que yo había estado llorando. Sorbí y le devolví la caricia.

—Si conociera los detalles, la pena le inundaría el corazón. Un padre desalmado y una madre vengativa, no es algo como para sentirse orgulloso, ¿no? Además, ha vivido toda la vida sin saber quién soy, y así debe seguir.

—¿Pero tú no deseas que te mire como la madre que eres ni una sola vez?

—No, llevo muchos años a su lado. Me conformo con verlo y, sobre todo, con verlo feliz. Ahora lo es y mucho, gracias a ti. No deseo nada más, no podría soportar que se avergonzara de mí.

—Pero yo sé que él te aprecia, te tiene estima y te respeta.

Eyra sonrió con tristeza.

—Pero esos sentimientos son para Eyra, la esclava que lo crió, por eso no quiero perder ese papel.

La mirada suplicante que me dedicó me rompió el corazón. La abracé con fuerza. Permanecimos mucho tiempo así.

—Respetaré tu decisión, aunque tengo la certeza de que Gunnar lo entendería. Quieres protegerlo y es lógico, pero ¿por qué mantener limpia la memoria de un muerto y condenar a una viva a una vida a medias?

—Déjalo así, muchacha. Ahora soy feliz, tengo un hijo y una hija. Pronto un nieto, eso es más de lo que nunca esperé.

Asentí y di por zanjado el tema.

Eyra tenía razón, lo último que Gunnar necesitaba era enterarse de la verdad. Si alguna vez el destino deseaba que la verdad saliera a la luz, nada lo detendría; cuando eso pasara, estaría junto a él, allanando el camino del perdón y sembrando el cariño que Eyra merecía.

Lo que no sabía era que el destino se hallaba escondido tras un fardo de heno con una sonrisa diabólica prendida en el rostro.



# Capítulo 16

## Vientos de tormenta

Cuando busqué a Gunnar, lo encontré amonestando severamente a Hiram sobre lo primordial que era averiguar a quién se quería seducir antes de hacerlo.

Reprimí una sonrisa; esperé a que el sermón llegara a su fin. Cuando los hombres repararon en mí y vi sus rostros, no pude dejar de esbozarla.

El increpado demostró su inconsciencia sonriéndome abiertamente. Gunnar frunció el ceño y resopló con resignación.

—¡Largo o conseguirás que olvide a tu familia! —exclamó amenazante.

El apuesto Hiram asintió sin dejar de mirarme embobado.

—¿Estás sordo o has perdido el juicio? No, mejor no me contestes —gruñó malhumorado—. Aparta tus ojos de ella —insistió.

—Ya te he jurado que no me acercaría a tu esposa, no estoy tan loco —concedió—. Pero no he dicho nada acerca de mirarla, sería como prohibirme que contemple un amanecer en las montañas, pocos pueden resistirse a disfrutarlo.

El bufido de Gunnar fue el impulso que necesitaba el guerrero para alejarse. Sacudió la cabeza y se acercó reprobador.

—No eres muy oportuna. Su disculpa parecía impecable hasta que apareciste.

—Aunque te esfuerzas, no te ves muy ultrajado; me agrada saber que he suavizado tu carácter.

Su mirada esmeralda brilló con picardía.

—¿Eso crees? Pensé que anoche te había demostrado lo duro que puedo llegar a ser. Me asombra que todavía puedas caminar —se jactó.

—Y a mí, que tengas ganas de sermonear; si mal no recuerdo esta mañana saliste con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ese idiota no puede arruinarme el humor. Además, para ser justos, no puedo castigar a alguien por intentar hacer lo que yo mismo hice.

Le sonreí y le planté las palmas de las manos en su fornido pecho.

—Estás resultando un hombre muy justo, Gunnar el Temible.

—Sí, y por tu culpa voy a perder mi apodo.

Me estrechó contra él y apresó mi boca.

—¡*Hersir!*

Gunnar se despegó a regañadientes de mi boca y miró por encima de mi cabeza.

Olaf segundo, hijo del fallecido Olaf el Sabio, se acercó a nosotros evidentemente alterado y molesto. Problemas, sospeché, y empecé a comprender el verdadero alcance de la responsabilidad de un *hersir*. Todos le cargaban sus problemas y cómodamente aguardaban su decisión para alegrarse o quejarse según considerasen. Lo compadecí y, al mismo tiempo, lo admiré; una punzada orgullosa me atravesó.

—Veo que comienzas a entender la acritud de mi carácter.

—Te amo con acritud incluida.

Los dejé para encontrarme con Jimena, Blanca e Inga, que plantaban remolacha en el huerto principal. Al percatarse de mi presencia, sonrieron; sin embargo, noté un atisbo de incomodidad en sus rostros. Aquello me desconcertó. Imaginé que mi actual posición les provocaba algo de confusión y que tal vez consideraban que debían ofrecerme el respeto adecuado a mi cargo. Así que, para convencerlas de que nada había cambiado, me remangué, tomé algunos brotes y me dejé caer de rodillas junto a ellas.

—Será mejor que dejes eso para nosotras si no quieres que los demás comiencen a criticar que no estás echa para el cargo —aconsejó Inga.

—Tú no eres una esclava y trabajas como la que más —argüí.

—Pero tampoco soy la esposa del *hersir* —rebatí.

Asentí y me detuve a contemplarlas.

—Puedo ser muchas cosas, pero sobre todo soy una amiga, y eso no va a cambiar. Soy una igual; me gustaría ser tratada como tal.

Las tres rieron más aliviadas, pero sentí que algo iba mal. Se comportaban algo rígidas, como midiendo sus palabras, e intercambiaban miradas cómplices y gestos casi imperceptibles. Me huían la mirada con demasiada frecuencia y contestaban mis preguntas de manera mecánica, sin entrar en detalles. Incluso llegué a sorprender una mirada compasiva que me lanzó Jimena. ¿Qué estaba ocurriendo?

A pesar de mi jovialidad no conseguí bajarles la guardia. Frustrada terminé mi surco y con una excusa me levanté para buscar a Eyra; ella me pondría al corriente.

Sin embargo, no bien hube recorrido la mitad del trayecto hacia el prado donde imaginaba que Eyra estaría ordeñando, una turbadora escena me detuvo en seco.

Gunnar sacudía fuera de sí los hombros de Sigrid. La mujer lo miraba igual de furiosa con los ojos arrasados en llanto. Su dorada melena se agitaba con el viento y los gritos llegaban hasta mí desvaídos, envueltos en el silbido de una ráfaga. No pude descifrar la conversación, pero una inquietud punzante me atenazó el pecho. Sin pensarlo, me escondí tras el árbol más próximo y atisbé curiosa.

Oteé subrepticamente con el alma en vilo. La furia de Gunnar iba en aumento, al mismo ritmo que el tono de su voz. Los lamentos de la mujer, por el contrario, bajaban de intensidad hasta que la vi caer de rodillas con la cabeza gacha y los hombros temblorosos. No pude aguantar más. Salí de mi escondite y caminé hacia ellos. Fuera lo que fuera tenía derecho a enterarme.

No me oyeron acercarme.

—Juro por los dioses que es tuyo —sollozó la muchacha en forma entrecortada.

Gunnar también tenía la cabeza baja y la sacudía al parecer vencido.

—Solo Loki es capaz de jugarme esta mala pasada. No, no puede ser —musitaba casi con desesperación.

—¿Qué no puede ser? —inquirí con el corazón en un puño.

Pocas veces había visto a Gunnar tan afectado por algo ajeno a mí. A decir verdad, la inquietud comenzó a ahondar en mi pecho de manera alarmante. Ambos me miraron con la sorpresa reflejada en el rostro. A Gunnar lo asaltó el miedo y la ansiedad; a Sigrid, una vil satisfacción, que supo ocultar con premura. La joven miró a Gunnar con fingida humildad y bajó la cabeza en espera de la aclaración que yo exigía. Me pareció imaginarla sonriendo tras su dorada cortina de pelo que le ocultaba convenientemente el rostro.

—Sigrid, vuelve a tus obligaciones —ordenó con firmeza.



La muchacha, obediente, se puso en pie y se alejó a toda prisa. Fijé la mirada en su rostro torvo y ceñudo y me puse frente a él.

—¿Qué diablos está pasando?

Gunnar sostuvo mi mirada. Parecía intentar calibrar mi reacción y, para asegurarse de que lo escucharía atentamente, me tomó por los hombros.

—Primero quiero que sepas que esto no cambia nada en lo que respecta a nosotros.

—Me estas asustando —confesé.

—Te amo —agregó—; tú y nuestro hijo siempre serán lo primero en mi vida.

—Pero... —repliqué alterada. Notaba el pulso en la sien martilleando incesante.

Gunnar llenó su pecho de aire y me miró con decisión; el verde profundo de sus ojos se oscureció.

—Sigrid acaba de informarme que espera un hijo mío.

Sentí como si el mundo hubiera desaparecido bajo mis pies. El vacío amenazó con arrastrarme, negué con la cabeza. Aquello no podía estar pasando.

—No es posible; solo fue una vez, no podemos tener tanta mala suerte. —De pronto, otra posibilidad me secó la garganta—. Dime que solo fue aquella única vez —le rogué con voz estrangulada.

Intenté zafarme de él, pero sus fuertes manos se cerraron en mis brazos.

—Te juro por todo cuanto soy que solo estuve con ella aquella noche. Ahora dime que me crees. ¡Dímelo!

Ví temor en sus ojos, pero también la verdad. Algo más sosegada asentí y él aflojó la presión, aunque no me soltó.

—Puede ser de otro, ¿lo has pensado?

—Más que pensarlo, rezo para que aparezca el verdadero padre. Sin embargo, solo nos queda esperar. —Hizo una pausa y agregó—. Aunque el niño no se parezca a mí, no puedo tener la certeza de que no sea mío, de modo que...

Aquella declaración dividió mis sentimientos. Por un lado, me enorgulleció su sentido del deber, su responsabilidad, su nobleza. Por otro, saber que estaría unido a esa alimaña despreciable me revolvió el estómago y me oprimía el pecho. Suspiré y bajé la mirada, me sentía iracunda e impotente.

Alzó mi barbilla; la súplica que vi en su rostro me conmovió.

—No pienso consentir que me abandones.

Su voz estaba tan tensa como la cuerda de un arco. Me asombró aquella inseguridad y me enfureció más, si cabía, que imaginara aquella posibilidad.

—¿Crees que lo haría?

—Es todo cuanto temo en este mundo. Creo que no lo harías en tu estado natural, pero ahora estás furiosa y eres impulsiva. Quizás estés pensando en castigarme, aunque la culpa de todo la tienes tú.

Sentí la sangre hirviendo en mis venas como lava volcánica. Sí, aquel maldito y estúpido baile que lo llevó a la locura. Entonces debí haber arrancado a Sigrid de sus brazos para ocupar su lugar. La odié con toda mi alma.

—Pudiste haberte controlado —le recriminé airada.

—Quería olvidarte, borrarte de mi alma; estaba desesperado y te odiaba por jugar con mis sentimientos, pero fui yo el estúpido.

—De nada sirven los reproches. No podemos volver atrás; sin embargo, tengo ganas de matar a alguien.

Gunnar sonrió, liberó el aire contenido y me abrazó con fuerza.

—Creo que ese hijo no es tuyo —repuse contra su pecho.

—También tengo esa sospecha; ella siempre quiso atraparme. Sin embargo, ha llegado tarde, no esperaba que regresara casado. Olaf me contó que, poco después de marcharme, ella les contó a todos que esperaba un hijo mío y que me casaría con ella. Ya se daba aires de mujer del *hersir* y andaba pavoneándose junto a su madre. No esperaba que regresara contigo. Se derrumbó cuando lo supo, por eso no acudió anoche a la fiesta. Dicen que ha pasado la noche llorando su desdicha.

—No ha llorado suficiente —repliqué indignada—. Esto no es más que una treta, puede que incluso ni esté preñada.

—No creo que una cosa así pueda simularse mucho tiempo. Además, si ella es estúpida, te aseguro que su madre no lo es. Ella no da un paso sin el beneplácito de Ingunn.

Aquello encendió una chispa en mi cabeza.

—Entonces, sin duda, ella es la artífice de todo. Tal vez, si pudiéramos presionarla, podríamos conseguir que nos revelara el nombre del verdadero padre de su nieto.

Gunnar negó con la cabeza, aunque su expresión meditabunda barruntaba sobre el asunto.

—Tengo muchas formas de amenazarlas sin tocarles un solo pelo de la cabeza, pero conozco la pérfida astucia de Ingunn; nunca revelará la verdad. En realidad, puedo asegurarte que seré yo el amenazado. Creo que lo mejor será aceptar su palabra por el momento, pero te aseguro que no darán un paso sin que yo lo sepa.

Bajé la mirada asolada por la frustración. Gunnar deslizó un dedo bajo mi barbilla obligándome a mirarlo de nuevo.

—Confía en mí, amor mío; vamos a desenmascararlas.

Me abracé a él. El calor que manaba de su pecho era el bálsamo que necesitaba. La dulce caricia de sus manos sobre mi espalda, la poderosa fuerza de sus brazos rodeándome como el aura protectora de un ángel guardián. El aroma almizclado y viril que manaba de él como un hechizo subyugante despertaba mis instintos y calmaba mis temores. Protegida y segura, amada y venerada, así me sentía; entonces pensé que la podredumbre que destilaban la envidia y la codicia no sería capaz de carcomer aquel vínculo que unía nuestras almas. No. Incluso si ese niño era de él, no podría separarnos. Sigrid obtendría la tutela de un padre, pero jamás al hombre.

—Voy a doblar la guardia —comentó contra mi pelo.

Alcé la mirada y vi una honda preocupación que le consumía el semblante.

—A este paso vas a ir a la guerra tú solo —rezongué irónica.

—No podré marcharme sin estar seguro de que estás completamente a salvo.

—Ulf ya estará con las tropas del *jarl* y Amina estará con él.

—No podemos estar seguros de eso, pero ahora existe una nueva amenaza con la que no contaba.

Sacudí la mano quitándole importancia y meforcé a sonreír.

—Sigrid no se atrevería a atacarme; sabe que ahora está en la mira.

Gunnar apretó la mandíbula y me miró con gravedad.

—Para Sigrid y su madre, el único obstáculo que se interpone en sus aspiraciones eres tú. Ahora, que dice llevar un hijo mío, cree estar más cerca de conseguir su propósito. Querrán que ese niño sea mi único descendiente.

Aquellas palabras me helaron la sangre. No iba a pasar de nuevo aquel infierno. Esta vez estaría más que alerta, lo que no evitó que se me formase un nudo en la garganta. Un velo oscuro y frío contrajo las facciones de Gunnar y caí en la cuenta de que eso era precisamente lo que temía. Tragó saliva con dificultad y a sus ojos asomó una firme determinación.

—No tengo otra elección —murmuró—; hasta que regrese, voy a desterrarlas a la aldea más recóndita que exista.

Aquello trajo a Eyra a mi cabeza. La similitud entre las dos historias resultaba escalofriante. No podía permitir que se repitiera.

—No; creo que es más sensato tenerlas cerca y bien vigiladas. Después de todo, puede que lleve a tu hijo en su seno.

Gunnar frunció el ceño, pero asintió; de repente, me abrazó con más fuerza, como queriéndome fundir dentro de sí mismo.

—Los dioses no nos lo están poniendo fácil, pero, si ese el precio por tenerte, Freya, lo pagaré con gusto; nada es demasiado si la recompensa eres tú.

Apresó mis labios y lo sentí temblar. Un viento inesperado se arremolinó a nuestro alrededor agitando y entremezclando nuestros cabellos con briznas arrancadas y hojas secas, sacudiendo con vigor nuestras ropas.

—Hasta el viento nos une —musitó Gunnar.

—¿Y quién puede contra el viento y el destino? —inquirí.

—Nadie —contestó.

Sin embargo, subestimé el poder del mal.

A última hora de la tarde, con un sol huidizo de color cobre que pincelaba los campos con bermellón y oro, la telaraña que había empezado a formarse, se cerró para atraparnos en sus viles hilos plateados. La araña, con rostro angelical y hermosos ojos celestes, me interceptó cuando regresaba a la cabaña. Su madre la acompañaba.

—Queremos hablar contigo —comenzó Ingunn con mirada aviesa y sonrisa soterrada.

Con las manos firmemente apoyadas en las caderas me enfrente a ellas.

—Si la idea es comunicarme la noticia del embarazo, lo siento. Gunnar ya me ha puesto al corriente y aceptaré de buen gusto lo que disponga; si es otra cosa, no siento el menor interés.

Intenté franquearlas, pero me cerraron el paso. La sonrisa de Sigrid me puso alerta.

—Puedo asegurarte que esto sí va a interesarte —auguró con malévola expresión. Aquella sempiterna sonrisa estaba acabando con mis nervios. Decidí mostrarme calmada e indiferente.

—Lo dudo —repliqué, con un leve matiz de aburrimiento impreso en mi voz—. Estas artimañas ya no surten ningún efecto: soy la esposa de Gunnar, le pese a quien le pese.

—Una esposa que se verá obligada a abandonarlo —espetó Ingunn imitando la pérfida sonrisa de su hija.

Las miré alternativamente; pensaba que habían perdido el juicio. Les dediqué una sonrisa deslumbrante.

—¡Vaya! Cuánta imaginación. —Chasqueé la lengua y miré tras ellas con impaciencia—. Tengo mejores cosas que hacer que escuchar los delirios de dos serpientes. Fuera de mi camino.

Hice ademán de alejarme cuando Ingunn me agarró del brazo con una fuerza inesperada.

—Ni se te ocurra moverte si no quieres que corra a decirle a Gunnar quién es su verdadera madre —siseó triunfal.

Contuve la respiración como si me hubieran golpeado. Retrocedí aturdida y cerré los ojos maldiciendo al destino. Las arpías me observaban. Parecían disfrutar de cada reacción. Recompuse cuanto pude mi expresión y me zafé de Ingunn con notable desprecio.

—¿De dónde has sacado ese embuste? —gruñí.

—De ti —confesó—. Estaba en el establo cuando hablabas con Eyra. Había pasado la noche allí lamentando mi suerte, cuando entraste para cambiármela. Gracias, sucia bastarda, nunca te estaré suficientemente agradecida.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. De pronto tuve la sensación de que el mundo se ralentizaba. Fui dolorosamente consciente de cada latido, de la repentina sequedad de mi garganta, de la pesadez de mi estómago y, sobre todo, de la expresión victoriosa de mis oponentes. Cada sensación se entremezcló en un revoltijo de emociones que disparó mis manos hacia el cuello de Sigrid.

—Si te atreves a decir una sola palabra, acabaré contigo.

Ingunn agarró mi melena por detrás y estiró hasta lograr separarme de mi presa. Chillé y me revolví contra ella dominada por la furia.

—De ti depende que guardemos silencio —musitó entre dientes—. Tan solo debes cumplir una condición.

—Si tanto quieres a Gunnar, no podrás negarte —intervino Sigrid a mi espalda—. Deberás marcharte de aquí para siempre; para cuando él regrese deberás estar muy lejos.

—No pienso abandonarlo, jamás —les grité y lentamente fui retrocediendo; necesitaba ganar tiempo.

El pulso me bombeaba alocado en la sien y sentí cómo la cabeza me daba vueltas. Ni loca me marcharía, pero tampoco iba a permitir que alguna de ellas le lanzara la noticia sin piedad. No obstante, sabía que si accedía demasiado deprisa, sospecharían inmediatamente, así que mantuve mi indignación.

La maliciosa sonrisa de Ingunn, y la perfidia oscura y escalofriante que destellaba la mirada de la hija, me convencieron de estar frente a dos almas viles, dos demonios escapados del averno. Sus rostros de belleza casi angelical, sin duda, eran una máscara mordaz que ocultaba la fealdad de sus almas. No obstante, ahora veía con total claridad la monstruosidad en su interior.

Me estremecí e involuntariamente retrocedí. Ellas, como aves de presa, se cernieron sobre mí con el triunfo reflejado en el semblante.

—No tienes alternativa, estúpida —escupió Sigrid rebosante de odio.

—Si me voy, ¿cómo sabré que se cumplirá la promesa? —repliqué.

—Nunca lo sabrás —adujo Ingunn—. Pero te aseguro que ninguna querrá atraer la cólera de Gunnar; bien al contrario, ya que pronto tendrá que desposar a mi hija.

Solté una carcajada que borró de un golpe las sonrisas de mis oponentes. Era mi turno y no pensaba dejar escapar esta oportunidad. Solté al lobo.

—¿Desposar dices? ¡Nunca imaginé mentes tan obtusas! ¡Nunca! —grité con toda la ferocidad que pude reunir—. ¡Jamás se casará contigo, pobre criatura miserable y ruin! Aunque yo muera, aunque tú seas la última mujer sobre la faz de la Tierra, nunca se casaría contigo porque te detesta, porque no dejará de amarme mientras viva, porque mi recuerdo permanecerá inalterable en su corazón.

Compuse un mohín de desprecio y la observé detenidamente, de arriba abajo, con evidente repulsa.

—Te tomó borracho, furioso conmigo, lleno de rencor y amargura. ¿Enarbolas eso como un triunfo? Resultas patética. Déjame decirte una última cosa: sé que ese hijo no es suyo y tengo pruebas. Así que, si tienes algo de inteligencia, ambas mantendremos la boca cerrada.

Mantuve la decisión en mi mirada y, asombrada, descubrí como el color abandonaba el rostro de Sigrid. El labio inferior comenzó a temblarle. Una ira cegadora oscureció sus ojos. Había tirado la piedra al aire completamente a ciegas y había dado en el blanco.

La mano de su madre se alzó con rapidez estampándola contra mi mejilla. Un calor palpitante se extendió por mi rostro y, antes de que pudiera pensarlo siquiera, mi propia mano devolvió el agravio.

—¡Maldita! —aulló rabiosa Ingunn con los ojos lacrimosos—. ¿Cómo te atreves?

—¿A defenderme? —inquirí feroz.

—Juro que me las pagarás —amenazó—, pero ahora quiero que me demuestres lo que acabas de decir o que tomes tus cosas y te largues de una vez y para siempre.

—Veo que no lo niegas —repuse dirigiéndome a Sigrid, que permanecía lívida—. ¿Acaso no es eso una prueba en sí misma?

—Lo niego —estalló por fin, aunque algo tarde.

Negué con la cabeza;forcé una sonrisa compasiva.

—No resultas muy creíble, querida —espeté—; me temo que no aguantarías un interrogatorio de Gunnar si él llegara a sospecharlo siquiera. Tienes suerte porque ha decidido creerte. Tu hijo tendrá un padre, porque yo querré que lo tenga, por supuesto, siempre que cuente con tu discreción.

Las mujeres se miraron atrapadas, incrédulas ante el giro que había tomado su maravilloso plan, pero aún furiosas e incapaces de asumir la derrota.

—No pienso transigir sin tener evidencias de lo que dices. ¿Quién es el padre, según tú? —insistió Ingunn.

Necesitaban la última estocada. Recé para mis adentros en no equivocarme mi suposición, porque, si así era, estaba perdida. Tomé aliento y finalmente dije:

—Ulf. —Hice una pausa para observar sus reacciones y agregué—: no diré quién la vio con él, pero no dudaré en llamar a esa persona como testigo ante Gunnar si fuera necesario. Además son amantes desde antes de que yo llegara —aventuré.

Sigrid tragó saliva con evidente nerviosismo. Sus dedos crispados estrujaron el frente de su túnica. Ingunn, por el contrario, mantuvo la expresión inalterable, aunque sombría. Supe entonces que mi intuición no había sido errada.

—Lo negaremos. Diremos que es la trama de una bruja. Todos nos creerán, ya que solo has traído desgracias a este pueblo desde el mismo día que llegaste. Gunnar perderá el favor de su gente.

—Adelante entonces—musité simulando una seguridad que no sentía—. Pero no tendré reparo alguno en confrontar a quien se atreva a molestarme. Ni evitar mencionar que una persona astuta sabe convertir migajas en raciones. Por el contrario, una avara, convierte raciones en migajas que luego el viento esparce dejando la nada donde antes había algo.

Con paso decidido y airoso, me alejé de ellas; el corazón me atronaba en el pecho. Conforme me alejaba, la opresión que sentía iba en aumento. Una sombría inquietud alertaba mis sentidos. Algo me obligó a girar antes de doblar un recodo del camino y, cuando las vi allí, inmóviles y pálidas con los ojos fijos en mí, supe de algún modo que nada las detendría. Iban a ser unas enemigas feroces, y el peligro surgió ante mí como un halo negro y brumoso que me envolvió en jirones, estremeciéndome con abruptos escalofríos.



Me detuve al llegar al embarcadero y respiré profundamente para llenar mis pulmones de brisa marina, en un intento por paliar el malestar que sentía. Era una premonición aguda y sobrecogedora. Sin pensarlo, me abracé y froté mis brazos para alejar aquel frío que me angustiaba. Había empezado una guerra, y estaría sola para enfrentarla. Plena y dolorosamente consciente de lo que arriesgaba, lo había visto con claridad en la mirada de mis oponentes. Reclamaban mi vida y no descansarían hasta conseguirla.

\* \* \*

—¿Ulf? —inquirió Gunnar frunciendo el ceño.

Asentí mientras llenaba un cuenco de estofado.

—¿Estás segura?

Asentí de nuevo. Me acerqué a la mesa depositando la escudilla humeante frente a él.

—Lo vi en sus ojos —contesté.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Jamás reconocerá al niño; de todas las posibilidades, esa es la peor.

Me acerqué a él. Me tomó de la cintura para sentarme en su regazo. Hundí mis dedos en su melena.

—¿Peor que si el niño fuese tuyo?

—Nada puede ser peor que eso.

Acercó su boca a la mía y sonrió.

—Aunque, ahora que lo pienso, sí hay algo que puede ser infinitamente peor —susurró risueño.

—¿De veras?

Asintió y rozó levemente sus labios contra los míos.

—Que no me permitas besarte.

Deslicé mis dedos por su mejilla, le sonreí coqueta.

—Solo hay un modo de saberlo —musité en voz queda.

Gunnar se abalanzó sobre mi boca como un depredador famélico. Apenas entreabrí mis labios, sentí su lengua suave y cálida buscando ansiosa la mía, recorriendo cada rincón, saboreándome con deleite, sin encontrar solaz.

Desató en mí una pasión anhelante, mi osada respuesta lo enardeció hasta el punto de sentir sus manos rasgando mi túnica. Despegó su boca de la mía emitiendo un gruñido sordo para alcanzarme el cuello en un suave mordisco. Lenta y sugerentemente, fue creando un reguero de besos húmedos hasta mis pechos. Tomó uno de mis pezones entre sus dientes y lo succionó con frenesí, lo que arrancó gemidos de mi garganta. Arqueé la espalda envuelta en una bruma de placer inconmensurable.

De alguna forma, me encontré semidesnuda sentada a horcajadas sobre él con la falda arremolinada en torno a mis caderas, y sus grandes y curtidas manos masajeando mis nalgas mientras su boca tomaba mis senos alternativamente. Sentí lava recorriendo mis venas y, cuando sus dedos encontraron el camino hacia mi pubis y se frotaron contra el húmedo botón de mi excitación, gemí enloquecida. Ansiosa moví las caderas sintiendo en mi entrepierna la acerada inflamación de la suya.

Cuando la pasión explotó en mi interior, Gunnar no pudo esperar más. Me alzó y me embistió con brusquedad. Grité, y él me besó enloquecido para recibir mis jadeos en su boca.

—Sí; sí —gimió descontrolado—. Sí, mi amor, cabálgame, llévame a la locura.

Aceleré el trote, y Gunnar se tensó próximo al clímax. Introduje mi lengua en su boca con violencia, agarré con fuerza su melena y tiré hacia atrás tensando su cuello. Abandoné entonces su boca y, como poseída por un incontrolable impulso animal, mordí su cuello con fuerza.

Gunnar emitió un sonido sordo, mitad gruñido mitad gemido. Casi al instante soltó un grito de éxtasis, de liberación, en el que bailaron las notas del placer satisfecho, del fin de la agonía.

Lo miré a los ojos y me perdí en las profundidades verdes de su alma. Su mirada, brillante y conmovida, con un dejo de asombro se enlazó con la mía y así, sin palabras, nos transmitimos cuanto sentíamos.

—Nunca me había devorado un lobo —musitó.

Observé su cuello: me asombré de la marca amoratada de mis dientes sobre su piel. En algunas partes, incluso, podía verse la sombra rojiza de la sangre.

—¡Lo siento! Creo que perdí los estribos —me disculpé.

Gunnar retiró un mechón rebelde de mi frente y sonrió con una expresión extraña.

—Ha sido increíble —confesó—. Me sentí dominado, devorado, el placer mezclado con el dolor, zarandeado por una maraña de emociones extremas, de sensaciones enloquecedoras. Podrías despedazarme vivo y engullirme y disfrutaría con ello. —Hizo una pausa, su mirada se oscureció—. A veces yo también deseo devorarte para que formes parte de mí, para tenerte en mi interior y protegerte de todo, para sentirte más cerca, para que seamos uno. Yo... —balbuceó afectado—; yo sé que lo que sentimos no es corriente, no es el sentimiento de amor que sienten los demás por sus parejas; es diferente, más fuerte, más caótico, más intenso; casi sobrenatural.

Contorneó mi rostro con sus dedos en un movimiento perezoso y dulce que dejó un sendero cálido y hormigueante.

—Cuando me miras se me encoge el estómago, cuando me tocas siento explotar algo dentro de mí; cuando me besas, es como si flotara hacia las estrellas, pero cuando estoy dentro de ti... Por Odín y todas las divinidades del Valhalla siento que muero un poco. Ni siquiera sé expresar esa sensación, es como si me dejara arrastrar a un pozo oscuro, como si me arrancaras el alma para luego recuperarla más brillante y vibrante que nunca. Estamos unidos, amor mío, por toda la eternidad, de eso estoy seguro. Porque, de alguna forma, sé que, si uno de nosotros muriera, el otro lo buscaría hasta dar con él. Ninguna ninfa del Asgard podría convencerme de quedarme allí.

—Ni a mi ningún ángel del paraíso —musité subyugada por lo que tronaba en mi pecho—. Ahora prepárate porque voy a subirte a las estrellas de nuevo.

Lo besé con ahínco y desesperación a sabiendas de que nunca quedaría suficientemente satisfecha, de que el hambre que provocaba en mí era interminable, insaciable, de que moría con él y renacía de nuevo, de que en verdad éramos dos almas desesperadas por fusionarse en una.

Al día siguiente, se iría y el hambre se volvería insoportable, pero la noche era larga. Exhibía un banquete irresistible de tentaciones inagotables. De repente, sentí un mordisco en mi cuello, gemí y clavé mis uñas en su espalda.

—Tu turno —susurró él—. Por lo que me has dicho, los leones también devoran a sus presas.

Y el lobo se convirtió en gacela.

# Capítulo 17

## Cuando el infierno abre sus puertas

Toda la aldea se concentró al alba para ver partir a sus guerreros.

Las mujeres sonreían entre lágrimas. Los niños somnolientos lanzaban guijarros, aburridos, deseosos de liberarse de tanto abrazo y beso de sus progenitores para embarcarse en sus juegos.

El viento del Norte se arremolinó a nuestros pies, ondeando túnicas y sayas, acariciando cabellos y tiñendo de color las mejillas de los congregados. El frío contacto resultó como la acerada caricia de un puñal, inesperada y sobrecogedora. Los asistentes se encogieron en sus capas y se frotaron las manos depositando el vaho de sus bocas en un mismo ademán.

Los guerreros, ya en sus monturas, ofrecían un aspecto extraordinario. Sobre enormes alazanes, hombres también descomunales mostraban sus armas variopintas y pesadas. Tocados con yelmos y escudos, lanzas, mazas y espadones, miraban a sus congéneres con gravedad, dolorosamente conscientes de que algunos no regresarían.

En ese momento, un guerrero avanzó con paso decidido y se detuvo delante mío. Unos ojos rasgados del color de los helechos se clavaron en mí. Gunnar nunca había estado tan impresionante. Rezumaba tal poder, que la gente guardó silencio como si se encontraran frente a un dios. Llevaba puesto el yelmo de metal de forma cónica con una protección rectangular para la nariz, de forma que resaltaba sus ojos, la boca y la mandíbula confiriéndole un aspecto temible. Sus cabellos se agrupaban en una trenza gruesa a su espalda. Lucía una cota de malla hasta las rodillas, calzas negras y unas botas de piel curtida. Un amplio cinturón ajustaba su talle; de la cadera colgaba el cinto en el que funda y espada formaban una diagonal tras él. Sobre sus poderosos hombros una, una capa roja ribeteada de pelo de nutria ondeaba a su espalda.

Solté el aliento. En verdad, parecía un dios. Estaba tan salvajemente apuesto, emanaba tanta fuerza, que su sola visión paralizaba. Era la imagen del guerrero por excelencia. Deseé detener el tiempo, abrazarlo y no soltarlo nunca. Miré su boca, por fin sonrió para quitarle algo de gravedad a su expresión.

—Creí que anoche habías tenido suficiente de mí para una larga temporada —susurró apenas.

Deseaba besarlo, pero me limité a acariciar su mentón cuadrado y firme.

—Nunca tendré suficiente de ti —contesté en el mismo tono.

Los ojos le chispearon, pero borró la sonrisa para dirigirse a su pueblo.

—El rey me reclama —comenzó—. Empieza una nueva era en la que los clanes y tribus deben decidir su destino. Se acabaron los déspotas sanguinarios, los rufianes que tras su condición de *jarl* devastan y saquean a su gente. Todos los habitantes jurarán pleitesía al rey, sean de la condición que sean, y rendirán cuentas de sus actos. Ninguno quedará impune de sus crímenes.

Las voces del pueblo se alzaron vitoreando a su líder.

—Marchamos a la guerra para imponer un nuevo orden, más justo; para vengar agravios e injusticias y para procurar una paz definitiva entre nuestros pueblos. Entregaremos nuestras vidas por la causa.

Una nueva ovación recorrió el prado en el que el ejército aguardaba. Finalmente se volvió hacia mí, y me taladró con la mirada. Tras dudar apenas un instante, se quitó el yelmo y me tomó de la cintura.

—Volveré —prometió—. Entonces no podrás librarte de mí, ni para ir a ordeñar.

—Júralo —musité.

No contestó, al menos, con palabras. Tomó mis labios en medio de la estruendosa aclamación de sus hombres. Después se arrodilló y depositó un beso en mi vientre.

—Me hace tan feliz saber que, pase lo que pase, estoy dentro de ti.

Me abracé con fuerza a su pecho y paladeé cada caricia. Imprimí en mi memoria hasta los pequeños eslabones metálicos que surcaban su cuerpo. Cerré los ojos y percibí el aroma terroso de los campos, la humedad del aire, la fragancia de los arces, el canto de las cornejas y el piafar de los caballos inquietos, pero, por sobre todas las cosas, su olor, que me caló los huesos.

—Tuyo —murmuró contra mi pelo.

Alcé el rostro; con una sonrisa afectada, acerqué mi boca a la suya y proferí en un murmullo:

—Tuya.

Entonces, con evidente esfuerzo, se separó a desgano. Se puso el yelmo y montó el alazán negro como la noche. En ese instante una figura enjuta se abalanzó sobre él.

Era Eyra, que le entregó una especie de pergamino arrugado y atado con una cinta escarlata. Gunnar, extrañado, se inclinó para hablarle. La anciana le susurró al oído. Poco después, la mujer desapareció entre la muchedumbre.

Gunnar sacudió las riendas con suavidad y me buscó con la mirada. Alcé la mano a modo de despedida. No dejó de mirarme hasta que arrió a su caballo para partir envuelto en una nube de polvo. Sus hombres lo siguieron. El sonido atronador de cientos de cascos retumbó bajo nuestros pies. No tardaron en desaparecer tras la primera colina.

Suspiré y reprimí la intensa desazón que me quemaba el pecho. Aun flanqueada por Thorffin y Ragnar, mis guardianes, me sentía sola y terriblemente indefensa. No bien me volví, me topé con la mirada soterrada de Sigrid. Capté el mensaje a la perfección. Ahora tocaba averiguar las trampas que me aguardaban, los planes malignos de mis enemigas. Debía ir por delante si quería tener alguna oportunidad, encomendarme a mis protectores no sería suficiente. No lo sería, me repetí al percibir la expresión depredadora de mi contrincante. Debía dejar suelto al lobo de manera sistemática, siempre alerta y desconfiado.

Por el momento, ardía en deseos de hablar con Eyra. La encontré en mi cabaña. En cuclillas, observaba unas piedras redondeadas esparcidas por el suelo. Cada una mostraba en la superficie agrisada un símbolo. La anciana cerraba los ojos, profería en apenas un susurro una entonación ininteligible y lanzaba otras tantas.

Cuando los abrió, su rostro se demudó. Justo en ese instante, reparó en mi presencia. Su pálido semblante mostró entonces el horror que sentía. Descompuesta, negó con la cabeza. De nuevo, fijó su mirada contrita en las piedras.

No era la primera vez que veía utilizar runas. Pero nunca a Eyra. Entonces recordé que ella había vaticinado mi presencia en el destino de Gunnar. Ahora nuevamente consultaba la suerte de su vástago. No obstante, su rostro me congeló el alma. Algo realmente horrible iba a pasar, de eso no había duda. Con el corazón martilleándome en el pecho, me acerqué a ella y miré el despliegue de runas sobre un tapiz índigo. No las conocía bien, sabía que eran veinticinco y que su significado cambiaba si caían de cara o invertidas. Lo que tenía ante mí no eran buenas noticias. La mayoría eran invertidas a excepción de dos.

—Quiero saber lo que ves —exigí con voz estrangulada.

Posé la mano en mi pecho como si con ello pudiera detener el aleteo de aquella mariposa incómoda y agitada.

—¿Estás segura? —inquirió con firmeza a pesar de su expresión titubeante.

Asentí incapaz ya de hablar. La sangre se me agolpó en los oídos.

—Bien, soy el oráculo. Tengo ese don desde que recuerdo. Visionaria, o como quieras llamarlo, para mí ha sido una maldición. —Hizo una pausa y fijó su mirada perdida en las piedras—. Solo he consultado las runas tres veces en mi vida y, a excepción de una, las demás fueron una tortura. Las piedras no mienten, ni los astros. Ellos sellan el destino de los hombres. Y el que veo aquí... —Tragó saliva y cerró los ojos con la expresión de derrota más devastadora que jamás había visto—. Es inútil luchar contra él; tan solo queda aceptarlo.

Alzó la mano invitándome a arrodillarme junto a ella.

—Esta es Fehu —comenzó señalando una piedra ovalada suave y lisa con una línea vertical más oscura en el centro, de la que partían dos líneas paralelas oblicuas a la central—. Como ves, está invertida, y eso advierte de un riesgo, hay que estar en guardia.

Su largo y huesudo dedo acarició la superficie pulida de la roca en actitud reverente.

—Esta otra es Uruz —siguió y señaló una con el símbolo de un cuadrado a excepción del lado inferior simulando una puerta—. También invertida, lo que alerta de la pérdida de oportunidades. Es necesario romper con el pasado para cambiar el destino.

—Otra invertida, Turisaz. —Su símbolo era una P acabada en pico—. La suerte no está de cara, es necesario tener mucha cautela y atención.

Su dedo se movió sobre una que conocía, As. Sentí el corazón bombeando lentamente y, en cada latido, una aguja lacerándome.

—Como ves, también está al revés. Y eso indica claramente engaños, mentiras y embustes. Se está forjando una trampa pegajosa como la telaraña de una tarántula de la que no se podrá salir si caes en ella. Por eso, tantos avisos.

Frunció los labios en un rictus tenso que crispó su semblante. La insondable tristeza de sus ojos se clavó como puñales en mi pecho.

—Esta está de cara, Rad, indica viajes y movimiento.

Suspiró como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros.



—Y esta es Kano.—Señaló la que mostraba el símbolo de una punta de flecha—. Por desgracia, también invertida. Caminos que se cierran, fin, término ruptura.

Bajó la cabeza; el cabello largo y blanco le cubrió el rostro como un sudario. Alargué el brazo y deposité mi mano en su hombro, animándola a continuar.

—Isa, de cara —musitó sin levantar la mirada, aunque alargó la mano para acariciar la runa, con una simple línea vertical surcando su centro—. Representa un cese de las actividades, una congelación. Como la semilla enterrada en la nieve que debe esperar paciente a que llegue la primavera para brotar de nuevo. Esta es la única que aligera algo mi corazón.

—Perth, la muerte de alguien cercano —soltó a bocajarro.

—¡No! —grité y me derrumbé. De un manotazo violento esparcí las runas por el suelo—. No lo consentiré —gemí agónica.

—Y Wird, la runa blanca —continuó la anciana como si aquellos guijarros malditos siguieran en sus posiciones—. Representa el poder cósmico del destino, algo inesperado va a ocurrir y lo que está predestinado que ocurra no se podrá evitar.

Entonces, se volvió hacia mí con la mirada rota por el dolor. Su rostro pareció envejecer, el sufrimiento tenía ese don.

—Wird también es una página en blanco —repliqué furiosa—. Y yo escribiré en ella, cambiaré su destino. Gunnar no va a morir. Partiré ahora mismo y...

—Gunnar no va a morir.

Me interrumpió con escalofriante serenidad. Abrí los ojos desmesuradamente, sin saber si reír o llorar, la sorpresa y la confusión hicieron mella en mí. Esta vez fue la mano de Eyra la que sostuvo mi hombro.

—Estas runas hablan de ti.

Sentí como si cayera en un pozo negro, estrecho, profundo y maloliente. Llevé mis manos hacia mi vientre y me abracé. No, me dije, nadie nos hará daño. No lo permitiré. La negación que brotaba de cada poro de mi piel sacudía también mi cabeza, ponía voz en mis labios y una furia ensordecedora en mi alma.

—No —susurré—. Eso no va a pasar.

Eyra me tomó por los brazos con fuerza y me sacudió con vigor.

—Entonces huye, muchacha, monta en el primer caballo que encuentres a tu paso y parte rumbo a un puerto que te devuelva a tu tierra, al-Andalus, de donde no debiste salir.

La negación permanente de mi cabeza tomó más brío.

—Nunca lo abandonaré —musité ya sumida en el llanto.

—Lo harás; si te quedas, la muerte te llevará.

—Pero todavía estoy a tiempo, los avisos... Seré cauta, sé quién es mi enemiga.

Eyra agitó la cabeza, parecía a punto de desplomarse.

—Tu corazón ya te había avisado, ¿verdad? Ahora las runas, mi don, todo indica que el destino se cumple. Primero las advertencias, Fehu, Uruz, Turisaz, luego Rad, el viaje al otro mundo, Kano y Perth, el fin, la muerte, pero esta Isa. —Hizo una pausa en la que consiguió forzar una sonrisa breve y titilante—. Sí, Isa es el renacimiento del cuerpo y la mente, la semilla que brota y germina en un páramo nuevo más propicio, verde y fértil. Renacerás, muchacha, y él contigo. Eso es cuanto te queda, un ajado tablón a la deriva en un océano embravecido, pero un agarre al fin y al cabo.

Las lágrimas cuajaban mi rostro como los surcos de un sembrado, continuos e interminables.

—Si mi destino está marcado, ¿por qué huir?

Eyra tardó en contestar, lloraba en silencio.

—Nunca se debe dejar de correr a pesar de saber que el camino se acaba, nunca hay que dejar de luchar por una causa perdida; si no, el hombre no sería tal, ni la humanidad progresaría. Y, sobre todo, porque a pesar de las estrellas y los designios divinos, siempre hay un resquicio angosto por el que colarse. Es lo que se conoce como el libre albedrío. Si tus puertas están cerradas, pues golpéalas, empújelas, aráñalas, pero no te quedes parada, eso nunca. Si tienes que irte, planta batalla, muere como un guerrero.

—Lo haré, te juro que lo haré, pero no será huyendo —prometí embargada por una fuerza desconocida, una fuerza gobernada por la rabia, pero también por una determinación serena y firme. De alguna y sorprendente manera el miedo desapareció. No obstante, quedó el dolor y no por mí, sino por él.

Eyra pareció leer mi rostro como un libro abierto.

—Gunnar irá tras de ti.

Aquello fue como una bofetada traicionera.

—Acabas de decir que vivirá —increpé vehemente.

Eyra asintió con semblante vencido.

—Sí, pequeña, volverá ileso de la guerra, pero cuando mueras, morirá contigo, ambos son uno. Mi corazón de madre ya llora su pérdida, mi don trae visiones a mi mente. Lo veo abrazado a tu cuerpo inerte, gritando impotente, llorando desgarrado, maldiciendo al cielo y a todos sus habitantes inmortales; lo veo pidiéndome que acabe con su sufrimiento, y a mí posando en sus labios un veneno letal e indoloro.

Cerró los ojos, contrajo su expresión y dejó escapar un gemido que intentaba sofocar un sollozo.

—Le di la vida y se la quitaré como lo hice con su padre. Soy el verdugo de mi propio corazón, ¿acaso hay designio más infame?

—Entonces no lo hagas: ayúdalo, dale fuerzas para vivir.

Los ojos vacuos de la mujer mostraron un alma desgarrada, rota en finas hebras.

—¿Vivir sin ti? ¿Quieres que lo condene a una vida vacía? ¿Qué lo vea deambular como un fantasma doliente con el corazón sangrante? ¿Una sombra atroz del hombre que fue? No, no podría. Sé mejor que nadie cómo es esa vida y no la quiero para él. Al menos, yo lo tuve a él para escapar de la locura, pero él no tendrá nada.

Me sentía cada vez más cansada, la tensión se distendía dando paso al sopor. Mi alma necesitaba descansar para sollozar con más fuerza; mi cuerpo dormir, para luchar, y mi corazón... Mi corazón estaba lejos, camino a una guerra.

—Te tendrá a ti —logré decir.

—Sí, por primera y última vez me llamara madre.

Entonces vino a mi cabeza el pergamino y lo entendí todo. Las piezas iban ocupando su lugar, un lugar aterrador.

—Se lo confesaste todo en esa carta, ¿no es cierto?

—Sí; cuando regrese, necesitará una madre más que nunca.

Asentí. Sentí un regusto amargo en la boca.

—¿Sabes al menos quién acabará con mi vida?

—No será quien imaginas —contestó en un hilo de voz.

—¿Ni Sigrid, ni su madre?

Eyra negó con la cabeza.

—¿Amina? ¿Tal vez Ada?

De nuevo negó, la bilis estallaba en mi garganta inundándome en un abismo acerbo y sofocante. Los jugos del estómago se revolvían contra las paredes como olas salvajes que devoran el costado de una nave.

—Será un hombre —concluyó—. Es cuanto puedo decirte.

Entonces la negrura tiró de mí, no sentí el golpe contra el suelo.

\* \* \*

—¿Quieres dejar de molestarme, estúpido tramposo? —rugió Thorffin.

—¿Me estás llamando tramposo? —se defendió Ragnar—. Que Thor baje del Valhalla y me golpee con su martillo si eso es cierto. Te gané limpiamente, enorme oso rojo, y lo sabes.

—Si a mover a escondidas tus figuras lo llamas ganar limpiamente, entonces sí, lo has hecho.

Ragnar se levantó ofuscado y apartó de un golpe la mesa que los separaba. Era la tercera vez que tenía que detener una pelea.

Comenzaba a aburrirme. Me maldije por haberlos iniciado en aquel juego de estrategia, el *shatranj*, un juego muy popular en el islam y un homenaje a la victoria de Alejandro Magno en su marcha hacia la India.

El juego constaba de dos ejércitos, cada uno con carros, elefantes, infantería y caballería en torno a un rey y su ministro. A cada grupo de piezas se le otorgaba unos movimientos determinados mediante los cuales debía derrocar al rey contrario. Aquel

juego tan popular en al-Andalus; solo se jugaba en moradas de nobles y príncipes. Las piezas y tableros solían ser de una finura exquisita. Unas veces de marfil, otras de cristal de roca y piedras preciosas. Aquí eran de madera de haya, pero bastante logradas por cierto.

—Basta, basta —proferí con voz cansina todavía tentada por dejar que se mataran el uno al otro—. Me gustaría dar un paseo, me siento algo mareada.

Se habían convertido en mi sombra, incluso hasta dormía franqueada por aquellos dos colosos. Era demencial y, sin embargo, necesario. Me puse en pie y salí de la sofocante cabaña.

Aspiré el aroma fragante de los arces y me envolví en mi chal de lana. Caminé hacia el lado opuesto de la aldea hacia el embarcadero. Solo el mar conseguía aliviar la quemazón que tiznaba cada recoveco de mi ser.

Habían pasado tres semanas desde su partida, tres semanas semejantes a tres siglos. Lo echaba tanto de menos que ya me sentía muerta antes de estarlo. Solté una carcajada abrupta pero breve que silenció a los hombres que me seguían aún en plena discusión. Los ignoré.

Durante todo ese tiempo, mi mente se había preparado para tan trágico fin. ¿Era posible aceptar la muerte cuando te sientes tan viva? Mis manos revolotearon sobre la ya incipiente curva del abdomen, acariciándolo con mimo. Al menos, esta vez, mi pequeño no partiría solo. Sin embargo, a pesar del convencimiento que había caído como una pesada losa sobre mí, a veces percibía una tenue brisa de esperanza, como filtrada a través del resquicio de una puerta. ¿Sería el libre albedrío ofreciéndome una oportunidad? Quería creer que sí.

De cualquier forma, por muy alerta que estuviera, no había forma de adivinar cómo y cuándo pasaría. Solo restaba esperar y disfrutar de cada instante, de cada exhalación, de conversaciones y miradas, de sonrisas y sensaciones.

Todo cuanto me rodeaba gozaba de una dimensión nueva, más intensa y emotiva. Resultaba desgarrador descubrir los diferentes tonos que adquiriría un crisantemo con el discurrir del día y cómo el rocío tildaba de plata las hojas de las acacias y los robles, cómo les imprimía misticismo y cómo el espesor de la niebla matutina flotaba sobre los arbustos como un aura espectral e hipnótica.

A menudo cerraba los ojos; entonces, acariciada por el sol evocaba mi tierra, mi origen. Veía las polvorientas calles de Toledo azotadas por el abrasador calor del mediodía de agosto, escuchaba el rumor del Tajo serpenteando entre los numerosos puentes pedregosos, perdiéndose en sus meandros y descansando perezoso en un ribazo oculto.

Rostros amados surgían ante mí con sonrisas sempiternas. Cada instante, cada sensación, por insignificante que pareciera, era paladeada hasta la saciedad, masticada con lentitud y engullida con placer. Tras todo eso, un soterrado matiz rebelde bullía agazapado en un rincón de mi alma, presto y dispuesto a atrapar un asidero.

Un rostro, no tan amado, se plantó frente a mí con una sonrisa indescifrable.

—Necesito hablar contigo —comenzó Ada.

Una suave brisa levantó uno de sus ingobernables rizos; le ocultó en parte el rostro. Ella, con gesto brusco, lo acomodó tras la oreja. Con semblante apremiante me tomó del brazo y me alejó unos pasos de mis guardianes.

—Ya no escuchan, ¿qué tienes que decirme?

En tres semanas su actitud había cambiado radicalmente. Tal vez por la ausencia del hombre que la convertía en mi rival, tal vez porque Ragnar ganaba terreno; de cualquier modo, agradecí no tener que lidiar con su genio. De manera habitual se acercaba a ofrecerme consuelo y buscaba consejos y conversación. Quería creer que había ganado una amiga, ella me había pedido perdón por sus arranques; yo de corazón olvidé agravios y desconfianza: después de todo no era mi verdugo.

—Se trata de Sigrid, algo trama.

Otro aviso.

—Cuéntame lo que sepas —la insté.

—Anoche la escuché hablar con su madre. Han mandado un emisario hacia la contienda en busca de Ulf; le piden regresar con urgencia para hacerse cargo de un obstáculo importante.

Me miró significativamente.

—Eres tú, ¿verdad? Planean matarte.

—Al menos ya sé qué esperar y de quién —repliqué con frialdad.

Ada abrió desmesuradamente sus oscuros ojos.

—¿Lo sabías? —inquirió boquiabierta—. ¿Y estás ahí tan tranquila?

Señalé con la cabeza a los hombres que aguardaban pacientes tras de mí.

—¿Por qué si no iba a llevar vigilancia intensiva?

—Bueno, y ¿qué piensas hacer?

—Defenderme, por supuesto.

Ada tenía la boca tan abierta que temí que se le desarticulara la mandíbula.

—¿Defenderte dices? Por favor, huye ahora que estás a tiempo. Marcha junto a tu esposo; él te protegerá.

Sonreí. Jamás imaginé escuchar esas palabras de su boca. Ada me miraba como si hubiera perdido el juicio.

—Él ya tiene bastante con proteger su propia vida.

Ella tomó mi mano entre las suyas: su expresión preocupada me conmovió.

—Entonces yo te ayudaré —se ofreció—. Sé que tienes a esos dos ogros gigantes a tu servicio, pero ninguno puede camuflarse como yo. Estaré alerta y te mantendré al tanto de lo que descubra.

—Uno de esos ogros es tu esposo —le recordé.

Miró al mencionado con el ceño fruncido, pero al cabo suavizó su expresión y consiguió dedicarle una burda sonrisa.

—Por eso lo sé —se limitó a contestar con un dejo de tristeza.

—¿Tan infeliz te hace?

Negó con la cabeza, permaneció pensativa, como ausente, hasta que su pequeña nariz se arrugó en un mohín testarudo.

—La verdad es que me estoy acostumbrando a él, pero... es... tan grande y rudo.

Sonreí de nuevo, aquella confianza era otro paso en la dirección correcta.

—Ellos son así, pero poseen un corazón límpido y noble. Son desproporcionados incluso en sus sentimientos.

Asintió, en sus mejillas se encendió un pequeño y sonrosado fuego que me llevó a adivinar que hablaba en un sentido físico literal.

—Muchas elevarían plegarias a los dioses —bromeé.

Sin poder evitarlo, solté una carcajada. Ada, contagiada, también rio, atrayendo la atención de los hombres. La pasmada expresión de Ragnar no hizo sino incrementar nuestras carcajadas.

—No irás a decirme que es como su cabeza, ¿no? —prorrumpí entre risas, señalando la alopécica cabeza del guerrero.

—Casi... —contestó entre lágrimas, sus carcajadas le impedían proseguir.

—Ahora entiendo por qué andas tan despacio.

Ada se dobló en dos convulsionada por la risa.

—A veces no puedo ni dar un paso —logró articular.

Tras el último y descontrolado acceso de carcajeo conseguimos calmarnos. Ada se secaba las lágrimas con la manga de su túnica.

—Hacía tanto tiempo que no me reía así —confesó.

—Es estupendo, ¿no es cierto? Deberías hacerlo más a menudo, es la mejor terapia que conozco para casi todo.

—Sin duda —confirmó—. Ahora me doy cuenta de lo equivocada que estuve contigo y lo injusta que fui. El día que me encontraste cambió mi suerte.

Un brillo extraño destelló en sus ojos. Enseguida me vi catapultada hacia su delgado cuerpo y envuelta en un abrazo cálido y agradecido.

—Si vuelves a darme las gracias, te vomitaré encima.

Ada me soltó y se apartó unos pasos.

—No me eches la culpa de tus náuseas.

Sonreí poseída por una satisfacción gratificante.

—Tranquila, ya me libré de ellas.

Caminamos tomadas de la mano, saboreando una amistad cargada de promesas.



Tres noches después, unos golpes en la puerta impulsaron a Thorffin fuera de su camastro. Ragnar, algo más somnoliento, se restregaba los ojos, evidentemente confuso.

—¡Por la túnica de Loki! ¿Quién perturba mi sueño? —vociferó el primero.

De una zancada llegó a la puerta y la abrió, una ráfaga de viento sacudió su roja cabellera.

—¡Nos atacan! —gritó Ada; no pude ver su rostro, pero sentí su miedo.

Me puse en pie. Corrí hacia ella.

—Es un grupo numeroso, he visto las antorchas, estoy segura de que es Ulf —explicó.

Thorffin frunció el ceño.

—¿Y cómo sabes que son enemigos? Tal vez sean los nuestros que regresan —replicó receloso—. Aunque, si fueran los nuestros, habrían sonado los cuernos de las atalayas. Y no oigo nada.

Ada, con los ojos desorbitados, miró angustiada a su esposo.

—Es cierto, llevan las espadas en alto, no hay que perder el tiempo. No sé qué ha pasado con los malditos cuernos, pero están a punto de llegar —casi gritó. De un salto se acurrucó en los brazos de Ragnar.

—Solo hay una manera de saberlo —masculló Thorffin al tiempo que salía a la carrera—. Tú quédate con ellas —ordenó ya fuera de la cabaña.

Una sola pregunta rondaba mi cabeza, una a la que no encontraba explicación y que sembraba una imagen en mi cabeza: la runa As, mentiras y engaños. Miré a Ada; me dejé llevar por mi intuición.

Palpé la daga que siempre llevaba en un cinto colgando sobre la cadera. Supe que esa noche tendría que usarla. También sentí el puñal escondido en mi bota. Los recuerdos de cómo usar las armas afloraron frescos a mi cabeza. Estaba preparada. Entonces, llegaron los gritos.

Cuando abandonamos la cabaña, el infierno iluminaba la noche. Cientos de antorchas incendiarias caían sobre los tejados. Guerreros a caballo descargaban mandobles a diestra y siniestra sobre hombres, mujeres y niños. Dejaban a su paso un reguero de muerte. Por doquier cuerpos ensangrentados cubrían sembrados y senderos. Alaridos aterrados rompían la noche.

Ragnar sacó la espada y se abalanzó de un salto sobre el primer asaltante que encontró. Ada soltó un grito de espanto y se abrazó a mí.

—¡Al escondite! —lo oímos gritar al tiempo que desmontaba de un mandoble a uno de los jinetes. La sangre ya teñía su rostro.

Sin pérdida de tiempo, Ada me arrastró con ella. Sorteamos varias monturas y corrimos entre aquel pandemónium rezando para nuestros adentros. El fuego ya lamía las cabañas. El humo denso se nos metía en la garganta, lo que nos provocaba toses violentas. En uno de los giros, nos topamos con Jimena, que sollozaba agazapada en un rincón de un huerto trasero. Al vernos, salió a nuestro encuentro para unírse nos en la huida.

Íbamos hacia la playa. Ada nos dirigía mirando con ansiedad hacia un lado y otro, con los ojos enrojecidos y lacrimosos. Corríamos por la arena húmeda, asentada, cuando escuchamos los cascos de un caballo tras nosotras. Sentí los latidos retumbando como un eco perpetuo en mi interior. La sangre se agolpó en mis venas. Aceleré el paso hasta que sentí arder los pulmones. Ada y Jimena quedaron rezagadas. Mi objetivo era un peñasco con una pequeña abertura que daba acceso a otra cala. Miré atrás. Lo que vi me frenó en seco. El guerrero había tomado a Jimena por el cabello y la arrastraba tras él dando tumbos. Sus gritos me atravesaron el alma.

De un rápido movimiento desenfundé la daga y me puse en guardia. Pero Ada me agarró con fuerza; tiró de mí, me obligó a correr tras ella.

—Ella ya está muerta —aseguró.

Jadeantes, logramos llegar al peñasco; el rumor de las olas colisionando contra el acantilado sofocaban la batahola de destrucción que habíamos dejado atrás. Ada me obligó a pasar primero y, en apenas un instante, nos encontramos a salvo en aquella playa desierta.

Ambas respirábamos agitadas, cada una contemplando el semblante de la otra. Mi primer pensamiento fue para Eyra; el segundo lo tenía frente a mí. No había tiempo que perder.

Subrepticamente, simulé inspeccionar el lugar para colocarme detrás de ella. De un movimiento raudo, la apreté por los hombros presionando la punta de mi daga contra su cuello.

—Un solo movimiento y cubriré la arena de sangre de rata.

Ada se envaró, notaba sus latidos en mi mano.

—Porque eso eres tú, una rata inmunda y traicionera.

—Has perdido el juicio —se defendió inmóvil—. No sé de qué hablas.

—¿De veras? Entonces dime: ¿cómo sabías que nos atacaban?

La escuché tragar saliva, se frotó las manos contra la túnica.

—Ya dije que los vi llegar a la aldea —insistió algo trémula.

—¿Desde dónde los viste llegar? Dijiste que viste sus antorchas. Es obvio que entraron por el bosque, y solo hay una forma de ver eso: desde las atalayas. Ahora, miserable rata vil e infecta, dime ¿qué hacías tú en lo alto de una atalaya? No, no me contestes; lo haré yo por ti: matabas al vigía.

Ada no contestó directamente, pero lo hizo su silencio.

—Después tú o tus aliados se encargaron de abrir el portón de entrada. Solo me queda una cuestión por discernir. ¿Por qué?

—Por monedas de plata, por la libertad, por envidia, por odio. ¿Necesitas más motivos?

De toda su atroz exposición, solo lo primero llamó mi atención.

—Explícame lo de la plata, ¿quién te pagó?

—Yo.

Aquella voz melodiosa logró el efecto esperado, la sorpresa. Me volví como envuelta en una pesadilla, con movimientos lentos y pesados. No podía creer lo que veía. Ada aprovechó aquella interrupción para escapar.

El hombre que había salido de entre los peñascos debía de estar a millas de allí; sin embargo, caminaba lentamente hacia mí con mirada penetrante y porte altivo. Sus oscuros ojos se detuvieron en Ada. Asintió satisfecho, como muda aprobación a su trabajo. Entonces levantó una bolsa pesada y se la entregó.

—Aquí acaba nuestra sociedad, pequeña gala —murmuró en árabe.

Yo todavía no podía salir de mi asombro, parpadeaba en un vano intento por negar aquella visión. Sin embargo, era real. Ahí estaba aquel rostro apuesto, que tanto había adorado en otro tiempo, Rashid, mi otrora amor, trocado en pesadilla.

—¡Tú!

Algo se iluminó en mi cabeza y, con suma claridad, vi otra pieza encajada. Ada, carcomida por la envidia y la necesidad de poseer a Gunnar, había formado alianza con la otra parte, de manera que ambos salieran beneficiados. Ella fue quien le había dicho a Rashid que yo lo nombraba en sueños haciéndole creer que en el fondo todavía sentía algo por él. Aquello provocó el secuestro y mi posterior violación.

Sentí la mirada de Rashid fija en mí, pero cubierta de una máscara de frialdad que no había visto antes.

—Veo con claridad cómo funciona tu mente, Shahlaa, cómo intentas descifrar el extraño acuerdo entre la pequeña y yo.

Alcé la daga y la sacudí en un amplio movimiento circular.

Rashid frenó su avance; no obstante, sonrió.

—Te has convertido en toda una guerrera, ¿eh? Tendré que domarte. No imaginas las ganas que tengo.

—¡Ni un paso más, maldito! —escupí entre dientes.

El resplandor de la luna arrancó destellos de la afilada hoja.

—Ada se presentó ante mí cuando mi corazón roto sangraba tu pérdida, pero Alá, en su infinita sabiduría, tendió su mano hacia mí, otorgándome su favor. Ella quería a tu hombre y yo a ti. Para asegurarme su lealtad, le ofrecí dinero. Ya sabes que ante todo soy un comerciante. —Sonrió ladino y continuó—. Cuando me golpeaste —frunció levemente el ceño y se tocó la coronilla—, me llevaron al camarote. La astuta Ada se coló en él mientras me robaban la mercancía. Me ayudó a recuperar la consciencia y me puso al tanto de la situación. Entonces forjamos el plan. Puse un hombre que hacía de intermediario entre ella y yo.

Unos hombres aparecieron tras él con turbantes blancos. Sus marineros. Otro agujero surgió en mi corazón.

—¿Y mi tío?

—¡Oh, sufrió un desagradable accidente! Cayó por la borda.

Ciega de furia y odio me lancé contra él. Descargué mi daga hacia su pecho. Él saltó hacia atrás con la agilidad de un gato; la hoja se deslizó por su antebrazo. La sangre comenzó a empaparle la manga.

Aquello no me detuvo. Me abrí de piernas y flexioné las rodillas para conseguir más estabilidad al tiempo que me inclinaba veloz hacia delante moviendo la daga en círculos letales.

Rashid esquivaba cada ataque, concentrado en mi siguiente movimiento.

—Lo haces muy bien, preciosa, vamos, ven por mí.

Apreté con fuerza la mandíbula y decidí fijar mi objetivo en su costado. Así que salté hacia el lado contrario engañándolo y, sin dilación, esperando su regate, lo sorprendí justo donde quería. Enfilé mi brazo hacia su cuerpo y logré clavarle más de media daga en la cintura. La sangre comenzó a brotar oscureciendo sus ropas. La cara de Rashid se encogió entre el dolor y el asombro. Me había subestimado. No obstante, no era una herida mortal. Sus hombres comenzaron a rodearme, pero a una señal de Rashid se detuvieron.

—¡Es mía!

De pronto, escuché una voz lejana gritando mi nombre. El corazón me dio un vuelco en el pecho. Ahora fue él quien aprovechó mi desconcierto. Saltó sobre mí como un tigre; me derribó sobre la arena. La daga se perdió en la noche.

Tendido sobre mí, inmovilizó mis manos por encima de mi cabeza y mis piernas bajo las suyas. Con la nariz pegada a la mía susurró:

—Mía o de nadie.

Aquel que tenía sobre mí era mi verdugo. En sus ojos avellanados, titilaba un brillo de locura. Aquel no era mi Rashid. Entonces comprendí que él también había muerto ese día, el día en que me había convertido en esclava.

El hombre que tenía ante mí no era sino un burdo recuerdo, un pálido reflejo del que recordaba, pero carente de la esencia, del alma que un día tanto había amado. Solo tenía una oportunidad y era ganar tiempo. El libre albedrío jugaba en ese instante su carta. La voz que me buscaba era la de Gunnar. Reprimí las ganas de llorar, casi podía escuchar los resortes de mi cerebro estrujándose en busca de una oportunidad.

—Entonces seré tuya, tuya de nuevo —musité entre jadeos.

Nariz contra nariz sentí un aliento en la boca.

—Esta vez no vas a engañarme, Shahlaa. Sé que solo es una treta, pero no va a funcionar. Ahora me odias, pero yo cambiaré eso.

Entonces sentí un acceso de rabia tan agudo que amenazó con ahogarme. Por su maldita obsesión había llegado incluso a masacrar a un pueblo. Me retorcí desesperada sin conseguir moverlo ni un ápice.

—Estás loco si crees que podré enamorarme de un vulgar asesino. ¡No sabes cuánto te desprecio! Esa gente inocente está pagando tu locura y jamás voy a perdonártelo.

Se separó apenas. Para mi horror, desenfundó su daga curva.

—Que yo sepa, no es mi gente la que está atacando el pueblo, ni siquiera fue mi idea. Todo se lo debo a Ada: los ejércitos del mundo se han perdido un gran general.

Gruñí y de nuevo me agité. Rashid, harto de mi resistencia, apoyó la daga en la base de mi cuello.

—Te conviene ser sumisa —aconsejó.

—¿Quién está atacando la aldea entonces?

—Los hombres de un tal Ulf. Ella lo ideó todo.

Entonces la aludida se acercó para arrodillarse junto a nosotros.

—Me gané la confianza de Sigrid haciéndole creer que estaba de su parte. Ella ardía en deseos de deshacerse de ti y, bueno, yo le di la solución. La insté a que mandara llamar a las tropas de Ulf para arrasarlo el pueblo y matarte durante el ataque. Una maravillosa forma de distraer a tus guardianes mientras te arrastraba aquí, al punto de encuentro.

En su rostro azulado por la noche una sonrisa perversa emergió con lentitud.

—Para mí vales mucho más viva. —Alzó la pesada bolsa de sarga y la sacudió arrancando un tintineo metálico—. Y con el mismo resultado: hacerte desaparecer.

—¿Tanto me odias?

La sonrisa se amplió. De pronto se inclinó y depositó un beso en mi frente.

—No, querida, no te odio, pero me estorbas. Tengo una meta y debo apartarte para llegar a ella, eso es todo.

—¡Maldita! —lo escupí—. Nunca lo conseguirás, nunca.

Ada chasqueó la lengua con sorna. Agachada, me levanto la barbilla para que viera su rostro más de cerca.

—Cuando Rashid te lleve, le haré creer que has muerto; quemaré el cadáver de otra mujer si es necesario. Descargaré toda su furia contra Sigrid y, cuando todo se calme, bueno ahí estaré yo para consolarlo. Tendré paciencia, te lo aseguro. Con el tiempo, sentirá que me necesita; me haré imprescindible para él. Aunque nunca llegue a amarme como a ti, será mío: eso es cuanto deseo.

—Te equivocas, no sabes cuánto —murmuré derrumbada.

Entonces, Rashid se incorporó arrastrándome con él. Me puso delante de su cuerpo sin dejar de apuntarme con la daga y me rodeó fuertemente la cintura.

—Hora de irnos —anunció.

Fingí un ataque de tos. Me doblé como sacudida por una arcada violenta. Mientras me sujetaba el abdomen con una mano, con la otra tanteé rápidamente el puñal.

Me doblé todavía más, como si en efecto estuviera vomitando. Extraje el puñal y lo escondí en mi mano. Con suma cautela oculté parte de la hoja en la manga de mi camisola.

—Creí que ya te habías librado de las náuseas —comentó Ada con sorna.

Rashid, sin soltarme la cintura, giró ligeramente la cabeza y silbó hacia sus hombros. Una parte de mí gritaba que aceptara ese destino. No moriría, al menos no mi cuerpo, y mi hijo nacería. Pero otra parte me decía que mi hijo crecería junto a un asesino inmisericorde, que ambos seríamos esclavos y desdichados. Ni siquiera tenía la certeza de que Rashid dejaría a mi hijo con vida. Así que solo tenía ante mí un camino: soltar al lobo y clamar al Cielo una última oportunidad.

Cerré los ojos. En silencio elevé una plegaria a quien quisiera escucharla, ya fuera Alá, Jesucristo, Yahvé o los dioses del Norte: ahora solo me tenía a mí misma. Aguardé un instante. Agucé los oídos con el corazón palpitante, anhelando con el alma volver a escuchar su voz. Sentí que llegaría a tiempo, pero nada llegó, tan solo gritos lejanos de agonía, el crepitar del fuego que devoraba la aldea y las olas, lentas y perezosas, calmas y relajantes, cruel contraste con la tragedia que presenciaban.

Entonces tragué saliva, tal vez por última vez, y actué.

Mi primer objetivo era Rashid, sus hombres se acercaban demasiado aprisa. No tenía mucho tiempo. Vislumbré la abertura en la roca, aquella delgada brecha iluminada por un vibrante resplandor anaranjado que parecía extender su brillante mando hacia la arena. Más parecía la antesala del infierno que mi única salida. Más allá de la playa, las crestas de las olas también reflejaban aquel infierno de llamas.

Entonces reparé en el peñasco: una imagen se grabó en mi cabeza. Sonreí. En ese mismo peñón, por la cara que daba a la aldea, Gunnar había desatado la pasión que sentía por mí a los pocos días de mi llegada. Recordé con lujo de detalles la pelea con Amina en la orilla y cómo Gunnar me amonestaba con la excusa de llevarme hacia ese montículo rocoso, cómo me aprisionó contra él y me devoró con la boca.

De nuevo cerré los ojos y sentí sus labios sobre los míos. La sensación era tan vívida que gemí. Abrí los ojos. Las lágrimas escaparon. Lo amaba tanto, lo necesitaba tanto. Mi amor, pensé, nunca te olvidaré, esté donde esté. Ese fue mi último pensamiento humano. El animal que llevaba dentro emergió de las profundidades, más furioso y hambriento que nunca. En un único movimiento liberé el puñal y giré con la velocidad del rayo. Rashid, en ese momento, volvía la cara hacia mí.

La hoja sesgó su rostro. El tajo en diagonal surcó el lado derecho de su cara, desde el nacimiento del pelo hasta la barbilla. La sangre manó de la carne rasgada.

Rashid soltó un alarido y se derrumbó sobre sus rodillas con las manos cubriendo su maltrecho rostro. Libre de su presa, y ante la asombrada expresión de Ada, me lancé sobre ella. La sujeté por detrás. Rodeé su cuello con mi brazo presionándole la garganta. Apunté el puñal hacia la vena que palpitaba enloquecida en la fina piel y susurré con frialdad:

—Creí que eras más lista. No se debe desear lo imposible.

Ejercí algo más de presión hasta que la escuché gorgotear y silbar por falta de oxígeno.

—Tendrás una muerte rápida —siseé—, aunque no será por piedad, sino por falta de tiempo.

Mi mano no titubeó. Rebané su garganta con lenta precisión.

La sangre salió a borbotones como una grotesca fuente escarlata incesante, espesa y cálida. Su hedor metálico inundó el aire salado y húmedo de la noche. El cuerpo de la muchacha se convulsionaba contra mí; pude sentir cómo la vida se escapaba de él. La sujeté con más fuerza.



Miré al frente. Los marineros se habían dividido en dos grupos. Uno atendía a Rashid y el otro corría hacia mí. Eran tres piratas bereberes sucios y peligrosos; no tendría ninguna oportunidad si me enfrentaba a ellos.

Solté el cuerpo ya inerte de Ada. Corrí y grité como alma que lleva el diablo. Gritaba su nombre una y otra vez.

La abertura estaba cada vez más cerca, al igual que los pasos de mis perseguidores. La brisa con regusto ahumado y salobre agitaba mi cabello y mi ropa. Podía escuchar el aliento agitado, jadeante, de los piratas. Aquello trajo otro recuerdo a mi mente.

El día que intenté escapar de él. Corría a través de las marismas de Gades. También en esa ocasión escuché sus fuertes pisadas ganar terreno, su aliento tras de mí, su mano agarrando mi capa. Cayó sobre mí y me inmovilizó contra el barro. Llovía. Nuestras miradas quedaron enlazadas.

El corazón se me encogió de nuevo. Lloré de rabia y ansiedad. Aquella imagen, rostro contra rostro con la lluvia acariciándonos, envolviéndonos. Casi la sentí en mi piel. Anonadada, descubrí que gotas de agua golpeaban mi rostro. Había comenzado a llover.

Corrí con más ahínco. Contuve el aliento cuando una mano rozó mi espalda. Salté hacia delante y trastabillé con unas piedras. Aquello casi me hizo perder el equilibrio.

La mano entonces agarró mi túnica. Grité y lancé una patada que logró su objetivo, un gemido de dolor y mi liberación. Casi había llegado. El corazón me saltaba del pecho y mis pulmones gemían doloridos. Agaché la cabeza. Gruñí agarrándome a la desesperación. Un último esfuerzo.

Entonces alcancé mi objetivo. No miré atrás, pero sabía que ellos estaban muy cerca. Una voz tras de mí me heló la sangre. Era casi un aullido desesperado.

—¡Shahlaa!

No pude evitar girar. No podía creer que, herido como estaba, pudiera continuar persiguiéndome. Así era. Recordé una frase de mi madre: “No hay reto inalcanzable ni meta imposible que la terquedad no logre”. Aquello imprimió fuerza renovada a mis piernas y aire extra a mis pulmones. Atravesé la oquedad como una centella. Salí a la amplia playa que llevaba al embarcadero. Ante mí se desarrollaba una batalla.

Relinchos de caballo, alaridos de dolor infrahumano, entrechocar de metal, demonios de pelo largo y ensangrentado despedazándose entre sí. Cuerpos mutilados, retorcidos, amontonados. Oscuridad rota por hebras rojizas y una lluvia fina, pero persistente.

Entre toda esa mortal barahúnda, Gunnar peleaba con ferocidad contra otro hombre. Ulf, el traidor. Junto a ellos, el cuerpo ensangrentado de una mujer, Amina, que agonizaba tirada en la arena. Una brecha profunda surcaba su vientre. En un último aliento de vida me divisó y clavó sus negros ojos en los míos. Fui la última testigo de su muerte.

—¡Gunnar! —grité a pulmón tendido.

Otro recuerdo me asaltó, sepultándome por su intensidad. La misma escena, con los personajes invertidos, en la lejana Isbiliya. El destino parecía mofarse de mi suerte.

Gunnar me miró y en sus claros ojos asomó el alivio.

Perdida la concentración, su oponente descargó un mandoble en su pecho. La cota de malla absorbió el golpe, pero cayó hacia atrás. Entonces Ulf aprovechó la ventaja para contraatacar con más energía. Gunnar alternaba la parada de cada estoque con vistazos horrorizados en mi dirección. Parecía desesperado por escapar del asedio de Ulf y correr a mi encuentro.

Yo continuaba corriendo, aunque a duras penas mantenía el equilibrio. Sentía la presencia de Rashid cada vez más cerca, pero las fuerzas empezaban a fallarme. Sentía que no era capaz de llegar hasta él. Esa desesperación arrancaba sollozos de impotencia de mi garganta. Las rodillas me fallaron y caí. Presurosa y asustada me apoyé en las palmas de las manos y me impulsé hacia arriba. No logré incorporarme.

El impacto me dejó sin respiración. Rashid me embistió con la fuerza de un navío a la deriva. De nuevo forcejamos. La brecha vista desde cerca era escalofriante. Por milagro, no había dañado el ojo, pero los bordes sanguinolentos e inflamados deformaban su antaña apostura.

—Mía o de nadie —repitió.

Me debatí contra él, pero, de alguna forma, consiguió apresar mis muñecas por encima de mi cabeza con una sola mano. El claro y aterrador brillo de la locura teñía su mirada. La sangre de su rostro caía sobre el mío mezclada con la lluvia. Grité. Volví la cabeza en busca de Gunnar.

Había recibido una herida en el hombro que sangraba abundantemente. Sus ojos no se apartaron de los míos. De pronto gritó mi nombre. Echó a correr como un demonio enloquecido.

Ver a aquel gigante correr con una máscara de furia desatada en el rostro ensangrentado y desesperado haría huir a todos los dioses del Asgard, pero no al pobre loco insensato y ciego que tenía sobre mí.

Sin embargo, y desde donde estaba, vi a Ulf lanzarse tras él. Alzó los brazos con la espada en alto y descargó el golpe.

Grité de puro terror, sentí un dolor físico tan agudo que temí ver a Gunnar yacer en la arena, pero fue más rápido. Leyó en mis ojos el peligro, se frenó en seco, posó una rodilla en la arena, bajó la cabeza y lanzó una estocada mortal hacia atrás sin ni siquiera mirar. Ulf cayó sin vida tras él. La estocada le atravesó de lleno el pecho.

—Perdóname, mi amor, perdóname —musitaba Rashid contra mi oído—. Ahora estaremos siempre juntos.

Lo miré sin entender, confusa por sus palabras. No tuvo tiempo de añadir nada más. Un diablo rugiente se abalanzó sobre él, arrancándomelo de encima.

Rashid ni siquiera se resistió. Tumbado boca arriba con Gunnar a horcajadas, clavó su mirada en mí. Su expresión ni siquiera se alteró cuando la hoja entró en su pecho, tan solo un leve crispamiento contrajo sus facciones. Una inusitada complacencia pareció invadir sus últimos instantes. Casi pude ver el amago de una sonrisa. Al tiempo que la vida escapaba de su cuerpo, pareció rejuvenecer como liberado de una agonía que lo había estado aplastando, envejeciendo un alma transida. Durante aquella breve metamorfosis, pude ver al Rashid que conocí, al joven emprendedor, dinámico y seductor que tan feliz logró hacerme. De nuevo sus labios formaron la frase “*Ana asif*”, lo siento.

Cuenta una leyenda árabe que, en un viaje por el desierto, dos amigos discutieron. En el calor de la disputa uno propinó una bofetada al otro. El ofendido escribió en la arena: “Hoy, mi mejor amigo me pegó una bofetada en el rostro”. Reanudaron el camino y llegaron a un oasis donde decidieron bañarse. El que había sido abofeteado comenzó a ahogarse y su amigo lo salvó.

Al recuperarse tomó un estilete y grabó en una piedra: “Hoy, mi mejor amigo me salvó la vida”. Entonces el salvador le preguntó intrigado:

—¿Por qué después de que te lastimé escribiste en la arena y ahora en la piedra?

Sonriendo contestó:

—Cuando un gran amigo nos ofende, hemos de escribirlo en la arena, donde el viento del perdón y el olvido se encargará de borrarlo. En cambio, si nos regala algo grandioso, hemos de grabarlo en la piedra del corazón para que ningún viento de la tierra pueda extinguirlo.

Quise cerrar el corazón a su súplica y no pude. Porque las frases que había cinceladas en él eran más numerosas que las ofensas delineadas en la arena. El amor lo enloqueció, dicen que un loco es como un niño, impulsivo y caprichoso.

El dolor que antes me había sacudido regresó, más punzante. Llevé la mano hacia mi costado y gemí. Entonces entendí su mirada, sus palabras. Me había condenado.

Miré la sangre que teñía mis dedos, oscura y densa. Me había apuñalado en el costado mientras gritaba alertando a Gunnar. Mi destino había quedado sellado. Las runas no mentían. Volví a mirarlo, peleaba en silencio con la muerte aguardando mi respuesta. Su sufrimiento era desgarrador.

Asentí.

Las lágrimas velaron sus ojos, dibujó una dulce sonrisa y se rindió. Expiró pronunciando mi nombre.

Gunnar tenía los dientes apretados, el rostro contorsionado por la furia, mientras seguía hundiendo su ensangrentada espada en el cuerpo sin vida de Rashid. Cuando reparó en el rostro pétreo y desfigurado de su enemigo se detuvo. Siguió su mirada perdida hasta mí y recuperó el control. Saltó como impulsado por un resorte hasta donde me hallaba tendida y, con sumo cuidado, me incorporó entre sus brazos. Miró conmocionado mi rostro; la preocupación lo taladró.

—Estás empapada en sangre —observó con voz chirriante.

—La mayoría no es mía —contesté en un intento por ignorar el dolor y la frustración que crecían a partes iguales—. Además, tú no estás mucho mejor.

Gunnar contempló un instante mis ropas rasgadas y los largos mechones pegajosos por la sangre reseca. Se encogió de hombros.

—El lobo ha hecho un buen trabajo, ¿eh? —mencionó con orgullo, aunque su semblante titilaba conteniendo el llanto—. Aún estoy temblando, nunca he sentido un terror tan intenso.

Sonrió ya entre lágrimas. Me abrazó con tanta fuerza que no pude contener un agudo gemido. Sobresaltado me separó de su pecho y, con el corazón acelerado inspeccionó mi cuerpo. Sentí la delicadeza de su mano sobre mí acercándose a la herida del costado. Alcé la cabeza y la observé con detenimiento. Era pequeña pero profunda. La sangre manaba lenta, pero incesante. Estaba en el costado derecho en la mitad superior del torso. Rashid sabía lo que hacía.

De súbito me vi catapultada de nuevo hacia su pecho. Me abracé a su cuello y me levantó con premura. Como si lo persiguieran todos los demonios del averno, corrió por la playa hasta el pueblo con un gesto desesperado en su hermoso rostro.

Escondí el mío en la curva de su cuello y apreté los dientes. Las sacudidas de la carrera imprimían agujas en mi cintura; el dolor se extendía amenazando arrebatarme el conocimiento. Luché contra la negrura que tiraba de mí. Me aferré fuertemente a él.

—Te pondrás bien, amor mío, te lo prometo —jadeó a la carrera, sorteando cadáveres y saltando obstáculos como un atleta, poderoso y grácil aún en su impetuoso apremio.

Cerré por un momento los ojos y sentí su fuerza. Los atronadores latidos de su corazón, el calor que manaba de su hercúleo pecho; todo en él era de una vitalidad sublime. No podía dejar que me siguiera. Iba a perderlo: aquel dolor hacía palidecer al sufrimiento físico y al pánico a la muerte.

Llegamos al centro del poblado y se detuvo en mitad de aquel esperpéntico espectáculo.

—¡Eyra! —aulló.

Las cabañas a nuestro alrededor eran devoradas por un fuego frenético y voraz. Los supervivientes abrazaban a sus seres queridos pericidos en la batalla. Llantos y desolación inundaban la noche. Gunnar, tras recuperar brevemente el resuello, gritó de nuevo, con una voz potente y rasgada.

—¡Madre!

Aquel rugido feroz tuvo su recompensa. La mujer apareció en la entrada de su cabaña, una de las pocas intactas. Parecía más anciana que nunca marchita; derrotada avanzó a trompicones hacia nosotros.

—¡Rápido, pásala dentro!

Gunnar se precipitó desesperado en el interior, me depositó en un camastro y se arrodilló a mi lado. Eyra me miró con el semblante demudado y contenido. En sus ojos vi de nuevo la verdad: el fin. El sufrimiento de la mujer era tan patente que terminé pensando que era yo la afortunada. Se inclinó sobre mí. Puso una mano sobre mi frente y me susurró.

—Espero que estés preparada para el viaje.

Asentí y, a continuación, escrutó mi herida. En su rostro vi la confirmación de mi suerte. Después se enfrentó con su hijo.

—Es sangre negra —constató empapando su dedo índice en ella—. No puede hacerse nada. Su segundo órgano más vital está dañado severamente. Tendrá una muerte lenta. Se irá apagando como una vela, no sufrirá mucho.

Gunnar negaba con la cabeza. Sus hombros comenzaron a sacudirse, su expresión a crisparse. Y entonces estalló.

—¡No! ¡Malditos todos! Maldigo una y mil veces.

Aullaba al cielo, retando a sus dioses. Aquello me rompió el alma.

—¡No lo consentiré!

Entonces bajó la cabeza y estalló en sollozos violentos. Me abrazó y me acunó mientras continuaba profiriendo una única palabra: “no”, de forma incesante.

Se separó de mí. Su mirada me taladró. Nunca sus ojos habían sido tan verdes y límpidos. Quise sumergirme en ellos como en un estanque encantado en lo profundo del bosque. En ellos encontré paz e intenté transmitírsela.

—Te amo, amor mío; lo seguiré haciendo allí donde vaya. No tengo miedo, ya no, pero tienes que vivir por mí. Tienes que ser fuerte, todavía tienes una larga vida por delante.

El dolor y la determinación que vi en sus ojos me paralizaron.

—No, no podré. No. No quiero, ¿lo oyes? —sollozó y apretó los dientes como si el sufrimiento fuera insoportable—. Tú eres mi alma. Mi todo, mi luna, mi sol y mis estrellas. Eres a quien rezo, por quien respiro y cuanto necesito. Si me dejas, iré a buscarte y te encontraré; juró que lo haré.

Le sonreí. Eyra lo supo siempre.

—Bésame —supliqué.

El letargo comenzaba a hacer mella en mí.

Gunnar tomó mis labios con la intensidad del condenado, con desesperación, agonía, ansiedad y pasión. Abrí mi boca para él y dejé que su lengua enloquecida me devorara. Era como si quisiera imprimir en mi maltrecho cuerpo su esencia, su vitalidad. Enredé mis manos en su cabello. Saqué fuerzas de flaqueza para atraerlo más: quería meterlo dentro de mí.

El beso fue una lucha vana por fundirnos el uno en el otro. El ímpetu comenzó a abandonarme. Él notó mi debilidad y me soltó, pero sin apartar mi rostro del suyo: sus ojos enrojecidos se embebían de mis facciones, casi con reverencia.

—Mírame, amor mío, quiero ver esa luz dorada hasta el final, sumergirme en ella. Quiero que me recuerdes, ¿lo oyes? No me olvides, te buscaré a través de los tiempos, pero tienes que esperarme. Jura que lo harás.

—Lo juro.

Fue mi alma la que contestó. Mi ser entero gritaba de angustia y le pedí al Creador que nos uniera de nuevo en otra vida. No lo olvidaría nunca, ni siquiera en la muerte. Si volvía a nacer, lo buscaría incansable, y él a mí. Estábamos unidos para toda la eternidad, unidos hasta el fin de los tiempos.

—Te esperaré —tartamudeé.

Luché contra el cansancio, contra la negrura opresiva que me cercaba, contra el sopor frío que conquistaba cada palmo de mi cuerpo.

—Siempre volveremos a estar juntos.

—Sí, mi amada Freya. Retaré a todos los dioses del Asgard si es necesario, pero te encontraré de nuevo. —Hizo una pausa para recuperar la voz rota por los sollozos—. Mi amor, estás tan bella incluso en tu partida.

\* \* \*

De repente me alzó en brazos y salió de la cabaña. Eyra, envuelta en llanto, nos siguió. En la intemperie, rodeados de luz y oscuridad, de vida y muerte me alzó hacia el cielo.

—Me arrebatan a mi esposa y a mi hijo —clamó—. Pero habrá un día en que los recuperaré. ¡Los reto malditos, vengan por mí!

Me bajó, me acurrucó entre sus fuertes brazos. Vencido, se sentó en el lodo conmigo en su regazo. La lluvia lavaba nuestras heridas. Su mano acarició el hijo moribundo que abultaba mi vientre. Tan solo cinco lunas de gestación. Pero yo lo cuidaría, él también volvería. Juntos los tres, felices para siempre.

Con las miradas atrapadas, enlazadas como la hiedra a un roble, sentí los primeros estertores de la muerte sacudiéndome. Mi visión se nubló, y se convirtió en un círculo estrecho y nebuloso. Una luz intensa y blanca, brillante e hipnótica como una mañana nevada, parecía llamarme, la seguí. Atrás vi a Gunnar constreñido en una mueca agónica, escuché su alarido y recé por él. Una mano pequeña, casi diminuta se cobijó en la mía. Sonreí. Anduve sobre el sendero de luz convencida del reencuentro. Iría tras de mí. Su madre lo ayudaría y me encontraría, no tenía ninguna duda.

El camino se cortó en seco. Ante mí surgieron rostros conocidos y risueños. De pronto caí y fluté: fluté en la nada.

Pero no estaba sola.



# Capítulo 18

## El regreso

Consulta del doctor Valmoral.

Grité y grité al tiempo que caía en el vacío.

En mitad de la caída sentí unas violentas sacudidas. Al fondo, un lejano murmullo de voces crecía en intensidad. Las molestas sacudidas también se acentuaron. Alguien zarandeaba mis hombros con vehemencia. Comencé a enfadarme y, de pronto, pensé si aquello era posible. ¿Los muertos se enfadaban? ¿Dónde estaba? Seguro que en el infierno, aquel ajetreo que tronaba en mis oídos no podía ser otra cosa.

—¡Vicky, despierta, cariño, despierta!

¿Quién era Vicky? ¿Y por qué me molestaban a mí?

—¡Déjela o entrará en estado de shock! —ordenó otra voz.

—Ahora, Victoria, despertará relajada y tranquila. Recordará su vida anterior junto a la actual; su mente permanecerá clara y despejada. Se sentirá descansada y aceptará su nuevo mundo. Cuando cuente regresivamente, abrirá los ojos. Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Despierta!

Entreabrí los ojos. Sentí los rayos del sol antes de verlos. Cuando logré levantar totalmente los párpados, comprobé que eran del color del bronce bruñido. Era el sol del ocaso. Confundida, miré a mi alrededor. Muebles extraños, no, aquello era una mesa, y eso otro una vitrina, más allá una estantería. Estaba en un despacho. Me incorporé violentamente.

Frente a mí había dos rostros preocupados. Uno joven y otro anciano. Dos hombres intrigados. El joven me sonrió con familiaridad.

—¿Sabes quién soy?

Un nombre me vino a la cabeza: “Alex”. Como si un rayo me fulminara, los recuerdos volvieron a mí. Todo en orden. Dos vidas completamente distintas en siglos alejados, seguidas y tan separadas. Más de diez siglos de distancia.

—Alex —contesté lacónica.

El nombrado soltó el aire contenido y me abrazó.

—Excelente, todo en perfecto estado —comentó el anciano.

Su nombre también afloró a mi cabeza.

—¿Cómo se encuentra, señorita?

—Confundida, doctor, y profundamente desolada.

El hombre se ajustó los anteojos y se mesó el cabello cano con gesto nervioso.

—¿Y sabe por qué?

—Me encuentro terriblemente sola.

Permaneció un largo instante en silencio, mirándome; luego asintió para reafirmarse algo a sí mismo y, tras otra larga pausa, repuso:

—Es algo completamente normal. Su vida anterior la ha golpeado con fuerza. En toda mi carrera jamás había escuchado un relato igual, tan intenso y detallado. Permítame decirle que tuvo una vida increíble, hermosa y atroz a un tiempo, pero única y especial. Tanto que dejará una huella perpetua en su interior. No tiene otro remedio que vivir con ello.

Fue hacia un magnetófono y lo desconectó con aire triunfal.

—Todo está aquí, señorita; toda su vida como Leonora de Castro está aquí. Créame si le digo que su hipnosis removerá ciertos círculos incrédulos de la profesión. Un relato tan vívido, tan exacto, con tanto sentimiento. Me ha puesto los pelos de punta, querida. Ha sido una experiencia increíble.

—Pero, doctor —interrumpió Alex—, las pesadillas, ¿desaparecerán? El cambio de personalidad, todos los trastornos que ha estado sufriendo, ¿la dejarán en paz? ¿Volverá a ser la que era?

El doctor sonrió beatíficamente, sus vivaces ojillos se posaron en mí.

—Me temo que la respuesta es no. Me trajo a la consulta a una mujer. Ahora se lleva a dos.

La mirada horrorizada de Alex se desplazó del doctor a mí. Me sentí como un bicho raro, un espécimen a investigar.

—Eso no es lo que nos prometió —rezongó enfadado.

El doctor negó con la cabeza, fue hasta su escritorio y tomó su libro de notas.

—Les prometí averiguar la causa, y lo hice. Pero la mente humana tiene tantos corredores y recovecos, que, por muchas salidas que uno tapie, no hay ninguna seguridad de contener una reacción. Es científicamente y humanamente imposible vaticinar qué ocurrirá con ella, cuál de sus dos personalidades o vivencias permanecerá más arraigada. Aunque espero, por el bien de los dos, que sea esta. No obstante, joven, no hay ninguna seguridad; más bien me inclino a pensar que tardará en acostumbrarse a su vida actual.

—Entonces ¿por qué diablos no borró esa otra vida de su memoria? —inquirió a voz en grito.

—Esa vida luchaba por salir a la luz. Lo habría hecho de una manera u otra. Suele pasar cuando hay algo inacabado, un vínculo especial, un anhelo incumplido. Por lo que hemos vivido aquí, ambos sabemos de qué se trata.

—No irá a creer que...

El doctor, se acomodó en su sillón y cruzó con elegancia las piernas al tiempo que cargaba su pipa de caoba.

—Crear eleva el espíritu, engrandece el alma. Sí, creo. Creo que debe cumplirse un destino; si no lo encuentra en esta vida, lo buscará en la siguiente. No descansará hasta encontrar su alma gemela, su otra mitad.

Alex negó con la cabeza, tensó los labios y frunció el ceño. Me ayudó a levantarme del diván; me acercó el abrigo.

—Ahí van sus honorarios, doctor. —Lanzó sobre el tablero de la mesa con desdén un sobre abultado.

De inmediato, el hombre se levantó, tomó el sobre y se lo devolvió.

—No voy a cobrar esta sesión. No sería digno si lo hiciera. Me han dado un material tan excelente, que debería pagarles yo.

Ya me arrastraba hacia la puerta cuando le doctor habló de nuevo.

—Comprendo perfectamente su enfado, joven, y lo disculpo. Yo también me mostraría temeroso de perder a una mujer como ella. Si es que realmente la tuvo alguna vez.

Un sonoro portazo puso punto final a la despedida.

\* \* \*

Todo era conocido y desconocido a un tiempo. Todo nuevo y viejo. Todo era opresivo y deslucido. El tráfico, las máquinas, los edificios, las aglomeraciones, los ensordecedores ruidos, el consumismo, la hipocresía, la política, los noticiarios, y en definitiva, la rutina tediosa.

Mi alma se marchitaba.

Intentaba reanudar mi vida y fracasaba estrepitosamente. El corazón me dolía. La soledad resultaba desoladora. Nada me agradaba, nada me hacía sonreír, en nada encontraba gozo. Solo era feliz por las noches, cuando soñaba: y siempre soñaba con él. Sentía sus manos sobre mí, sus hermosos ojos felinos recorriéndome, su boca arrancándome gemidos. Su voz grave y suave acariciándome, repitiendo sin cesar cuánto me amaba. Veía su espectacular cuerpo desnudo junto al mío; me elevaba al paraíso.

Gunnar.

Repetía su nombre en mi mente durante el día. Lo convertía en voz en la soledad de las noches. Lo llamaba con insistencia, le rogaba que viniera por mí.

Alex no pudo competir con él. Se marchó de mi lado la primera semana tras la hipnosis. Yo le regalé la verdad: que estaba locamente enamorada de un hombre que había muerto doce siglos atrás. Elena tampoco aguantó mi apatía, mi desidia. Dejó de llamarme. Fue lo mejor para todos. La Victoria que conocían era una simple sombra, tan solo una apariencia, un envoltorio. La mujer que ahora ocupaba su cuerpo era Freya.

Pero una Freya confundida y angustiada que vagaba en un mundo en el que no encajaba. Constantemente alerta, a la espera de una señal, un estremecimiento puntual por la cercanía de un hombre, una sensación, una mirada, pero nada.

Caminaba por las calles abarrotadas con una sensación sofocante, añorando los bosques del Norte, sus ríos, el aroma fresco de los pinos, la quietud, la paz y la parsimonia con la que la gente vivía en aquellos lares, hace tantos y tantos siglos. Vidas más cortas, sí, pero mucho más intensas, más saboreadas.

Doblé un recodo y me di de bruces con un tipo alto y rubio. Lo miré: era bastante vulgar. No sentí ni un simple hormigueo. Se limitó a excusarse y continuó su sendero de asfalto y tedio.

Me fijaba más en los hombres altos y corpulentos. Buscaba sin cesar unos ojos verdes. Aquello era absurdo, pues, si había renacido, lo habría hecho en un cuerpo diferente. No obstante, en mi caso, las semejanzas eran cuanto menos apabullantes; incluso el color ámbar de mis ojos era el mismo, como si fuese un reclamo, pensé.

Entonces, reconsideré un detalle. Tal vez, si vivía en mi mismo siglo, podía haber una diferencia considerable de edad o tal vez ni se acordara de su vida anterior. Incluso podría estar felizmente casado, con hijos. Aquel pensamiento me derrumbó. Sentí ganas de llorar, el mundo era demasiado grande para dar con una persona que no sabía qué aspecto podría tener, ni idea de su paradero.

De pronto, una idea iluminó mi cabeza. Si yo había nacido en la misma ciudad, ¿por qué no él? Podría estar en la actual Noruega; si eso era, buscaría la sucesora de Skiringssal. Debía viajar, ¿dónde iba a encontrar un vikingo si no?

Me detuve. Un relámpago entró en mi cabeza con una imagen que aceleró mis latidos. ¿Cómo pude olvidarlo? ¡El anillo que desencadenó mi vuelta! ¡El detonante de las pesadillas! Mi anillo de bodas, las serpientes enfrentadas. Solo una persona pudo haberlo metido en mi buzón.

Él.

Las rodillas me flaquearon. Entre la confusión del regreso, la adaptación y la inmensa nostalgia, aquel importante detalle había quedado olvidado. ¡Estaba aquí! Tan cerca, que quizá había pasado a su lado. ¡Me había encontrado! Eché a correr con una sonrisa estúpida. Tenía ganas de gritar, de llamarlo entre la multitud, de dar gracias al cielo.

Llegué y subí los peldaños de dos en dos con impaciente ilusión. Abrí la puerta. Me detuve en el umbral del recibidor. Mis ojos se clavaron en el primer cajón. Me acerqué y acaricié el frío pomo de bronce. Era una pieza isabelina restaurada por mí; sin embargo, en ese momento, se había convertido en el cofre del tesoro más hermoso

del mundo. Abrí despacio el cajón, con un nudo en el estómago. Los raíles se deslizaron con suavidad. La luz de la ventana iba tragando poco a poco la penumbra del interior del cubículo. Un destello dorado iluminado por el sol arrancó lágrimas a mis ojos. Ahí estaba mi anillo de bodas, mi *morgingjölf*.

Lo tomé entre mis manos y lo contemplé con devoción. Las serpientes enlazadas y encaradas de ojos refulgentes. Una, con ojos de esmeralda; otra, con ojos ámbar. Nosotros, unidos hasta el fin. Solté un sollozo mientras deslizaba el anillo en mi dedo. Ahora sí lo sentía. Cerré los ojos y alcé la mano hacia mi boca, besé la sortija imaginando sus labios. ¡Cómo deseaba abrazarme a él! ¿Pero dónde estaba? Si sabía dónde vivía, ¿por qué no me buscaba?

Unos abruptos golpes en la puerta volatizaron mis cavilaciones. La sangre se convirtió en un líquido efervescente que cosquilleó cada rincón de mi ser. Ya giraba con el corazón en la boca cuando escuché la voz de Elena. Todas las burbujas desaparecieron en una amarga decepción.

—¡Sé que estás ahí! Abre la puerta si no quieres que la derribe. No aceptaré más negativas, ¿me oyes?

—Sí —mascullé apática—. Te he oído; yo y todo el edificio.

Abrí la puerta y la miré. Su pelo rojo me hizo sonreír, podría ser la hermana guapa de Inga la Roja.

—¿Por qué pones cara de estúpida? ¿Acaso has perdido el juicio? Sí, eso tiene que ser, porque de otra manera no tiene excusa tu comportamiento.

Entró como una tromba; lanzó su abrigo al perchero.

—Adelante —repuse cuando ya estaba casi en el salón.

La encontré tirada en mi sillón tecleando en el mando de la tele.

—Ponte cómoda —añadí sarcástica.

—¿Tienes el canal Divinity? —inquirió ceñuda.

Me senté en el sillón de enfrente y la observé. Ella sí era una burbuja chispeante y divertida.

—Creí que venías a tirarme de las orejas.

—No dudes que lo haré —respondió—. Pero quiero ver el último capítulo de *Sex and the city*.

Resoplé aburrida. Me fijé en los sobres que llevaba en la mano.

—¿Es una nueva moda? —pregunté divertida.

Elena frunció el entrecejo, confundida.

—Llevar la correspondencia como si fuera un abanico.

Masticaba chicle y estalló una pompa para contestar.

—¡Ah, esto! —Alzó los sobres como si los viera por primera vez.

Luego, sus ojillos avellanas chispearon traviosos una sonrisa coqueta jugueteó en sus labios.

—No, es tu correo. Me lo dio un tipo en la puerta. Me preguntó que si conocía a la del segundo izquierda, y le dije que sí. —Hizo una pausa y silbó—. ¡Y qué hombre más guapo! Es un adonis.

—¿Otro? ¿Cuántos llevas en tu colección?

—Muchos, por fortuna, pero ninguno como este, te lo aseguro. Es un ejemplar único. Apuesto lo que quieras a que es extranjero, un ruso o alemán, algo así, porque un rubiazo así no es de aquí, seguro. Además, tiene acento.

El corazón se me detuvo. A ese paso me iba a dar un infarto antes de encontrarlo.

—¿Cómo has dicho?

—Eso: que tu cartero es bellísimo.

Me levanté como una centella y salí del apartamento. Bajé las escaleras como poseída por el espíritu del coyote hasta llegar a la puerta. Pero el correccaminos había volado. Recorrí la calle una y otra vez, asomándome en cada esquina, pero nada, ningún gigante rubio a la vista.

De pronto una voz chillona llegó hasta mis oídos. Elena estaba asomada al estrecho balcón de mi casa.

—¡Ey, amiga, no sabía que estuvieras tan desesperada! —gritó a pulmón.

Alcé la cabeza. Mi sola mirada le cerró la boca. La gente nos observaba. Cuando regresé, la encontré, esta vez sí, abanicándose con las cartas y sonriendo intrigada.

—¿Quieres darme eso de una maldita vez?

Le arranqué los documentos. Los miré curiosa y malhumorada.

—¡Qué humos! Es lo que tiene la abstinencia.

Preferí guardar silencio y revisé la correspondencia para intentar serenarme.

—Además, he venido a eso, a que le des al pobre Alex una oportunidad. ¿O creías que venía por mí? Nada de eso, si no quieres ser mi amiga, peor para ti. —Hizo una pausa y agregó—: resulta que yo sí quiero, y ya sabes que siempre me salgo con la mía. Así que ¿qué te pasa ahora?

Las cartas cayeron a mis pies. Mis temblorosas manos solo agarraban con fuerza aquel papel.

Era un pasaje de avión a Oslo solo de ida.

Junto a aquel, otro pasaje de tren a Tønsberg en el condado de Vestfold. Y otro pequeño papel manuscrito con letra inclinada y elegante: “Ven a tu hogar, Freya, ya hemos esperado demasiado.”

Casi me desplomo. Elena, alarmada por mi expresión, me sujetó con fuerza. Miré de nuevo aquel papel. Debajo de las líneas había dibujado un mapa: era una ruta en coche hasta un lugar recóndito.

Pegué los papeles a mi pecho y respiré profundamente. Por enésima vez ese día, lloraba, pero de inmensa felicidad. Quería que lo siguiera, no sabía muy bien por qué, ni qué planeaba, pero nadie en el cielo podría impedírmelo.

Sonreí entre lágrimas, miré a mi amiga y la abracé con fuerza.

—Estás para encerrarte, ¿lo sabías? —gruñó.

Entonces, estallé en carcajadas.

—Creo que tengo mucho que contarte.

\* \* \*



Elena tiraba de una de mis maletas como si se tratara de un caballo percherón. Le hablaba malhumorada, le lanzaba patadas cada vez que la maleta perdía el equilibrio y tironeaba a trompicones.

—¿Has metido tu apartamento aquí dentro? —refunfuñó—. Hay empresas que se encargan de eso, ¿lo sabías? —Sopló furiosa un mechón de su frente—. ¡Oh!, claro que lo sabías, pero es mejor abusar de tu pobre amiga. ¿Te parece divertido verme dar patadas como una mula?

Asentí al tiempo que agachaba la cabeza, me había lanzado el bolso.

—Debería darte vergüenza —continuó—; me abandonas y encima me utilizas como mozo de carga.

Yo, que mantenía mi propia batalla con otras dos, logré lanzarle mi sonrisa más arrebatadora.

—Eres un encanto, y prometo compensarte.

El ceño de Elena se suavizó. Luego, compuso una mueca testaruda y respondió:

—¿Cómo piensas compensarme si puede saberse? Te marchas con los vikingos al otro lado del mundo; me dejas sola y desamparada.

Adelantó su labio inferior en una expresión compungida.

—¿Tú, sola? ¡Ja! Eso es imposible, por no mencionar lo amparada que estás casi todo el tiempo.

Le guiñé un ojo; ella me sonrió.

—Prometo invitarte pronto y, mientras tanto, te mandaré un souvenir.

Sus ojos se encendieron. La sonrisa maliciosa que exhibió me anticipó lo que quería de recuerdo. Dos hombres nos contemplaron. Elena compuso su rostro y sonrió seductora. Acto seguido, hizo el intento, sobreesforzado en mi opinión, de tirar de la maleta sin conseguirlo. Inmediatamente, los hombres acudieron a ayudarla. Sacudí la cabeza divertida. Elena me guiñó, cómplice, un ojo. Al pasar por mi lado la oí susurrar:

—Nunca falla.

El otro joven, igual de galante, me ofreció su ayuda. De modo que ambas caminábamos por la estación tomadas del brazo, seguidas de nuestros mozos particulares.

—El moreno tiene su encanto, ¿no crees?

Giré para contemplarlo más de cerca. Era alto y grande, bastante atractivo, de pelo oscuro y piel olivácea, con ojos penetrantes, cejas gruesas, labios perfilados, hoyuelos en las mejillas. Una barba cuidada y delgada delineaba su mentón hasta cubrirle la barbilla.

—Parece un talibán, uno de esos terroristas islámicos —repliqué.

—Por eso —alegó ella echando otro vistazo—; parece peligroso. Eso es excitante, aunque seguro que en la cama es un corderito. Sé lo que digo.

—¿Tienes que evaluar a todos los hombres con ese peculiar barómetro?

—¿Para qué sirven si no?

Sacudí la cabeza. Era inútil razonar con ella.

Llegamos a la estación. De allí, iría a la estación central, después en taxi hasta el aeropuerto; luego, vuelo directo a Oslo. La ilusión era mi compañera de viaje; la impaciencia, mi equipaje; el amor, mi transporte.

—Aquí nos despedimos —anuncié.

Elena y yo nos abrazamos con fuerza. Aspiré su perfume, agua de rosas. Cerré los ojos. Quería a aquella mujer. Una amiga como no había otra. Era como el primer rayo de sol tras la tormenta, fuerte y vigoroso. Iluminaba mi existencia, y no estaba dispuesta a perderla.

—Te escribiré —prometí—. Cuando esté instalada, podrás venir de visita cazavikings.

Esta vez fue Elena la que rio, a pesar de tener los ojos llorosos.

—Suenas bien. ¿Te imaginas? Yo, vestida de amazona, con una red gigante en mis manos, corriendo detrás de los vikingos más guapos de Vikingolandia.

Reímos alborozadas. Los ayudantes nos contemplaban. Habían depositado las maletas en el tren y aguardaban una propina de carácter más bien carnal.

—Bueno, amiga, tienes una difícil decisión por delante: ¿el talibán o el ejecutivo?

Elena giró para contemplarlos más detenidamente.

—Sin duda, el talibán: me gusta el cordero.

—Bueno, que te aproveche.

Ladeó levemente la cabeza y me contempló reprobadora.

—No te las des de mojigata.

Una voz átona chirrió por los altavoces avisando mi partida. Nos abrazamos de nuevo.

—Ve, y dile de mi parte que es un vikingo con suerte.

Subí tras un último saludo y me adentré en el vagón. Localicé mi asiento entre las alineadas cabezas; lo ocupé abrazada a mi bolso. Miré por la ventanilla. Sonreí al descubrir a Elena amarrada al brazo del atractivo talibán. En verdad parecía un tipo peligroso, aunque, al mirarla, sonreía con la inocente admiración de un adolescente. Cuando el tren arrancó, sorprendí la mirada confundida de mi amiga dirigida hacia su flamante conquista. Había sentido algo, de eso estaba segura. ¿Sería aquel hombre el definitivo? Solo los dioses podrían saberlo.

Me recosté en mi asiento y cerré los ojos. Había empezado el viaje hacia la felicidad.

\* \* \*

Llegué a la Oslo Sentralstasjon, la estación central de ferrocarril, a primera hora de la mañana. El cielo permanecía cubierto. A pesar de que mayo acababa de abrir sus puertas, la temperatura era baja. En la inmensa y futurista estructura arqueada, dediqué unos minutos a admirar los enormes arcos que conformaban la estación. Abarrotada de tiendas y restaurantes, los viandantes charlaban en desacostumbrados susurros. A pesar de estar infestada de gente, el índice acústico era considerablemente bajo. Se escuchaba perfectamente el hilo musical, los avisos. Mi tren para Tønsberg salía en un par de horas. Decidí desayunar y leer un rato.

Tras degustar una humeante taza de café, un poco de arenque ahumado sobre una crujiente tostada y mermelada de arándanos, retomé la lectura de mi guía para aprender unas palabras básicas escandinavas. Estaba tan enfrascada en la lectura que no noté que un hombre alto se sentaba a mi izquierda.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó en correcto inglés.

Era alto y bien parecido, de clara ascendencia nórdica. Sonreía cortés. Me pregunté si sería algún trabajador de la estación.

—No, gracias, estoy perfectamente —repuse con otra sonrisa.

Reanudé la lectura, pero aquel hombre no se inmutó. Parecía atisbar por encima de mi hombro.

—Si le interesa nuestra lengua, puedo serle de mucha ayuda. ¿Qué tal un paseo por la ciudad? Seré su guía particular. Antes de que acabe el día, aprenderá más de lo que pueda enseñarle ese libro.

Negué con la cabeza; sonreí para suavizar el rechazo.

—Es muy amable, pero mi tren sale en menos de dos horas.

El hombre alzó una ceja con aire misterioso y sonrió de forma insinuante.

—No imagina la cantidad de cosas que puedo enseñarle en ese tiempo.

Por su expresión, era fácil adivinar lo que tenía en mente. Negué de nuevo, esta vez sin sonrisa. Entonces me levanté. Era obvio que no cejaría en su empeño. Era el típico hombre que no sabía interpretar correctamente los signos.

Tras una leve inclinación de cabeza a modo de despedida, me dispuse a buscar otro banco. Una mano firme y cuidada me detuvo. El hombre, sin borrar su sonrisa, se incorporó acercándose a él.

—No quería molestarla.

Estaba empezando a enfadarme de veras.

—Pues lo está haciendo, suélteme —siseé.

En ese preciso instante, un viandante distraído tropezó con él. El impacto fue tan fuerte que casi lo derribó. Una voz grave y profunda se disculpó.

El viandante estaba envuelto en una gabardina con los cuellos levantados, que ocultaban la mitad inferior de su rostro. Un sombrero, escondía la mitad superior. Pero, aun así, llamaba la atención su altura y corpulencia. Pareció echarme un ligero vistazo antes de perderse entre la multitud. Lo seguí con la mirada. Antes de doblar un recodo, volvió la vista atrás. Supe que me miraba.

Sentí algo extraño en el estómago, así que lo seguí. Me sentí atraída por él como una mariposa por la llama de una vela. Aceleré el paso, percibí la adrenalina bombeándose las venas. La gente se arremolinaba a mi alrededor; en mi súbita ansiedad los apartaba con demasiada vehemencia. Respiraba entrecortadamente cuando llegué a la esquina. Busqué agitada entre la multitud de viajeros un sombrero de ala y lo localicé. Corrí casi con desesperación. Llegué junto al hombre y logré agarrarlo del hombro. Un hombre muy alto, de mediana edad, me miró malhumorado.

—*¿Som skjer?* —masculló irritado.

No es quien busco, pensé decepcionada. Pero me disculpé utilizando su idioma.

—*Jeg beklager.*

Me volví y caminé pensativa. Mis ganas por verlo, por estrecharlo entre mis brazos, empezaban a causar delirios. Respiré profundamente e intenté serenarme. Miré el enorme reloj que presidía la sala y busqué un lugar tranquilo donde sentarme a esperar. Pronto, me dije, muy pronto.

\* \* \*

Llegué a Tønsberg al mediodía.

El cielo estaba despejado, tan solo algunas hebras blanquecinas rompían el azul celeste. Conforme me acercaba a mi destino, los nervios comenzaban a despuntar, atacándome la impaciencia y la inquietud a partes iguales.

Tønsberg era el típico pueblo noruego de casas de madera pintada rodeadas de espesa y verde vegetación. Todo limpio e incólume, cuidado y tranquilo. Por la expresión beatífica de la gente, deduje que la vida allí era plácida, una paraíso dentro del modélico modo de vida escandinavo. Noruega estaba considerado el mejor país del mundo para vivir. Era un país rico a raíz del descubrimiento de petróleo en el Mar del Norte en los años 60. Se trataba de una sociedad moderna e igualitaria, donde primaba la familia y no el trabajo: la envidia de toda Europa.

Por donde mirara había cabezas de un rubio claro, ojos celestes y sonrisas corteses. Una amable anciana me indicó un establecimiento en el que alquilaban coches y, después de unos simples trámites y un jugoso intercambio de coronas, salí con un Toyota Aigo de color rojo.

Sentada frente al volante, rebusqué en mi bolso el papel con las indicaciones. Contemplar aquella caligrafía me encogía el corazón de una manera especial. Sonreí. Céntrate, me dije. Respiré hondo y leí con atención. Mi destino era un fiordo llamado Steinsfjorden en el municipio de Buskerud. La primera indicación me señalaba que debía tomar la calle Nedre Langgate. Debía seguir por allí hasta la intersección con la E18; luego, tomar esa autovía con dirección a Oslo. Previo pago de varios peajes, y tras 81 kilómetros de recorrida, se me indicaba que saliera por la E16 con dirección Hønofoss/Sandvika/Bergen. Inmediatamente, me encontraría con una rotonda en la que debía tomar la segunda salida en dirección Ringeriksveien/E16 y, tras unos 18 kilómetros, había que salir hacia Nes i Hole. Y así continuaba con metódica precisión detallando cada giro y desvío. Bueno, pensé, gracias al cielo tengo un GPS instalado en el Toyota, porque de otra manera seguro que se secaría el dichoso fiordo antes de que yo lo encontrara.

Ingresé la ruta en el ordenador de a bordo y me dijo incluso cuándo llegaría. Una hora y treinta minutos me separaban de él; 122 kilómetros a través de parajes de ensueño hasta mi hogar. Metí la llave y encendí el motor.

\* \* \*

Llegué sin ningún problema hasta mi destino. El fiordo era impresionante, rodeado por altas montañas de un verde intenso, pequeñas cabañas se diseminaban aquí y allá como migas de pan sobre un mantel esmeralda. Algunas tenían porches sobre el agua y veleros amarrados a pequeños embarcaderos. El lugar era de una belleza arrebatadora.

Las indicaciones se completaban con el ascenso por un serpenteante camino hacia la cima de una rocosa colina. Arranqué de nuevo, puse primera y aceleré. El Toyota gruñó y salió disparado hacia arriba. La pendiente era pronunciada; giraba rodeando la montaña. Cuando llegué a la cima, me detuve en una explanada abierta y salí del coche.

Lo que vi me dejó sin respiración: una inmensa cabaña de madera de cedro se erguía orgullosa asomada al acantilado. Era una réplica exacta de un *skáli*, pero con mejoras. Amplios ventanales se abrían al frente, una chimenea asomaba junto a una buhardilla que, curiosamente, poseía un amplio balcón. Un porche inmenso se abría en la entrada principal con todo el mobiliario necesario para disfrutar de una comida al aire libre. Junto a la cabaña, una leñera y lo que parecía un cobertizo. Más allá, colindando con un prado brillante y espeso, una cerca blanca delimitaba el campo de juegos de vacas y cabras.

Un perro salió entre ladridos a mi encuentro. Era un enorme animal negro, un terranova de dimensiones apabullantes.

—Bien, bien, tranquilo —le susurré cuando llegó hasta mí.

Acaricié su gran cabeza peluda y le rasqué las orejas. De pronto escuché un sonido extraño. Un toc-toc hueco, como el picoteo de un enorme pájaro carpintero. Provenía de la leñera que había tras la cabaña.

Me dirigí hacia allí seguida por mi inusitado anfitrión. Entonces, el corazón se me detuvo. Frente a mí, un hombre con el torso desnudo cortaba leña. Su amplia y musculosa espalda se contraía en ondulaciones cada vez que descargaba el hacha. Pero lo que me secó la garganta fueron las cicatrices que surcaban su espalda. Eran casi las mismas que Gunnar tenía.

Su cabello rubio oscuro bailaba sobre sus abultados hombros. Mis ojos recorrieron con avidez cada palmo de aquel cuerpo apolíneo. La estrecha cintura, las nalgas firmes, y las piernas largas y musculosas estaban enmarcadas por unos estrechos vaqueros desgastados. Un aletazo de excitación me embargó.

Suspiré de manera inconsciente. El hombre se detuvo, congelado en sus movimientos. Sin mirarme clavó el hacha y respiró hondo.

—¿Gunnar?

Y entonces, giró hacia mí.

# Capítulo 19

## El reencuentro

Las rodillas me flaquearon, la boca se me secó y el estómago me dio un vuelco.

Era él, con algún matiz diferente, pero él, en toda su esencia. Lo primero que sentí fue una mirada verde musgo clavada en mí. Sus ojos eran rasgados y profundos casi exactos a como los recordaba; la nariz era algo diferente, recta y más corta; la boca, amplia y delgada. Pómulos altos, mandíbula cuadrada y firme, barbilla redonda con hoyuelo. Era tan guapo que cortaba el aliento, con facciones más suaves y refinadas, menos hosco. Deslicé la mirada hacia su pecho, pectorales amplios y marcados, de piel levemente dorada por el sol. Su vientre marcaba, en infinidad de cuadraditos, su duro abdomen. A los costados, los oblicuos se perdían en la cinturilla de sus pantalones, demasiado bajos de cadera, para que cualquier mujer pudiera mantener la compostura debidamente y no mirara el imán que ejercía su cremallera.

Cuando levanté la mirada, encontré un semblante expectante. Aguardaba sin aliento mi juicio. Sonreí entre lágrimas.

—¿Debo preocuparme?

Aquella voz grave y susurrada.

—¡Eras tú!

Entonces Gunnar sonrió y avanzó despacio hacia mí.

—Sí —admitió y frunció el ceño simulando irritación—. Te he seguido todo el viaje. No quería que te perdieras, te vigilaba de lejos. En la estación de tren, tuve que aguantar a esos dos babosos sonriéndote embobados; en el avión, más de lo mismo; para cuando llegó mi compatriota en la estación de Oslo ya había perdido completamente la paciencia. Sigues irresistible y no tienes ni idea de cuánto autocontrol he necesitado para mantenerme a distancia.

—Gunnar —musité ya envuelta en llanto.

En dos zancadas llegó hasta mí; me abrazó con fuerza.



—¡Amor mío! —exclamó emocionado—. He aguardado este momento toda mi vida.

Entonces me besó, y el mundo dejó de girar.

Sus labios imprimieron en los míos toda el hambre encerrada, toda la angustia, toda la ansiedad, pero sobre todo un amor tan profundo y añejo como el tiempo. Abrí la boca. Con las lenguas entrelazadas, los recuerdos me impactaron con dureza. Por mi mente pasaron las escenas a una velocidad vertiginosa, desde el primer día que lo vi, hasta el último. Me agarré a sus poderosos hombros para no desfallecer. Cuando nos separamos nos miramos trémulos.

—Sigue tan fuerte como siempre: no pudieron romper nuestro vínculo.

Asentí. Apoyé mi rostro en su pecho, olía a almizcle, a hierba, a humo y vagamente a alguna esencia masculina y fresca.

Escuchaba su corazón atronando con fuerza.

—Quiero saber tantas cosas —confesé.

Gunnar me tomó por la barbilla para obligarme a mirarlo.

—Después. —La intensidad de su mirada me quemó—. Ahora solo puedo pensar en tenerte.

No dijo nada más. Me tomó en brazos y me llevó al interior de la cabaña. Ni un solo instante dejó de besarme. Cuando entramos en el salón, me depositó en una mullida alfombra circular frente a la chimenea. Apenas se separó para desprenderse de los apretados vaqueros. Sonreí al ver la ropa interior, unos ceñidos bóxers blancos; su deseo los abultaba de manera contundente. Acto seguido se tumbó junto a mí.

—Mi Freya, mi hermosa Freya, por fin junto a mí.

Me besó con ardor al tiempo que desabotonaba mi blusa. Me encogí de placer, cuando sentí la punta de sus dedos rozando mis pezones. Retiró mi sostén y hundió su cabeza en mis pechos. Dejé escapar un gemido cuando su lengua humedeció mis rosados y endurecidos botones.

—¡Oh, eres tan dulce como recordaba! —susurró enfebrecido.

Su otra mano exploró bajo mi corta falda. Me arqueé contra él buscándolo. Encontró el elástico de mis braguitas y de un enérgico tirón las rasgó. Ahogué un gemido cuando sentí su mano contra mi sexo. Acarició cada pliegue, cada ondulación

arrancando jadeos de mi garganta, nublando mi mente y elevándome al clímax más increíble. Frotaba con dulzura, el floreciente capullo que clamaba enhiesto su agonía: enloquecía mis sentidos. Tomó mi boca de nuevo para ahogar mis gemidos.

—Te amo, te amo, te amo —repetía sin cesar.

Estallé en un orgasmo violento. Me convulsioné contra la palma de su mano; me perdí en sus ojos.

—Oh, Gunnar, Gunnar, mi amor —musité extasiada.

Se colocó entre mis piernas y, sin más dilación, me penetró. Su generosa firmeza me llenó colmándome de dicha. Miré su apuesto rostro de expresión contenida y sufriente; el amor invadió cada rincón de mi ser. Con cada embestida, el deseo crecía y crecía hasta hacerse casi insoportable. Arañé su espalda, presioné sus nalgas, mordí su oreja y su cuello con fuerza. Él se perdió dentro de mí con un grito agónico.

—Mi loba, mi loba negra con oro en los ojos.

Pegó su frente a la mía. Nuestros ojos hablaron de sentimientos.

—Nadie nunca va a separarte de mi lado —pronunció con dureza.

Enlacé mis brazos en torno a su cuello y lo apreté con fuerza. Sepultada por su cuerpo me sentí protegida, segura y amada.

—Esta vez nos sonríen los astros —aseguré plena de dicha.

\* \* \*

Satisfechos y sonrientes, nos sentamos en uno de los sofás del porche. Gunnar se negaba a dejarme, así que sobre su regazo escuché su relato.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Gunnar, Gunnar Jensen —contestó divertido por mi asombro.

—¿Bromeas?

Negó con la cabeza. Sus ojos chispearon.

—Nací con el nombre de Oleg Jensen, pero, cuando cumplí la mayoría de edad, lo cambié.

Abrí los ojos estupefacta.

—¿Desde cuándo sabes quién eres realmente?

Su mirada se perdió en los recuerdos. Endureció el gesto.

—Desde muy pequeño. Tendría unos nueve años cuando empezaron las pesadillas.

Ahugué una exclamación.

—Una mañana estaba pescando salmones en un riachuelo cerca de casa con mi padre; se nos hizo de noche, y él me mandó por una linterna al auto. Entonces lo vi. Cada milímetro de mi piel se erizó. Era un lobo negro, inmóvil, justo a la entrada del bosque. Me convertí en una estatua, el pánico me invadió y ni siquiera fui capaz de gritar. Pero, cuando giré la cabeza para buscar con la mirada a mi padre, el lobo desapareció. Esa noche empezó todo. Pesadillas tan vívidas que mis padres temieron que terminara perdiendo el juicio. Con cada pesadilla, mi mente se abría, para descubrirme quién era realmente y para qué había venido a este mundo: porque tú estabas en él.

Lo abracé largamente, las caricias sobre mi espalda, tenerlo junto a mí, escuchar sus latidos era cuanto necesitaba. Tras una pausa reanudó su relato.

—Encontrarte fue mi única obsesión; esa y convertirme en el hombre que recordabas. No quería que tuvieras ninguna duda.

Sonrió, su hoyuelo se distendió, aquella sonrisa podría derretir los polos. Delineé el pronunciado contorno de su mentón. Deseé besarlo, pero le dejé continuar.

—Trabajé duro en el campo y con los animales. Levantaba troncos, incluso aprendí de nuevo a usar la espada. Quería que mi cuerpo fuera lo más parecido posible al original. Y por la noche, por la noche soñaba contigo, te amaba en silencio y le pedía a la luna que me llevara hasta ti.

—¿Y las cicatrices? ¿Te las hiciste tú? —inquirí espantada.

Asintió, me besó con dulzura para aligerar mi asombro.

—Quería ser exactamente como era cuando te marchaste. Aproveché un día de extrema frustración para flagelarme. Me desesperaba no saber nada de ti. Había aprendido castellano y ya llevaba tres viajes a España: primero fui a Sevilla; las otras dos, a Toledo. ¿Sabes lo que es pasear entre la gente buscando un rostro sin saber si realmente será así? ¿No saber tu nombre, ni tu paradero, pero tener la absoluta certeza de que estabas cerca? Aquello me desgarraba. Luego regresé y construí el *skáli* para ti. De esa forma, liberé algo de angustia. Decidí esperar una señal, algo que me llevara junto a ti, y de pronto en el último viaje a Toledo te vi salir de la catedral.

Apretó mi mano entre las suyas y bajó la cabeza.

—Casi me caigo al suelo. Un tipo alto y delgado te llevaba de la mano. Mi primera reacción fue la misma que sentí en el siglo IX: arrancarte de los brazos de ese hombre, echarte sobre mi hombro y correr. Por desgracia, no habría llegado muy lejos.

Levantó la mirada y vi el sufrimiento en su semblante.

—Te seguí durante un tiempo. Para mi completa decepción, comprendí que no te acordabas de nada. No brillaba la misma chispa en tus ojos. Tu expresión era más bien de indiferencia, no estabas alerta, no observabas a tu alrededor; en definitiva, no buscabas nada. Así que, metí esto en tu buzón y recé; no es el original, lo encargué al mejor orfebre de Oslo.

Tomó el anillo de serpientes de mi dedo y lo giró ensimismado.

—Funcionó. Día a día veía tu cambio, cómo mi Freya volvía, y el corazón se me hinchaba de gozo. Necesité buenas dosis de paciencia para contener las ganas de asaltarte por la calle. Un día me puse tras de ti, tan cerca que incluso me incliné a oler tu cabello. Tuve que apretar los puños para no abrazarte.

—Cuando saliste de aquella consulta, pude ver la chispa en tus ojos. Entonces, organicé todo para el viaje.

—¿Por qué no me buscaste entonces? Podríamos haber viajado juntos.

Retiró mi mano y me abrazó nuevamente. Sostuvo mi cabeza entre sus callosas manazas de leñador y me contempló con fervor.

—Quería que esta vez fueras tú la que me buscaras a mí. Quería que me encontrases aquí en mi entorno, que recorrieras el paisaje de nuestra antigua Skiringssal. Podrías haber tomado un tren desde Oslo hasta aquí, pero te habría faltado, entonces, el entorno que rodeó nuestros días. Quería, en definitiva, que durante tu viaje acumularas deseo.

—Lo has conseguido —confesé y me lancé sobre él.

Atrapó mi boca con voracidad y, antes de que pudiera darme cuenta, cabalgaba desnuda sobre él.

Fue intenso, desgarrador e inolvidable, pero sobre todo exiguo. Parecía que nunca nos satisfacíamos, porque, a pesar de llegar al clímax repetidas veces, nuestro espíritu continuaba hambriento y exigente.

—A este paso probaremos cada rincón de la casa antes de que anochezca —repuse.

—No lo dudes. Porque no bien acabo de poseerte, te deseo de nuevo y con más fuerza. Me temo que pasará algún tiempo hasta que quedemos saciados por completo. Hemos esperado demasiado, ¿no crees?

Asentí. Él me tomó en brazos y con semblante enamorado me introdujo en la casa.

—Será mejor que comamos algo.

Reí feliz. Me soltó y se vistió. Cuando me dispuse a hacer lo mismo, él se detuvo a contemplarme. El fuego comenzó a arder en sus ojos. Reí y me escondí tras un sillón de respaldo alto.

—No te acerques o mañana no podré dar un paso. —Aquel alegato trajo un doloroso recuerdo a mi cabeza—. Preparemos algo y charlemos —añadí abrochándome el sostén.

—Sus deseos son órdenes para mí, mi señora.

La cena era salmón apenas cocinado con cebolla y un redondo de reno ya cocinado que calentamos y servimos con mermelada de arándanos. Habría comido ramas y hojas a gusto con él a mi lado.

—¿Qué sucedió cuando morí?

Su rostro se oscureció como si una tormenta se hubiera cernido sobre él. La tempestad de dolor asomó a sus ojos como una ráfaga de granizo helado.

—Aullé, aullé como una manada de lobos desquiciados. Eyra lloraba a mi lado en silencio. No sé cuánto tiempo pasamos así, solo sé que amaneció. Después, Eyra logró que te soltara. Me abrazó y me susurró al oído. Luego le confesé que me sentía muerto, que quería seguirte y, para mi sorpresa, ella asintió. Preparó el brebaje y me lo dio. Eso fue todo. Expiré abrazado a ti susurrándote que me esperaras.

La expresión de Gunnar me conmovió. Su semblante compungido irradiaba un dolor inhumano ante el recuerdo. Dejé el tenedor sobre la mesa, me levanté y me senté en su regazo. Besé sus labios con dulzura en un intento por evaporar esos recuerdos.

—Quiero saber quién nos traicionó. Fue Sigrid, ¿verdad?

Me envaré súbitamente. El rostro malévolamente de Ada pareció surgir ante mí.

—Fue Ada, aunque Sigrid también tuvo su papel. Rashid se alió con Ada durante la contienda en el barco. Cuando me rescataste, ellos lo urdieron todo. Ada me llevó hacia la cala oculta donde aguardaba Rashid para llevarme de vuelta, pero me defendí. El lobo estuvo a punto de acabar con ellos.

Esta vez fue Gunnar quien se tensó.

—¡Rashid! Solo pronunciar su nombre me revuelve las tripas. Espero que siga ardiendo en el infierno.

—Eso ya no importa, solo importa el presente. Ahora tenemos todo el tiempo del mundo para resarcirnos —repuse acariciando su espesa melena.

—Tu pelo es un tono más claro —observé.

—Tu piel también.

—Pero me gusta —añadí.

—A mí también.

Sonreí seductora.

Gunnar besaba mi cuello palmo a palmo.

—¿En qué trabajas?

Apenas me miró para seguir su particular sendero de besos por mi mandíbula.

—Soy granjero y me va muy bien. Proveo a todo el municipio.

—¿De veras? —musité, estaba perdiendo el hilo de mis pensamientos. Recordé que ese siempre había sido su sueño.

—Gunnar —insistí—. Yo soy restauradora de antigüedades.

—Lo sé —musitó distraído—. Lo sé todo de ti.

—Y ¿hay algo antiguo por aquí que pueda restaurar?

Levantó el rostro y me sonrió.

—Sí, hay algo muy, muy antiguo. Mi corazón.

Me besó intensamente y con minuciosidad. Una vez más, sumergidos por el deseo, nos perdimos. Nuestros cuerpos se unieron con afán, con una dicha infinita, nuestras almas se fusionaron en una sola. Ahora, por fin, compartíamos el mismo destino.

\* \* \*

Anocheció. Abrazados al pie del acantilado contemplamos el fiordo.

El cielo, añil oscuro teñido de moribundos esquejes dorados, se perdía en el horizonte, tan solo unido al lago por una línea recta y difusa.

Gunnar, tras de mí, rodeó con los brazos mi cintura, cantó en mi oído fábulas de *trolls* y elfos, de hadas y ninfas, que asomaban sus caritas entre grietas de roca y en las oquedades de los troncos cuando el sol se escondía.

Cantó cómo iluminaban la noche con sus travesuras, cómo conversaban y bailaban convertidos sus cantos en tenues susurros de hojas o en los silbidos del viento. Yo creí cada palabra, porque, si nosotros habíamos vuelto a nacer para reencontrarnos, ¿cuántas cosas extraordinarias no ocurrirían a nuestro alrededor?

El mundo está lleno de enigmas, ¿por qué entonces no creer en ellos en vez de esperar a verlos?

# Agradecimientos

A Susana, por alentarme y ayudarme con sus críticas y opiniones.

A Pilar, por su apoyo, confianza imperecedera y adorable entusiasmo.

A mi hermana, Llanos, por su tesón y generosidad.

A mi prima Teresa, por sus efusivos comentarios.

A M<sup>a</sup> Ángeles, por ser una ávida y fervorosa devoradora de cada capítulo.

A Marcos, por sus correcciones en materia árabe.

A Encarni, por ayudarme a creer en mí.

Y a todos los que consiguieron impulsar esta pasión que ahora se ve recompensada.